

AÑO
CRISTIANO

— II —
febrero

AÑO CRISTIANO

II

Febrero



COORDINADORES

Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2003

Ilustración de portada *Juicio final* (detalle), Fra Angelico

Guardas *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo

Diseño BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramon de la Cruz, 57, Madrid 2003
Deposito legal M 51 998 2003
ISBN 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN 84 7914 636-2 (Tomo II)
Impreso en España Printed in Spain

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de febrero (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3-613
APÉNDICE	615
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIOCESIS ESPAÑOLAS	623
ÍNDICE ONOMÁSTICO	625

COLABORADORES

A) BIOGRAFIAS EXTENSAS

ALBALA, Alfonso

ÁLVAREZ NAVARRETE, Anselmo, OSB (Valle de los Caídos)

ARADILLAS AGUDO, Antonio

ARTEAGA, Cristina de, OSH

CAMBA, Francisca, ACI

DÍAZ FERNÁNDEZ, José María

ECHEVERRÍA, Lamberto de

ESCOBAR, Juan, OFM

FÁBREGA GRAU, Ángel

FAGOAGA, Blas

FERRI CHULIO, Andrés de Sales

FITA REVERT, Ramón

GALLASTEGUI, Luis, CM

GARCÍA LAHIGUERA, José M.^a

GARCÍA MORENTE, Almudena

GARRIDO BONAÑO, Manuel, OSB (Valle de los Caídos)

GIL IMIRIZALDU, Plácido Miguel, OSB (Leyre)

GONZÁLEZ MOLINA, Antonio, SI

GONZÁLEZ RODRIGUEZ, M.^a Encarnación

GONZÁLEZ VILLANUEVA, José Ignacio, OSB (Valle de los Caídos)

HUERGA, Álvaro, OP

JESUS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, OSST

LANGA, Pedro, OSA

LLABRES, Pere

LLIN CHAFFR, Arturo

LLORCA, Bernardino, SI

MARIA DE SAN PEDRO ALCANTARA, MR

MAROTO HERRANZ, Alfredo, OSB (Valle de los Caídos)

MARTÍN HERNÁNDEZ, Francisco

MARTINS, Mario, SI

MONTULL BELIO, Joaquín, OSB (Valle de los Caídos)

MORAL, Tomás, OSB (Valle de los Caídos)

MORILLO, Santiago, SI

MUNDO, Anscario, OSB

PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)

REPETTO BETES, José Luis
SEGOVIA, Augusto, SI
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio
VELADO GRANA, Bernardo
VIGURI, María Ángeles, ODN
VIVANCOS, Miguel C., OSB
VIVES, José

B) BIOGRAFIAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyła— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium*, ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aún entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosa de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería*, dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía*.

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral*, el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium*. También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señaláramos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma*, ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

II

Febrero

1 de febrero

A) MARTIROLOGIO ¹

- 1 En Frigia, conmemoración de San Trifón (s. III), mártir
- 2 En Rávena (Flaminiya), San Severo († luego de 342), obispo.
- 3 En Saint-Paul-Trois-Châteaux (Francia), San Pablo (s. VI), obispo
- 4 En Kildare (Irlanda), Santa Brígida († ca 521), abadesa, patrona de la nación **
- 5 En Aosta (Los Alpes), San Urso, presbítero (antes del s. IX)
- 6 En Puy (Aquitania), San Agripiano (s. VII), obispo y mártir
- 7 En Metz (Austrasia), San Sigisberto III († 656), rey, favorecedor de los pobres y constructor de monasterios *.
- 8 En Ciruelos (España), San Raimundo de Fitero († 1163), fundador de la Orden de Calatrava **.
- 9 En Saint-Malo, San Juan de la Crátula († 1163), abad y obispo, que había sido monje bajo San Bernardo
- 10 En París, Beato Reginaldo de Orleáns († 1220), presbítero y religioso dominico *.
11. En Castelfiorentino (Toscana), Beata Viridiana († 1242), virgen y reclusa *.
- 12 En Scalambra (Lacio), Beato Andrés dei Conti di Segni († 1302), presbítero, religioso franciscano y ermitaño *
13. En Dublín (Irlanda), los beatos Cornelio O'Devany, obispo de Down, y Patricio O'Lougham, presbítero († 1612), mártires bajo el rey Jacobo I *
14. En Londres, San Enrique Morse († 1645), presbítero, de la Compañía de Jesús, y mártir bajo el rey Carlos I *.
15. En Angers (Francia), el martirio de las beatas Ana Maria Vaillot y cuarenta y seis compañeras (Otilia Baumgarten, religiosa, las tres hermanas Gabriela, Susana y Petrina Androuin, Victoria Bauduceau, madre de familia, Francisca Bellanger, Petrina Besson, Magdalena Blond, Juana Bourigault, Renata Cailleau, madre de familia, María Cassin, viuda, María Juana Chauvigné, madre de familia, Simonne Chauvigné, esposa, Catalina Cottonceau, Carola Dhabí, Luisa Rallier de la Tertunière, viuda, y su hija Luisa Amada Dean de Luigné, María Fausseusse, viuda, Juana Fouchard, viuda, María Galard, esposa, María Gesnier, esposa, María Grillard, Renata Grillard, Petrina María Grille, Juana Gruget, viuda, Ana Hamard, Petrina Ledoyen, María Lenée, esposa, María Leroy, esposa, María Leroy-Me-

¹ Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (***) o breves (*)

rit, Renata Martin, esposa, Francisca Michau, Jacobina Monnier, Francisca Pagis, esposa, Magdalena Perrotin, esposa, María Pichery, viuda y madre de familia, María Rouault, viuda, Petrina Carola Phélyppeaux, madre de familia, Petrina Juana Sailland d'Espinaz, madre de familia, y sus hijas Juana María y Magdalena, Francisca Bonneau, Renata Valin y Ana Francisca de Villeneuve), que fueron martirizadas durante la época del Terror en la Revolución Francesa († 1794) *.

16. En Seúl (Corea), los santos Pablo Hong Yongju, catequista, Juan Yi Munu, activo seglar, y Bárbara Ch'oe Yong-i, viuda, mártires († 1840).

17. En Turín (Piamonte), Beata Juana Francisca de la Visitación Ana Michelotti († 1888), fundadora de la Congregación de Hermanitas del Sagrado Corazón **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA BRÍGIDA DE KILDARE

Abadesa († ca.521)

Es conveniente acercarse a la vida de Santa Brígida a través de dos tramos consecutivos. El primero es relatar lo que una seria investigación histórica propone como cierto o altamente probable; el segundo es acercarnos con ojos limpios y sencillos a lo que la tradición y devoción nos ha conservado. Uno y otro son necesarios para comprender el alcance de una vida que han fundamentado una fe y una religiosidad que caló muy hondo en un pueblo recién convertido al cristianismo.

El primer tramo es realmente muy breve y lo podemos resumir así: Brígida de Kildare —también conocida en antiguas hagiografías como Brígida de Escocia— nació en Fochard (Fohairt), en Ulster, poco después de que Irlanda fuera bendecida por la luz de la fe, hacia el año 450. Su padre, del clan cercano a los de los Lagin, fue Dubthoch y su madre, Broicsech, cuenta la tradición, fue una sierva, de la que tuvo Dubthoch a Brígida, fuera del matrimonio. Recibió el velo de las vírgenes en su juventud, de las manos de San Mel (Machill), sobrino y discípulo de San Patricio. Vivió sola y retirada en una celda bajo un gran roble, de ahí el nombre de Kill-dara, o celda del roble. Como era costumbre en la época se le unieron posteriormente muchas doncellas, y Kill-Dara se convirtió en un monasterio que, en si-

glos sucesivos, dio vida a otros muchos por toda Irlanda. Murió Santa Brígida entre los años 518 al 521.

Las cinco vidas que la antigua tradición nos ha transmitido son un relato ejemplar y maravilloso de milagros y obras de caridad que explica la grandísima veneración en que siempre la tuvo el pueblo irlandés.

Floreció en los inicios del siglo VI, como se dice en el martirologio de Beda, y en todos los demás desde esta época. En Irlanda tiene dedicadas muchas más iglesias que el mismo San Patricio. Su culto se propagó enseguida por Escocia e Inglaterra. De ahí pasó al continente y se extendió por el área norte o sajona de Europa, descendiendo, en ocasiones, a Francia e Italia.

Su cuerpo era venerado con los de San Patricio y San Columba, en un triple panteón en Down-Patrick, al menos desde 1185, como nos informa Giraldus Cambrensis. Los tres fueron trasladados a la catedral de esta misma ciudad. Pero en tiempos de la reforma anglicana y protestante fueron destruidos sus sepulcros y dispersadas sus cenizas.

Para recorrer el segundo tramo es preciso, primero, abordar una tradición recogida y escrita en un tiempo relativamente cercano a la vida de Santa Brígida, pues la *Vita* escrita por Cogitosus es sólo un siglo posterior, el VII; y, segundo, comprender que en la alta y baja Edad Media hay un género literario para escribir las vidas de los santos, bastante distanciado del nuestro, que tenía una misión ejemplarizante y catequética para con el pueblo sencillo. Como sucede con el Evangelio de Jesús, la vida, las parábolas y el ejemplo llegan mejor a los rústicos entendimientos que los conceptos o los fríos datos de unas fechas o unos nombres.

La vida de Santa Brígida es un faro de luz para los pueblos escotos de la Irlanda del norte recién convertidos por San Patricio y arraigados todavía en las oscuras raíces de la superstición y la idolatría. Entender, seguir y enseñar la doctrina cristiana en aquellas épocas era una ardua tarea que la obra de Dios consiguiera con los signos maravillosos de su providencia y que realiza por obra de los santos. Ciertamente no podemos entrar a valorar la exactitud y la certeza de los relatos múltiples y variados

que de Santa Brígida nos han legado sus cinco *Vitae*, pero sería caer en un error menospreciarlos y «ponerlos bajo el celemin».

Las maravillas, milagros y prodigios que nos relata la tradición no están muy lejos de otros prodigios y sucesos no menos «arduos» y «misteriosos» que han ocurrido en nuestros días. En general, la cercanía a algunos de los episodios de la vida de santos modernos como San Juan M.^a Vianney, Don Bosco, el P. Pío, y por qué no recordar el milagro de la multiplicación del arroz de San Juan Macías, impide que no sean tomados con seriedad y rigor histórico. Rechazar, pues, de entrada y por principio, los relatos y prodigios de los santos de la antigüedad porque no hubo «luz y taquígrafos» en el preciso momento, nos parece un contrasentido que va contra el valor evangélico de los «signos» que Dios realiza en cada momento de la historia para salvar a su pueblo y encaminarle por el sendero de la fe.

Iluminados con estos criterios, es posible adentrarse en la vida «prodigiosa» de Santa Brígida en la que, a falta de un conocimiento expreso de su vida interior, nos queda una muestra palmaria de su donación virginal a Jesucristo mediante una vida completamente entregada a socorrer, aliviar y salvar al pueblo que vivía en su entorno.

Así pues, respetando casi íntegramente el lenguaje y el estilo decimonónico, nos atrevemos a trasladar aquí lo que escribe la edición de Croisset de 1862 en una traducción del jesuita P. Isla, entresacándola de las *Vitae* de las *Acta sanctorum*; eso sí, hay que hacer una aclaración: la selección hecha por Croisset es sesgada, elimina los relatos de milagros con alimentos y animales que realizó la Santa a favor de sus coetáneos y de los que está llena la vida de Santa Brígida, uno de cuyos signos iconográficos es ser representada con una vaca o buey a sus pies. Esto ya indica cómo en todas las épocas los prejuicios del más diverso género distorsionan la historia y llegan a enjuiciar negativamente los signos por los que Dios salva y consuela a su pueblo y que se complace en guiarnos a través de los signos más humildes y sencillos de su creación. Sea como fuere, he aquí la selección resumida del jesuita Croisset:

«Maravilloso es Dios en sus obras e infinita su bondad, pues saca bien de nuestros males, y por los pecados de los padres no condena las almas de los hijos, antes, muchas veces escoge de las

espinas rosas, y produce luz de la oscuridad de la noche. Vese esto ser verdad en la vida de Santa Brígida, virgen escocesa, que fue de esta manera:

»Hubo en Escocia un hombre llamado Duptaco, que compró una esclava de buen parecer y de buenas costumbres, a la cual se aficionó de manera, que quedó preñada de él. La mujer de Duptaco cuando supo el mal recado, sintiólo mucho: indignóse contra su marido, y procuró que vendiese la esclava y la echase de su casa; y no bastaron ruegos, ni amonestaciones, ni aun algunas revelaciones que tuvieron dos obispos, siervos de Dios, del tesoro que tenía la esclava en su vientre, para que se sosegase la buena mujer, hasta que vio la esclava fuera de su casa.

»Parió a su tiempo una hija, y llamáronla Brígida, y siendo ya algo crecida en edad, el padre la trajo a su casa, y allí la crió con mucho cuidado, porque era muy honesta, humilde, callada, obediente, y sobre todo muy caritativa y limosnera, dando a los pobres todo lo que podía haber de la casa de su padre. Con esta tan grande virtud del alma se juntaba una extremada belleza del cuerpo y particularmente del rostro, y una lindeza de ojos que robaba los corazones de los que la miraban. Pretendieron muchos casarse con ella por su rara hermosura. Su padre le habló, y le dijo que escogiese por marido uno de los muchos que la pedían, porque él ya no se podía valer con ellos ni sabía qué responderles; mas Brígida tenía otros intentos, y deseaba sobremanera tomar a Jesucristo solo por su esposo y consagrarle su perpetua virginidad, y sabiendo que la hermosura de sus ojos era la que hacía guerra, se puso en oración, y con grande afecto y muchas lágrimas suplicó a Nuestro Señor le afease el rostro de suerte, que ninguno la codiciase ni la quisiese por mujer. Oyóla el Señor, y perdió un ojo. Quedó la Santa doncella tan fea, que ninguno la pidió más por mujer; antes su padre le dio licencia para retirarse a servir a Nuestro Señor, que era lo que ella tanto deseaba.

»Al tiempo de tomar el velo de las vírgenes de mano del obispo, que se llamaba Machila, discípulo de San Patricio, vio el obispo sobre la cabeza de Brígida una columna de fuego, y bajando ella la cabeza, tocó con su mano el pie del altar, que era de madera seca, y luego en tocándola reverdeció, y el ojo de la virgen quedó sano, y su rostro tan hermoso como antes; porque el Señor no quiso que la que por no perder su limpieza había querido perder la belleza del cuerpo, quedase con fealdad alguna. Cosa sería larga de referir las raras y excelentes virtudes de esta sagrada virgen, y los muchos y grandes milagros que el Señor obró por ella, pero diremos algunos.

»Convidóla una vez una doncella; estando en la mesa vio Santa Brígida un demonio que estaba sentado junto a la doncella que la había convidado. Preguntóle la Santa qué hacía allí, y a qué había venido. Y él respondió que la flojedad y pereza de aquella doncella

le había traído, porque hallaba muy buena morada en ella, como el demonio respondiese estas palabras claramente y de manera que la doncella las pudo oír, y hecha la señal de la cruz sobre sus ojos, había visto a aquella bestia espantosa echar llamas de su cabeza, reconoció su culpa, y enmendo su vida, y de allí adelante quedó libre de aquel monstruo infernal.

»Trajo una mujer ciertas manzanas presentadas a Santa Brígida a tiempo que unos pobres leprosos llegaban a la puerta a pedir limosna. Díjola la virgen que diese las manzanas a aquellos pobres, y la mujer, o por asco o por miseria, no se las quiso dar, y respondió que para ella y para sus monjas, no para los leprosos, había traído las manzanas. Reprendióla Brígida, y con espíritu profético le dijo que en castigo de aquel pecado se secarían los árboles de su huerta, y perpetuamente serían estériles, y así fue.

»Una mujer flaca y ruin parió un hijo, y para cubrir su maldad echó la culpa a un santo obispo, diciendo que había concebido de él. Llamóla Santa Brígida, y preguntóla cuyo era aquel hijo, y ella con mucha desenvoltura y desvergüenza dijo que era del obispo. Entonces Brígida hizo la señal de la cruz sobre la boca de la mujer, y al momento se le hinchó la lengua. Hizo asimismo la cruz sobre la lengua del niño, y preguntóle quién era su padre; y respondió el niño que no era el obispo, sino un vil y desdichado hombre. Y con esto se supo la verdad, y el obispo quedó con su honra, y la pobre mujer hizo penitencia de su pecado, y loaron todos al Señor.

»Una doncella principal, hija de un gran señor, había dedicado su virginidad con voto y tomado a Cristo por esposo; pero el padre hizo fuerza a su hija para que se casase. El día de las bodas, estando el convite aparejado, la doncella secretamente huyó de la casa de su padre, y se fue, como a sagrado, a Santa Brígida. Siguió el padre a su hija con mucha gente de a caballo para sacarla por fuerza. Al verlos venir Santa Brígida, hizo la señal de la cruz en tierra, y luego quedaron los hombres y los caballos como si fueran de piedra. Reconoció la mano de Dios el padre, hizo penitencia de su culpa, y con esto quedaron libres, y la hija perseveró en su santo proposito.

»Vinieron dos leprosos a Santa Brígida para que los sanase. ella hizo oración, y echó la bendición sobre un poco de agua, y les dijo que el uno al otro se lavasen con aquella agua. Uno de los dos quedó limpio, y diciéndole la Santa virgen que lavase a su compañero, estuvo tan contento con la salud que había alcanzado, y tan temeroso de perderla, que no se atrevió a lavar a su compañero porque no se le pegase la lepra; mas luego se halló lleno de ella, y vio a su compañero sano por la oración de la Santa virgen.

»Había en el monasterio de Santa Brígida una monja de buen parecer y poca edad, muy fatigada de pensamientos sensuales, a los cuales ella había dado ocasion por haber puesto los ojos con poco recato en un hombre. Crecía la llama de la torpe afición, y el de-

monio, como suele, la atzaba, y no dejaba reposar a la pobre monja —tanto importa el guardar las puertas de nuestros sentidos, por las cuales entra la muerte en el alma—, y estando ya para caer, haciendo Santa Brígida oración por ella —porque el Señor le había revelado lo que pasaba—, la monja inspirada de Dios tomó un poco de fuego, y con los pies descalzos le comenzó a pisar; y de esta manera con un fuego venció otro fuego, y con el dolor del cuerpo el ardor carnal que la atormentaba. El día siguiente le habló Santa Brígida, y le dijo: «Porque esta noche peleaste valerosamente, y el fuego de la lujuria no te acabó de abrasar, de aquí adelante serás libre de él, no caerás en el del infierno»; y con esto hizo oración por ella, y luego quedó sana de las llagas de los pies que le había hecho el fuego, y libró de las tentaciones que la acosaban.

»Una virgen que se llamaba Daría, era ciega: rogó a Santa Brígida que le echase la bendición sobre sus ojos para que viese: hízolo la Santa, y Daría luego cobró la vista perfectamente; mas alumbrada con otra luz interior, conoció que todo lo que podía ver en este mundo, era perecedero y caduco, y que muchas veces lo que vemos con los ojos del cuerpo es embarazo e impedimento para el alma, y tornó a rogar a Santa Brígida que le restituyese su ceguera. Hizo la Santa oración, y con ella cerró los ojos que antes había abierto.

»Una matrona noble de Escocia tenía una hija muda de su nacimiento, y siendo de doce años la llevó a Santa Brígida, la cual, tomando de la mano la niña, la dijo: “¿Quieres por amor de Cristo guardar la pureza de tu cuerpo y ser perpetuamente virgen?” Respondió la madre que su hija era muda y no sabía hablar. A esto dijo la Santa virgen “Pues yo no la dejaré de la mano hasta que me responda”. Luego habló la niña, y dijo que haría lo que le mandase; y permaneció en virginidad, y de allí adelante habló perfectamente.

»Concertáronse nueve hombres de matar a otro, súpolo Santa Brígida, y rogóles que no lo hiciesen, y que desistiesen de aquella maldad. Ellos estaban tan obstinados, que no pudo hacer mella ni ablandar sus duros corazones, volvióse a Dios, y suplicóle que atacase aquella ofensa suya; y el día que ellos iban a ejecutar su mal intento, vieron la figura de aquel hombre que iban a matar, y creyendo que era el mismo hombre, dieron tras él, y diéronle muchas heridas, y dejáronle por muerto, y como victoriosos se fueron a Santa Brígida dándole cuenta de su gozo y triunfo. La Santa les declaró que aquel que pensaban haber muerto no era verdadero hombre, sino una fantasma y sombra de su enemigo, y con esto ellos reconocieron su culpa y enmendaron sus vidas.

»Otros muchos milagros hizo Nuestro Señor por Santa Brígida: muchos ciegos cobraron vista, muchos mudos habla, muchos leprosos y otros enfermos entera salud. Por su oración convirtió el agua en cerveza, y un río caudaloso mudó su corriente, y echó por otra parte; y, lo que es más, muchos hombres perdidos, por sus

santas amonestaciones dejaron sus vicios y pecados, y se recogieron al puerto de la Santa Religión, donde vivieron y acabaron santamente en servicio del Señor.

»Finalmente, habiendo Santa Brígida corrido felicísimamente su carrera, y padecido grandes trabajos por Jesucristo su esposo, supo su muerte, y aviso de ella a una doncella que ella había criado, señalándole el día en que había de salir de esta vida, e ir a gozar de su Esposo, en cuyas manos dio su puro espíritu en la isla de Hibernia el primer día de febrero del año del Señor, según Sigiberto, de 518, y según Mariano Escoto el de 521, imperando Justino el más viejo

»Escribió la vida de Santa Brígida un autor llamado Cogitoso, como dice el cardenal Baronio, aunque esta vida no está impresa. Otra trae Surio en su primer tomo, que es la que nosotros hemos seguido. Hace de ella mención el Martirologio romano, y dice, que en testimonio de su virginidad, tocando el madero del altar, luego reverdeció, como dijimos. También hacen mención de ella los otros Martirologios, de Beda, Usuardo y Adon, y el cardenal Baronio en sus Anotaciones, y en el séptimo tomo de sus Anales.

»Pues ¿quién no ve en esta vida de Santa Brígida, virgen, las grandezas y maravillas de la bondad de Dios, que del pecado de sus padres sacó una joya tan preciosa como esta Santa virgen, y de una madre esclava, a la que había de librar del cautiverio y servidumbre del pecado a tantas almas? ¿Cómo pudo caber en tan vil y frágil vaso de una niña, tanta nobleza de condición, tanto amor a la virtud y tan encendido deseo de la pureza virginal, que por no perderla quisiese perder los ojos y aquella belleza con que las mujeres andan tan vanas y locas? Como se ve, ¡cuán suave y benigno es el Señor para con los que le sirven, pues restituyó a Brígida la hermosura de su rostro que para su bien y por su ruego antes le había quitado! Y así no es maravilla que la que tan bien había sabido guardar su pureza virginal y hacer de sí sacrificio a Dios alcanzase con sus oraciones para con las otras doncellas el mismo don, ni que Dios nuestro Señor haya obrado por esta Santa virgen las maravillas que aquí quedan referidas. Él sea bendito, alabado, glorificado y ensalzado por lo que es en sí mismo y por lo que hace por sus santos. Amén.»

LUIS M. PEREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- BUTLER, A, *Vida de los santos Edición abreviada* (Alcobendas 1998)
 CROISSET, J, *Año cristiano Febrero* (Barcelona 1862)
 MC GRATH, C, en *Bibliotheca sanctorum*, t II cols 430-438
 SANTIAGO DE LA VORAGINE, *La leyenda dorada*, II (Madrid 1995) 903-905

SAN RAIMUNDO
Abad de Fitero († 1163)

«Fue así que, impelido y forzado de divino impulso, se levantó como en sueños, y, despavorido, se fue al aposento de Raimundo, que estaba contiguo al suyo, y con voces desmedidas y alteradas, que no parecían de su ordinaria modestia, le despertó diciendo: “Santo Padre, vamos a la guerra contra los moros”. El santo viejo, admirado de lo que miraba, como quien conocía la religión, quietud y discreción de fray Diego, le despidió con amor y con blandura. Mandóle se volviese a su aposento, diciéndole: Que la verdadera guerra del monje había de ser la quietud y soledad, hacer penitencia y llorar sus culpas y las del pueblo».

Esto ocurría en Toledo, en una noche de enero de 1158. Y es que la tarde anterior, fray Diego Velázquez, hombre de ilustre linaje, burgalés de Bureba, amado del rey emperador, muerto poco ha, había escuchado del rey don Sancho III, su amigo de infancia, el gran peligro que corría la plaza de Calatrava, llave estratégica de Toledo, y, por tanto, en aquel entonces, de la cristiandad de la Península Ibérica. Sentía en sus venas el fuego del caballero de antaño, hoy escondido tras los pliegues del hábito monacal, y la pesadilla durante el sueño era la congoja del antiguo soldado. Raimundo Abad lo había llevado consigo a Toledo, desde el monasterio de Santa María de Fitero, entonces tierra de Castilla, para tener más fácil acceso ante el rey, quien había convocado Cortes en dicha ciudad imperial, al heredar de su padre Alfonso VII el reino y la corona. Era necesario confirmar los privilegios y concesiones que Raimundo en sus años de abad había conseguido para su monasterio en tiempos del emperador.

Raimundo, cuya cuna se disputan, aun hoy día, y ya quizá hasta el fin de los tiempos, San Gaudencio de Francia, Tarazona de Aragón, así como Tarragona y Barcelona, fue, desde sus más tiernos años, «en las costumbres compuesto, en el hablar parco, en las palabras grave, en las acciones modesto. Con los mayores reverente, con los iguales benévolo, con los inferiores apacible. Y en suma, por aquellas pueriles disciplinas, abrió bien aprisa camino a una gran perfección, y en aquel primer bosquejo dio bien claro indicio de la belleza de la imagen que había de representar por el tiempo adelante». Sujeto de tales prendas, era natural que su destino fuera para el santuario.

Bien pudiera ser que fuese hijo de alguno de los gloriosos conquistadores de Tarazona, ganada a los moros en 1120. Y así lo vemos canónigo de aquella iglesia, como lo atestiguará más tarde su primer obispo, don Miguel, monje benedictino, quien en escritura de donación, fechada en 1148, decía: «Hago esta donación a ti, Raimundo, venerable y religioso varón, antiguamente hijo de Nuestra Iglesia, mas ahora mudado para mejor orden y mejor hábito, abad de Nienzabas». El trato con su obispo, monje benedictino, y la fama de santidad de la Orden del Císter, ¿influyeron en la vocación monacal de Raimundo? Bien pudiera ser. Lo cierto es que de canónigo de Tarazona pasa a monje del monasterio de Nuestra Señora de Scala Dei, fundado en la provincia de Gascuña.

Su virtud, con la consecuyente reputación, le traicionaba, y a pesar de su humildad, los ojos de los monjes, y más los de los superiores, se clavaban en él. Por eso, cuando el abad de Scala Dei, que se llamaba don Bernardo, quiso fundar en España, eligió como abad del nuevo monasterio al piadoso Durando, y como prior del mismo al santo Raimundo.

Con los brazos abiertos los recibió el rey emperador, quien los envió a llamar, aunque no pudo despacharse a su gusto, porque andaba en guerras con el de Navarra. Por orden del rey Alfonso VII, hicieron primer asiento en un monte llamado Yerga, donde, ya de tiempos antiguos, existía una ermita dedicada a la Santísima Virgen. Pero al año siguiente, que era el de 1140, les donó el rey una villa arruinada por los moros, y que se llamaba Nienzabas. A los cuatro años, y muerto el abad Durando, fue elegido Raimundo, cuya fama de santo y taumaturgo se extendía por todos los alrededores. Abad de Nienzabas, aparece ya en la escritura de 1146 en que el rey emperador donaba al monasterio la Serna de Cervera y los Baños de Tudesón, los actuales Balnearios de Fitero.

Como tal abad, asistió Raimundo, con los otros abades de la Orden, al capítulo general del Císter. Allí se encontraba el Sumo Pontífice, monje de igual hábito, Eugenio III. A música suave sonaría en los oídos de Raimundo, y dulce miel gustarían sus labios, el oír y leer el gran privilegio de amparo que el Pontífice concedió en esta ocasión para el monasterio de Nienzabas:

«Eugenio, obispo siervo de los Siervos de Dios, a los amados hijos Raimundo, abad de Santa María de Nienzabas, y a sus monjes, así presentes como futuros [...] Le recibimos debajo de la potestad del bienaventurado San Pedro y nuestra [...] A los quince de las Kalendas de octubre, año de la Encarnación del Señor, de mil y ciento y cuarenta y ocho, de nuestro Pontificado en el tercero».

En este mismo año, y mejorando notablemente, trasladó el monasterio a Castejón, lugar más acomodado que todos los anteriores. Como abad de Santa María de Castejón aparece en la donación que, aún en vida de su padre el emperador, hizo el futuro rey Sancho III, del castillo de Tulungen y asimismo, con igual título, en la concesión de otras mercedes, hechas por el rey don Sancho el Sabio, de Navarra. Pero Castejón tampoco fue el sitio definitivo.

Ignorado el lugar del nacimiento de nuestro santo abad, daría, empero, Raimundo existencia y vida, renombre y gloria, a una heredad llamada Fitero (por el nombre de un montículo denominado Hitero —hito o mojón— que hoy conserva su nombre Piedrahitero) donada en 1150 por don Pedro Tizón y su mujer doña Toda, de Tudela, abuelos del gran arzobispo, navarro de nacimiento, don Rodrigo Jiménez de Rada. Allí se fundó el monasterio de Santa María de Fitero, cuyo grandioso templo de piedra, con sus tres amplias naves, sería más tarde construido, casi en su totalidad, por el antedicho arzobispo don Rodrigo. De este monasterio de Santa María de Fitero, fue primer abad San Raimundo, que, con Durando, primer fundador en España, llegarán a setenta y seis, hasta fray Bartolomé Oteyza, bajo cuyo gobierno fue suprimido en 1834. Así podrá afirmarse siempre que la mayor gloria de Fitero es su abad San Raimundo. Al que dejaron perplejo las voces de su fidelísimo monje, fray Diego, en aquella noche de enero de 1158.

¡Calatrava! También quedaría inmortalizado este nombre, más que por el santo monje Raimundo, eso lo fue Fitero, por el guerrero valiente, invicto soldado, fundador de la orden militar. ¿Mitad monje, mitad soldado? ¡Monje de cuerpo entero, soldado de pelo en pecho!

Si tranquilo quedó fray Diego con el mandato del abad, preocupado quedó Raimundo, quien, puesto en oración, comprendió que Dios le pedía el hacerse cargo de la defensa de

Calatrava. Y el abad Raimundo y fray Diego Velázquez, se presentaron al rey, caballeros andantes de páginas de leyenda, pidiéndole la defensa de la plaza de Calatrava, entregada al soberano por los caballeros templarios, defensores de la misma desde la conquista por Alfonso VII en 1147, pero temerosos ahora, 1158, ante los formidables preparativos que hacían los enemigos del nombre cristiano. La santidad del abad y el recuerdo del valor guerrero de fray Diego, movieron a Sancho III a escribir lo siguiente en Almazán:

«Yo, el rey Don Sancho, por la gracia de Dios, hijo del ilustre emperador de las Españas de buena memoria, por inspiracion divina, hago carta de donacion y texto de escritura para siempre, vale dero a Dios, y a la bienaventurada Virgen Maria, y a la Santa Congregacion del Cister, y a vos dom Raimundo, abad de Santa Maria de Fitero, y a todos vuestros frailes, asi presentes como futuros, de la villa que se llama Calatrava, para que la tengais y poseais, libre y pacifica, por juro de heredad, de ahora para siempre, y la defendais de los paganos enemigos de la Cruz de Cristo, con su favor y nuestro Fecha la carta en Almazan en la era de mil y ciento y noventa y seis (año 1158), en el mes de enero del año en que muno el famosissimo señor don Alfonso emperador de las Españas Yo, el rey Don Sancho, rubrico y confirmo con mi propio sello esta carta, que yo mande escribir»

Asegurada la defensa de Calatrava, Raimundo volvió a Fitero, y con su «Dios lo quiere» enardecido, regresó a la plaza al frente de veinte mil hombres —monjes, labradores y artesanos— a los cuales estableció en sus nuevos dominios entre campos y aldeas, alrededor de la fortaleza, convirtiendo en posición inexpugnable lo que, hasta entonces, había sido temor y angustia insuperables.

Con esto quedó de hecho trasladada la abadía de Fitero a Calatrava, aunque no quedó la primera vacía y abandonada, ya que el abad de Scala Dei, que llevó muy a mal la obra de Raimundo por haberse hecho sin tomar su parecer, envió monjes en número suficiente para continuar la vida monacal, como hasta entonces, ejemplar y edificante.

Una tradición secular afirma que el santo abad aprovechó esta oportunidad para pedir y obtener del rey el regalo de una preciosa imagen de la Santísima Virgen, que, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios, se veneraba en Toledo y a

la que San Raimundo profesaba especial devoción. Enviada al monasterio de Fitero, es desde tiempo inmemorial la patrona del pueblo con el poético título de la Virgen de la Barda (barda o zarza sin espinas), y cuya fiesta se celebra el domingo inmediato posterior al 8 de septiembre. Así lo cree, así lo reza y así lo canta Fitero en su estrofa y estribillo:

«En Toledo venerada
fuiste algún tiempo Señora
y en Fitero sois ahora
de todos Madre aclamada.
Pues sois imán verdadero
que roba los corazones
colmadnos de bendiciones
¡oh Patrona de Fitero!».

Raimundo creyó llegado el momento de organizar aquella muchedumbre, que le seguía entusiasmada, al estilo de las órdenes militares, que tantos laureles obtuvieron peleando en distintos lugares de la cristiandad, y fundó en ese mismo año 1158 la orden militar religiosa de Calatrava, la más antigua de las españolas, cuya constitución fue aprobada por Alejandro III en bula de 25 de septiembre de 1164, y que tanta gloria daría a España en el transcurso de los siglos. Monjes y caballeros, bajo el mando del santo abad, según la regla de San Benito y constituciones del Císter.

El rey don Sancho fue testigo de la vida de aquellos monjes-soldados, de aquellos soldados-monjes.

«Hallóse en Calatrava un día que se ofreció rebato de moros. Vio la prisa y ánimo con que los monjes y caballeros salían al enemigo, y vio a los mismos, después de recogidos, en el coro a completas, las manos cruzadas, los ojos en tierra, cantando las divinas alabanzas con notable espíritu. Admirado de tal mudanza, dijo al abad: Paréceme, padre, que el son de las trompetas hace a vuestros súbditos lobos, y el de las campanas corderos. Será, respondió el santo abad, porque aquéllas los llaman para resistir a los enemigos de Cristo y vuestros, y éstas para alabarle y rogar por vos».

Pero quien mejor refleja lo que era la vida de aquellos calatravos es el mismo arzobispo don Rodrigo, cuando años más tarde escribía:

«Su multiplicacion es la corona del principe Los que alaban al Señor con salmos se ciñeron espada, y orando gemian para la defensa de la patria Su pasto es una comida tenue y ligera su vestido la aspereza de la lana La continua disciplina los prueba, la guarda del silencio los acompaña, el frecuente arrodillarse los humilla, la vigilia de noche los quebranta, la oracion devota los enseña, y el continuo trabajo los ejercita»

Ésta era la obra del santo abad, porque Raimundo era así Podía entonar el *Nunc dimittis*, y exclamar con San Pablo: *Cursum consummavi*. En efecto, pasados cinco años de abad de Calatrava, «haciendo igual guerra a los enemigos de la cruz, a los demonios cantando en el coro, y a los infieles peleando en el campo», lo encontramos en Ciruelos, donde, adornado de múltiples laureles, obtuvo en 1163 la victoria definitiva, corona de santo monje, palma de caballero militar fundador, que el justo juez colocó sobre su cabeza y puso en sus manos

En Ciruelos fue enterrado su cuerpo, hasta que en 1471 fue trasladado al monasterio de Monte Sión de Toledo, quedando definitivamente en sepulcro rico y curioso, mandado construir en 1570 por el abad de Fitero, venerable fray Marcos de Villalba En él se lee esta inscripción:

«Aquí yace el bienaventurado fray Raimundo, monje de esta orden, primer abad de Fitero, por quien Dios ha hecho muchos milagros, el cual, de licencia del rey Sancho el Deseado, defendió a Calatrava de los moros, e instituyó en ella el orden militar de Calatrava Murio año de mil y ciento y sesenta y tres trasladose aquí, año de mil y quientos y noventa»

Hoy día, y desde el siglo pasado con motivo de la exclaustación, las reliquias del santo abad de Fitero se encuentran en la catedral de Toledo, encerradas en preciosa urna, sobre la que campea victoriosa la cruz de Calatrava La fiesta de San Raimundo se celebra el 15 de marzo.

¿Anacrónica esta vida? ¿Trasnochada esta historia? ¿Fuera de lugar en páginas de actual *Año cristiano*? Hermano lector, nuestra vida es lucha, combate y pelea, como dice el Espíritu Santo Nuestra alma tiene sus tres grandes enemigos También ella constituye para nosotros el gran castillo interior, la Calatrava de nuestro espíritu. Hay que defenderla sin tregua ni cuartel Se nos dice que debemos ser mitad monjes, mitad soldados

Está bien. Pero, en este combate espiritual, donde la oración es el arma principal y donde la cooperación a la gracia debe ser generosa, mejor será imitar a San Raimundo, modelo para todas las épocas, siendo como él: «Monjes de cuerpo entero, soldados de pelo en pecho». Que él así nos lo alcance.

JOSE M.^a GARCIA LAHIGUERA

Bibliografía

Act SS Boll, 6 de febrero

Art en *Cath Enzycl*

FERNANDEZ GUFERRA Y ORBE, *Historia de las Ordenes de Caballeria Orden de Calatrava* (Madrid 1864)

FIGUEROA, E., *Espana sagrada*, I p 27s

REVILLA VIELVA, R., *Ordenes militares de Santiago, Alcantara, Calatrava y Montesa* (Madrid 1927)

BEATA JUANA FRANCISCA DE LA VISITACIÓN

Religiosa († 1888)

En el Turín del siglo XIX, sacudido por los belicosos aires de la unificación italiana, encendió el Señor una de las grandes luminarias de la Iglesia contemporánea, San Juan Bosco. Puede ser entendido como la estrella central de una constelación de santos. En su órbita también se inscribe la Beata Juana Francisca de la Visitación, que nos ofrece un suave destello de luz y esparce un calor manso, como una brasa viva y silenciosa. Sintió como él el hechizo que produce siempre la figura de San Francisco de Sales, dechado de bondad y de mansedumbre. Si Don Bosco fundó la Sociedad Salesiana, nuestra beata logró dar vida al primitivo proyecto de San Francisco de Sales de fundar una congregación de monjas dedicadas a visitar y cuidar a los enfermos pobres.

Murió a los 44 años exactamente, un día después de San Juan Bosco, el 1 de febrero de 1888. Se llamó antes de ser religiosa Ana Michelotti, nacida en Annecy, en la Alta Saboya, el 29 de agosto de 1843, de padre piemontés y madre saboyana. Fue la tercera de cuatro hermanos, huérfanos de padre en la niñez. La madre, viuda y reducida a gran pobreza, demostró un temple extraordinario en el sostenimiento de los hijos, sacando tiempo

para visitar y atender a enfermos necesitados. El influjo en su hija Ana fue decisivo desde sus primeros años. Cuando visitaba enfermos la acompañaba, y en su corazón brotaba la compasión y el interés por los demás. Así, la vocación a la vida religiosa brotó en ella con la mayor espontaneidad, en ambiente de estrechez suma pero atenta a los que todavía sufrían más

A los diecisiete años entró en el monasterio de las Hermanas de San Carlos, de Lyon, una congregación dedicada a la enseñanza, y muy pronto comprendió que su lugar no era aquél. La acogió en el mismo Lyon una señorita muy piadosa, y comenzó el apostolado entre los enfermos. Su madre falleció en 1864 y el único hermano que le quedaba, cuatro años después. A sus veinticinco años seguía viviendo de prestado en Lyon, sin hogar familiar de referencia: sola. En su camino se cruzó un alma inquieta, sor Catalina, ex novicia de las Hermanas de San José de Annecy. Ambas coincidieron en la idea de poner en marcha el proyecto que habían tenido San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal de fundar una congregación de hermanas para visitar y asistir a enfermos pobres. La gente comenzó a llamarlas «las dos señoritas de los pobres». Su casa se reducía a dos pequeñas habitaciones en una buhardilla, pero contaban con la bendición del arzobispo de Lyon, ante el que emitieron los votos el 29 de julio de 1869. Ana Michelotti asumió nuevos nombres de clara resonancia salesiana: Juana Francisca de Santa María de la Visitación. ¡Todo un programa!

En el camino de muchos santos hay trechos marcados por desconciertos y fracasos. No es del todo fácil de explicar la separación de las dos compañeras en 1870. Ana permaneció durante un tiempo en Annecy; luego halló cobijo junto a algunos familiares de la rama paterna en Almese, en el Piamonte, continuando su entrega a los enfermos, siempre dispuesta a obedecer. Respondió con prontitud, volviendo a Lyon, cuando se vio reclamada autoritariamente, y se encontró reducida a simple novicia, y sometida a grandes pruebas y humillaciones, ella que a todas luces era cofundadora. Retornó a Annecy, y la comunidad de Lyon, por cierto, no tardó en extinguirse. En Annecy, su ciudad natal, había para ella un sitio privilegiado de oración junto a la urna que guardaba las reliquias de S. Francis-

co de Sales. ¿Qué hacer? ¿Qué rumbo debía tomar la monja fracasada, ya llegada a los 28 años? Los santos permanecen siempre a la escucha y en su corazón a veces resuenan «palabras sustanciales», que dan fuerza para realizar lo que significan. Tales fueron las que oyó internamente con toda claridad: «Encamínate a Turín. Allí te quiere el Señor para que allí establezcas tu monasterio».

Hacia Turín se dirigió a finales de 1871 y allí se estableció definitivamente en 1873. Sus biógrafos hacen especial mención de dos personas de vida muy santa que le prestaron ayuda: el P. Félix Carpignano, del Oratorio de San Felipe Neri, y María Clotilde de Saboya. Buscó para su fundación una designación que denota humildad, devoción y amor: *Piccole Serve del Sacro Cuore di Gesù*, Siervcillas del Sagrado Corazón de Jesús, al servicio de enfermos pobres. Sólo eran tres para comenzar pero bastaron para que el cardenal Gastaldi, arzobispo de Turín, autorizase la obra en 1874, año en que las tres tomaron el hábito. El 2 de octubre de 1875 emitieron los votos de pobreza, castidad y obediencia. Sorprendentemente, el mismo cardenal que tan duro e incomprensivo se mostró con Don Bosco, cuando la obra de éste ya resultaba asombrosa, supo prestar su apoyo a una pobrecita mujer que echaba a andar de modo tan insignificante.

La dedicación a los enfermos pobres supuso sacrificios mayores de los imaginados. Varias de las poquitas monjas de los comienzos fallecieron víctimas del contagio. Pero pocos años después ya eran veinte. En 1880 pudieron abrir la segunda casa en Milán y en 1882 otra nueva en Valsalice, cerca de Turín, que se convirtió en casa-madre. Pronto siguieron otras fundaciones. La sombra benéfica de Don Bosco la acompañó en los momentos más difíciles. La consolidación y la expansión de una Congregación religiosa no es simple fruto de planificación y capacidad organizadora. Se requiere en los fundadores un carisma especial que suscite en otros el seguimiento, formándolos luego y sosteniéndolos con la enseñanza y el ejemplo. Beata Juana Francisca cifró su atención en el Corazón de Jesús que le inspiró la entrega sacrificada, abrazándose a la cruz. Pablo VI no duda en afirmar que responde fielmente al ideal de la mujer fuerte de la Biblia (Prov 31,17-20):

«En ciudad ajena, pobre y careciendo de todo, falta de salud, afectada y afligida por muchas dificultades, alcanzó tal grado de virtud que siguió a Cristo con omnimoda libertad, imitándolo muy de cerca y logrando fundar una familia de religiosas que ha superado ya el siglo de existencia viviendo de su carisma de caridad».

Gravemente enferma, cesó como madre general de su congregación en enero de 1887. Falleció santamente el 1 de febrero del año siguiente. Fue enterrada con la máxima simplicidad en un pobre cementerio y hubiera ido a parar al osario común, si no hubiesen sido recogidos sus restos diez años después. Desde el año 1923 descansan en la capilla de la casa-madre de Valsalice. Fue proclamada Beata por el papa Pablo VI en Roma el 1 de noviembre del Año Santo de 1975.

JOSE M.^a DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- CASTANO, L., *A braccia spalancate. La Beata Anna Michelotti fondatrice delle Piccole Serve del Sacro Cuore* (Turín 1975).
- FRANCHETTI, D., *La madre dei malati poveri, la serva di Dio Suor Giovanna Francesca Michelotti* (Turín 1939)
- REDIGLIO, G., *Oggi vengo a casa tua Beata Anna Michelotti, fondatrice delle Piccole Serve del Sacro Cuore di Gesù* (Milán 2000)
- TUNINETTI, G., *Anna Michelotti (1843-1888) e le Piccole Serve del Sacro Cuore di Gesù (1875-1988): un profilo storico spirituale* (Pinerolo 1988).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SIGISBERTO

Rey († 656)

Este joven de sólo 24 años sirvió a Dios y a su pueblo con verdadera buena voluntad y dedicación de modo que al morir nadie puso en duda su condición de santo. Era hijo del rey merovingio Dagoberto I, de quien se dice que llevó una vida disipada hasta el nacimiento de su hijo. Había exiliado al obispo San Amando porque había recibido de él duros reproches por su mala conducta pero lo mandó llamar cuando nació su hijo el año 632 para que lo bautizara.

Se encargó de la educación del príncipe un auténtico santo, Pipino de Landen, que procuró que ésta fuera lo más cuidadosa en todos los aspectos en que el príncipe debería estar preparado. Pipino fue, además, el regente cuando a la muerte en 638 de Dagoberto heredó Sigisberto de él el reino de Austrasia, es decir, la parte este del dominio paterno; la otra parte la heredó su hermano Clodoveo. Pipino consiguió que hubiera paz en ambos reinos y que los hermanos se aceptaran y quisieran.

Sigisberto era un joven piadoso, amante de los monasterios y que fundó doce de ellos, siendo los principales los de Stavelot y Malmédy. Era, además, muy caritativo y por sí mismo daba limosnas a los pobres y visitaba los hospitales, siendo también muy generoso con las iglesias.

Murió santamente el 1 de febrero de 656.

BEATO REGINALDO DE ORLEÁNS

Presbítero († 1220)

Nace en Saint-Gilles (Languedoc) hacia el año 1180. Estudió leyes en París y en 1212 obtuvo una canonjía en la colegiata de Orleáns. Era persona piadosa y buen cumplidor de sus deberes como sacerdote. Había tenido una especie de visión o sueño en que Dios le mostraba un guía espiritual a quien debería seguir. Decidido a hacer una peregrinación a Roma, procuró que ésta estuviera llena del mejor espíritu, encomendándola a la Virgen María.

Era el año 1218 y en Roma encontró Reginaldo a Santo Domingo de Guzmán. El trato con él le dejó maravillado y reconoció en Domingo al guía espiritual que le había sido avisado por la Virgen en su sueño. Y entonces pidió a Domingo ser admitido en la nueva Orden de Predicadores, en la que profesó. Domingo estimó en mucho a aquel instruido sacerdote y lo hizo su vicario durante su ausencia de Roma. Luego lo mandó a Bolonia para que fundara allí una casa de estudios, y luego lo envió a París con el mismo propósito. Parecía que iba a dar mucho más de sí pero murió en París el 1 de febrero de 1220 como primicia de la Orden en el santoral. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 8 de julio de 1875.

BEATA VIRIDLANA ATTAVANTI

Virgen († 1242)

Viridiana nació en Castelfiorentino el año 1182 y desde joven se granjeó el amor de sus paisanos por su conducta edificante y claras virtudes. Decide la joven ir en peregrinación a Roma y Compostela y sus paisanos le hacen prometer que volverá antes de dejarla ir. A su vuelta da a conocer su voluntad de vivir como reclusa, dedicada a la oración, y se le construye para ello una celda junto a la ermita de San Antonio Abad, al lado del río. Hizo el voto de reclusión en la parroquia y recibió como hábito una basta túnica y acompañada del clero y del pueblo marchó a la celdilla donde quedó recluida.

Se alimentaba de ordinario de pan y agua, entregada a la mortificación y la oración; pero los fieles le daban donativos que ella enseguida repartía entre los pobres. Venían los vecinos a contarle sus cuitas y recibían de ella palabras de consuelo y consejos orientadores.

En 1221 la visitó el propio San Francisco de Asís y la admitió en su recién creada Orden Tercera.

Muerta en olor de santidad el 1 de febrero de 1242, el papa Clemente VII confirmó su culto en 1533.

BEATO ANDRÉS CONTI

Presbítero († 1302)

Nace en Anagni en la familia de los condes de Segni que dio a la Iglesia varios papas y numerosos prelados. Era sobrino del papa Alejandro IV. Su nacimiento tuvo lugar el año 1240.

Se sintió atraído en su juventud por la vida religiosa y entró en el convento franciscano de San Lorenzo en Roma. Ordenado sacerdote, obtiene permiso para vivir como ermitaño en una gruta del Apenino, donde se entrega a la contemplación y la penitencia. Dios le favorece con una altísima oración y una gran comprensión de las verdades de fe. Escribió un tratado sobre la Encarnación que se ha perdido. Su tío el papa Alejandro IV viene a verle a su retiro y quiere nombrarle cardenal, pero Andrés se niega eficazmente a dejar su soledad. Años después su sobri-

no el papa Bonifacio VIII quiso igualmente adscribirlo al colegio cardenalicio pero Andrés repitió su negativa.

Lleno de méritos y con fama de taumaturgo, muere el 1 de febrero de 1302. Fue beatificado el 15 de febrero de 1724 por el papa Inocencio XIII, que igualmente era de la familia de los condes de Segni.

BEATOS CORNELIO O'DEVANY Y PATRICIO O'LOGHRAN

Mártires († 1612)

Estos dos gloriosos confesores de la fe dieron la vida por Cristo y su Iglesia el 1 de febrero del año 1611 ante una multitud de personas que habían acudido a su ejecución. El uno en su juventud había ingresado en la Orden Franciscana y, acreditado por su celo apostólico, fue nombrado por el papa como obispo de Down y Connor y era vicario del primado de Irlanda. El segundo era sacerdote secular y capellán de Hugo O'Neil, el jefe de los católicos ingleses.

Cormac, hermano de Hugo, era muy amigo del obispo O'Devany y le costeó el viaje que el prelado hizo por Italia y España, dos países católicos que hacían fuerte contraste con la situación del catolicismo en Irlanda.

El 28 de enero anterior el obispo y el sacerdote fueron juzgados y ambos fueron hallados culpables de negarse a reconocer la primacía religiosa del rey. Por ello fueron condenados como reos de alta traición.

Producida la condena, el prelado rogó a los católicos que no movieran influencias para evitarle el martirio, pues deseaba dar la vida por Cristo. Por ello el decreto que reconoce su martirio lo compara a San Ignacio de Antioquía.

Al llegar al sitio destinado al suplicio en la ciudad de Dublín, el verdugo le pidió perdón, que el santo obispo concedió amablemente, y seguidamente elevó una oración el mártir por su querida Irlanda. Por su parte el sacerdote, entonando el *Nunc dimittis*, se presentó ante el verdugo. Su última acción sacerdotal fue bendecir a los muchísimos fieles que habían acudido a su ejecución.

Con otros mártires irlandeses ambos fueron beatificados el 17 de septiembre de 1992.

SAN ENRIQUE MORSE

Presbitero y martir († 1645)

Era natural de Brome, en el condado de Suffolk. Nació en 1595 en el seno de una familia protestante. Se convirtió al catolicismo en su juventud y marchó a Douai para hacer los estudios eclesiásticos. Volvió a Inglaterra pero como no quiso hacer el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa de la Reina, fue desterrado. Marchó a Roma y terminó los estudios teológicos en el Colegio Romano y se ordenó de sacerdote. Sintió la vocación jesuita y pidió al padre general de la Compañía de Jesús su ingreso pero volvió a Inglaterra sin realizarlo. Aquí, luego de un año de trabajo apostólico, fue de nuevo detenido y en la cárcel de York bajo la guía de un jesuita también detenido hizo el noviciado en la Compañía y pronunció los primeros votos. Otra vez detenido y desterrado, pasó al noviciado jesuita de Watten y atendió pastoralmente a soldados ingleses.

En 1633 volvió a Inglaterra y durante la peste de los años 1636-1637 ejerció una abnegada labor asistencial, sin hacer distinción entre católicos y protestantes, y contagiándose él mismo, aunque logró sanar. En 1637 vuelve a la cárcel pero sale de ella por influencia de la reina Enriqueta y es de nuevo desterrado en 1641. En Flandes es capellán de tropas y luego de varios conventos de monjas, hasta que vuelve otra vez a Inglaterra. Aquí trabaja por más de un año, es apresado, huye y otra vez es capturado y de la prisión de Durham pasa a Londres. Es condenado a muerte y la sentencia se ejecuta el 1 de febrero de 1645 en la plaza londinense de Tyburn ante una multitud, entre la que estaban los embajadores de España, Francia y Portugal.

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970.

BEATA ANA MARÍA VAILLOT Y COMPAÑERAS

Martires († 1794)

El 19 de febrero de 1984 el papa Juan Pablo II beatifico a ochenta y ocho mártires de la diócesis francesa de Angers, que habían muerto por la fe en los días de la Revolución Francesa. De esos ochenta y ocho mártires eran doce sacerdotes, tres religiosas, cuatro varones seglares y ochenta mujeres seglares. De estas tal día como hoy fueron fusiladas cuarenta y siete, todas las cuales dieron insigne testimonio de fe y de perseverancia, no importándoles las dificultades, penalidades y la misma muerte, y siendo todas ellas cristianas convencidas y consecuentes en sus familias y excelentes ciudadanas en el cumplimiento de sus deberes en el mundo.

Detrás de cada uno de sus nombres hay una historia de heroica fidelidad a la Iglesia. Algunas eran viudas, otras casadas, otras solteras, y de las fusiladas tal día como hoy, una sola, Ottilia Baumgarten, era religiosa, pero de esta forma los cuatro estados posibles de la mujer (soltera, casada, viuda, monja) glorificaron a Dios con su martirio.

2 de febrero**A) MARTIROLOGIO**

1 Fiesta de la Presentación del Señor y Purificación de Nuestra Señora **

2 En Orleans (Francia), San Flosculo († 450), obispo

3 En Canterbury (Inglaterra), San Lorenzo († 619), obispo, que convirtió a la fe al rey Edbaldo *

4 En Baviera, San Burcardo († 754), obispo

5 En Florencia (Toscana), Beato Simón Fidati de Casia († 1348), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín

6 En Susa, Beato Pedro Cambiani de Ruffia († 1365), presbítero, religioso dominico y mártir

7 En Prato (Toscana), Santa Catalina de Ricci († 1590), virgen, terciaria regular dominica **

8 En Burdeos (Aquitania), Santa Juana de Lestonnac († 1640), viuda, fundadora de la Orden de Hijas de Nuestra Señora **

9 En Roma, Beato Nicolas Saggio de Longobardi († 1709), religioso mínimo *

10 En Genazzano (Italia), Beato Esteban Bellesini († 1840), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *

11 En Hanoi (Tonkin), San Juan Teofanes Venard († 1861), presbítero de la Sociedad de Misiones de París y mártir **

12 En Dernbach (Renania), Beata Maria Catalina Kasper († 1898), virgen, fundadora del Instituto de las Pobres Siervas de Jesucristo **

13 En Milan, Beato Andres Carlos Ferrari († 1921), obispo y cardenal **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR Y PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Muy posiblemente, con cuatro o cinco duros de los nuestros hubiera tenido bastante José, esposo de María, naturales de la ciudad de Belén, para el rescate del Niño Jesús.

La ley se expresaba así: «Habló Dios a Moisés y le dijo: Conságrame todo primogénito. Todos los primogénitos de entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, míos son» (Éx 13,1-2).

En los tiempos primeros estos primogénitos fueron destinados al culto de Dios. Pero cuando fue confiado este culto en exclusiva a la tribu de Leví, decidió la ley que esta exención fuera compensada mediante el pago de cinco siclos, que se destinaba a engrosar el tesoro del templo.

Hay que advertir que no era necesario llevar a Jerusalén al infante. Bastaba con que el padre pagase el impuesto al sacerdote de turno, no antes de los treinta y un días después del nacimiento, para cumplir religiosamente con lo estatuido en la ley.

Segun otras disposiciones legales (Lev 12,1-8), cuarenta u ochenta días después del alumbramiento, según se tratase de un hijo o de una hija, las madres hebreas habían de presentarse en el templo para purificarse de la impureza legal que habían contraído

También hay que hacer constar que no siempre la madre estaba obligada a presentarse en persona. Podía ser reemplazada

por alguna otra persona que ofrecía el sacrificio en su nombre, si existía alguna causa que justificase su ausencia.

Huelga decir que ni Jesús ni María estaban obligados a estos preceptos legales. Jesús estaba infinitamente por encima de toda la ley, y la Virgen Santísima, al haber dado a luz virginalmente, al margen, por lo tanto, de las condiciones naturales previstas por el legislador, no tenía necesidad de purificarse de nada.

La humildad, la obediencia, el propio respeto más exquisito a las instituciones legales del pueblo de Dios y el cariño más fino a la vida ordinaria sin excepción y exenciones, hicieron posible que la Sagrada Familia se trasladara a Jerusalén para cumplir con estas prescripciones rituales.

En un mismo día se podía llegar a Jerusalén, asistir a las ceremonias legales y regresar, por la tarde, con tiempo sobrado, a Belén.

Muy posiblemente que esto sería lo que hiciera la Sagrada Familia.

La purificación de las madres tenía lugar por la mañana.

Entraría María por el atrio llamado de las mujeres, se colocaría en la grada más alta y allí sería rociada con el agua lustral por el sacerdote de turno, que a la vez recitaría sobre ella unas preces.

Aunque la parte más importante del rito consistía en la oblación de dos sacrificios. Uno que se denominaba «sacrificio por el pecado», cuya materia siempre era una tórtola o un pichón, y otro «sacrificio de holocausto», cuya víctima exigida era, para los ricos, un cordero de un año, y para los pobres un pichón o una tórtola.

Lo dice San Lucas (2,24), y, además, históricamente nos lo imaginamos nosotros, que San José compraría un par de palomas o tórtolas al administrador del templo o a alguno de aquellos mercaderes aprovechados cuyas jaulas serían volteadas un día por Cristo.

Los pobres siempre están lo que se dice de enhorabuena en la vida de Cristo.

El sacerdote cortó el cuello del ave y sin separarlo del cuerpo derramó la sangre al pie del altar.

La paloma que sirvió para el holocausto fue quemada sobre las ascuas del altar de bronce.

Las ceremonias del rescate consistían tan sólo en el pago de los cinco siclos legales.

Y ahora comienza una misa. Es el ofertorio. Terminará esta misa en el monte Calvario, cuando pasen treinta y tres años.

El primer sacrificio digno de Dios se está ofreciendo en estos instantes en el templo sagrado de Jerusalén. El velo de muchas profecías se escinde en estos precisos momentos. El templo —aquel templo de entonces— aventaja en mucho a aquel templo primero que no pudo ser marco de la vida ritual del esperado Mesías.

Cristo se ofrece al Padre. Y se ofrece así:

«Entonces yo dije Heme aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad Los sacrificios, las ofrendas y los holocaustos por el pecado, no los quieres, no los aceptas » (Heb 10,7s)

María, en nombre de toda la humanidad, se ofrece también.

Es éste uno de los momentos más solemnes de la vida de la Santísima Virgen.

Ella se ofrece y ofrece. Coofrece.

Es parte integrante en la misa. Lo confirma la espada.

El mejor elogio que se pudo hacer de un hijo de Abraham, se lo hace San Lucas al anciano Simeón, que ahora aparece en escena:

«Había en Jerusalem un hombre, llamado Simeon, justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel y el Espíritu Santo estaba en él Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor Movido del Espíritu Santo vino al templo y, al entrar los padres con el Niño Jesus para cumplir lo que prescribe la ley sobre Él, Simeon lo tomo en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, segun tu palabra, porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de todas las gentes y gloria de tu pueblo, Israel»

Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de Él. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

«Puesto esta para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción y una espada atravesara tu alma

para que se descubran los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,25ss).

Simeón es todo un personaje colocado en la cumbre de la estructura mesiánica.

Un santo. Un iluminado. Un profeta.

Sabe acunar a Cristo en sus brazos añosos. Y llamarle «consolación de Israel». Y supo dejarnos la joya lírica del *Nunc dimittis* como un testamento precioso que suena a relevo de centinelas, a libertad de prisioneros, a feliz liberación de cautivos... y que tiene un colorido de perspectiva salvadora, de horizontes lejanos, universales, católicos...

Todo el misterio de Cristo pasa ante sus ojos venerablemente abiertos, a punto ya de cerrarse a la espera y a la carne.

¡Amigo, qué santo tan grande y tan bíblico es este viejo Simeón!

¡Y qué gran santa también aquella mujer llamada «Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, casada en los días de su adolescencia, que vivió siete años con su marido y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro, que no se apartó del templo sirviendo con ayunos y oraciones noche y día y que también alabó a Dios y hablaba de Él a cuantos esperaban la redención de Jerusalén»! (Lc 2,36ss).

Ya es tarde.

El ajetreo se pierde en los recintos del templo.

Son siete u ocho los kilómetros que les separan de Belén. La Sagrada Familia se pone en camino.

La Virgen medita y contempla. En lontananza se oyen ruidos de sables.

El Niño se ha quedado dormido, acurrucadito en el regazo de María y mecido por el balanceo suave del alegre paso del burro.

José, retrasándose un poco, contempla la escena.

Simeón puede ya morir en paz. Abre los ojos y siente la caricia cordial de los ojos infinitamente hondos del Niño.

Ana prolonga aquella noche su oración en el templo un poco más tiempo del acostumbrado, dando gracias a Dios porque la redención de Israel está ya tan cerca...

Litúrgicamente comenzó a celebrarse esta fiesta en Oriente, bien pronto.

La peregrina Eteria nos habla de ella resaltando la alegría semipascual que imprimía esta fiesta en la crecida concurrencia de fieles cristianos que se reunían en Jerusalén para celebrarla.

Con el nombre de *Hypapante* (*occursus Domini*) se extendió por todo el Oriente y, algún tiempo después, también Roma la acogió entre sus fiestas y la celebró muy solemnemente, teñida al principio de un color vigoroso de penitencia pública.

El Papa, el clero y el pueblo, con los pies descalzos, salmodiando y cantando antifonas y llevando en sus manos candelas encendidas, se dirigían desde la iglesia de San Adrián hasta la estacional de Santa María la Mayor, en donde se celebraba la misa solemne.

Unas iglesias le dieron a esta fiesta un marcado carácter cristológico y otras liturgias resaltaron más el carácter mariano.

Históricamente es dudosa la posible procedencia de anteriores fiestas paganas, llámense *amburbalias* o *lupercales*, para explicar la procesión litúrgica de las candelas en esta celebración cristiana en la que el simbolismo de la luz tiene una dimensión tan exacta.

De suyo, la Iglesia es la única institución que existe en el mundo capaz de procesionar adecuadamente la luz.

La luz fue siempre símbolo manifestativo del honor debido a una persona. Y símbolo de gozo y de alegría.

Estos son los primeros pasos de la luz en la simbología eclesíástica.

Pero el paso más litúrgico lo da la luz en su representación de la gloria celestial y en presentarse como reflejo del resplandor de Dios, que es todo luz. La Luz verdadera.

Jesucristo fue anunciado como luz. Él mismo se llamó «luz del mundo» Las propiedades físicas de la luz anuncian la obra redentora de Cristo: permite ver las cosas en su verdadera forma: Cristo y los apóstoles —luz del mundo— enseñaron la verdad. Y de la misma manera que la luz natural vivifica los organismos, se dice también de Cristo que «en Él estaba la vida y la vida era luz de los hombres» (Jn 1,4).

Simbólicamente, Cristo se hace presente en medio de nosotros vestido de luz. Cristo es luz. Es la Luz.

La entrada en el templo la hizo en los brazos de la Santísima Virgen. Una vela litúrgica encendida es un símbolo vivo de Cristo. Somos portadores de Cristo, con una vela en la mano.

Nosotros lo recibimos a Él de manos de nuestra santa madre la Iglesia. Sólo la Iglesia tiene poder para darnos a Cristo. Como las de la Candelaria, las manos de la Iglesia son manos cariñosamente maternales.

Para recibir a Cristo necesitamos acudir a la Iglesia.

La fiesta de la Purificación tiene en la vida cristiana una realidad acuciantemente actual. «Antes erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz» (Ef 5,8s).

Amigo lector, procura que nunca se apague en tus manos esa luz. Es la luz de tu santo bautismo.

El cristiano es un ser iluminado. Es una fuente de luz. Reflejo perfecto de la luz increada y vehículo fiel del resplandor de Dios para todos los hombres. Piensa si eres tú de verdad una fuente de luz: «luz para la iluminación de las gentes».

Por definición, la luz ha de expandir sus fulgores. Por las venas del alma cristiana cabalgan mensajes de luz. Somos focos. El mundo precisa de nuestra luz. La frente pagana de tantos problemas humanos ha de ser iluminada con esos rayos de luz.

La verdad de nuestra vida cristiana es una candela encendida de luz. La mentira en la vida es un apagón de la luz. La verdad es un acto de culto a la luz. La mentira es una ceremonia del culto a Luzbel, el ángel apagado.

Que nos queme la luz en el pecho. Y que todas las luces del alma y del cuerpo que hayamos de tocar en la vida, hayan podido ser arrancadas de un pedernal litúrgico y transmitidas por un beso caliente de las candelas encendidas en la fiesta de la Purificación de la Virgen.

Es de desear que esas velas cobijen bajo su luz sagrada todos los problemas familiares de los hogares cristianos en la vida de todos los días. Que no falte entre los utensilios de las casas cristianas esa vela bendita, tratada y usada como un objeto sagrado, dispuesta a ser colocada en la mano del que muere, como un anticipo de su presentación gaudiosa ante el trono de

Dios, como un recuerdo de la inmortalidad que Cristo nos ha merecido y como una señal inequívoca de la protección de la Virgen. «Tened en vuestras manos encendidas las antorchas y sed semejantes a los que aguardan a su señor» (Lc 12,25).

Nuestra santa madre la Iglesia resume el sentido cristianamente luminoso de esta festividad en la oración de la bendición de las candelas, que es un manjar exquisito para el alma cristiana.

Léela y medítala lo más sabrosamente que puedas:

«¡Oh Señor Jesucristo, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo!, ilustra nuestros corazones con tu invisible fuego, con el resplandor del Espíritu Santo y cura la ceguera de nuestros pecados, para que, purificada así la vista de nuestra alma, podamos conocer lo que a Ti te agrada y lo que es provechoso para nuestra salvación y merezcamos alcanzar, tras los peligros y tinieblas de este mundo, la luz inextinguible. Por Ti mismo, Salvador y Redentor nuestro, que en Trinidad perfecta vivis y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen»

Amigo, con esa luz revisa hoy tu vida. Contéplala con ojos iluminados por la presencia de Cristo. Pídele prestados los ojos al anciano Simeón y proyecta a Cristo, hecho luz, en tu vida.

Y, ya sabes, decídate a caminar ahora por el año litúrgico de cara a la luz, siguiendo las huellas luminosamente claras de Cristo, que pasó por tu vida en el momento del santo bautismo transfigurándote en foco de luz

El anciano Simeón tan sólo deseó ver un instante la luz de Dios para cerrar después sus ojos con esa imagen tan bella encastada en sus pupilas, momentos antes de abrirse a los resplandores eternos de la gloria del cielo.

En la nueva economía de la gracia, el cristiano puede estar constantemente viendo a Cristo y sintiendo su caricia de hermano que se nos ofrece acunado en los brazos de la Santísima Virgen.

Por favor, que no se te olvide: históricamente es cierto que la Santísima Virgen —su madre y tu madre— tiene todavía maternalmente extendidos sus brazos dispuesta a acunarte sobre ellos y poder así ofrecerte al Padre en el templo santo del cielo.

Es éste su oficio.

De nuevo te lo voy a recordar, y a la vez —para ti, para mí y para todos— le vamos a pedir esta gracia a la Virgen con las mismas palabras de la sagrada liturgia de la fiesta de hoy:

«Omnipotente y sempiterno Dios: suplicamos humildes a vuestra Majestad que, así como vuestro unigénito Hijo fue presentado hoy en el templo con la sustancia de nuestra carne, así nos concedáis presentarnos a Vos con almas puras de todo pecado. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén».

ANTONIO ARADILLAS AGUDO

Bibliografía

- Act. S.S. Boll.*, 2 de febrero, comentario histórico de la fiesta.
 Varios artículos de *Diccionarios* y *Enciclopedias* de antigüedades cristianas. En partic.:
Cath. Encycl., vol.3, p.245s.
 DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, o.c., I, p.381s.
 Obras generales de GUERANGER, SCHUSTER, PARSCH, etc.

SANTA CATALINA DE RICCI

Virgen († 1590)

Nació el 23 de abril de 1523. Sus padres fueron Pierfrancesco de Ricci y Catalina Panzano. A los cinco años murió su madre y fue recogida en el monasterio benedictino de San Pedro de Monticelli en donde tenía una tía que fue abadesa del mismo. Desde muy niña sentía grandes atractivos en la meditación de la Pasión del Señor, en la que centraría más tarde toda su espiritualidad. Con el deseo de abrazar la vida religiosa visitó varios monasterios, pero no le agradó ninguno. Por fin decidió ingresar en el convento de las dominicas de San Vicente del Prado. Su padre se opuso y ella sufrió tanto que enfermó, casi a punto de morir. Curada prodigiosamente, su padre dio su consentimiento y pudo ingresar en el convento de las dominicas de San Vicente del Prado el 18 de mayo de 1535, cuando tenía 12 años, con la ayuda de su tío el Padre Timoteo Ricci. Tuvo que sufrir mucho en la vida religiosa, pues las demás religiosas del convento no comprendían sus éxtasis ni las gracias extraordinarias con que Dios la favorecía. Interpretaron todo esto como desequilibrios psíquicos. Por esto, estuvo a punto de ser despedida del convento cuando se acercaba la fecha de su profesión reli-

giosa. Ella lo consiguió con sus lágrimas y oraciones, el 24 de junio de 1536.

Se mezclaron en su vida enfermedades grandes y extraordinarias curaciones, como la que sucedió en la noche del 22 al 23 de mayo de 1540, aniversario de la muerte de Savonarola.

Con heroica paciencia y dócil humildad Catalina supo cautivearse poco a poco la admiración y el respeto de las demás religiosas. Los tormentos físicos y morales fueron la preparación para pruebas más extraordinarias que conocemos por el relato que ella hizo a su maestra de novicias, Sor Magdalena Strozzi, por imposición de su tío el Padre Timoteo.

El primer jueves de febrero de 1542 tuvo su primer éxtasis de la pasión del Señor, fenómeno místico que se repitió semanalmente durante 12 años, desde el medio día del jueves hasta las cuatro de la tarde del viernes. En ese éxtasis revivía todos los pasos de la pasión del Señor. Tenía una comunión espiritual con la Virgen María. Durante toda la semana sufría muchísimo en todo su cuerpo.

Esto se conoció pronto, incluso fuera del convento, y tuvo que intervenir la autoridad eclesiástica, entre otros el Padre General de los dominicos, Alberto de las Casas. Fue tan alarmante que el mismo papa Paulo III envió a un cardenal para examinar el caso y dio un juicio positivo.

El 9 de abril de 1542 le concedió el Señor el anillo de su místico desposorio. El 14 del mismo mes y año tuvo los estigmas que permanecieron visibles en todo su cuerpo. En la Navidad del año siguiente le fue prometida una corona de espinas, cuyos pinchazos le duraron hasta la muerte.

Tuvo revelaciones sobre el estado de diversas personas de su comunidad y de la Iglesia en general. Fue muy atacada por los protestantes. Sintió de un modo especial la invitación del Señor a ofrecerse como víctima por la unidad de la Iglesia.

Ayudada por la imagen del crucificado y enriquecida con muchos dones sobrenaturales inició una silenciosa y fecunda labor apostólica, como puede verse por su epistolario. A su alrededor creció un grupo de discípulos, conquistados a veces milagrosamente. Ellos acudían a ella con frecuencia y los ayudaba con sus oraciones, consejos y obras de beneficencia. Se relacio-

nó epistolariamente con San Felipe Neri, con San Carlos Borromeo, con Santa Magdalena de Pazzi, con los Médici, con Juan de Austria y con otras muchas personas. Pero su acción más fecunda fue en su convento, donde fue muchas veces superiora y priora durante unos siete años en los que la comunidad floreció material y numéricamente, tanto que llegó a tener el convento 160 religiosas, a las que ayudó con gran celo y éxito en la vida espiritual, siendo modelo de observancia religiosa. Murió el 2 de febrero de 1590. Fue beatificada el año 1732 y canonizada el año 1746.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

- AGRESTI, G. DE, «Santa Catalina de Ricci y la Virgen», en *Memorie Dominicane* 38 (1962) 167-184.
 ÁLVAREZ, P., *Santos, bienaventurados y venerables de la Orden de Predicadores* (Vergara 1920).
 BAYONNE, G., *Santa Catalina de Ricci, la Santa di Prato* (Prato ²1960).

SANTA JUANA DE LESTONNAC

Viuda († 1640)

Burdeos. Mediodía de Francia. Fría mañana de 1556.

Ricardo de Lestonnac, noble magistrado y consejero del rey, que preside su felicísimo hogar en la calle de Cours de Fossés, recibe del cielo la bendición más anhelada para su corazón: una hija, la primogénita, Juana, que llena con la luz de sus ojos azules y su encanto especial la noble morada.

Juana Eyquen de Montaigne, la noble y feliz castellana, recibe en sus brazos el frágil cuerpecito y lo estrecha contra su corazón. Pero se opone tenazmente a que las aguas del bautismo católico corran por la blanca frente de la niña. Es la voluntad firme del padre la que triunfa en la lucha, y Juanita comienza su vida en el campo del rudo combate familiar, que ha de poner en grave peligro la pureza de su fe.

Historietas malvadas y atractivas, en que salen malparados los sacerdotes y el Vicario de Cristo. Veneno entre mieles de caricias maternas. Ausencia total de la Virgen en sus relatos y

en sus charlas. Todo lo que la nueva apóstata calvinista anhelaba inocular en el tierno corazón de aquella privilegiada criatura, a quien su tío, el célebre filósofo Miguel de Montaigne, llamó sin titubeos «[...] bella princesa, albergada en magnífico palacio».

Sus tíos, los señores de Beauregard, se unen a la madre hereje para malear la inocencia de Juana. Miguel, el señor de Montaigne, vela por la guarda de su fe. Y la niña triunfa en la lucha con la firme ayuda de su padre y con la cooperación de Guy, el mayor de los hermanos varones, que cada noche repite en sus charlas fraternales cuanto ha aprendido en el colegio que frecuenta, regentado por los padres jesuitas.

La fe, combatida, acaba por hacerse recia y valiente. La devoción a la Virgen arraiga íntima en su alma, y su anhelo de sacrificar el porvenir brillante que el mundo ofrece cede tan sólo ante la insistencia paterna, que teme los claustros y monasterios del mediodía de Francia, invadidos por la herejía.

¿Será la voluntad de Dios? ¿Hablará el cielo por la reiterada petición de Gastón de Montferrant Soldán de la Tray, barón de Landirás y de la Mothe, que sueña por hacerla su esposa y lo ruega insistentemente?

Consciente, creyendo acatar así los designios de Dios, acepta Juana.

Y veinticuatro años de felicísimo matrimonio en el baronesado de Landirás son la respuesta afirmativa a su ambición de hacer siempre lo más perfecto.

Ocho veces es Juana madre. Las tres primeras disfruta breves instantes de sus hijos. Muy pronto vuelan al cielo sus angelitos, dejando el baronesado entero sumido en lágrimas y desolación. Las otras cinco —dos varones y tres hembras— van llenando poco a poco, con su alegría y con sus trinos, las dilatadas posesiones bajo sus desvelos de madre y de santa.

La baronesa, la mujer fuerte que canta la Escritura, les enseña cada día los deberes de la cristiana caridad en las visitas a los pobres, a sus colonos, en la abnegada labor de atender y dar hospitalidad a los mendigos que llaman a sus puertas. No sin razón un día la apellidará el mundo entero «honor y gloria de Francia y de la Iglesia».

La primavera del año 1597 ve colgar en los torreones del castillo crespones enlutados. Gastón de Montferrant, fortalecido con su último viático, ha subido al cielo. Y la mano firme y valiente de la baronesa cierra sus ojos para siempre con profundo dolor, pero con inmensa resignación.

Seis años más tarde, cuando el heredero del baronesado ha seguido a su padre a la Patria, después que su hijo Francisco ha fundado su hogar y Marta y Magdalena se han consagrado a Jesús en las Anunciatas de Burdeos, deja a su pequeña Juanita al cargo de Francisco y de su esposa, ya padres de familia, y ella ingresa en las fuldenses de Tolosa, anhelando tan sólo consagrarse por entero al Señor. La mañana de su partida, saliendo muy temprano de palacio, pretende evitar las despedidas, pero su corazón de madre tiene que desgarrarse al ver llegar y arrojarse sobre su pecho a su benjamina deshecha en llanto y queriendo retenerla en Burdeos, en su casa, con sus bracitos frágiles pero potentísimos.

Viste Juana el santo hábito y su felicidad no encuentra límites. Sin embargo, su palidez preocupa a la comunidad, y las rigurosas penitencias agotan sus fuerzas por completo. Ella prefiere la muerte antes de ser infiel a su Dios, y, cuando su madre superiora le indica que es preferible seguir la prescripción facultativa y regresar a su castillo de Landirás, la pena la embarga por completo.

Aquella noche, mientras esfuerza su alma en abrazarse con la voluntad de Dios y en aceptar la prueba, una visión celestial la hace ver el abismo del infierno. Caen en él las jóvenes, en espantoso torbellino, y tienden los brazos implorando su auxilio. Sobre el cuadro espantoso se dibuja, magnífica y grandiosa, la imagen de María.

La voluntad de Dios la vence por completo. Y la futura Compañía de María, en beneficio de la juventud femenina, empieza a diseñarse en aquella velada última de un aposento de una novicia fuldense.

Vida de caridad y apostolado en su palacio de Burdeos. Providenciales intervenciones divinas, y revelaciones celestiales a los padres Bordes y Raymond, de la Compañía de Jesús. Horas de luz en que se van plasmando las nuevas reglas, calcadas tam-

bién en las de San Ignacio. Generosa respuesta a la gracia por parte de las primeras compañeras, y el 11 de mayo de 1608 Burdeos entero, engalanado, presencia la toma de hábito de las cinco primeras religiosas que se ciñen para el combate en la Compañía de la Virgen.

El cardenal De Sourdis, protector en un principio de la Obra, desea más tarde acoplarla a la regla de las ursulinas, y les niega la profesión en mayo de 1610. Pero el 7 de diciembre, en su castillo de Lormont, recibe una gracia particular de la Santísima Virgen, que aboga por sus hijas, y en la festividad de la Inmaculada, en el monasterio de la calle del Ha, recibe la entrega total de la madre santa y de sus primeras compañeras, que son nueve.

Fuerte vendaval de persecución sacude repetidas veces el tierno arbolito. Por eso quizá arraiga más fuertemente. Béziers, Poitiers, Tolosa, Périgueux... Letanía maravillosa que, antes de la partida de la madre al cielo, se desgrana en cuarenta preciosas y florecientes advocaciones... En ellas, jalonando su fecunda producción, sufrimientos y preocupaciones de todas clases. Desde los desprecios de Lucía de Teula, fundadora frustrada de Tolosa, que no escatimó insultos y persecuciones, secreto de la prosperidad de los nuevos palomares de la Virgen, hasta la traición de una de sus hijas, única infiel entre el grupo de sus primeras religiosas, que ingrata a la madre, y cediendo a una tentación ambiciosa, hace llegar hasta el prelado falsas acusaciones e inculpaciones de todas clases.

«La parte que Jesús nos da de su cruz nos hace conocer cuánto nos ama», repite más tarde la santa fundadora. Y, tras un silencio santo y ejemplar, su estancia en Pau, la benjamina de sus fundaciones, llena de admiración a cuantos tienen la dicha de tratarla. Van recibiendo sus últimos maravillosos ejemplos de humildad al verla ocuparse personalmente en las clases de las niñas más pobrecitas... De magnanimidad, de amor al Instituto y a las Reglas, para cuya impresión logran sus hijas bordelesas que regrese a la cuna de la Orden a los setenta y ocho años de edad

La enamorada de la Eucaristía, la angelical religiosa que tributaba culto tan especial al ángel de su guarda, la hija amantísi-

ma de la Iglesia y de la Virgen, a la que consagró su compañía; la madre caritativa y buena, que en épocas de epidemia daba a manos llenas los remedios adquiridos para la comunidad entre los mendigos y los necesitados, la hija confiada en la providencia del Padre celestial, que vivió siempre pendiente de la Providencia en todas sus empresas, el 2 de febrero de 1640, tras rapidísima enfermedad de dos días, rodeada de sus hijas y pronunciando con dulzura celestial los nombres de Jesús, María y José, se durmió tranquilamente en la paz del Señor, en medio de la veneración y el amor de tantas hijas dispersas por las cuarenta casas del Instituto...

... Revolución francesa. Profanación de los restos venerados, enterrándolos cerca de la osamenta de un caballo. Celo y amor de la madre Duterrail, que, al restaurar las casas de Francia, acabada la Revolución, logra, tras afanes inmensos, encontrar sus restos venerados. Y, por fin, transcurridos trescientos años de espera, el 15 de mayo de 1949 la santidad de Pío XII la eleva a la gloria de los altares.

Santa Juana de Lestonnac bendice hoy las ciento quince casas de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora, que, esparcidas por todo el mundo, anhelan vivir intensamente el ideal de su santa madre fundadora: «O trabajar o morir por la mayor gloria de Dios».

MARÍA ÁNGELES VIGURI, ODN

Bibliografía

- HOESL, P., *Au service de la jeunesse. Sainte Jeanne de Lestonnac, épouse, mère, fondatrice* (París 1949).
- TESTORE, C., *Santa Giovanna de Lestonnac, fondatrice dell'Ordine delle Figlie di Nostra Signora (Compagnia di Maria)* (Roma 1949).
- VIGUESOURI ELCORO, M. DEL C., *Exclaustrada y misionera, o Vida de Santa Juana de Lestonnac...*, fundadora de la Orden de Nuestra Señora (*Enseñanza*) (Bilbao 1949).

BEATO ANDRÉS CARLOS FERRARI

Cardenal († 1921)

Este buen pastor de la Iglesia mediolanense entre los siglos XIX y XX, imagen preclara en la contemporaneidad del único Buen Pastor de la Iglesia, Jesucristo, beatificado precisamente

en el domingo IV de Pascua de 1987, «dominica del Buen Pastor», nació en Lalatta di Patropiano, diócesis de Parma, el 13 de agosto de 1850. Era hijo de Jose Ferrari y de Magdalena Longarini, y recibió en el bautismo el nombre de Andrés. Desde su infancia, de la mano de sus piadosos padres, aprendió a caminar por el sendero de la voluntad de Dios.

Por eso apuntó muy tempranamente en él la vocación al sacerdocio. Cursó sus estudios elementales en el seminario de su diócesis desde 1861, del cual fue alumno interno en 1867. Recibió el orden presbiteral el 20 de diciembre de 1873. Al año siguiente fue nombrado párroco de Mariano, cerca de Parma, muy pronto fue coadjutor del arcipreste de Fornovo di Taro y en 1875 vicerrector del seminario de Parma y profesor de física y matemáticas. En 1877 fue nombrado rector del seminario y en 1878 profesor de teología fundamental, historia eclesiástica y teología moral. En 1885 publicó un compendio de teología dogmática general.

Por su fidelidad en el seguimiento de Cristo y amor a la Iglesia, por sus dotes humanas y sacerdotales, la Santa Sede se fijó en él para elegirle obispo de Guastalla, una pequeña diócesis de 25.000 habitantes. Recibió su ordenación episcopal en Roma el 29 de mayo de 1890.

Sólo un año después, fue trasladado a la sede de Como, en cuya catedral entró solemnemente el 25 de octubre de 1891. En visita pastoral a su extensa diócesis, hasta los lugares más remotos y difíciles, ya que el buen pastor debe conocer a sus ovejas y estas lo deben conocer a él (cf. Jn 10,14), no cesaba de anunciar la Palabra divina, de administrar los sacramentos de la confirmación y de la penitencia, de celebrar la Eucaristía y de presidir otras acciones litúrgicas, de exhortar a todos a una fidelidad creciente al Evangelio, a la Iglesia y al sumo pontífice. Educado en actitudes de catolicismo intransigente, no fue sensible al principio a los problemas político-sociales de fin de siglo, hasta que participó en Génova, en octubre de 1892, en el *Congresso dei cattolici italiani*. En éste, captó la realidad y los imperativos ineludibles de la cuestión social y de las injusticias que padecían las capas más pobres de la sociedad. Luego, en Como, inició la *Opera dei Congressi*, de marcado apostolado social.

León XIII, apreciando las virtudes pastorales de este celoso obispo, lo promovió al cardenalato el 18 de mayo de 1894 y el siguiente día 21 le confió la archidiócesis de Milán. En veneración a su santo predecesor Carlos Borromeo, el cardenal Ferrari añadió al nombre de su bautismo el de Carlos, al iniciar, en noviembre, su servicio episcopal a la sede ambrosiana.

En marzo de 1895 comenzó la primera de sus cuatro visitas pastorales a su vasta archidiócesis (con más de 700 parroquias entonces y 1.700.000 habitantes).

El cardenal Ferrari alentó con decisión el «movimiento católico» como pastor de la Iglesia mediolanense: favoreció las iniciativas sociales de los católicos, su compromiso en la política y la difusión de una cultura cristiana coherente con el avance de la cultura contemporánea.

En la homilía de su beatificación, Juan Pablo II expuso el talante de aquel buen pastor:

«Consciente de que la ignorancia de los principios esenciales de la fe y de la vida moral exponía a los fieles a la propaganda atea y materialista, organizó una forma de catequesis moderna e incisiva. También renovó el estilo pastoral: inspirándose en el “buen Pastor”, repetía insistentemente que no se tenía que esperar pacientemente que los fieles se acercasen a la Iglesia, sino que era indispensable volver a recorrer, como Jesús, las calles y las plazas para salir a su encuentro, hablando su mismo lenguaje... Ante su acción pastoral incansable, exclamaban algunos: “¡Ha vuelto San Carlos Borromeo!”».

Reanudó la serie de Sínodos mediolanenses, interrumpida desde 1687, convocando los de 1902, 1910 y 1914. En 1906 reunió un Concilio provincial.

Siguiendo las enseñanzas de León XIII en su *Rerum novarum*, instituyó la cátedra de economía social en su seminario, deseoso de que la «sociología cristiana» impregnara la mentalidad del clero, se dedicó con entusiasmo a las obras sociales (cajas rurales, sociedades de socorros mutuos, ligas obreras, agrícolas, etc.). Dedicó sacerdotes al apostolado obrero, organizó misiones para los trabajadores, la casa de los muchachos, otra para la reeducación de antiguos presos, unió los esfuerzos, a veces contrastantes, de la prensa católica. Fundó el diario *L'Unione*, llamada luego *L'Italia*.

Frente a la prensa intransigente y cerrada en un catolicismo intolerante, mostró su apoyo a un periodismo de penetración, para que el pensamiento cristiano se metiera en el corazón del mundo moderno. Intuía el cardenal, dice Juan Pablo II en la homilía citada, «la urgencia de involucrar a los laicos en la vida de la comunidad eclesial, organizando sus fuerzas para una presencia cristiana más incisiva en la sociedad. Fue activo promotor de la Acción Católica masculina y femenina que, con su decisivo impulso, creció y desde Milán proyectó su influjo benéfico sobre toda Italia».

Deseó que se superara el «non expedit» pontificio que cerraba el paso a la participación de los católicos italianos en la política tras la caída de Roma en 1870, auspició diálogo y entendimiento con el Estado y la monarquía de la nueva Italia, intentos que resultaron infructuosos. Tuvo que sufrir mucho a causa de sus tendencias conciliatorias y de su empeño por «modernizar» y actualizar la presencia de la Iglesia y del pensamiento cristiano en la sociedad contemporánea.

Sus actitudes abiertas e innovadoras despertaron recelos a la nueva «inquisición» antimodernista, que surgió tras la publicación en 1907, por Pío X, de la encíclica *Pascendi*. Aunque el cardenal Ferrari, en la inauguración del año académico de 1907-1908 en la Facultad de teología milanesa, previno frente al contagio modernista y el siguiente mes de noviembre amenazó con penas canónicas a los difusores del *Programma dei modernisti* y del *Rinnovamento*, el papa Sarto mantuvo siempre hacia él una desconfianza obsesiva. Milán, con su cardenal al frente, simbolizaba ante la intransigencia vaticana del momento la vanguardia del catolicismo liberal. Principalmente los hermanos Scotton de Breganze (Vicenza), aliados de Pío X en la persecución antimodernista, desde su semanario *La Riscossa* lanzan su más pesada artillería contra el cardenal Ferrari. Éste en ningún momento se ve defendido por el papa, a quien acude en diferentes ocasiones. Tres visitas apostólicas ordena Pío X, en 1905, 1908 y 1911, al seminario y al arzobispado de Milán. Las dos primeras concluyen en absolución. La tercera termina con fuertes críticas a la acción del arzobispo. El Papa llega a advertir a Ferrari que no quiere verlo en Roma. Pío X ve en el proyecto de Ferrari un

proyecto pastoral alternativo al suyo. El Papa desconfía de los nuevos acontecimientos históricos que no comprende, mientras Ferrari intenta comprender los retos de los nuevos tiempos para ofrecerles una respuesta cristiana. Tal confrontación arrancó lágrimas al cardenal, siempre deseoso de permanecer fiel a la Sede apostólica. El breve de beatificación cualifica dulcemente el conflicto como «un martirio del corazón, superado por la fuerza de la humildad, de la caridad apostólica y de una sincera fidelidad a la Sede de Pedro». Al final, Pío X confesó, en conversación privada, que había sido engañado respecto del arzobispo de Milán. El sucesor de Ferrari, el Beato cardenal Schuster, refirió que Pío XI —también sucesor de Ferrari en la sede de San Carlos— se había lamentado de que hubieran querido involucrar al cardenal Ferrari con el modernismo: «a él que no vivía más que de celo por la gloria de Dios, de amor a la Iglesia y de devoción al Papa». Durante su «martirio de corazón», el bienaventurado pastor se encerró en el silencio y en la oración, esperando que pasara la hora de las tinieblas.

El sucesor de San Pío X, Benedicto XV, nada más subir a la cátedra de Pedro declaró a otro insigne perseguido, el cardenal Maffi, que la era de las delaciones se había terminado. Fue disuelta la red del espionaje antimodernista.

Entonces el Beato Andrés Carlos Ferrari vuelve al dinamismo de siempre, con corazón ensanchado. Entre 1915 y 1918, en que Milán padece los desastres de la primera guerra mundial, se desvivió por los huérfanos, las viudas, las familias destrozadas, los soldados, los prisioneros; colaboró en la búsqueda de los desaparecidos. Creó la «Casa del pueblo» para aunar las organizaciones de apostolado de los laicos y de asistencia social, conocida luego como *Opera Cardinal Ferrari*. El arzobispo la confió a una asociación de sacerdotes y laicos, la Compañía de San Pablo. Colaboró con el P. Gemelli y otros católicos milaneses y les prestó todo su apoyo en la fundación de la Universidad Católica del Sagrado Corazón.

«El secreto de la incansable acción apostólica del nuevo beato —predicó Juan Pablo II el 10 de mayo de 1987— está en su vida interior, cimentada sobre profundas convicciones teológicas, impregnada de tierna y filial devoción a Nuestra Señora, centrada en Jesús Eucarístico y en el Crucificado, expresada en una actitud

constante de gran bondad hacia todos, de solicitud ardiente hacia los pobres, de heroica paciencia en el sufrimiento».

Después de la gran guerra, las fuerzas del cuerpo empezaron a flaquearle. Hasta el final trabajó con brío e ilusión, hasta que quedó postrado en el lecho de muerte. «El buen Pastor da la vida por sus ovejas» (Jn 10,11). Éstas reconocieron la heroica actividad pastoral de su arzobispo: numerosos fieles de la diócesis ambrosiana, como en peregrinación, acudieron a recibir la última bendición de su pastor. Murió santamente cuando el sol de la fiesta de la Presentación, 2 de febrero de 1921, se hundía en el ocaso, mientras el siervo bueno y fiel entraba en la luminosa y eterna fiesta de su Señor (Mt 25,21).

Enseguida el pueblo lo tuvo por santo. El Beato Ildefonso Schuster lo renoció en 1951, al abrir su causa de canonización:

«Si estuviera aún en vigor la antigua disciplina eclesiástica que permitía a los fieles, es decir a la Iglesia viva, la canonización de los santos, ciertamente ahora ya veríamos al cardenal Ferrari elevado a la gloria de los altares, al lado de San Carlos».

El Beato Juan XXIII —que también había tenido que sufrir por la campaña antimodernista— elogió la figura del bienaventurado arzobispo cuando admitió, en 1963, su causa en la Congregación de Ritos. Pablo VI lo declaró venerable por la heroicidad de sus virtudes en 1975. Juan Pablo II lo inscribió en el catálogo de los beatos, en San Pedro del Vaticano, el 10 de mayo de 1987.

PERE LLABRES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t V cols 647-649

Breve de beatificación *AAS* 84 (1992) 832-835

CAPOZZI, M., *Come visse ed insegnò il cardinal Ferrari* (Milan 1950).

Homilía en la beatificación *AAS* 74 (1987) 1295-1301.

PENCO, G - GAIATI, B., *Vita del Cardinal Andrea Carlo Ferrari, arcivescovo di Milano* (Milan-Roma 1926)

PENCO, G., *Il Cardinal Ferrari nel suo spirito e nei suoi scritti* (Milan 1939)

RICCARDI, A., «Andrés Carlos Ferrari», en C. LFONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 171-174

ROSSI, G., *Il Cardinal Ferrari* (Asis 1956)

SNIDER, C., *L'episcopato del cardinal Carlo Andrea Ferrari. I: Gli ultimi anni dell'Ottocento (1891-1903)* (Vicenza 1981); II: *I tempi di Pio X (1903-1914)* (Vicenza 1982). El tercer volumen no ha sido publicado.

SAN JUAN TEÓFANES VÉNARD

Presbítero († 1861)

Juan Teófanos Vénard, siempre conocido por el segundo nombre, nació en Saint-Loup-sur-Thouet (departamento Deux-Sèvres), diócesis de Poitiers, la inolvidable sede gala de San Hilario, el 21 de noviembre de 1829. El matrimonio Juan Vénard y María Guéret tuvo seis hijos, de los que sobrevivieron los cuatro primogénitos: Melania, Teófanos, Enrique y Eusebio, sacerdote diocesano el tiempo andando. Segundo, pues, de la familia, muy unida ella y de raíces cristianas, Teófanos adquirió desde su primera juventud costumbres de honradez y piedad. Tuvo en el padre a su primer maestro, quien no tardó en advertir en el hijo una marcada inclinación al sacerdocio. La vocación, de hecho, se le despertó al futuro mártir cuando sólo tenía nueve años mediante la lectura de una noticia que refería «la vida y la muerte del venerable Carlos Cornay», de Loudun, martirizado en Tonkín.

Él, sin embargo, guardó en secreto lo de las misiones y pue-de que también del sacerdocio, ya que, según referencia de su hermano Eusebio, sólo expresó la voluntad de estudiar. De modo que, secundado por los suyos en tan laudable propósito, su padre lo encomendó primero al párroco para el latín, y en 1841 al Colegio de Doué-la-Fontaine, donde un aciago día de 1843 supo la triste nueva de que su madre había muerto, vacío que vino a llenar Melania, la hermana. En el último bienio de estudios fue presa de tales crisis vocacionales que su perseverancia, por incomprensión de los profesores mayormente, llegó a verse comprometida. Apoyado, sin embargo, por las cartas del padre y de Melania, consiguió recuperarse y, luego de superado todo, entrar con buen pie a sus dieciocho años, primero en el seminario de filosofía de Montmorillon y, enseguida, en el diocesano mayor de Poitiers. Corría octubre de 1848.

El sacerdote de Saint-Loup y luego sus profesores y directores completaron la formación religiosa del joven, sobre todo

M Baudry, su director en Poitiers, al que veneró y amó con especial cariño. De todos modos, quien más impronta dejó en él fue M. J. Barran (1797-1855), director en el Seminario de Misiones Extranjeras, cuya costumbre era inculcar en el ánimo de los aspirantes la sublime idea de la vocación: insistía con énfasis en la santidad, la de un sacerdote en razón de sus funciones, y más aún la del misionero. «Que nadie, decía, se arriesgue a la vida apostólica sin una vocación especial». Recordaba sin cesar que el primado en dicha obra de la gracia, tan delicada, suave, misteriosa ella, corresponde a la iniciativa divina, de suerte que, para el hombre, la perfección consiste en responder entregado a lo que Dios disponga. «Que la vida, solía repetir Barran, es dulce a los que saben mantenerse en una tal infancia espiritual». La educación y la gracia templaron el espíritu de Teófanos para recibir con fruto esta sublime enseñanza, aunque no utiliza la expresión *infancia espiritual*.

Mucho amó a su familia y siempre supo exteriorizarlo. Su vida espiritual aparecía como sublimación de la familiar. La Virgen María empezó a centrar su ser y quehacer a raíz de la muerte de la madre, fallecida cuando él tenía doce años. Se comprometió entonces a rezar diariamente el rosario, y todavía un año antes de su muerte, enero de 1860, tuvo la feliz ocurrencia de recopilar la fórmula montfortiana intitulada «Consagración de mí mismo a Jesucristo por las manos de María», cuyo pasaje esencial llegó a transcribir con su sangre.

Las cartas al padre revelan nítida una vocación misionera. De hecho, subdiácono ya, llegó a pedir permiso al obispo de Poitiers, monseñor Pie, para entrar en el seminario de Misiones Extranjeras, cosa que ocurrió el 3 de marzo de 1851. Una vez ordenado sacerdote el 5 de junio de 1852, expresó el deseo de ir pronto a Tonkín. Tuvo que esperar, claro es, pero la paciencia dio resultado, ya que, al fin, pudo embarcarse rumbo a Hong-Kong en el *Philotaxe, Anversa* (23 de septiembre), en sustitución de un misionero impedido, como le había ocurrido en su día a San Francisco Javier. Desde Anversa a Hong-Kong hizo la travesía junto a uno de sus mejores amigos, José Theuvel, destinado a Tonkín. Luego de cuatro meses y medio de navegación, pudo saludar en Singapur a cuatro seminaristas viet-

namitas, causa para él de conmoción al considerarlos hijos y hermanos de mártires que habían dejado la propia «tierra de mártires» con riesgo de la vida.

El 19 de marzo de 1853 llegaban a Hong-Kong. Theurel continuó hasta Tonkín, donde un año después le alcanzaría Teófanos enviado también allí a causa de las recientes bajas en la misión. Mientras aguardaba destino en Hong-Kong, probó a estudiar la lengua china y en ello estaba cuando un billete del superior de París, Barran, le anunció un buen día de febrero de 1854: «A usted, señor Vénard, está encomendada la gema del Tonkín». Llega a Cua Cam el 13 de julio de 1854, y allí, en Vinh Tri, residencia episcopal y centro de la Misión, es objeto de un caluroso recibimiento por parte de monseñor Retord, obispo que regía entonces la Misión del Tonkín Occidental, cuyo coadjutor era monseñor Jeantet.

Teófanos seguía estudiando con tesón la lengua, de modo que, pasados apenas unos meses, fue capaz de acompañar al obispo en las visitas pastorales. Contaba entonces el Vicariato con ocho misioneros, 10 sacerdotes del país, 30 estudiantes de teología, 300 latinistas repartidos en cuatro colegios y centenares de catequistas. El obispo lo confió al provicario, M. Castex, encargado del distrito de Hoang-nguyen y director del colegio del lugar; pero a su llegada se vio de pronto aquejado de tisis y estuvo enfermo hasta finales de 1856. Ya convaleciente en el centro de la misión (Ke-vinh, o Vinh Tri), fue reenviado a Hoang-nguyen, donde Castex había recibido el refuerzo de Theurel. Fallecido Castex el 6 de junio de 1857, monseñor Retord nombró a Theurel provicario y a Teófanos responsable del distrito de Hoang-nguyen, que entonces contaba con 300.000 habitantes, cuya capellanía de unos 12.000 cristianos atendían siete sacerdotes autóctonos. Teófanos ejerció este ministerio hasta el 10 de junio de 1858.

Aquel día, una columna de perseguidores de los cristianos devastó Hoang-nguyen. Así empezaba para él un período de clandestinidad, a menudo bajo tierra o entre dos tabiques, durante el cual la fiebre se llevó para siempre a monseñor Retord. Convertido Theurel en obispo coadjutor, Teófanos tradujo entonces al vietnamita la *Concordantia evangelica* de Migne, los He-

chos de los Apóstoles, las *Epístolas* y el *Apocalipsis*. Fue asimismo nombrado responsable del seminario de teología, en su reapertura, función que jamás llegó a ejercer debido a su arresto bajo denuncia en Dong-bao, el 30 de noviembre de 1860. La síntesis de su final fue así: metido en una jaula, encadenado, conducido a Hanoi, presentado al tribunal, requerido a pisar la cruz y, ante su negativa, condenado a muerte. Murió decapitado el 2 de febrero de 1861, tenía 31 años. Beatificado el 2 de mayo de 1909, su canonización llegó el 19 de junio de 1988. Veamos esto despacio.

Desatada la persecución, el emperador Tu Duc, instigado, pese a su carácter dulce, por los mandarines, ordenó que todo sacerdote europeo fuese arrojado al río, todo sacerdote vietnamita descuartizado en dos y los bienes, confiscados ya al condenado, ya a quienes lo hubiesen escondido, pasaran con 300 talentos de plata como premio al delator (Edicto del 3-3-1851). Abundaron los espías, sobre todo entre los apóstatas. La curación que un sacerdote encarcelado a causa de la fe procuró al hijo del gobernador, valió a los misioneros una cierta simpatía y que les fuera mitigada la aplicación del Edicto. Pero no bien fue decretada por un segundo Edicto la proscripción general de los cristianos (18-9-1856), el gobernador Nguyễn đình-Hung envió un catequista a su amigo el sacerdote, Lê Bao Thinh, para avisarle de la proyectada persecución del seminario de Vinh Tri por parte de los mandarines. Desdichadamente, antes de que éste llegara, las tropas circundaron el centro misionero. El P. Lê Bao Thinh se presentó solo al oficial, en calidad de director, permitiendo así a monseñor Retord, a Teófanés, a un sacerdote europeo y a tres vietnamitas con cien estudiantes más esconderse en las cavernas cercanas. El P. Thinh fue decapitado, los nobles exiliados y la aldea destruida.

Errante por el monte y medio perdido entre varias localidades, nuestro misionero vino a dar, después de muchas vueltas, con el seminario de Hoang-nguyen, donde era posible vivir, dada la menor crueldad de Hoàng van Thu, gobernador de Hanoi, cabeza de partido del distrito. Instigado, sin embargo, por el colega de Nam Dinh, también él envió tropas para arrestar allí a tres sacerdotes vietnamitas, un diácono y diez seminaristas.

Teófanos entonces se escondió con un misionero francés primero en el convento de las Amantes de la Cruz (But Đông), después en la casa del alcalde pagano de la aldea Tân. Las numerosas defecciones de los cristianos, a los que éste daba asilo, solicitaron de Teófanos la visita a varios lugares del distrito para conseguir de los fieles el retorno a la religión. Así fue como un traidor pudo revelar su presencia en la casa de una anciana pobrísima de Kim Bang: los soldados se llevaron al catequista Luong y luego, roto a patadas un tabique de bambú, descubrieron a Teófanos, que fue conducido en barca, atadas las manos sobre el dorso, a la casa del delator que lo encerró en una jaula de madera para, de ese modo, ser conducido con el catequista bajo la argolla, a la prefectura de Phu Ly.

Terminado el breve interrogatorio (4-12-1860), Teófanos compareció ante el gobernador dentro de una jaula menos estrecha portada en brazos por ocho hombres. En la parada de Ke Voi, recibió del alcalde Pablo Uong Moi, cristiano, una carta del coadjutor monseñor Theurel. Llegó a Hanoi hacia el mediodía despertando la atención de muchos curiosos: ante la Puerta del Este, los soldados, indiferentes a sus protestas, arrastraron al catequista para que pisara la cruz extendida a propósito en tierra. Pero éste empezó a agitarse tanto en la jaula que amenazó con volcarla, lo que obligó a los soldados a removerla. Interrogado por el gobernador mediante dos asesores, se le invitó en vano a pisotear la cruz. Así fue como Teófanos y el catequista fueron condenados a muerte el 17 de diciembre de 1860. La sentencia llegó de Huè, la corte adonde había sido enviada para su ratificación, después de ocho semanas. Teófanos mientras, encerrado en una jaula más grande que las anteriores, salía de ella alguna que otra vez, circunstancia que aprovechaba para ver a los sacerdotes vietnamitas en la cárcel y confesarse. Pero luego, al no consentírsele más la rígida custodia, el coadjutor les envió para ello, a él y al catequista, al P. Thinh. También la comunión por una mujer de confianza. Los guardias eran por lo común discretos con Teófanos, el cual se fue preparando al sacrificio lleno de calma y recogimiento. La plegaria le permitió vencer el fuerte envite de una última tentación de aferrarse a la vida en la noche del 18 de diciembre de 1860.

Cuando el decreto de inmediata ejecución llegó a palacio portado por el correo imperial, un soldado cristiano se lo comunicó a los catequistas Pedro Khang y Juan Batta Luong. Fingiéndose Teófanés presa de violentos dolores, Luong permitió a Khang conducir al enfermo hasta el sacerdote europeo, célebre médico. Los dos podían así referir al padre la noticia. Éste añadió: «¡Bien!». Después, confesados ambos, se recogió en oración. El soldado católico Domingo pidió a la viuda Nghiên, encargada de suministrar alimentos al padre, que le preparase vestidos nuevos. Se permitió a los amigos catequistas acercarse al condenado, quien los confortó dejándoles sus vestidos, y a la viuda Nghiên el breviario, el rosario y el crucifijo. Probó también del dulce y las bebidas que los soldados le presentaban e hizo que participasen los catequistas.

La imprudente llegada de Ana Xui con el viático provocó un tumulto al creer los soldados que se trataba de un veneno. La viuda, corriendo a las invocaciones de Ana, que estaba atada a un palo, consiguió del comandante que le fuera entregada la caja con la sagrada forma. Le faltó tiempo para explicar que, lejos de veneno, aquello era, más bien, «medicina que da la vida». A la ironía del criminal asesor y lector de la sentencia, Teófanés respondió que, en vez de vengarse una vez muerto, como él se temía, rogaría por él. Fue al suplicio, pues, entre doce soldados, precedido del prefecto criminal a caballo, y del adjunto encargado de llevar la «tablilla de la sentencia», mientras cerca de cien militares guiados por dos oficiales a lomo de elefante cerraban el cortejo.

De tal suerte había venido soñando desde niño con el martirio que, al recibir su destino a Tonkín, creyó ver en ello la señal de la Providencia de que un día sería mártir. Pareja disposición había contribuido luego a crear en su corazón un espíritu de generoso desprendimiento y disponibilidad total. Sin embargo, como todos sus Hermanos de Religión, llegada la hora suprema, hizo lo imposible, cómo no, por escapar de sus perseguidores. En una de esas escaramuzas, el colega Pedro Néron había sido hecho prisionero unos meses antes y luego decapitado. Después de su captura, no se hizo ninguna ilusión sobre su suerte y empezó a presentir lo peor, pero tampoco ello impidió que su serenidad habitual fuera, si cabe, más patente, también

más gozosa, y que, llegado el momento supremo, decidiese acudir al suplicio cantando el *Magnificat*.

Se interrumpió la marcha a la puerta de la ciudad, cuando vio en tierra la cruz. Al no querer pisotearla, fue arrastrado por la fuerza. Buscó entonces inútilmente con la vista al sacerdote Thinh que, según el mensaje del coadjutor, habría debido encontrarse por el camino. Y así, como un viacrucis redivivo, llegado al lugar para el sacrificio, se colocó él mismo sobre la tela preparada al efecto por algunas piadosas mujeres. Un soldado entonces le partió con las tenazas las pesadas cadenas al cuello y a los pies. Libre de alzarse, trató de encontrar más allá de los soldados que lo circundaban al P. Thinh para recibir de él la absolución. Después, al no verlo, trazó un signo de bendición sobre los presentes y se arrodilló junto al palo de bambú. A la pregunta del verdugo sobre la suma a percibir a cambio de una muerte con menor sufrimiento, su respuesta fue: «Nada, haz tu trabajo». Fijado al palo con los antebrazos atados detrás de la espalda para tener alta la cabeza, cesado el redoble de tambores y el sonido de los címbalos, el verdugo descargó el primer golpe, que sólo rozó la mejilla izquierda del mártir; al segundo, la espada se rompió y la degollación no pudo completarse sino con dos nuevos tajos. Era el 2 de febrero de 1861. Había nacido en Périgueux (Francia), moría mártir en Hanoi (Vietnam).

Los fieles rescataron el venerado cuerpo y los hábitos del ajusticiado, pero no pudieron impedir que su cabeza, expuesta por tres días, fuese arrojada al río. Cristianos y paganos enjugaron la sangre derramada con la que Teófanos había sellado su brillante carrera apostólica de misionero en Vietnam. Todo seguía muy vivo y el recuerdo empezó a rebasar las fronteras vietnamitas. Así que sus despojos mortales llegaron en 1865 al seminario de Misiones Extranjeras de París mientras la cabeza, encontrada por los pescadores, permaneció bajo custodia en Tonkín. Recurriendo el aniversario del martirio, el mismo monseñor Pie, obispo de Poitiers, quiso pronunciar el panegírico. La fama crecía más cada día. Teófanos empezaba a ser conocido en su Francia del alma.

Imbuida de amor misionero dentro de la clausura, Santa Teresa del Niño Jesús descubrió en noviembre de 1896 al mártir,

cuyos escritos su hermano había tenido la buena idea de publicar a raíz de la muerte. La santa compuso un poema sobre el martirio el 2 de febrero de 1897; y el 17 de marzo escribía: «He leído la vida [...] de Teófanés Vénard que me ha llegado y tocado más de lo que no sabría decir». De esta suerte reconocía en el mensaje vivido por nuestro mártir la vida de infancia espiritual que ella había redescubierto: su alma y la del mártir, decía, eran una sola por la comunión de sentimientos. En el capítulo de la *Historia de un alma* que sus hermanas redactaron al efecto las últimas semanas de la santa, el lector podrá degustar un testamento espiritual compuesto casi todo de frases de Teófanés, convertido mientras en uno de sus «pequeños santos» preferidos.

San Pío X lo proclamó beato con los veintinueve vietnamitas compañeros de suplicio el 2 de mayo de 1909, a pesar de haberse iniciado el proceso en 1878. La canonización llegó el 19 de junio de 1988 por el magisterio de Juan Pablo II, quien encabeza su bula precisamente con estas palabras de San Agustín:

«Con la semilla de su sangre casi se llenó de mártires la tierra; de esa semilla brotó la cosecha de la Iglesia. Dieron mayor testimonio de Cristo con su muerte que con su vida. Aún hoy hablan de él, aún hoy lo anuncian; calla la lengua, pero resuenan los hechos» (*Sermón*, 286, 3).

Las palabras del Vidente de Patmos en el Apocalipsis parecen contener premonitoriamente lo que pasó con nuestro misionero en Hanoi: «Vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron» (Ap 6,9).

Sobre nuestro santo mártir Teófanés y sus compañeros, y en concreto sobre su mensaje para el mundo de hoy, dijo Juan Pablo II el día de la canonización cuanto sigue:

«Los mártires vietnamitas “sembrando entre lágrimas”, en realidad iniciaron un diálogo profundo y liberador con la población y la cultura de su nación, proclamando ante todo la verdad y la universalidad de la fe en Dios y proponiendo, además, una jerarquía de valores y de deberes particularmente adecuada a la cultura religiosa de todo el mundo oriental [.]. Los conflictos y las tensiones políticas que surgieron en las relaciones de los cristianos con las autoridades, los intereses de otras confesiones religiosas, las razones económicas y sociales, la incomprensión sobre la trascenden-

cia y la universalidad de la fe, formaron aquel crisol terreno en el cual se ofreció y difundió la pureza y la fuerza de este extraordinario testimonio».

La celebérrima frase de Tertuliano, en fin, se averbaba una vez más: «la sangre de los mártires, es semilla de cristianos».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

- CUSSAC, G, «Les Missions de la Péninsule Indochinoise», en *Histoire universelle des Missions catholiques*, III (Cannes 1958) 235-237
- ÉMONNET, G, *Deux athlètes de la foi, Théophane et Thérèse* (Paris 1988)
- GUENNOU, J, «Théophane Vénard (Saint)», en *Dict Spirit.*, XV (Paris 1991) cols.522-524
- HOA NGUYEN VAN HIEN, S., «Vénard, Teofane», en *Bibliotheca sanctorum*, t XII cols 987-991 (buena semblanza).
- JUAN PABLO II, «Litterae Decretales Andreae Dung-Lac presbytero, Thomae Thiên et Emmanuéli Phung laicis, Hieronymo Hermosilla O P., Valentino Berrio-Ochoa O. P. et alius sex episcopis, Theophani Vénard presbytero M. E. P. et CV sociis martyribus sanctorum honores decernuntur»: *AA* 83 (1991) 377-381
- «Los mártires, vitalidad para la Iglesia vietnamita. Homilía durante la misa de canonización de 117 mártires del Vietnam (Roma, 19-6 88)»: *Ecclesia* (1988) n 2379, p 23-25
- Martyrologium Romanum*, o.c., 124.
- SIMONNET, C, *Theophane, celui qui embellissait tout* (Paris 1983).
- TROCHU, F, *Un martyr du 19e siècle Le Bx Théophane Venard* (Lyon-París 1929) (importante)
- VENARD, E (hermano del santo), *Lettres choisies* (Poitiers 1929, Namur 1961).

BEATA MARÍA CATALINA KASPER

Virgen († 1898)

Nació Catalina Kasper el 26 de mayo de 1820, en Dernbach, cerca de Montbaur (Alemania), séptima hija de padres pobres, pero ricos en fe. Recibió las aguas regeneradoras del bautismo pocos días después. Creció en edad, en piedad y gracia, la gracia de Dios que movió a la niña desde el principio de su paso por este mundo. A los 14 años, según costumbre de la época, se acercó por vez primera a la mesa eucarística.

Recibió una instrucción muy rudimentaria pues su niñez se desarrolló en una aldea de las montañas del Westerwald, en la que no había ni iglesia ni escuela. Esta situación se vio agravada por la condición enfermiza de la niña. Además, pronto tuvo que ayudar a sus padres campesinos en las labores agrícolas. Ya

adolescente, leía asiduamente la santa Biblia y libros de piedad, guiaba solícitamente a sus compañeros de infancia y adolescencia al santuario de Heilborn, asiduamente se retiraba a rezar y se recogía en su interior. Como anticipándose al carisma que recibiría del Espíritu, visitaba a enfermos y pobres, pues era consciente de que Dios le iba a exigir algo extraordinario, para que dedicara su vida a cuidar de los más necesitados y abandonados.

A los 22 años la familia perdió al padre, y se encontró en una precaria situación económica; tuvieron que vender la casa y vivir en alquiler. Catalina tuvo que emplearse en el servicio doméstico y hasta tuvo que trabajar, partiendo piedras, en el empedrado de las calles. De este modo se procuraba el sustento propio, el de su madre y de sus hermanos, y hasta el de los pobres que acudían a su reconocida generosidad, pues en busca de cobijo y alimento llamaban a la puerta de su casa menesterosos y desamparados, de tal forma que su domicilio familiar llegó a ser como un hospital de enfermos y un hospicio de ancianos.

El párroco de Montbaur fue su maestro en la doctrina cristiana y en el ejercicio de todas las virtudes.

Con otras seis muchachas, organizó en su aldea una «Asociación de la caridad cristiana», una especie de instituto secular, que tenía por objeto cuidar de los cuerpos de los enfermos para procurarles no sólo los cuidados temporales sino el remedio de la inmortalidad. Acogían también a niños huérfanos o desamparados. Algunas de las que formaban esta hermandad emitían sus votos en privado pero seguían viviendo en sus propias casas.

Al principio, las autoridades eclesiásticas del lugar no acababan de comprender la obra y los fines de Catalina. Pero, avanzando el testimonio admirable de Catalina y de sus compañeras, el obispo de Limburg, Mons. Peter Joseph Blum, que no tenía ninguna congregación de religiosas en su diócesis, juzgó como de gran calibre espiritual esta obra de caridad y, como padre y pastor, confirmó en 1850 los estatutos de las muchachas asociadas. Al año siguiente, en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, les dio el hábito religioso y recibió los primeros votos de Catalina y de sus primeras compañeras, quienes los emitieron después de larga reflexión. La fama de las nuevas religiosas ya

se había extendido tanto que la ceremonia de la vestición y de la profesión tuvo que celebrarse al aire libre y no en la parroquia de Wirges donde estaba programada. Con motivo de su profesión religiosa, Catalina añadió a su nombre de pila el de María, como homenaje a la madre y señora del hogar de Nazaret, pues las hermanas dieron a su nuevo hogar el nombre de «Pequeña casa de Nazaret», denominación muy elocuente por las características de la misión en la Iglesia que las nuevas religiosas querían continuar y propagar. Desde entonces la gente conoció a la fundadora con el nombre de «Madre María».

Por cierto que, durante la construcción de la «Pequeña casa de Nazaret», Catalina experimentó no pocos sinsabores y contratiempos: unas lluvias torrenciales derribaron lo que se llevaba construido, murió su madre y ella enfermó de tífus.

El Instituto, aprobado por el obispo de Limburg, tomó el nombre de «Pobres Esclavas de Jesucristo», título acorde plenamente con el carácter humilde y sacrificado de que se habían revestido, con la intención bien explícita en el carisma fundacional, que empujaba a las hermanas a vivir y demostrar el amor a Dios y al prójimo doliente, en quien ellas querían ver y servir a Jesucristo. Las Pobres Esclavas, en efecto, comprendían su carisma como imitación de la humildad, mansedumbre y pobreza de María, la sierva del Señor, que las estimulaba a servir a su Señor y Esposo en los más humildes de este mundo. Sorprendente era entonces, para la mentalidad de la época, la forma de servicio que las Esclavas asumieron: acudían al domicilio de los enfermos y abandonados y les prestaban su cuidado maternal y fraterno.

En 1852 el obispo Blum les dio una regla provisional, adaptada de las que tenían las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. El Instituto con sus constituciones sería aprobado definitivamente por León XIII en 1890.

En breve la Congregación, con la ayuda de la gracia de Dios, fue creciendo en número; a imitación de la casa madre se abrieron nuevas pequeñas casas para salir al encuentro de las necesidades más perentorias de cada lugar. En cada casa, la comunidad estaba formada por cuatro hermanas, dos se dedicaban a los enfermos, una a la guardería infantil y otra llevaba la

casa y atendía a los pobres. Durante sus primeros ocho años, se establecieron 20 fundaciones en la diócesis de Limburg, 12 en Colonia, 5 en Paderborn; también se abrieron casas en Trier y Roermond. El noviciado crecía incesantemente por la llegada de nuevas vocaciones. Entre 1851 y 1861 tuvo que ampliarse tres veces la casa noviciado. En 1880 llegaban a 688 las hermanas, establecidas en 98 casas.

Pronto al cuidado de pobres y ancianos las Pobres Esclavas añadieron la tarea de la educación de los niños. En 1853 ya eran 18 los niños y niñas huérfanos acogidos en la casa madre. Madre María pensó que debía proporcionárseles la debida instrucción. En 1854 contrató a un maestro y abrió una escuela elemental. El obispo dispuso que los niños acudieran a las escuelas de los Hermanos de la Misericordia en Montbaur, mientras, al ingresar una maestra en las Pobres Esclavas, ésta se encargó de la educación de las niñas. Así la Congregación tomó el carácter de comunidad docente de niñas pobres. Tal labor la constituyó como firme muralla frente a la extensión y a las pretensiones del laicismo que iba penetrando en los pueblos de Europa.

La obra de Madre María se desarrolló en medio de no pocas dificultades. Cuando llegó la represión del *Kulturkampf*, que cerró escuelas y orfanatos católicos en Alemania, muchas Esclavas tuvieron que exiliarse, sobre todo en Holanda. Para todas la Beata María Catalina fue una segunda madre. En 1859 abrió la primera casa en este país; era escuela de niños, escuela normal o de magisterio y noviciado. A ésta se añadirían luego otras casas en Holanda.

Durante las guerras de 1866 y 1870-1871, Madre María y sus religiosas demostraron toda su caridad acogiendo, asistiendo y curando a los soldados heridos. Brilló entonces el sacrificado servicio del Instituto doblemente: por su amor a la Iglesia y por su atención maternal y fraterna a la sociedad civil. Por sus heroicos servicios, la Congregación fue condecorada con la Cruz de Hierro por el emperador Guillermo I.

En 1868 el obispo de Fort Wayne, en Indiana, concededor de la gran obra de las Pequeñas Esclavas, rogó a la fundadora que su Congregación se hiciera cargo de un orfanato en Chicago; les brindó luego Rockil Hose para que establecieran el Hospital

de San José como casa central de la Congregación en América. En los Estados Unidos florecieron asimismo las vocaciones: en 1898, la Congregación contaba con 226 hermanas americanas.

En 1873 Madre María fue invitada a mandar hermanas a Londres para que trabajaran con los inmigrantes alemanes. Dos años más tarde, el cardenal Manning lograba este objetivo, muy acariciado por su celo pastoral. Las Pobres Esclavas abrieron casas en el Reino Unido para, fieles a su misión, visitar a los enfermos, acoger a los niños, fundar escuelas parroquiales. También Bohemia recibió el amparo materno de la fundación de la bienaventurada María Catalina.

Tantos éxitos y méritos, al servicio de los más humildes, eran primeramente dones de Dios como ella misma humildemente confesaba; pero, contando con este apoyo divino, la fundadora de las Pobres Esclavas tiene que ser reconocida como impulsora de una obra de fraternidad y servicio tan admirables. Por su empeño caritativo, se la debe considerar una de las iniciadoras y formadoras de la política social, la pedagogía y la emancipación de la mujer en el siglo XIX. Mediante el amor al prójimo, María Catalina efectuó una verdadera revolución social; pero hay que afirmar que el fundamento de su obra no era puramente social y caritativo; en verdad era religioso, de honda raigambre espiritual y cristiana, apoyado siempre en el amor de Dios que impregnaba toda la vida y la acción de la fundadora.

La santidad de la Beata Kasper no es una santidad teórica: es sencilla y natural, siempre dispuesta a la entrega por amor. Su libro y su sabiduría era el Evangelio que leía a los enfermos, a los pobres y a los niños. Amaba la pobreza, que para ella era liberación de egoísmo y disponibilidad generosa hacia el pobre. Optó serena y dulcemente por la vida humilde; hasta prohibió a sus hermanas que la llamaran fundadora. Suyas son estas palabras: «Todas nuestras religiosas deben llegar a santas, pero santas *escondidas*». A pesar de todo, cinco veces fue elegida superiora general del Instituto que había fundado. A lo largo de muchos años cuidó también de la formación de las novicias. Infundía constantemente en sus hijas el ideal de ejercer su ministerio de caridad hacia los enfermos como ángeles, de ser maestras de virtud en la educación de la niñez.

«Esta aldeana sencilla y pobre —predico el siervo de Dios Pablo VI en la homilía de beatificación— vivió como Cristo en medio de trabajos y privaciones, abrazando las humillaciones y contrariedades que encontró en su camino como manifestaciones de la voluntad del Padre celestial. Al igual que Cristo, se dedicó sobre todo y con solicitud incansable a aliviar muchas formas de miseria física y espiritual [] siempre con el corazón abrasado en amor grande a los hermanos necesitados, alimentado con la conversación continua y casi connatural con el Dios “de toda consolación” (2 Cor 1,3), conocido mejor a través del amor que por medio de especulaciones ambiciosas.

Fue justamente esta mujer humilde, desprovista de los medios que ofrece el progreso técnico, sin cultura y sin dinero, quien logró dar vida a una gran obra de cultura y de promoción social, confirmando de este modo la profunda verdad de las palabras de San Pablo que dice: “Elegió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes” (1 Cor 1,27)».

«Para la Madre María Catalina, el amor filial a Dios lo era todo, y encontró expresión auténtica de él en el amor ilimitado al prójimo».

«Ella deseaba únicamente ser instrumento docil en las manos del Maestro divino, ser esclava pobre y humilde de Jesucristo [.] La pobreza personal, el amor a los pobres, la sencillez y la humildad, y la propia dedicación al servicio del prójimo por amor de Cristo, son las características esenciales que distinguen la piedad y el apostolado de nuestra nueva beata [.] La Madre María Catalina nos es modelo sobre todo por la fidelidad y seriedad en los deberes pequeños e insignificantes de cada día y por su anhelo de cumplir la voluntad de Dios en todas las situaciones de la vida [.] La frase inspiradora de su comportamiento suena así: “La santa voluntad de Dios me solicita y debe cumplirse en mí, a través de mí y por mí” Sobre la base de esta conexión profunda y de esta sintonía con la voluntad y la acción de Dios, su actividad y su vida entera se transforma en oración y alabanza permanentes a Dios. De la misma manera el servicio social es para ella fundamentalmente servicio a Dios y medio de santificación del mundo».

El verdadero mensaje de la Beata María Catalina es «la acción incomparable de amor a Dios, actuado en la caridad a los hermanos».

Después de servir a su Esposo y Señor tantos años, fue invitada definitivamente a las bodas eternas. El 27 de enero de 1898 sufrió un grave ataque de corazón. Al día siguiente de celebrar en la tierra la divina presentación y la purificación de Santa María, la Beata María Catalina se durmió plácidamente en el Señor el 3 de febrero de 1898, en su aldea natal, Dernbach. Dejaba

como herencia a la Iglesia y a la sociedad un humilde Instituto de dos mil religiosas. A sus exequias acudió un gentío inmenso. Su fama de santidad se esparció, como vivo olor de Cristo, desde su sepulcro y desde la memoria agradecida de cuantos habían sido destinatarios de su fecunda caridad materna.

Tal fama de santidad creció de día en día, aumentada por la atribución de multitud de milagros que Dios obraba por su intercesión. A pesar de la primera oposición de las Esclavas, que juzgaban la glorificación de su fundadora como contraria a la humildad de la misma, a «su santidad escondida», el obispo de Limburg mandó, en 1926, recoger los escritos de María Catalina. Entre 1928 y 1935 se desarrolló el proceso informativo. En 1974 Pablo VI declaró sus virtudes heroicas y en 1977 aprobó el milagro exigido para la beatificación. Ésta se celebró solemnemente en San Pedro del Vaticano el día 16 de abril de 1978, en un domingo radiante de gozo pascual, «ofreciendo al mundo —aseguró Pablo VI— el testimonio eficiente de un catolicismo empeñado en el servicio del prójimo para gloria de Dios».

En 1987 había 1.470 Pobres Esclavas de Jesucristo, reunidas en 123 casas, diseminadas por Alemania, Holanda, Gran Bretaña, Estados Unidos de América, México, Brasil y la India.

PERE LLABRÉS

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t VII col 1039

Breve de beatificación: *AAV* 70 (1978) 784-786.

Butler's lives of Saints, II (Minnesota 1998) 30-32

HILPISCH, D, *Mutter Maria Kasper* (Limburg 1898).

MEYER, W., *Mutter Maria Kasper* (Wiesbaden 1937)

NIGG, W, *Die verborgene Heilige K. K. (1820-1898)* (1978)

PFRSCH, M, «Kasper (Ordensname Maria) Katharina», en F W BAUTZ (ed), *Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexicon*, cols.1203-1206.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LORENZO DE CANTERBURY

Obispo († 619)

Era un monje del monasterio romano de San Andrés del Monte y fue elegido para formar parte del primer grupo de monjes que el papa San Gregorio Magno envió, con San Agustín de Canterbury al frente, a la evangelización de las Islas Británicas. Llegado a Inglaterra, compartió con San Agustín los primeros trabajos y, cosechados los primeros éxitos, fue enviado por él a Roma a que informara al Papa acerca de todo lo hecho y sucedido.

Volvió a Inglaterra el año 601, el mismo de la conversión y del bautismo del rey Etelberto, y llevaba consigo las respuestas del Papa a las consultas que Agustín había elevado a la sede apostólica. Agustín no dudó en consagrar obispo a Lorenzo y en designarle su sucesor, un procedimiento irregular pero que tuvo efecto, pues, muerto Agustín el año 604, Lorenzo le sucedió en la sede cantuariense. Su estilo de gobierno pastoral fue similar al de Agustín y su éxito parecido. Muerto Etelberto, su hijo y sucesor Edbaldo se negó a ser cristiano. Lorenzo estuvo tentado de abandonar Inglaterra pero desistió finalmente y logró la conversión del rey. Murió el 2 de febrero del año 619.

BEATO NICOLÁS DE LONGOBARDI

Religioso († 1709)

Juan Bautista Saggio era hijo de Fulvio Saggio y de Aurelia Pizzini, y nació en Longobardi, junto a Cosenza, el 6 de enero de 1649. Educado piadosamente por su madre, al llegar a la adolescencia ayudaba a su padre en las tareas del campo, al tiempo que llevaba una vida ejemplar.

Había en su pueblo un convento de religiosos mínimos de San Francisco de Paula y a él acudió Juan Bautista para encauzar la vocación religiosa que intensamente sentía. Sus padres, pese a ser personas piadosas, se opusieron con toda energía, y hubo el

joven con gran paciencia y la ayuda extraordinaria de Dios de vencer esta resistencia y poder realizar su vocación.

Fue enviado a Paola a hacer su noviciado, recibiendo el hábito en calidad de oblató y tomando el nombre de hermano Nicolás. Destinado a su propio pueblo natal por dos años, pasó luego al de S. Marco Argentano, desempeñando los oficios de cocinero, jardinero y limosnero. Posteriormente pasó por otros cuatro conventos con idénticos oficios. En todos los conventos dejaba una estela de ejemplaridad en el cumplimiento de la regla y en el espíritu de fervorosa piedad. El corrector general de la Orden, P. Pedro Curti de Cosenza, se lo llevó a Roma, al convento de San Francisco de Paula ai Monti, donde fue sacristán y luego portero. Dios le concedió extraordinarios dones místicos que le hicieron notable en su comunidad y fuera de ella, teniendo general fama de santo en Roma. Faltó de la Ciudad Eterna entre 1693 y 1697, viviendo un año en el convento de su pueblo natal, cuya iglesia logró restaurar con las limosnas recogidas. Vuelto a Roma, volvió a ser objeto de la veneración universal por su contagiosa piedad y su humildad evangélica. Cuando se puso enfermo, acudieron a visitar su pobre celda cientos de personas, entre ellos cardenales y prelados de la Curia. Murió el 2 de febrero de 1709. Fue beatificado por Pío VI el 11 de julio de 1786.

BEATO ESTEBAN BELLESINI

Presbítero († 1840)

Natural de Trento, donde nació en 1775, muy joven sintió la vocación religiosa e ingresó en la Orden de los Ermitaños de San Agustín. Estudió en Roma y Bolonia, pero cuando Napoleón ocupó los Estados Pontificios volvió a Trento. Hubo de abandonar la vida comunitaria a causa de la supresión de los conventos y se dedicó a la catequesis y la predicación.

Una vez vuelto Pío VII a Roma, logró reunir su comunidad en Bolonia. Pasó luego a Roma y posteriormente a Città della Pieve, desarrollando siempre una actividad apostólica llena de celo. Finalmente se le destina a Genazzano, a un convento que

era parroquia y también santuario del icono de la Virgen del Buen Consejo.

Esteban fue un celoso pastor de almas, predicador infatigable y ardiente propagador de la devoción a la Virgen María. Murió el 2 de febrero de 1840, contagiado de atender a los enfermos de cólera de una epidemia, en la que había dado un alto ejemplo de heroísmo cristiano. Fue beatificado por el papa San Pío X el 27 de diciembre de 1904.

3 de febrero

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Sebaste de Armenia, San Blas († 320), obispo y mártir **
- 2 En Bremen (Sajonia), San Oscar († 865), obispo, antes monje de Corbie, legado papal de Gregorio IV y apóstol de Suecia, Dinamarca y todo el Norte europeo **
- 3 En Jerusalén, los santos Simeón, anciano, y Ana, viuda y profetisa, que saludaron a Jesús en su presentación en el templo
- 4 En Cartago, los santos Celerino, lector, y su tío paterno Laurentino, su tío materno Ignacio y su abuela Celerina, todos ellos mártires (s III)
- 5 En Poitiers (Aquitania), San Leonino, presbítero, discípulo de San Hilario (s IV)
- 6 En Gap (Francia), los santos Tigidio y Remedio (s IV o V), obispos
- 7 En Lyon (Francia), San Lupicino (finales s V), obispo
- 8 En Celles, San Adelino († 696), presbítero y abad
- 9 En Chester (Inglaterra), Santa Werburga († 700), abadesa y fundadora de monasterios *
- 10 En Moorsel (Brabante), Santa Berlinda († 995), virgen y monja
- 11 En el monasterio de Froidmont (Francia), la conmemoración de Beato Helinando († 1230), monje cisterciense
- 12 En Londres, Beato Juan Nelson († 1578), presbítero, de la Compañía de Jesús y mártir bajo la reina Isabel I *
- 13 En Lyon (Francia), Santa Claudina María de San Ignacio Thevenet († 1837), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de Jesús María **
- 14 En Bourg Saint Andeol (Francia), Beata María Ana Rivier († 1838), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Presentación de Nuestra Señora **
- 15 En Steyl (Holanda), Beata María Elena Stollenwerk († 1900), virgen, cofundadora de las Misioneras del Espíritu Santo **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BLAS

Obispo y mártir († ca.316)

La Iglesia conmemora en este día a un santo muy popular cual es San Blas, mártir, obispo de Sebaste.

La existencia de este santo armenio, su episcopado en Sebaste, su glorioso martirio, su culto antiguo extendido en la Iglesia oriental y occidental, su fama de taumaturgo, la popularidad de su devoción son hechos plenamente históricos que la tradición cristiana ha encuadrado en la leyenda de San Blas, no del todo segura en cuanto a todos los detalles, por proceder de fuentes históricas que no remontan más allá del siglo IX aunque derivan de tradición y culto muy antiguos.

Cuatro son las Actas de San Blas que traen los bolandistas. De ellas extraemos la semblanza del Santo, que presentamos a continuación, modernizada y aumentada con notas históricas referentes a su vida, devoción y culto.

Nació San Blas en Armenia, en la ciudad de Sebaste, la actual Sivas, en la segunda mitad del siglo III. Según quieren algunos, fue médico. El ejercicio de la medicina de los cuerpos lo preparó y le dio a la vez ocasión para ejercer la medicina de las almas, exigida por su fervoroso proselitismo cristiano. Ponderan las Actas las virtudes de este ejemplar cristiano: su humildad, mansedumbre, paciencia, devoción, castidad, inocencia; en una palabra, su santidad.

Estas virtudes contribuyeron a que, vacante el obispado de Sebaste, fuera propuesto por voz unánime del clero y pueblo para ocupar la sede.

Terribles eran las circunstancias. La persecución desencadenada por Diocleciano a principios del siglo IV y continuada por sus sucesores Galeno, Máximo y Daia y Licinio, se ensañó particularmente en la iglesia de Sebaste, e hizo allí ilustres mártires: San Eustracio y compañeros, San Carcerio y consortes, San Blas, los famosos cuarenta soldados mártires. Los cristianos vivían perseguidos y escondidos, como si fueran alimañas. San Blas fue el pastor prudente, celoso e intrépido elegido por

la Providencia para presidir aquellas trágicas cuanto gloriosas circunstancias.

Escasas son las noticias que nos dan las Actas acerca de su gobierno pastoral. San Blas, oculto por la persecución, sostenía, alentaba y edificaba ocultamente a los cristianos con su palabra y con el ejemplo de su santa vida.

Las Actas nos han conservado, sin embargo, un episodio que revela el temple apostólico del Santo. San Eustracio se encuentra en la cárcel condenado a próxima muerte. Sale su obispo del escondrijo; obtiene por dinero el acceso a la prisión; besa emocionado las cadenas del confesor de Cristo; lo conforta; pasan toda la noche en celestiales coloquios; le administra la santa eucaristía. Eustracio entrega a San Blas su testamento, confiándole la ejecución del mismo. Al rayar el alba se despiden dándose el ósculo de paz. San Blas vuelve a su escondite y Eustracio al día siguiente rubrica su fe con glorioso martirio.

Arreciando más la persecución bajo el prefecto Agrícola, comisionado por Licinio para exterminar el cristianismo, San Blas, siguiendo el consejo de Cristo, huye a las montañas (Armenia es país muy montañoso), y se refugia en una gruta del monte Argeo. Allí hace vida eremítica, entregado a la penitencia y a la contemplación, privado de todo consuelo humano, pero abundando en consuelos celestiales. Cual otro Moisés, ora San Blas en el monte por su dispersa y desolada grey.

La leyenda, al relatar la estancia de San Blas en las soledades del Argeo, nos describe escenas paradisíacas. Al perseguido por los hombres le hacen compañía las fieras, que se agrupan en tropel a la entrada de la gruta, esperando respetuosas a que el santo anacoreta termine su oración, para recibir de él su bendición y obtener también la curación de sus dolencias. Así lo encontraron los satélites del prefecto Agrícola en una cacería organizada por aquellos montes, quedando estupefactos ante el nunca visto espectáculo. Comunican el caso al prefecto y ordena éste que le traigan al obispo solitario.

En la noche precedente a la prisión se le aparece por tres veces el Salvador instándole para que le ofrezca el sacrificio, entendiendo San Blas que el Señor lo llamaba para ofrecer el cáliz del martirio. Se levanta, ofrece los sagrados misterios y se pre-

sentan los ministros del prefecto. «Salte de tu gruta, le dicen; el prefecto te llama». Responde el Santo a la citación con rostro sonriente y palabras cariñosas. «Bienvenidos seáis, hijitos míos. Me traéis una buena nueva. Vayamos prontamente, y sea con nosotros mi Señor Jesucristo que desea la hostia de mi cuerpo».

El traslado de San Blas a Sebaste constituyó una apoteosis popular. Las gentes, incluso los mismos paganos, acudían en tropel para presenciar el paso del santo obispo, implorando su bendición, el remedio de los males, la curación de las dolencias. San Blas, olvidado de su extrema necesidad propia, atendía a las súplicas, repartía bendiciones, encomendaba al Señor las necesidades.

De pronto, una madre le presenta a su hijo moribundo, a causa de una espina atravesada en la garganta, clamando: ¡Siero de Nuestro Salvador Jesucristo, apiádate de mi hijo; es mi único hijo! Compadecido San Blas, impone la mano sobre el agonizante, signa su garganta con la señal de la cruz, ora por él..., y devuelve el niño, sano y salvo, a la desolada madre. Y dilatando su caridad a través del tiempo y del espacio, pide que cuantos recurran a su intercesión en trances semejantes obtengan la protección del cielo.

Presentado San Blas al prefecto, éste le propone con blandas palabras la renuncia al cristianismo y la adoración de los dioses. Rechaza San Blas con santa indignación la idolátrica propuesta. En consecuencia es apaleado terriblemente. El brutal castigo no arranca de San Blas una queja. Los esbirros, cansados, lo encierran en la cárcel.

Otro día intentan quebrantar su fortaleza suspendiéndolo de un madero y desgarrando sus carnes con garfios de hierro... Pero el santo pastor no había de ofrecer solo el sacrificio; lo habían de acompañar sus ovejas y corderos. Al volver a la prisión regando el suelo con sangre, siete fervorosas cristianas recogen su sangre y se ungen con ella. Detenidas por ello, confiesan intrépidas su fe en Jesucristo sin que hagan vacilar su fortaleza los más crueles y variados tormentos, y alentadas por el ejemplo de su pastor perseveran firmes, hasta ser decapitadas. Una de estas heroínas encomienda a San Blas sus dos hijitos, que querían seguirle por la senda celestial del martirio.

No tardó el pastor en consumir su sacrificio. El prefecto lo condena a la decapitación con los dos niños. Y en las afueras de Sebaste es sacrificado el pastor con los dos corderos. Ocurrió el glorioso martirio, según la opinión más probable, el año 316.

El culto de San Blas se extendió prontamente por toda la Iglesia. En el Oriente se celebra su fiesta desde muy antiguo con culto solemne el 11 de febrero. En Constantinopla había un templo dedicado a San Blas. En Armenia existió la Orden Militar de San Blas. El culto de San Blas es también muy antiguo en Occidente. Según el cardenal Schuster, en la Edad Media se erigieron en Roma no menos de 35 iglesias en honor de San Blas. Una de ellas llegó a ser contada entre las 24 abadías privilegiadas de Roma.

La república independiente de Ragusa (Yugoslavia) lo tenía por patrón principal. Lo honraba con fiesta de precepto muy solemne. Su efigie figuraba en las monedas. Uno de los principales monumentos de Ragusa es el templo de San Blas. En el calendario romano figuraba la fiesta de San Blas con rito simple, pero muchas diócesis de Europa occidental la celebran con rito doble. En muchas iglesias se conservan reliquias insignes.

Paralela al culto oficial ha sido la devoción del pueblo cristiano a San Blas, devoción popular y típica. Se le cuenta entre los 14 santos protectores, llamados así porque se les tiene por abogados eficaces en las penalidades de la vida.

Se le invoca especialmente como abogado en las enfermedades de la garganta. Como tal lo reconoce el Ritual. Es considerado como especial protector de los niños: San Blas bendito, que se ahoga este angelito. En Rusia es el patrón de los ganados. En otras naciones también se le atribuye cierto patronato sobre los mismos. Los cardadores y sombrereros lo veneraban por patrón. En el día de su fiesta se bendicen pan, vino, agua y frutos que se dan después a hombres y ganados. En muchas diócesis de Alemania, Bohemia, Suiza y también de otras naciones se da la bendición de San Blas por medio de dos velas cruzadas que se ponen sobre la cabeza de los fieles y con ellas se toca la garganta. En Roma y otras partes por unción del cuello con una candela mojada en aceite bendecido.

San Blas es el santo humano, bondadoso, accesible. Invoquémoslo en nuestras necesidades en las enfermedades de la garganta no sólo materiales, sino también espirituales: respeto humano para confesar nuestra fe, angustias de pecados mortales ocultados, intemperancias en la bebida, etc. En este sentido hay una hermosa oración indulgenciada en el *Enquiridión de indulgencias*.

BLAS FAGOAGA

Bibliografía

- Act. S.S. Boll.*, febrero, día 3. Varias *Actas*. Cf. *Anal. Boll.* 1 (1882) 614s; 16 (1897) 321s; 20 (1901) 210s.
- GAUTHEY, L., *St. Blaise, son histoire, son culte...* (Paray-le-Monial 1878).
- GUIRAUD, J., *Du culte de St Blaise, le miraculeux...* (Paris 1893).
- PEDRAZ, V., *Vida del glorioso San Blas* (1856).
- PISTRE, *Vie de saint Blaise, évêque de Sebaste* (Toulouse 1861).

SAN ÓSCAR

Obispo († 865)

«Apóstol del Norte» llaman los alemanes y escandinavos a San Óscar. Durante el siglo IX los pueblos escandinavos, muy florecientes por aquel entonces, desarrollaban grande actividad. Por su dominio absoluto del comercio y navegación en los mares del norte, y más aún con sus continuas piraterías por las costas y hasta el interior del continente europeo, tenían al imperio franco en estado constante de alarma. Se comprende que así Carlomagno como Luis el Piadoso y sus sucesores pusieran el mayor interés en atraer a su órbita política aquellos fogosos pueblos; y no siendo posible imponerles el dominio político, por lo menos reduciéndolos a la paz y tranquilidad por medio de la religión. Óscar fue el hombre providencial que debía emprender la batalla pacífica del norte.

Nació probablemente en las cercanías de Amiens hacia el año 801. Apenas contaba cinco años cuando perdió a su madre. No pudiendo atender debidamente a su formación, su padre lo confió a los monjes benedictinos de Corbie, en donde tomó el hábito a los trece años de edad. Ya desde su niñez fue agraciado con visiones que encendieron en él el deseo de evangelizar a los

pueblos infieles. Aquellos favores extraordinarios lo confirmaron al mismo tiempo en el amor a las virtudes y al estudio de las ciencias. Su progreso en ambos aspectos hizo que desde los dieciocho años sus superiores le confiaran los pequeños educandos para su custodia.

En el año 822 el célebre monasterio de Corbie fundó filial en Westfalia, que se llamó Korvey o Nueva Corbie. Entre los enviados contábase Óscar, que fue allá con el cargo de director de estudios y predicador. Pasó cuatro años tranquilos en su nueva residencia, preparándose para cuando la Providencia dispusiera el comienzo de su vocación misionera. Un día del 826 llegó a la corte de Luis el Piadoso el pretendiente al trono de Dinamarca, Haroldo, para solicitar del emperador ayuda contra sus enemigos, prometiendo en cambio su conversión al cristianismo. Poco después Haroldo recibía el bautismo. Para afianzar la reciente conversión pidió al emperador algunos misioneros para que le acompañaran. El abad Wala de Corbie, consejero imperial, propuso a su fiel monje Óscar, el cual, a pesar de la oposición de muchos de sus amigos, se lanzó a su nuevo cometido, contando con un solo compañero. Empezó por fundar una escuela en el palacio real para la educación cristiana de los niños que le mandaba el rey, y de los que él mismo rescataba de los piratas, muy numerosos por aquellos mares. Pero por lo visto su primer esfuerzo apostólico dio poco fruto: apenas pudo reunir una docena de niños y convertir a algunos infieles. Para colmo de males, al año siguiente el rey Haroldo fue echado de sus tierras, con lo que Óscar tuvo que volverse a su monasterio.

Muy pronto, sin embargo, pudo reanudar sus actividades misioneras. Esta vez fue el rey de Suecia quien en 829 envió sus delegados a la corte del emperador pidiéndole misioneros. De nuevo el abad Wala propuso a Óscar, que, no hace falta decirlo, aceptó contento el encargo. Encontróse un solo voluntario, el monje Witmaro, para acompañarle. Durante el viaje los misioneros fueron sorprendidos por los piratas que les robaron los presentes mandados por el emperador al rey Björn, y, además, una rica colección de libros destinados a la enseñanza en la misión. Llegados al término de su viaje, dirigieron su apostolado a los cautivos cristianos, y pronto también a los paganos del país.

Un gobernador, consejero del rey, que se convirtió al cristianismo, construyó la primera iglesia en aquellos territorios.

Vistos los buenos sucesos conseguidos por Óscar, el papa Gregorio IV, de común acuerdo con Luis el Piadoso, pensó en fundar una nueva diócesis en Hamburgo, para dirigir y asegurar desde allí las conquistas que para la fe cristiana se realizaran en los países del norte. Como primer titular fue elegido Óscar en 831. El nuevo obispo emprendió enseguida un viaje a Roma, en donde el Papa confirmó la erección de la nueva diócesis y le otorgó el palio arzobispal, nombrándole, además, su legado. Sus primeros cuidados como legado papal se dirigieron a consolidar la misión de Suecia. Envió allá a Gozberto, a quien consagró obispo. Sin embargo, al cabo de algunos años, ese obispo delegado tuvo que abandonar el país debido a la reacción intolerante de los paganos. Parecía otro fracaso de los esfuerzos de Óscar; pero no era más que una prueba para aquella misión, para robustecerla más tarde. En Hamburgo, Anscario se consagró durante diez años a la construcción de iglesias y de un monasterio, sin descuidar la solícita instrucción de jóvenes daneses para el sacerdocio. Pero su actividad debía padecer otro grave contratiempo: en 845 los piratas normandos devastaron Hamburgo y quemaron la catedral y el monasterio con todos sus libros. Óscar huyó llevándose sólo las reliquias. Para colmo de contrariedades, el nuevo rey Carlos el Calvo, en lucha contra sus hermanos, confiscó a Óscar las propiedades que para la subsistencia material de la sede hamburguesa recibiera del emperador. Con la pérdida de los subsidios materiales se apartaron de él sus pocos compañeros.

Por aquel entonces murió el obispo de Brema. Dada la situación crítica de Óscar y sus misiones, el rey Luis el Germánico quiso concederle el obispado vacante. El modo poco legal como se efectuó la nómina sin contar con la aprobación pontificia, y otras dificultades, hicieron que Óscar no aceptara inmediatamente el proyecto real. En los años sucesivos, aunque sin su participación, se arregló el asunto, quedando finalmente unidas las diócesis de Brema y Hamburgo. Óscar envió a Roma un delegado para que el Papa zanjara definitivamente el asunto. Así lo hizo Nicolás I en el año 864.

Mientras tanto, Óscar, infatigable en sus empresas, había comenzado hacia 847 la misión entre los daneses. Al fin logró la amistad del rey Horico. Con ello pudo construir una iglesia dedicada a la Virgen Santísima en Sleswig, la primera en Dinamarca. Tampoco esta vez duró mucho la bonanza, ya que el sucesor de Horico le obligó a cerrar la iglesia y no permitió a los cristianos el ejercicio de su religión. Óscar no se dio por vencido. Con paciencia y habilidad llegó a convencer al nuevo rey de la utilidad del cristianismo para consolidar su reino. Con ello obtuvo el permiso para abrir de nuevo la iglesia de Sleswig y construir otra, a la que dotó de campanas, por cierto muy temidas de los supersticiosos paganos.

Apenas algo afianzada la misión danesa, ya se había dirigido de nuevo a Suecia, gobernada a la sazón por Olaf. El rey no hizo oposición al retorno del obispo misionero. Olaf obtuvo de la asamblea general del reino el consentimiento para que Óscar predicara el Evangelio y construyera una iglesia. Pronto tuvo que marcharse, dejando allí un sacerdote discípulo suyo para continuar la misión.

De vuelta a Brema prosiguió como antes su incansable actividad pastoral. Fundó monasterios, construyó escuelas, redimió cautivos, ayudó sin tregua a los pobres, enfermos y viajeros para los que construyó un albergue... Con todo lo cual no dejó ni por un solo día sus obligaciones de monje austero y devoto, llegando normalmente a los grados más altos de la contemplación. Se dedicaba con sus manos a confeccionar redes de pescar. Nunca quiso aprovechar en su propio favor las altas amistades que tuvo con reyes y príncipes. Aunque el Señor le favoreció con el don de milagros y con revelaciones proféticas quiso siempre ocultarlas, y no permitió a sus discípulos que divulgaran tales favores hasta después de su muerte. Como razón de su humildad respondía que Dios haría el mayor milagro si hiciera de él una buena persona. Deseaba el martirio, que creía le concedería el Señor según una visión que tuvo; pero una nueva visión habida poco antes de morir le hizo comprender que su vida, llena de enfermedades y sufrimientos, había sido un verdadero martirio incruento. Su muerte acaeció en el día de hoy del año 865. El papa Nicolás I reconoció públicamente su santi-

dad de vida. El sepulcro de San Óscar fue muy venerado por todos los pueblos cristianos del Norte; pero con las revueltas protestantes del siglo XVI, sus reliquias fueron dispersadas por los herejes.

Los resultados obtenidos en vida por el «Apóstol del Norte» pudieron parecer menguados a los ojos de sus contemporáneos. Chocó generalmente con la falta de colaboradores; los pocos que le siguieron continuaron con éxito variable la obra empezada. Sin embargo, el fruto se vio más tarde, cuando pueblos enteros, como la Sajonia superior, Dinamarca y Suecia, abrazaron en masa la fe sembrada en aquellas tierras por el humilde monje. De su actividad como escritor queda sólo alguna carta, y la narración de los milagros de su antecesor en Brema, San Wilehado. Perdiéronse una colección de oraciones sacadas de los salmos, que intituló «bálsamo oloroso», y una narración autobiográfica detallada de sus viajes apostólicos.

ANSCARIO MUNDÓ, OSB

Bibliografía

Act. SS Boll., febr., día 3. La *Vita*, por RIMBERTO, su sucesor. Puede verse asimismo en PL 118,959s, y WAITZ, en *Mon. Germ. Hist., Scrip. Rer. Germ* (Hannover 1884) Cf. *Anal. Boll.* 30 (1911) 372s.

MOREAU, E. DE, *S. Anschar, missionnaire en Scandinavie* (Lovaina 1930)

OPPENHEIM, F, *Der hl. Ansgar und die Anfänge des Christentums in den nordischen Landern* (Munich 1931).

ROBINSON, C. H., *Anskear, the Apostle of the North* (Londres 1921).

SANTA CLAUDINA THÉVENET

Virgen († 1837)

Nace en Lyon el 30 de marzo de 1774, hija de Filiberto de Thévenet, negociante en sedas, y María Antonieta Guyot de Pravieux, siendo cristianada al día siguiente. Fue la segunda de siete hijos de una familia burguesa. Heredó de su madre el carácter firme y enérgico, dando pruebas en distintas ocasiones de intrepidez y abnegación. Según expresión familiar fue conocida como Glady. En 1782, y por reveses económicos, probablemente causados por la insolvencia de los deudores, la familia redujo su tren de vida. En ese tiempo Glady se matricula como

alumna interna en la abadía de San Pedro, donde recibe una esmerada educación durante unos siete años.

Los problemas políticos desde 1788 se agravan día a día y se precipitan en 1791. El rey Luis XVI ha sido arrestado en Varennes, la Asamblea legislativa declara la guerra a los soberanos extranjeros y se asalta, finalmente, el Palacio de las Tullerías. La familia real es aprisionada y en las cárceles se asesina cruelmente. Se proclama la República y estalla la Revolución Francesa. Lyon se subleva contra París. Es la segunda ciudad de Francia. La familia Thévenet se decide: el padre llevará a los cuatro hijos pequeños a Beley, a casa de su hermana, los tres mayores quedan con la madre. El padre no puede regresar, lo impide la rebelión popular que pide voluntarios y los hermanos Thévenet se enrolan, provocando que Lyon sea bombardeada por el ejército jacobino desde agosto a octubre de 1793, capitulando, finalmente, el 9 de octubre.

Los hermanos de Claudina son encarcelados, regresando el padre, que intenta salvar a sus hijos, pero son condenados a muerte. En enero de 1794 Claudina sale en busca de noticias y se encuentra con una doble fila de condenados, entre los cuales reconoce a sus hermanos, a quienes se acerca valientemente: «Perdona, Gladly, como nosotros perdonamos», le dicen ambos.

En 1815 muere su padre, y queda sola con su madre, pues sus hermanos han tomado estado, religioso o matrimonio. En este tiempo el padre Andrés Coindre llega como vicario a la parroquia de San Bruno de Lyon, encontrando un día a dos niñas abandonadas tiritando de frío. Las recoge y entrega a la señorita Thévenet que se compromete a atenderlas, y unos días más tarde ya son siete a su cargo. El padre Coindre la ayudará a conocer su auténtica vocación. Se inician los primeros pasos de la Providencia del Sagrado Corazón en 1815. El 28 de julio de 1816 el mencionado religioso explica el espíritu de la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús, cuyas bases redactó él mismo y la señorita Thévenet.

Tras los desastres de la revolución y sus trágicas consecuencias comienza la renovación espiritual en la Iglesia de Lyon. El 31 de julio de 1818 el P. Coindre encarga a Claudina que organice una comunidad con las señoras que le ayudan, instalándose

el 6 de octubre del mismo año en una casa de la calle de Pierrres-Plantées, donde se funda la Congregación de Jesús-María. Tiene 44 años y las niñas acogidas son 11. A fines de año la comunidad cuenta con 12 religiosas y 20 huérfanas: «No hay mayor desgracia que vivir y morir sin conocer a Dios».

Algunos de sus paisanos no comprenden su activa caridad y el chiste fácil y grosero abunda. Su madre fallece el 28 de mayo de 1820 y entonces decide instalarse más lejos de su barrio. Lo hará frente al célebre santuario mariano de Fourvière. Tiene clara la finalidad de su obra: acoger a niñas pobres y sin porvenir, ocuparse de ellas hasta que sean capaces de tomar en sus manos su propia existencia, porque está convencida de que las miserias del mundo provienen de no conocer a Dios.

En Fourvière estaban las religiosas de coro, dedicadas a la enseñanza, las hermanas auxiliares, encargadas del trabajo de las niñas y de vigilar los talleres, y las hermanas encargadas de los trabajos de casa.

En noviembre de 1821 se hace cargo de un pensionado para jóvenes de familias acomodadas y una escuela de niñas en Belleville-sur-Saône. Trabajarán por la formación de sus alumnas, pero sobre todo por su salvación y perfección.

A comienzos de 1822 un grupo de veintidós jóvenes se preparan para formular los votos que efectuarán el 25 de febrero de 1823 como Damas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Dos años más tarde los Estatutos de la Congregación son aprobados.

Consagró su vida a reintegrar a las niñas y jóvenes a la vida social en condiciones sanas y dignas, reuniendo en la enseñanza el sentido de lo humano y lo divino: «El mejor director no es el que inflige el mayor número de castigos, sino el que tiene el talento para hacer que se evite el mayor número de faltas».

Gracias a una fortísima unidad entre la atención constante a Dios, el amor a Jesús y a María, y la obediencia fiel a la Iglesia fundó la Congregación de Jesús-María, que le permitió dar a su obra educativa una amplitud creciente. Llena del amor de Dios para llevar a las niñas a la luz de la verdad: «Que la caridad sea como la niña de vuestros ojos». Insiste en la delicadeza del amor en los menores detalles del trabajo diario.

El 30 de mayo de 1826 fallece el P. Coindre, siendo Vicario General de Blois, y en triste coincidencia se produce la insurrección de los obreros de la seda de Lyon, descontentos con el bajo salario y el paro de muchos, consiguiendo parar cuatro mil telares. Una nueva bajada de los salarios provoca una nueva huelga general en febrero de 1834, que no se llevó a la práctica pero motivó que trece miembros del Consejo fueran encarcelados. La agitación revolucionaria estalla y se levantan barricadas, combatiéndose durante cinco días en distintos barrios de la ciudad. Por ser la colina de Fourvière punto estratégico para los dos bandos enfrentados la Madre San Ignacio se halla entre dos fuegos.

Las tropas irrumpen en el jardín de la Casa permaneciendo durante tres semanas. Con gran serenidad anima y calma a todos. El ejército intenta fortificar aquel lugar, pero finalmente no se lleva a cabo, aquellas abnegadas mujeres, sencillas y humildes, tendrían que haberse trasladado a otro lugar. Después del motín Lyon vuelve a la calma, y Madre San Ignacio intenta poner en orden todas las cosas.

Comprende que la enseñanza evangélica y la cura de los enfermos representan dos aspectos del mismo precepto evangélico, abandonándose en la Providencia a quien ofrece sin condiciones su carisma: sobre todas las cosas Jesús el Maestro. Y con el corazón de Cristo, el corazón de María. Aguardó esperanzada el futuro al lado de María, invitando a sus hijas a imitar la paciencia de la Virgen Madre y a preparar con esperanza el futuro.

Su apostolado educativo creció en las condiciones del ambiente social de la época revolucionaria con las consiguientes tensiones socio-políticas. Vive en primera persona la tragedia de esos años, con experiencias imborrables en el seno de su familia. Por eso se empeña en ofrecer una sólida formación a las jóvenes que les permita enfrentarse a un mundo complejo y difícil. De ese modo participa en la construcción de un mundo nuevo, pues las dificultades exigen un sistema educativo fecundo.

Su ardiente deseo era dar a conocer el amor de Dios a todos los hombres, de principal modo a las jóvenes, sus predilectas. Sus religiosas educadoras, animadas por un ardiente amor a

Dios, desean llevarlo al corazón del hombre. Apenas cinco años después de su muerte, en 1842, las primeras misioneras parten para la India, empleando diez meses en arribar al puerto de Agra. «Dios proveerá» son palabras que expresan su total confianza en la bondad paterna y misericordiosa de Dios.

Con inaudito coraje emprende en la época del «terror» una experiencia religiosa en clandestinidad, haciéndose testigo de su fe con una total adhesión a las directrices de la Iglesia, que será más tarde el distintivo de su instituto. Empeñada en la fidelidad y el trabajo por la Iglesia, dispuesta a «mantenerse en perfecta sintonía con la Iglesia de Roma prefiriendo morir antes que abandonar la fe».

Pertenece al grupo de los santos benefactores de la humanidad, sin desdeñar las pequeñas cosas o las mínimas circunstancias, para superarse configurándose al amor de Dios:

«Todo lo sufro, nada hago sufrir». Su itinerario apostólico no estuvo privado de dificultades, pero su fuerte espíritu, atemperado por la gracia, le permitió dedicarse en cuerpo y alma a la educación cristiana de los jóvenes. Ignorándose para conocerse mejor en las mismas imperfecciones, abandonándose ardientemente en los Corazones de Jesús y de María: «No hablar nunca de mí, ni en bien ni en mal».

Desea llevar a término las obras de la capilla de la Casa madre y crear una Sociedad civil que dé personalidad jurídica a la Congregación, permitiéndole ser propietaria de los inmuebles en donde lleva a cabo su apostolado. La iglesia se terminará cuando haya fallecido.

En los últimos días de madre San Ignacio el capellán fue el P. Pousset, de quien tuvo que soportar reproches amargos diariamente, por su deseo de erigirse en superior de la Congregación.

El 1 de febrero de 1837 las religiosas oyeron: «¡Cuán bueno es Dios!», falleciendo el 3 de febrero, a los 63 años de edad.

En 1973 se introdujo la Causa de canonización. Fue declarada venerable en 1978. El decreto sobre el milagro se promulgó el 30 de mayo de 1981, siendo beatificada el 4 de octubre de 1981. En 1992 se promulgó el Decreto del milagro para la canonización, siendo proclamada Santa por Juan Pablo II el 21 de marzo de 1993.

Milagro para la beatificación

Contando 17 años de edad Luis Alfonso Soto Villa que vive en Angostura (Colombia), próxima a Medellín, se produjo una herida en la pierna izquierda trabajando en faenas agrícolas, que no curó, al contrario, empeoraba. En 1961 se le diagnosticó gangrena debiendo serle amputada de inmediato, huyendo del hospital. Dos años más tarde está inválido, aumentando el sufrimiento de tal modo que decide retornar al hospital de Medellín. En el dispensario que regentan las religiosas de Jesús-María reconocen no haber visto nunca una herida igual. Tiene fiebre y su salud pelagra. La religiosa que le atiende invita a los familiares a iniciar una novena el 9 de junio de 1972. Al día siguiente ya no sufre dolores, ni tiene fiebre. El 20 de junio la llaga ha desaparecido, está completamente curado.

Milagro para la canonización

El 1 de abril de 1986 en Cardona (Uruguay) al intentar Elida Mesa Rodríguez poner en marcha un motor para extraer el agua acumulada, mientras se hacía funcionar el conmutador tuvo la mala fortuna de que cortaran la corriente, quedando sus manos pegadas al motor que se desprendió y cayó sobre ella. Elida cayó de espaldas, perdiendo el conocimiento. La creyeron muerta, pero la hermana Luisa María, religiosa de Jesús-María que estaba presente, acudió ante el Sagrario pidiendo al Señor a gritos que devolviera la vida a Elida por intercesión de la Beata Claudina Thévenet.

El médico constata que clínicamente está muerta, no respira y sus ojos están en blanco. Transcurrieron unos treinta minutos y en el momento en que recibe Elida la santa Unción en la frente empieza a dar señales de vida. Trasladada rápidamente al hospital le dieron un calmante, y al día siguiente regresó de nuevo a su trabajo, sana y recuperada.

ANDRES DE SALFS FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 84 (1992) 482-484; 86 (1994) 5-7.

Bibliotheca sanctorum. Prima appendix, t.II cols.1370-1371.

GABRIELA MARÍA, RJM, *De aquella noche en Pierres Plantées* (Barcelona 21975).

Index ac status causarum, o.c., 592.

Martyrologium romanum, o.c., 126.

L'Osservatore Romano (4-10-1981 y 21, 26-3-1993).

BEATA MARÍA ANA RIVIER

Virgen († 1838)

Nació María Rivier en Montpezat-sous-Bauzon (en el departamento francés de Ardèche), el 19 de diciembre de 1768, en un hogar de tradiciones cristianas. Sus padres le procuraron las aguas bautismales dos días después de su nacimiento.

A los dieciséis meses, quedó inválida debido a una caída de la cama que le inutilizó las piernas y los pies, en modo tal que ni podía andar ni estar de pie. Para moverse, tenía que arrastrarse sobre la espalda ayudándose de las manos. La invalidez iba en aumento al ritmo de la edad, pues todos sus miembros iban endureciéndose. La madre, muy piadosa, la llevaba cada mañana a la capilla de la aldea y la sentaba a los pies de Nuestra Señora de los Dolores. La desgraciada niña, cuando despertó al uso de razón, expresaba día tras día su confianza en la curación que la Virgen le iba a conceder. La pequeña formuló también la promesa de que, si la liberaba de su invalidez, le traería niñas, les daría clase y las enseñaría a amarla. En la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora de 1774, cuando contaba seis años, obtuvo la gracia de la curación.

No sabía cómo agradecerse a su celestial Señora: tal vez retirándose al desierto —algo impensable a su corta edad—; empero optó por cumplir la promesa hecha a la Virgen. Empieza a reunir a los niños y niñas de su edad, y a sus madres, les enseña la doctrina cristiana, les hace rezar oraciones: todos la llaman la «pequeña mamá». También extiende su incipiente apostolado a los pobres y a los enfermos, a quienes visita y socorre.

La primera comunión acrecienta en María el deseo de ser toda de Dios y apóstol. Ella misma, por encargo del párroco,

prepara a otros niños para recibir la eucaristía por vez primera. Entra luego, con una hermana mayor, en el pensionado de la Compañía de María en Pradelles (Alto Loira). Terminados los estudios, pide su ingreso en la congregación religiosa de Santa Juana de Lestonnac, pero no es admitida debido a su salud frágil. «Ya que no me quieren en el convento, yo haré uno», es su reacción ante la negativa de las religiosas.

En junio de 1786, María regresa a su pueblo natal y vuelve a abrir su pequeña escuela. Arde en ella el deseo apremiante de fundar un Instituto docente. La educación que imparte la joven maestra es valorada altamente por los padres y madres, que le confían sus hijas. Empieza por reunir a algunas muchachas, les inculca las virtudes cristianas y espera que algunas de ellas aspiren a la consagración religiosa.

Pero en Francia ya soplaban los vientos que presagiaban la Revolución, nada favorables a la obra emprendida por la joven maestra. Pero ella no se arredra. Clandestinamente prosigue su obra de educación en la fe; enseña e instruye como si fuera un sacerdote, despreciando todo peligro.

El 1793 muere su madre. Distribuye su herencia entre los pobres, se traslada a Thuyets el 14 de junio del año siguiente y abre una escuela y un colegio para niñas internas. La Revolución ya había estallado con todo su furor antirreligioso. En Thuyets todos ven como una temeridad antirrevolucionaria tal osadía; pero el temor se convierte en alabanza. El pueblo carece de párroco; entonces los fieles, deseosos de práctica y enseñanza religiosa, rodean a María porque ven en ella el substituto del pastor de la parroquia; cada domingo les enseña el catecismo.

Vivía entonces, escondido en Thuyets, un sacerdote sulpiciano, M. Pontanier, el cual dirige a María y la aconseja en la fundación de la congregación que hace tiempo ha concebido en su mente para adoctrinar al pueblo de Dios. Las jóvenes que se han sentido atraídas por la labor educadora de María la acompañan el 21 de noviembre de 1796, fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, en plena Revolución Francesa, para dar inicio a la fundación. En el colegio, durante la misa que celebra el citado sacerdote, María promete ante sus compañeras y sus alumnas «ofrecer su persona y su obra a la Reina del cielo».

Un año después, las once primeras socias de la Presentación, con la fundadora, se comprometen a observar la regla provisional, redactada por el Rdo. Pontanier. Cuenta también la fundadora con la prudencia y los consejos del vicario general de la diócesis de Viviers, el Rdo. José Vernet. Surgen y se multiplican entonces las compañeras de María, que no eran mujeres rudas e iletradas, sino doctas y con estudios. Siguiendo los pasos de la fundadora, los domingos, cual abejas laboriosas, salían del colegio para predicar por las aldeas, para conversar con la gente del pueblo, para confortar a los vacilantes, visitar a los enfermos, para llamar de noche a los sacerdotes a fin de que clandestinamente administraran los sacramentos. Su prudencia, fortaleza e ingenio las puso a buen cobijo de la ira de los dictadores revolucionarios.

El arzobispo de Vienne, Francisco Carlos d'Aviau, que era administrador apostólico de Viviers durante la Revolución, aprobó la regla el 7 de agosto de 1801. Al contemplar a una joven fundadora débil, enferma, sin gran formación y sin medios, que en el revuelo de aquellos tiempos había sido capaz de levantar una comunidad apostólica con escuelas, catecismo, exhortaciones al pueblo, promoción de la vida religiosa en el seno de la parroquia, visitas a los enfermos, etc., exclamó: «Hijos míos, aquí está el dedo de Dios que marca su huella en esta fundación y en sus obras».

El 15 de agosto de 1801 se firmó el Concordato entre Francia y la Santa Sede; tal evento animó los orígenes de la nueva fundación, surgida cuando las otras congregaciones iban desapareciendo por la furia revolucionaria. En 1803 se forma el primer noviciado y florece la primera expansión, bendecida por el papa Pío VII. Entre 1805 y 1808 se abren 23 nuevas casas de la Presentación. La fundadora visita las casas para animar a sus hijas a la vida de oración y de ferviente apostolado; ella continúa su original predicación de la palabra de Dios a la gente. Todos la escuchan fascinados por su oratoria, a veces coloquial, a veces solemne e incisiva, ocurrente, llena de anécdotas, alegre o patética, siempre atrayente y conquistadora. A la predicación de la santa mujer, siguen las confesiones, las conversiones clamorosas, surgen vocaciones.

La casa-madre de Thuyets se ha quedado pequeña para acoger a pensionistas, huérfanas, religiosas y novicias. María compra en 1815 un antiguo monasterio de la Visitación en Bourg-Saint-Andéol, en la región del Ródano, donde fija la casa central de su Instituto y apostolado. En 1820 las reglas de su Instituto reciben la aprobación eclesiástica y son impresas. La congregación sigue extendiéndose fuera de los límites de Ardèche. María funda en Provenza, Saboya, Auvernia...; sigue instruyendo y formando a sus hijas, persevera en su misión apostólica; a las religiosas, las exhorta a no perder nunca de vista el ejemplo de Jesucristo, la santa regla y la virtud de la humildad.

«Emuló a los santos apóstoles en fe y en trabajo», dice el breve de beatificación. Su gran ideal era llevar a los hombres a conocer a Dios y a amarlo.

«Carecia de riquezas pero era rica y colmada de fe [] Muy se vera consigo misma, indulgente y dulce con los demas, sobre todo con los pobres Su oracion fluia de los labios como el agua de una fuente inagotable La cruz condiciono toda su vida En vida era tenida ya por santa esta sierva de Dios, adornada con tantas virtudes y gracias»

Entre 1837 y 1838 empezaron a declinar las fuerzas de su cuerpo. El 2 de febrero confiesa a la hermana que la asiste que la fiesta de la Presentación del Señor la empuja a inmolarsé con Cristo. Sí, siente el deseo de inmolarsé por la salvación de las almas el día en que nuestro Señor, no contento con haberse encarnado, quiso ofrecerse al Padre como víctima por todos los hombres y en que la santa Virgen ha hecho con él el mismo ofrecimiento. El 3 de febrero consumó su supremo sacrificio en la alcoba desde la cual en los últimos años había dirigido la congregación con aquella fuerza de autoridad que hizo exclamar a un magistrado: «La Madre hubiera sido capaz de gobernar Francia hasta durante la Revolución».

Fama de santidad y de milagros, obrados por su intercesión, se extendió rápidamente después de su muerte. Ya en 1842 el obispo de Viviers inició el proceso informativo de beatificación que concluyó en 1846. Pío IX, que admiraba a aquella sierva de Dios y la llamaba «mujer apóstol», acogió en Roma la causa. En 1890 León XIII la declaró venerable reconociendo la heroici-

dad de sus virtudes. Juan Pablo II la beatificó el 23 de mayo de 1982.

En 1838 la Congregación de Hermanas de la Presentación de María contaba con 130 casas. En 1841 las Hermanas de María Rivier fundaron en Suiza, en 1853 cruzaron el Atlántico y difundieron su apostolado por Canadá y los Estados Unidos de América. Cuando arreciaban los vendavales antirreligiosos en Francia, a principios del siglo XX, muchas Hermanas de la Presentación emigraron a Inglaterra, España e Italia. Después de la segunda guerra mundial, fundan en África, Japón, Filipinas y América Latina. En 1967 la casa general se establece en Castelgandolfo, cerca de Roma. Hoy la congregación acoge a 1.625 Hermanas, presentes en 18 Estados.

Desde su radical pobreza: «Si hubiera sido rica —afirmaba— no hubiera acometido tantas obras; como estoy necesitada de todo, lo que he comenzado ha sido para bien»; apóstol y enamorada de Jesucristo; pequeña en su cuerpo débil y maltrecho, gigante por su energía y por su oración altísima, la Beata María Rivier concentra en su vida y en su gloria la exclamación del Apóstol: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12,10).

PERE LLABRES

Bibliografía

- Bibliotheca sanctorum*, t XI cols.222-226
 Breve de beatificación *AAV* 78 (1986) 707-710
 DIOM, A, «Beata María Rivier, virgen», en *Nuevo año cristiano Febrero* (Madrid 2001) 76-79
 HAMON, J, *Vie de Madame Rivier, fondatrice et premiere superieure de la congregation des Soeurs de la Presentation de Marie* (Avignon 1842)
 MOUIARD, A, *La vie apostolique de la venerable Marie Rivier* (Paris 1934)
 — *Petites fleurs de la Venerable Anne-Marie Rivier* (Aubenas 1943)
 MOURRET, F, *La venerable Marie Rivier, fondatrice des Soeurs de la Presentation de Bourg-Saint-Andeol (Ardeche) (1768-1838)* (Paris 1898)
 ROUME, CH, *Origines et formation de la Communauté des prêtres de Saint Basile Contribution a l'histoire religieuse du Vivarais* (Privas 1965)

BEATA MARÍA ELENA STOLLENWERK

Virgen († 1900)

Cuando la lámpara del bautismo crece sin interrupción en claridad hasta convertirse en llama de amor viva, toda la existencia resplandece en santidad. Entonces los datos concretos interesan poco, y nada importa la ausencia de referencias llamativas. De la Beata María Elena Stollenwerk pocos datos se registran fuera de los obligados.

Nació el 28 de noviembre de 1852 en el pequeño poblado de Rollesbroich, hoy perteneciente a Aquisgrán, en la Alemania Occidental, de una familia campesina. Como otras niñas de la localidad se inscribió en la Obra Misional de la Santa Infancia y en el Apostolado de la Oración. Fueron sus escuelas de vida interior y vocación misionera, mantenida silenciosamente durante largos años sin dejar de suplicar al Señor le deparase un instituto religioso en que realizarla. Tenía ya treinta años cuando entró en contacto con el P. Arnold Janssen que en 1875 había fundado una casa en Holanda para la formación de sacerdotes y hermanos misioneros. Allí vino a parar en calidad de sirvienta. Poco después el mismo P. Arnold fundó la Congregación de Misioneras Siervas del Espíritu Santo, en la que fue admitida el 8 de diciembre de 1889, a los treinta y siete años. Dos años después emitió los primeros votos junto con once compañeras.

Dada su madurez espiritual y su edad, nada extraña que pronto fuera designada superiora de la incipiente congregación, desempeñando el cargo de 1891 a 1898 en seguimiento fiel del espíritu y las directrices del fundador. Durante su mandato se fundaron casas en Argentina y en Togo. Pronto se evidenció en algunas religiosas la tendencia a la vida puramente contemplativa con dimensión misional. El fundador consideró llegado el momento de constituir una rama autónoma dedicada a la contemplación. Surgió así en 1896 la Congregación de Hermanas Siervas del Espíritu Santo de la Adoración Perpetua por obra del mismo fundador. Secundando su petición, María Elena hizo su ingreso en 1898. Tuvo que iniciar un nuevo noviciado de dos años que no llegó a concluir. Una meningitis tuberculosa segó su vida en Steyl el 3 de febrero de 1900. Todos los que la habían conocido se mostraron unánimes en reconocer su santidad.

Murió, pues, siendo novicia de la nueva congregación, pero estando vigentes sus votos en la congregación del Espíritu Santo y falleció como religiosa profesa de esta Institución, de la que es reconocida cofundadora. Es un caso extraordinario de vocación misionera desde niña: un deseo consciente registrado como primer recuerdo, lo que equivale a una iluminación mística. En su vida interior se dejó esclarecer y caldear por el Espíritu Santo, siendo su jaculatoria preferida «Ven, Espíritu Santo». La misma devoción mariana confluía en esta dirección, invocando a Santa María, esposa del Espíritu Santo. En la carta apostólica de su beatificación Juan Pablo II resalta una consecuencia obvia: «La eficacia de una devoción plena al Espíritu Santo se evidenciaba en su amor al prójimo». Y proclama con solemnidad: «María Elena Stollenwerk constituye un ejemplo admirable de espíritu misionero y adorador».

Fue beatificada por Juan Pablo II en Roma el 7 de mayo de 1996.

JOSÉ M.^a DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- REHBEIN, F. C., *Helen Stollenwerk: a charism nurtured. Mission and surrender* (Roma 1995).
- STEGMAIER, O., *Hacia inmensos horizontes: Elena Stollenwerk (1852-1900). Proceso de maduración y misión de la co-fundadora de las Misioneras Siervas del Espíritu Santo a la luz de su imagen de Cristo* (Roma 1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA WERBURGA

Virgen († 700)

Esta princesa era hija del rey de Mercia Wulfero, y era hija, nieta y bisnieta de mujeres santas. Su madre era Santa Ermenigilda. Nació el año 650 y se crió en la corte paterna. Se cuenta que tuvo al llegar a la juventud muchos pretendientes, pero que ella respondía que su corazón ya pertenecía a Jesucristo, y por su parte el rey decía que contra la voluntad de su hija no pensaba darla en matrimonio.

No fue hasta la muerte de su padre en 675 y ascensión al trono de su tío Etelredo cuando ella pudo realizar su íntimo deseo de ser religiosa y tomó el velo en el monasterio de Ely y profesó como monja. Unos años más tarde su propio tío le pidió que lo dejara para encargarse de una serie de casas religiosas de mujeres, no formalmente monjas, cuya vida de comunidad y dedicación a Dios quería el monarca que estuviese regida por un orden más estricto del que llevaban. Werburga cumplió el encargo a plena satisfacción, dando la primera un gran ejemplo de piedad, regularidad y dedicación a la vida religiosa. A una de esas casas, la de Weedon, consiguió convertirla en un verdadero monasterio de monjas. Murió el 3 de febrero del año 700, al parecer en la casa de Therckingham, y fue enterrada por su deseo en la de Hanbury. Llevadas sus reliquias más tarde a la catedral de Chester, aquí se convirtieron en objeto de un asiduo culto popular, siendo muchos los peregrinos que se acercaban a Chester para visitar la tumba de la santa, tumba que fue profanada y destruida por la impiedad del rey Enrique VIII cuando organizó la religión inglesa a su entero capricho.

Hermosas leyendas adornan su memoria, propias de la Edad Media en que su culto estuvo tan extendido.

BEATO JUAN NELSON

Presbitero y martir († 1578)

Tres hermanos sacerdotes de la noble familia Nelson —Juan, Martín y Tomás— desafiaron la ira de la reina Isabel y propagaron en Inglaterra el catolicismo. Los dos últimos no fueron martirizados, el primero sí. Tenía unos 42 años cuando se ordeno sacerdote en Douai el 11 de junio de 1576, siendo natural de Skelton en el North Yorkshire.

Llegado a Inglaterra en noviembre de 1576, el 1 de diciembre del siguiente año era arrestado acusado de catolicismo y detenido en la cárcel de Newgate. Había sido el suyo un breve apostolado, en cuyo desempeño él puso lo mejor de sí mismo.

Los cargos lanzados contra él fueron que se negaba a reconocer a la Reina como cabeza suprema de la Iglesia y que la ha-

bía llamado hereje y cismática. Devuelto a la cárcel tras su condena, pidió y obtuvo ser admitido en la Compañía de Jesús.

Llegado el día del martirio, 3 de febrero de 1578, fue arrastrado en un zarzo desde Newgate hasta la plaza londinense de Tyburn, donde fue ahorcado y descuartizado por ser católico y ser fiel a su conciencia.

Fue beatificado el 29 de diciembre de 1886.

4 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en las catacumbas de la Via Apia, San Eutiquo, mártir (fecha incierta).
2. En Perge de Panfilia, los santos Papías, Diodoro y Claudiano y Conón (s. III), mártires.
3. En Alejandría de Egipto, San Fileas, obispo, y San Filoromo, militar (s. IV), mártires.
4. En Pelusio (Egipto), San Isidoro († 449), presbítero y anacoreta.
5. En Chartres, San Aventino († luego del 511), obispo.
6. En Troyes, San Aventino († 537), criado del obispo San Lupo.
7. En Maguncia (Franconia), San Rabano Mauro († 856), obispo, antes monje de Fulda *.
8. En Constantinopla, San Nicolás Estudita († 868), hegúmeno del monasterio de Estudio, gran defensor de las sagradas imágenes *.
9. En Sempringham (Inglaterra), San Gilberto († 1189), presbítero, fundador de la Orden Gilbertina, cuyos monjes cumplían la regla de San Agustín, y las monjas la de San Benito **.
10. En Bourges (Aquitania), Santa Juana de Valois († 1505), un tiempo reina de Francia, fundadora de la Orden de la Anunciación de la Bienaventurada Virgen María **.
11. En Durham (Inglaterra), Beato Juan Speed († 1594), martirizado bajo la reina Isabel I por haber ayudado a los sacerdotes católicos *.
12. En Amatrice (Abruzo), San José de Leonisa († 1612), presbítero, religioso capuchino *.
13. En Urgur (India), San Juan de Brito († 1693), presbítero, de la Compañía de Jesús y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN GILBERTO DE SEMPRINGHAM

Presbítero († 1189)

Presbítero. Fundador de la Orden Gilbertina. Nació en Sempringham hacia el año 1085. Murió en la misma población el 4 de febrero de 1189. Fue canonizado en 1202.

Los siglos XI y XII marcan un resurgir emotivo de la actividad religiosa de la Iglesia en una doble dirección. Hacia el exterior se van a dirigir las cruzadas. En el interior aparecen una serie de congregaciones que vitalizan el espíritu fecundo de la fe, quizás como contrapunto a la deserción de la Iglesia Oriental. Surgen congregaciones de espiritualidad profunda, como los Camaldulenses en 1012, los de Valleumbrosa en 1038, los Cartujos en 1084, los Cistercienses en 1098, los Premostratenses en 1124, los Trinitarios en 1198... Se añaden o derivan de otras ya existentes como la de los Benedictinos, que, después del impacto sufrido por la invasión árabe, renuevan sus esencias inclinándose hacia mayores exigencias, hasta el punto de que a mediados del siglo XI sus directrices ya se hallaban presentes prácticamente en todas partes.

Uno de sus máximos exponentes llega desde los Cluniacenses cuya reforma marcará el espíritu del siglo, adaptando la espiritualidad de San Benito, hacia un mayor intimismo, que se traduce incluso en la aparición de numerosos monasterios, consecuencia de un compromiso más espiritualista que lleva a no pocos monjes a bucear con mayor profundidad en las mismas características de la vida eremítica, para incorporarlas a su particular ascetismo.

Quizás se tratara de equilibrar el espíritu de aquellos otros cristianos que pensaban y servían a lo religioso con la intrepidez de las conquistas y el mismo dinamismo bélico.

No podemos olvidar que es también la época de las grandes aventuras que llamamos Cruzadas, en cuyo fondo late siempre la exigencia de lo religioso como contrapunto a las invasiones ambiciosas de los árabes. Es el momento de los Hospitalarios en 1050, Templarios en 1119, Alcántara y Santiago en 1175.

Parece como si en la balanza de la historia se quisieran compensar las dos dimensiones que agitan el alma de los hombres, aunque sean creyentes. Un equilibrio que se resuelve muchas veces gracias al valor silencioso de personajes que apenas hacen ruido al pasar por la existencia.

Es aquí donde encaja a la perfección la figura de San Gilberto, fundador de la Orden Gilbertina, única Orden considerada específicamente inglesa.

Nació Gilberto, hacia el año 1085, en Sempringham, poblado situado en el condado inglés de Lincolnshire y del cual era noble señor su propio padre.

Debido a su especial conformación física, su padre no quiso que siguiera la carrera militar, tradicional en la familia, y lo dedicó a los estudios.

Para ello fue enviado a Francia donde alcanzó una notabilísima formación, llegando incluso a ejercer por algún tiempo la docencia. Muy pronto volvería a su tierra, donde se le dieron los beneficios de Sempringham y Terrington, pero cuyas rentas distribuía entre los pobres o fundando escuelas para niños.

Muy estimado por el obispo Roberto Bloe de Lincoln, recibió las primeras órdenes sagradas de sus manos. Un poco más tarde el nuevo obispo Alejandro lo ordenó sacerdote, para retenerlo a su lado como penitenciario. No obstante, en 1130 volvió definitivamente a su Sempringham con el propósito de dedicarse por completo a la vida parroquial, que tanto le atraía.

Entregado en profundidad a la parroquia, consiguió reunir a su alrededor un grupo de jóvenes, que quisieron organizarse en comunidad religiosa, aceptando gustosos la regla de San Benito entonces en pleno auge religioso con nuevas y reformadas inspiraciones gracias a la reforma de Cluny. Una renovación casi universal que afecta no sólo a los monasterios sino que llega también al Pontificado y a toda la vida eclesiástica. Ahora incluso con nuevas versiones de monasterios y reglas principalmente en Italia, Francia y España.

Corría el año 1131, cuando Gilberto se sintió inspirado para dotar a Inglaterra de una Orden específicamente suya. Un macroproyecto que germinó de casi una impensable simiente, gracias a la fuerza de un profundo espíritu, puesto a disposición de Dios.

Muy pronto se vio la necesidad de que la comunidad se ampliara con hermanas legas, impregnadas del mismo espíritu de renovación. Se completaría, además, con un cuerpo de capellanes, encargados de atender religiosa y culturalmente a la recién nacida comunidad, organizados ellos también como canónigos regulares bajo la regla de San Agustín. El año 1148 aparece ya la fundación al completo con sus tres casas para cada una de las ramas fundacionales. Gilberto pasó a ser el padre general de la nueva Orden. Incluso se añadió una dimensión caritativa con un orfanato para niños huérfanos o abandonados y un hospital para atender a enfermos afectados de la lepra, mal endémico en aquella Edad Media.

Hacia 1147 viajó por Francia e Italia, trabando amistad y cambiando impresiones con los personajes eclesiásticos más significativos de aquel tiempo, como S. Bernardo, S. Malaquías y el propio papa Eugenio III.

Los estatutos de su Orden fueron precisamente aprobados por Eugenio III en 1148 y confirmados posteriormente por Adriano IV y Alejandro III.

Gilberto fue siempre con su ejemplo de oración y penitencia el alma y vida de la fundación. A pesar de todo no le faltaron pruebas venidas de dentro y de fuera, cuando ya era de edad avanzada. Aun así, supo resolverlas con dignidad y coraje.

Dentro de la Orden comenzó una especie de malestar de los que podemos llamar legos, que juzgaban excesivamente austeras las reglas fundacionales para unos legos como ellos. Destacaban en su rebeldía Ogero y Gerardo, hasta el punto de degenerar en una abierta oposición que tuvo que llegar hasta la propia Roma, pero que al contar siempre con el aval de los obispos ingleses fue zanjada por el propio romano Pontífice Alejandro III a favor de Gilberto, quien confirmó nuevamente la Orden por los años anteriores a 1181, fecha de la muerte del Pontífice.

Más dolor le produjo ser acusado de estar a favor de Tomás Becket, el arzobispo que había caído en desgracia del rey Enrique II, con el que mantenía una seria controversia. Se le quiso hacer jurar su oposición al arzobispo de Canterbury, y plegarse a las exigencias reales. Algo rechazado por Gilberto, ya anciano

de 80 años y que amaba de corazón a quien después fue asesinado y santo. Eran unos momentos difíciles para la Iglesia de Inglaterra por la mezcla de intereses y ambiciones. Gilberto lo vería en los altares canonizado por Alejandro III el 21 de febrero de 1173, campeón de la libertad de la Iglesia frente al poder real.

La multitud de sufrimientos que le propiciaron tan dolorosas situaciones y la delicada salud de una tan larga ancianidad, pues llegó a quedarse casi ciego, le animaron a renunciar a su cargo de Superior General, viviendo como uno más de los miembros de la comunidad por él fundada sin privilegio alguno, después de haber prestado total obediencia a su sucesor Roger. Murió el 4 de febrero de 1189. Una vida más que centenaria, que tuvo inmediata recompensa con la canonización de Gilberto por Inocencio III, el 11 de enero de 1202. Su fiesta se celebra el 4 de febrero, fecha de su muerte.

La simiente estaba echada y se esparció por toda Inglaterra hasta el punto de que las casas de la Orden a principios del siglo XVI sumaban unas veinte. Cosecha fecunda que sería arrasada por Enrique VIII, quien, en 1538, mandó cerrar todos los monasterios ingleses, entre ellos los Gilbertinos.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

- ATTWATER, D., *A Dictionary of Saints* (Aylesbury 1965).
Bibliotheca sanctorum, t.VI cols.453-454.
Enciclopedia universal ilustrada, t.26 (Madrid-Barcelona 1994) 49.
 «Gilbert of Sempringham», en *Enciclopedia británica*, V p.262.

SANTA JUANA DE FRANCIA

Reina († 1505)

Todavía parece flotar por los campos de Francia el glorioso estandarte de Juana de Arco, la libertadora de Orleáns, la santa guerrera y valiente, cuando viene al mundo, en plena corte y no en un pueblecito aislado, otra Juana que también va a llenar de gloria a Francia y a toda la Iglesia: Juana de Valois, hija de Luis XI y de Carlota de Saboya. Gran expectación reinaba en

todo el país al anunciarse el próximo nacimiento de un vástago real, el segundo, que todos, y más que nadie Luis XI, estaban convencidos sería un varón. La primogénita había sido una niña: Ana. Desagradable y decepcionante fue, pues, la noticia de que una segunda hija había venido a ocupar su sitio en la corte francesa. El rey, malhumorado, no quiso apenas verla; y cuando al transcurrir los primeros años pudo notarse que la princesita no era agradable de rostro y empezaba a exhibir una cojera incipiente debida a una desviación de cadera, mandó que la aislaran de la corte y la condujeran al castillo de Linières en el Berry. El calvario de Juana de Francia había empezado: a los cinco años se separa de su madre para no volver a verla jamás.

De esa madre desconocida, resignada y obediente a su marido hasta en los más mínimos detalles, «dama virtuosa llena de paciencia y tolerancia tan necesarias para vivir con un rey como Luis XI» —así la pinta un cronista de la época—, heredará Juana su gran sentido de ponderación y su vida interior. De su padre, hombre extraordinariamente complejo, lleno de contradicciones, duro y dominante, político sutil, audaz en las guerras y pusilánime en las enfermedades, amante a veces de la popularidad y otras encerrado en una soledad misántropa, tendrá nuestra heroína su prudente administración en los negocios, su voluntad indomable y el convencimiento de la propia dignidad de la majestad real a la que ha sido llamada por Dios y que conservará en todas las ocasiones al lado de su deformidad física.

La infancia de Juana se desliza, solitaria y monótona, en el castillo de Linières, cuyos dueños la tratan con cariño, respeto y solicitud, sufriendo intensamente del estado de abandono, no sólo moral sino material, al que la ha reducido Luis XI. Aprende a bordar y a tocar el laúd, pero sobre todo dedica la mayor parte del tiempo a leer salmos y libros piadosos y a la oración. Desde su infancia, se ve en ella a la predestinada a gozar de las comunicaciones divinas: un día revela a la señora de Linières que la Virgen le ha hablado; le ha dicho: «Antes de tu muerte, fundarás una Orden en mi honor». Y se queda pensativa considerando qué dirá su padre, el rey.

Luis XI, alguna vez acompañado de su escolta de caballeros, después de una desenfadada caza de lobos, hace una ruidosa

aparición en el castillo de Linières. Ni siquiera quiere ver un minuto a su hija. Mientras le preparan la comida, comenta brutalmente con el señor del castillo que no sabe qué espera para matar a esa hija contrahecha que le ha nacido en lugar de un varón. Una vez satisfecho su voraz apetito, por uno de esos contrastes tan desconcertantes en él, declara solemnemente que quiere velar por la buena conducta de su hija y que le pidan que elija al punto un director de conciencia. No permite la menor dilación y tienen que buscar a la princesa, que se halla ya acostada. Pero ella, a pesar de su humillante posición y de su temprana edad, es absolutamente consciente de sus derechos y deberes. Cuando el señor de Linières espera que la hija sumisa responda que hará en eso como en todo la voluntad de su señor, oye la respuesta mesurada y prudente de la futura santa: «Necesito reflexionar antes de decidir un asunto tan importante; mañana contestaré». El rey acató con deferencia la decisión de su hija y a la mañana siguiente, después de la misa, la niña anunció con naturalidad que el padre Juan de la Fontaine, franciscano, sería su confesor.

Luis XI, que no deseaba lo más mínimo encontrarse con su hija, se preocupaba no obstante de su porvenir, mejor dicho, había decidido meterla en uno de sus engranajes políticos a los que tanto acostumbraba. Un hombre que no tenía el menor escrúpulo en hacer y deshacer matrimonios a su antojo, que forzaba realmente a sus súbditos a que se casasen con quien él decidía, era natural que siguiera la misma costumbre al tratarse de su propia hija. Casi desde el nacimiento de Juana, el rey de Francia concertó su matrimonio con Luis de Orleáns, hijo del duque Carlos de Orleáns y de María de Clèves, su más próximo pariente en todo el reino, y a quien concedió el honor de ser su padrino. Pero aún le pareció poco tener por ahijado al pequeño duque y, queriendo evitar disgustos por medio de esa rama poderosa de la familia, pensó convertirlo en su yerno para tenerle más en mano. Los años pasaron y en toda Francia empezó a susurrarse que la segunda hija del rey era jorobada y coja, rumor que, naturalmente, llegó al castillo de Blois, donde Luis de Orleáns, el futuro Luis XII, huérfano ya de padre, llevaba una vida de lujo y de placer al lado de su madre, terrible contraste con la vida monótona y triste de su prometida. Al recibir María

de Clèves al emisario del rey que le notificaba la ratificación de los esponsales entre su hijo y la princesa Juana, creyó que se trataba de un error y que la futura duquesa sería Ana, la hija mayor del rey, pero, al ver con sus propios ojos el escrito de Luis XI, exclamó midiendo toda la tragedia que se avecinaba: «La casa de Orleáns está perdida». Y enseguida, majestuosamente, se negó en rotundo. Para Luis XI no suponía nada la negativa, más aún: la repugnancia de los Orleáns. El monarca llegó a amenazar con la muerte al joven duque y en estas condiciones, mientras la infeliz Juana no sospechaba lo más mínimo y, mujer al fin, esperaba con ilusión la felicidad al lado del esposo que todo el mundo alababa por sus maneras afables y corteses, se decidió la boda para el 8 de septiembre de 1476 en la capilla de Montrichard. Todavía un momento antes de la ceremonia, a la que el rey no se dignó asistir, el obispo, preocupado, preguntó al duque de Orleáns: «Monseñor, ¿estáis decidido a pasar por todo?», a lo que el joven respondió: «Se me hace fuerza, no hay remedio». Y se efectuó la triste ceremonia en la que el novio no tuvo ni una mirada, ni una palabra para la pobre princesa, que empezaba a comprender que aún la esperaba un calvario más amargo, que tenía que seguir realizando el nombre que la aplicarán más tarde: la cenicienta de los Valois.

La vida no cambió para Juana, únicamente lo que antes era como una espera de algo, se convirtió en una realidad sin esperanzas. De cuando en cuando, por orden expresa del rey, va Luis a visitar a su esposa, pero apenas se hablan ni se ven. Cada vez renace la esperanza en el corazón de la mujer que siempre amó a su marido, y de nuevo la triste realidad, la amarga desilusión. En cuanto a su padre, una vez le verá antes de morir el rey, para sufrir aún más amargamente al comprender el estupor de aquella mirada, pues nunca creyó Luis que era tanta la deformidad de su hija. Ella le quería y le admiraba, pero no pudo quedarse con él y tuvo que volver a su soledad mientras veía, sin ninguna envidia de su parte, a su hermana Ana objeto de las complacencias de su padre. Luis XI muere asistido por San Francisco de Paula y la vida de Juana va a cambiar al subir al trono su hermano Carlos VIII, que la aprecia y quiere tenerla cerca de él. Pero otra prueba la espera: durante la minoría de

Carlos, es Ana de Beaujeu, la hermana mayor, la que llamaron «el rey de Francia», la que tiene las riendas del gobierno. El duque de Orleáns, levantisco y rebelde, aunque muy querido de su cuñado, se mete en varios movimientos contra la corona y es detenido y apresado. Juana emplea toda su diplomacia y todo su corazón para obtener el perdón del que tanto la martiriza a ella. En una ocasión va a verle al calabozo y su marido se vuelve del otro lado, molesto, sin tener una mirada de agradecimiento para la santa y sufrida mujer que tanto hace por él. Pero la fortuna es cambiante y movediza y cuando Luis de Orleáns ve venir a los emisarios reales, creyendo que le traen una nueva orden de detención, estupefacto los ve doblar la rodilla, llamarle señor y comunicarle el fallecimiento repentino de su cuñado y la noticia de que en un momento ha pasado a regir los destinos de Francia.

¿Será Juana la reina, como parece de todo derecho? Dios le reserva aún una cruz más pesada antes de coronar la obra sublime de su santificación: los trámites de la anulación del matrimonio, que había comenzado Luis ocultamente, van a apresurarse ahora. De las causas alegadas en favor de la anulación, las dos de más valor son: la fuerza exigida al esposo y la no consumación del matrimonio. Sobre el primer argumento se encuentra una carta escrita de puño y letra de Luis XI a Antonio de Chabannes, gran dignatario del reino, en la que, además, da por hecho que Juana no podrá tener descendencia. En cuanto al segundo, ante el desacuerdo de las partes, Luis XII tiene que hacer juramento público de la no consumación del matrimonio. Por ese mismo hecho, Alejandro VI extiende la bula de anulación y enseguida el rey contraerá matrimonio con Ana de Bretaña, la viuda de Carlos VIII.

¿Y Juana? Para darle la noticia se reúnen sus buenos amigos el cardenal de Luxemburgo y el obispo de Albi con su confesor, que se lo comunica como en broma. Ella lo comprende al punto y por un momento se siente desfallecer y temblar. Más tarde descubrió un secreto a su confesor: «En ese momento Dios le concedió la gracia de comprender que Él así lo permitía para que realizase un gran bien. Y que ahora, sin sujeción a ningún hombre, podría hacerlo plenamente».

Por orden del rey, la que debía haber sido reina se convertía en duquesa de Berry y fijó su residencia en Bourges. Entonces decidió poner en práctica lo que oyó en su oración cuando era niña: fundar una Orden religiosa en honor de la Santísima Virgen. Varias muchachas jóvenes, con deseo de vida religiosa, se reunieron con ella y, después de muchas vicisitudes, Alejandro VI aprobó la regla de la nueva Orden de la Anunciación, justo cuando alboreaba el siglo XVI. En realidad ella era la fundadora, pero siguió viviendo en el mundo y gobernando sus estados de Berry. Hizo, no obstante, su profesión religiosa el 26 de mayo de 1504 y siempre fue un ejemplo y una madre para sus hijas, que la veneraban ya como santa. El Señor juzgó que pronto debía dar el premio a una vida tan llena de sufrimientos y trabajos y en febrero del año siguiente, después de haber dado sus últimos consejos a su confesor y a sus hijas, descansó en la paz del Señor

Desde el principio fue venerada como santa en Bourges y luego en toda Francia, los milagros se suceden alrededor de sus despojos mortales, el 13 de enero de 1632 se introduce la causa de beatificación; en 1742 se aprueba el culto público y se la declara beata. Después la causa parece sumirse en un profundo letargo, hasta que un milagro notabilísimo la hace resurgir en 1932 y culmina con la canonización solemne el día de Pentecostés de 1950 en que Pío XII quiere glorificar a Francia y a la Iglesia entera con esta nueva y esplendorosa joya: Santa Juana de Francia.

ALMUDENA GARCIA MORENTF

Bibliografía

- ATTICHY, I D', *Tableau sacre de la sainte vie et mort, vertus et miracles de Jeanne de France* (Paris 1625)
- CAGNAC, M., *La bse Jeanne de Valois* (Paris 1930)
- FLAVIGNY, *Une fille de France* (Paris 1896)
- GRELTE, MGR, OB DF MANS, «Ste Jeanne de France Les epines d'une couronne» *Ret des Deux Mondes* (1952) 1 mayo
- LEVIS-MIREPOIX, *Ste Jeanne de France, fille de Louis XI* (Paris 1950)
- RFDIER, A., *Jeanne de France* (Paris 1946)
- SANZ BURATA, L., «Juana de Valois, Reina de Francia » *Ecclesia* (1950) mayo

SAN JUAN DE BRITO

Presbítero († 1693)

El jesuita misionero San Juan de Brito, nació en Lisboa el 1 de marzo de 1647. Era hijo de Salvador de Brito Pereira, más tarde gobernador de Río de Janeiro y del Brasil, y de doña B. Pereira, familia noble y piadosa al servicio de los duques de Braganza. Fue martirizado por la fe de Cristo en Urgur de la India, el 4 de febrero de 1693.

Su hermano y biógrafo, Fernando Pereira de Brito, nos comunica muy pocas noticias sobre la infancia de Juan de Brito en su *Historia del nacimiento, vida y martirio del venerable P. Juan Brito*, de la Compañía de Jesús, mártir del Asia y protomártir de la Misión del Maduré. Era de frágil salud, inteligente y sosegado. En cumplimiento de una promesa, y también por gusto, siendo todavía pequeño, vistió la sotana de la Compañía de Jesús durante un año entero en el palacio de Juan IV, donde era paje del infante don Pedro y, más tarde, del rey de Portugal. De ahí que le designaran con el mote de «apostoliño», pues los jesuitas eran llamados apóstoles en Portugal.

Así, pues, vistiendo ya la sotana de la Compañía de Jesús, entró en el noviciado en la fiesta de Navidad y continuó los estudios en Évora. Su debilidad era tan grande que llegó a arrojar sangre por la boca. De Évora partió para Coimbra a fin de cursar allí la filosofía, hasta que fue trasladado al colegio de San Antonio de Lisboa, donde enseñó humanidades. Su madre, viuda desde hacía mucho tiempo, tuvo mucha dificultad en dejarlo partir a lejanas tierras; pero, esto no obstante, embarcó él con grandes ánimos para la Misión del Maduré en la India oriental, el 25 de marzo de 1673. Contaba entonces veintiséis años de edad. Detúvose algún tiempo en Goa para terminar los estudios teológicos, llevando en este tiempo una vida de gran austeridad; no usaba cama para dormir; no comía carne ni pescado, sino solamente legumbres, hortalizas, frutas, arroz y leche, adiestrándose de este modo para la vida misionera y sufriendolo todo por amor de Cristo.

En 1674 dio comienzo a su gesta misionera a través de la India, empezando por el Malabar. Vestido de asceta, con los pies hinchados por el mucho caminar, llevando consigo algunos

libros para sus controversias con los paganos y una piel de tigre para sentarse y para dormir, recorrió los reinos de Ginje y Tanjaor; estuvo en la Costa de la Pesquería y en Travancor, disputó con los brahmanes e hindúes, sufrió persecuciones, estuvo preso, fue atormentado y convirtió millares de infieles.

Como Nóbili y otros jesuitas del Maduré, vestía a manera de *saniasi*. Con más exactitud: San Juan de Brito escogió la clase religiosa de los *pandarás-suamis*, es decir, penitentes de orden inferior, a quienes se permite tratar con varias castas de la India, con lo cual podía extender su apostolado a un círculo más amplio de personas. Pero él decía simplemente que era un *saniasi* romano. Y ésta es precisamente una de sus glorias: desprenderse, por muy doloroso que fuera, de su occidentalismo y meter a Cristo en las duras prácticas ascéticas de los anacoretas y penitentes de la India, y esto no sólo como medio pedagógico o apostólico de conquista, sino también para gustar el sacrificio por Cristo. De esta manera, no comía carne ni huevos, no bebía vino; practicaba muchos ayunos, andaba constantemente vestido de cilicio, y tomaba sangrientas disciplinas.

Dominando así la cultura brahmana, estudiando y orando, anduvo de un territorio a otro, vestido de una túnica de cuero entre roja y amarilla, sometándose a los ritos sociales de los bonzos brahmanes, pero sin caer en sus errores. Sin embargo, algunas personas de mirada estrecha lo acusaron de heterodoxia a causa de este modo de obrar, y esto le hizo sufrir mucho.

Notemos otra característica de su personalidad, que podemos designar como *humanismo religioso*: poseía unas maneras agradables; gustaba de leer y escribir cartas a personas amigas, y aun mostraba cierta *galantería*, según testifica el padre Antonio Franco. Sabía sonreír y ser amable, interesarse por los sobrinos; decir al hermano que no lo tratase como *muy reverendo* ni como *señor*, etc. Todavía en la víspera de su muerte, tuvo suficiente serenidad para deshacer en el agua un pedazo de carbón y escribir desde la cárcel una última carta. Escuchemos las últimas palabras de esta carta. «Adiós, buen amigo Fevereiro, 3 de 1693. Sirva ésta para todos los Reverendos Padres. Este año bauticé a cuatro mil».

Era su último grito de alegría: en aquel año había bautizado cuatro mil almas.

Mucho peregrinará por amor de Cristo. Recorrerá a pie los caminos de la India; embarcará para Europa en 1687 en busca de misioneros y de subsidios y asimismo para dar cuenta sobre el estado de las misiones. Vientos contrarios lo llevaron a las costas del Brasil, de donde navegó a Portugal hasta entrar por la barra del Tajo. Allí habló con el rey; obtuvo dinero para sus catequistas y regresó nuevamente a la India, volviendo a la Misión del Malabar. Ahora va a morir en Urgur, después de ver quemar las iglesias y saquear las casas de los cristianos.

El 4 de febrero de 1693 lo llevaron a una colina sobre el río Pamparru; se arrodilló para rezar, mientras el verdugo afilaba la cuchilla. De este modo permaneció una media hora. Después se levantó, sonrió y se entregó a los verdugos en medio de una gran polvareda. Le hicieron sentar, le ataron las manos y sus grandes barbas, y seguidamente le cortaron la cabeza, y luego las manos y los pies. Al caer San Juan, quedó de costado con los ojos abiertos y las piernas extendidas. Luego, con los miembros mutilados atados al tronco, fue levantado sobre un palo. Al cabo de ocho días, todo cayó, y la cabeza rodó por la pendiente hasta sumergirse en el río, donde fue arrastrada por la corriente. Las fieras devoraron el cuerpo del mártir, de quien muy pocas reliquias se salvaron.

Para él, el día de la muerte fue el día más bello de su vida. Sentía ansias del martirio desde hacía muchos años, y ya el 22 de julio de 1691, escribía al padre Manuel da Costa:

«Dicen ahora que en Marava se ha dicho que esperaban prenderme y cortarme la cabeza y así poner término a la predicación del Evangelio en sus tierras. Si así lo han de hacer, ¿para qué hablar? Iremos, pues, pronto al cielo».

Y de hecho así sucedió. Bien pronto entró en el cielo a ver a Dios.

Fue beatificado en 1852 y canonizado el 22 de junio de 1947.

MARIO MARTÍNS, SI

Bibliografía

BEAUVAIS, G. F. DE, *La vie du V. P. Jean de Brito* (París 1746).
Brotéria 44 (1947) 833s.

COIMBRA, M. DE, *Breve relação do illustre martirio do V. P. João de Brito* (Lisboa 1695)

MORESCHINI, C. A., *San Giovanni de Brito* (Florenca 1947)

PEREIRA DE BRITO, F., *Historia do nascimento, vida e martirio do Ven. P. João de Brito* (Coimbra 1722)

PRAT, J. M., *Histoire du bienheureux Jean de Brito ... composée sur les documents authentiques* (Paris 1853).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RABANO MAURO

Obispo († 856)

No hay seguridad de si era alemán, inglés o escocés. De todos modos su educación tuvo lugar en el monasterio de Fulda bajo el abad Bangulfo. Profesada la regla monástica fue enviado a Tours a ampliar estudios bajo Alcuino, el gran maestro palatino de Carlomagno. Aquí adquirió una magnífica cultura con la que pudo escribir magníficos tratados sobre temas eclesiásticos, que le dieron un gran crédito. Reclamado por su monasterio, se le encargó la dirección de sus obras de ampliación y se ordenó de presbítero el año 815, siendo elegido abad el año 822. Procuró no solamente acabar las obras del monasterio sino incrementar la observancia monástica y el espíritu de piedad de los monjes. El año 840 renunció a su abadía y pudo llevar vida de retiro unos años, hasta que en 847 es elegido arzobispo de Maguncia. Se dedicó plenamente a la tarea pastoral, exigiendo el cumplimiento de la disciplina eclesiástica y animando a todos a una vida más cristiana. En un sínodo del año 852 condenó a Godescalco. Murió el 4 de febrero del año 856 y su culto se desarrolló en Alemania.

SAN NICOLÁS ESTUDITA

Abad († 868)

Era un cretense que fue enviado al monasterio de Estudio para su educación bajo el abad Teófanos. A los dieciocho años ingresó en el monasterio como monje.

Cuando llegó la persecución iconoclasta contra los que veneraban las sagradas imágenes, Nicolás acompañó al destierro a

su abad Teodoro y al patriarca Nicéforo de Constantinopla, que se oponían a la herejía del emperador León el Armenio, a cuya muerte todos volvieron. Muerto Teodoro el año 826, Nicolás fue elegido abad de Estudio. De nuevo padeció exilio cuando el emperador Teófilo volvió a la iconoclastia, pero su viuda restauró la ortodoxia y Nicolás pudo regresar a su monasterio.

Nicolás apoyó al patriarca San Ignacio cuando éste fue depuesto por el emperador Miguel III y sustituido por Focio, y por ello marchó a destierro voluntario. El emperador le mandó volver, y como no lo hizo, puso a otro abad en su lugar y luego lo mandó arrestar y confinar en su monasterio. Cuando el emperador Basilio restauró a Ignacio en la sede bizantina, quiso también que Nicolás recuperase su abacia pero éste alegó su vejez. Vivió ejemplarmente hasta su muerte el 4 de febrero del año 868.

BEATO JUAN SPEED

Mártir († 1594)

Juan Speed, conocido también por Juan Spence, era un católico seglar de Durham, fervoroso y valiente, que, arrojando el peligro serio que ello suponía, albergaba en su casa a los sacerdotes católicos y los acompañaba de un sitio a otro en el desempeño de su ministerio apostólico.

Delatado como tal católico y sospechoso de dar albergue a sacerdotes católicos, fue arrestado y detenido en la cárcel. Llegado el juicio, se le acusó de albergar sacerdotes, lo que entonces era un crimen a tono con las tiránicas disposiciones de la reina Isabel. Se le condenó a muerte pero al mismo tiempo se le ofreció la vida y la libertad tan sólo con que se hiciera protestante. Juan prefirió la pureza de su conciencia y se negó a apostatar de su fe. Por ello, en el propio Durham, fue ahorcado y descuartizado el 4 de febrero de 1594. Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

SAN JOSÉ DE LEONISA

Presbitero († 1612)

Eufanio Desideri nació en Leonisa, en italiano Leonessa, el 8 de enero de 1556. Creció en un ambiente cristiano que cultivó su espiritualidad y tenía tan sólo 17 años cuando se acercó a los capuchinos a pedir el hábito de San Francisco. Admitido, hace la profesión religiosa y toma el nombre de fray José de Leonisa. Hechos los estudios pertinentes, es ungido sacerdote y siente vibrar en su corazón las ansias de un gran trabajo apostólico.

La respuesta divina a sus anhelos tiene lugar en 1587 cuando se entera de que su Orden organiza una expedición de religiosos a Estambul a fin de proporcionar auxilio espiritual a los muchos cautivos cristianos del Imperio turco. José se siente llamado a prestar este servicio a las almas y se ofrece con gran resolución. Se le concede lo pedido y marcha con resolución a la antigua Constantinopla, ahora ya muy lejos de ser la capital cristiana que fuera siglos antes.

Llegado a la ciudad penetra en las cárceles y mazmorras para consolar y animar a los muchos cristianos presos y esclavizados y busca a los que no están en la cárcel para ayudarles a perseverar en la paciencia y la religión. Su bondad, amabilidad, caridad y *palabra fraterna consuelan infinitos corazones, atraen de nuevo a Dios a los alejados y dejan una estela benéfica por donde va pasando*. No se hace este trabajo sin dificultades y problemas, a veces sufriendo incluso malos tratos físicos, pero la paciencia del capuchino corre parejas con su tesón en acercarse a todos los necesitados de su evangélica palabra.

Viéndose en medio de musulmanes, recuerda el ardor apostólico de su padre San Francisco y de toda su Orden, especialmente cuando en pleno siglo XIII, Francisco se presentó personalmente en Egipto a predicar a Cristo. Con gran audacia se introduce en el palacio imperial y quiere evangelizar al sultán. Detenido apenas puso los pies en la regia morada, es juzgado reo de traición y destinado a la muerte. Suspendido en un cadalso de unos garfios que le atenazaban un pie y una mano, resiste tres días en esta tremenda tortura, gozoso de padecer por Jesús y su santo nombre. Al cabo de esos días es liberado, se dice que milagrosamente, y regresa a Italia.

Aquí se dedica a la predicación popular, especialmente entre los aldeanos y campesinos, a los que lleva con fervor contagioso la palabra divina. La austeridad y la pobreza, la caridad más exquisita y todas las virtudes acompañan al misionero popular, cuya vida —se decía— predicaba aún mejor que su palabra. Su alma, entre tanto, crece en la unión con Dios y el Señor le distingue con éxtasis y otros carismas místicos.

Veinte años fueron aquéllos de continuo peregrinar apostólico, sembrador incansable de la doctrina cristiana, hasta que se siente enfermo en el convento capuchino de Amatrice y entrega su santa alma al Señor el 4 de febrero de 1612. Beatificado el 22 de junio de 1737, es inscrito en el catálogo de los santos por el papa Benedicto XIV el 29 de junio de 1746.

5 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Catania (Sicilia), Santa Águeda († 251), virgen y mártir **.
2. La conmemoración de muchos santos mártires en el Ponto en la persecución de Maximiano (finales del s. III).
3. En Vienne (Francia), San Avito († 518), obispo *.
4. En Sabion (Retia), San Ingenuino o Genuino († 605), obispo.
5. En Brixen (Tirol), la conmemoración de San Albuino († 1005), obispo, que trasladó la sede de Sabion a Brixen.
6. En Colonia (Alemania), Santa Adelaida († 1015), primera abadesa de Villich y luego de Santa María de Colonia **.
7. En Nagasaki (Japón), el martirio de veintiséis santos, que se conmemoran mañana.
8. En Laval, Beata Francisca Mézière († 1794), virgen y mártir *.
9. En Roma, Beata Isabel Canori Mora († 1825), madre de familia, terciaria trinitaria **.
10. En Valtierra (México), San Jesús Méndez († 1928), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ÁGUEDA

Virgen y mártir († 251)

Santa Águeda, una de las vírgenes y mártires cristianas más populares de la antigüedad, aparece ante nosotros con una aureola de heroísmo y de santidad tan atrayente, que no es extraño haya dado motivo a las más felices leyendas que ha ido agrupando a su alrededor durante siglos la devoción siempre creciente de los fieles. Las Actas de su martirio, como lo demuestra el crítico francés P. Allard, no responden siempre a una veracidad histórica. Con todo, en ellas encontramos los pasos principales, confirmados también por otros testimonios, de la vida y martirio de la noble virgen siciliana.

Nacida en Catania o en Palermo hacia el año 230, de nobles y ricos padres, dedica su juventud al servicio del Señor, a quien no duda en ofrecer no ya sólo su vida, sino también su virginidad y las gracias con que profusamente se veía adornada. Águeda, como Cecilia, Inés, Catalina..., prefiere seguir el camino de las vírgenes, dando de lado las instituciones y promesas que pudieran ofrecerle sus admiradores.

Le ha tocado vivir, por otra parte, en tiempos de persecución, y mas ahora, cuando en el trono de Roma se sienta un príncipe ladino, Decio, que pretende deshacer en sus mismas raíces toda la semilla de los cristianos, harto extendida ya en aquel entonces por todos los ámbitos del Imperio. Decio, «excrable animal», como le llama Lactancio, comprende la inutilidad de hacer tan sólo mártires entre los cristianos, y pretende ahora organizar de manera sistemática su total exterminio. Inventa nuevos artificios y seducciones; se ha de emplear el soborno y los halagos. Después, en caso de negarse, la opresión, el destierro, la confiscación de bienes y los tormentos. Sólo como último recurso se les había de condenar a muerte.

Por el año 250 hace que se publique un edicto general en el Imperio, por el que se cita a los tribunales, con el fin de que sacrifiquen a los dioses, a todos los cristianos de cualquier clase y condición, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Es suficiente, para quedar libres, que arrojen unos

granitos de incienso en los pebeteros que arden delante de las estatuas paganas o que participen de los manjares consagrados a los ídolos. Al que se negara, se le privaba de su condición de ciudadano, se le desposeía de todo, se le condenaba a las minas, a las trirremes, a otros tormentos más refinados y a la misma esclavitud. El intento del emperador, al decir de San Cipriano, no era el de «hacer mártires», sino «deshacer cristianos», con todos los malos tratos posibles, pero sin el consuelo de la condenación y de la muerte. Esto se vino a hacer con nuestra santa, Águeda, que por entonces residía en Catania, donde mandaba, en nombre del emperador, el déspota Quinciano, gobernador de la isla de Sicilia.

Si hemos de creer a las Actas, ya de antes Quinciano, el procónsul, se había enamorado de Águeda, «cuya belleza sobrepujaba a la de todas las doncellas de la época». Ésta había rechazado siempre sus pretensiones, y ahora el desairado gobernador se prometía reducirla intimándola con la persecución y los tormentos a que se hacía acreedora por su constancia en defender la religión cristiana.

Obedeciera o no a esta medida, el hecho es que Águeda, como tantos cristianos de la isla, fue llevada ante el tribunal para que prestara también su sacrificio a los dioses. La Santa no teme a la muerte, pero la hacen temblar los infames propósitos del gobernador para hacerla suya. Decidida y llena de fe y de confianza, ofrece de nuevo al Señor su virginidad y se prepara para el martirio.

No eran éstos, sin embargo, los propósitos inmediatos del procónsul que, para forzar su voluntad e intimidarla, la pone en manos de una mujer liviana y perversa, y en compañía de otras de su misma deplorable condición. Durante treinta días estuvo la Santa sufriendo duramente en su sensibilidad, pero no pudieron desviarla de seguir en su propósito de esposa de Jesucristo.

Desengañado, el procónsul manda llamar a Águeda a quien increpa ásperamente: «Pero tú, ¿de qué casta eres?». «Aunque soy de familia noble y rica —le contesta—, mi alegría es ser sierva y esclava de Jesucristo».

Quinciano se enfurece. La hace ver los castigos a que la va a condenar si sigue en su decisión, como a un vulgar asesino; la

vergüenza que con ello vendría a su familia, la juventud, la hermosura que va a desperdiciar...

«¿No comprendes, le insinúa, cuán ventajoso sería para ti el librarte de los suplicios?».

«Tú sí que tienes que mudar de vida, le responde, si quieres librarte de los tormentos eternos».

Desarmado ante tal fortaleza, Quinciano manda la sometan al rudo tormento de los azotes, y ya despechado, sin tener en cuenta los sentimientos más elementales de humanidad, hace que allí mismo vayan quemando los pechos inmaculados de la virgen, y se los corten después de su misma raíz. Deshecha en su cuerpo y en los espasmos de un fiero dolor, es arrojada la Santa en el calabozo, donde a media noche se le aparece un anciano venerable, que le dice dulcemente: «El mismo Jesucristo me ha enviado para que te sane en su nombre. Yo soy Pedro, el apóstol del Señor». Águeda queda curada, da gracias a Dios, pero le pide a su vez que le conceda por último la corona del martirio.

Pronto el gobernador la vuelve a llamar a su tribunal.

—¿Quién se ha atrevido a curarte?

—Jesucristo, Hijo de Dios vivo.

—¿Aún pronuncias el nombre de tu Cristo?

—No puedo —le responde decidida— callar el nombre de Aquel que estoy invocando dentro de mi corazón.

Quinciano quiere tentar la última prueba. Allí mismo prepara una hoguera de carbones encendidos y hace extender el cuerpo desnudo de la Santa sobre las brasas. En esto, un espantoso terremoto se extiende por toda la ciudad. Mueren algunos amigos del gobernador. El pueblo mismo se solivianta. Y entonces Quinciano manda se lleven de su presencia a la heroica doncella, que está casi a medio expirar. Cuando la vuelven a meter en el calabozo, su alma se le va saliendo por las heridas, y después de balbucir: «Gracias te doy, Señor y Dios mío», descansa tranquila en la paz de su martirio y de su virginidad. Era el 5 de febrero del año 251, último de la persecución de Decio.

Los cristianos recogen sus reliquias y pronto se extiende por todas las cristiandades la fama de su heroísmo. Con la paz de la Iglesia, escriben de ella los Padres y Doctores y son numerosos

los templos que van levantándose por todas partes en su honor. En el pueblo queda prendida la llama de su constancia y de su martirio, llegando a ser su devoción una de las más extendidas de todos los tiempos.

Las reliquias de Santa Águeda reposaron en un principio en Catania, pero ante el temor de los sarracenos fueron llevadas por un tiempo a Constantinopla, de donde se rescataron por fin en el año 1126. Hoy se veneran todavía en la misma ciudad que fuera testigo de su martirio.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 5 de febrero, una serie de documentos: *pasión* de la Santa; poema de AIDHELMO; otra *pasión* métrica, etc., sobre todo un discurso atribuido a SAN METODIO de Constantinopla.
- ALLARD, P., *Histoire des persécutions*, II, 301s.
- CONSOLI, B. G., *Santa Ágata* (1951).
- KIRSCH, P., art. en *Cath. Encyclop.* Asimismo, artículos en *Dict. Arch. Lit. y Dict. Hist. Géogr. Eccl.*
- TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, III (Venecia) 409s.

BEATA ISABEL CANORI MORA

Madre de familia († 1825)

Isabel Canori Mora nace en Roma el 21 de noviembre de 1774 hija de Tomás y Teresa Primoli, familia de buena posición económica, cristiana y siempre atenta a la educación y formación de los hijos. De 1785 a 1788 estudia con su hermana Benedicta en el Colegio de las Agustinas de Cascia, distinguiéndose por su inteligencia profunda, su vida interior y su espíritu de penitencia. A los doce años, «por orden del Señor», hace voto de castidad. El ambiente monástico, recogido, silencioso, junto con el testimonio edificante de las religiosas, avivan y consolidan los sentimientos e inquietudes espirituales de Isabel. Con ocasión de su primera comunión confesará: «Qué contento, tranquilo y gozoso estaba mi corazón, oh Jesús mío, oh esposo mío». Apenas tiene doce años y ya vive una intensa experiencia espiritual e inicia el camino de identificación con el Cristo-Re-

dentor, por quien se siente intensamente bendecida y amada: «A los pies del Crucificado desahogaba mi alma, abría mi corazón, pedía luz y fuerza. Mi pobre alma no tenía otro director que Jesús crucificado».

De nuevo en Roma, emprende una vida social en familia (1788-1795) y, poco a poco, va olvidándose del voto y empieza a enfriarse en la vida espiritual a la vez que, animada por sus padres, a frecuentar los encuentros de la alta sociedad. Es elegante y atractiva. A los 19 años conoce a un joven de buen aspecto, inteligente, con buen porvenir, hijo de uno de los mejores médicos de la Roma de entonces, con el que contrae matrimonio el 19 de enero de 1796 en la iglesia romana de Santa María en Campo Carleo. Más tarde dirá que este paso fue un «temerario atentado», un «enorme delito», un «nefando perjurio». Del matrimonio nacen cuatro hijas, de las que sobreviven sólo dos: Mariana y Lucina, que será monja y escribirá la vida de su madre. Todo al principio rueda perfectamente y es continua luna de miel, aunque muy pronto Cristóbal Mora, el joven abogado romano a quien ha unido su vida, cae en la obsesión amorosa, en el amor posesivo, y los celos empiezan a erosionar su personalidad. Apenas un año después de haber ido juntos al altar, Isabel detecta en él un cambio tan brusco que amenaza seriamente con romper la estabilidad matrimonial. Son momentos penosos y de mucho dolor, es cierto, pero su oración y su fe en Cristo y en María consiguen hacerla salir triunfante de la prueba.

En vista de que Cristóbal ha tomado una amante son muchos, hasta el mismo confesor, los que sugieren a Isabel la separación. Ella, sin embargo, decide seguir con el marido, ofreciendo por su conversión el sacrificio de la vida y una incesante plegaria. También su caridad alcanza a la amante, sobre la que no permite que se hable con resentimiento, deseando «tenerla junto a sí en el paraíso». Convencida de la santidad del sacramento del matrimonio, mantiene absoluta fidelidad, dedicación y abnegación hacia el esposo, asistiéndolo con amor en la enfermedad, soportando el escándalo, cuidando de la casa y ganándose con sus propias manos la vida para sí y para sus hijas. A la violencia física y psicológica de su marido ella responde con

una fidelidad total. Dispone de poco tiempo, es verdad, pero nunca descuida la oración, el servicio a los más necesitados del barrio y la asistencia a los enfermos. Su casa se convierte así en un centro donde se reparten bienes materiales y espirituales a quienes llaman a la puerta, sobre todo las mujeres con familia en dificultades.

Anda, pues, Isabel sin poderlo evitar por caminos torcidos: se ha desviado de su genuina vocación al casarse y no le queda más remedio que vivir en adelante una situación conyugal y familiar desastrosa. Sin embargo, el Salvador misericordioso no abandona a quien diariamente tanto le pide y suplica. El cielo se va a encargar de abrir caminos luminosos en medio de noches con tanta oscuridad. En 1803, a los veintinueve años, tiene las primeras experiencias místicas. De 1807 a 1824 consigna en el *Diario íntimo* tales maravillas. Su vida de oración y penitencia caminan siempre de la mano con los deberes de esposa y de madre, sin descuidar un ápice tampoco su generosa entrega a los pobres y a los enfermos.

Conocida y profundizada la espiritualidad trinitaria, ingresa el año 1807 en la Orden Tercera Trinitaria bajo la dirección espiritual del padre Fernando de San Luis Gonzaga, trinitario descalzo, director él también de otra terciaria, la Beata Ana María Taigi (1769-1837), amiga de Isabel, casada con un portero, madre de siete hijos y gran mística. Sacrifica Isabel su vida por la conversión del marido, por el Papa, por la Iglesia y por su ciudad de Roma, donde muere el 5 de febrero de 1825, siendo sepultada en la Iglesia de San Carlino. Poco después de su muerte, Cristóbal, vencido por la santidad de su difunta esposa, se convierte al Señor y reconoce sus pecados y entra en la Tercera Orden Trinitaria de San Carlino (1825). En 1834 muere su hija Mariana y él se hará fraile menor conventual como hermano lego. Pero algo más tarde, según lo había predicho su esposa, recibe el sacerdocio. Muere con fama de santidad en el convento de Sezze (Latina) el año 1845, es decir, veinte después que su esposa.

Conviene que los caminos de la vida secular se rectifiquen a veces según el Evangelio para facilitar el progreso del laicado hacia la santidad. A la mayor parte de los seglares, sin embargo,

bien por incapacidad personal, bien por limitaciones circunstanciales, eso no se les hace tan fácil. Por otra parte, quién duda que se puede caminar rectamente por caminos torcidos. Nuestra Beata es buena prueba de ambas cosas. Pasó la mayor parte de su vida, dicho está, por circunstancias terriblemente dolorosas, lo que no fue impedimento para que en su ánimo prevaleciesen la luminosidad contemplativa y el gozo en Dios. Las páginas de su *Diario* reflejan con frecuencia a una Isabel inundada de alegría: «gozaba verdaderamente un paraíso de delicias», escribe. Tanto por lo menos como uno se goza en el amor de Dios, se duele luego al verlo rechazado. A los 44 años, por ejemplo, tiene la visión mística del cuadro apenas descrito sobre la situación del mundo secular.

Isabel Canori Mora, por otra parte, fue una vidente de las tribulaciones de los últimos tiempos de la Iglesia. Favorecida por Dios con los dones de la visión y de la profecía, agraciada incluso con los estigmas de la pasión de Cristo, a lo San Francisco de Asís, el Señor le mostró con escenas de veras grandiosas las duras batallas que la Iglesia militante tendrá que librar en los últimos tiempos frente al poder de las tinieblas. El 25 de marzo de 1816 vio «a los miserables que cada día con mayor orgullo y desfachatez, de palabra y de obra, con incredulidad y apostasía, van pisoteando la santa religión y la divina Ley. Se sirven de las palabras de la Sagrada Escritura y del Evangelio, corrompiendo su verdadero sentido para respaldar así sus perversas intenciones y sus torcidos principios». El 15 de octubre de 1818, vuelve a escribir que «le fue mostrado de repente el mundo». Lo veía todo en revolución, sin orden ni justicia. Los siete vicios capitales (soberbia, lujuria, ira, envidia, pereza, gula y avaricia) eran llevados en triunfo, y por todas partes se veía reinar la injusticia, el fraude, el libertinaje y toda clase de iniquidades. Vio también sacerdotes despreciando la Santa Ley de Dios y cómo se cubría el cielo de nubes negras; se levantaba un tremendo huracán y en el mayor desconcierto se mataban los hombres unos a otros. En castigo de los soberbios que con impía presunción intentaban demoler la Iglesia desde los cimientos, permitía Dios a los poderes de las tinieblas abandonar los abismos del infierno. En 1821 oyó al Señor hablar del triunfo

de la Iglesia, pues ésta saldría *renovada* de aquellas tormentas, encendida en el primitivo celo de la Gloria de Dios, universalmente recordada por los pueblos. Vendrá la reforma de la Iglesia «y la restauración de todas las cosas no se verificará sin un profundo trastorno de todo el mundo, de todas las poblaciones»

Todavía más:

«El día 15 11-1818 mi pobre espíritu fue favorecido por el Señor en la oración con una gracia particular Me vi envuelta en un interno reposo, y mi pobre alma gozaba en el descanso de la dulce presencia de su amado Señor, que, por medio de intelectuales ilustraciones, me daba *particular conocimiento de sus justísimos juicios* [] Mi pobre alma se mantenía abismada en sí misma y, llena de santo temor, estaba plena de admiración, penetrando los divinos e inescrutables juicios de Dios [] El alma, en este conocimiento, se complacía en su amorosísimo Dios, encontrando sus divinos juicios todos santos, todos rectos, todos justos [] Pero cuando estaba gozandome en este sumo bien, que no se ni puedo expresar, me vi inundada de una nueva ilustración, y de repente *me fue mostrado el mundo Veía yo a este todo revuelto, sin orden, sin justicia*, llevando en triunfo los siete vicios capitales, y por todas partes veía reinar la injusticia, el engaño, el libertinaje y toda clase de iniquidad El pueblo, abandonado a las malas costumbres, sin fe, sin caridad, todos inmersos en el desenfreno y en las perversas máximas de la moderna filosofía [] Pero otra vez, en un instante, cambia la escena Se me manifiesta *la indignación de Dios, que de pronto circunda a todo el mundo*, haciendo probar a aquel pueblo de malas costumbres el rigor de su justísima y rectísima justicia»

Isabel describe también con realismo el patético mensaje de sus visiones, a ratos con reminiscencias bíblicas, diríase, con acentos de un moderno Apocalipsis:

«¡Oh, que gritos, cuantas lágrimas, cuantos suspiros de débiles voces se oían resonar de aquel teatro de amarguras! Veía también en medio de tanta gente malvada un demonio horrible que recorría el mundo con gran soberbia y altanería Mantenía a los hombres en una penosa esclavitud, y con imperioso orgullo quería que todos los hombres le estuvieran sujetos, y que renunciaran a la fe en Jesucristo, por la inobservancia de sus santos mandamientos, por entregarse al libertinaje y a las doctrinas perversas del mundo, aceptando la vana y falsa filosofía de nuestros modernos y falsos cristianos»

Aquella gran miseria provoca en su corazón copiosas lágrimas al ver que detrás de esas falsas doctrinas *corrían locamente*

toda clase de personas, de todo rango, de toda edad, no sólo seculares, sino también eclesiásticos de todos los grados, tanto seculares como regulares Su reacción, como los místicos, es de honda pena, de creer que no podrá soportar ver a Dios tan ofendido, de hacer lo que fuere con tal de contrarrestar las graves injurias de los falsos cristianos contra Dios. El final no puede ser otro que el ofrecimiento total a quien todo lo puede:

«En esta situación, mi pobre alma se ofreció a padecer cual quier pena que fuera, cualquier trabajo, cualquier maltrato diabólico Presente esta pobre ofrenda mía al eterno Padre divino, uniendo mi sacrificio al de su santísimo Hijo, y le pedi que, por los infinitos meritos de Jesucristo, se dignase recibir mi pobre sacrificio, prometiendo entregarme a ejercitar con mas rigor y dureza la penitencia, el ayuno, la oracion, las viglias, como, con la gracia de Dios, cumpli exactamente, con el permiso de mi buen padre espiritual»

Y Dios la bendijo, como a Ana María Taigi, con extraordinarios dones proféticos y sobrenaturales visiones, como la de la liberación de algunas almas del purgatorio (el alma de Pío VI concretamente, según los biógrafos) y la de la lucha contra la «herejía» en la Iglesia, pero también con el regreso de Pío VII de su prisión napoleónica, la restauración de la Compañía de Jesús y el triunfo final de la fe.

El mal del mundo, he aquí el mensaje de la Beata Isabel, es un abismo oscuro y misterioso, pues viene a ser nada menos que la sombra del inefable amor divino rechazado. Acerca de él, en bastantes ocasiones, se ha pronunciado el Magisterio apostólico en los últimos dos siglos, y reconocemos en su palabra una especial autoridad docente. Cuando son otros los que hablan, filósofos y teólogos, historiadores y sociólogos, su palabra no ofrece lógicamente un crédito semejante, pues en buena parte expresan sobre el mundo sus propias ideas, ya que no suelen alcanzar a «verlo» Por el contrario, los místicos «ven» el mundo por los ojos de Cristo, y no dicen de él su propio pensamiento —que a veces ni siquiera lo tienen—, sino que expresan simplemente la realidad que alcanzan a ver. San Juan de la Cruz hace notar que lo propio del místico contemplativo, y éste es el deleite grande de este recuerdo, es «conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas a Dios, que es conocer los efectos por su causa,

y no la causa por sus efectos, que es conocimiento trasero, y esotro esencial» (*Llama de amor viva*, Canc. 4,5).

La realidad del mundo secular es, pues, la que los místicos ven y describen, no la que nosotros podamos imaginar desde nuestras ideas y observaciones. Y ellos nos descubren que hay en el mundo moderno, también en el pueblo cristiano, una sobreabundancia de pecado, que provoca la indignación de Dios. A consecuencia de lo cual no cabe otra alternativa que unirse al Redentor del mundo a través del ayuno y la oración y la penitencia y la cruz y la sobreabundancia de obras buenas, que, a juzgar por la marcha del mundo, tendrán que ser heroicas. La extraordinaria grandeza de los bienes que la Providencia quiere realizar en nuestro tiempo diríase que es proporcional a la magnitud de los males. Hoy los cristianos sólo podremos *rechazar* lo que es indigno de nuestro nombre y *cumplir* cuanto en él se significa, si nos abrimos con una infinita esperanza a los designios del amor de Dios sobre nuestro tiempo.

Esposa y madre de familia, terciaria trinitaria, mártir del amor fiel en la vida matrimonial, exponente cumbre de la vida mística y modelo de santidad para nuestros días, la Beata Isabel Canori Mora fue mujer que tomó el amor de Cristo como ejemplo del amor hacia su esposo infiel y, por Cristo sostenida, siguió amándolo durante toda la vida, mereciendo, con su sacrificio, como una Santa Mónica rediviva, su conversión: sin lamentos ni búsqueda de compensaciones afectivas; es más, encontrando en el amor de Dios la fuerza para dedicarse a la educación de las hijas, aceptando realizar trabajos humildes y fatigosos para mantenerlas y mantenerse, ofreciendo al mismo tiempo un ejemplo de servicio a los pobres y una diligente atención a los tormentosos sucesos eclesiales y civiles de su tiempo. Una lectura religiosa de la propia trayectoria personal, la llevó a relacionar su propio dolor e incomprensión con lo sufrido por Jesús; así, ofrecerá sus padecimientos y su misma vida por la paz y la santidad de la Iglesia, así como por la conversión del marido y de todos los pecadores. De hecho, el ofrecimiento fue aceptado e Isabel moría el 5 de febrero de 1825 asistida por sus hijas. En estado agónico ya, sus palabras vuelan hacia su querido esposo: «No olvidéis el respeto y aprecio que debéis a vues-

tro padre, procurad ayudarlo en el alma y en el cuerpo. Compadecedlo, soportadlo lo mejor que podáis».

Por supuesto que la dimensión mística de esta madre de familia romana no se agota en aquel ofrecimiento, con ser él tan importante, fundamental incluso, en la iglesia doméstica de su hogar. Es más, su figura hagiográfica femenina, similar a la de su paisana y contemporánea Ana María Giannetti Taigi, que, como ella, fue esposa, madre de familia y terciaria trinitaria, ilustra otros aspectos admirables de la vida espiritual que la convierten en paradigma y signo de referencia de hogares cristianos en el mundo de hoy. El de nuestra Beata Isabel Canori Mora es un modelo a imitar en su cuádruple dimensión de amor oblativo, desinteresado, creyente y apasionado por Dios y el hombre, desde su condición de esposa y madre, y antes que nada de mujer con una feminidad madura, consciente y responsable. No parece sino que el Concilio Vaticano II hubiera tenido presentes casos como el de la Beata Isabel, con aquella tenacidad en permanecer junto al marido pese a sus infidelidades, cuando sobre la familia dice: «Hoy constituye la parte más importante del apostolado de los esposos manifestar y demostrar con su vida la indisolubilidad y santidad del vínculo matrimonial» (AA 11).

La causa de beatificación de Isabel fue introducida con cierto retraso el 20 de febrero de 1874, cuando el clima eclesial y espiritual comenzaba a tener necesidad de un adecuado modelo conyugal y familiar. Fue Pío XI, el Papa de las misiones, de la Acción Católica y de la *Casti connubii*, quien deseó su glorificación (reconocería, de hecho, la heroicidad de sus virtudes el 26 de febrero de 1928), viendo la posibilidad de dirigir a los fieles un mensaje de igual significado y del mismo alcance que el de la beatificación de Ana María Taigi (1920). Pero los milagros realizados por intercesión de la madre de familia romana, a consecuencia de lo que fuere, no terminaban de llegar y la causa quedó así, al menos durante un tiempo, bloqueada. Tendrían que soplar los nuevos vientos del Espíritu desde obras tan emblemáticas como *Jalones para una teología del laicado*, del eximio teólogo y luego cardenal Congar, y sonar la hora de otro gran profeta del mundo moderno, el Beato Juan XXIII, convocando el Concilio Vaticano II, del que salieron documentos tan primoro-

sos como el decreto *Apostolicam actuositatem* sobre el apostolado de los seglares, y la constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual; habría que esperar incluso al pontificado de Juan Pablo II, con su exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* para advertir el singular papel que Isabel Canori Mora desempeñó en su tiempo desbloqueando así las cosas con los nuevos aires laicales y empujando definitivamente la causa hacia la Gloria de Bernini.

Fue Juan Pablo II, en efecto, quien el 10 de abril de 1992 aprobó el decreto sobre el milagro, y el 24 de abril de 1994 elevaba al honor de los altares a la sierva de Dios Isabel Canori Mora en coincidencia con el Año Internacional de la Familia, proponiéndola a todo el pueblo cristiano «como esposa y madre ejemplar, entregada a una fidelidad sacrificada, en los valores más exigentes y permanentes del Evangelio». La nueva beata fue además nombrada protectora de la institución matrimonial y de los tradicionales «valores de la fidelidad, de la castidad, del sacrificio». Hay que interpretar, pues, la beatificación de Isabel Canori Mora como una acción providencial del Espíritu Santo a favor de su Iglesia y, muy particularmente, de la institución familiar. Ella es vivo testimonio ante los retos sociales y eclesiales de nuestros azarosos días del siglo XXI: emancipación de la mujer, puesto insustituible del laicado en la Iglesia, vocación y misión del matrimonio y de la familia. Esta esposa y madre, en fin, tiene mucho que decir a los hogares de hoy, a los laicos, a los matrimonios de nuestro tiempo. Sus restos se veneran en la Iglesia de San Carlino alle Quattro Fontane de Roma. Su espíritu vive en Dios. No parece sino que Fray Luis de León hubiera pensado en ella cuando escribió muchos años antes esta bellísima frase: «y la raya hasta donde la buena mujer ha de llegar es el ser corona y luz y bendición y alteza de su marido» (*La perfecta casada*, c.12).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

- ALAMINOS MONTEALEGRE, L. M., OSST, *Isabel Canori Mora, Madre de Familia y Terciaria Trinitaria* (Córdoba-Salamanca 1994).
Beata Isabel Canori Mora, esposa y madre, Terciaria Trinitaria (1774-Roma-1825). Memoria Litúrgica, 4 de febrero (Roma 1994).

- «Canori-Mora, Elisabetta, b.», en V. SCHAUBER - H. M. SCHINDLER, *Diccionario ilustrado de los Santos* (Barcelona 2001) 100
- GIOVETTI, P., *Elisabetta Canori Mora Sposa, madre e mistica romana* (Roma 1994)
- JUAN PABLO II, «Venerabili Dei Servae Elisabethae Canori Mora Beatorum honores decernuntur (14-IV-1994)»: *AAS* 87 (1995) 124-127.
- Martyrologium romanum*, o. c., 128.
- MORETTI, G., «Canori-Mora, Elisabetta», en *Ency. Cathol.*, III (Città del Vaticano 1949) col 608.
- PAGANI, A., *Biografia della ven. E. C. M.* (Roma 1911).
- PALMA, F. DE, «Isabel Canori Mora», C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1103-1104.
- REDI, P., *Elisabetta Canori Mora Un amore fedele tra le mura di casa* (Roma 1994).
- [TFSTORF, C.], *Inviti all'eroismo*, II (Roma 1942) 159-164.

SANTA ADELAIDA DE VILLICH

Abadesa († 1015)

Estamos en el siglo X, que en la historiografía corriente es presentado como la época más oscurantista del pasado europeo. Ciertamente fueron tiempos difíciles, pues estaba culminando el ciclo de las invasiones bárbaras, cuyas devastaciones y posterior intento de asentamiento sobre el suelo conquistado levantaban enormes obstáculos al esfuerzo civilizador. Pero ello hace más meritorio que a lo largo de los primeros siglos medievales prosperaran manifestaciones muy diversas del espíritu y de la cultura, cuyo mejor conocimiento nos va reconciliando con la herencia de esa etapa de nuestra historia.

A ese patrimonio pertenece también la muy extensa contribución que esos siglos aportaron a los anales de la santidad cristiana: hombres y mujeres de todas las condiciones y estados, a los que el pueblo de Dios y la Iglesia reconocieron la excelencia de sus virtudes y tributaron la veneración reservada a los santos. Pero fueron los monasterios, masculinos y femeninos, los que de manera especialmente abundante forjaron un sinnúmero de almas entregadas al seguimiento de Cristo, la mayor parte de las cuales han permanecido en el anonimato, pero muchas fueron dejadas por Dios como ejemplo manifiesto de perfección espiritual para su tiempo y para las generaciones venideras. El santoral de la Iglesia recoge sus nombres, aunque en ocasiones no tengan un eco notorio en la devoción de los fieles.

A esa multitud de santos forjados en los claustros monásticos pertenece Santa Adelaida de Villich, cuya vida transcurrió entre los siglos X y XI en tierras germánicas. Su vida nos es conocida gracias a la biografía escrita por Berta, monja del monasterio fundado por Adelaida. Escrita en latín, con una notable destreza literaria, fue compuesta algunos años después de la muerte de la santa, a la que no conoció. Pero Berta sometió su obra a los peritos en las artes liberales para obtener su aprobación literaria, y a las monjas del monasterio para confirmar la veracidad de su historia. De hecho, la cercanía en el tiempo, el trato con testigos directos, entre ellos su asistente personal Engilreda, y la utilización de documentos y testimonios de primera mano, hacen razonablemente fiable el retrato de quien califica como «santa madre», a la que declara «celebérrima».

Adelaida había nacido hacia 960, en el seno de una familia de la alta nobleza. Fueron sus padres Megengoz y Gerburga, quienes, según el historiador medieval Surio, se contarían entre los antepasados de los Señores de Luxemburgo. Tuvieron cuatro hijos, de los cuales el varón, Godofredo, murió al servicio del emperador de Bohemia. Las tres hermanas se consagraron a Dios, una de ellas, de nombre Bertrada, en el monasterio benedictino de Santa María in Capitolio, en Colonia, donde fue «señora y madre», es decir, superiora. Adelaida ingresó en el monasterio de Santa Úrsula, también en Colonia, donde permaneció hasta que asumió la dirección de la comunidad de Villich. La tercera hermana se incorporó a un convento que seguía la Regla de San Jerónimo, donde cultivó la filosofía, con notable provecho para su alma y su espíritu.

A raíz de la muerte de Godofredo los padres establecieron, con las rentas y bienes que le correspondían, una dote de la que «constituyeron a Dios como heredero», dice Berta. Con intención de que sirviera también para sufragio del difunto, su importe fue destinado a la construcción del monasterio de Villich, continuando así una tradición que está en el origen de muchos monasterios medievales. A partir de este momento, ambos decidieron separar sus vidas para entregarse más libremente a Cristo. Sin descuidar la administración de sus posesiones, Megengoz dedicó la mayor parte de su tiempo a la escucha de las

Sagradas Escrituras en la naciente lengua teutónica, mientras su esposa Gerburga seguía de cerca las tareas de construcción del monasterio, activando las obras y proponiendo múltiples sugerencias, mientras cultivaba su vida de piedad y de ayuno.

El cenobio se levantaba en la localidad de Villich, en la confluencia del Rin y del Siga, en la diócesis de Colonia. Su primera observancia se estableció según la Regla de los Canónigos Regulares y estaba atendido espiritualmente por éstos. Una vez instalada en él la comunidad de vírgenes, Adelaida fue puesta a la cabeza del mismo, previo su traslado desde Colonia. A pesar de su juventud se reveló como una administradora eficaz en lo temporal, actuando como madre solícita que distribuye a su tiempo el pan a los suyos, dice su biógrafa. Sus padres contemplaban gozosos el progreso de aquellas mujeres, y deseando ver incrementado su espíritu religioso, sugirieron el cambio de hábito de canonesas por el de la Regla de San Benito. Inicialmente Adelaida se opuso a la idea, pues estaba encariñada con el que había vestido desde muy joven, y argumentaba que Dios sólo aprecia lo que brota espontáneamente del corazón. La madre consideró prudente la respuesta y renunció a insistir.

Una de las iniciativas de la emprendedora superiora fue la de poner el convento bajo la tutela del emperador Otón III, quien le otorgó la exención de la jurisdicción secular, lo que suponía que ningún juez podía intervenir en su territorio sin la autorización de la autoridad monástica, así como el derecho de que las monjas pudieran elegir entre ellas mismas a su prelada. Se libraba, así, del flagelo de la investidura que, según costumbre de la época, otorgaba a personas ajenas al monasterio la potestad de designar al abad o abadesa de los mismos. El privilegio sería confirmado por el papa Gregorio V en 996, y por el sucesor de Otón, Enrique II, en 1003, según documentos que fueron celosamente guardados en el archivo del monasterio.

Tras el fallecimiento de su madre, hacia 995, Adelaida recogió, con mejor acuerdo, su propuesta de cambio de hábito y de Regla, pero prefirió no acelerar la decisión hasta haber medido bien sus fuerzas. Así, hizo la prueba practicando la abstinencia de carnes y de otros alimentos delicados, limitándose a los que señalaba la práctica monástica. Algo que llevó a cabo sin que lo

percibieran sus monjas, excepto la que había sido puesta al corriente para ayudarla a disimular el plan. Igualmente, bajo el vestido externo de lino empezó a llevar otro de áspero sayal adherido al cuerpo, a fin de ofrecer esa penitencia al Señor y hacer la experiencia del nuevo hábito que habría de llevar toda la comunidad.

Tras un año de prueba, acompañada por la oración y la deliberación, la abadesa convocó a sus monjas a las que recabó su opinión e invitó a adoptar la nueva forma de vida religiosa más estricta. No fue aceptado por algunas, que volvieron al mundo. Hacia las restantes volcó entonces una entrega aún más acentuada, interponiendo su oración y ayuno, y precediendo a todas con el ejemplo de su humildad y austeridad. Siguiendo las consignas de San Benito, supo utilizar la persuasión maternal con una prudente severidad, mientras se disculpaba ante las más ancianas por el esfuerzo que les pedía.

Por este tiempo murió también su padre, hecho del que tuvo noticia, según la biógrafa, mientras estaba sucediendo, gracias a unas voces que oyó esa misma noche, lo que le fue confirmado por un correo cuando a la mañana siguiente lo estaba comentando con sus monjas. Los bienes entonces heredados fueron destinados al sostenimiento del monasterio, mientras la abadesa multiplicaba los gestos de caridad hacia las religiosas, atendiéndolas con afecto entrañable cuando enfermaban, calentándolas los pies con sus propias manos en invierno. Liberadas así de las preocupaciones materiales, el aprovechamiento en la vida regular fue ejemplar.

Esta caridad la extendió también al exterior del monasterio, algo que ha sido práctica común a todos ellos a lo largo de la historia de los monjes. A este fin, dispuso que una parcela de las propiedades del convento estuviera destinada perpetuamente a alimentar y vestir a quince pobres con sus frutos o réditos, además de quince sólidos que se les darían en la fiesta de Navidad. Determinó, igualmente, que de los ahorros de la Abadía se alimentara a otros quince pobres, añadiendo donativos especiales en tiempo de cuaresma y en las fiestas de los apóstoles, mientras adoptaba precauciones para que esta práctica no cayera en desuso. Este ejercicio de la caridad fue conocido en todo el am-

plio contorno del monasterio, y cuando el hambre arreciaba se encargaba de que se hicieran repartos de comida a los menesterosos que acudían en gran número, procurando que a cada uno llegase según sus verdaderas necesidades. Y no sólo eran muestras externas, a todos patentes; también en secreto, y con la mayor discreción, fueron muchas las indigencias que alivió, de manera que cuando no podía dar una limosna se desprendía de algo propio, como en una ocasión en que entregó sus propias sandalias.

Esta generosidad fue recompensada por Dios, tanto en lo temporal, con abundantes donaciones hechas al monasterio, como en lo religioso, pues su dedicación al aprovechamiento espiritual de las monjas, que fue siempre su máxima preocupación, se tradujo en una consolidación de la vida regular y un auge del espíritu religioso dentro de las peculiaridades del «servicio divino» característico de San Benito.

Al mismo tiempo, desarrollaba también las aficiones culturales de su comunidad con el estudio de las artes liberales, entreteniéndose, por ejemplo, en formular cuestiones gramaticales que, cuando eran respondidas adecuadamente, obtenían una calurosa felicitación.

Entretanto, su hermana Bertrada, abadesa del monasterio de Santa María in Capitolio, fue llamada por el Señor, falleciendo hacia el año 1000. El prelado coloniense, San Eriberto, creyó entonces que la mejor sucesora sería, sin duda, Adelaida, y así se lo hizo saber. Pero fue necesaria la intervención del emperador Otón, entonces residente en Aquisgrán, para vencer su porfiada resistencia, justificada por ella en su insuficiencia e indignidad. Desde ese momento el arzobispo no sólo le profesó una veneración constante, sino que requirió habitualmente los consejos de esta mujer insigne en sus tareas pastorales y de gobierno.

Recayó entonces sobre ella la administración de las dos comunidades, manteniéndose con las religiosas de Villich, a las que había criado y educado, en perpetua comunión de corazones, y no dejó de visitarlas con toda la frecuencia que sus nuevas obligaciones le permitían, para que no dejaran de sentir el calor de su amor indefectible. Se preocupó, además, de que en su ausencia no les faltara nada de lo necesario, ni en lo temporal

ni en lo espiritual. Cada vez que regresaba, sin que las hermanas lo advirtieran les dejaba en el almacén diversos alimentos, destinados sobre todo a las niñas que se educaban en el monasterio y a las enfermas. Ello le acarreó algunos disgustos con sus hijas de Santa María, porque tales donativos los hacía a expensas de su nueva comunidad. Para las de Villich fue siempre bendita la memoria de estos «hurtos» piadosos que revelaban el vivo amor que siempre las profesó Adelaida.

Era exigente en el coro y en los trabajos. A las que no contaban con un timbre de voz armonioso las reprendía con energía, lo que bastaba para que en adelante su voz se dulcificara casi melodiosamente. A los campesinos que trabajaban en las propiedades del monasterio les reprochaba con firmeza su pereza en las labores agrícolas porque con ello defraudaban a Dios y a las religiosas, y ponían en peligro su salvación.

En una ocasión, habiendo avisado a la administradora que llevara vino en una copa, impulsada ésta por la obediencia corrió de inmediato a su presencia, sin reparar que el líquido podía verterse por la boca abierta de la copa. Cuando se dio cuenta y temió lo peor, la piadosa abadesa la tranquilizó amablemente diciéndole: «no te contristes por lo sucedido porque es algo que puede repararse con la ayuda de Dios; vamos a comprobarlo». Al recorrer el trayecto observaron que no se había derramado una sola gota y que la copa no había disminuido en nada. Ambas atribuyeron entonces la una a la otra el mérito de lo ocurrido, refiriéndolo la una a la santidad de la superiora y ésta a la obediencia de la súbdita, rogando finalmente Adelaida que no divulgara el hecho mientras viviese. Pero no lo consideró oportuno la procuradora, juzgando que no debía silenciar una intervención divina, y lo puso en conocimiento de unas pocas hermanas para que no faltase a Dios la gloria que le correspondía. Siempre tuvo la preocupación de evitar los halagos humanos, temerosa de que ello pudiera poner en peligro su salvación final. Pero, nos dice Berta, Dios no permitió que esta luz quedase escondida bajo el celemín, sino que debía brillar para muchos.

Lo que así habría de suceder con mayor evidencia tras su muerte. Ésta empezó a anunciarse con el debilitamiento cre-

ciente de sus fuerzas, por lo que decidió adoptar algunas previsiones en relación con el monasterio de Santa María de Colonia. El día de San Blas (3 de febrero) le sobrevino un fuerte dolor de garganta. Advertida su fiel Yda, que desde niña se había educado junto a ella en el claustro, la acomodó lo mejor posible en el lecho, segura de una pronta recuperación. La enferma, en cambio, se dispuso a pasar la noche en vela ante el presentimiento de una muerte inminente que, como dice Berta, siempre debe ser temida por justos e impíos, ya que para todos es «amarga y fuerte»: el mismo Señor se afligió en presencia de ella.

Pero no pudiendo soportar la lentitud de las horas, se dirigió al oratorio donde rezó el oficio de maitines y, llegada la aurora, pidió que se celebrara una misa para ella, fortaleciéndose con el cuerpo y la sangre de Cristo. Después quiso conversar con San Eriberto sobre sus religiosas y acerca de ella misma, extinguiéndose mientras hablaba en su presencia.

El arzobispo quedó muy afectado, pero el aviso que envió a las monjas de Villich decía solamente, para no entristecerlas en exceso, que Adelaida se encontraba algo enferma, por lo que debían venir a visitarla. Ignorantes de la verdad, determinaron ponerse en camino al día siguiente. Un nuevo mensajero llevó la noticia de que, entretanto, el alma de la abadesa se había unido ya al Esposo, por quien tan insistentemente había suspirado.

Para mitigar su dolor, propusieron el traslado de sus restos al monasterio de Villich, para que al menos poseyeran en herencia a la que nunca hubieran querido ver separada de ellas. La resistencia de Eriberto fue tenaz en un primer momento, esperando que por ella el Señor obrara grandes cosas en su ciudad, pero terminó cediendo ante el clamor y las lágrimas de aquellas religiosas. Esto ocurría el día de Santa Águeda, a la que el santo arzobispo equiparó la santidad de Adelaida. Él mismo, acompañado de los religiosos y religiosas de la ciudad y de numeroso pueblo, condujo el cadáver hasta su destino. Los restos fueron depositados en una barca, la cual, antes de que fuera dotada de remos y de que estuviera a bordo el piloto, comenzó a remontar impetuosamente la corriente del Rin, dando así a entender la difunta dónde deseaba ser enterrada. Le sucedió en el gobierno

de Santa María su sobrina, probablemente la misma Yda que hemos encontrado junto a ella.

La biografía compuesta por la monja Berta concluye con el relato de algunos de los muchos milagros obrados por Santa Adelaida, principalmente junto a su sepulcro. Fue la afluencia masiva de peregrinos hasta el monasterio en busca de sus favores lo que motivó que su cuerpo tuviera que ser trasladado desde el claustro, donde primeramente fue enterrada, hasta la iglesia conventual.

Su fiesta aparece celebrada en el mismo día de su muerte, el 5 de febrero, juntamente con Santa Águeda, según testimonian los *Natalicios de los Santos Belgas*. En esta ocasión se bendecían y distribuían, por la abadesa de Villich, gran cantidad de panes, costumbre que en el siglo XII se trasladó a las ferias de Pentecostés, recibiendo entonces el nombre de *Pan de Adelaida*, al que se atribuían propiedades curativas. Su nombre no aparece, sin embargo, en el *Breviario de Colonia*, lo que puede explicarse por la gran cantidad de santos honrados en esta diócesis, que excedían en mucho el número de días del año. De aquí, probablemente, surgieron las dudas sobre su inclusión en el martirologio y sobre su culto, hasta que éste fue confirmado el 27 de febrero de 1966. También su madre y su hermana vivieron con fama de santidad, pero no hay constancia de que hayan sido alguna vez objeto de veneración.

ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, t.I (París 1883) 719-727.

Bibliotheca sanctorum, t.I cols.236-237.

CHEVALIER, *Répertoire*, I col.42.

Dict. Hist. Géogr. Eccl., I col.517.

SCHORN, F. - BREIDENLICH, P., *Die Heilige Adelbeidis, Abtissin von Villich und von St.*

Maria in Kapitol (Neup 1957).

Mon. Germ. Hist. Scriptores, XV, 754-763.

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN AVITO DE VIENNE

Obispo († 518)

Avito fue el segundo sucesor de San Mamerto de Vienne, y sucesor de su propio hermano Isiquo. Llegó a la sede viennense el año 490. La gobernó con celo y prudencia en unos tiempos difíciles. Convirtió a la fe cristiana a San Segismundo, rey de Borgoña, y tuvo el respeto de todos.

Conocida la conversión de Clodoveo, rey de los francos, le escribió una carta gratulatoria. Sobresalió por su piedad con los pobres y también por las obras que dejó escritas.

Antes de ser obispo había estado casado, pero hacia los cuarenta años renunció al mundo y se hizo monje, de donde lo llamaron para el episcopado. Murió el 5 de febrero del 518.

BEATA FRANCISCA MÉZIÈRE

Virgen y martir († 1794)

Nació en Mézangers el 20 de agosto de 1745 en el seno de una humilde familia. Criada en un colegio de religiosas, recibió de éstas una sólida formación cristiana. No se sintió llamada a la vida religiosa pero sí a consagrarse a Dios en medio del mundo, eligiendo ser lo que se llamaba una de las «hermanas de las escuelas y de la caridad», personas que atendían las escuelas parroquiales y, además, a los enfermos, tanto en la vertiente material como en la espiritual. En 1772 ocupó este puesto en Saint-Léger-en-Chernie, cuya parroquia contaba con un cura y un coadjutor. Ella se puso bajo la dirección espiritual de este último, el abate Morin, y avanzó mucho por la senda de la perfección cristiana.

Llegada la Revolución Francesa y expulsados de sus puestos los sacerdotes que no quisieron jurar la constitución civil del clero, el abate Morin paso a la clandestinidad. Francisca fue uno de los fieles que se negaron a recibir los sacramentos de manos de los sacerdotes juramentados. En abril del año 1791 también a los maestros se les obligó al juramento. Francisca se negó

y su escuela fue clausurada, pero se la autorizó a seguir como enfermera.

Tomada Laval por los vandeanos y debiendo evacuarla al poco tiempo, dos de ellos quedaron heridos en el bosque y privados de todo auxilio. Francisca que lo supo acudió a socorrerlos repetidamente. Sorprendidos ambos soldados, no dejaron de decir que Francisca les atendía. Llamada ésta, los dos vandeanos en su presencia la reconocieron y afirmaron haber sido atendidos por ella. Detenida el 3 de febrero de 1794, fue enviada a Laval donde fue juzgada. Ante el tribunal se negó a jurar la constitución civil del clero y a delatar dónde había otros soldados escondidos. Condenada a muerte, dio las gracias al tribunal por enviarla tan pronto a ver al buen Dios. Era el 5 de febrero de 1794 y seguidamente fue guillotizada. La beatificó el papa Pío XII el 19 de junio de 1955 con los otros mártires de Laval.

SAN JESÚS MÉNDEZ

Presbítero y mártir († 1928)

Nace en el pueblo de Tarímbano, del Estado de Michoacán, en México, el 10 de junio de 1880, hijo de Florentino y María Cornelia, que le educaron bien en el ambiente modesto del pueblo y conociendo la pobreza. Por ello hubo de recibir ayuda de los vecinos del pueblo para sufragar los estudios cuando a los 14 años decidió estudiar para sacerdote en el seminario de Michoacán. Se ordenó sacerdote el 3 de junio de 1906.

Luego de pasar por varios pueblos como coadjutor, y habiéndose resentido su salud, pasó finalmente a Valtierra, donde se distinguió por su amor a los pobres y los enfermos y por su celo apostólico en el catecismo, la Adoración Nocturna, las Hijas de María y otras asociaciones promovidas por él.

Llegada la persecución, pasó a la clandestinidad, y siguió en medio de los fieles celebrando la misa, predicando la palabra divina y administrando los sacramentos.

Planeado en Valtierra un levantamiento cristero para el 5 de febrero de 1928, antes de que sucediera fue descubierto el propósito, y aquel día se presentaron tropas en el pueblo.

Al terminar de celebrar la misa de las 5 de la mañana, como ya sonaban disparos, tomó el copón y quiso huir pero fue descubierto por los soldados. Éstos, al ver que llevaba un copón con formas, le preguntaron si era sacerdote y él asintió. Entonces llegaron su hermana y la sirvienta y quisieron defenderle. Él les entregó el copón pidiendo tuvieran el debido cuidado con las sagradas formas y les rogó que no se opusieran a su detención.

Los soldados lo llevaron unos metros más allá de la plaza, lo sentaron en un tronco y aunque dispararon los rifles varias veces no hicieron blanco, no se sabe si voluntariamente o no. Entonces se acercó el oficial. Le mandó poner de pie, lo registró y le quitó el crucifijo y las medallas que llevaba, disparó y lo mató.

El cuerpo se lo llevaron a Cortázar y lo dejaron sobre las vías para que el tren lo destrozara, pero antes hicieron desfilar ante él a todos los detenidos para que lo vieran. Las mujeres de los oficiales tomaron el cuerpo y lo llevaron a un portallillo, y le preparaban ya los soldados una fosa cuando un feligrés, llamado Elías Torres, pidió, como otro José de Arimatea, el cadáver para poder enterrarlo. Se le concedió y luego de velarlo unas horas lo enterró piadosamente. Cinco años después fueron llevados sus restos a Valtierra. Ha sido canonizado por el papa Juan Pablo II el 21 de mayo de 2000.

6 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 La memoria de los santos Pablo Miki, jesuita, y compañeros (Juan de Goto, jesuita, Santiago Kisai, jesuita, Pedro Bautista Blasquez, presbitero, franciscano, Martín de la Ascension Aguirre, presbitero, franciscano, Francisco Blanco, presbitero, franciscano, Felipe de las Casas, franciscano, Gonzalo García, franciscano, Francisco de San Miguel de la Parilla, franciscano, Leon Karasuma, Pedro Sukejiro, Cosme Takeya, Pablo Ibaraki, Tomás Dangí, Pablo Suzuki, catequistas, Luis Ibaraki, Antonio, Miguel Kozaki y Tomás su hijo, Buenaventura, Gabriel, Juan Kinuya, Matias, Francisco de Meako, Joaquin Sakakibara, Francisco Adaucto, neo-

fitos), los cuales fueron crucificados y muertos por el nombre de Cristo en Nagasaki, Japón, el año 1597 **.

2. En Auvergne, San Antoliano (s. III), mártir.
3. En Emesa, Fenicia, la conmemoración de San Silvano († 235), obispo, martirizado con los santos Lucas, diácono, y Mocio, lector.
4. En Cesarea de Capadocia, Santa Dorotea, virgen, y San Teófilo, abogado, mártires († 304) **.
5. En Ardagh (Irlanda), San Mel († 488), obispo.
6. En Arrás (Francia), San Vedasto († 540), obispo *.
7. En Elne (Francia), San Amando († 679), obispo de Utrecht, evangelizador de los eslavos *.
8. En Tongres, Santa Rénula o Renilde, abadesa (s. VIII).
9. En Preneste (Lacio), San Guarino († 1159), obispo *.
10. En Skara (Suecia), San Brinulfo Algotsson († 1317), obispo.
11. En Nápoles, Beato Ángel de Furci († 1327), presbítero, religioso agustino *.
12. En Rivolta d'Adda (Italia), Beato Francisco Spinelli († 1913), presbítero, fundador de las Adoratrices del Santísimo Sacramento **.
13. En Durango (México), San Mateo Correa († 1927), presbítero y mártir **.
14. En Anagni (Italia), Beato Alfonso María Fusco († 1910), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de San Juan Bautista **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

LOS MÁRTIRES DE NAGASAKI

(† 1597)

—¿Y toda la tierra aquí señalada pertenece al rey de España?

—¡Claro que sí —respondió un contraamaestre español extendiendo orgulloso un mapa del mundo—, y conquistada con el valor de sus armas!

—¿Y cómo es posible, si los soldados de vuestros barcos son muy pocos?

—Señor —volvió a responder el contraamaestre—, primero se envían a predicar misioneros y después llega la armada vencedora.

Quizá pocas veces unas palabras dichas falsamente a voley habrán dado ocasión a tan desastrosas consecuencias. La jactanciosa afirmación tardó muy poco en llegar a oídos de Taikosama, emperador del Japón, que, con fingida indignación, instigado por las maquinaciones de los *bonzos*, especialmente por el envidioso

Jacuin, decidió aprovecharlas como pantalla de sus predeterminados planes de aniquilación de la «religión occidental».

A la llegada de San Francisco Javier a Japón, aquel gran Imperio, formado por numerosas islas, no estaba bajo la jurisdicción de un solo emperador, sino que se encontraba dividido en sesenta y seis pequeños feudos, todos ellos independientes entre sí y ordinariamente en no muy cordiales relaciones.

En el invierno de 1551, fecha de partida de Javier para la India, el número de japoneses cristianos ascendía a 2.000, juntamente con dos príncipes de los más poderosos del país. La obra evangelizadora, secundada por sus inmediatos sucesores, fue creciendo rápidamente con ritmo optimista. A los veinte años de la breve estancia del Santo en el Japón, toda la isla de Amakusa era cristiana con su rey Miguel, añadiéndosele después los reyes de Bungo, Arima y Gofu. Templos cristianos fueron construidos en varias provincias y las escuelas y los colegios católicos empezaron a cobrar importancia. En Kyushu, sólo en dos años fueron bautizados más de 70.000 japoneses, entre los que figuraban altos jefes civiles y militares. A la venida del padre Valiñano, SI (1579), en calidad de visitador, el Imperio del Sol Naciente contaba con 150.000 cristianos y 54 jesuitas, 22 de los cuales eran sacerdotes. Las alabanzas de Javier sobre la buena disposición de los «japoneses» para recibir la fe de Cristo no eran puras ilusiones de exaltado, sino auténtica clarividencia de profeta.

Pero el camino ancho y fácil no ha sido nunca la vía elegida para acercarse a Dios los hombres. El Japón, como antes el Occidente pagano, tropezó pronto con graves dificultades que le incluían sangrientamente en la economía tradicional del evangelio de un «crucificado».

En 1582 la geografía política del Japón recibió una terrible sacudida, que le costaba, primero, el trono al rey Nobunaga y después al cabecilla del partido de la oposición, Akechi, que moría asesinado al poco tiempo. De la desorientación reinante entre ambas facciones supo sacar provecho un antiguo leñador, Hideyoshi, que había obtenido los más altos cargos del ejército. Grandes dotes de gobierno, firmeza y audacia sin escrúpulos de ninguna clase, fueron los escalones que le ascendieron rápidamente hasta el poder.

Desde los primeros momentos se mostró favorable para la nueva religión y sus predicadores, pero poco a poco su vida silenciosa privada le llevó a odiar a esa «religión extranjera» que condenaba sus bestiales pasiones. En julio de 1587, escuchando las insinuaciones del *bonzo* Jacuin, decretaba la inmediata deportación de todos los misioneros y la demolición de los templos y escuelas cristianas, en el plazo de veinte días.

Sin embargo, la prudente conducta de los misioneros evitó, por el presente, derramamiento de sangre. La Iglesia del Japón empezaba en este caluroso verano de 1587 su «primera época de catacumbas». Los jesuitas se vistieron a la japonesa y fueron suprimidas las manifestaciones públicas del culto.

El emperador, a pesar de estar informado de estas actividades clandestinas, «se contentaba —escribe el padre Froes, SI, provincial entonces de los misioneros— con vernos retirados en esta forma, sin atreverse a descubrirnos y castigarnos como a transgresores de sus órdenes». Quizá también por miedo a estropear el frecuente y productivo comercio con españoles y portugueses.

En este peligroso *statu quo* en que se encontraban las relaciones de los cristianos del Japón, desembarcó la primera expedición de franciscanos procedente de Filipinas. Desde el primer día, con admirable celo se dedicaron los nuevos misioneros a la predicación y a las obras de caridad con pobres y enfermos, cosechando rápidamente abundante fruto espiritual entre los paganos. Levantaron iglesias, hospitales, etc. Gentes de todas clases sociales acudían para presenciar aquellos maravillosos espectáculos de caridad y ver a los frailes vestidos miserablemente y cuidando maternalmente a los pobres leprosos. «Dichosos frailes que tan buen Dios tenéis y tan santa ley predicáis», decían muchos presentes, según fray Ribadeneira, OFM, miembro de la primera expedición.

La bondad de los santos frailes se ganó pronto la simpatía de todos, aun del mismo emperador, que fue olvidándose cada vez más del exterminador edicto y mostrándose inofensivo para los legalmente proscritos cristianos. Sin embargo, todo vino a resultar «calma precursora de tormenta...».

En noviembre de 1590, nueve años después del edicto, el galeón español *San Felipe*, en ruta desde Manila a Nueva Espa-

ña, tuvo una arribada forzosa en las costas de Urando, empujado por una tormenta. Nobunaga, conocedor de la formidable mercancía y de su estupendo armamento, dio inmediatamente órdenes de expropiación, a pesar de las protestas del capitán español, don Matías Landecho. Entre las cosas expropiadas figuraba un mapa marineró y a la vista del cual se desarrolló la escena referida al principio. Para encubrir este robo y violación, el emperador acusó a los frailes de predicar la fe cristiana en contra de sus órdenes expresas, y tachó la arribada forzosa de premeditados planes militares de invasión española, aprovechando las inconsideradas palabras del citado contramaestre. De nada sirvieron las explicaciones y las embajadas. La misma noche del 8 de diciembre de 1596 ordenaba al gobernador de Osaka el encarcelamiento de los misioneros y de sus adeptos.

La promulgación del nuevo edicto en Meako y Osaka produjo una impresión desconcertante entre los millones de paganos, que *no entendían la nueva y extraña manera de comportarse* de estos «perros cristianos». Según todas las crónicas, más parecía que se había publicado un edicto de coronación y gloria que de muerte. Las calles se llenaban de grupos de cristianos que, con extraordinarias muestras de alegría, corrían a las casas custodiadas de los misioneros para ponerse a sus órdenes, ofreciendo sus bienes y sus vidas, orgullosos de poder confesar con su sangre la fe de Cristo. Como escribía San Pedro Bautista, OFM, superior de los franciscanos en el Japón y uno de los mártires:

«Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo por hacernos esta merced de padecer con alegría por su amor. El Señor dé a V. C. su divino espíritu, porque no hay lugar de escribir más...».

Al poco tiempo moría crucificado.

Hasta los niños no se acobardaban al ver la fortaleza de los mayores. En Nagasaki un niño preguntó a un misionero si todos los cristianos debían morir.

—Sí —contestó el misionero—, y ¿qué harás tú cuando se enteren de que eres cristiano?

—Así —contestó el pequeño, poniéndose de rodillas y bajando la cabeza.

—¿Y qué le dirás al verdugo, cuando vaya a matarte?

La pobre criatura se echó a llorar porque creía que era necesario decir algo especial y él no sabía...

—Diré ¡Jesús, María! ¡Jesús, María! Hasta que me hayan cortado la cabeza...

Pero el emperador Taikosama meditaba fríamente sus planes. Aconsejado por el gobernador Gibunoshi de los perjuicios económicos que se seguirían de una ruptura de comercio con las naves portuguesas, restringió a última hora la extensión del edicto a «sólo los que han llegado de Filipinas y a sus acompañantes». En la lista de ejecución quedaban, por tanto, únicamente cinco franciscanos de Meako, 15 japoneses bautizados por los frailes y otro franciscano con dos cristianos de Osaka. A los cuales se les añadieron otros tres japoneses, encontrados en casa de los jesuitas de Osaka: Pablo Miki, Juan de Goto y Diego Kisai.

A pesar de las gestiones ante el gobernador, alegando que éstos no estaban legalmente incluidos bajo el edicto, «la lista ya está en poder del emperador», respondió secamente. Los dos últimos se hubieran podido librar, además, manifestando que no pertenecían a la Compañía de Jesús, pero prefirieron aprovechar esta ocasión del martirio y pidieron al padre Provincial ser admitidos en la Orden.

El día 3 de enero, los mártires fueron conducidos a la parte inferior de la ciudad de Meako y se les cortó la mitad de la oreja izquierda. Después, las víctimas, de tres en tres en las carretas, recorrieron las calles de la ciudad, precedidas del edicto de muerte. Al día siguiente emprendieron la sangrienta marcha hacia Nagasaki. El plan del emperador era infundir terror en los japoneses hacia el cristianismo. Pero el resultado fue asombrosamente contrario. Su presencia dolorosa por pueblos y ciudades era una exposición sublime de heroísmo y fidelidad, y en sus cuerpos mutilados resplandecía la grandeza de la fe y el valor de los cristianos.

El gobernador de Nagasaki se hizo cargo de la ejecución. Al recibir a los condenados y encontrarse entre ellos con su íntimo amigo, Pablo Miki, maldecía el sanguinario edicto que le obligaba a tal crimen. «Mi muerte no es digna de llanto —le contestó el mártir—, sino de envidia. Muero por predicar la ley del Dios verdadero y la única salvación».

El lugar señalado para la ejecución fue la colina situada enfrente de la ciudad, que actualmente se venera como *Colina de los mártires*. Las cruces fueron enfiladas y se había señalado el orden de los mártires para que todos supieran en dónde se hallaba la víctima que más les interesaba.

La cruz japonesa consta de dos travesaños clavados a un tronco y el reo queda sujeto por medio de cinco anillos de hierro, que le aprisionan las manos, los pies y el cuello. La muerte se produce con dos lanzas que, entrando por los costados, se cruzan en el pecho y salen por los hombros.

A la señal del capitán las veintiséis cruces fueron izadas y quedaron alineadas mirando a la ciudad. Y entonces, mientras iban ascendiendo en el patíbulo, en el valle de Nagasaki empezaron a resonar las voces gloriosas de los testigos de Cristo, que se acercaban a las puertas de la muerte con un sublime *Te Deum* de acción de gracias.

La *Colina de los mártires* está de pie todavía ante el Japón y ante el mundo entero, como una custodia de sangre cuajada con los dolores de estos 26 mártires de Nagasaki, fusión mística y redentora de los primeros misioneros franciscanos y jesuitas en la gran empresa del Reino de Cristo.

ANTONIO GONZÁLEZ MOLINA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 5 de febrero.

BAYLE, C., *Un siglo de cristiandad en el Japón* (Barcelona 1935).

FROIS, L., SI, *Relación del martirio de los veintiséis cristianos en Nagasaki* (Roma 1935).

LAURENS, J., *The Catholic Church in Japan* (Tokio 1954).

MURDOCHI, J., *A history of Japan*, II (Londres 1925).

RIBADENEYRA, M. DE, *Evangelización de Filipinas y Japón* (Madrid 1947).

SANTA DOROTEA

Virgen († 304)

El maravilloso árbol del cristianismo necesita siempre el riego fertilizante de sangre de mártires. Brotó entre las ondas de un manantial divino en la cima del Calvario. Sus primeros brotes adquirieron vigor y frescura con las rojas oleadas que alzaron las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia. En sus

tiempos primitivos, como en el siglo en que vivimos, el cristianismo se vigoriza, pasan sobre él ráfagas de juventud, se remozan y diríamos que adquiere nuevo optimismo al sentir ese riego que le da encantos de primavera. Fueron entonces los altivos emperadores romanos, más tarde los heresiarcas, vendrán las revoluciones dirigidas por fuerzas satánicas, los gobiernos ateos, el comunismo... Nunca faltarán mártires en la Iglesia de Cristo, testigos que den su vida en defensa de la fe.

Situémonos al comienzo del siglo IV. Es la era de los mártires. Por todo el Imperio romano corre el huracán de la gran persecución. En el año 303 se han publicado tres edictos imperiales: decretan la destrucción de los edificios religiosos, la quema de las Sagradas Escrituras, la confiscación de los bienes y el encarcelamiento de todos los cristianos. Al comenzar el 304 un nuevo decreto más riguroso impone la muerte de todos los seguidores de la religión de Cristo. Hoy día los procedimientos son distintos, pero idénticos los fines: la guerra a Cristo.

Con el recrudecimiento de la persecución llegaba a la capital de Capadocia, Saprício, el nuevo gobernador de Cesarea. No pudo pasarle inadvertida una de las más bellas figuras de aquella cristiandad: Dorotea, joven, distinguida, hermosa, con todos los encantos de la bondad, simpatía y dulzura. Era ya conocida entre los cristianos con el nombre de «esposa de Jesucristo». Había desdeñado todos los pretendientes a su mano. El amor a Cristo se había adueñado íntimamente de su alma.

Profundo dolor tenía consternada aquella cristiandad. Dos jóvenes, Crísta y Calixta, aterradas ante la perspectiva de los tormentos, habían apostatado de su fe. Su cobardía las hizo sucumbir e incensaron a los ídolos. Saprício, envalentonado con este éxito, llamó a su presencia a Dorotea. Y entre el gobernador y la joven cristiana se entabló uno de esos admirables diálogos que nos han transmitido las *Actas de los mártires*.

—¿Cómo te llamas?

—Dorotea es mi nombre.

—Te mando que sacrifiques a los dioses según las augustas órdenes.

—El Dios del cielo y de la tierra, que es el Augusto, me manda no servir sino a Él solo, según está escrito: «Adorarás al

Señor tu Dios y a Él solo servirás». ¿A qué emperador debemos servir, al del cielo o al de la tierra?

—Si quieres salir de aquí sana y salva, deja esas quimeras y sacrifica a los dioses. De lo contrario te abandonaré a la severidad de las leyes y tu ejemplo servirá de escarmiento a los demás.

—Yo quiero dar ejemplo de temer solamente a Dios, a fin de que no se dejen seducir por los hombres.

—Por lo que veo estás resuelta a permanecer en tu religión, insensata, y quieres morir como los otros. Atiende lo que te digo y sacrifica: es la única manera de evitar los tormentos del potro.

—Los tormentos del potro son de unos momentos; los del infierno son eternos. Tengo presentes las palabras de mi Maestro: «No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma, sino temed a quien puede mandar alma y cuerpo a los infiernos».

—Teme a los dioses, que en su cólera pueden perder tu cuerpo y tu alma si no les ofreces sacrificios.

—Sapricio, jamás me persuadirás de que sacrifique a los demonios, que moran en esos hombres cuya vida haría enrojecer el contarla, y cuya muerte es semejante a la de las bestias. Sus almas arden en el infierno y allí irán los que desconociendo a su Creador adoran esas estatuas como a dioses...

Sapricio ordenó a los verdugos:

—Extendedla en el potro; cuando se vea entre los tormentos ya consentirá.

Dorotea responde al momento:

—¿A qué esperáis?

Y a Sapricio:

—Haz lo que debes hacer. Pueda yo ir pronto por el amor a quien no renuncio ni por los tormentos ni por la muerte.

—¿Quién es ése que tú tanto deseas?

—Es Cristo, el Hijo de Dios.

—¿Y dónde está ese Cristo?

—Como Dios, en todas partes. Como hombre (ya que la débil razón humana no comprende sino lo que está contenido en un lugar) decimos que está sentado a la diestra de Dios, su Pa-

dre todopoderoso. Él nos invita al jardín de sus delicias, donde en todo tiempo los árboles dan fruto y las flores fragancia, los campos y los montes son siempre verdes, las fuentes bulliciosas, las aguas frescas y las almas de los santos rebosan alegría inmortal en Cristo. Hazme caso, Saprício, busca tú también la verdadera libertad y trabaja para merecer entrar en las delicias de Dios.

Dorotea se mostraba irreductible. Pensó el gobernador que la astucia sería más eficaz que las amenazas, y ordenó fuera llevada a casa de las dos apóstatas, Crista y Calixta. Estas desgraciadas la recibieron con muestras de alegría.

—Accede —le dijeron— a los deseos del juez. Sólo así te verás libre de las torturas que te aguardan.

Caricias, lágrimas, todo se puso en juego para doblegar la firmeza de la joven cristiana. Pero ésta, iluminada por la luz de la más viva fe y llena de celo por aquellas almas, les habló con palabras tan ardientes de amor a Cristo, que las dos infelices, deshechas en llanto, cayeron a sus pies arrepentidas de su apostasía.

—¿Cómo es posible —decían— que podamos volver a la fe de Cristo y nos perdone nuestro pecado?

Poco después fueron llamadas a la presencia del gobernador. El rostro de Saprício se demudó al ver el resultado obtenido. Crista y Calixta, con energía hasta entonces no usada, le dijeron:

—Nosotras hemos pecado; por temor a los dolores de un momento nos habíamos condenado a los eternos. Estamos arrepentidas, y es nuestra hermana Dorotea con su oración quien nos ha alcanzado la misericordia de Cristo.

Saprício no pudo más. Mandó que echaran a las dos jóvenes en un enorme brasero encendido. Dorotea, entre tanto, las exhortaba a la confianza:

—Estad seguras que vuestro pecado ha sido perdonado y que habéis recuperado la palma perdida.

«La esposa de Cristo» está por segunda vez extendida en el potro. Le aplican a los costados hachas encendidas y sufre por largo tiempo el suplicio de los palos y ser abofeteada cruelmen-

te. Al fin, vencido Saprício por la firmeza de Dorotea, ordenó que, sacándola afuera, el verdugo le cortara la cabeza.

Salía del palacio del gobernador, cuando en el vestíbulo se cruzó con un joven abogado, llamado Teófilo, que le dijo burlo-namente:

—Adiós, esposa de Cristo; ya me enviarás del jardín de tu Esposo flores y frutas...

—Sí, lo haré —repuso sencillamente Dorotea.

Al llegar al lugar de su martirio le pidió al verdugo unos instantes para hacer oración antes de morir. Y en aquel momento apareció a su lado un ángel en forma de niño, como de cinco años, que le presentó una canastilla con tres hermosas rosas y tres frutos. Dorotea le dijo:

—Llévalo a Teófilo y dile de mi parte: «He aquí lo que me has pedido del jardín de mi Esposo».

En aquel instante la espada del verdugo remataba a la virgen de Cristo.

Estaba el abogado comentando entre risas y burlas con sus compañeros la promesa de Dorotea, cuando se le llegó el niño entregándole la canastilla con las tres rosas y los frutos: «Doro-tea te envía lo que te prometió; son del jardín de su Esposo». Teófilo quedó sobrecogido; una luz sobrenatural invadió todo su interior. Y volviéndose a sus compañeros, dice:

—Creo, creo que Cristo es el Dios verdadero y que no hay mentira en Él.

—¿Estás loco, Teófilo?

—No; no estoy loco, ni hablo en son de burla: ¡Cristo es el verdadero Dios!

Los amigos lo miran con asombro.

—¿En qué mes estamos?

—En febrero.

—Sí, en febrero y un frío glacial reina en toda Capadocia: ¿cómo han podido brotar estas flores y estos frutos?

—Es cierto, ni en la estación de las flores se ven semejantes.

—Yo insulté a Dorotea al verla marchar hacia el suplicio y le pedí me enviara flores y frutos del jardín de su Esposo. Apenas ha dejado esta vida cuando ha cumplido ya su promesa. Dichosos los que creen en Cristo y sufren por su causa.

Inmediatamente fue denunciado al gobernador por sus propios amigos.

Éste le dice:

—Me admira que un hombre de tu prudencia se haya dejado seducir por los secuaces de esa religión de la que tú mismo abominabas hace un momento.

—Es verdad; y esta conducta mía debe convenceros de que es el mismo Dios quien me ha convertido del error a la verdad y me ha hecho reconocer en Cristo al Dios verdadero.

—Los hombres, de ordinario —le contesta Saprício—, se hacen más sabios con la edad, pero tú de un golpe te has vuelto insensato, ya que confiesas por Dios al que los mismos cristianos dicen haber sido crucificado por los judíos. Pero, dinos, si ayer sacrificabas a los dioses, ¿cuándo te has hecho cristiano?

—Desde el momento en que confesé a Cristo, comencé a creer en Él. Su nombre es inmaculado, su nombre es santo, su nombre no es impostura ni mentira como son los ídolos.

—¡Qué dices! Entonces ¿reina la impostura en nuestros dioses?

—Sí, son simulacros hechos por manos de hombres [...] Es preciso que tú, puesto para juzgar a los que cometen imposturas, te separes de la mentira y busques la verdad.

—¡Pobre Teófilo! ¿Quieres morir de muerte desastrada? Ten piedad de tu persona, de tu patrimonio, de tus padres, de tus hijos; no te espongas a una muerte pública destinada tan sólo a locos, imprudentes y desatinados.

Teófilo, puesto a tormento, exclamaba:

—Ya verdaderamente soy cristiano, pues estoy extendido en la cruz.

Y con palabras encendidas de amor confesaba a Cristo.

Saprício dio la orden suprema:

—Que Teófilo, quien hasta ayer había sacrificado a los dioses inmortales y que ha abjurado de su culto, sea decapitado.

Las últimas palabras del mártir fueron: «¡Oh Cristo, te doy gracias!».

Tres almas, fruto inmediato del martirio de Dorotea, eran con la suya presentadas a Cristo. Así devolvía ella a su Esposo

divino las tres rosas y los tres frutos que le había enviado de su jardín celestial.

FRANCISCA CAMBA, ACI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 6 de febrero. *Passion de sainte Dorothée*: «Catalogue hagiogr. de Paris», II, 608s.

QUENTIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge* (Paris 1908) 156s.

TILLEMONT, L. S. DE, *Memoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, III (Venecia) 497s; 782s.

SAN MATEO CORREA

Presbítero y mártir († 1927)

San Mateo Correa Magallanes es uno de los numerosos sacerdotes mexicanos que sufrieron el martirio durante la despiadada persecución anticatólica del gobierno de Plutarco Elías Calles. Su caso es especialmente significativo por la causa concreta que motivó su muerte: se negó a revelar el secreto de confesión. Engrosa, de este modo, el grupo de sacerdotes mártires del siglo sacramental, como San Juan Nepomuceno. En efecto, solicitado directamente a la sacrílega revelación, prefirió morir antes que traicionar sus deberes sagrados. La Iglesia, al canonizarle, lo propone a los sacerdotes de hoy y de siempre como modelo de fidelidad en el ejercicio de su ministerio. Su vida y su martirio son un claro ejemplo de cómo hay que atender a las almas, incluso con riesgo de la propia vida.

Mateo Correa Magallanes nació en Tepechitlán, diócesis de Zacatecas, el 23 de julio de 1866. Fueron sus padres Rafael Correa y Concepción Magallanes. Al día siguiente de su nacimiento fue bautizado en la iglesia parroquial.

Realizó sus estudios de primaria, ayudado por el sacerdote Eufemio Estey, en Jerez, Zacatecas, y los terminó en Guadalajara, Jalisco. El 12 de enero de 1881 regresó a Zacatecas para ingresar en el seminario, donde fue admitido de caridad y en el que, durante cuatro años, desempeñó el cargo de portero. Por su buena conducta y aplicación al estudio se le concedió una beca, convirtiéndose así en alumno interno.

Recibió la ordenación sacerdotal el 20 de agosto de 1893, cantando su primera misa el 1 de septiembre en la parroquia de Fresnillo, Zacatecas. Durante año y medio fue capellán de la Hacienda de Mezquite y luego, durante otros diez meses, fue capellán de la Hacienda de Trujillo. Desempeñó después varios oficios como vicario cooperador de la parroquia de Valparaíso.

De 1898 a 1905 fue párroco de Concepción del Oro, Zacatecas. Allí conoció y tuvo amistad con la familia Pro Juárez. Dio la primera comunión a Miguel Agustín Pro Juárez, más tarde sacerdote jesuita, y bautizó asimismo a Humberto Pro Juárez, ambos mártires también.

Otros pueblos de los Estados de Zacatecas, Jalisco y Guanajuato fueron testigos de sus desvelos sacerdotales. De 1905 a 1914 fue párroco de Colotlán. En aquellos años estalló la persecución maderista. Los revolucionarios le persiguieron con saña, viéndose obligado a abandonar por un tiempo su parroquia, conforme a las órdenes de sus superiores.

De 1914 a 1917 fue párroco de Noria de los Ángeles, Zacatecas. En diciembre de 1917 fue nombrado párroco de Huejúcar, Jalisco, hasta 1920, fecha en que recibió la parroquia de Guadalupe, Zacatecas. En 1922, y durante el resto del año, trabajó en la parroquia de Tlaltenango. En 1923 regresó a Colotlán, donde, además de ser párroco, fue también vicerrector del seminario. En 1926 se trasladó a Valparaíso, después de restablecer su salud en la ciudad de Zacatecas.

Su llegada a Valparaíso coincidió con la labor que el grupo de la Acción Católica de la Juventud Mexicana (A.C.J.M.) hacía en el pueblo. Estaban recogiendo firmas para presentar al Congreso un manifiesto redactado por el Comité General de la Acción Católica en el que se pedía la derogación de las leyes anticatólicas. Enterado el general Eulogio Ortiz de estas actividades, lleno de ira, mandó que se presentaran ante él los sacerdotes Correa y Arroyo, a quienes hacía responsables de la labor de dicho grupo. Al mismo tiempo, dio órdenes para que fuesen encarcelados los jóvenes Vicente Rodarte (más tarde sacerdote), Pascual R. Padilla y Lucilo J. Caldera, presidente de la A.C.J.M.

Una vez presentes los sacerdotes Mateo Correa y J. Rodolfo Arroyo ante el general Ortiz, fueron sometidos al siguiente interrogatorio:

—«¿Cuál es su labor aquí?», preguntó el general al señor cura Mateo Correa.

—«Labor de paz», contestó inmediatamente.

—«¿Ésta es labor de paz?», repuso el general mostrando el manifiesto y las firmas recabadas.

—«El señor cura no sabe nada, no conoce el manifiesto, pues acaba de llegar», aclaró el P. Arroyo.

Lleno de ira, el general Ortiz gritó:

—«Sí, no sabe nada, no conoce el manifiesto y haciendo lumbre».

Luego añadió:

—«Prepárense, porque los voy a llevar a Zacatecas para ponerlos presos por sediciosos. ¿Tienen en qué ir?».

—«No», contestaron los sacerdotes.

—«Pues irán a pie», agregó el general.

—«Como guste, mi general», dijo el P. Correa.

Todo el pueblo estaba enterado de las arbitrariedades del general y los ánimos se exaltaban, pero tanto nuestro mártir como su vicario se dedicaron a calmar los ánimos y fue grande su preocupación, pues se estaban planeando medidas drásticas contra el general y sus soldados. Por miedo al pueblo, que ya se había propuesto impedir que sus sacerdotes y sus muchachos de la Acción Católica fueran llevados a Zacatecas, muy de mañana el día 3 de marzo, el general Ortiz y sus quince soldados salieron de Valparaíso, hasta sin desayunar. Se dice que dejaron la mesa servida.

Desde la hacienda de San Mateo, el general Ortiz mandó recado al Presidente municipal de Valparaíso, ordenándole que mandara a Zacatecas a los sacerdotes y los muchachos de la A.C.J.M. En el pueblo se acordó que una comisión de damas fuera a Zacatecas para ver si lograba que todo quedara en paz; pero nada consiguieron con el general, quien trató muy mal a aquellas personas: las señoras María Santos Medina y Cenobia Cosío, y las señoritas María López y Rosa Rivas. También ha-

blaron con el gobernador interino, D. Leonardo Dávila, pero nada positivo pudieron lograr.

El 8 de marzo regresaron a Zacatecas la señora Cosío y la señorita López e inmediatamente comunicaron al P. Correa que Ortiz estaba inflexible y que además el señor Obispo, D. Ignacio Plasencia y Moreira, les aconsejaba que cumplieran con la orden del general y se presentaran en Zacatecas. El mismo día, a las ocho de la noche, el señor cura, su vicario y los tres muchachos de la A.C.J.M. se pusieron en camino y llegaron a Zacatecas el día nueve a las diez de la mañana. Ya en Zacatecas, fueron directamente a ver al gobernador, quien les hizo saber que ciertamente no había delito que perseguir, pero que Ortiz se había propuesto molestarlos. Les aconsejó que durante ese día se escondieran; que no se presentaran a Ortiz; que era prudente esperar a ver si efectivamente el general se iba de la ciudad y dejaba la jefatura, ya que había rumores de que ese día Ortiz saldría para Durango y no regresaría a Zacatecas.

Fueron a hospedarse al Hospital de San José, donde el P. Correa tenía una hermana religiosa. A las diez de la mañana del 10 de marzo, el gobernador mandó llamar a nuestro santo sacerdote para comunicarle que no había otro remedio, que se presentaran ante el general. Inmediatamente se fueron a la jefatura. El general Ortiz, al tener en su presencia a los sacerdotes y a los jóvenes, preguntó:

—«¿Por qué no habían venido?».

—«Por falta de dinero», respondió el P. Correa.

—«Pobrecito clero mexicano, ¡tan pobre que está!», dijo Ortiz con marcada ironía.

El general regañó con palabras muy duras a los muchachos, luego ordenó a su secretario que fueran consignados al Agente del Ministerio Público bajo el cargo de sedición.

Desde el 10 de marzo hasta el día 13, los cinco reos estuvieron encerrados en un cuarto inmundo, luego fueron llevados a la cárcel de Santo Domingo, donde estuvieron hasta el día 16 del mismo mes. En este lugar les permitieron tener visitas y todo lo necesario. Ese mismo día, el juez del distrito ordenó su libertad por no haber delito que motivara su encarcelamiento. La justa sentencia se convirtió, como era de esperar, en el ri-

dículo más sonado que jamás había tenido el general Ortiz, quien juro públicamente que había de vengarse del cura Correa, a quien manifestaba el odio más irracional y perverso.

El 17 de marzo, después de celebrar la santa misa, el señor cura y sus acompañantes regresaron a Valparaíso, con la venia del prelado de la diócesis. El pueblo entero saltó a recibirles entre lagrimas, vítores y enramadas de flores. Fueron a la iglesia a rezar el santo rosario y, al terminar, el P. Correa predicó sobre el amor a los enemigos. Los miembros de la A.C.J.M. pidieron que se les diera la bendición con el Santísimo.

De nuevo en su parroquia, nuestro santo sacerdote se entregó con renovado fervor a su ministerio, en unos meses especialmente convulsos, que culminarán con el decreto de suspensión del culto católico el 31 de julio de 1926.

Su celo pastoral es resaltado por todos los testigos. Hablan de él como «un sacerdote edificante, abnegado, humilde, muy caritativo, amante de la pobreza; sencillo, de corazón noble; muy devoto del Santísimo Sacramento. Se levantaba muy temprano para estar con el Señor, como a las dos o tres de la madrugada; causaba impresión verlo celebrar la misa por su modo edificante de hacerlo». Le llamaban el «cura de los pobres, de los niños y de los jóvenes». Era, efectivamente, el cura de todos, cumpliendo ejemplarmente las obligaciones de su sacerdocio. Fue fiel a Dios y a la fe católica, tan arraigada en sus comunidades eclesiales, a las cuales sirvió también promoviendo su bienestar material.

La predicación de nuestro mártir hizo que muchos enemigos de la Iglesia reconocieran sus errores y se convirtieran. Numerosos descarriados volvieron al buen camino. Se intensificó la fundación de grupos de la A.C.J.M., constituyéndose el párroco en el alma de esta campaña.

Los miembros de la A.C.J.M. de Valparaíso, enardecidos por la persecución, desarrollaron una intensa labor y, por haberse fijado en las paredes de las casas ejemplares del manifiesto y programas de la *Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa*, varias personas fueron llevadas presas a la ciudad de México. Pero, como no había delito que perseguir, se les puso en libertad, siendo otro fracaso para el general Ortiz que fue quien tomó

presos a los muchachos, y con esto aumentaba su odio contra el P. Correa, ya que creía que el párroco de Valparaíso era el director y responsable de todo lo que los jóvenes hacían.

El 23 de diciembre de 1926 el P. Correa se trasladó a la hacienda de San José de Saucedo por invitación de José María Miranda, con el fin de descansar allí unos días. El domingo 30 de enero de 1927 tuvo que trasladarse con urgencia al rancho de la Manga para administrar los últimos sacramentos a una señora gravemente enferma cuyo hijo había venido para este fin a buscar al sacerdote. En un carro tirado por mulas salió rumbo al rancho donde estaba la enferma, acompañado por el señor Miranda. Al llegar a la Mesa de San Pablo vieron a lo lejos una espesa polvareda y el señor Miranda dijo a nuestro mártir:

—«Se me hace que aquello es tropa que viene, vamos a regresarnos para ocultarnos».

—«No», dijo el santo sacerdote, «nos pueden ver y nos hacemos de delito».

Solamente tomaron cierta precaución: el P. Mateo Correa tomó las riendas del carro como si fuera un servidor del señor Miranda y siguieron adelante. Al poco rato se encontraron efectivamente con un destacamento de soldados, mandados por el mayor José Contreras, que cuatro días antes había sido derrotado por los cristeros de Huejuquilla, Jalisco. Ya había pasado parte de la tropa y nadie los había molestado, pero entre los soldados iba un agrarista llamado J. Encarnación Salas, quien conocía perfectamente al P. Correa y al señor Miranda. Le comunicó al mayor que ahí estaba el señor cura de Valparaíso y el mayor mandó inmediatamente a un oficial para que los aprehendiera. Al presentarse el oficial, el señor Miranda dijo que aquel hombre era su sirviente, pero el oficial inmediatamente sacó de la bolsa del saco de nuestro mártir el *Manual de párrocos* en donde estaba escrito su nombre y le preguntó:

—«¿A dónde iba a decir misa el padrecito?».

Les comunicó que quedaban detenidos y que podían ir delante o detrás de la columna militar. Esta circunstancia fue aprovechada por el santo sacerdote para ir a toda prisa y llegar a la hacienda antes de que lo hicieran los soldados y depositar en el sagrario de la capillita el sagrado Viático que llevaba a la en-

ferma. Además del *Manual de párrocos* los soldados recogieron los santos óleos, una patena y un mantel.

El sacerdote se despidió de los otros acompañantes, entre los que se encontraba su hermana, y les dijo que no lloraran, que iba muy contento. De la hacienda siguieron para Fresnillo, Zacatecas, en compañía del señor Miranda. Llegaron aproximadamente a las cinco de la tarde. Los reos fueron llevados a la inspección de policía y, de esa dependencia, poco más tarde, fueron conducidos a la cárcel pública, donde los presos se morfaron del P. Correa, quien pacientemente soportó todas las burlas. De la cárcel común los trasladaron a una sala que llamaban *la enfermería* y ahí pasaron la noche del domingo y del lunes. El martes, como a las cuatro de la tarde, los sacaron y los llevaron a la estación del ferrocarril para trasladarlos a Durango, a donde llegaron el día 3 de febrero a las nueve y media de la noche. Fueron reclusos en una cárcel común. Desde aquí el P. Mateo escribió a sus hermanas diciéndoles entre otras cosas: «Tiempo es ya de padecer por Cristo Jesús, que murió por nosotros».

Durante estos días de encarcelamiento, el santo sacerdote compartía su comida con los presos y al terminar de tomar los alimentos daban gracias a Dios. Por la noche todos rezaban el santo rosario. El sábado 5 de febrero, fiesta del protomártir mejicano San Felipe de Jesús, como a las nueve de la mañana, rezó el oficio divino y durante todo ese día se le vio muy preocupado. Por la noche, después de merendar, él solo rezó el rosario y, al terminar, se puso a platicar con los demás presos. Éstos eran el señor Miranda, Jacinto Marrufo y Emilio Valdez. Cuando más enfrascados estaban en la conversación llegó el sargento de guardia y dijo:

—«Señor Mateo Correa, arregle sus cosas porque le manda hablar el general Ortiz».

Aquello fue terrible para todos pues sabían perfectamente el odio que *Eulogio el cruel* tenía al cura de Valparaíso y las amenazas que había proferido contra él públicamente. El señor cura se levantó dispuesto a obedecer la orden, se despidió afectuosamente de todos dando una especial bendición al señor Miranda, a quien no volvería a ver en la tierra.

El general Ortiz, al tener delante al padre, le insultó como era su costumbre. Le dijo que quería fusilar también al señor Miranda, pero el sacerdote le alcanzó la gracia de su liberación. Unos soldados testigos nos han transmitido la conversación entre el militar y el sacerdote:

—«Cura, le dije a usted que no se volviera a presentar en Valparaíso y no me hizo caso, ¿no lo recuerda?, se lo va a llevar usted... [palabras groseras]».

El sacerdote contestó:

—«Haga de mí lo que guste, yo andaba cumpliendo con mi misión, pero le pido piedad y misericordia para mi compañero (el señor Miranda), que tiene varios hijos».

—«También a ése se lo va a llevar la... [palabras groseras]», fue la respuesta del general.

El P. Mateo contestó:

—«Yo llegaré primero a la presencia de Dios y no le pasará nada a mi compañero».

A continuación, el general ordenó al santo sacerdote que confesara a unos prisioneros. Le dijo:

—«Primero va usted a confesar a esos bandidos rebeldes que ve ahí y que van a ser fusilados en seguida; después ya veremos qué hacemos con usted».

Aquellos «bandidos» eran unos cristeros encarcelados. El señor cura les confesó y preparó para la muerte, proporcionándoles grandísimo consuelo. Llamando de nuevo al padre, el general Ortiz le dijo:

—«Ahora va usted a decirme lo que esos bandidos le han dicho en confesión».

—«Jamás lo haré», respondió resueltamente el sacerdote.

—«¿Cómo que jamás?», vociferó el general.

Inmediatamente, muy irritado, gritó:

—«Voy a mandar que lo fusilen inmediatamente».

—«Puede hacerlo», fue la respuesta, «pero no ignora usted, general, que un sacerdote debe guardar el secreto de la confesión. ¡Estoy dispuesto a morir!».

El día 6 de febrero de 1927, de madrugada, los soldados sacaron a nuestro glorioso mártir de la Jefatura Militar y le llevaron a las afueras de la ciudad, junto al cementerio, y allí le quita-

ron la vida. En el mismo lugar de su muerte quedó el cadáver insepulto durante tres días, al cabo de los cuales unos soldados lo enterraron allí mismo. Ocho días después algunas personas encontraron su cuerpo que «no exhalaba mal olor de ninguna clase como era de esperarse por el tiempo que tenía muerto» y lo trasladaron al cementerio de Durango. Actualmente los restos de San Mateo Correa Magallanes se encuentran en la catedral de Durango, depositados en la capilla de San Jorge, mártir.

Un testigo presencial narraría luego los detalles de su muerte. «Se le veía muy calmado y sereno», dijo. Tenía cuando murió 60 años de edad y 33 de sacerdocio.

Su causa de canonización fue instruida por la diócesis de Guadalajara de México juntamente con la de veintiún sacerdotes diocesanos y tres jóvenes seglares, todos ellos martirizados en la misma persecución anticatólica mexicana, aunque en fechas y lugares distintos. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1992 y canonizado, en pleno año santo jubilar, el 21 de mayo de 2000, V domingo de Pascua.

A. MAROTO HERRANZ, OSB

Bibliografía

- CARDOSO, J., *Los mártires mexicanos* (México 1959).
 HAVERS, G. M^a, *Testigos de Cristo en Mexico* (Bogotá 1989)

BEATO FRANCISCO SPINELLI

Presbítero († 1913)

En los momentos de mayores convulsiones siempre se registra la postura estable y operativa de los santos. La observación es perfectamente aplicable al Beato Francisco Spinelli, nacido en Milán el 14 de abril de 1853 y fallecido en Rivolta d'Adda el 6 de febrero de 1913: sesenta años de vida sacerdotal irrelevante a los ojos del mundo, sin ningún cargo importante, ningún título eclesiástico pomposo, ningún ruido, pero en todo momento, el suave olor de Cristo, el aroma silencioso de la santidad. Lo mismo que Santa Teresa de Jesús, el Beato Spinelli consideró como la mayor gracia de Dios el haber nacido de pa-

dres cristianos: Bartolomé y Emilia Cagliaroli, Milán, 14 de abril de 1853. Niño todavía, se trasladó a Bérgamo, donde realizó los primeros estudios en el colegio de San Alejandro y, seguidamente, los cursos de teología en el Seminario, como alumno externo. En la carta apostólica de su beatificación Juan Pablo II hace mención expresa de su tío paterno, el sacerdote Pedro Cagliaroli, párroco de San Alejandro in Colonna en la misma ciudad de Bérgamo. Con él vivió hasta recibir la ordenación sacerdotal, el 17 de octubre de 1875; y junto a él continuó como vicario parroquial. Simultaneó las tareas parroquiales con la docencia en el mismo liceo donde había sido alumno, y se hizo famoso ante el pueblo como predicador de la palabra de Dios. En Italia, lo mismo que en España, se suscitaron en el siglo XIX múltiples movimientos de apostolado eucarístico que alcanzaron su culmen con San Pío X, el papa de la Eucaristía. Francisco Spinelli respiró este clima y contribuyó él mismo a acrecentarlo. No había cumplido aún los treinta años cuando en unión con la Sierva de Dios Catalina Comensoli puso en marcha el instituto religioso de las Hermanas Adoratrices del Santísimo Sacramento, con la finalidad principal de la adoración perpetua al Santísimo Sacramento, traducida luego en obras de caridad a favor de los más pobres. Las incomprendiones a que tuvo que hacer frente el joven fundador fueron enormes. La citada carta apostólica habla expresamente de vejaciones y dificultades que obligaron al Beato Spinelli a dejar a sus monjas y su propia diócesis de Bérgamo y trasladarse a Rivolta d'Adda, diócesis de Cremona, donde las Adoratrices ya habían fundado una segunda casa. Todo deja entrever que a esta ciudad llegó muy difamado. Al obispo Mons. Bonomelli le conmovió profundamente la humildad y la paciencia del atribulado sacerdote y pronto se convenció de su acrisolada virtud. Bonomelli fue más adelante: la casa de Cremona quedó segregada de la de Bérgamo, convirtiéndose en nueva Congregación de Adoratrices que reconoce a Spinelli por fundador. El Señor le concedió ver desarrollada su obra. Él la presidió hasta la muerte, gobernándola con admirable prudencia. Brilló por la fidelidad a la vocación sacerdotal, por su fervor eucarístico, por su amor a Dios y al prójimo, por su humildad extrema, por la oblación de sí mismo y la gran pa-

ciencia con que sobrellevó grandes tribulaciones a lo largo de su vida. Murió en Rivolta d'Adda en olor de santidad el 6 de febrero de 1913, encargando a las Hermanas que amasen la Eucaristía, sirviesen a los pobres y perdonasen siempre a todos. Fue beatificado en Caravaggio (Bérgamo) por el papa Juan Pablo II el 21 de junio de 1992.

JOSÉ M.^a DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- BORGONOVO, G. (ed.), *Lucerna ardens et lucens: il padre Francesco Spinelli* (Milán 1938).
 PESENTI, G., *Beato Francesco Spinelli, fondatore delle Suore Adoratrici del SS Sacramento* (Milán 1992).

BEATO ALFONSO MARÍA FUSCO

Presbítero († 1910)

Italia se ha mostrado en todo tiempo tierra de santos. En la antigüedad produjo la legión de los mártires de las persecuciones romanas, cuyos sagrados despojos han conservado las catacumbas, y no ha habido ninguna época de la historia eclesiástica en que no haya producido multitud de santos y santas que han promovido la vitalidad y actividad de la Iglesia. Pero el siglo XIX fue particularmente fecundo en santos italianos y, dentro del santoral de la por entonces convulsa Península, fecundo en santos sacerdotes, que a su vez han sido fundadores de congregaciones e instituciones religiosas que hoy sirven a la causa del Reino de Dios en las cinco partes del mundo. No hubo parte alguna de Italia que no produjera en el siglo XIX santos sacerdotes, lo mismo en el clero religioso, mediante la observancia de los tres votos, que en el clero secular, cuyo camino de santidad es la caridad pastoral.

Y es que el corazón de un verdadero sacerdote no puede menos que inquietarse cuando en el desarrollo de su misión espiritual se encuentra con alguna necesidad material, máxime si esta necesidad es también ocasión o peligro de miserias morales. Y al quererle dar respuesta, se han volcado los sacerdotes en obras de envergadura que solamente su decidida voluntad de servicio, ayudada de la gracia divina, ha podido llevar adelante.

Y para conservar esas obras y consolidarlas han creado congregaciones religiosas masculinas o femeninas que siguiendo el carisma del fundador prolonguen en la Iglesia la buena obra.

Al número de estos santos sacerdotes producidos por Italia en el siglo XIX pertenece el Beato Alfonso María Fusco. Vino a nacer en un pueblo de la provincia de Salerno, llamado Angri. Su nacimiento fue el 23 de marzo de 1839. Su familia era modesta, vivía de su trabajo en el campo, y le concedió el Señor que esta familia fuera religiosa y honesta, llena de todas esas sólidas virtudes que han adornado a las familias tradicionales cristianas. Ya en la cuna le enseñó su madre a invocar a Dios, palabra que al abrir los ojos a la vida oyó pronunciar en su hogar con sumo respeto. Le enseñaron sus padres a ser honesto y bueno, y a tener responsabilidad y dominio de sí mismo. El chico resultó ser de un natural excelente, pues su carácter era amable y por índole propia era bondadoso. En su casa guardaban para los pobres, daban desde su modestia, y Alfonso aprendió en esa escuela a mirar con amor a los más necesitados, y ya de niño su corazón se conmovía ante el frío o el hambre de los mendigos.

Sus padres, llamados Aniello Fusco y Giuseppina Schiavone, se recreaban en este hijo bueno, primogénito de los cinco que tuvieron, al que esperaron durante cuatro para ellos largos años desde su boda en la Colegiata de San Juan Bautista el 31 de enero de 1834, y lo llevaron a la catequesis parroquial en cuanto tuvo siete años para que recibiera con la preparación debida la santa Eucaristía. El nombre de Alfonso se le puso en honor de San Alfonso María de Ligorio y porque un redentorista, el P. Pecorelli, consolaba a los padres diciéndoles que tendrían un hijo y le llamarían Alfonso, como así fue. La primera comunión la hizo Alfonso el año 1846. Muy poco después, aprovechando la visita del obispo diocesano, el niño fue sellado con el sello del Espíritu en el sacramento de la confirmación. Aquellos dos grandes sacramentos fueron para Alfonso una honda experiencia de Dios y sembraron en su alma un propósito que se perfiló como auténtico muy pronto: quería ser sacerdote. Sus padres se alegraron mucho. El párroco dio los oportunos pasos para su ingreso en el seminario y cuando solamente contaba once años, el 5 de noviembre de 1850, entraba Alfonso en el seminario

diocesano de Nocera de Pagani. Empezaba su larga marcha hacia el sacerdocio. El seminario estaba organizado a tono con los deseos del Concilio de Trento. Acogía a los chicos en la entrada de la adolescencia y los conducía a la juventud mientras maduraban su voluntad de ser sacerdotes. Venían primero los años de Humanidades, para hacerse con el latín y el pensamiento clásico. Luego había que estudiar la Filosofía escolástica, y los últimos años, cuando ya la vocación estaba probada por años de internado, venía el estudio de la teología. Alfonso fue pasando por todos los años con la ilusión de verse algún día sacerdote y se fue formando en él el alma de un celoso transmisor de la doctrina de Cristo y un servidor apasionado del bien de las almas. Siendo seminarista tuvo un sueño: sueña que se le aparece Jesús Nazareno y le manda fundar un instituto de religiosas y un orfanato. El sueño fue premonitorio. Llegados los momentos fijados por la costumbre de entonces recibió la tonsura y las órdenes menores, y luego ascendió por los peldaños de las órdenes mayores hasta el sacerdocio. Éste lo recibió pleno de emoción y dulzura interior el día 29 de mayo de 1863, a los casi trece años de su ingreso en el seminario. Lo ordenó el arzobispo de Salerno, monseñor Antonio Salomone. El entusiasmo de los habitantes de Angri cuando Alfonso dijo allí su primera misa fue indescriptible y el júbilo de sus padres no menos.

¿Estaba preparado aquel joven de 24 años para ejercitar las responsabilidades del sacerdocio? Hay que decir que sí. Pues en cuanto tuvo un destino parroquial en la Colegiata de San Juan Bautista de Angri, se volcó en los sectores que inmediatamente vio más necesitados de su ministerio. Le atraían los campesinos, la gente pobre, los niños. Tenía simpatía y atractivo para convocar a muchas personas y a muchos niños a la catequesis y la formación religiosa y para que se le abrieran en el confesonario confiándole sus almas necesitadas de luz y orientación. Se pasaba horas y horas en el confesonario, pues cada día más nuevas conciencias se abrían a sus consejos y orientaciones.

Muy pronto cayó en la cuenta de la necesidad de reevangelizar a tanta gente como, cristiana de nombre y sentimiento, carecía sin embargo de ilustración religiosa suficiente. Él se daba cuenta de que Dios le había dotado de una palabra fácil, pro-

funda, sencilla e incisiva, y vio que donde mejor podría ejercer este carisma del Señor era en la predicación misionera popular. Y por eso se agregó a los Misioneros de San Vicente, que recorrían los pueblos predicando infatigables la palabra divina. Durante más de quince años, es decir, hasta 1887, gastará sus energías en este menester, empleando sus mejores años y sus mejores fuerzas en la evangelización directa de los sencillos. Cuánto bien hizo. Cuántas almas llamó a la conversión. A cuántos niños congregó para que oyeran la palabra divina. Cuántos hombres y mujeres que habían abandonado la práctica religiosa volvieron a los sacramentos llamados por la voz de Alfonso y de sus compañeros misioneros. Y al lado de la palabra divina esparcida sin descanso, cuántas horas y horas de confesonario, perdonando pecados, orientando corazones, consolando personas atribuladas por las penas de la vida, devolviendo paz y serenidad a infinidad de espíritus.

Su contacto continuo con el pueblo sencillo, le hizo ver las verdaderas necesidades morales y materiales que el pueblo padecía y le hizo ver cuáles eran concretamente entonces los sectores más precisados de una atención especializada. Y él llegó a la conclusión de que en forma muy primera hay que atender a los niños huérfanos, había que formar, orientar y proteger a los aprendices y había que prestar asistencia a los enfermos pobres, cuya situación era muy triste. Alfonso María era consciente de que él solo no podía remediar tanta necesidad, pero al mismo tiempo cayó en la cuenta de que debía hacer lo que pudiera hacer, que todo lo posible era obligatorio, supuesta la caridad de Cristo ardiendo en su corazón. Entonces empezó a pensar en un instituto religioso de mujeres abnegadas que atendieran a estas finalidades y en abrir cuanto antes un orfanatorio. Hubo algo, además, que lo impulsó aún más a hacer realidad su deseo: en 1869 hubo una fuerte epidemia de cólera, y él, en vez de evitar el contagio, se lanzó a cuidar y atender a los enfermos como tal sacerdote. Se contagió y estuvo a las puertas de la muerte, pero como se curó, entendió que el Señor lo dejaba en la vida para que llevara a cabo su propósito, más preciso cuando la epidemia había dejado tantos huérfanos. Y entonces fue cuando el Señor le mandó la persona providencial que fuera su colabora-

dora eficaz: Magdalena Caputo. Tenía las cualidades y la virtud necesaria para encabezar una nueva congregación, que se titularía de San Juan Bautista o Bautistinas, y que se formalizó el 28 de septiembre de 1878. Tuvo lugar la fundación en una destaralada casa de Scarcella, en el distrito de Ardinghi en Angri.

Alfonso sería el superior de la congregación todo el tiempo de su vida. Y como tal haría frente a la labor de consolidar la institución, de hacerla fiel a sus propósitos originales y de expandirla. Para ello hubo de soportar privaciones, oposiciones y dificultades, pero siempre aceptó las pruebas por duras que fueran, manifestando una completa conformidad con la voluntad de Dios, una heroica obediencia a la autoridad de la Iglesia y una inmensa confianza en la Providencia divina. Entre las dificultades que soportó Alfonso estuvo la tentativa injusta del obispo diocesano, Mons. Saverio Vitagliano, de remover a don Alfonso de director de la obra basándose en una larga serie de acusaciones falsas. Hubo de hacer frente a la tentativa de división de un grupo de sus religiosas. Las de la casa de la congregación en Via Germanico en Roma se negaron a abrirle la puerta cuando él llamó. Y el Cardenal Respighi, vicario de Roma, llegó a decirle que había hecho bien en fundar una buena congregación pero que era la hora de retirarse.

Su espiritualidad estuvo basada en un gran amor a la Eucaristía, en una devoción fervorosa a la pasión del Señor y en una filial devoción a la Virgen de los Dolores.

Dirigía la congregación con gran sabiduría y prudencia, y como padre amoroso cuidaba de las religiosas y de las huérfanas. De las primeras cuidaba infundiéndoles el verdadero espíritu de la mujer consagrada a Dios, olvidada de sí misma y volcada en la tarea apostólica y caritativa que al entrar en la congregación asumía. Les pedía que se entregaran con total abandono a la voluntad de Dios, y que viviesen con intensidad la humildad, la modestia, la pobreza, la negación de sí mismas y un amor inmenso y generoso a Jesucristo crucificado. Velaba por su progreso en la vida espiritual y estaba atento a todas sus necesidades. De los huérfanos se ocupaba haciéndose cargo de que no solamente necesitaban comida, vestido e instrucción cultural: necesitaban amor que compensara la falta de sus pa-

dres, y ese amor era el que quería Alfonso que recibieran de las religiosas para que el orfanatorio fuera un verdadero hogar. Cuando llegaron tiempos de escasez, insistía Alfonso en que Dios proveería.

Él no ahorró ningún esfuerzo conducente a hacer feliz y provechosa la vida de los jóvenes, comprendiéndolos, queriéndolos y preparándolos para la vida. Los quería cristianos convencidos y ciudadanos responsables.

La colaboración sabia y prudente de Sor Crucificada, que es el nombre que tomó Magdalena Caputo en religión, hizo que la marcha de la congregación fuera ascendente. Primero le pidieron hiciera nuevas fundaciones en Campania, y más tarde le llegaron peticiones de otras muchas partes de Italia. Sor Crucificada murió santamente el 4 de febrero de 1903, como primera superiora. Alfonso tardaría aún siete años en seguir a su colaboradora a la casa del Padre, y la muerte le llegó el 6 de febrero de 1910 en Angri, cuando estaba rodeado de sus hijas espirituales, y dándole gracias a Dios por todo repetía que había sido un siervo inútil. Cientos de personas acudieron a ver su cadáver y orar ante él repitiendo todos que había muerto un santo.

Su causa de beatificación se introdujo el 22 de junio de 1951, siendo declaradas heroicas sus virtudes el 12 de febrero de 1976. El 1 de julio de 2000 se aprobaba el milagro atribuido a su intercesión, y el papa Juan Pablo II lo beatificaba el 7 de octubre del 2001.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 43 (1951) 866.

ANON, *Il servo di Dio Alfonso M. Fusco* (Roma 1939).

GRILLA GREMIGNI, V., *Il servo di Dio Can. Alfonso M. Fusco* (Roma 1953).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VEDASTO

Obispo († 540)

Vedasto o Vaast o Gastón llegó siendo un joven, parece que procedente del Perigord, a la diócesis de Toul y, buscado un si-

tio oportuno, emprendió vida eremítica. Se acreditó muy pronto en vida tan santa y el obispo lo llamó y le pidió que se hiciera sacerdote para provecho de la Iglesia, recibiendo de sus manos seguidamente la ordenación. Cuando el rey Clodoveo, persuadido por su esposa santa Clotilde, pasaba por Toul camino de Reims donde pensaba bautizarse, le pidió al obispo que le designara un sacerdote que lo preparara e instruyera para el bautismo. Y el obispo designó a Vedasto, el cual se unió a la comitiva real. En ella Vedasto puso lo mejor de sí mismo para instruir al rey, siendo fama que hizo algunos milagros que confirmaron la incipiente fe del monarca. Llegados a Reims y bautizado Clodoveo, Vedasto se unió a San Remigio, el obispo de Reims, en la evangelización de los francos, y en 499 Remigio lo consagró obispo de Arrás.

Cuando Vedasto llegó a esta ciudad la halló en ruinas, devastada por los vándalos, y hubo de dedicarse a la reconstrucción material y moral de la misma. Ésa fue su tarea a lo largo de los años, debiendo decirse que su Iglesia diocesana pasó de las ruinas a un estado floreciente. Vedasto murió el 6 de febrero de 540.

SAN AMANDO

Obispo († 679)

Amando fue natural de Aquitania y debió nacer hacia el 584. A los veinte años ingresa en el monasterio de la isla de Yeu, frente a La Rochelle, y pasa más tarde a Tours, donde recibe la ordenación sacerdotal. Pasa a Bourges, donde lleva vida de recluso junto a la catedral bajo la dirección del obispo San Austregisilo. Pasados dieciséis años peregrina a Roma y es ordenado obispo misionero por disposición papal, sin sede fija, con el fin de convertir a los pueblos paganos. Con gran resolución evangelizó el norte de Francia y Flandes. Primero tuvo el apoyo del rey Dagoberto pero cuando Amando le reprendió por su vida disoluta lo mandó salir de sus dominios, no llamándolo hasta que, nacido su hijo, el futuro San Sigeberto, mandó llamar a Amando para que lo bautizara.

Amando continuó su labor evangelizadora, siendo dudoso que fijara su sede en Maastricht, y llenando de monasterios lo que hoy es Bélgica, tanto monasterios masculinos como femeninos, y edificando numerosas iglesias.

Ya muy anciano se retiró al monasterio de Elne, donde entregó su alma a Dios el 6 de febrero de 679, según parece.

SAN GUARINO

Obispo y cardenal († 1159)

Natural de Bolonia e hijo de una familia acomodada. Siente la vocación eclesiástica y obtiene un puesto entre los canónigos de la catedral, distinguiéndose ya muy joven por su celo religioso y por su sabiduría, ya que enseñaba teología con gran crédito.

Pero sintió la llamada a la vida religiosa y tomó el hábito de los canónigos regulares de San Agustín en el convento de la Santa Cruz, en Mortara, donde llevó una vida penitente y santa que hizo fuera elegido obispo, pero logró esconderse hasta que la sede estuvo cubierta por una nueva elección. Decidió entonces llevar vida eremítica, pero ya el papa Lucio III, que lo conocía, había pensado en él para darle sitio en la curia romana, y en una peregrinación de Guarino a Roma lo obligó a quedarse. Lo nombró obispo de Palestrina y lo agregó, por consiguiente, al colegio cardenalicio. En ambos cargos —obispo y cardenal— mostró Guarino el acierto de su elección. Fue un leal y magnífico colaborador de los papas y un excelente pastor de su diócesis, a la que se entregó con plena dedicación. Murió el 6 de febrero del año 1159, siendo desde entonces venerado como santo.

BEATO ÁNGEL DE FURCI

Presbítero († 1327)

Nace en Furci el año 1246 luego de que sus padres por mucho tiempo no tuvieran hijos. Habían ofrecido consagrar al Señor el hijo que tuvieran. Y por ello su madre lo llevó cuando era

un jovencito al convento agustino de Cornaclano, del que un hermano de ella era prior Vuelto a casa unos años más tarde, estuvo a punto de contraer matrimonio pero su padre en el lecho de muerte le contó cómo había sido ofrecido a Dios al nacer Ángel entonces volvió al convento y se hizo fraile agustino

Luego de cursar estudios brillantemente en París, volvió a Italia y los superiores lo destinaron al convento de Nápoles como profesor de teología Ésta fue su gran tarea a lo largo de la vida, enseñar la teología a los jóvenes estudiantes de su Orden, al tiempo que predicar la palabra de Dios y dirigir muchas almas por la senda de la perfección cristiana Su perfecta observancia de la Regla, sus grandes virtudes y su admirable sabiduría lo hicieron notorio ante el pueblo, que lo tuvo por santo. Murió el 6 de febrero de 1327 Su culto fue confirmado por el papa León XIII el 20 de diciembre de 1888

7 de febrero

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Nola (Campania), San Máximo (s III), obispo
- 2 En Lampsaco (Helesponto), San Partenio (s IV), obispo
- 3 En la región del Sinaí, San Moisés († 389), ermitaño y luego obispo
- 4 En Florencia (Toscana), Santa Juliana (s V), viuda
- 5 En Siponte (Apulia), San Lorenzo († 545), obispo
- 6 En Moriac, Beato Guillermo o Vulermo de Leaval, presbítero (s VII)
- 7 En Luca (Toscana), la deposición de San Ricardo († 720), padre de los santos Wilibaldo y Walburga *
- 8 En Soterion de la Focida, San Lucas el Joven († 955), ermitaño
- 9 En Muzzia (Piceno), Beato Ricerio († 1236), uno de los primeros discípulos de San Francisco de Asís *
- 10 En Asís (Umbria), Beato Antonio de Stroncone († 1461), religioso franciscano *
- 11 En Londres, Beato Tomás Sherwood († 1578), seglar mártir bajo el reinado de Isabel I *
- 12 En Aubenas (Vivares), los beatos Santiago Sales, presbítero, y Guillermo Saultemouche († 1593), religiosos jesuitas y mártires a manos de los calvinistas *

13. En Nápoles, San Gil María de San José Francisco Pontillo († 1812), religioso franciscano **.

14. En Cian-Sa (China), San Juan de Triora, de seglar Francisco María Lantrua († 1816), presbítero, religioso franciscano y mártir *.

15. En París, Beata María de la Providencia (Eugenia Smet) († 1871), virgen, fundadora de las Hermanas Auxiliadoras del Purgatorio **.

16. En Roma, Beato Pío IX († 1878), Papa, que definió el dogma de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María y celebró el Concilio Vaticano I **.

17. En Pont de Molins (España), los beatos Anselmo Polanco, obispo y religioso agustino, y Felipe Ripoll, presbítero († 1939), mártires por su fidelidad a la Iglesia **.

18. En Auschwitz, Beato Adalberto Nierychlewski († 1942), presbítero y mártir, religioso de la Congregación de San Miguel Arcángel, que murió a consecuencia del trato recibido en el campo de exterminio *.

19. En el campo de concentración de Angarsk (Siberia), Beato Pedro Verhun († 1957), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN GIL MARÍA DE SAN JOSÉ

Religioso († 1812)

«La Iglesia proclama hoy la gloria de Dios manifestada en la santidad de vida de Gil María de San José, auténtico hijo espiritual de San Francisco de Asís», dijo el papa Juan Pablo II al elevarle al supremo honor de los altares el 2 de junio de 1996. «Gil —continuó el Papa— vivió el ardor de una caridad sin límites gracias a la contemplación de los misterios de Cristo, inspirando su propio camino espiritual *en la humildad de la encarnación y en la gratuidad de la Eucaristía*».

Nació en la vieja Taranto medieval el 16 de noviembre de 1729. Su nombre de pila era Francisco Antonio Pascual Domingo Pontillo, como un anuncio de la familia espiritual a la que iba a pertenecer. Y no se ha de olvidar que la pobreza que vivió en su casa no era menor profecía de los caminos por los que Dios tuvo a bien conducirlo. Su padre, Cataldo, y su madre, María Gracia Procaccio, se veían con muchas dificultades para procurar el mínimo sustento a la familia. Siendo aún muy pequeño se le adiestró en el aprendizaje del doble y duro oficio de sus padres: cordeleros y obradores de fieltro. La primera comu-

nión señaló para Francisco Antonio un aumento de fervor, que desde aquel primer encuentro con Jesús en la eucaristía se consagró a un culto asiduo a su presencia real por la participación diaria en la eucaristía, la comunión tan frecuente como entonces se permitía, el acompañar como monaguillo al sacerdote para distribuirla a los enfermos, y las visitas al Santísimo. Y también manifestó desde su niñez una gran devoción a la Santísima Virgen, a la que se encomendaba y trataba de honrar viviendo con pureza el despertar de su pubertad. Se inscribió en la Confraternidad del santo rosario.

Entre sus compañeros de infancia se distinguía por la modestia y la amabilidad de sus modos, con lo cual no le fue difícil ganarse la estima y admiración de muchos. Por desgracia nos faltan datos que nos revelen las dificultades, las luchas y desconsoles de Francisco Antonio, que aun siendo bueno no pudo menos que sufrir mucho al ver a sus padres angustiados algunas veces por la escasez del pan, y él mismo verse humillado al no poder estudiar ni poder tampoco sacar a su familia de apuros a pesar de trabajar tan duramente.

Al no poder asistir a la escuela no pudo tener una formación intelectual. A pesar de que algo se intentó por su parte y la de su padre, no se puso el fundamento a tiempo y no tuvo más remedio que dedicarse al trabajo. Nunca se entregaba al trabajo si antes no había participado en la santa misa en la iglesia de los alcantarinos. Y una vez que estaba dispuesto a comenzar lo recogía, hacía la señal de la cruz y una pequeña oración. Su conversación era siempre o de Dios, o en torno a la práctica de la virtud. Su jefe en el trabajo solía decir: «Desde que tengo conmigo a Francisco Antonio, mi bodega se ha convertido en un oratorio».

A sus 18 años, habiendo quedado huérfano de padre, se convirtió en el único sostén de su pobre familia. Ya bullía en su corazón el deseo de consagrarse enteramente al Señor en la vida religiosa, pero ahora no podía siquiera pensar en ello hasta que sus hermanos fueran mayores. Tenía que mirar por su madre viuda y sus tres hermanos pequeños. Lo cual le obligó a trabajar mucho más. Pero no por eso disminuyó su ayuda a los pobres, para los que siempre se reservaba una pequeña parte. Los

compañeros de trabajo que veían lo que hacía, le preguntaban cómo se las iba a arreglar al día siguiente si daba todo. Y él solía responder: «El Señor se ocupa de eso».

Un desdichado acontecimiento venía a profundizar la llaga abierta por la muerte de su padre y el dolor que le suponía el retraso en sus proyectos: la decisión de su madre de casarse de nuevo. Todos los hijos tienen una especie de sabiduría infusa para darse cuenta de lo arriesgado que es introducir en la familia huérfana un padrastro o una madrastra. Nada pudo hacer ante la determinación inquebrantable de su madre. Las adversidades que Dios en su bondad de Padre permite sucedan a sus hijos siempre son para un bien mayor. Esta Providencia amorosa no se suele percibir inmediatamente y muchos no llegan a convencerse, aunque lo intuyen. Francisco Antonio sintió el zarpazo de la carne como cualquier humano; pero gracias a la genuina fe cristiana que le transmitieron sus padres, a que había sufrido muchas frustraciones y las había recibido con espíritu sobrenatural —y a ello contribuyó no poco su sólida piedad—, pudo sobreponerse a la rabia y al desánimo.

El padrino resultó dispuesto a cargar con el peso de la familia y le dejó libre. Y así resultó que la muerte del padre retrasó el poder entrar en la vida religiosa, y, en cambio, la nueva situación, tan temida por él, resultó beneficiosa para su vocación.

Francisco Antonio había trabajado incansablemente para sacar adelante a su familia, y era llegada la hora de realizar su antigua aspiración de «poder pensar y trabajar solamente para el Señor». La única dificultad era saber dónde quería el Señor le sirviese. Como era sensato pidió consejo a quien podía ayudarle, pero no sacó nada en claro. Oró para que el Señor se lo manifestase de la forma que dispusiera, e inició una novena a la Reina celestial. Al séptimo día vio que dos religiosos alcantarinos le invitaban a entrar en su Orden. Se presentó al convento de franciscanos alcantarinos recién fundado en Taranto. Dio las señas de los dos frailes que había visto, el uno sacerdote y el otro profeso, y pensaron que era un pobre iluso. Entró a la iglesia de aquellos frailes dolido por verse incomprendido, pero no desanimado. Y allí, a los pies de Jesús, se desahogaba de su pro-

funda congoja. Y en una ocasión en que alzó los ojos vio las imágenes de San Pedro de Alcántara y San Pascual Bailón. Ésos eran los religiosos que él había visto. Y entendió que era la Orden de aquellos santos a donde Dios le llamaba.

Se presentó al día siguiente al Provincial y al padre Guardián que, una vez cumplidos los requisitos que prescriben sus normas, le acogieron entre los Hermanos Menores Alcantarinos de la Provincia de Lecce como hermano lego, pues no tenía formación y había cumplido 24 años.

Fue iniciado en su vida franciscana en el convento de Galátone (Lecce). Cambió su nombre, como era obligado, para significar su rompimiento con el mundo y vivir una nueva vida, y adoptó el de Fray Gil de la Madre de Dios. En aquel ambiente de fervor hizo rápidos progresos en la humildad, obediencia y en cumplir todas las observancias que prescribían las reglas, ganándose el aprecio de sus hermanos. No conocemos los detalles de sus luchas internas, el dolor de la separación de los suyos, el aprendizaje costoso de las costumbres y los rezos que él no conocía, los caracteres tan diversos de personas a las que nunca había tratado y que no sabía cómo iban a reaccionar en cada caso. Todo esto y mucho más le tuvo que costar a fray Gil y hacer derramar más de una lágrima. Pero, sin duda, también se sentiría en otros momentos un privilegiado al poder dedicarse a la contemplación de los misterios divinos.

Entonces eran otras las normas que había en la Iglesia para admitir a la emisión de los votos, y bastaba un año de preparación a la profesión perpetua. Así que, en el propio convento de Galátone, el 28 de febrero de 1755, de manos del ministro provincial fr. Damián de Jesús y de María, emitió su profesión religiosa. Fue entonces cuando recibió el nombre definitivo de fray Gil María de San José.

Desde febrero de 1755 hasta los primeros meses de 1759, tuvo que dejar la dulce soledad de Galátone e ir a vivir al convento de Squinzano (Lecce) ejerciendo el oficio de cocinero de la comunidad.

Después de una breve estancia en el convento de Capurso (Bari), situado junto al santuario de la Virgen del Pozo, de la que fue siempre muy devoto, en mayo de 1759 fr. Gil María fue

destinado a Nápoles, en donde los franciscanos alcantarinos de Lecce tenían un pequeño hospicio, el de San Pascual de Chiaia, elevado, durante el capítulo de 1759, al grado de «guardianato» (priorato).

Ya en Nápoles, nuestro santo permanecerá durante 53 años, es decir, hasta el día de su muerte, ejerciendo uno tras otro los oficios de cocinero, de portero y el de hermano limosnero, con edificación de todos, especialmente de los pobres, que acudían numerosos al convento de Chiaia para recibir de fr. Gil María una ayuda o una palabra de consuelo.

Con solicitud franciscana y caridad activa, el santo consagró todas sus energías al servicio de los dolientes más necesitados, injertándose profundamente en el tejido de la ciudad de Nápoles que, en aquellos años difíciles, estaba atravesando un período lleno de tensiones sociales con motivo de los acontecimientos políticos que conmocionaron el entonces Reino de Nápoles, afectando incluso a la Iglesia y a sus pastores. En este ambiente cargado de pasiones encontradas, fray Gil puso paz, como subrayó el Papa al canonizarle:

«Supo estar atento a las necesidades de las personas que encontraba, tanto en la realización de las tareas más humildes de la fraternidad como en el servicio a los pobres. En sus peregrinaciones diarias por las calles de Nápoles, donde vivió durante muchos años, llevó la palabra evangélica de reconciliación y de paz a un ambiente afectado por tensiones sociales y caracterizado por situaciones de extrema pobreza, tanto económica como espiritual».

Fueron incontables los prodigios que acompañaron la misión de pacificación y de obras buenas que realizó fr. Gil María. Los pobres encontraron en él remedio constante. Buscaba remedio tanto para su hambre, sus enfermedades, su carencia de vestido, como consuelo en sus desgracias y angustias. En cuanto se le llamaba acudía a remediar las calamidades que le presentaban. El poder taumatúrgico estaba en él al servicio de la caridad, tal como resplandece en los milagros de Jesús. Sólo quiso ser, conforme a su divino modelo, un servidor de la bondad del Padre celestial. Tanto fue así, que ya durante su vida le llamaban popularmente «el consolador de Nápoles».

«Nadie quedaba excluido —dijo Juan Pablo II en su canonización— de su atención solícita. Manifestaba este afecto espiri-

tual con la exhortación evangélica “Amad a Dios, amad a Dios”, invitando así a todos a la conversión del corazón a Dios». Los nobles y las personas cultas gustaban de conversar con este franciscano de palabras sencillas e impregnadas de fe. No le faltaba, estando iluminado con la inspiración divina, la sabiduría que ilustraba a unos y resolvía los intrincados asuntos de otros. Tanta era su mansedumbre, que hasta a los hombres más iracundos y agresivos los calmaba con la suavidad de su trato. Los enfermos encontraban consuelo en sus sufrimientos, recibiendo con alegría junto a sus cabeceras. Los pobres, los marginados y los explotados descubrían en el humilde limosnero el rostro misericordioso del amor de Dios.

Sin embargo, la vida de nuestro santo fue esencialmente contemplativa. Cómo no recordar su prolongada oración nocturna delante del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, su tierna devoción a la Virgen Madre de Dios, el amor que tenía al misterio de la Natividad del Redentor, su devoción particular a San José y a San Pascual Bailón. Precisamente porque fue «un contemplativo en medio de la actividad», tuvo la capacidad de ver el sufrimiento y la miseria de los hermanos, siendo todo él un fuego de caridad y de ternura.

Llegado el momento de entregar su alma a Dios, no hacía más que repetir piadosas jaculatorias: «Mi Jesús, Señora mía, mi San José, llevadme al Paraíso». Tal era su deseo del eterno descanso. Al llevarle el viático se quiso poner de rodillas, pero el superior se lo prohibió; antes de recibir la última comunión y la Unción de los enfermos, pidió perdón a todos sus hermanos por lo que les hubiese desagradado o dado algún mal ejemplo. Rogó al superior que le vistieran con el hábito más viejo y estropeado, tras lo cual se sumergió en un profundo silencio y meditación de las cosas celestiales. Llegada la hora cercana al mediodía les preguntó la hora a sus hermanos y les pidió que se fueran a comer que todavía no iba a morir. Su caridad con los hermanos no cesó de mirar por ellos antes que por sí mismo, hasta en este último instante de su vida. Pero sus hermanos de comunidad no quisieron abandonarle. Poco después entraba en agonía, no sin antes decirle al superior: «Padre guardián, diga las letanías porque debo irme enseguida».

Apenas terminada la recitación de las oraciones por el moribundo, cerró los ojos e inclinó lentamente la cabeza para entrar en el sueño de los justos.

Era el mediodía del 7 de febrero de 1812, primer viernes de mes, la hora en que las pequeñas campanas de la pobre iglesia franciscana tocaban el Ángelus. Tenía entonces 83 años.

La voz del pueblo era unánime proclamándole santo. En 1868 el Beato Pío IX afirmó la heroicidad de sus virtudes, y el papa León XIII celebraba la solemne beatificación el 5 de febrero de 1888.

Después de un siglo la Iglesia y la familia franciscana, junto con la numerosa estela de sus admiradores y devotos, pedían la canonización, reasumida la causa en 1952 y concluida con un consistorio público el 10 de abril de 1995 en el que los cardenales y obispos presentes pidieron al Papa su canonización. Juan Pablo II procedía a la misma el 2 de junio de 1996, fiesta de la Santísima Trinidad, en la plaza de San Pedro.

J. I. GONZÁLEZ VILLANUEVA, OSB

Bibliografía

Bula de canonización: *AAS* 90 (1998) 305-307.

COCO, P., *Cenni della Vita del Beato Egidio taumaturgo di Taranto* (Ditta G. Uff. E. Cresati, 1931).

FERRINI, G. - RAMIREZ, J. G., *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).

JUAN PABLO II, «Homilía durante la misa de canonización» y «Discurso a los peregrinos que acudieron a Roma para la canonización»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (1996) n.23, 7-9.

JULIACCI, P. P., *Breve vita popolare* (Nápoles 1958).

BEATO PÍO IX

Papa († 1878)

El pontificado de Pío IX (16-6-1846 a 7-2-1878) ha sido el más largo de toda la historia de la Iglesia: 31 años, siete meses, y veintidós días, superando con mucho la apócrifa profecía «*annos Petri non videbis*»: «No verás los años de Pedro», cuyo pontificado romano duró veinticinco años.

Fue también uno de los más dramáticos por los cambios acelerados en el pensamiento y en la política, en el corazón del

siglo XIX cuando se asienta un régimen liberal en Europa. Un largo período rico en acontecimientos de la mayor importancia como fueron el Concilio ecuménico Vaticano I, la pérdida de los Estados Pontificios, las definiciones dogmáticas de la Inmaculada Concepción de María y de la infalibilidad del Papa, la condenación de los errores modernos en el Syllabus, etc.

La vida y el ministerio de Pío IX se desarrolló en paralelo con la de personajes contemporáneos suyos tan influyentes como Proudhon, Marx, Engels, Comte, Nietzsche, Darwin, Metternich, Cavour, Bismarck, Napoleón III, por no citar más que algunos filósofos y políticos notables, que protagonizaron las tensiones y luchas en las que se vio envuelto el gobierno espiritual y temporal de la Iglesia.

Ya al final de sus días, el mismo Pío IX, consciente y humilde, hizo esta confidencia a monseñor Czacki:

«Mi sucesor debiera tomar inspiración de mi amor a la Iglesia y de mi deseo de hacer el bien. En cuanto a lo demás, todo ha cambiado a mi alrededor. Mi sistema y mi política ya han visto pasar su época. Pero yo soy demasiado viejo para cambiar de orientación, eso será la obra de mi sucesor» (D. FERRATA, *Memoires*, I [Roma 1920])

El balance es certero. Se podría criticar el mayor o menor acierto de sus decisiones, pero lo cierto es que estamos ante un hombre que se movió guiado por la caridad pastoral en grados heroicos de entrega.

Por eso ha sido beatificado el 3 de septiembre del año 2000

Juan Pablo II, con acierto y valentía, sin hacer caso de acerbas críticas, quiso unirle en la glorificación al popularísimo Juan XXIII, apellidado *el párroco del mundo*, que le había tenido gran admiración y simpatía, según propio testimonio:

«Pienso siempre en Pío IX de santa y gloriosa memoria, e imitándole en sus sacrificios querría ser digno de celebrar su canonización»

Ciertamente hay grandes afinidades entre los dos: ambos convocaron los dos últimos concilios, a los dos les vincula su caridad pastoral, su buen humor, su tierna devoción a San José, pero sin ser figuras antitéticas, las divergencias y los contrastes no faltan, sobre todo en el talante que les distancia: Pío IX en

su dura confrontación con el mundo contemporáneo, con el que Juan XXIII entabló diálogo abierto y esperanzador.

La rica personalidad de Pío IX reunía muchas y muy buenas cualidades: una presencia llena de dignidad y atractivo, ingenio y fantasía, profundo sentido religioso, sensibilidad para la belleza, en especial para la música pues era un magnífico violinista. Su emotividad impresionable le jugó algunas malas pasadas en decisiones puntuales, dada la complejidad de la situación.

Giovanni María Mastai-Ferretti nació en Senigallia, en el Píeno, muy cerca de Ancona, mirando al Adriático, el 13 de mayo de 1792. Su padre, Girolamo, pertenecía a una noble familia de Lombardía. Su madre, Caterina Solazzi, también descendía de una ilustre familia.

Recibió el bautismo en el mismo día de su nacimiento. Educado por su piadosa madre, mostró desde niño tierna devoción al Santísimo Sacramento y un delicado amor a la Santísima Virgen María.

Cursó los primeros estudios en el colegio escolapio de Volterra, en Toscana, y sintiendo inclinación al estado eclesiástico, recibió la clerical tonsura en 1809. Pero, enfermo de epilepsia, se vio obligado a interrumpir los estudios. Entonces fue peregrino al santuario de Loreto ante la incertidumbre de su futuro. Poco a poco se fue curando de su dolencia y, con la ayuda personal del papa Pío VII, pudo completar los estudios de filosofía y teología en el Colegio Romano y fue ordenado presbítero el 10 de abril de 1819.

Ya entonces hizo el propósito de buscar únicamente la gloria de Dios y la salvación de los hombres, sin ambición alguna de cargos y dignidades. Antes y después de ser sacerdote vivió intensamente la vida espiritual con la oración y las demás prácticas de piedad, pero también con las reuniones sacerdotales, inscribiéndose en la Tercera Orden de San Francisco. En algún tiempo pensó hacerse jesuita.

Fue su primer cargo la dirección del orfelinato «Tata Giovanni», donde su entrega y generosidad dejó grato recuerdo y abundantes frutos educacionales.

A los cuatro años de su ordenación, en 1823, fue nombrado para acompañar al arzobispo Juan Muzzi, visitador apostólico,

en su difícil viaje a América del Sur, llegando a Chile donde abrigaba la esperanza de quedar como misionero. Durante casi dos años recorrió Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Colombia y Uruguay, donde pudo conocer a fondo la situación de la Iglesia en aquellas misiones.

A su regreso, en 1825, es nombrado canónigo de Santa María y director del Hospicio Apostólico de San Miguel de Roma, donde brilló su talento administrativo no menos que su caridad, e introdujo la gran novedad de enseñar un oficio a los niños allí acogidos. Por entonces dedicó también mucho tiempo a la predicación en distintas iglesias y organizaciones romanas.

El 24 de abril de 1827, el papa León XII, conocedor de sus eximias virtudes y excelentes cualidades, le nombró arzobispo de Spoleto. Allí en el escaso tiempo de un quinquenio su habilidad y celo pastoral mejoró la formación del clero, reformó los monasterios y logró elevar la moralidad pública. Durante las revoluciones de 1831 dio pruebas fehacientes de su espíritu conciliador entre los italianos y los austriacos.

Con gran sentimiento de sus diocesanos se trasladó a Ímola, en Emilia, a donde le envió el papa Gregorio XVI en 1832. Allí renovó también el seminario, abrió una residencia para sacerdotes ancianos, fomentó la enseñanza y organizó en su palacio una escuela bíblica.

El mismo Papa le hizo cardenal en 1840, permaneciendo en Ímola donde cada día era más estimado y admirado en su ejercicio del ministerio episcopal.

Se acentuó su fama de liberal, que ya le venía de su mismo ambiente familiar. Acogía a todos sus diocesanos sin distinción, incluso a los liberales, entre los que tuvo verdaderos amigos. Como su diócesis pertenecía a los Estados Pontificios, envió a la Santa Sede sus famosos *Pensieri relativi all'amministrazione pubblica dello Stato pontificio*, en 1845, con 58 peticiones razonables y renovadoras.

A la muerte de Gregorio XVI se presentaba difícil la elección de un sucesor que resolviera con acierto y moderación los intrincados asuntos políticos de la soberanía temporal sobre los Estados de la Iglesia en las complejas circunstancias en que se estaba fraguando con entusiasmo delirante la unidad de Italia.

Se presagiaba un largo cónclave por las presiones exteriores que señalaban como candidato al cardenal Gizzi, muy popular en Roma, o a Lambruschini, Secretario de Estado con el Papa anterior, y porque los mismos cardenales miraban en distintas direcciones y con varias candidaturas.

Contra todo pronóstico, al 2.º día, en la 4.ª votación, salió elegido el cardenal Mastai-Ferretti, que, por gratitud a Pío VII, tomó su mismo nombre.

El decreto de amnistía general y sus primeros nombramientos daban la impresión de confirmar el talante liberal del nuevo Papa, en cuya familia, al decir de su predecesor, *eran liberales hasta los gatos*.

Pero pronto se desvaneció esa falsa imagen agigantada por las infundadas expectativas que alimentaban los extremistas revolucionarios. Al grito de *Viva el Papa*, soñaban que el mismo Pío IX se pusiera al frente del movimiento unionista contra el poder austriaco que había invadido el Véneto y Ferrara. No comprendieron la neutralidad del Papa que, en virtud de su ministerio, abrazaba a todos los pueblos con el mismo afecto paterno (Alocución del 29 de abril de 1848).

La defensa de los Estados Pontificios, como condición indispensable para asegurar la libertad del Papa y de la Iglesia, encontró en Pío IX un paladín incansable y heroico. Todavía estaban lejos los días en que esa pérdida y despojo se iban a ver como una auténtica y providencial liberación, ganándose en prestigio e influencia moral mucho más de lo que se perdía, pues el poder temporal resultaba una carga y un obstáculo. Solamente algunos soñadores lo intuían, como Gioberti, o antes Lorenzo Valla.

Para Pío IX esa defensa supuso un prolongado martirio a partir de las revoluciones de 1848. En septiembre, para dominar la anarquía que reinaba en Roma, confió la presidencia del Consejo de ministros al prudente y enérgico Pellegrino Rossi que aspiraba a un gobierno constitucional según el modelo francés. Pero fue asesinado el 15 de noviembre de 1848 en la misma apertura del Parlamento.

Asediado Pío IX en el Quirinal, hubo de huir disfrazado a Gaeta, donde permaneció 17 meses ante la conmoción del

mundo católico. El 9 de febrero de 1849, la chusma revolucionaria le privaba del gobierno temporal y proclamaba la república. Corrían de boca en boca los versos de Monti:

«Arrancale al pescador de Tierra santa
el cetro de rey y mandale que como antes
tenda su red sobre la arena desnuda»

El extraño nombramiento del protosecretario de Estado, cardenal diácono Antonelli, endureció las cosas, pues más hombre de mundo que de Iglesia, giró hacia formas teocráticas y autoritarias. Y el Papa se vio forzado a recabar ayuda militar extranjera, en vez de dialogar con el Parlamento romano, como aconsejaba el filósofo Rosmini. El 30 de junio de 1849 Roma fue conquistada por los franceses tras la defensa heroica de Garibaldi; y el 12 de abril de 1850 el Papa pudo regresar a Roma.

Diez años más tarde, en septiembre de 1860 el ejército del Papa fue derrotado por los piemonteses de Víctor Manuel II en Castellfiardo, perdiendo Romaña, Las Marcas y Umbría. La excomunión contra los depredadores no tuvo ningún efecto. El Papa rechazaba siempre las propuestas de Camilo Cavour con las palabras: *Non possumus*.

Aunque en 1867 las tropas pontificias y francesas derrotaron a Garibaldi en Metano, el estallido de la guerra francoalemana animó a los piemonteses a ocupar Roma el 20 de septiembre de 1870. Y en junio de 1871 Roma fue proclamada capital de Italia. El Quirinal se convirtió en el palacio del Rey.

Pío IX rechazó la ley de garantías, confió en el óbolo de San Pedro y se consideró prisionero del Vaticano. Lo mismo hicieron sus sucesores hasta que la «cuestión romana» se resolvió en 1929 con los tratados de Letrán, que determinaron el «status jurídico» del pequeño estado de la Ciudad del Vaticano.

Pese a tantos y tan dramáticos sucesos, el pontificado de Pío IX fue de extraordinaria vitalidad para la Iglesia. Su dedicación ejemplar al ministerio pastoral y su gran eficacia espiritual se explican y se reflejan en el horario de su vida, muy similar también al del Beato Juan XXIII.

Los testimonios de quienes le trataron de cerca en la documentación recogida en su proceso de beatificación acreditan que su vida estuvo orientada por una fe muy profunda. Se le-

vantaba habitualmente a las cinco de la mañana. Dedicaba dos horas a la oración, misa y acción de gracias por la comunión. En una hora despachaba los asuntos más urgentes y desayunaba a las nueve. El resto de la mañana hasta el almuerzo, que era a las dos, atendía la correspondencia y recibía a los cardenales y prefectos de las congregaciones. Tras el almuerzo rezaba el rosario y el breviario paseando por las galerías o jardines del Vaticano.

Antes de perder los Estados Pontificios, acostumbraba a recorrer las calles de Roma interesándose por sus gentes y por la enseñanza del catecismo a los niños. A las cinco comenzaba de nuevo los despachos hasta las nueve. Cenaba y rezaba el resto de oficio y se retiraba a descansar.

Nunca pretendió hacer carrera ni buscó ascensos ni prebendas. Cuando las tuvo, siempre la caridad marcó su rumbo.

Dos características de su vida interior fueron la confianza y el abandono en la divina Providencia y su devoción filial a la Santísima Virgen.

Cordial, simpático, bromista, con sentido común e inteligencia práctica, generoso y humilde, fue muy amado por el pueblo cristiano, pero también odiado y calumniado.

Las prolongadas tribulaciones maduraron su confianza en Dios. La figura del Papa recluido tras los muros del Vaticano agigantó el prestigio del pontificado y se pusieron de moda las peregrinaciones a Roma, culminando en los años jubilares.

Su vida interior no cambió cuando fue Papa. Celebraba fervorosamente la Eucaristía. Rezaba de día y de noche. Come frugalmente. Utiliza muebles sencillos. Disimula molestias de las piernas. Sonriente, caritativo, daba a manos llenas los donativos que recibía de los fieles. Valiente y piadoso, la aureola que le rodeó brotaba de su conducta de pastor. Con la fervorosa adhesión de los fieles superó tensiones irritantes de las iglesias nacionales.

La vida de la Iglesia se potenció con el perfil nuevo de la curia romana regida por verdaderos pastores, con celo apostólico, preparados en las ciencias eclesiásticas, que levantaron sus ojos de los asuntos temporales italianos a horizontes más universales.

Pío IX cuidó con esmero el nombramiento de los obispos de todo el mundo cristiano en el que intervino directamente y se abrió a la extensión misionera de la Iglesia en los continentes extraeuropeos, especialmente en América del Sur.

Nombró el primer cardenal norteamericano. Además de crear el Patriarcado latino de Jerusalén, erigió 29 sedes metropolitanas, 132 episcopales, 3 prefecturas apostólicas y tres delegaciones. En tierras de misión, 33 vicariatos apostólicos, y 15 prefecturas. Restableció la jerarquía eclesiástica en Inglaterra y en Holanda.

Fomentó las tradiciones y ritos orientales y canonizó a San Josafat, obispo y mártir oriental. Puso los cimientos de la futura congregación para las Iglesias Orientales, con una sección autónoma en la congregación de «Propaganda Fide». Dedicó el máximo interés en la formación espiritual e intelectual del clero abriendo nuevos seminarios en todo el mundo y en Roma, especialmente el que lleva su nombre.

Igualmente impulsó la vida religiosa. En su pontificado florecieron y se renovaron las órdenes y congregaciones religiosas antiguas y se fundaron muchas nuevas que lo tienen por autor. Así los salesianos de D. Bosco lo consideran como segundo fundador.

Defendió a los pueblos oprimidos, como los polacos, con palabras y con obras. Reivindicó los derechos y libertad de la Iglesia considerándolo un sagrado deber. La fortaleza y la paciencia se fueron acrisolando en su larga vida

De su tiempo son el Santo Cura de Ars, Juan María Bautista Vianney, Santa Teresa del Niño Jesús, Don Bosco, Bernadette Soubirous, a quien la Virgen de Lourdes le dijo: *Yo soy la Inmaculada Concepción*, en 1858, a los cuatro años de la definición.

Creció la piedad del pueblo cristiano con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el culto eucarístico, superado el rigorismo jansenista. Declaró patrono de la Iglesia universal a San José sacándolo del silencio de siglos (8-12-1870).

El magisterio de Pío IX se abrió con la encíclica *Qui pluribus* (9-11-1846) sobre la armonía entre la fe y la razón, el peligro del indiferentismo religioso y la condena del comunismo como lo más contrario al derecho natural. Fue una denuncia profética

dos años antes de que Marx y Engels proclamaran el manifiesto comunista (1848).

El 8 de diciembre de 1854 definió el dogma de la Inmaculada Concepción, verdad muy arraigada en el *sensus fidelium*, mediante la bula *Ineffabilis Deus*. En el documento se alude a la infalibilidad con que Jesucristo ha investido a su vicario en la tierra.

La doctrina del magisterio pontificio *ex cathedra* quedó definida en la constitución dogmática *Pater aeternus* (18-7-1870) del Concilio Vaticano I, por él convocado el 29 de junio de 1868. De los 51 esquemas preparados sólo llegaron a discutirse dos: sobre la fe católica y sobre la Iglesia. Treinta y siete sesiones se dedicaron a la infalibilidad con apasionadas discusiones.

El obispo Gasser de Brixen, el 11 de julio, había logrado disipar con su exposición las condiciones para la infalibilidad, las dudas de los que se oponían; y se obtuvo una votación ampliamente favorable que pronto se convirtió en aplastante mayoría.

Sólo una minoría principalmente alemana, la de los *veteres catholici*, encabezada por Ketteler, obispo de Maguncia, se negaron a aceptarla. Al leer la declaración definitiva el 18 de julio estalló una tormenta pavorosa, que algunos interpretaron como una protesta del cielo; y otros, como el rugido furioso del infierno. Días después estalló la guerra franco-alemana y el Papa hubo de despedir a los padres conciliares.

La definición afirmaba que el Papa tiene potestad episcopal plena, ordinaria y directa sobre la Iglesia universal y sobre cada uno de los obispados. Y tal potestad se extiende tanto a las cuestiones de fe y costumbres como a la disciplina y a la dirección eclesiales. Cuando el Papa habla *ex cathedra*, es decir, en la forma más vinculante, empleando su plena autoridad pastoral y doctrinal, y toma una decisión definitiva para toda la Iglesia en alguna cuestión de fe o de costumbres, tal decisión es infalible e inmutable *por sí misma y no por el consentimiento de la Iglesia*.

Tal vez lo más agriamente polemizado del magisterio del Beato Pío IX han sido las proposiciones del *Syllabus*, un elenco de 80 enunciados, compendio de errores derivados de la ideología liberal anticristiana, contenido en la encíclica *Quanta cura* del 8 de diciembre del 1864. Este documento no se puede leer con la mentalidad actual para juzgarlo, sino a la luz de los documen-

tos precedentes. Para no pocos sigue siendo un arma arrojadiza contra la Iglesia considerándola como una institución retrógrada.

Pero en realidad, tras el lenguaje en apariencia un tanto negativo, formulan con valentía y agudeza la incompatibilidad de posiciones y afirmaciones concretas con la fe cristiana: naturalismo a ultranza, pretensión de ordenar la sociedad humana sin religión, laicización de todas las instituciones, la hostil separación de la Iglesia y el Estado, la falsa libertad de prensa y de cultos, en definitiva, la libertad de conciencia en total subjetivismo que, como vemos hoy, llega hasta confundir el bien con el mal. La historia ha venido a dar la razón al magisterio del Beato Pío IX.

Ya anciano de 86 años siguió atendiendo las audiencias hasta los primeros días de febrero de 1878. Afectado por un catarro con ligera fiebre, el día 6 su vida se extinguió suavemente cuando el rosario que rezaban en la habitación del moribundo llegaba al cuarto misterio doloroso. Cuatro semanas antes había oficiado los funerales del rey de Italia, Víctor Manuel.

Según sus deseos, en 1881 fueron trasladados sus restos desde la tumba provisional en San Pedro a San Lorenzo Extramuros. Unos clérigos alemanes, con peligro de su vida, impidieron entonces que la chusma revolucionaria los arrojara al Tíber.

En 1907 se introdujo en la curia romana su causa de beatificación. Interrumpido el proceso por falta de datos en 1922, fue abierto de nuevo en 1954 y concluyó su primera fase con el decreto del 6-7-1985 que reconoce y declara que Pío IX vivió en grado heroico las virtudes cristianas (cf. *AAS* 77 [1985] 108-115). El decreto con la declaración del milagro para la beatificación está en *AAS* 92 (2000) 439ss. Y el breve de beatificación en *AAS* 93 (2001) 652-655.

La homilía de Juan Pablo II (3 de septiembre de 2000) es una sintética valoración del Beato Pío IX:

«En medio de los acontecimientos turbulentos de su tiempo, fue ejemplo de incondicional adhesión al depósito inmutable de las verdades reveladas. Fiel en toda circunstancia a los compromisos de su ministerio, supo siempre dar la primacía a Dios y a los valores espirituales

»Su larguísimo pontificado no fue ciertamente fácil, y tuvo que sufrir mucho en el cumplimiento de su misión de servicio al evangelio.

»Fue muy amado, pero también odiado y calumniado. Fue precisamente en medio de estos contrastes donde brilló más resplandeciente la luz de sus virtudes: las prolongadas tribulaciones fortalecieron su confianza en la divina Providencia, de cuyo soberano dominio sobre las vicisitudes humanas nunca dudó».

De aquí nacía la profunda serenidad de Pío IX, incluso en medio de las incomprensiones y los ataques de tantas personas hostiles.

A quien estaba a su lado solía decir:

«En las cosas humanas hay que contentarse con hacer lo que se pueda y, en el resto, abandonarse a la Providencia, la cual saneará los defectos y las insuficiencias del hombre» (*Ecclesia* [2000] n.3014, p.1409).

En la documentación recogida para la beatificación (*Romana seu senigallensis... servi Dei Pii IX positio super virtutibus*, 3 vols. [Ciudad del Vaticano 1961-1962]) se contienen muchos datos de su vida, que estuvo siempre orientada por una fe viva y profunda.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

- AUBERT, R. «Pío IX y su época», en A. FLICHE - V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, XXIV (Valencia 1974).
- GELMI, J., *Los papas. Retratos y semblanzas* (Barcelona 1986) 198-205.
- KELLI, J. N. D., *Grande dizionario illustrato dei papi* (Casale Monferrato 1986) 732-735.
- PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 438-456.

BEATOS ANSELMO POLANCO Y FELIPE RIPOLL

Mártires († 1939)

A quienes había unido la estrecha colaboración en el ministerio pastoral y la corona del martirio, al P. Anselmo Polanco, obispo de Teruel, y a su vicario general, Rdo. Felipe Ripoll, el papa Juan Pablo II los beatificó conjuntamente el primero de octubre de 1995. Ambos fueron víctimas del odio fratricida que tiñó de sangre, también martirial, la Iglesia y la sociedad españolas a lo largo de la guerra civil de 1936 a 1939. En tan amargas circunstancias, en el enfrentamiento de los dos bandos irre-

conciliables al pueblo español, los dos pastores mártires se mantuvieron firmes en su fidelidad y en sus convicciones, hasta dar la vida por las ovejas, como el único Buen Pastor, Jesucristo (Jn 10,11).

Anselmo Polanco Fontecha, hijo de Basilio y de Ángela, nació en Buenavista de Valdavia (Palencia), el 16 de abril de 1881. Fue bautizado el siguiente día 21 y confirmado el 20 de julio de 1889 por el obispo de León.

Felipe Ripoll Morata era natural de Teruel, donde nació el 27 de julio de 1881.

El futuro obispo mártir cursó sus primeros estudios eclesiásticos, desde 1892, en la preceptoría de Barriosuso, y entró en el colegio de los Padres Agustinos en Valladolid en junio de 1896. El siguiente 1 de agosto, empezó el noviciado en la orden agustina, en la que profesó el 2 de agosto de 1897. Cursó los estudios de filosofía en Valladolid y de teología en La Vid (Burgos). Recibió la ordenación sacerdotal el 17 de diciembre de 1904. Pasó seis meses en Alemania, adonde le enviaron sus superiores seguramente para que aprendiera nuevas técnicas pedagógicas. Regresó luego a Valladolid para dedicarse, con sucesivos cargos, a la formación e instrucción de los jóvenes religiosos. En 1909 obtuvo el grado de «lector» en la Orden y fue nombrado maestro de los profesos. En 1913 pasó a enseñar teología en La Vid, en 1916 consiguió el título de «regente» y en 1921 se graduó como «maestro» en teología de la Orden.

Entre 1922 y 1929 ejerció el cargo de superior en Valladolid, donde fue director de estudios desde 1923. Asistió al capítulo general de la Orden en 1925. En 1926 intervino en el capítulo provincial que erigió la nueva provincia del Santísimo Nombre de Jesús de España, para que la provincia de Filipinas continuara autónomamente su secular tradición misionera.

Como superior, demostró su profunda vocación religiosa, su aprecio a la Orden, exigente consigo mismo y con los demás en la observancia de los votos y de las constituciones. Vivía y enseñaba la vocación a la santidad, a la que es llamado particularmente el religioso.

«Mas que nadie —predicaba— hemos sido elegidos para ser santos en el cuerpo y en el espíritu, con la verdadera santidad que

nace del interior y se extiende y derrama hacia fuera, esparciendo el buen olor de Cristo».

El capítulo provincial de 1929 lo eligió como consejero de la Provincia de Filipinas, a la que pertenecía, y se trasladó a aquellas islas. En 1933 fue elegido prior provincial y trasladó a España la sede de la provincia religiosa. En virtud de su cargo, tuvo que visitar las casas del vasto territorio de la provincia en Filipinas, China, Norteamérica, Argentina, Colombia, Perú, la Amazonia... Brilló en todo momento por su apasionada vocación misionera. Escribió en 1935:

«Entre todos los ministerios a los que consagran su actividad los religiosos de la Provincia, uno de los que más la honran, y que, sin duda, atrae sobre ella las bendiciones del cielo, es el apostolado y la evangelización de los infieles».

Esta larga trayectoria de virtud y celo apostólicos, de ejemplaridad en la profesión religiosa, de amor a la Iglesia y al bien de las almas, hizo que la Santa Sede se fijara en él para designarle, en momentos harto difíciles, obispo de Teruel. Fue elegido por Pío XI para esta sede aragonesa, que llevaba adjunta la administración apostólica de Albarracín, el 21 de junio de 1935. No eran aquéllos los mejores tiempos para ser obispo, sentenció su madre, llena de sabiduría popular. Exhortó a su hijo a comportarse con valor: «¡También los mártires dieron su sangre por Cristo!», añadió. Palabras proféticas, suscitadas por la vía dolorosa que recorría la Iglesia en España y por la crisis que escindía la sociedad civil.

Fray Anselmo Polanco recibió la ordenación episcopal en Valladolid, en la iglesia del Santo Nombre de Jesús, que él había terminado siendo superior del colegio agustino, el siguiente 24 de agosto. El 7 de octubre, desde Zaragoza, firmaba la primera carta pastoral que enviaba a sus nuevos hijos en la fe:

«He venido a dar la vida por las ovejas [...] Vivamos unánimes y concordados, seamos perfectos perseverando en un mismo querer, amándonos los unos a los otros, y orando juntos, de manera que al final de la jornada arribemos todos a la puerta [...] Que podamos aplicarnos las palabras del Pastor y Obispo de las almas por excelencia: "No hemos dejado perecer a ninguno de los fieles que entregasteis a nuestro cuidado y vigilancia"».

Al día siguiente hacía su solemne entrada en la ciudad episcopal, acogido por el entusiasmo de esta porción del pueblo de Dios que le había sido confiada. El siguiente día 12 realizaba igual función en Albarracín, siendo recibido con iguales manifestaciones de júbilo.

Empezó su servicio episcopal bajo el lema que había grabado en su escudo: «Yo de muy buena gana me gastaré y desgastaré por vuestras almas» (2 Cor 12,15). El nuevo obispo era muy consciente de que habían llegado los tiempos de la actividad y de la lucha. Gastó y desgastó todas sus fuerzas en el pastoreo diligente de los fieles, en la dedicación a los sacerdotes, a los seminaristas, a los religiosos y religiosas, en la promoción del apostolado seglar. En su acción pastoral, la Eucaristía era su centro y fuente de piedad y de apostolado. Promovía la devoción a la Virgen María. La catequesis atraía toda su atención. Se preocupaba, cual otro Santo Tomás de Villanueva —también obispo agustino—, de los pobres, a quienes socorría con todo el amor efectivo de su corazón y de sus manos.

Como primer colaborador de su ministerio episcopal, cuando no había transcurrido un mes de su entrada en la diócesis, eligió a un sacerdote, lleno de ciencia y de piedad, el canónigo Felipe Ripoll. Lo designó vicario general el 4 de noviembre de 1935. Había recibido la ordenación presbiteral el 23 de marzo de 1901, tras cursar sus estudios en el seminario turolense. Dice la bula de beatificación:

«Desde el inicio de su ministerio, se dedicó a la formación de los seminaristas, de quienes fue profesor y rector. Fue canónigo y arcediano de la Catedral. Deseoso de progresar hacia la santidad, entró en la Compañía de Jesús, pero su salud no soportaba este tenor de vida, por lo que tuvo que interrumpir el noviciado y regresar a la diócesis, donde fue celoso y prudente penitenciario, y ejerció fervientemente su sagrado ministerio en la Acción Católica y en otras asociaciones. Fue un varón de Dios humilde, pobre, modesto, afable, devoto de la Sagrada Eucaristía, muy dado a la oración. El obispo Polanco lo eligió su vicario general y entre ambos surgió una fraternal comunión de espíritus».

Ya contaba 46 años cuando decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Fue un celoso y prudente director espiritual. Ejerció su apostolado social en el Círculo de Obreros Católicos.

Ante las elecciones del 16 de febrero de 1936, el P. Polanco recordó a sus diocesanos el deber de votar en conciencia en aquel momento tan decisivo para la cuestión política y social del Estado. En su exhortación, empleando términos de «La Ciudad de Dios» de San Agustín, describe el momento presente como un enfrentamiento de las dos ciudades enemigas, «dos bandos opuestos del bien y del mal». Llama a sus fieles a acudir al «campo de batalla a ocupar el puesto que nos corresponde. Dios lo quiere; la Iglesia y la Patria lo reclaman». En las elecciones, triunfó el Frente Popular. Como era de prever, mal anduvieron las relaciones, ya deterioradas, entre la Iglesia y las fuerzas políticas dominantes en la II República española. El obispo de Teruel exhortaba:

«Sed corteses y atentos con las autoridades civiles, mostrando que deseáis la concordia y que sois amadores de la paz [...] Si os fuese preciso defender los derechos de la Iglesia, hacedlo con celo y entereza; pero discretamente, sin violencia de lenguaje y evitando que se menoscabe la nobleza de la causa con los resquemores del amor propio».

No fue posible la paz y estalló la guerra fratricida, que muy pronto tomó, en el lado republicano, signos claros de venganza y persecución religiosa, en el bando llamado «nacional», muestras claras de revancha y de persecución también sangrienta a cuantos simpatizaban con el frente opuesto.

Entre el 18 y el 19 de julio toda España se vio inmersa en la guerra civil, por el levantamiento de varios jefes militares, desde diversas ciudades de la península y de las islas, contra las autoridades republicanas. España quedó escindida en dos zonas en guerra: la republicana y la llamada «nacional». Al principio de la contienda, Teruel quedó situada en esta última, pero ya el 20 de agosto estuvo cercada por el ejército republicano y sufrió un prolongado sitio. El obispo se refugió en el Seminario el primero de octubre. Junto a él, estaba su vicario general, pues afirmaba que su puesto era estar junto a su obispo. Estando en Zaragoza, cuando le aconsejaron no retornar a Teruel, don Felipe respondió: «Es preciso volver a Teruel aunque estemos en peligro; debemos estar dispuestos al martirio».

Al Seminario llegaban las tristes noticias de los destrozos de personas y de bienes eclesiásticos sufridos en su diócesis. Al Se-

minario acudían a refugiarse también muchos de sus sacerdotes perseguidos, a quienes el obispo acogía con inmensa caridad y con quienes hacía vida de comunidad. Aunque salió para realizar algunos viajes a la otra zona en conflicto, por ejemplo en ocasión de la muerte de su madre (agosto de 1937), volvió enseñada a Teruel porque —decía— «mi puesto está al lado de mis ovejas». Añadía: «Mientras haya un alma en la ciudad, tiene grey el obispo».

El domingo de Pasión, 14 de marzo de 1937, escribió una exhortación pastoral, que puede considerarse anticipo de la que el primero de julio saldría con la firma de la mayoría de los obispos españoles —entre ellos, el obispo Polanco que la firmó desde su ciudad episcopal asediada—, avalando como «Cruzada» el «Alzamiento nacional». En su escrito, el obispo Polanco, herido en su corazón de pastor y padre de la comunidad católica, menciona a los sacerdotes turolenses que han muerto «mártires de la fe», invita a los que quedan y volverán a sus parroquias a restaurar el espíritu cristiano, a «reedificar el templo de la fe, de la esperanza y del amor». Anima a todos a levantar el ánimo: «El amor redime y eleva. Es el instrumento que, diestramente manejado por la mano del soberano artífice, transforma las almas y las perfecciona, modelándolas y haciéndolas conformes a la imagen de Cristo crucificado». Así, pues, el Beato Polanco predica el amor para superar aquella horrible guerra entre dos bandos, que él mismo califica: uno formado por «los defensores de la religión, de la Patria y del orden», y el otro «los blasfemos que alardean de llamarse a sí mismos los sin Dios y sus aliados».

Desde el Seminario, en la medida de sus posibilidades, seguía animando la fe de sus diocesanos. Salía de su refugio para socorrer a las víctimas del asedio y de los bombardeos, en el durísimo y caótico invierno de 1937. Hubiera podido trasladar su residencia a Albarracín, ciudad ya en poder de las fuerzas «nacionales», pero prefirió quedarse con los que sufrían las embestidas de las tropas enemigas. Cada día en el Seminario visitaba, consolaba, atendía a los heridos y a los enfermos allí refugiados como él.

La ciudad de Teruel cayó en manos de las fuerzas republicanas el 7 de enero de 1938, tras 22 días de intenso asedio. Enton-

ces el obispo y su vicario general ya residían en el convento de Santa Clara, pues las bombas habían destruido el Seminario. Al día siguiente, el obispo, vestido de fraile agustino y con la cruz pectoral sobre el pecho, se presentaba a las tropas republicanas, con los sacerdotes que habían compartido su refugio, entre ellos el vicario general Felipe Ripoll.

En la comandancia republicana aseguraron al obispo que ni la vida de él ni la de sus sacerdotes corría peligro. Indalecio Prieto, ministro de Defensa, consideró al obispo prisionero de guerra, oponiéndose desde el principio a su fusilamiento. El aprisionamiento del P. Polanco tuvo amplio eco en la prensa española y extranjera. Al obispo y a su vicario, los condujeron en coche, primero a Rubielos de Mora y luego, en tren, hasta Valencia, donde fueron alojados en la cárcel de San Miguel de los Reyes, un antiguo monasterio cisterciense.

Empezarían ya las largas conversaciones sobre el destino y posible canje del ilustre prisionero entre las autoridades de la República —entre las que destacaba el Ministro de Justicia, Manuel de Irujo—, el régimen de Franco, el Vaticano y otras instancias y personalidades extranjeras.

En su cautiverio, el obispo mantuvo siempre su dignidad y sus ideas, no abjuró de su firma en la carta colectiva de 1937 del episcopado español, se desvivió para hacer llevadera, con admirable caridad, la suerte de sus compañeros presos.

El 17 de enero de 1938 el obispo Polanco, con sus compañeros de cautiverio, fueron trasladados de Valencia a Barcelona. Primeramente, por poco tiempo, quedaron detenidos en el cuartel «Pi i Margall», antiguo convento de dominicas de Monte Sión; luego pasaron al «depósito de prisioneros 19 de julio», anteriormente convento de las Siervas de María. Aquí recibió visitas de personajes ilustres, entre los cuales la del citado ministro Indalecio Prieto, que se interesaron para ponerlo en libertad. Ante la propuesta de exiliarse al extranjero, siempre respondió que en todo se sujetaría a la decisión de la Santa Sede. Mientras tanto, en su prisión de Barcelona perseveraba en la oración y en el apostolado, unido siempre a su vicario general.

Por la Navidad de 1938 las tropas franquistas se acercaban a Barcelona. En una operación de emergencia, los prisioneros de

la cárcel del «19 de julio» y de otra fueron evacuados conjuntamente hacia el norte, siguiendo los pasos de tantos republicanos hacia la frontera francesa, del propio ejército que se retiraba en desbandada. El 24 de enero de 1939, el P. Polanco y sus compañeros son conducidos en tren a Ripoll; de allí, a pie, son obligados a marchar, al anochecer del día 27, hacia Sant Joan de les Abadesses, adonde llegan el siguiente día 29. Al mediodía, el obispo de Teruel, los canónigos que le acompañaban y los mayores de 50 años, son hacinados en un camión que parte en dirección a Figueras. El 3 de febrero el obispo y sus compañeros estaban en Pont de Molins, en una masía.

Un puñado de milicianos de las tropas derrotadas, descontroladas, que practican la táctica de tierra quemada en su huida hacia Francia, se apoderan de los prisioneros en la casa de campo. A empujones los montan en un camión, los maniatan y desvalijan, los sujetan de dos en dos por las muñecas y, al llegar al barranco de Can Tretze, fusilan a los 42 prisioneros, queman sus cuerpos y los arrojan en la hondonada. Esto sucedía el 7 de febrero.

Hasta el día 17 un pastor no encuentra, casualmente, los cadáveres de las 42 víctimas. Dos días más tarde son enterrados en el cementerio de Pont de Molins, en una fosa común. El 3 de marzo fueron exhumados los restos venerables del P. Polanco y de su vicario Felipe Ripoll. Vía Barcelona y Zaragoza, los despojos son trasladados a Teruel y sepultados en la capilla de Santa Emerenciana, en la catedral, el día 5. Allí permanecieron hasta después de su beatificación, cuando fueron depositados en la cripta bajo el altar mayor, el 7 de febrero de 1996. La inscripción del altar reza: «Juntos hasta dar la vida por amor».

En 1950, el obispo sucesor de fray Anselmo Polanco, el franciscano fray León Villuendas, abrió la causa de canonización de los dos siervos de Dios. En 1952 el proceso entró en la Congregación de Ritos. En 1994 el papa Juan Pablo II aprobó el proceso del martirio de los dos fieles compañeros y los beatificó en San Pedro del Vaticano el día primero de octubre de 1995.

Ambos fueron testigos («mártires») de la fe en tiempos ásperos para la Iglesia y para la sociedad española; fueron pasto-

res que dieron la vida por sus ovejas, amando hasta el extremo, imitando al verdadero buen Pastor y primer mártir, Jesucristo.

PERE LLABRÉS

Bibliografía

- Bibliotheca sanctorum. Prima appendice*, t.I cols.1067-1069.
Breve de beatificación: *AAJ* 88 (1996) 796-799.
Sobre el obispo Polanco:
AI ONSO, C., *Beato Anselmo Polanco, obispo y mártir* (Valladolid 1996).
— *Nuevo año cristiano. Febrero* (Madrid 2001) 128-134.
APARICIO LOPEZ, T., *Anselmo Polanco. Al servicio de Dios y de la Iglesia* (Madrid 1995).
BELTRAN, J., *Tras las huellas del P. Polanco* (Teruel 1989).
— *Anselmo Polanco Fontecha*, en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 214-217.
CABLOR, L., *El obispo mártir de Teruel. Reseña biográfica del Excmo. y Rdmo. P. Anselmo Polanco, OSA* (Madrid 1952).
FERRERES GUARDIOLA, E., *Fiel hasta la muerte* (Barcelona 1941).
FUEYO, A. DEL, *Heroes de la epopeya. El obispo de Teruel* (Barcelona 1941).
MARTIN ABAD, J., *Dar la vida por amor* (Roma 1955).
PASTOR SANJOSE, M., *El P. Anselmo Polanco, modelo de religioso agustino al servicio de la Iglesia* (Carta circular del Provincial de Filipinas) (Madrid 1995).
RAGUER, H., *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española (1936-1939)* (Barcelona 2001).
Sobre el Beato Felipe Ripoll:
BELTRAN, J., *Felipe Ripoll. Historia de una fidelidad* (Madrid 1955).
— *Felipe Ripoll*, en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 784-786.

BEATA MARÍA DE LA PROVIDENCIA (EUGENIA SMET)

Virgen († 1871)

Larga es la lista de fundaciones femeninas en el siglo XIX. Coinciden la mayoría en la insignificancia de sus orígenes, motivo de burla y contradicción en los ambientes circundantes. Hoy, cabalgando sobre una centuria muy rebasada, percibimos las claves de su permanencia y su extensión, reconociendo la mano de Dios que se complace en realizar grandes obras valiéndose de lo que el mundo desprecia. El caso de María de la Providencia, Eugenia Smet, se ve ilustrado con llamativa prolijidad y ponderación por el papa Pío XII, en la carta apostólica de su beatificación.

Su vida se reduce a 46 años, transcurridos en un continuo crecer en santidad desde el cristiano hogar paterno en Lille hasta su muerte en París, crucificada con Cristo por un cáncer terrible. Señalemos desde el comienzo la nota original de esta fundadora: tendió un puente de amor entre la Iglesia militante y la Iglesia purgante. El nombre de la congregación por ella fundada denota una novedad que sorprende: Hermanas Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio; pero se nutre vigorosamente de los principios de la escatología católica hasta el punto de apropiarse como norma de vida las palabras de San Bernardo, referidas a las almas del Purgatorio: «Iré en su auxilio, interpelaré con gemidos, imploraré suspirando, ofreceré oraciones y sacrificios...».

Nació en Lille (Francia) el 25 de marzo de 1825, en una acomodada familia muy piadosa. Fue la tercera de los seis hijos que tuvieron Enrique Smet y Paulina de Montdhiver. En el bautismo, el mismo día de su nacimiento, le impusieron los nombres de Eugenia, María y Josefa. Cinco años después la familia se fue a vivir a Loos, en la periferia de Lille, en una deliciosa casa de campo. Pío XII comenta el dato haciendo concesiones a la poesía: «En campo verde y florido, Eugenia, como flor selectísima, se adornó interiormente con la hermosura celestial». Habiendo hecho la primera comunión a los diez años, dio continuas muestras de piedad tanto en su propia casa como en la modesta iglesia rural. El clima de devoción popular a las Benditas Almas del Purgatorio propició sus primeros propósitos de ofrecer por ellas su vida.

En 1836 entró en el colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón de la ciudad de Lille. Fueron siete años de formación en los que quedó muy acreditada como laboriosa y dócil. Practicó los ejercicios espirituales ignacianos junto a las monjas en 1842. Al terminarlos, el 25 de enero, se sintió llamada a entrar en el Instituto del Sagrado Corazón, pero aplazó el ingreso por consejo del director espiritual y de sus propios padres. Pese a todo, registró la fecha del 25 de enero de 1842 como el día de su *conversión*, ya que desde ese día vivió enteramente consagrada a Dios: colaboración en las obras parroquiales, especial dedicación a las obras misionales de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia.

En 1850 el confesor le permitió hacer voto de virginidad, primero temporal y luego perpetuo. Lo vivió en solitario, confiando plenamente en los planes de la providencia, mientras su espiritualidad se centraba cada vez más en las almas del Purgatorio. En la mañana del Día de Todos los Santos (1 de noviembre de 1853), cuando estaba rezando por los fieles difuntos, tuvo la inspiración de fundar una asociación de fieles que ofrecieran sus oraciones y sacrificios por las almas del purgatorio. El mismo día por la tarde reclutó a los primeros miembros, entre ellos sus propios padres. Pero al día siguiente, Día de los Fieles Difuntos, vio el proyecto con nueva precisión: la fundación de una verdadera congregación religiosa. En medio de dudas y vacilaciones suplicó del Señor especiales señales de aceptación, entre ellas la de encontrar un sacerdote —no sabía cuál— que secundase el proyecto. Como, además, la fama del Santo Cura de Ars se había difundido por toda Francia, ella recabó su consejo, que obtuvo respuesta profética: «Fundará la Orden para las almas del Purgatorio».

La Providencia venía disponiendo las cosas... En París, el humilde sacerdote P. Largentier había reunido a cinco piadosas mujeres para el mismo fin. Hubo comunicación epistolar entre ambos y Eugenia viajó a la capital y fue puesta al frente de la pequeña comunidad. El 27 de diciembre de 1856 la fundadora y sus compañeras hicieron los votos temporales de pobreza, castidad y obediencia, añadiendo un cuarto voto: «Rezar, sufrir y trabajar por las almas del Purgatorio». Había visto con tanta claridad la mano de Dios que decidió llamarse desde entonces María de la Providencia. También aquí se repitió la difícil sintonía entre la fundadora y el sacerdote ayudador que se siente fundador.

En la carta apostólica se hace mención, sin nombrarla, de una señora «riquísima y munificentísima» que la Providencia puso en su camino: pudo así contar con casa apropiada. Más difícil fue encauzar a la incipiente comunidad: demostraron no valer algunas de aquellas mujeres; otras vinieron a reemplazarlas y el número se incrementó. La fundadora formaba con sus instrucciones y, sobre todo, con su ejemplo. El tiempo demostró cuán hondo había calado en ella el espíritu de San Ignacio de

Loyola desde sus primeros años en el Colegio del Sagrado Corazón. Su director espiritual durante siete años, P. Olivaint, dio forma en 1859 a la Regla definitiva, adaptando, como otras tantas congregaciones del siglo XIX, las constituciones de la Compañía de Jesús. Pronto se ofreció la posibilidad de abrir nuevas casas, pero la fundadora buscaba sobre todo «que se robustecieran las raíces».

El primer impulso misionero reverdeció en ella con fuerza... En 1864 comenzó los trámites para ir a China, determinando fundar en Shangai. Fue el germen de la expansión misionera de la Congregación. Sus últimos años estuvieron marcados por un cáncer dolorosísimo, asistida espiritualmente por el P. Olivaint en la casa de París. La agonía se prolongó varios meses, en continuo ofrecimiento de sus dolores.

Falleció el 7 de febrero de 1871. Fue beatificada en Roma por Pío XII el 26 de mayo de 1957.

JOSÉ M.^a DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

GANUZA, J. M.^a, *Eugenia Smet* (Burlada 1959)

GARDEY DE SOOS, T., *Comme attraverso il fuoco (1 Cor 3,16): Eugenia Smet, Beata Maria della Provvidenza fondatrice delle Ausiliatrici del Purgatorio (1825-1871)* (Cinisello Balsamo 2000).

RENE-BAZIN, M., *Visse il suo nome, Beata Maria della Provvidenza* (Brescia 1955).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN RICARDO

Seglar († 720)

La verdadera historia de este santo es que se trataba de un piadoso señor inglés que con sus hijos, Wilibaldo, Winibaldo y Walburga, iba en peregrinación a Roma y al pasar por Luca murió allí. Sus hijos, que todos fueron santos, quisieron luego llevarse los restos paternos pero el pueblo de Luca lo impidió.

Wilibaldo fue compañero de San Bonifacio en su labor evangelizadora, fue monje en Heidenheim y fue consagrado obispo de Eichstätt; Winibaldo fue también compañero de San Bonifa-

cio y estuvo al frente del monasterio masculino de Heidenheim, al tiempo que Walburga presidía el monasterio femenino.

Todos ellos procedían de Wessex en Inglaterra, cruzaron el Canal de la Mancha y desembarcaron en Francia, donde visitaron numerosos santuarios y sepulcros de santos con gran piedad y devoción.

Solamente una leyenda tardía hacía a San Ricardo rey en Inglaterra, lo que no fue.

BEATO RICERIO DE MUZZIA

Presbítero († 1236)

Nació en Muzzia en el último cuarto del siglo XII. Era un joven estudiante en Bolonia cuando oye predicar a San Francisco de Asís y, lleno de entusiasmo, le pide el hábito franciscano. Lo admite el Santo y le hace completar los estudios, tras de lo cual le manda se ordene sacerdote y, comprobada su capacidad y disponibilidad, Francisco lo envía a la Marca de Ancona como provincial. Realiza su oficio a plena satisfacción de San Francisco. Pero le asalta una terrible prueba interior: desespera de su salvación y decide volver a Asís a abrir su alma a su padre y mentor. Francisco estaba en su última enfermedad pero, ya antes de que llegara, le envía un mensaje asegurándole su amor de padre y cuando Ricerio se postra ante él le hace la señal de la cruz en la frente y disipa aquella turbación para siempre. Ricerio se quedó en Asís y asistió al tránsito y entierro de San Francisco.

Vuelto a Ancona, vivió diez años de intensa actividad apostólica, celoso del bien de su Orden y del de las almas. La muerte le llegó estando en el eremitorio de Santiago, cerca de su pueblo, Muzzia, el 7 de febrero del año 1236. Su culto inmemorial fue aprobado por el papa Gregorio XVI el 14 de diciembre de 1838.

BEATO ANTONIO DE STRONCONE

Religioso († 1461)

Hijo de Luis e Isabel Vici, nace en Stroncone hacia el año 1381 en el seno de una noble familia y muy religiosa. Muy joven

entra en la Orden franciscana en la rama de los Observantes donde profesó.

Tuvo la misión de procurar la vuelta a la obediencia de la Orden a los llamados espirituales o fraticelos, los hermanos «de vida pobre». Desempeña su misión primero en la zona de Siena y luego en Córcega. En 1431 se retiró al convento de Carceri, cerca de Asís, donde llevó una vida de austeridad increíble. En 1460 pasó a San Damían en el propio Asís. Allí murió santamente el 7 de febrero de 1461. El papa Inocencio XI confirmó su culto el 28 de junio de 1687.

BEATO TOMÁS SHERWOOD

Seglar y martir († 1578)

Este joven seglar inglés, a quien el martirio impidió ingresar en el seminario de Douai, a donde aspiraba entrar en cuanto mejorara su padre, fue martirizado el 7 de febrero de 1578 por su condición de católico.

Lo denunció el hijo de una amiga mientras iba por la calle, y fue encerrado en la Torre de Londres donde se le presionó para que dijera los lugares donde se celebraba la misa y quiénes eran los otros católicos que él conocía. El mártir se mantuvo firme. Intentó ayudarlo William Roper, el yerno de Santo Tomás Moro.

Tras estar en la Torre seis meses, fue sentenciado a muerte y ejecutado en la plaza londinense de Tyburn, siendo ahorcado y luego descuartizado. El joven se había mantenido firme en la confesión de la fe y no había traicionado a sus hermanos católicos. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

BEATOS SANTIAGO SALÈS Y GUILLERMO SAULTEMOUCHE

Religiosos y martires († 1593)

El 7 de febrero de 1593 en Aubenas padecieron martirio los religiosos jesuitas padre Santiago Salès y hermano Guillermo Saultemouche. El segundo, hermano coadjutor, podía haber salvado la vida pero se negó a separarse del sacerdote, a quien

decía le había dado la obediencia por compañero. Llegada la hora, cuando vieron que en efecto se disponían sus verdugos a darles muerte, ambos se arrodillaron para esperar la muerte en actitud de oración. Ambos, además, se pusieron a orar encomendando sus almas al Señor. El sacerdote recibió un arcabuzazo, luego una puñalada y finalmente otro le clavó un cuchillo en la garganta que acabó con su vida. El hermano Guillermo se echó entonces sobre el cadáver del sacerdote afirmando que nunca se separaría de él. Con una espada le atravesaron el costado, siendo luego rematado con sables y mazazos. Expirando no dejaba de pronunciar el nombre de Jesús. Eran las dos de la tarde.

Santiago había nacido en Lezoux (Francia) el año 1556. Muerta su madre cuando tenía diez años, fue confiado al colegio jesuita de Billon, de donde le vino su vocación a la Compañía en la que ingresó el año 1573. Hechos los estudios y ordenado sacerdote, fue profesor de teología unos años, pasando luego a las misiones populares, en las que inculcaba una gran devoción al Santísimo Sacramento. Devuelto a Tournon para enseñar otra vez teología, simultaneó este encargo con la predicación popular. El gobernador de Aubenas, ciudad reconquistada de los hugonotes, solicitó para el adviento de 1592 un jesuita que fuera buen teólogo pues era inevitable la disputa con los protestantes. Fue designado Santiago y se le dio por compañero al hermano Guillermo Saultemouche que lo acompañase y asistiese.

Guillermo había nacido en Saint-Germain-l'Herm (Francia) en 1557, hijo de un italiano, por lo que su apellido originario era Saltamocchio, pasado luego al francés. Había ingresado en la Compañía de Jesús en 1579 y estaba destinado en Tournon hacía poco, con fama de religioso cumplidor y diligente. Ambos marcharon animosos a cumplir el encargo.

El domingo primero de Adviento hubo el primer sermón, y acudieron también protestantes a oírlo. Sus predicaciones gustaron tanto que se le pidió al provincial de la Compañía lo dejaran allí hasta Pascua, y así se concedió. Hecha la predicación en la ciudad, se pensó en visitar también los pueblos cercanos, y en efecto Santiago y Guillermo los visitaron. Pero en Ruoms uno

que se había hecho protestante sin pensarlo demasiado, como tenía dudas de conciencia, le pidió al P. Santiago que tuviera una discusión pública con el ministro protestante Pedro Labat. Y se convino que la discusión tendría efecto, pero Labat no se presentó.

El P. Santiago llega a percatarse de que los hugonotes pensaban romper la tregua y apoderarse de Aubenas, y decidió por ello volver a esta ciudad y dar el aviso. Pero no se le hizo caso sino que se insistió en que los hugonotes guardarían la tregua. Esta falsa confianza sirvió para que en efecto el 6 de febrero de 1593 la ciudad fuera asaltada por los hugonotes, que fácilmente se apoderaron de ella. En cuanto la ciudad fue suya, buscaron y detuvieron a los dos jesuitas. Llevados a la casa del juez La Faye, había allí varios ministros protestantes que tuvieron diatribas con el sacerdote católico sobre diversos puntos de doctrina, discutiéndose especialmente sobre el sacramento de la eucaristía. Uno de los pastores protestantes era Labat, el que no compareció a la diatriba preparada días antes. A éste le entregó el P. Santiago un manuscrito con los argumentos católicos a favor de la presencia real de Cristo en la eucaristía. Labat lo tomó y en un sermón público que dio a continuación rebatió la doctrina católica sobre el asunto. Seguidamente incitó al jefe de los hugonotes a que acabara con la vida del jesuita. Y acompañado del mismo y otra gente armada acudió a donde ambos religiosos estaban detenidos. Cuando llegaron y el P. Santiago vio su intención intentó salvar la vida del hermano, haciendo ver que no era más que su acompañante, pero cuando se fueron a llevar al sacerdote, el hermano Guillermo se negó a abandonarlo. Y por ello ambos fueron martirizados, como queda narrado más arriba. Los cuerpos de los mártires fueron luego arrastrados por las calles de la ciudad.

El papa Pío XI beatificó a ambos mártires el 6 de junio de 1926.

SAN JUAN DE TRIORA

Presbítero y mártir († 1816)

Francisco María Lantrua, que en religión se llamó Juan, nace en Triora el 15 de marzo de 1760. Siente la vocación religiosa en la adolescencia e ingresa a los 17 años en los franciscanos observantes de la provincia romana. Pronuncia sus votos y se prepara para el sacerdocio, que ejercita con manifiesto celo en la predicación y en la dirección de las almas.

Su Orden lo estima como varón de Dios y le confía el cargo de guardián en varios conventos, distinguiéndose por su celo en la guarda de la observancia conventual. En 1798 solicita ser enviado a las misiones, y es aceptada su demanda, siendo destinado a la China. En 1799 llega a Macao, y de allí pasa al territorio que se le había asignado, las provincias de Shansi y Hunan. Aquí trabaja sin descanso, recorriendo cientos de kilómetros para visitar exiguos centros cristianos que habían sido antes comunidades florecientes. Reanima a los cristianos que quedan y al tiempo extiende a otros muchos su labor evangelizadora.

En 1804 pasa a Kiang-si, donde trabaja con gran dedicación hasta el año 1812 en medio de graves peligros, pues las leyes persecutorias estaban vigentes y se llevaban en aquella provincia a rajatabla. Una de esas leyes era la recompensa sustanciosa que se ofrecía a quienes delatasen a los sacerdotes extranjeros. Un catequista lo denunció y, aunque se produjo el asalto a su casa, fray Juan pudo huir y refugiarse en el Hunan.

Fray Juan fue apresado en el verano de 1815 y llevado a un oscuro calabozo de Shansi, donde permaneció siete meses, con las manos, pies y cabeza sujetos a unas argollas, que a su vez estaban sujetas a un muro, en un tormento continuo. Sobrellevó el largo tormento con la continua plegaria y el ofrecimiento a Dios de su vida por la causa de su Reino. Le proponen salvar la vida si pisa la cruz, pero se niega, y entonces es condenado a muerte. Sacado de la cárcel y llevado al lugar del suplicio, adoró al Señor con cinco postraciones, según el uso de los fieles chinos. Entrega unas monedas al verdugo y le ruega no lo desnude. Fue ahogado con un nudo corredizo echado a su cuello. Era el 7 de febrero de 1816. Medio siglo más tarde, sus reliquias serían llevadas al convento de Araceli de Roma. Ha sido cano-

nizado el 1 de octubre del año 2000 con los demás mártires de China.

BEATO ADALBERTO NIERYCHLEWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Fue el primogénito de una familia numerosa, siendo sus padres Juan y Ana, y naciendo el 20 de abril de 1903 en Dabrowice (Polonia).

En Wloclawek fue alumno del instituto y ya entonces mostró su caridad y sociabilidad ayudando a los niños que no tenían escuelas a aprender las primeras letras. En cuanto llegó a la adolescencia, surgió en él la vocación religiosa, que él ponderó detenidamente antes de dar el paso decisivo, lo que aconteció en el mes de julio de 1923, en que ingresó en la Congregación de San Miguel Arcángel.

Hizo con notable aprovechamiento el noviciado y emitió los votos religiosos el 15 de octubre de 1925, y dos años más tarde, el día de la Inmaculada se le permitía emitir la profesión religiosa perpetua.

Hizo a continuación los estudios de filosofía y teología en la Universidad Jagellónica de Cracovia, y en esta ciudad recibió la ordenación sacerdotal el 20 de julio de 1932.

Su congregación lo destinó a la enseñanza en el seminario menor de la misma y también en la Escuela Profesional de Pawlokowice, pasando luego como educador a Miejcse Piastowe.

En 1938 los superiores lo envían de nuevo a Cracovia, esta vez como superior de la casa religiosa de su congregación, y responsable de la editorial *Templanza y Trabajo*.

Estaba ejerciendo con gran dedicación sus deberes cuando, tras la ocupación alemana de Polonia, es arrestado el 20 de octubre de 1941 y llevado a la cárcel de la calle Montelupich en la propia Cracovia. De ahí fue llevado a comienzos de 1942 al campo de concentración de Auschwitz. Murió víctima de una pulmonía que cogió a consecuencia de los baños calientes-fríos que practicaban con los presos los responsables del campo. Su muerte tuvo lugar el 7 de febrero de 1942. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999. Fue un hombre de profun-

da religiosidad, ejemplar desde joven, entregado a su ministerio por completo y llevó la cárcel y el confinamiento en el campo de exterminio con gran paciencia, mostrándose afable y servidor de todos.

BEATO PEDRO VERHUN

Presbítero y mártir († 1957)

En su visita pastoral a Ucrania del mes de junio del año 2001 el Santo Padre Juan Pablo II beatificó en la ciudad de Lvov un escogido número de siervos de Dios, los más de ellos mártires durante la dura persecución antirreligiosa llevada a cabo por el comunismo a lo largo de su dilatada permanencia en el poder.

Entre esos mártires estaba este sacerdote de la archieparquía de Lvov de los Ucránios, visitador apostólico de los católicos ucranianos residentes en Alemania. Había nacido en la población de Horodok, región de Lvov, el 18 de noviembre de 1890. Habiendo sentido la vocación sacerdotal y hechos los pertinentes estudios había accedido al sacerdocio el 30 de octubre de 1927.

Habiendo no pocos ucranianos católicos en territorio alemán, Pedro fue destinado a atenderlos espiritualmente, y el joven sacerdote puso en ello gran dedicación y voluntad, consciente de la situación delicada en que estos compatriotas suyos vivían y deseando ayudarles en todo, singularmente en la perseverancia en la fe católica. Como su labor era muy sobresaliente y se quería subrayar la satisfacción de la Santa Sede por ella, el papa Pío XI le concedió en 1937 el título de prelado doméstico de Su Santidad.

Monseñor Verhun continuó su labor con gran celo y eficacia, pese a las dificultades por las que en la Alemania nazi pasaba en general la Iglesia y concretamente los no ciudadanos alemanes. Y para reforzar su autoridad y salir al paso de cualquier problema derivado de la dependencia de obispos situados fuera de Alemania, en 1940 el papa Pío XII estimó más oportuno que Monseñor Verhun fuera nombrado visitador apostólico de los católicos ucranianos residentes en Alemania. Continuó su labor

apostólica y social en los años más que difíciles de la guerra y hubo de asistir al derrumbamiento del III Reich.

Un mes más tarde de la capitulación de Alemania, la policía secreta rusa lo detuvo estando él en Berlín bajo la acusación de traición y fue por ello juzgado y condenado a ocho años de trabajos forzados. Pedro llevó con gran paciencia y serenidad de alma esta tremenda prueba y no dejó de dar un testimonio coherente de fe y fortaleza cristiana en medio de los trabajos que hubo de realizar a lo largo de siete años y que minaron su salud de forma irremediable. Por fin se le dejó en libertad en 1952. Pero estaba ya gravemente enfermo y de resultas de la enfermedad vino a morir lleno de méritos y virtudes en Angarsk (Siberia) el 7 de febrero de 1957. Como su muerte estuvo directamente relacionada con sus sufrimientos en los campos de trabajos forzados, la Iglesia lo considera un verdadero mártir.

8 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Somasca, territorio de Bergamo, San Jerónimo Emiliano († 1537), fundador de la Congregación de Clerigos Regulares de Somasca **

2 En Schio (Italia), Santa Josefina Bakhita († 1947), virgen, religiosa de la Congregación de las Hijas de la Caridad **

3 En Alejandría de Egipto, la conmemoración de Santa Cointa († 259), mártir *

4 En Pavia, San Juvencio († 397), obispo

5 En Constantinopla, los santos monjes del Monasterio de Dío, que por llevar cartas al papa San Félix III contra Acacio, fueron martirizados (s v)

6 En Bretaña, San Jacuto (s vi), abad

7 En Milan, San Honorato († 570), obispo

8 En Verdun, San Pablo († 647), obispo y monje, que instituyó la vida común de sus canónigos

9 En Albano (Lacio), Beato Pedro llamado Igneo († 1089), cardenal obispo y antes monje de Valleumbrosa *

10 En Muret, San Esteban († 1124), abad, fundador de la Orden de Grandmont **

11. En Savignano (Turín), Beata Josefina Gabriela Bonino († 1906), virgen, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazaret **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ESTEBAN DE MURET

Abad († 1124)

Fundador de la Orden de Grandmont. Nació en Thiers (Auvergne) el año 1046. Murió en Muret el 8 de febrero de 1124. Canonizado en 1189.

«Si vienes aquí, tendrás que clavarte en la Cruz y perder tu dominio sobre tus ojos, tu boca y los demás miembros de tu cuerpo [...] En otros monasterios es donde hallarás magníficos edificios y campos y buenos establos [...] Aquí solamente la pobreza y la cruz».

Quien así hablaba era un hacendado francés, hijo del vizconde de Thiers, que después de repartir sus bienes entre sus hermanos Guido y Guillermo, reservándose solamente un anillo, emblema familiar, salió en busca de la aventura de Dios sin otro rumbo que el que le deparara la Providencia. Y Dios, que no falla nunca, después de atravesar parajes solitarios, le deparó el hallazgo de una gruta-ermita donde vivía un santo eremita, llamado Gaucher, que, alejado del mundo, gozaba del fervor de la vida solitaria.

Esteban en el fondo de su alma sintió con claridad que aquel lugar y aquellas personas eran los señalados por Dios para satisfacer las ansias que con tanto anhelo buscaba.

Allí, bajo la dirección experimentada de aquel siervo de Dios, templó su alma para luego adentrarse en solitario por los bosques de Muret, a tres leguas de Limoges, fijando su residencia en lo alto de un montículo.

El novel ermitaño tenía unos treinta años.

Sólo le acompañaba el recuerdo de la vida a la que había renunciado, actualizada siempre por el anillo, único objeto de su pasado nobiliar.

Comenzó su generosa entrega con una fórmula de consagración a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo y la re-

nuncia a todas las seducciones del demonio y a todas las pompas y vanidades del mundo.

Aquella consagración fue incluso un voto, que iba a ser recordado de por vida gracias al anillo, que ahora se convertía en un signo de renuncia y defensa para llegar hasta las puertas de la eternidad.

Él mismo se construyó una humilde cabaña con las ramas de los árboles y los hierbajos que crecían salvajes en la espesura del bosque.

El esquema de su vida no podía ser más sencillo y por ello rayano en la sublimidad:

— Votos: no volver más al mundo. Renuncia absoluta.

— Comida: pan y agua. Sólo en los momentos de extrema debilidad tomaba un potaje compuesto de hierbas y harina.

— Cama: dormía en una fosa cavada en la tierra en forma de tumba.

— Hábito: un tosco sayal de saco oscuro.

— Ropa: un cilicio de puntas aceradas que se clavaba en sus pocas y debilitadas carnes.

— Compromiso: la oración y el sacrificio permanente.

— Rezos: los oficios de la Trinidad, la Virgen y los difuntos.

— Trabajo: recibir y aconsejar a cuantos se acercaban hasta su persona.

— Aspecto: el de un ángel con una permanente sonrisa en los labios.

— Postura preferida: de rodillas, humillándose hasta el punto de criar callos en los codos y en las rodillas.

— Duración: unos cincuenta años. Hasta su muerte.

— Muerte: un día cualquiera de un frío invierno: 8 de febrero de 1124.

No resulta nada fácil aceptar todos los extremos de este retrato. Sólo los certificados de la historia más rigurosa, nos obligan a humillarnos ante la existencia de un personaje tan singular.

Esteban, llamado hoy Esteban de Muret o Esteban de Thiers, era hijo del vizconde de Thiers y de su esposa Cándida o Blanca, de la nobleza más relevante de la vecina Francia. Matrimonio piadoso, les faltaba para colmar su felicidad la presencia de un hijo, que les regaló la Providencia en 1046, cuando ya

habían pasado bastantes años de matrimonio. Llegarían después otros. Fue, por eso, el primero, considerado como una gracia especial y lo consagraron al servicio divino.

Siendo jovencito, hacia los doce años, su padre lo llevó de viaje por Italia, lugar siempre atractivo para los creyentes.

Al llegar a Benevento, en el sur de Italia, Esteban enfermó y como se dilatará su curación el padre lo dejó al cuidado de los obispos diocesanos, primero Ulderico y luego sus sucesores Aurelio y Milo o Milón.

Tan pronto como marchó su progenitor, el joven comenzó a mejorar con tal rapidez que a todos les pareció el signo con el que la Providencia marcaba el deseo de que Esteban permaneciera al lado del obispo, quien le rodeó de excelentes maestros y educadores e incluso él mismo lo instruía personalmente en no pocas ocasiones. El tiempo que estuvo en el arzobispado de Benevento se calcula en doce años, hasta los veinticuatro de la vida del santo.

Se le consideró tan aventajado que muy pronto estaba en condiciones de volver a su tierra. Antes de regresar visitó una comunidad religiosa en Calabria que le absorbió hasta el punto de quedarse entre ellos el tiempo suficiente para asimilar su penitencial espíritu. El joven Esteban quedó prendado de la exclusiva dedicación a la contemplación de los monjes calabreses, ajenos por completo a los intereses materiales, que quedaban en manos de los hermanos legos.

Visitó luego Roma, pero a pesar de ser incluso acogido por ilustres purpurados nada le pareció igualar el espíritu que había respirado en Calabria. Por eso enseguida pensó volver a Francia, dispuesto a crear una comunidad como la que había admirado en el monasterio calabrés.

Antes quiso comunicar sus deseos al papa Alejandro II, quien admirado de la ejemplaridad de Esteban, prefería retenerlo a su lado. Allí continuó algún tiempo incluso con su sucesor Gregorio VII. No acertaban a comprender cómo un joven de tan brillante linaje y porvenir estaba empeñado en dejarlo todo en pro de una vida tan extraordinariamente oscura y austera. Le ofrecieron altas dignidades y beneficios, sin conseguir doblegar sus propósitos.

El Sumo Pontífice se convenció personalmente del designio especial que pesaba sobre Esteban y le dejó marchar aprobando anticipadamente sus deseos por una bula que lleva fecha del 1 de mayo de 1073.

Sin pérdida de tiempo, ya en Francia, comenzó a traducir la experiencia eremítica que había asimilado en Calabria. Fue entonces cuando se encomendó a la Providencia y salió a la aventura de dejar, confiado, en manos de Dios la realización de su plan que ya hemos dicho realizó en los bosques de Muret a tres leguas al noroeste de la ciudad de Limoges, centro-oeste de Francia.

El ascetismo practicado por Esteban atrajo muy pronto la atención de los habitantes de los alrededores, que convirtieron la humilde cabaña en centro de peregrinación para buscar bendiciones y pedir consejos. Todos estaban convencidos de que había sido regalado por Dios con el don de discernir los espíritus. Una tarea en la que consumía no sólo el día sino también no pocas horas de la noche y que, sin embargo, no era justificación para dejar su vida de oración y penitencia. Al contrario, no pocas veces le impedía tomar su frugal alimento de pan y agua.

Un tan claro ejemplo de virtud atrajo con rapidez otros imitadores. Se cree que al año de su retiro ya aparecieron los dos primeros seguidores. Sin embargo, se sentían incapaces de imitar sus exigentes austeridades. Se conformaban con seguir una discreta frugalidad en la comida y un austero vivir, junto al silencio necesario para buscar la unión con Dios.

Nunca aceptó que le llamaran maestro, abad o padre, sino simplemente «corrector», justificándose como el servidor de los siervos de Dios. No quiso pasar nunca del diaconado. Si tenía alguna predilección era para los pobres, a quienes dedicaba lo mejor de su tiempo y sus más hermosas solicitudes. Con ellos pasaba largas horas. Y cuando se quedaba con su sola compañía solía repetir

«Ahora queréis que me retire, cuando Jesucristo esta con nosotros? No quiera Dios que incurra en semejante falta de delicadeza es deber mio servir al divino Salvador en la persona de estos sus miembros» (*El Santo de cada día*)

Entre los visitantes que llegaron hasta su choza se cuentan los cardenales Gregorio Papareschi, luego Sumo Pontífice con el nombre de Inocencio II, y Pedro de León, Anacleto II, que en 1130 se opuso al verdadero sucesor de Pedro aupado por la familia de los Pierleoni. Unas visitas de las que dudan no pocos historiadores, pero que sirven para realzar la consideración y la estima de Esteban en aquel momento difícil para la Iglesia.

En una vida de a la vez tan sencillas y heroicas obligaciones Esteban comprendió que llegaba la hora de partir de este mundo. Inundado de un radiante gozo reunió a sus discípulos y se despidió de ellos con palabras como éstas:

«Hijos míos, os lego en herencia a Dios nuestro Señor, ¿qué tenéis que temer? Por encima de todo amad al Señor, que es todo bondad; amaos los unos a los otros. Practicad fielmente vuestras Reglas y abrazad sin descanso la santa pobreza y la mortificación. Si camináis resueltamente por la senda que os he mostrado, el Señor os concederá cuanto necesitéis. Nunca me ha faltado nada durante los cincuenta años que resido en estas soledades. Otro tanto acaecerá con vosotros, si en nuestro Padre celestial cifráis vuestra confianza y si cumplís fielmente las Reglas que os dejo» (*El Santo de cada día*).

Fortalecido por los divinos auxilios moría, acto seguido, el día 8 de febrero de 1124.

Inicialmente recibió sepultura en Muret, pero cuatro meses más tarde sus monjes se vieron obligados a emigrar de allí, pues los agustinos de Limoges hacían valer sus derechos sobre aquel monte. Fundaron una nueva casa en Grandmont, un monte estéril, que por su propia estructura predicaba la penitencia. Serviría para dar nombre a la nueva congregación.

En vida de Esteban, les había bastado a sus discípulos el ejemplo del que solamente aceptaba ser llamado su Corrector. No parece que se hubiera formalizado como tal congregación religiosa. Les servía la regla del Evangelio aunque le parecían muy dignas de tenerse en cuenta las reglas de San Agustín y San Benito, junto a los ejemplos de los santos que él leía con avidez.

La conversión de sus seguidores en una verdadera congregación monástica se hizo por obra del cuarto superior, Esteban de Liciac, entre 1150-1160, ya hecho el traslado a Grandmont.

Este mismo superior, por el año 1143, recopiló todos los recuerdos y enseñanzas del fundador en un libro titulado *Liber sententiarum seu rationum*.

En él se recoge el espíritu captado por Esteban en el monasterio de Calabria sintetizado en una austeridad extrema, sin propiedades ni legados, sin boato ni ruido exterior, dejando toda la administración temporal en manos de los conversos o legos. Para muchos pasan estas obras como realizadas por el propio fundador, ya que en ellas se recoge con suma perfección el espíritu de la nueva fundación.

Tras la muerte de Esteban el proceso de canonización no se hizo esperar. Comenzado en tiempos de Honorio II, fue introducido por Urbano III y canonizado por Clemente III, el 21 de marzo de 1189. El día de la publicación de la bula pontificia en Grandmont, 30 de agosto de 1189, supuso una brillante jornada a la que asistieron 28 prelados y el cardenal Juan Conti como legado pontificio.

Para entonces, todavía en vida del santo, ya se habían certificado varios milagros, como el asalto al proveedor del monasterio o la mujer que vio multiplicada su última moneda tras haber gastado su fortuna en remediar sus dolencias.

Incluso se llega a afirmar que el momento de su muerte fue anunciado por un niño gravemente enfermo que, ante la perplejidad de los asistentes que le rodeaban, anunció: «Vamos a recibir el alma de Esteban de Muret y acompañarla al cielo. Y en prueba de la verdad de esto yo también voy ahora mismo a mi Creador». Y expiró como un ángel.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum, t.XI cols.1406-1408.

Butler's lives of Saints, II (Collegeville, MN 1998) 83ss.

Enciclopedia universal ilustrada, XXII (Madrid-Barcelona 1994) 743.

El Santo de cada día, I (Zaragoza 1946) 443-451.

SAN JERÓNIMO EMILLANO

Presbítero († 1537)

Es San Jerónimo Emiliano, o de Miani, uno de esos santos de la caridad, de vida silenciosa y callada, pero que impresiona con sólo asomarnos a cada uno de sus detalles, llenos de fino heroísmo y de la sensibilidad más delicada para con sus hermanos. Hombre de todos, se puede decir de él, como del Maestro, que pasó por la vida haciendo bien, derramándose en aquellos que más le necesitaban: los pobres y los afligidos.

Nace en Venecia en 1481. Su padre, Angiolo, pertenece a una de las familias de vieja solera militar y senatorial. Su madre se llama Diomira Morosoni. Desde muy joven se dedica Jerónimo a la milicia y pronto tiene que combatir contra los franceses en la Liga de Cambray, que habían formado contra éstos la República de Venecia, el Papa y Fernando de Aragón. El 14 de julio de 1494 asiste victorioso a la batalla de Fornovo, pero unos años más tarde, en 1511, su ejército es derrotado en el Friuli y se tiene que rendir, con las tropas que mandaba, al general francés La Palisse. Ha llegado para él la hora de Dios. Condenado a duros grillos y cadenas, tiene tiempo para pensar en la cárcel sobre la caducidad de las cosas de la tierra y, viendo que humanamente no tenía remedio para salir de aquella aflicción, sólo encuentra consuelo en la oración y en la esperanza que tiene puesta en todo momento en la Virgen María. Ésta viene en su auxilio. Y un buen día, como San Pedro, ve que se deslizan de él sus cadenas, que puede atravesar las guardias sin ser notado, y que se encuentra libre y lejos de la prisión. Cuando se enteran los venecianos vienen a él para que acepte de nuevo sus anteriores cargos militares, pero no saben que Jerónimo ya no les pertenece, porque se ha decidido a vivir solamente para Dios y para sus hermanos.

Jerónimo va directamente a Tarviso y allí, ante el altar de María, hace su ofrenda de soldado a lo divino, dejando a sus pies las cadenas de los exvotos y las armas de su milicia terrena. En Venecia empieza a estudiar con todo fervor, y a los pocos años, en 1518, tiene el consuelo de ser ordenado sacerdote. Pronto iba a comenzar la admirable misión que Dios le había encomendado.

En este tiempo corría por Italia un movimiento de reforma, que había agrupado a una serie de varones apostólicos, impulsados por la gracia de Dios y por una ardiente y delicada caridad. Eran sus características: el fomentar entre el pueblo una vida más intensa de piedad y la asistencia a todos aquellos que fueran pobres, enfermos o desvalidos. Muy pronto van a aparecer una serie de fundaciones que se dedican a atender hospitales, casas de recogidas, de huérfanos y vagabundos. En Génova había dado comienzo en 1497 el famoso Oratorio del Divino Amor, ejemplo clásico de una unión de apóstoles para hacer la caridad. En el Oratorio están Santa Catalina de Génova, Ettore Vernazza, que lo lleva a Roma en 1515; San Cayetano de Thiene, que funda otro hospital de incurables en Venecia en 1522; San Camilo de Lelis, el cardenal Caraffa, San Bernardino de Feltré, etc. Con ellos se pone en contacto enseguida nuestro Santo, dando comienzo a la gran obra de caridad que ha de extender después por toda su vida.

Sus preferencias eran los pobres y los niños que vagaban por las calles solos y desamparados. A aquéllos los recoge en los hospitales, les lleva alimentos y medicinas, los consuela. A éstos, como más tarde haría Don Bosco, los va recogiendo de los rincones de la ciudad, los lleva a su propia casa y allí los alimenta y los instruye. Ayudado de nobles conocidos y otras buenas personas, logra de este modo abrir el primer hospicio de Venecia en 1531. Le ayuda en sus propósitos su padre espiritual, Caraffa, que había de ser más tarde Papa con el nombre de Paulo IV, y con su consejo extiende sus fundaciones a Brescia, Padua, Vicenza, Verona y Bérgamo. En esta ciudad, que va a ser de ahora en adelante el centro de sus actuaciones apostólicas, San Jerónimo construye una gran casa con dos pabellones: uno para niños y otro para niñas. Junto a ella, y era la primera vez que se llevaba a cabo este género de fundaciones, había instalado otra para mujeres arrepentidas, que él iba rescatando y ennobleciendo de nuevo.

No es extraño que el ejemplo de este santo varón hiciera pronto mella en algunas de sus amistades y admiradores. Unos se ofrecen para ayudarle en sus obras de caridad; otros, con el deseo de seguir de cerca sus pasos, quieren llevar su misma vida

de sacrificio y de entrega. De estos últimos, casi todos son sacerdotes, y al cabo de algún tiempo ve San Jerónimo la necesidad de unirse más íntimamente en una nueva asociación o comunidad para asegurar en toda su eficacia los intereses de la obra. De este modo, en un pequeño lugar de las cercanías de Bérgamo llamado Somasca, nace la Congregación de los Siervos de los Pobres, que fue aprobada enseguida por el papa Paulo III. Cuando muere el Santo, en 1537, sus discípulos empiezan a llamarse clérigos regulares somascos, y más tarde son elevados al rango de Orden religiosa con votos solemnes por San Pío V en 1567.

Grande era el ejemplo que daba San Jerónimo con su vida, hecha toda de caridad. Nadie que llamara a su puerta era desatendido, y vino a ser el paño de lágrimas de todos los que sufrían y lloraban. A los niños les da techo, alimento y vestido, a la vez que buenos maestros para su educación. Nunca repara en sacrificios con tal de hacer el bien.

Por otra parte, se dedicaba a dar misiones a los campesinos, recorriendo los campos donde trabajaban para dejarles siempre un poco de consuelo. Ellos reconocían en él al amigo y protector y se le confiaban en todas sus necesidades. El Santo les cura de sus enfermedades apestosas, besa sus heridas putrefactas, que a veces quedan curadas con sólo su contacto, y por todas partes se extiende la fama de sus milagros, tanto que, ya en vida, se le viene atribuyendo la gracia sobrenatural de las curaciones.

El Señor iba a premiar pronto a su siervo. Por el año 1537, y a causa de las guerras que estaban asolando la región, se declara por ella una terrible peste, testigo del supremo esfuerzo de caridad de nuestro Santo. Él acude a los puestos más difíciles, cura con sus propias manos a los enfermos, y, cuando éstos mueren, los carga sobre sus hombros para llevarlos a enterrar. Pronto se contagia, y, después de terrible enfermedad, entrega su alma al Señor en el mismo año, cuando contaba los cincuenta y seis de edad. La fama de su vida y milagros se extiende por Italia y por el mundo. El papa Benedicto X le declara Beato y el 12 de octubre de 1766 Clemente XIII le eleva al honor de los altares.

Bibliografía

Acta sanctorum, febrero 11, p 217ss

CISTELLINI, A, *Figure della riforma pretridentina* (Brescia 1948)

Monografías de W E HUBERT (1895) y B SEGALLA (Roma 1928)

L'Ordine dei chierici regolari Somaschi nel IV centenario della sua fondazione (Roma 1928)

SANTA JOSEFINA BAKHITA

Esclava y religiosa († 1947)

A esta santa africana, que en el terror de un secuestro olvidó su verdadero nombre, la llamamos hoy Josefina (Giuseppina, Josephine), tal como fue bautizada el día 9 de enero de 1890 en Venecia (Italia) cuando contaba unos 20 años de edad, y Bakhita, que quiere decir «Afortunada», nombre irónicamente impuesto por quienes la raptaron de niña para venderla como esclava.

Había salido con una amiga a un campo cercano al poblado donde vivía. Llegaron dos jóvenes tapados que invitaron a la otra niña a marcharse y a ella se la llevaron engañada. Mientras en el camino se iba dando cuenta de lo sucedido, le preguntaron el nombre pero estaba tan asustada que, aunque quería, no pudo decirlo. Se le había olvidado. Nunca lo pudo recordar. Tampoco el de sus padres, ni el de sus hermanos, ni el del lugar donde había nacido. «Te llamaremos Bakhita», le dijeron entonces.

Sólo sabía que era de una aldea de la isla de Darfour (Sudán), muy adentro, que su tío era el jefe de la tribu y su padre uno de los magnates, que la madre vigilaba a los campesinos en el trabajo y que tenía tres hermanos mayores que ella, buenos mozos y muy robustos, y tres hermanas, una de las cuales era gemela suya. La mayor estaba casada y tenía un hijo pequeño. Se querían mucho entre sí. No había poligamia en la tribu y tenían gran sentido de la familia. Eran honestos y muy apreciados en el poblado. Seguían las prácticas tradicionales de la religión africana: creencia en un ser superior y culto a los antepasados. Cultivaban grano en unos campos lejos de la cabaña donde vivían y cuidaban animales. Estaban en buena situación y eran felices.

Bakhita debió nacer entre 1869 y 1872 en una tribu nubia del oeste del Sudán, país que se encontraba entonces bajo el dominio turco-egipcio. La religión oficial era la musulmana y desde 1873 estaba prohibida la trata de esclavos en el país, pero no se cumplía esta norma. Periódicamente los negreros árabes hacían incursiones en aquellas zonas del África central y se llevaban a algunos de sus habitantes, especialmente niños, para venderlos como esclavos. Durante diez años ésta fue la suerte de Bakhita, hasta que llegó a la casa del cónsul italiano en Sudán que la llevó con él a su país de origen y la regaló en Italia a unos amigos. Acercada por éstos al catolicismo, se bautizó y después se hizo religiosa. En 1910, cuando contaba unos cuarenta años de edad, por deseo de su superiora escribió sus memorias personales, principal fuente de información sobre su infancia y juventud. También son importantes los testimonios de la señora Ida Zanolini, su primera biógrafa, que la conoció siendo niña poco antes de su bautismo y después se interesó por todos los detalles de su vida.

Así narra Bakhita lo primero que podía recordar:

«Mi familia se componía de padre, madre, tres hermanos y tres hermanas. Yo era gemela de una de mis hermanas [...]. Yo vivía completamente feliz, sin conocer el dolor. Un día mi madre fue a los campos, donde teníamos muchas plantaciones y ganado, para ver si los obreros hacían bien su trabajo. Quiso que todos sus hijos la acompañásemos. Mi hermana mayor, que estaba enferma, pidió, y se le permitió, quedarse en casa con la más pequeña. Mientras estábamos en los campos oímos ruidos de pelea: gritos, carreras [...]. Todos pensamos en un ataque de los negreros al pueblo. Volvimos enseñada a casa y no puedo explicar nuestro inmenso dolor cuando mi hermana pequeña, temblorosa y aterrada, nos contó que los negreros se habían llevado a nuestra hermana mayor [...]. Éste fue mi primer dolor [...] ¡Y cuántos me aguardaban más tarde!».

Esta hermana mayor, con el marido, estaba pasando unos días en casa de su familia, después de haber dejado al niño con los abuelos paternos. Nunca la volvió a ver.

Lo siguiente le sucedería a ella misma:

«Tenía casi nueve años cuando una mañana, tras el desayuno, me fui a pasear con una amiga de doce o trece años por los campos [...] Nos alejamos de casa [...] Mi amiga y yo jugamos un poco y luego comenzamos a recoger hierbas. De pronto salieron dos ex-

tranjeros de los matorrales Uno de ellos dijo a mi compañera: “Deja que la pequeña vaya al bosque a buscarme un paquete. Volverá enseguida Tú sigue tu camino y ella se reunirá inmediatamente contigo” [...] Yo no dudé. Obedecí como lo hacía siempre con mi madre, y fui hasta el bosque Y cuando estaba allí buscando el paquete que nunca encontré, vi a los dos hombres tras de mí. Uno de ellos me sujetó bruscamente con una mano y con la otra sacó un cuchillo del cinto; me lo puso en el costado y me dijo: “Si gritas, te mato [...] ¡Adelante, camina, síguenos!”. El otro hombre me apuntaba a la espalda con un fusil. Yo estaba paralizada por el miedo y temblaba de la cabeza a los pies [...] Quería gritar, pero tenía la garganta atenzada [. .] No pude hablar ni llorar».

Nunca olvidó el extenuante viaje de muchos kilómetros caminando entre sus secuestradores.

«Me sangraban las piernas y los pies por las heridas que me causaban las piedras y los espinos [...]. Llamaba a mi madre y a mi padre con el corazón lleno de pena, pero nadie me oía».

Llegados a un poblado, la tuvieron encerrada en un chamizo durante más de un mes: «No hay palabras para describir lo que sufrí».

No llegó a ser expuesta en un mercado de esclavos, pero sí vendida: «El amo me presentó a un tratante, que me compró y unió a los otros esclavos», comenzando así otra etapa del camino.

«Viajamos durante ocho días consecutivos, siempre a pie: atravesamos bosques, montañas y desierto. La caravana iba aumentando a medida que pasábamos por las aldeas. Estaba formada así primero los hombres; después, las mujeres. Los hombres iban atados de dos en dos o de tres en tres por gruesas cadenas alrededor del cuello. ¡Pobre del que se inclinase o se parase! ¡Pobre su cuello y el de sus compañeros! Aquellos cuellos estaban llenos de unas llagas que daban miedo. ¡Pobrecillos! Como si fuesen bestias de carga, sobre las espaldas de los más fuertes se habían atado enormes fardos que debían transportar kilómetros y kilómetros. Las más pequeñas no íbamos encadenadas: marchábamos en último lugar, custodiadas por los amos. Por la noche, cuando descansábamos para dormir, sí que nos encadenaban los pies».

Llegados a un mercado de esclavos, mientras eran vendidos algunos, a Bakhita y a otra niña de su edad las tenían encadenadas y encerradas en una choza. Se les presentó la ocasión de escaparse cuando una noche llegó el amo con un carro cargado

de mazorcas de maíz y les dijo que las descargaran y las fueran desgranando. Para que trabajaran mejor les soltó las cadenas de los pies y, mientras se fue a cenar, viéndose sin ataduras, se echaron a correr hacia los campos, sin saber dónde estaban ni a dónde se dirigían. Sufriendo hambre y sed, llegaron a una selva y atravesaron lugares sin plantas, que ella llamaba desiertos. Querían encontrar un poblado, pero sólo dieron con una cabaña donde vivía un pastor al que ingenuamente pidieron ayuda. Las invitó a descansar y a comer, pero en la noche fueron encadenadas y nuevamente vendidas como esclavas a un mercader que las unió a su caravana. Con sorpresa, vieron que algunos de los esclavos pertenecían al amo del que habían huido.

«Nos describieron su rabia y su furor cuando desaparecimos: gritaba que nos haría pedazos cuando nos encontrara [...] Ahora soy más consciente de la bondad del Señor, que también entonces me salvó milagrosamente».

«La caravana llegó a una ciudad, probablemente El Obeid —continúa la narración—, y fuimos conducidas a la casa del amo. Era un hombre muy rico, que tenía muchísimos esclavos, todos jóvenes. Mi compañera y yo fuimos destinadas al servicio de sus hijas, que nos tomaron cariño enseguida. La intención del amo era ofrecernos como regalo de boda a su hijo. En esta casa me trataron bien y no me faltaba de nada. Pero un día cometí una falta, no sé cuál, con el hijo del amo. Él cogió una fusta para pegarme y yo corrí hacia otra habitación para esconderme tras sus hermanas. ¡Qué equivocación! Se puso rabioso, me arrancó de allí, me arrojó al suelo y me golpeó sin cesar con la fusta y a patadas. Finalmente me dio un golpe en la cadera y me quedé como muerta. No recuerdo nada más: me desvanecí y otras esclavas debieron de llevarme a mi camastro, en el que permanecí más de un mes».

Este árabe riquísimo era jefe de varios negreros que hacían razias por los entornos capturando esclavos. Con ellos era feroz, pero no en casa, por lo que las niñas estaban bastante a gusto al servicio de sus hijas. En este ambiente Bakhita se había resignado al estado de esclavitud sin rebelarse, creyendo que los hombres estaban divididos en amos y esclavos. Pero después del incidente con el chico le cambió algo la situación al entrar en el turno normal de la servidumbre, empezando entonces el verdadero trabajo de esclava. Además, convenía que saliera de la casa.

El mercader la vendió a un general de la armada turca acampada en El Obeid, que la destinó al servicio de dos señoras muy

exigentes: su madre y su mujer. Fue un período de atroces sufrimientos para Bakhita:

«Eran muy inhumanos con los pobres esclavos que trabajaban duramente en la cocina, el lavadero y los campos. Nosotras no podíamos alejarnos de las amas un solo instante; debíamos vestir las, perfumarlas, abanicarlas [] Durante los tres años que estuve a su servicio no recuerdo ni un día en que estuviese libre de heridas y llagas cuando no se me habían curado unas, me golpeaban otra vez. Y nunca supe por qué»

Aludiendo a uno de los acontecimientos más duros, escribe:

«Me acuerdo de como el latigo me golpeo muchas veces en el muslo, me arranco piel y carne y me abrio una herida que me tuvo postrada en mi camastro varios meses [] ¡Cuántas de mis compañeras de infortunio murieron a causa de los golpes!»

Describe también el momento en que, junto con otras dos esclavas, le grabaron las ciento catorce incisiones que llevó ya siempre sobre su cuerpo. Según indica, el tatuaje se realizaba sobre los signos dibujados por los amos con harina blanca en la piel de los esclavos, con una cuchilla afilada que entraba en el músculo aproximadamente un centímetro y cuya herida se abría a continuación para introducir en ella sal, de modo que fuera más gruesa y duradera la cicatriz. Después de narrar con trazos que producen espanto lo sucedido delante de sus ojos a su primera compañera, dice refiriéndose a sí misma, que le tocó después:

«La tatuadora me hizo seis incisiones en el pecho, sesenta en el vientre y cuarenta y ocho en el brazo derecho. Yo creía morir a cada instante, sobre todo cuando me frotaba las heridas con sal. Hecha un mar de sangre, me llevaron por fin a mi camastro, donde estuve inconsciente varias horas [] Durante más de un mes mis compañeras y yo tuvimos que estar acostadas sobre una estera sin poder nos mover, sin un mal harapo de tela para enjugar el agua que brotaba constantemente de las heridas que nos había causado la sal. Puedo asegurar que no morí por un milagro del Señor, que me destinaba a cosas mejores»

En 1882 el general tuvo que volver a Turquía y partió con 16 esclavos, entre ellos Bakhita. También fue maltratada en el viaje. Pero, llegados a Jartum, la capital, decidió vender a algunos de estos esclavos y a ella le dijo que siguiera a una señora europea, de mirada dulce, a la que Bakhita se había acercado es-

pontáneamente. Era la gobernanta de la casa del comerciante italiano Calixto Legnani de Como, que también era agente consular de Italia en Sudán. Él recibió a Bakhita en su despacho. Le vio con aspecto paterno y se sintió aliviada. De él recibió los primeros vestidos —antes no los había tenido nunca, según era costumbre incluso en su tribu natal—; fue tratada muy bien y le ayudó, sin éxito, a buscar a su familia.

«Esta vez sí que fui realmente afortunada, porque el nuevo amo era muy bueno y me quería mucho. Mi trabajo principal era ayudar a la sirvienta en las tareas de la casa; no había reproches, ni castigos, ni golpes y a mí me parecía imposible gozar de tanta paz y tranquilidad».

En este ambiente pensaba más en el Ser superior, preguntándose con frecuencia: «¿Quién será el amo que hace encender todas esas luces en el cielo y las hace apagar cuando llega el alba? Debe ser poderoso y bueno». Y, como naturalmente era buena, le brotaban sentimientos favorables hacia él.

Estuvo en esta casa dos años, hasta que en 1884 el cónsul Legnani fue llamado con urgencia a Italia, a causa de la guerra declarada en Sudán. Como ella les había oído hablar mucho de ese país europeo, lejano y distinto, deseaba conocer una tierra tan querida para su dueño y pidió acompañar a la familia en el viaje.

Salieron con un amigo del cónsul llamado Augusto Michieli, y con un niño negro, abandonado, que habían recogido para regalarlo a unos amigos hoteleros de Génova. En el puerto de Suakin el cónsul tuvo noticia de que la noche siguiente a su salida su casa había sido arrasada y robados todos los esclavos. Bakhita se alegró de haberse librado de un nuevo secuestro.

Llegados a Génova, se dirigieron al hotel donde les esperaban María Turina Michieli, esposa del señor Augusto —único nombre que recordaba Bakhita—, y Mimmina, la hija de tres años, que enseguida se aficionó a Bakhita. La señora, viendo la alegría de la niña, reprochó duramente a su marido por no haber traído una esclava negra, y el cónsul Legnani, aunque de no muy buen grado, se vio obligado a regalarle a Bakhita. Desde ese día pasó a ser propiedad de la nueva dueña, que la llevó a su casa de Mirano Veneto. «El cónsul partió para Padua —dice Bakhita— y nunca supe nada más de él».

Esta señora era de religión griega ortodoxa y el marido católico, pero no practicaban. La niña sabía el Padrenuestro, el Ave María y el Gloria y Bakhita lo aprendió de memoria, sin conocer el significado.

El administrador de los bienes de Augusto Michieli, Illuminato Checchini, había intentado convertir al catolicismo a la esposa de éste y se esforzó también en enseñar a Bakhita los principios de la religión cristiana. Pero las dificultades del lenguaje eran grandes. Ella recordaba después con cariño a este señor y a dos de sus cinco hijos. En una ocasión le había regalado un crucifijo:

«Cuando me lo dio —escribe Bakhita—, lo beso con devoción, después me explico que Jesucristo, el Hijo de Dios, había muerto por nosotros. Yo no sabía que era aquel objeto pero, impulsada por una fuerza misteriosa, lo escondía por miedo a que la señora me lo quitara. Jamás había escondido nada antes porque no me sentía atada a nada. Recuerdo que miraba el crucifijo a escondidas y sentía algo que no sabía explicar»

Después de tres años, la familia Michieli partió de nuevo hacia África porque habían comprado un hotel en Suakin, el puerto sudanés del mar Rojo. A Bakhita le costó dejar Italia, no sabiendo entonces que ésta había de ser su última estancia en Sudán. Decididos a quedarse allí, pasados unos meses Augusto envió a Italia a su mujer y a su hija para que vendieran las propiedades que tenían en este país. Mimmina quiso llevarse a Bakhita: «Mi corazón se despidió de África para siempre. Una voz interior me decía que no vería más mi patria».

Pasados dos años en Mirano Veneto, aunque no había concluido aún las últimas ventas, María Turina debía partir de nuevo para África y retornar a Italia en breve tiempo. Llevar a la hija y a la esclava era un gasto fuerte, por lo que decidió dejar a esta última.

El señor Checchini había insistido en esta solución, viendo en ella la ocasión para atraer a la fe a Bakhita, y propuso internarla en el Pío Instituto de los catecúmenos de Venecia, que dirigían las madres canosianas, donde esperaría el regreso de la dueña para volver con ella a Sudán. La señora consintió. Pero en el momento de despedirse, la niña se abrazó de tal modo a Bakhita y dijo con tanta fuerza que quería quedarse con ella,

que nadie se opuso a este deseo. Por otra parte, tal vez le convenía más permanecer en Italia que emprender para poco tiempo tan largo y fatigoso viaje. El señor Checchini se preocupó de que Mimmina fuese admitida también en el Catecumenado y firmó un acuerdo de hacerse cargo de los gastos en el caso de que faltara la madre.

Bakhita y Mimmina se quedaron, pues, en Venecia, con las religiosas canosianas. Bakhita fue instruida en la religión cristiana con paciencia admirable por la catequista M. María Fabretti, no indiferente a la dificultad del lenguaje y a la inteligencia poco cultivada de su alumna africana de unos 19 años de edad. Bakhita se sintió feliz al saber que el Señor conocía sus sufrimientos.

Durante diez meses deseó ardientemente el bautismo. Pero a finales de 1889, cuando iba a llegar el día esperado, apareció María Turina, dispuesta a llevarse a su hija y a su esclava definitivamente a Sudán. Con su mejor voluntad indicó a Bakhita que le tenía reservado el oficio de camarera, lo cual suponía una buena colocación. Pero ella comprendió que volviendo a África peligraría su fe y, aunque le costaba mucho abandonar a Mimmina, mirando un gran crucifijo que había en la pared, por primera vez en su vida tuvo fuerza para resistir y dijo: «No, no la seguiré. Yo me quedo aquí».

No fue fácil la decisión pues reconocía los deberes que tenía respecto a su dueña, de quien había recibido favores. Y quería mucho a Mimmina. Pero amaba al Señor y temía no encontrar en Sudán las ayudas necesarias para mantener su fe. La lucha y el desconcierto fueron mayores cuando la madre catequista aconsejó a Bakhita no resistir a la señora, no ser ingrata y no hacer sufrir a la niña. Pero la respuesta fue firme: «No dejaré la casa del Señor; sería mi ruina espiritual». Ante tal actitud, la religiosa y la señora se quedaron muy asombradas; porque siempre la habían visto sumisa. Tras nueva discusión, en vista del motivo que impedía marchar a Bakhita, la madre catequista decidió apoyarla.

María Turina, convencida de que la esclava era de su propiedad, acompañada de una amiga al día siguiente intentó convencerla de nuevo. La discusión impresionó a la religiosa, que in-

formó al superior del Instituto. Éste pidió consejo al Patriarca de Venecia, Cardenal Agostini, que recurrió directamente al procurador del Rey, haciéndole saber la actitud de Bakhita frente a su señora.

El caso causó sensación. Pocos días después se reunían en el locutorio del catecumenado las más altas autoridades de Venecia: el Cardenal patriarca, el procurador del Rey, el Prefecto, la superiora de las canostanas y algunas religiosas, el presidente de la Congregación de Caridad, el superior del Instituto y otros. Y junto a ellos, la señora María Turina, la hija, su amiga y un pariente, alto oficial del ejército. En medio de la sala, Bakhita, delante de una gran mesa, en actitud humilde y decidida. En la pared, el crucifijo.

Habló el Patriarca, provocando sus palabras gran contraste de pareceres. La señora reclamaba el derecho de propiedad de Bakhita, que era su esclava según la ley africana. Bakhita, invitada a exponer su deseo, respondió que amaba a la señora y que le explotaba el corazón ante el pensamiento de separarse de la niña, pero que no saldría de allí porque no quería perder al buen Dios. El procurador del Rey zanjó la discusión y, pronunciando una especie de sentencia, declaró libre a Bakhita, porque quien ponía el pie en Italia, libre o esclavo, tenía el derecho a disponer de sí mismo. En esta ocasión, el abrazo de Mimmina a Bakhita, no queriendo separarse de ella, fue interrumpido por la madre, que la invitó a dar un beso de despedida a «esa ingrata, a quien no verás más».

Bakhita hablaba con reconocimiento y cariño de la señora María Turina pero, en efecto, no se volvieron a encontrar. Y tampoco con su hija. Ida Zanolini, la aludida primera biógrafa de Bakhita, era una niña de la edad de Mimmina que se había hecho muy amiga de ella y de su niñera negra. Uno de sus primeros recuerdos es cuando Bakhita le dijo llorando que Mimmina se había ido a África y que ella se iba a bautizar.

Bakhita esperaba con ansia el bautismo, aunque se sentía indigna de él y le parecía imposible que Dios se abajara hasta su persona. Pero lo recibió con gran alegría de manos del Cardenal Agostini, que le impuso los nombres de Josefina Margarita Fortunata Bakhita, los dos primeros por las señoras que fueron sus

madrinas. El mismo día, 9 de enero de 1890, fue confirmada y recibió su primera comunión. Según propia confesión, desde entonces sintió vivo deseo de ser toda del Señor y de no dejar nunca aquel lugar. Es la oración que hizo al comulgar por primera vez.

Los catecúmenos solían permanecer un año en el Instituto después de recibir el bautismo. Bakhita se quedó dos, en los que hizo trabajos de bordado y maduró su vocación de entrega a Dios.

«Cuando comprendí que el Señor me llamaba a la vida religiosa sufrí mucho, porque no sabía cómo explicarme. Me sentía indigna, siendo de raza negra; estaba convencida de hacer mala figura en el Instituto y no me aceptarían. Recuerdo que recé a la Virgen y ella me dio fuerza para hablar al confesor de mi angustia y mi lucha, que duraba dos años. “¿Puede una muchacha africana ser monja?”, le pregunté [...] Me aconsejó hablar con la superiora de la casa, sor Luigia Bottesella, quien escribió a la superiora de la casa madre, en Verona, sor Anna Previtali [...] “¿Por qué no?”, respondió ésta [...] “Porque yo sólo veo en la orden monjas italianas”, repliqué yo».

El confesor, además de animar a Bakhita a expresarse, le facilitó el camino indicando a la superiora el deseo que le había manifestado. Ésta ya había intuido el trabajo de la gracia en el alma de Bakhita, pero prefirió esperar a que ella misma tomara la iniciativa.

Estaba bien instruida y decidida. Le habían propuesto ir con la familia Checchini, los primeros que la acercaron a la fe cristiana, a quienes ella estimaba mucho, que la hubieran tenido como hija. Además, la M. Fabretti, su catequista, le hizo ver con realismo las dificultades de la vida consagrada. «¿Por qué me queréis echar? ¿No soy hija vuestra?», solía repetir a las religiosas.

La petición de ingresar en las Hijas de la Caridad, llamadas vulgarmente canosianas por su fundadora Magdalena de Canosa, fue enviada a Verona, donde la M. Previtali y el Cardenal Luigi Canosa se alegraron mucho de aceptarla. Cuando la respuesta afirmativa llegó a Venecia, Bakhita lo agradeció de todo corazón y cayó de rodillas.

Para ella la vida religiosa consistía en servir y amar a Dios y hacer el bien. Éste era el único deseo de su vida. No se plantea-

ba otros problemas: le bastaba cumplir la voluntad de Dios expresada por sus superiores y por la Regla. «Lo que quiera el *Paron* [amo, dueño]», solía repetir con frecuencia, gustosa de aceptar y cumplir cuanto deseara el Señor. Comprendió pronto que la vida religiosa no era cómoda, y tuvo que vencer resistencias como su timidez y sensación de inferioridad.

Empezó el noviciado el 7 de diciembre de 1893 en la misma casa de los catecúmenos de Venecia y la acompañó como maestra la M. Fabretti, que había sido su catequista. Después de año y medio fue a tomar el hábito a Verona, y volvió a Venecia para realizar otro año y medio de noviciado. Al final la examinó el Cardenal Giuseppe Sarto, entonces Patriarca de Venecia, después papa S. Pío X, a quien hizo muy buena impresión. A ella le dijo: «Ponciad sin temor los santos votos. Jesús lo desea así. Jesús os ama». Y a las religiosas: «Vosotras amadle y servidle siempre así».

Emitió sus votos temporales en Verona el día de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1896, encontrando en este vínculo su verdadera libertad, y regresó de nuevo a Venecia, donde continuó con sus primorosos bordados.

En 1902 fue destinada a Schio, en el Véneto italiano, diócesis de Vicenza, donde se le encomendó la cocina. La recuerdan llevando una vida sencilla y fervorosa, con gran amor a la Eucaristía y con detalles de ternura fraterna como calentar los platos para que el caldo no se enfriara. También fue portera y sacristana, cargos que desempeñó con prontitud y esmero.

Durante la I Guerra Mundial (1914-1919) continuaba en Schio, y la casa de las monjas canosianas fue transformada en hospital. Ella y otras religiosas se quedaron custodiando el edificio, pero nunca actuaron como enfermeras. Recuerdan que los soldados la escuchaban con respeto.

Desde 1933 a 1935 le pidieron sus superiores que realizara algunos viajes por Italia para dar a conocer su vida, acompañada de la M. Leopolda Benedetti, misionera en China durante mucho tiempo. Esta experiencia fue de gran sufrimiento para ella: «El Señor sabe que cuando me veía delante de toda aquella gente, sentía como si me hundiese en la nada». Durante este período dedicado a la animación misionera residió en el noviciado

de las Madres Canosianas de Vimercati (Milán), colaborando en la portería. Después volvió a Schio, donde permaneció hasta el final de su vida.

En plena II Guerra Mundial (1939-1945), el 8 de diciembre de 1943, cumplió 50 años de vida religiosa y le ofrecieron una fervorosa y cordial fiesta que ella vivió con alegría y gratitud.

Por lo demás, la vida de *Madre Moretta*, como cariñosamente solían llamarla, fue muy sencilla, del todo normal, caracterizada por lo extraordinario de su verdadera sencillez y humildad, unida al amor.

Desde siempre había destacado en ella la bondad. Comenzó aceptando su condición de esclava sin odiar a nadie. Después no recordaba con rencor a quienes la habían maltratado de modo tan severo. Consideraba a sus amos incapaces de hacer el bien por su condición social y por la falta de religión:

«Los pobrecillos quizás no sabían que me hacían tanto daño... Ellos eran los amos y yo era su esclava. Así como nosotros estamos acostumbrados a hacer el bien, así los negreros hacían lo que hacían por hábito, no por maldad».

Decía que desde que había conocido el cristianismo no dejaba de rezar por quienes la habían hecho sufrir tanto. «Mis dueños, esos pobrecitos», solía repetir con piedad y compasión. Por otra parte, Ida Zanolini testifica que, a pesar de su vida llena de torturas y crueldades, a su pregunta sobre la castidad Bakhita le respondió que ninguno de sus amos ni ninguno de los esclavos la habían tocado nunca.

«He estado en medio del barro —decía— pero jamás me manché [...] Por la gracia de Dios siempre fui preservada [...] La Virgen Santa me protegió aunque entonces yo no la conociese [...] En muchas ocasiones me he sentido protegida por un ser superior».

Siempre deseó encontrar a los suyos.

«Tengo confianza plena en que nos abrazaremos todos de nuevo en el paraíso. Porque espero que el Señor me otorgue el regalo de que también ellos sean cristianos. Éste es el sueño que embellece mi vida... ¡Sí, Jesús, por favor: concédeme ese deseo!».

El frío del norte de Italia, unido a la edad, hacia 1940 comenzó a minar su salud. Las frecuentes pulmonías y bronquitis daban muestra de ello. Además, una artritis deformante impedía

cada vez más sus movimientos, de modo que llegó a verse obligada a usar una silla de ruedas. Recuerdan que en los últimos momentos de su vida, ya anciana, decía con sencillez:

«Me voy lentamente hacia la eternidad [...] Me voy con dos maletas; una contiene mis pecados; la otra pesa mucho más porque contiene los méritos infinitos de Jesucristo. Cuando comparezca ante el tribunal de Dios, taparé mi maleta con los méritos de la Virgen y después abriré la otra, presentaré los méritos de Jesús y le diré al Padre eterno: “Ahora juzgad lo que veis” [...] ¡Estoy segura de que no me rechazará! Entonces me volveré hacia San Pedro y le diré: “Puedes cerrar la puerta, porque me quedo aquí!”».

Murió el 8 de febrero de 1947, cuando contaba unos 77 años de edad. Poco antes, al darse cuenta de que era sábado, había dicho: «¡Estoy contenta! La Virgen Santísima, la Virgen Santísima...». Enseguida acudió la gente de Schio. Largas filas de personas, que se encomendaban a ella atraídas por su fama de santidad, acompañaron sus restos hasta el cementerio local. Con el mismo fervor de multitud se trasladaron años después, en 1969, a la sede del Instituto de las madres canosianas de la misma ciudad.

Bien pronto, en 1955, se instruyó su causa de canonización. Realizados todos los procesos, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992 y ha sido canonizada el 1 de octubre de 2000, año del gran Jubileo.

MARÍA ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

- CAMBRA, P., «Beata Giuseppina Bakhita Carta sobre una mujer verdaderamente libre a una mujer presuntamente liberada», en AA.VV., *Santas del siglo XX* (Barcelona 1997)
- CRISTANI, MONS., *Bakhita. Mere Josephine, des Soeurs Canossiennes* (Léopoldville, Kinshasa 1960)
- DAGNINO, M.^a L., *Bakhita racconta la sua storia* (Roma 1989)
- FACCO, G., *Bakhita* (Padua 1981)
- FIORIS DE LEMUS, I., *Una flor del desierto* (Barcelona 1961)
- ZANOLINI, I., *Storia meravigliosa* (1931 y 1947).
- *Bakhita* (Milan 1947)

BEATA JOSEFINA GABRIELA BONINO

Virgen († 1906)

Nace el 5 de septiembre de 1843 en Savigliano (Cuneo) único fruto del matrimonio formado por el doctor Domingo Bonino, médico, y Josefina Ricci, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente. Sus padres, profundamente religiosos, le transmitieron una sólida educación basada en el amor a los humildes, creciendo en su corazón una extraordinaria caridad hacia el prójimo. La primera comunión la recibió en 1851.

En 1855 sus progenitores se acercaron en Turín, recibiendo enseñanza superior en las Hermanas de San José y una tierna devoción a María Santísima. Con el consentimiento de su director espiritual emitió el voto de castidad, consciente de su decidida vocación, aunque sin saber con certeza cuál era el designio de Dios.

Al cabo de catorce años, en 1869, regresaron sus padres a Savigliano, dedicándose por entero a la atención paterna debido al agravamiento de la enfermedad que, finalmente, le condujo a la muerte el 16 de enero de 1874. Durante este tiempo ingresa en la Tercera Orden del Carmen y en la de San Francisco de Asís, deseosa de avanzar en la perfección espiritual, disponiéndose a la vocación que Dios le envíe para ser verdaderamente «la misionera de su voluntad».

Después del fallecimiento de su padre es elegida presidenta de las Hijas de María de su ciudad natal, distinguiéndose en la devoción y piedad a María Santísima. En 1876 sufre una neoclasisa en la columna vertebral que la obligó a someterse a una operación quirúrgica. El mal uso del cloroformo por parte de los anestesiastas convirtió esa intervención en un doloroso sufrimiento: «Dadme el crucifijo y los operadores hagan libremente su deber», dejando impresionados a los doctores. Recuperó la salud estando firmemente convencida de haber sido un milagro de la Virgen, por lo cual, en septiembre del año siguiente y acompañada de su madre, peregrinó a Lourdes en acción de gracias. Estando en oración en la gruta de la aparición recibió una luz interior, sintiéndose inspirada a consagrarse totalmente al servicio de los pobres.

Al fallecer su madre el 1 de diciembre de 1877, y aconsejada por su director espiritual, estableció un orfanato que puso bajo la protección de la Sagrada Familia de Nazaret, consciente de la importancia de la familia en la sociedad en un momento en que los lazos de unidad familiar se estaban rompiendo. Acoge en el orfanato de su ciudad natal los niños que nadie quiere, huérfanos por el abandono de sus padres, quedando expuestos a cualquier peligro y al desamparo. Firmemente convencida de su misión materna, persevera en este encargo a pesar de algunos comentarios de sus paisanos, considerándola una «fanática».

Tres años más tarde, y después de dos experiencias en sendos conventos de distintas órdenes de clausura, en 1880 se empeña en fundar un Instituto religioso dedicado a la enseñanza de niñas huérfanas, instruyéndolas humana y religiosamente, y dedicando también su amorosa entrega a los enfermos. Toma como modelo la Sagrada Familia, imitando su pobreza, humildad, laboriosidad y modestia. Su corazón rebosa de celo por la gloria de Dios y salvación de las almas más desamparadas. En 1881 es elegida superiora del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia, desempeñando este cargo con prudencia y caridad admirables hasta su muerte.

El 6 de octubre de 1867 Josefina y otras once compañeras reciben el hábito y emiten los votos religiosos, consagrándose a la caridad. Su ejemplo y dedicación permiten que en poco tiempo se funden varias casas en distintas poblaciones, con espíritu de sacrificio, dedicación absoluta a las niñas y entrega a los enfermos. Su vida mostró el testimonio evangélico en grado heroico de una verdadera maestra de la vida religiosa, testimoniando de este modo la necesidad de la vida familiar, amenazada en este tiempo por la pérdida de los valores morales y la desorientación de las conciencias. Con la ayuda del Espíritu Santo se empeñó en defender la familia cristiana como lugar de encuentro, como corazón del mundo.

Su carisma será, por tanto, organizar familias sanas, ayudarlas y sostenerlas, enseñando a las jóvenes, aconsejándolas para llevar una vida matrimonial con gran espíritu de sacrificio y un amor inmenso.

Formó a sus religiosas en una atmósfera familiar, amando tiernamente a sus hijas para que se convirtieran en madres tiernísimas para formar auténticas familias, que se consagraran a servir a todos transmitiéndoles «calor humano y doméstico». Se trataba de servir al Señor con alegría amando a la Iglesia como una madre: «Vivamos de su vida, de sus alegrías, de sus dolores, de sus deseos, de sus sufrimientos».

Su carisma descubría un aspecto inédito: el estilo familiar según la Sagrada Familia. La experiencia familiar es la raíz de su carisma y su Instituto vivirá el estilo de la familia dedicándose totalmente a la familia cristiana. En un ambiente familiar se pueden vivir los valores evangélicos. Consagrados a Dios pero no fuera del mundo. Juntos como familia para crecer en el apostolado familiar. Se trata de ofrecer a la familia el apoyo y el auxilio necesarios que la ayuden a integrarse en el plan de Dios al servicio de la Iglesia.

Sus consejos abren el corazón a la esperanza: «Sé buena, cordial, conserva la sonrisa en los labios siempre, aun cuando estés sola». Su corazón se abre a todos los sentimientos más nobles y más grandes, demostrando la piedad profunda y silenciosa que iluminaba su mundo interior. Dotada de un carácter nervioso y pronto, hacía a diario ejercicios de indulgente tolerancia, con paciente mortificación. Unas características que reflejan la dulce realidad del hogar de la Familia de Nazaret.

Durante la invasión cólerica de 1884 en Savigliano fue la primera en atender a los contagiados en el lazareto, compartiendo con todos «una sonrisa de esperanza». Peregrinó a Loreto en 25 ocasiones, ofreciéndose en la santa casa con el verdadero espíritu de la Sagrada Familia, paternalmente aconsejada por el padre Pedro de Málaga, capuchino, que fue siempre para ella padre y consejero. Tras una breve enfermedad catarral falleció el 8 de febrero de 1906 en Savona, como había profetizado, a los 62 años de edad, recibiendo sepultura en el cementerio local.

En abril de 1961 sus restos mortales fueron trasladados a la iglesia de la casa madre.

El 26 de marzo de 1994 fue declarada venerable, siendo proclamada beata por Juan Pablo II el 7 de mayo de 1995, quien

destacó los dos elementos de su carisma: «la dedicación a la familia y la consagración a Dios. Su carisma ha sido la caridad familiar de la familia como iglesia doméstica a la comunidad religiosa como familia espiritual. La familia, lugar de amor extraordinario en las cosas ordinarias».

El milagro para la beatificación

En el otoño de 1956 sor Gema Alloa Casale sufre desgarros en el aparato digestivo, agravándose los síntomas con vómitos. Tras varios ingresos en distintos hospitales fue con los enfermos a Lourdes en septiembre de 1957, regresando a Turín en gravísimo estado. La noche del 20 al 21 de septiembre la pasó en la casa madre de Savigliano y a la mañana siguiente se encontró completamente curada, atribuyéndose la curación a la intercesión de madre Josefina, a quien habían acudido las religiosas.

El 26 de mayo de 1993 la consulta médica es unánimemente favorable, así como los consultores teólogos, promulgando Juan Pablo II el decreto sobre el milagro el 15 de diciembre de 1994.

ANDRES DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 88 (1996) 90-92

Bibliotheca sanctorum Prima appendice (Roma 21992) col 198

Index ac status causarum, o c , 259

Martyrologium romanum, o c , 134

MINA, G , *Quando l'amore chiama* (Cavallermaggiore 1993)

L'Osservatore Romano (5 y 7 9 mayo 1995)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA COÍNTA

Mártir († 259)

Tenemos adecuada constancia del martirio de esta santa por lo que acerca de ella escribió el obispo San Dionisio de Alejandría, texto que reproduce el historiador Eusebio de Cesarea. En su carta al obispo Fabio de Antioquía el obispo alejandrino le cuenta los martirios que han tenido lugar en su ciudad en la

persecución de Valeriano, años 258-259, y entre ellos le dice que una mujer llamada Quinta o Coínta fue llevada por la fuerza a un templo pagano. Aquí la querían por la fuerza hacer apostatar de Cristo y ofrecer un sacrificio a los dioses.

Coínta volvía la cabeza horrorizada de lo que se la quería obligar a hacer y se negaba en redondo a consentir en la idolatría que se le proponía entre gritos y amenazas. Entonces la ataron de los pies y la llevaron arrastrando por las mal pavimentadas calles de la ciudad, padeciendo muchísimo por los porrazos con las piedras y la crueldad del arrastre. Así la llevaron el tiempo que quisieron, hasta que, llegados a un lugar, se dedicaron a apedrearla. Coínta sobrellevó con paciencia el tormento y perseveró en la fe. Las pedradas acabaron con su vida y así consumó su glorioso martirio.

BEATO PEDRO ÍGNEO

Obispo y cardenal († 1089)

Pertenecía a la familia Aldobrandini y había nacido en Florencia hacia el año 1000. Vistió el hábito benedictino en la congregación de Valleumbrosa. El apelativo de Ígneo con que se le conoce se debe a que San Juan Gualberto y sus monjes de Valleumbrosa acusaban de simonía al arzobispo de Florencia, Pedro de Pavía. Esta acusación suscitó división de opiniones en el pueblo y enojó enormemente al prelado, contra el cual se habían puesto también otros monjes de la ciudad mientras que el clero lo apoyaba. Se propuso entonces acudir a la prueba del fuego, y ésta se dispuso en la mañana del miércoles de Ceniza. Se sorteó a quién le tocaría pasar la prueba y la suerte cayó sobre el monje Pedro Aldobrandini. Dijo éste la misa cantada, y al llegar al *Agnus Dei*, Pedro dejó la casulla y acompañado de cuatro monjes se dirigió a la hoguera, invocó al Señor pidiendo salir ileso si de verdad el arzobispo era simoníaco. Y en efecto atravesó el fuego sin quemarse, saliendo de él ileso. El pueblo lo aclamó, y al conocer el suceso el papa Alejandro II depuso al arzobispo como simoníaco. Desde entonces se le llamó Pedro Ígneo.

El papa San Gregorio VII en 1074 lo nombró cardenal obispo de Albano, y le confió una legación en Alemania, y más tarde otra en Francia, donde excomulgó al antipapa Clemente III.

Muerto el 8 de febrero del año 1089, su cuerpo fue llevado a la abadía de Valleumbrosa.

9 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría (Egipto), Santa Apolonia († 250), virgen y mártir*.
2. En Alejandría, muchos santos martirizados por la facción del jefe arriano Siriano (s. IV).
3. En Lemela (África), los santos Primo y Donato († 361), diáconos, martirizados por los donatistas.
4. Cerca de Apamea (Siria), San Marón († ca 410), ermitaño, de quien toman origen los maronitas**.
5. En Llandaff (Gales), San Teliavo († 560), obispo y abad.
6. En Canosa de la Pulla, San Sabino († 566), obispo, que fue legado papal en Constantinopla.
7. En el monasterio de Hautmont (Sambre), San Ausberto († 695), monje y luego obispo de Ruán, que murió expulsado de su sede por Pipino de Heristal*.
8. En Baviera, San Altón, abad, fundador de un monasterio que luego llevó su nombre (s. VIII).
9. En Nocera, San Rinaldo († 1222), obispo, antiguo monje camaldulense*.
10. En Premiá de Mar (España), San Miguel (Francisco) Febres Cordero († 1910), religioso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas**.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

SAN MARÓN DEL LÍBANO

Ermitaño († ca.410)

Es sorprendente que San Marón, a quien San Juan Crisóstomo denomina en la carta que le dirige desde su destierro del

404 al 407 «presbítero y solitario», haya tenido una influencia tan determinante en el futuro de sus monjes y de su pueblo. En efecto, de él ha tomado el nombre una fuerte colonia monacal de hombres y un pueblo del Oriente que todavía lleva su nombre: los maronitas. Así se denominan hoy los 3.304.000 fieles católicos orientales que pertenecen a un Patriarcado, si bien han tenido que emigrar a muy distintas regiones.

Esta Iglesia ha pertenecido siempre a la fe católica original. Y no es que haya nacido de alguna división histórica o comunión con otra iglesia que buscara la unión; ella se confesó siempre católica y, superando todas las dificultades de incomunicación, pudo mantener su unión a Roma.

La Iglesia maronita se ha visto siempre como ligada y protegida por el asceta Marón, muerto hacia el 410. Su sepulcro se hallaba situado en un monasterio del valle de Oronte, en Apamea de Siria, siendo muy venerado. Desconocemos el lugar y la fecha de nacimiento de Marón. Su único biógrafo, si así lo podemos llamar, es el obispo de Ciró, Teodoreto, quien siendo ya obispo, o sea, entre el 423 y el 458, escribió su *Historia de los monjes*. Teodoreto no pudo conocer a San Marón, pero sí a sus discípulos, algunos de los cuales están incluidos en su obra. Por estos datos seguros de Teodoreto, suele datarse la muerte de San Marón hacia el 410, puesto que el autor nos habla de una maravillosa iglesia y la suntuosa tumba que contiene. Es tal la admiración que siente por su biografiado, que llega a denominarle «divino», el «grande», el «sumo». De él nos dice que

«Habiendo decidido vivir a cielo descubierto, se retiró a la cima de una montaña, que en su tiempo los paganos habían destinado a su culto, y consagró a Dios aquel lugar santo que había sido poseído por los demonios. En este lugar estableció su morada y sólo raramente hizo uso de una pequeña tienda que se había construido».

La forma de vida asumida por San Marón responde a la practicada en Siria por los estilitas, colocados sobre una torre prefabricada, o también, en nuestro caso, podría tratarse del ramaje de un frondoso árbol, como hacían los «dendritas». Naturalmente, la dureza de esta vida radicaba en la superación de todas las inclemencias atmosféricas, dedicados a la oración en la total soledad. Y Teodoreto nos cuenta cómo las gentes comen-

zaron a frecuentar las visitas al santo, a fin de que lo que no podían curar los médicos con sus múltiples medicamentos, lo hiciera Marón con su oración. Pero se nos recuerda que no sólo atendía a la salud de los cuerpos enfermos, sino que saturaba de vida espiritual las almas.

La vida de San Marón se hizo célebre no sólo en las montañas, sino que se extendió hasta Antioquía y más allá. Se le describe como un asceta original, como lo fueron en general los sirios; y no sólo los monjes que pronto le rodearon en sus chozas trataban de imitarle, sino que el mismo pueblo cristiano admitía cierto ascetismo en sus costumbres religiosas penitenciales: ayunos, oraciones, peregrinaciones. De este modo la vida del santo fue un foco de auténtica cristianización. El nombre de maronitas se aplicó primeramente a los monjes que imitaban al santo asceta, pero después se extendió al mismo pueblo, en cuya formación tuvo un influjo determinante.

La carta que desde su destierro le dirigió San Juan Crisóstomo entre los años 404 al 407, «a Marón, sacerdote y solitario», muestra no solamente la veneración del patriarca de Antioquía, sino el deseo de mantener con él la comunión espiritual por medio de la correspondencia. Pero ésta se le hacía muy difícil porque no encontraba medios de poder dirigirle sus escritos ni nadie que se dirigiera hacia su país. Se había enterado de cómo se hallaba mejorado en su enfermedad, y le ruega que cuide su salud.

A la muerte de San Marón dos poblados se discuten la posesión de sus restos mortales. Esto sucedía entre los años 405 al 423, más probablemente hacia el 410. «Los habitantes de un poblado se precipitaron sobre los otros, los expulsaron y se apoderaron de aquel tesoro» (*Historia de los monjes*, 16). Este lugar correspondería al monasterio de Beth Moroun, que sería el núcleo en torno al cual se agrupará una comunidad cristiana, la cual, tras la invasión árabe de Siria y la vacante de la sede patriarcal de Antioquía, se constituirá en Iglesia autónoma, con su rito propio, y se denominará «maronita». Al quedar vacante la sede antioquena, los monjes de Beth Moroun eligieron a Juan Marón, un monje de su federación, como primer patriarca maronita a finales del siglo VII, y con el título de Antioquía. Este

patriarcado, para defenderse de las incursiones árabes, se trasladó definitivamente al Líbano hacia el 939. De hecho la sede antioquena había quedado sin patriarca calcedonio (melquita) desde el 609 al 702, aunque entre tanto habíanse nombrado varios que por distintas razones no llegaron a ocupar la sede. A partir del 702 la sede quedó vacante al menos durante cuarenta años, sin nombramiento de patriarca alguno. Y es en este período vacante cuando surge por obra de los monjes el nombramiento del primer patriarca maronita. El primer autor maronita que señala en 1495 el nombre de Juan Marón como primer patriarca maronita, es Gibrâ'il ibn al-Quila, en el que se inspiró F. Ferone para redactar una *Vida* novelada en la que se convierte a Juan Marón como descendiente de Carlomagno, siguiendo una leyenda original de la época de las Cruzadas, en la cual, no obstante, no se menciona el nombre del primer patriarca.

Frente a todas estas corrientes pseudohistóricas, ha expuesto un criterio más radical acerca de San Marón J. M. Sauget. Admite como único historiador a Teodoreto, según el cual Marón «habría sido anacoreta y santo, pero no sacerdote. Tal como se ha señalado, se retiró a la cima de un monte, donde había existido un culto pagano, y construyó una cabaña, aunque vivía al aire libre. El severo ascetismo y su santidad le merecieron el don de curar enfermos, lo cual atrajo a su montaña muchedumbres. Teodoreto habla de discípulos de Marón, entre los que figura un cierto Jacobo, pero no da a entender que hubiera dado origen a una institución cenobítica en las cercanías y, menos aún, dirigida por él. Marón murió tras una breve enfermedad». Los restos del asceta habrían sido motivo de conflictos entre los poblados cercanos. Se lo llevaron los que más pudieron, y su sepulcro en tiempo de Teodoreto era lugar de peregrinaciones. Tan sólo se puede afirmar que es anterior al 423, o sea, antes de la elección de Teodoreto como obispo de Ciró. Se ignora del todo la localidad donde vivió el santo.

Nos da cierta luz —siempre siguiendo al citado autor— sobre la cronología lo que Teodoreto refiere sobre el susodicho discípulo de Marón, Jacobo de Cirrística, quien habría vivido con su maestro 38 años antes de que escribiese Teodoreto, hacia el 444, su *Historia filotea*. Según esto, habría que concluir que

Marón se hallaba en vida todavía en el 406. Esta deducción no sería suficiente para probar la identificación de San Marón con el sacerdote homónimo, entre el 404 al 407, destinatario de una carta de Juan Crisóstomo, pues nada daría que pensar que el anacoreta descrito por Teodoreto fuera sacerdote.

Siguiendo la crítica de J. M. Sauget, basada en estudios más recientes, la tumba de Marón en Cirréstica y la gran veneración que la rodea, no justificaría la construcción de un monasterio en este lugar. Este problema tan importante no ha obtenido todavía una clara justificación. Y no parece posible afrontar el problema de la relación de Marón con el monasterio que lleva su nombre, que fue fundado en la región de Apamea hacia el 452, o con la comunidad cristiana maronita.

Asimismo, para S. J. Voicu, los maronitas serían una comunidad cristiana vinculada en un principio al importante monasterio de San Marón, en Apamea de Siria. Sus monjes, durante las controversias cristológicas del siglo VI, figuran entre los más acérrimos defensores de la definición de Calcedonia (451). Ciertos indicios nos permiten concluir que los monjes maronitas abrazaron en el siglo VII la doctrina monotelita. Pero, como se ha dicho, a finales del siglo VII, forzados por la invasión de los árabes, los monjes maronitas emigraron hacia las regiones del Líbano, donde hacia el 939 se convirtieron en el centro espiritual de la comunidad con el traslado del patriarcado de la sede de Antioquía. Durante las Cruzadas la iglesia maronita entró en comunión, más o menos interrumpida hasta el siglo XV, con la iglesia de Roma. Esta unión con Roma de los maronitas fue total, sin dejar ninguna comunidad separada. La liturgia maronita, siempre en lengua árabe, es de tipo oriental, pero, a la par que las estructuras eclesiales de la comunidad, ha sufrido un profundo proceso de latinización.

Esta crítica más moderna rechaza como vemos la referencia de San Juan Crisóstomo con Marón, a la vez que la existencia del monasterio de Beth Moroun como punto de arranque de la creación del patriarcado maronita de Antioquía. No obstante, la tesis no está fundamentada. Primeramente es cierto que Juan Crisóstomo hace de San Marón un sacerdote, cuando Teodoreto solamente habla de un «asceta». Y la explicación que se nos

da es que el Crisóstomo bien pudo referirse a un homónimo del biografiado por Teodoreto, el cual silencia el «sacerdocio». Pero por otra parte hallamos ciertos indicios en la carta de San Juan Crisóstomo que inducen a identificar el personaje. Nos habla de la dificultad de dirigirse a él por escrito, ya que no halla quien se dirija hacia las soledades de Marón; y esta dificultad obedecía a los lugares abruptos donde moraba San Marón, y a la distancia: unos 200 kilómetros de Antioquía (aunque ignoramos el lugar del destierro del Crisóstomo, que podría ser aún más distante). Otro punto correlativo entre ambos escritos es la poca salud del asceta. A ella se refiere Teodoreto, pero no olvidemos que el patriarca desterrado le ruega al asceta que «cuide mucho su salud, para que recibamos buenas noticias sobre ella estando tan separados corporalmente».

Hemos hablado de Juan Marón, también monje y santo, quien habría sido constituido primer patriarca de Antioquía a finales del siglo VII. Según Teodoreto se habrían fijado en torno a San Marón muchos eremitas, algunos de los cuales son biografiados por el mismo Teodoreto, sobresaliendo Jacobo, el cual le llegaría a superar en su ascesis. Y no solamente se trata de varones, sino que también encontramos mujeres, que llegan a mayor heroicidad que aquéllos.

Tras la muerte de Teodoreto se continúa hablando del monasterio situado en Ciro, Beth Moroun, al cual pertenecía el primer patriarca Juan Marón. Este monasterio ha sido fundado como cenobio en torno al sepulcro de San Marón. De diversos documentos se puede deducir que el archimandrita del monasterio regía a los vecinos monasterios de la Siria II. Existe una carta de los monjes de Jerusalén y de la Siria II —es decir, el actual Líbano— dirigida a Justiniano, cuya serie de firmas concluye así: «Pablo, por la misericordia de Dios diácono y legado del monasterio de San Marón, el más importante entre los venerables monasterios de la Siria II, el cual gobierna todos los archimandritas y monjes de la dicha Siria II».

De este monasterio nos dice al-Masudi († 956) que «se hallaba rodeado de más de trescientas celdas, que poseía oro, plata y piedras preciosas en considerable cantidad, y que fue destruido en las incursiones árabes». Tomás, obispo de Kfar-

tab (s. XI), dice que en este monasterio moraban ochocientos monjes

En otro aspecto, hay que hacer notar que al ser destruida una imagen de San Marón por el patriarca melquita Cirilo, quien negaba públicamente que se tratara de un santo, Benedicto XIV, el doce de agosto de 1744, concedió una indulgencia plenaria que se podía ganar el día de San Marón, el 23 de septiembre de 1753 y, además, escribió una carta a Nicolás Lercaro, secretario de la Congregación de Propaganda Fide para los asuntos orientales, mostrando, en una exposición muy erudita, la santidad de Marón, el único santo que había dado su nombre a un pueblo entero

Teodoreto de Ciro, en su citada *Historia de los monjes*, describe la historia de muchos de ellos. Estos monjes no se limitaban a la vida contemplativa, y se enfrentaban vigorosamente contra la herejía de la época y defendían con ardor el Concilio de Calcedonia. Por esta razón se levantó una horrible persecución desencadenada contra ellos por el monofisita Severo, que había usurpado la sede de Antioquía, y por Pedro, obispo de Apamea. La descripción de estos hechos se halla en una carta dirigida por veinticuatro archimandritas de la Siria II al papa Ormisda en el 517. El primero de todos se firma: «Yo, por la misericordia de Dios, sacerdote y superior del monasterio de San Marón...». De esta carta se desprende que Severo y Pedro habían dirigido una durísima persecución contra los defensores del Concilio de Calcedonia, y que algunos monjes habían muerto a causa de los padecimientos sufridos e infligidos por aquéllos, pues mientras una gran multitud de monjes se dirigía en procesión al santuario de San Simón estilita, fue atacada inesperadamente por los herejes, quienes mataron 350, dejando a otros heridos. Estos herejes no respetaron ni siquiera la iglesia, matando igualmente a algunos monjes que se habían refugiado junto al altar del vecino monasterio. Añade, además, la carta que otros monjes fueron quemados y raptados, y concluía diciendo que una copia de esta carta había sido enviada al emperador Anastasio, el cual, no obstante, había apresado con desprecio a los dos mensajeros que se la habían presentado, demostrando haber sido el instigador de la persecución.

El Papa respondió el 10 de febrero de 518. Y los mismos monjes escribieron también a los obispos de la Siria II para informarles de esta sanguinaria persecución. Y la primera firma de esta carta corresponde a la misma de la carta dirigida al papa Ormisda. La fiesta de los mártires maronitas fue introducida por Baronio en el Martirologio romano el día 30 de julio, día en que era celebrada en la Iglesia maronita como día de precepto, hasta que el actual patriarca lo ha dispensado.

Por todo cuanto hemos dicho se deduce que los monjes de San Marón fueron grandes defensores del Concilio de Calcedonia. Los fieles que originariamente se agregaron a ellos fueron denominados «calcedonianos», y más adelante, tal vez no sin ironía, «*maronitas*», nombre que ha prevalecido en la historia hasta nuestros días. En 1888 fue descubierta la *Crónica* de Miguel el Siro, patriarca de los Siro-Jacobitas, que contiene gran parte de los Anales de otro patriarca Jacobita, Dionisio de Tell-Mahre (818-845). En estos Anales se dice que el Califa Marwan hizo elegir en 746 un patriarca y lo mandó con una armada para librarse del patriarcado maronita. El proyecto fracasó, y Dionisio acaba diciendo que continuaron tal como ahora se encuentran (s. IX), bajo un patriarca y obispos maronitas, «ordenados del mismo monasterio». Estas últimas palabras prueban cuanto anteriormente hemos dicho ya acerca de las instituciones maronitas, confirmadas con autoridad, ya que el patriarca Dionisio nació en el siglo VIII y murió en el 845.

Añadiremos, finalmente, que Pío VII, el 30 de enero de 1820, concedió indulgencia plenaria a quienes visitaran la iglesia de nuestro santo en Kfaphray del Líbano, el día de su festividad, 2 de marzo; y el día 17 de mayo de 1821 el mismo pontífice extendió este privilegio a todas las iglesias maronitas. La fiesta de Juan Marón era de precepto para los maronitas hasta que el actual Patriarca (2001), por razones de calendario civil, la ha suspendido.

PLÁCIDO MIGUEL GIL IMIRIZALDU, OSB

Bibliografía

CHRISOSTOMUS: PG 52,630

GONZALEZ MONTES, A., *Las Iglesias Orientales* (BAC, Madrid 2000)

MANSI, *Collectio conciliorum*, VIII, 475ss; 429, 996, 1021, 1026

«Marón», en C. LONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000).

MORONITE: DS XI (I), 631-644.

SFAIR, P., *Bibliotheca SS*, VIII, 1094-1097.

THEODORETUS: PG 82,1418.

SAN MIGUEL FEBRES CORDERO

Religioso († 1910)

Ecuatoriano. Religioso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (1854-1910). Además de sobresalir por sus excelsas virtudes, destacó también en el campo de las letras. Murió en Premiá de Mar (Barcelona) el 9 de febrero de 1910. Fue canonizado por Juan Pablo II el 21 de octubre de 1984.

Miguel Febres Cordero nació el 7 de noviembre de 1854 en Cuenca (Ecuador), en una familia de origen español ya arraigada en aquel país hispanoamericano. Su madre era muy piadosa y su padre un hombre de negocios creyente sincero. Fue bautizado con el nombre de Francisco, que cambiaría por Miguel al profesar en los Hermanos de La Salle.

Nació con una deformación notable en los pies, la cual no le impidió ser un muchacho de buen corazón, sencillo de trato, simpático, piadoso, inteligente y aplicado. Leía mucho y escribía con soltura. Se narran episodios extraordinarios de su vida ya desde la infancia, como, por ejemplo, la mejoría, por intercesión de la Virgen, de sus pies deformes. La devoción a María fue característica de su vida.

Pronto manifestó deseos de entrar en el Instituto de Hermanos de las Escuelas Cristianas, a cuyo colegio asistía. Pero sólo en 1868 logró vencer la resistencia y la actitud extremadamente fría de su padre; tomó el hábito el 25 de marzo de dicho año. Terminado el noviciado, fue a Quito y comenzó una carrera fecunda de maestro, catequista y escritor. Años oscuros y monótonos pero intensos por la asiduidad a la oración. En 30 años editó un centenar de textos escolares y, por su conocimiento de varias lenguas, hizo una gran labor traduciendo textos clásicos.

Profesor exigente y celoso apóstol, se desvivía por los alumnos. En 1890 fue nombrado responsable de la residencia estudiantil aneja al nuevo colegio que contaba con más de mil alumnos. Jamás dudó en presentar un cristianismo comprometido y exigente a los jóvenes. En 1892 fue llamado a ser uno de los diez miembros de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Similares reconocimientos culturales le fueron otorgados por instituciones de Francia y Venezuela. Pero su campo de acción preferido fue la catequesis: durante 26 años tuvo a su cargo la preparación a la primera comunión. Publicó, además, una historia sagrada, una vida de Cristo y otros muchos libros y artículos relacionados con la piedad y la religión. Su labor de estudioso estuvo siempre en función de la actividad pedagógica directa. Y con verdadero espíritu evangélico buscó siempre que su dedicación preferente fuera enseñar a los niños más pobres económica, cultural y espiritualmente, viendo en ellos la persona y el rostro de Cristo.

Miguel Febres Cordero participó de manera heroica en los sufrimientos de Cristo crucificado. Entre las varias cruces que tuvo que llevar durante su vida, no fue la menor la malformación de los pies, que le producía considerables dolores al caminar. Pero él, de la debilidad sacaba fuerza; del dolor, motivo de alegría, haciendo vida propia «el lenguaje de la cruz» (1 Cor 1,18), escándalo y locura para quienes rehúsan aceptar a Cristo crucificado como Salvador y Señor. La aceptación gozosa de la cruz era para todos motivo de edificación y de cristiano ejemplo. Su alegría en el sufrimiento despertaba un profundo respeto y admiración. Prueba clara de que había asimilado profundamente la enseñanza paulina: «La debilidad de Dios es más fuerte que los hombres» (1 Cor 1,25).

Se puede decir que el itinerario ejemplar de su vida como maestro es un válido modelo para educadores cristianos de hoy, a la vez que un estímulo para valorar la gran importancia del apostolado e ideales de la enseñanza católica que tiene por objetivo ofrecer a las nuevas generaciones una sólida cultura impregnada a la luz del evangelio.

En 1907 se traslada a la casa general de Bélgica y allí redacta textos escolares para los colegios de Iberoamérica. Sin embargo, a causa del clima se ve obligado a marchar a Premiá de Mar

(Barcelona). En la «Semana Trágica» la persecución obliga a los Hermanos a ir a Barcelona y el Hermano Miguel va con ellos. Vuelve pronto a Premiá de Mar y allí fallece el 9 de febrero de 1910, a consecuencia de una pulmonía. Una de sus últimas frases fue: «otros trabajarán mejor que yo [...] Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía». Tenía 56 años de edad. En Ecuador, el gobierno decretó luto nacional; era su hijo más preclaro. Murió con fama de santidad.

Fue beatificado por Pablo VI el 30 de octubre de 1977; canonizado por Juan Pablo II en solemne ceremonia celebrada en la Basílica de San Pedro el 21 de octubre de 1984.

El Papa quiso inscribir en el catálogo de los santos a este ecuatoriano, miembro del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la jornada misional del Domund. Juan Pablo II lo definió como «un ejemplar misionero, un evangelizador de América Latina» (Discurso al CELAM, Santo Domingo, 12-10-1984, n.5), y quiso que su canonización inaugurase la novena preparatoria del V centenario de la evangelización de América.

Su fiesta se celebra el 9 de febrero.

RAMÓN FITA REVERT

Bibliografía

- Ecclesia* (1984) n.2194, p.15; (1984) n.2195, p.7 y 11
 LOPEZ MELUS, J., en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1723-1724
 MUNOZ BARRERO, E., *Hermano Miguel* (Quito 1953)
 — *Un académico a los altares* (Quito 1977)
 — *Fratel Michele* (Roma 1977).
 OLIVE, M., *El Beato Miguel* (Roma 1977)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA APOLONIA

Virgen y mártir († 250)

Nos consta de su martirio por Eusebio de Cesarea que, en su *Historia eclesiástica*, transcribe una carta de San Dionisio de Alejandría en la que se cuenta su martirio.

Era en los años finales del reinado de Felipe el Árabe, concretamente en 249. Un poeta en Alejandría promovió un tumulto contra los cristianos. Sus casas fueron robadas y saqueadas por la plebe, y al menos tres cristianos perecieron, uno de ellos Apolonia.

Era una virgen consagrada, seguramente diaconisa, que, reconocida como cristiana, fue torturada. Primero le partieron los dientes a martillazos y luego la obligaban a blasfemar o la amenazaban con echarla a una hoguera encendida. Apolonia pidió un momento para pensarlo y, cuando la soltaron, ella misma se echó al fuego preparado, en el que pereció.

San Dionisio no ve nada digno de censura en este espontáneo martirio sino que elogia grandemente a esta testigo de Jesucristo. A lo largo del tiempo se ha reflexionado sobre este caso y se estima que el suceso no puede menos que deberse a una especial moción del Espíritu. En la antigüedad el culto de Apolonia se extendió por Oriente, pasando luego a Occidente.

SAN AUSBERTO DE RUÁN

Obispo († 695)

Primero llevó vida seglar y llegó a ser canciller en la corte del rey Clotario III. Pero su inclinación era la vida monástica y profesó como monje en 673. Más tarde fue nombrado abad de Fontanelle, sucediendo a San Lamberto, que era nombrado obispo de Lyon.

Como abad tuvo un gran prestigio, porque dio nuevo impulso a las tareas culturales del monasterio con la edificación de una nueva biblioteca, donde reunió libros religiosos y clásicos. El rey Teodorico III le pidió que fuera su confesor, y cuando en 684 vacó la sede de Ruán lo presentó para arzobispo de la misma.

Ausberto fue un prelado celoso y ejemplar y fue capaz de renovar la vida religiosa de su diócesis. Pero tuvo un conflicto con Pipino de Heristal, el cual lo desterró al monasterio de Hautmont-sur-Sambre donde murió santamente el 9 de febrero del año 695.

SAN RINALDO

Obispo († 1222)

Rinaldo o Rainaldo nació a mitad del s. XII en el castillo de Postignano, junto a Nocera, en el seno de una noble familia. En su juventud decidió consagrarse a Dios y llevó vida eremítica por sí mismo, pero luego se unió a los monjes camaldulenses de Fonte Avellana. Aquí se acreditó al extremo de que en 1218 lo nombraron prior.

Conocido y estimado por el papa Honorio III, fue nombrado obispo de Nocera a finales del mismo año en que había sido nombrado prior.

Rinaldo fue un obispo excelente. Dio un alto ejemplo de responsabilidad pastoral, no dudando en excomulgar a quienes habían profanado la iglesia de un pueblo y sentando todos los días a un niño pobre a su mesa con los honores correspondientes al propio Jesucristo.

Pero su episcopado no fue largo, porque el 9 de febrero de 1222 moría con la muerte de los justos, dejando una clara estela de santidad en el pueblo, que enseguida lo tuvo por santo. Su culto continúa en Nocera.

10 de febrero**A) MARTIROLOGIO**

1 En Monte Casino (Campania), Santa Escolástica († ca 547), virgen, hermana de San Benito **

2 En Magnesia (Asia), los santos Caralampio, Porfirio, Daucto y tres mujeres, mártires en el imperio de Septimio Severo (s III)

3 En la Via Labicana, los santos Zotico y Amancio (s III o IV), mártires

4 En Terracina (Campania), San Silvanio (s IV), obispo

5 En Saintes (Aquitania), San Troyano († 550), obispo

6 En Besançon (Borgoña), San Protadio († 624), obispo

7 En una aldea de Ruan, Santa Austreberta († 704), virgen y abadesa

8 En Establo de Rodas (Toscana), San Guillermo († 1157), ermitaño de Malavalle, que dio origen a varias congregaciones de ermitaños *

9. En Prémontré (Francia), Beato Hugo de Fosses († 1163), abad, sucesor de San Norberto al frente de la Orden Premonstratense*.

10. En Rímimi del Piceno, Beata Clara Agolanti († 1326), viuda, fundadora de un monasterio de clarisas*.

11. En Angers, los beatos Pedro Frémond y cinco compañeras (Catalina du Verdier de la Sorinière, María Luisa, su hermana, Luisa Margarita Bessay de la Voute, María Ana Hacher du Bois y Ludovica Poirier, mujer casada), que fueron martirizados durante la Revolución Francesa († 1794).

12. En Krašić, Beato Luis Stepinac († 1960), obispo y cardenal, mártir**.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ESCOLÁSTICA

Virgen († ca.547)

Las fuertes pisadas de los bárbaros recorrían ya todas las vías del Imperio. La capital del orbe, sobre cuyo cautiverio lloró San Jerónimo lágrimas de sangre cuando la tomó Alarico (410), había sufrido otro terrible saqueo de los alanos y de su rey Genserico (455), llamado por la misma Eudoxia, esposa del emperador Máximo. Ahora, acaba de ser depuesto Rómulo Augústulo, verdadero diminutivo de los augustos césares, por el rey de los hérulos, Odoacro (476). Los pueblos germanos se derramaban en aluvión por Italia, las Galias, Hispania y África. Godos, visigodos y ostrogodos, vándalos, suevos, sajones, alanos, imponían su paganismo o su arrianismo, mientras el Oriente se enredaba en la herejía eutiquiana. ¡Qué solo iba quedando el Vicario de Cristo, San Simplicio (468-483), sucesor de San León Magno, el gran papa que, al dejarlo pasar humildemente, contuvo al «azote de Dios»!...

Cruel es la labor del arado que levanta y vuelca la tierra, pero ella orea los gérmenes fecundos que al fuego del sol florecerán espléndidamente. Así, de esta tierra imperial desbaratada, arada por las lanzas de pueblos jóvenes, brotaría con renovado vigor la fuerza oculta de las antiguas razas. Santa Clotilde convertiría a Clodoveo y al pueblo franco; Leandro e Isidoro se harían dueños del alma visigoda; San Patricio ganaría a Irlanda; San Gregorio el Grande, por medio de San Agustín, evangelizaría a los anglosajones... Y para ser los precursores de la Edad

Media, la de las catedrales góticas, la de las abadías insuperables, focos del Espíritu Santo, nacieron en Italia, cerca de la Umbría, en esa «frígida Nursia» que canta Virgilio (*Eneida*, l.8 v.715), y de un mismo tallo, Benito y Escolástica.

Se dice que sus padres fueron Eutropio y Abundancia y es seguro que pertenecían a la aristocracia de aquel país montaraz, de costumbres austeras, símbolo de la fortaleza romana, que aun bajo el paganismo había dado varones como Vespasiano, el emperador, y Sertorio, el héroe de la libertad. Si por el fruto se conoce el árbol, grande debió ser el temple puro y el cristianismo de los padres que dieron el ser y la educación a tales hijos. Del varoncito, *Benedictus*, dijo el gran San Gregorio, su biógrafo, que fue «bendito por la gracia y por el nombre»; de su hermana sabemos, por la misma fuente, que fue dedicada al Señor desde su infancia.

¿Quién influyó en quién? Benito, descendiente de los antiguos sabinos que tuvieron en jaque a los romanos, maduró su carácter cuando todavía era niño. Sin duda, dominó a su hermana, que miraría con admiración al joven, prematuramente grave, llamado a ser padre y director de almas. La ternura, la delicadeza que revela la regla benedictina, la atribuyen, sin embargo, sus comentaristas a la dulce y temprana influencia de su hermanita y condiscípula, Escolástica, en el alma del futuro patriarca.

Como en jardín de infancia, vivieron y se espigaron juntos en la finca paterna, una de esas «villas» romanas, mezcla de corte y cortijo, esbozo familiar de futuros monasterios. Según la moda del día, velaba sobre ellos Cirila, una nodriza griega, que les enseñó a balbucear la lengua helénica. ¡Qué contraste con ese doble sello de Roma y Grecia —toda la cultura antigua impresa en sus primeros años— no haría esa invasión de los ostrogodos, que en 493 entregaría de nuevo la urbe por excelencia a las tropas de Teodorico!

Con todo, se decidió que Benito iría a Roma ya adolescente, para perfeccionarse en los estudios liberales. ¡Qué dura la separación para estos gemelos, unidos antes de nacer! Escolástica, consagrada a Dios desde su infancia, llevaba, quizá, el velo de las vírgenes; ¡cuánto oraría por el joven estudiante preso de esa Roma fascinadora que, pese a todos los saqueos y a las divisio-

nes del cisma, seguía señoreando al mundo por su arte, por su lujo, por sus escuelas!

Sujeto también a grandes peligros, en ambiente difícil, exclamaba otro hermano de la que esto escribe, héroe de la religión y de la patria: «Nos han imbuido tanto tradicionalismo y catolicismo, que no puedo faltar a lo que tengo dentro. Donde quiera que esté, llevo, como el caracol, mi casa auestas». Fue el caso de Benito, amparado por su educación y por el incienso de las oraciones de Escolástica, que cruzó ileso la edad de las pasiones y cuando podía ingresar en un mundo de corrupción, decidió despreciarlo.

Tendría cerca de veinte años, que es cuando se coronaban los estudios. Empapado de romanidad y de jurisprudencia, dueño de un lenguaje firme y sobrio, que la gracia castigaría aún más, pues con razón se ha escrito que «el decir conciso es don del Espíritu Santo», Benito se dispuso a imitar a los eremitas del Oriente, que San Atanasio primero y San Jerónimo después, habían dado a conocer a Roma. Buscando una sabiduría más alta que la de los retóricos, acordó dejar sus libros, su familia y su patrimonio, prueba de que su padre había muerto y de que era dueño de sí.

Los santos no llegan de repente al despojo absoluto. Es enternecedor, para nuestra flaqueza, el ver que Benito, desprendido por la distancia del amor fraterno, aún se dejó escoltar por su «chacha» griega, en el éxodo que le apartaba de Roma y siguiendo la vía Tiburtina le llevaba hacia las montañas sabinas para fijar su tienda en la aldea de Eufide, al amparo de una montaña y de la iglesia de San Pedro. ¿Cómo iba a prescindir él de sus cuidados maternos, tan necesarios para dedicarse, olvidado de sí, a la oración y al apostolado? ¡La quería tanto! Como que lloró con ella cuando la pobre mujer, consternada, vino a mostrarle los dos pedazos en que se partió el cedazo de barro para cernir el trigo que le había prestado una vecina. Benito se puso en oración hasta que los dos trozos se juntaron y floreció el milagro. «¡Es un santo, es un santo!», clamó la vecindad electrizada al enterarse del hecho, merced al entusiasmo de esta nueva samaritana. Y Benito, que huyó siempre de ser canonizado en vida, comprendió el peligro de la vanidad y del cariño, lo

urgente que era romper con este último lazo de filial ternura que aún le ligaba al mundo.

¡Oh qué dramática debió ser la llegada de Cirila a Nursia, refiriendo entre sollozos a Escolástica virgen, y tal vez a su madre viuda, cómo se le había fugado, sin despedirse siquiera, el hijo de su alma! Hacia dónde, Señor, ¡sólo Dios lo sabía! Seguramente hacia una soledad abrupta, donde, lejos de los hombres, trataría a solas con Él.

Los años pasaron. Moriría Abundancia. Escolástica, en su orfandad, se uniría a otras vírgenes compartiendo su vida de oración, de recogimiento y de trabajo. No olvidaba al desaparecido, ni desfallecía, más tenaz que el tiempo, su esperanza.

Nada supo de sus tres años de soledad y penitencia extrema, vestido de la túnica que le impuso el monje Román, en la gruta asperísima de Subiaco, en lucha consigo mismo y con ese tentador que persigue los anacoretas. Ni de que un día le descubrieron los monjes de Vicovaro y le obligaron a regir su multitud indisciplinada. ¡Cómo hubiera sufrido sabiendo que su hermano estaba en manos de falsos hijos, capaces de servirle una copa envenenada! ¡Y cómo hubiera gozado viéndole huir de nuevo a la soledad y acoger en ella a los hijos de bendición que venían a pedirle normas de vida, en tal número, que hubo de construir doce pequeños monasterios en las márgenes del lago formado por el Anio!

La luz no estaba ya bajo el celemín. Nobles patricios confiaban sus hijos, Mauro y Plácido, al abad de Subiaco; bajo su cayado, trabajaban romanos y godos y habitaban juntos el león y el cordero. Su fama voló hasta Roma, llegó a la Nursia. El padre Benito no podía ser otro que aquel santo joven que huyó de Eufide, dejando una estela milagrosa. Las lágrimas que arranca la noticia del hermano recuperado y que parecía para siempre desaparecido, debieron rodar por las mejillas de Escolástica.

Hubo, sin embargo (la persecución escolta a los santos), un clérigo envidioso, Florencio, capaz de enviar también al santo abad un pan envenenado y un coro de bailarinas que invadiera su recinto santo. Benito había aprendido la lección evangélica de no resistir. Por amor de sus hijos, a los que dejó en buenas manos, desamparó con un grupito fiel la gruta de sus amores y,

como otro Moisés camino del Sinaí, se dirigió a lo largo de los Abruzos hacia el mediodía, llegó a la fértil Campania y encontró su pedestal soñado, siguiendo la vía latina de Roma a Nápoles. Era el monte Casino, magnífica altura, vestida de bosques y aislada, como palco presidencial, en el gran anfiteatro que forman las cadenas desprendidas de los Apeninos.

Allí, con más de cuarenta y cinco años, el varón de Dios, en la plenitud de su doctrina espiritual, escribió la ley de la vida monástica, ese código inmortal de su santa regla. A poca distancia del gran cenobio, que iba surgiendo como una ciudad fortificada, tuvo la dicha de recobrar en Dios lo que por Él había dejado. Escolástica, madre de vírgenes, volvió a ser la discípula de sus años maduros. No aparecía, se ocultaba; podía decir como el Bautista: «Conviene que Él crezca y que yo disminuya». El santo patriarca, «lleno del espíritu de todos los justos», florecía como la palma y se multiplicaba como el cedro del Líbano. Sus palabras, sus obras, sus milagros, esparcían el buen olor de Cristo sobre el mundo bárbaro. Él era el tronco del árbol de vida, cuyas ramas se extenderían sobre Europa para cobijar a innumerables pájaros del cielo. Escondida a su sombra, con raíz vivificante, como manantial oculto que corre por las venas de la tierra, Escolástica, aún más hija del espíritu que de la letra, daba a la religión naciente esa oración virginal, esa santidad acrisolada, esa inmolación fecunda llamada a reproducirse en las exquisitas flores del árbol benedictino: Hildegarda, Matilde, Gertrudis...

Hay que pasar bruscamente del primero al último acto para comprender lo que fue la unión tan humana y divina entre aquel a quien ella llamaba *frater* y aquella a quien él respondía *soror*.

Una vez al año (no es mucho conceder al espíritu y a la sangre), nos cuenta San Gregorio con sencillez evangélica, se encontraban ambos en una posesión, no muy distante, de Montecasino. Aquel año, ya en el umbral de la senectud, acompañaban al padre abad varios de sus hijos, a Escolástica no le faltaría su compañera. ¡Oh, cuán bueno habitar los hermanos en uno! En el gozo de aquella reunión alternaron divinas alabanzas y santos coloquios, que se acendrarón en la intimidad de la refección, al caer las sombras de la noche. Era quizá la hora de completas,

cuando canta el coro monástico el *Te lucis ante terminum*, pero en el calor de la conversación, se había hecho tarde y Escolástica creyó poder rogar:

—Te suplico que esta noche no me dejes, a fin de que, toda ella, la dediquemos a la conversación sobre los goces celestiales.

—¿Qué dices, oh hermana? ¿Pasar yo una noche fuera del monasterio? ¡Cierto que no puedo hacerlo!

Y al conjuro de la observancia, el Santo miraba la serenidad del cielo y se disponía a marchar. Escolástica, que conocía su firmeza, optó por dirigirse a la suprema Autoridad. Decía su santa regla: «Tengamos entendido que el ser oídos no consiste en muchas palabras, sino en la pureza de corazón y en compunción de lágrimas» (c.20). Sus manos cruzadas para suplicar cayeron sobre la mesa y, apoyando la frente entre sus palmas, comenzó a llorar en la divina presencia.

Benito la miraba sobrecogido, dispuesto a no ceder, cuando ella alzó la cabeza y un trueno retumbó en el firmamento. Corrían las lágrimas por el rostro de Escolástica y un aluvión de agua se derrumbaba desde el cielo, repentinamente encapotado.

—El Dios omnipotente te perdone, oh hermana. ¿Qué has hecho?

Ella respondió:

—He aquí que te he rogado y no has querido oírme; he rogado a mi Dios y me ha oído —y añadió, con una gracia triunfal, plenamente femenina—: Sal ahora, si puedes, déjame y vuelve al monasterio.

Y, pese a su contrariedad, se vio precisado el Santo a pasar toda la noche en vela, fuera de su claustro, satisfaciendo la sed de su hermana con santos coloquios.

Al día siguiente se despidieron los dos hermanos, regresando a sus monasterios. Sólo tres días habían pasado cuando, orando San Benito junto a la ventana de su celda, vio el alma de su hermana que en forma de blanquísima paloma «salía de su cuerpo y, hendiendo el aire, se perdía entre los celajes del cielo». Lleno de gozo, a vista de tanta gloria, cantó su acción de gracias y llamando a sus hijos les comunicó el vuelo de Escolástica, suplicándoles fueran inmediatamente en busca de su cuerpo para trasladarle al sepulcro que para sí tenía preparado.

Hace catorce siglos que las reliquias de ambos hermanos, fundidas en el seno de la tierra madre, germinan incesantemente en frutos de santidad. Porque «todo lo que nace de Dios vence al mundo», sobrevive San Benito, en su monasterio y en su Orden, a todas las injurias de los tiempos. La vida oculta de Santa Escolástica tiene el valor de un símbolo. Ella encarna el poder de la oración contemplativa, «razón de ser de nuestros claustros», la que, en alas de un corazón virginal, lleno de fe, arrebatada a los cielos su gracia y la derrama a torrentes sobre esta tierra estéril, pero rica en potencia, que con el sudor de su frente labran los apóstoles y que fue prometida a los patriarcas...

CRISTINA DE ARTEAGA, OSH

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de febrero.

Annales Ord. S. Bened., VI p.746s.

GREGORIO, SAN, *Diálogos*, l.2 c.33 y 34. Fuente fundamental.

HEURTBISSE, B. - TRIGER, R., *Sainte Scolastique, patronne de Mans* (1897).

MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, I p.35s.

MORIN, G., «La translation de saint Benoît et la chronique de Lens»: *Rev. Bénéd.* 19 (1902) 337s.

BEATO LUIS STEPINAC

Obispo y cardenal († 1960)

Obispo, cardenal y mártir. En la Yugoslavia comunista de Tito, este santo prelado representó la serena fortaleza de la Iglesia: el juicio, la condena, la reclusión minaron su salud y murió mártir de la fe confesada y vivida. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 3 de octubre de 1998.

Nació el 8 de mayo de 1898 en Brezarc, parroquia de Krašić, en el seno de una familia numerosa en la que se vivían el orden, la oración y el trabajo. Sirvió como oficial en el ejército austríaco y fue apresado por los italianos en 1918. Al final de la guerra se dedicó a la agricultura; al mismo tiempo estaba comprometido en el movimiento de la juventud católica. Después de un gran tiempo de maduración, decidió ser sacerdote. En 1924 el arzobispo de Zagreb monseñor Antun Bauer lo envió a Roma a estudiar en el colegio germano-húngaro. Fue alumno

de la Pontificia Universidad Gregoriana y se doctoró en filosofía y teología.

Recibió la ordenación sacerdotal en Roma el 26 de octubre de 1930, en la solemnidad de Cristo Rey. Celebró su primera misa en la basílica de Santa María la Mayor, ya que desde pequeño fue muy devoto de la Virgen.

El papa Pío XI lo nombró arzobispo coadjutor con derecho a sucesión de Mons. Antun Bauer el 29 de mayo de 1934; recibió la ordenación episcopal el 24 de junio siguiente. Al morir Mons. Bauer, se puso al frente de la archidiócesis de Zagreb. Fue un pastor solícito, que dejó una huella profunda en todos los ámbitos de la vida eclesial. Durante la segunda guerra mundial y los primeros años de la posguerra, en circunstancias muy difíciles, fue un valiente y constante predicador, defensor de los derechos de Dios, de la Iglesia y de toda persona.

En septiembre de 1945 los obispos católicos de Croacia publicaron una carta colectiva de la que Mons. Stepinac fue su principal inspirador. Entre otras cosas decían:

«En nombre de la justicia eterna, elevamos nuestra voz no solo para defender a los sacerdotes injustamente condenados, sino también para defender el recuerdo de miles y miles de víctimas inocentes condenadas a muerte sin poder defenderse en absoluto»

Poco después el arzobispo Stepinac dijo a un amigo refiriéndose al régimen comunista: «me hubieran perdonado todo, excepto esta carta».

Fue arrestado por primera vez el 17 de mayo de 1945. El 3 de octubre de 1946 fue llevado ante el tribunal de Estado, allí pronunció su confesión: «Ante Dios y ante los hombres mi conciencia está tranquila [...] Pero si me veo en la necesidad de dar mi vida por haber cumplido con mi deber, la daré». El 11 de octubre, el tribunal lo condenó a dieciséis años de cárcel y de trabajos forzados y cinco de privación de los derechos civiles. El 5 de diciembre de 1951 fue trasladado a la cárcel de Lepoglava, en Krašić.

Pío XII lo creó cardenal el 12 de enero de 1953, mientras estaba bajo arresto domiciliario en Krašić. Murió santamente, perdonando a sus enemigos y perseguidores, el 10 de febrero de

1960. Ofreció su vida como sacrificio voluntario por la Iglesia. En su testamento espiritual se leen estas palabras, que son reflejo de lo que él vivía: «amad a vuestros enemigos [...] Que la conducta de vuestros enemigos no os aleje del amor hacia ellos, porque una cosa es el hombre y otra su maldad».

Los venerados restos mortales del Beato Luis Stepinac se encuentran en la Catedral de Zagreb. La beatificación del cardenal Stepinac se produjo apenas 38 años después de su muerte. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el día 3 de octubre de 1998 en el famoso santuario de Marija Bistricka. El Episcopado croata fue quien pidió al Papa que la beatificación tuviera lugar en este célebre santuario. Y Juan Pablo II, conocedor de lo que ese espacio sacro representa, quiso que la solemne ceremonia se llevara a cabo junto a la venerada imagen de la Virgen con el Niño, proclamada *Reina de los croatas*. Muchos de los que estuvieron presentes en aquel acto habían padecido sufrimientos semejantes a los que tuvo que soportar el cardenal Stepinac por mantenerse fieles a Cristo. En la beatificación del arzobispo de Zagreb la Iglesia quiso reconocer la victoria del Evangelio de Cristo sobre las ideologías y los regímenes totalitarios: el fascismo, el nazismo y el comunismo; la victoria de los derechos de Dios y de la conciencia sobre la violencia y los abusos; la victoria del perdón y de la reconciliación sobre el odio y la venganza. El Beato Stepinac constituye, así, un símbolo para aquellos cristianos que, habiendo sufrido por causa de Cristo, quieren perdonar, quieren reconciliarse venciendo el mal con el bien.

El Beato Stepinac es un punto de referencia, no sólo para el pueblo croata, sino para toda la Iglesia católica, pues en él resplandece plenamente la respuesta católica: fe en Dios, consideración al hombre, amor a todos confirmado por el perdón, y unión con la Iglesia guiada por el Sucesor de Pedro. Con su elevación a los altares se evidencia esa lucha entre el Evangelio y el Anti-Evangelio que recorre la historia. Los mártires del siglo XX son el gran símbolo de ese combate. Y la Iglesia, como siempre, sigue afrontando los desafíos del mal y anunciando con impávida fortaleza la palabra del Evangelio. Porque las persecuciones del siglo XX han sido tan crueles y feroces como las que sufrieron los primeros cristianos, pero la providencia de Dios ha ilu-

minado este siglo con figuras de mártires tan espléndidas como las antiguas. Un exponente es el Beato Luis Stepinac.

Y, aunque el Beato Luis Stepinac no derramó su sangre en el sentido estricto de la palabra, su muerte se produjo a causa de los prolongados sufrimientos que tuvo que soportar. Los últimos quince años de su vida fueron una continua serie de vejaciones, en medio de las cuales expuso con valentía su vida para testimoniar el Evangelio y la unidad de la Iglesia. Puso en manos de Dios su propia vida. El lema de su pontificado fue: *«In te, Domine, speravi»*.

El martirio de muchos pastores y simples fieles, hombres y mujeres de toda edad y condición, unido a los sufrimientos de Cristo, es un extraordinario testimonio que, con el paso del tiempo, no pierde nada de su elocuencia, sino que sigue irradiando luz e infundiendo esperanza, porque forman parte de la multitud de los que, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos, están ya ante el trono del Cordero (cf. Ap 7,9). El papa Juan Pablo II lo dijo en la ceremonia de beatificación:

«Hoy nos sentimos llenos de alegría al dar juntos gracias a Dios por el nuevo fruto de santidad que la tierra croata da a la Iglesia en la persona del mártir Luis Stepinac, arzobispo de Zagreb y cardenal de la santa Iglesia romana»

El Beato Stepinac participa de modo singular en el misterio pascual: como grano de trigo «cayó en tierra», y al morir dio fruto, mucho fruto. «El que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna» (Jn 12,25). «Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12,28).

Con su itinerario humano y espiritual, el Beato Luis Stepinac brindó a su pueblo una especie de brújula para orientarse. Él sabía muy bien que no se puede hacer descuento sobre la verdad, porque la verdad no es mercancía de cambio. Por eso afrontó el sufrimiento antes que traicionar a Cristo y a la Iglesia.

RAMON FITA REVERT

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum Appendice secunda (Roma 2000) cols 1390 1395
Breve de beatificación *AAS* 91 (1999) 925

Ecclesia (1998) n.2914, 20-21.

Martyrologium romanum, o.c., 137.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-10-1998) 3-10.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GUILLERMO DE MALAVALLE

Ermitaño († 1157)

Parece que era francés. Primero fue militar y cedió a los vicios que solían tener los de su profesión. Arrepentido, dejó la milicia y fue en peregrinación a Roma, donde el papa Eugenio III le puso como penitencia una peregrinación a los Santos Lugares. A su vuelta de Tierra Santa visitó otros santuarios hasta que en 1153 se estableció en Toscana para llevar vida de ermitaño. La fama de su vida santa le hizo ser elegido abad de un monasterio junto a Pisa, pero él halló la disciplina tan relajada que abandonó el cargo. Fundó entonces un monasterio en Monte Pruno con un grupo de sus discípulos, pero le pareció que la cosa seguía igual, y decidió entonces volver a la vida eremítica. Se estableció en un lugar agreste llamado Malavalle, llevando una vida de increíble penitencia. Dos discípulos suyos lo acompañaron en sus últimos meses de vida y por ellos se conoce su santa muerte el 10 de febrero de 1157. Enterrado junto a su cueva, se levantó allí una ermita, habitada por ermitaños que formaron una congregación a la que el papa Gregorio IX dio la regla de San Benito. Guillermo fue canonizado en 1202 por el papa Inocencio III.

BEATO HUGO DE FOSSES

Abad († 1163)

Nace en Fosses, en la actual Bélgica, hacia el 1093. Huérfano desde pequeño, se educó en una abadía benedictina y entró de joven al servicio del obispo de Cambrai, Burcardo.

Por entonces San Norberto había abandonado ya su beneficio eclesiástico para dedicarse a la predicación, viviendo pobremente, e ir de un lado a otro proponiendo a los fieles la

adopción de una vida verdaderamente cristiana. Norberto era conocido del obispo Burcardo y en una cierta ocasión el obispo y el santo se encontraron. Hugo quedó impresionado de tal modo por la persona de San Norberto que solicitó permiso a su obispo para dejar su servicio e irse con San Norberto, el cual no tenía aún discípulos ni acompañantes pero aceptó consigo al joven Hugo.

Ordenado Hugo como sacerdote, se convirtió en colaborador de las tareas apostólicas de Norberto y junto con él evangelizó por diferentes zonas. Finalmente Norberto funda en Prémontré la primera comunidad de canónigos regulares de lo que será su Orden Premonstratense y tiene en Hugo su primer religioso y su primer propagador, pues luego de la casa madre surgieron otras varias casas de la misma regla, casas que se fundaron muchas de ellas gracias al trabajo personal de Hugo.

En 1126 San Norberto es nombrado arzobispo de Magdeburgo y pudo verse que las tareas pastorales y los muchos compromisos que su cargo traía consigo le impedían poder atender debidamente a la orden religiosa que él había fundado. Por ello dimitió en 1128 de su cargo de general de la misma y éste vino a recaer en Hugo, elegido de forma unánime abad general de la Orden. Hugo era un hombre de fuerte carácter y entendía que había que mantener con firmeza el espíritu original de la Orden así como la disciplina interior.

Luego de dirigir santamente la Orden muchos años, murió el día 10 de febrero del año 1163. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío XI el 13 de julio de 1927.

BEATA CLARA DE RÍMINI

Viuda († 1326)

Clara Agolanti nace en Rímini el año 1262 en el seno de una familia rica.

Era una joven de escasa piedad y vivencia religiosa cuando contrajo matrimonio, muriendo a poco sus padres y también su marido, viéndose ella dueña de riquezas y dueña de sí misma, capaz de seguir lo que fueran sus inclinaciones. Se entregó sin freno a una vida relajada y derrochaba su dinero en ello. Con-

trajo luego segundas nupcias, que no la hacen mudar de vida, pues el mal marido la deja en libertad para hacer su voluntad y continuar en sus frivolidades.

El Señor la miró con ojos de misericordia y un día que oía misa con no poca distracción, una moción interior la lleva a rezar con seriedad y ve de pronto el desorden y el pecado que reina en su vida, quedando horrorizada.

Decide cambiar de vida y así se lo expone a su marido, de quien recaba licencia para hacer penitencia. Se despoja de sus lujosos vestidos, se viste el hábito de terciaria franciscana, y desafiando lo que pudieran decir de ella se dedica a una vida de piedad y penitencia ejemplares.

Viuda por segunda vez, ahora usa su libertad para hacer hasta términos increíbles austerísima penitencia y volcar su dinero en obras generosas de caridad. Decide por fin darlo todo y abrazarse con la pobreza. Y sucede que otras jóvenes deciden acompañarla en sus buenas obras y se forma en torno a ella un grupo que vive en la piedad, la caridad y la penitencia. Clara pedía limosnas por las calles para los pobres y las pidió también para construir el monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, en el que se integraron sus compañeras y profesaron la Regla de Santa Clara. Parece que ella no profesó como religiosa sino que perseverando en el hábito de la Tercera Orden de Penitencia sirvió bajo él al Señor hasta el fin de sus días. Creció extraordinariamente en la vida interior y el Señor la favoreció con varios carismas. Murió el 10 de febrero de 1326. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío VI el 7 de septiembre de 1798.

11 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La aparición de la Inmaculada Virgen María en Lourdes (Francia) el año 1858 **.

2. En Roma, en el cementerio de la Via Apia, Santa Sotera († 304), virgen y mártir.

- 3 En Numidia, muchos santos que fueron martirizados por negarse a entregar las Sagradas Escrituras
- 4 En Volturno (Campania), San Castrense, obispo (fecha incierta)
- 5 En Apulia, San Secundino (s III o IV), obispo
- 6 En Castro-Landon (Francia), San Severino, abad del monasterio de Agaunum (s VI)
- 7 En Roma, San Gregorio II († 731), Papa, defensor de las sagradas imagenes, el cual envió a San Bonifacio a la evangelización de Alemania **
- 8 En Roma, San Pascual I († 824), Papa, que traslado a la ciudad los cuerpos de muchos santos martires *
- 9 En Borgoña, San Ardano († 1066), abad de Tournus
- 10 En Chihuahua (Mexico), San Pedro Maldonado († 1937), presbítero y martir durante la persecución contra la Iglesia *
- 11 En Vinaroz (España), Beato Tobias Francisco Borrás Roman († 1937), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, martirizado durante la guerra española *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

En 1858 Lourdes era un pueblecito desconocido, de unas cuatro mil almas. Simple capital de partido judicial, tenía su juzgado de paz, su tribunal correccional y hasta un pequeño destacamento de gendarmería. Esto y un mercado bastante concurrido era lo único que le daba un poco de superioridad sobre los demás pueblecillos de los alrededores, perdidos, como él, en las estribaciones de los Pirineos

Poco tiempo antes, un célebre escritor, Taine, garabateó en su cuaderno de viaje esta apresurada nota: «Cerca de Lourdes, las colinas se vuelven rasas y el paisaje se entristece. Lourdes no es más que un amasijo de tejados sucios, de una melancolía plúmbea, amontonados junto al camino». Fue injusto. Hoy admiramos en Lourdes algo que no ha podido cambiar desde entonces: la belleza de su paisaje. El jugoso verde de las orillas del Gave, las perspectivas maravillosas de los Pirineos nevados, la arosa construcción del castillo dominando toda la villa... y hasta las callejuelas, empinadas algunas de ellas, no exentas de una cierta gracia pirenaica.

Si el paisaje no ha cambiado, la población en cambio se ha transformado por completo. El pueblecillo, entonces ignorado, es hoy conocido en todo el mundo. Sin sombra de duda se puede asegurar que Lourdes es, de toda Europa, el punto por el que pasan un mayor número de personas. Es cierto que otros le superan en cuanto al arte de retenerlas mucho tiempo. El flujo y reflujo de Lourdes durante la época de las peregrinaciones no conoce descanso y es algo único e impresionante. De aquí el nacimiento de una nueva ciudad, la de los hoteles y las tiendas de recuerdos, que han venido a erigirse y casi a eclipsar a la antigua.

¿Qué ha ocurrido?

Algo increíble. Y, sobre todo, inesperado. Podemos conocerlo hasta en sus más insignificantes detalles. Una literatura inmensa, una legión de investigadores, una serie de procesos cuidadosamente elaborados, nos permiten hoy saber cómo era el Lourdes de 1858, cuántos habitantes tenía, en qué se ocupaban, qué actitud tomaron ante los acontecimientos, qué periódicos se leían, qué cartas escribieron. Recientes están los descubrimientos de documentación que han acabado de arrojar completa luz sobre todo lo relacionado con las apariciones. No creemos que haya habido acontecimiento histórico sobre el que se conserve una documentación contemporánea tan abundante y tan exhaustiva.

La historia la conoce todo el mundo. Había en Lourdes una pobre niña, analfabeta, que por su rudeza no había podido aprender el catecismo ni estaba aún en condiciones de hacer su primera comunión. Ni siquiera sabía hablar francés, y tenía que expresarse en el dialecto de la región. Era hija de padres pobrísimo, que atravesaban por aquellos días una situación de auténtica miseria. Pero, aunque pobre en las cosas materiales, era riquísima en las del espíritu, buena, humilde, caritativa, pura y, sobre todo, sincera. El testimonio de cuantos convivieron con ella a lo largo de su existencia es terminante sobre este punto: antes y después de las apariciones María Bernarda Soubirous, que así se llamaba la niña, había dicho siempre la verdad con la sinceridad más plena.

Un 11 de febrero, cuando ella llevaba escasamente quince días en Lourdes, a su regreso de Bartres, donde había estado

haciendo de pastorcita, salió en busca de leña y de huesos, en compañía de una hermana suya y de una amiguita. Estaba en una pequeña isla, formada por el Gave y el canal que en él desembocaba. Sus compañeras la habían dejado sola. Era el mediodía. Oyó un fragor como de tempestad, dirigió su vista hacia una concavidad que había en la roca por encima de ella, y la encontró ocupada por una jovencita de su misma estatura, de rostro angelical, vestida de blanco, ceñida por una banda azul, cubierta con un velo, que tenía un hermoso rosario entre las manos.

Había comenzado una serie de dieciocho apariciones que se sucederían durante los días siguientes, con algunos intervalos, hasta terminar el 16 de julio. Durante esa temporada, las autoridades estarían alerta, el pueblo dividido, el clero en un silencio total y más bien reticente. Sospechas, que humanamente podían considerarse fundadas, habrían de envolver a la niña. Era mucha la miseria que había en casa de los Soubirous para que se pudiera excluir la hipótesis de que acaso se estuviese buscando una solución a tan trágica coyuntura económica.

María Bernarda sufrió con paz celestial y sin inmutarse toda clase de pruebas. Ya sea el procurador imperial, ya el comisario de policía, ya el párroco, ya los visitantes..., a todos contestará con absoluta serenidad y paz, repitiendo exactamente las mismas expresiones. En vano los visitantes buscarán con habilidad la manera de sorprender su buena fe. Ella se mantendrá firme, dando testimonio de la verdad de lo que ha visto. Cuando los alrededores de la gruta estén rebosantes de público y la aparición no se produzca, ella dirá con toda sinceridad que nada ha visto. Cuando la amenacen para que calle, ella continuará diciendo siempre que ha sido verdad la aparición. Será testigo de la verdad, sin conocer un instante de vacilación, ni un desfallecimiento.

El párroco ha pedido una señal del cielo: quisiera que floreciese el rosal que está junto a la gruta. La aparición no ha querido que fuese así. Pero se va a producir un acontecimiento con el que nadie contaba. A lo largo de una aparición extraña, que decepciona al público, mientras Bernardita prueba unas hierbas no comestibles y araña la tierra, ésta se abre bajo sus dedos y

brotó una fuente. El público se marcha decepcionado. Hay críticas. Más de uno siente vacilar sus anteriores convicciones, favorables a la aparición. Y, sin embargo, aquel jueves, 25 de febrero, será decisivo en la historia de Lourdes. La fuente continuará brotando, para no secarse ya jamás. Muy pronto esa agua comienza a ser instrumento de maravillosas curaciones. Y el rumor de esas curaciones empezará a atraer las muchedumbres a Lourdes, que tampoco faltarán ya jamás.

La aparición ha dado a la niña un encargo concreto: decir al clero que han de edificar una capilla, y que se ha de ir allí en procesión. El cura de Lourdes se ha mostrado severo. No puede creer en semejante encargo, sin más ni más. Por otra parte, la aparición no ha dicho todavía su nombre. Es lo menos que puede exigírsele.

Y un día, el de la Anunciación, lo dice: «Yo soy la Inmaculada Concepción». La niña no sabe lo que significa aquello. Es más, las primeras veces que cuenta lo que ha ocurrido, pronuncia mal la palabra «Concepción», hasta que las hermanas del hospicio de Lourdes la corrigen y la enseñan a decirlo bien. No importa. Esta misma ignorancia suya será una de las pruebas de que no se trata de nada que haya sido fingido. Ahora ya se sabe quién se aparece: la Santísima Virgen, a quien poco tiempo antes el Papa ha declarado solemnemente libre del pecado original desde el mismo instante de su concepción.

La serie de apariciones se va a cerrar rápidamente. El 7 de abril, doce días después de la Anunciación, tiene lugar la decimoséptima aparición, y el 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, la decimooctava. Bernardita no volverá a ver a la Santísima Virgen mientras esté en la tierra.

El demonio no podía contemplar lo que estaba sucediendo sin intentar algo por desacreditarlo. Ya en una de las primeras apariciones, exactamente en la cuarta, unos diabólicos aullidos fueron apagados instantáneamente por una mirada severa de la Santísima Virgen. Era sólo el comienzo. Poco tiempo después, una epidemia de visionarios se produce en la pequeña ciudad pirenaica. Ahora son unas mujeres que dicen haber visto extrañas apariciones; luego unos niños momentáneamente delirantes y posesos; más tarde extravagantes hombres, que apare-

cen como portadores de extraños mensajes, y tienen que ser retirados por alucinados. Es cierto que nunca tan sacrílegas mascaradas llegan a poder utilizar la misma gruta. Pero sus alrededores son manchados con esta clase de manifestaciones. Es notable: el contraste con la serena majestad, con la humildad y dulzura de Bernardita es tal, que puede decirse que esta clase de manifestaciones, lejos de servir para oscurecer su gloria, sirvió, por contraste, para enaltecerla más y más. La diferencia entre la única vidente verdadera y las burdas falsificaciones diabólicas, apareció siempre manifiesta y clara.

Con todo, no iba a ser fácil la realización de lo que la Virgen había pedido. Durante no poco tiempo la gruta misma iba a estar cerrada, y el acceso a la misma prohibido. Se conserva todavía el cuaderno en el que el guarda jurado fue apuntando, con pintoresca ortografía, los nombres de los contraventores. Un día fue la señora del almirante Bruat, aya de los hijos del emperador. El mismo día, Luis Veuillot, el temible polemista. Estas visitas producen una cierta emoción en la ciudad. Hasta que, por orden del emperador Napoleón III, desaparecen las barreras y se decreta de nuevo que el acceso a la gruta es enteramente libre. Fue un día de inmensa alegría en Lourdes.

Pero ¿hasta qué punto se podía hablar de apariciones verdaderas? El obispo de Tarbes había mantenido hasta entonces una actitud sumamente prudente. Casi al mismo tiempo que se decretaba la libertad para ir a la gruta, monseñor Laurence daba, por su parte, otro decreto constituyendo una comisión de información sobre los hechos ocurridos en Massabielle. Y la comisión comenzaba inmediatamente, de manera concienzuda, sus informaciones. Éstas habrían de tardar más de dos años. Por fin, entregaba sus conclusiones al señor obispo. Éste quiso presidir personalmente la sesión final, que tuvo lugar en la sacristía de Lourdes.

La asamblea era impresionante. En torno al señor obispo, todas las personalidades que formaban parte de la comisión. En medio, Bernardita, tocada con su capuchón, calzada con zuecos, hablaba con absoluta sencillez, pero con una autoridad sorprendente. Sobre todo, como siempre solía ocurrir, cuando llegó el momento en que reprodujo el gesto de la Virgen, juntó

sus manos, alzó su mirada y dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción», y pareció envuelta de una gracia tan celestial, que un escalofrío circuló por toda la reunión. El anciano obispo sintió cómo se le humedecían las mejillas, y dos gruesas lágrimas resbalaron por su rostro. Apenas salió la niña, exclamó movido por la emoción: «¿Han visto ustedes esta niña?».

Sólo faltaba proclamar la verdad. El sábado 18 de enero de 1862 el obispo firmaba la «Carta pastoral con el juicio sobre la aparición que tuvo lugar en la gruta de Lourdes». Después de haber expuesto los antecedentes, declaraba con toda solemnidad:

«Juzgamos que la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, se apareció realmente a Bernadette Soubirous el 11 de febrero de 1858 y días siguientes, en número de dieciocho veces, en la gruta de Massabielle, cerca de la ciudad de Lourdes; que tal aparición contiene todas las características de la verdad y que los fieles pueden creerla por cierta... Para conformarnos con la voluntad de la Santísima Virgen, repetidas veces manifestada en su aparición, nos proponemos levantar un santuario en los terrenos de la gruta.»

Las dificultades no iban a ser, sin embargo, pequeñas. Unas veces nacerían del criterio restrictivo del ministerio de cultos, que había de dar su autorización para el nuevo santuario. Otras serían minúsculas cuestiones locales, como un pleito que hoy se nos antoja ridículo, entre el cabildo de Tarbes y la prefectura a propósito de la construcción de unos almacenes y unas cuadras en terreno de ésta, otras veces se mezclarían miras puramente humanas en lo que debiera ser única y exclusivamente sobrenatural. No importa: pese a tantas dificultades, el santuario de Lourdes habría de ser un hecho y, rápidamente, Massabielle cambiaría de fisonomía: ya el 22 de enero de 1862 escribía el párroco al señor obispo que «la nivelación del terreno le da un aspecto grandioso». El arquitecto diocesano concibió un proyecto atrevido, que en un principio se creyó irrealizable: dar por corona gigantesca a la roca de la aparición un edificio que armonizase con el círculo de las graciosas colinas y cuya flecha ostentaría la cruz a una altura de cien metros sobre el nivel del Gave. De esta forma la gruta continuaría de la misma manera que cuando la consagraron las visiones de Bernadette, abierta siempre sobre el río y su murmullo, bajo el cielo azul y las estre-

llas. No a todos gustó este proyecto, y se conserva la airada carta de un cura español al obispo de Tarbes, amenazándole con toda suerte de castigos del cielo si se llegaba a realizar. Pero a pesar de todo fue el que se llevó a cabo, y hoy los peregrinos agradecen tan feliz idea.

El 14 de octubre de 1862 se dio el primer golpe de pico para poner los cimientos de la futura capilla. Entre los sesenta obreros que trabajaban, se contaba Francisco Soubirous, padre de Bernardita, orgulloso de cooperar, desde puesto tan humilde, a tan grandiosa obra. El 4 de abril de 1864 se colocaba en la gruta la estatua que todos los peregrinos conocen. Rápidamente Lourdes fue tomando el aspecto que hoy presenta. El 19 de mayo de 1866, vigilia de Pentecostés, quedaba consagrada la cripta, que había de ser el cimiento de la futura capilla. Su inauguración quedó señalada para dos días después, lunes de Pentecostés, en presencia de una inmensa multitud. Todavía pudo asistir a ella Bernardita. Pero le costaba reconocer el terreno. Estaba todo muy cambiado.

En 1873 se inician las grandes peregrinaciones francesas. En 1876 es solemnemente consagrada la basílica y coronada la estatua de la Virgen. Los veinticinco años de las apariciones se celebran con afluencia de una inmensa multitud, y colocando la primera piedra de la iglesia del Rosario, para suplir la insuficiencia de la primitiva basílica. Seis años más tarde era inaugurada esta iglesia, que fue solemnemente consagrada en 1901. Todavía con la marcha del tiempo habría de resultar insuficiente, y el 25 de marzo de 1958, el cardenal Roncalli, futuro papa Juan XXIII, consagraba una nueva y más inmensa basílica subterránea, dedicada a San Pío X.

No todas estas construcciones llenan por completo las exigencias del buen gusto. Lourdes es, en su aspecto artístico, fruto de una época de indecisión estilística. Aun sin admitir la tesis extrema de Huysmans, que sostiene que el mal gusto es la venganza que el demonio se ha tomado por el triunfo de la Santísima Virgen, sí que hay que reconocer que tiene una parte de razón. Pero no importa mucho. Es más, creo que todos los peregrinos protestarían si la fisonomía de Lourdes se alterara. Hay un algo maravilloso que flota en el ambiente, que penetra

hasta lo más profundo del alma y que hace que Lourdes sea un sitio único para saciar la devoción cristiana.

Y en primer lugar, como lugar de oración. La ciudad, con sus tiendas de recuerdos, sus hoteles y fondas, suele causar una impresión desagradable al peregrino. Una multitud tan inmensa exige todo eso. Pero desilusiona un poco ese contraste entre la finalidad espiritual del viaje y estas exigencias de la naturaleza humana. Todo cesa, sin embargo, desde el momento en que se entra en el dominio de la gruta. Hay un ambiente sobrenatural de oración, de silencio, de recogimiento. Los hombres descubiertos, las mujeres como en la iglesia, y dominándolo todo, el rumor de los cánticos que brotan de las iglesias o de la gruta.

Al llegar a ésta, se olvida todo. No cabe más que dejarse envolver por el silencio, apenas turbado por el rumor del río y el paso de los trenes que ponen como una nota lejana de recuerdo de que todavía existe un mundo que se afana y corre. Allí todo es calma. La muchedumbre, de rodillas, en silencio, ora sin cansarse.

Sin embargo, no todo es paz y calma. Las peregrinaciones se suceden, ateniéndose todas a un mismo reglamento. Entran en la ciudad, se dirigen a la gruta, se lee allí la sencilla narración de las apariciones. Se realizan una serie de actos piadosos, misas cantadas, de comunión, vía crucis, etcétera, para partir después y dejar su sitio a otras que le seguirán. Todo en medio de un orden admirable.

Hay, sin embargo, todos los días dos actos cumbres, a los que concurren todas las peregrinaciones presentes en la ciudad: la procesión con el Santísimo y la de las antorchas.

Exactamente a las cuatro de la tarde se pone en marcha la procesión con el Santísimo. Avanza triunfal la Custodia, entre las filas de los peregrinos. Llega a la explanada y allí es esperada por la multitud de los enfermos. Es necesario haber contemplado aquel espectáculo para captar toda su significación.

El Señor ha entrado en la plaza y, oculto bajo las especies eucarísticas, comienza a recorrer las filas de camillas y carritos en que se encuentran los enfermos. Y una voz se alza penetrante, llena de vibración y energía: «¡Señor, creemos en ti!». La muchedumbre contesta al unísono: «¡Señor, creemos en ti!».

Son miles y miles de gargantas. Toda una generación trabajada por la escuela laica, acosada por unas costumbres corruptoras, influenciada por un ambiente de escepticismo... hace el acto de fe más emocionante, más lleno de sentido que puede imaginarse. Las lágrimas pugnan por salir, mientras las invocaciones, de evangélicas resonancias, se van sucediendo. Hace más de mil novecientos años que salieron de otros labios. Ahora, el mismo Señor, oculto bajo las especies eucarísticas, vuelve a escucharlas: «¡Señor, si quieres, puedes curarme!». «¡Señor, que vea!». «¡Señor, aquel que Tú amas, está enfermo!».

Por la noche, en cambio, el espectáculo es diferente. Los treinta, cuarenta o cincuenta mil peregrinos presentes en la ciudad, cantan acompasadamente la melodía sencilla, monótona, sin especial valor, pero devotísima del *Ave*, recorriendo un largo trayecto por todo el dominio de la gruta. Al final van agrupándose, ordenadamente, en la gran plaza, que se transforma en ascua de oro y de fuego, ante la confluencia de tantos miles de antorchas. Y entonces surge potente, arrollador, el canto del *Credo*. Venidos de los puntos más diversos del orbe, cantan, sin embargo, al unísono todos los peregrinos, proclamando a una voz su única fe. Espectáculo maravilloso y conmovedor.

Hay que decir algo, sin embargo; otro espectáculo, también consustancial con Lourdes: el de los enfermos. Sacudidos por un viaje interminable, heridos de muerte por sus enfermedades, incómodamente instalados en sus carritos..., son ellos los sembradores de una suavísima sensación de paz y consuelo. La tienen ellos, y la van derramando por doquier a su paso. Cada uno de ellos, cada mirada enfebrecida, cada llaga purulenta, cada mano retorcida, inflamada y monstruosa, va dejando en el alma del peregrino una gota de la más sobrehumana y deleitosa paz. Es ésta una de las grandes paradojas de Lourdes. Uno de sus milagros permanentes.

De vez en cuando, sin someterse a ley alguna, se produce el milagro. Unas veces ante la gruta, otras durante la procesión del Santísimo, otras en el viaje de vuelta. No hay ley alguna, lo repetimos. En medio de la multitud o lejos de ella, en Lourdes, o a muchos kilómetros de allí, la Santísima Virgen viene operando maravillas a centenares, a millares. Algunas de ellas llegan a

comprobarse científicamente, con un rigor que no deja nada que desear. Otras, no. El alivio que ha recibido el enfermo, o su curación, no podrán comprobarse, porque no había lesión orgánica, o por falta de datos previos, pero eso no importará nada: quien recibió el beneficio disfrutará de él. De vez en cuando, en una prosa helada, que en su misma frialdad es el mejor argumento de la veracidad del hecho, *Le Journal de la Grotte* dará la noticia de que en esta o aquella diócesis se ha reconocido canónicamente la realidad de un milagro. Pero el más colosal milagro es el que todos los días se realiza en Lourdes: el de que una inmensa multitud de enfermos que ha peregrinado allí pidiendo su salud, se retire consolada, alegre, con dulce resignación. Y el de que la multitud que le rodea, en contacto permanente con el dolor, viendo con sus propios ojos aquel espectáculo de sufrimiento que presentan los enfermos, no haga de Lourdes una ciudad triste, sino todo lo contrario. Todos los peregrinos os dirán que Lourdes es una ciudad en la que ellos han pasado días de paz, de bienestar, de profunda e íntima alegría.

No ha faltado el sello oficial de la Iglesia. En 1869, Pío IX, por un breve de 4 de septiembre, proclamaba la luminosa evidencia de los hechos. León XIII autorizó un oficio especial y una misa en memoria de la aparición, que San Pío X, su sucesor, extendió por decreto de 13 de noviembre de 1907 a la Iglesia universal. Todos los romanos Pontífices han rivalizado en dar muestras de benevolencia a este santuario mariano. Es digna de destacarse la preciosa encíclica *Le pèlerinage*, de Pío XII, con motivo del grandioso centenario de las apariciones. Con tales testimonios de la Iglesia, el fiel cristiano puede invocar con seguridad a la Virgen de Lourdes y descansar tranquilo en su maternal regazo. Ella visitó la tierra y se dignó alegrarla con su presencia. La Iglesia de una parte, y los continuos milagros de otra, nos lo aseguran así.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

- BEAUCORPS, J. DE, *Lourdes, les apparitions* (París 1911).
BERTRIN, G., *Histoire critique des évènements de Lourdes* (París 1912).
BORDEBAT, *Les apparitions de Notre-Dame de Lourdes et la société contemporaine* (París 1909).

- CROS, L., *Lourdes 1858 Témoins de l'événement* ed por P M OIPHE GAILLIARD, SI (Paris 1957)
- LAURENTIN, R BILLET, B, *Lourdes Dossier des documents authentiques*, 5 vols (Paris 1957 1959)
- MOIS, R, «Lourdes 1958 Jalons bibliographiques» *Nouv Rev Theol* 80 (1958) 1076s
- MONIQUET, P, *Les origines de Notre Dame de Lourdes* (Paris 1901)

SAN GREGORIO II

Papa († 731)

San Gregorio II (715-731), considerado por algunos historiadores como el mejor Papa del siglo VIII, fue digno sucesor de Gregorio Magno, a quien se pareció en la alteza de miras que lo guió en todas sus acciones y en la magnitud de empresas en que tuvo que intervenir.

Procedente de una ilustre familia patricia, nació en Roma, donde recibió la educación propia de la nobleza en el palacio de Letrán. De este modo se apropió ya desde un principio aquella erudición eclesiástica que luego lo distinguió y tan excelentes servicios prestó a la Iglesia. Algunos autores suponen que fue monje benedictino, pero los bolandistas lo desmienten. En realidad, no aparece como tal en todo el desarrollo de su actividad eclesiástica. Bien pronto entró en servicio directo de la Iglesia, pues el papa Sergio I (687-701) lo puso al frente de la tesorería pontificia y luego lo ordenó de diácono. En medio de todas estas ocupaciones y honores eclesiásticos, distinguióse Gregorio ya desde entonces por la sencillez y humildad de su conducta, así como también por su absoluta fidelidad al servicio de la Iglesia.

Pero Dios lo tenía destinado para altas empresas y para defender a su Iglesia en problemas y momentos difíciles, por lo cual quiso introducirlo pronto en los asuntos más trascendentales que entonces se debatían. El papa Constantino I (708-715), a quien él debía suceder en el solio pontificio, tuvo que hacer un viaje a Oriente, con el objeto de terminar las discusiones que habían surgido después del célebre concilio Quini-Sexto o Trullano II, del año 692. Tomó, pues, consigo como asesor y técnico al diácono Gregorio, y notan los historiadores del tiempo que, gracias a su profundo conocimiento de las cuestiones ecle-

siásticas, se fueron resolviendo pacíficamente las dificultades que surgieron en la controversia. Por lo demás, la acogida de que fueron objeto el Papa y su acompañante fue realmente tan grandiosa, que en nada presagiaba las turbulencias que debían seguirse poco después.

No mucho después, el 19 de mayo del año 715, a la muerte de Constantino I, Gregorio fue elegido Papa y como tal tuvo que intervenir desde un principio en importantes asuntos de la Iglesia, en todos los cuales aparece siempre su extraordinaria virtud y el esfuerzo constante, puesto en la defensa de los derechos eclesiásticos y pontificios.

Siguiendo el ejemplo de su gran predecesor y modelo, San Gregorio Magno, en primer lugar, afianzó definitivamente el prestigio y posición del Romano Pontífice en Roma y en toda Italia. Ya desde la invasión de los lombardos en Italia hacia el año 570, dos poderes se disputaban la posesión de estos territorios: los lombardos, que poseían el norte con su capital en Pavía, y los bizantinos, que desde Justiniano I (527-565) dominaban el sur y centro de la Península. En medio de estas dos fuerzas se hallaba el Romano Pontífice, quien, territorial y civilmente, era súbdito del emperador bizantino, mas por un conjunto de circunstancias se fue desligando de él e independizando cada vez más. Precisamente en esto consiste el mérito especial de San Gregorio II, en haber sabido aprovechar las circunstancias para aumentar el prestigio del Romano Pontífice. De hecho, ya de antiguo poseían los Papas, en Roma y en sus cercanías, en Sicilia y aun en Oriente, algunas posesiones, fruto de donativos personales de algunos príncipes. Esto los constituía en señores feudales, como tantos otros de su tiempo, y formaba lo que se llamó *patrimonio de San Pedro*. Uno de los grandes méritos de San Gregorio Magno consiste precisamente en haber organizado y valorizado debidamente este *patrimonio*, de donde se sacaban los recursos económicos para sus grandes empresas.

Pues bien, Gregorio II se propuso desde un principio dar la mayor consistencia posible a la posición en que se encontraba el Romano Pontífice. Uno de sus primeros cuidados fue reparar y consolidar los muros de la Ciudad Eterna, para poderse de-

fender contra las incursiones posibles de los lombardos. Al mismo tiempo restauró algunas iglesias y monasterios. Es célebre, sobre todo, la restauración que realizó del monasterio de Montecasino, derruido por los lombardos ciento cuarenta años antes. Para ello envió el año 718 algunos monjes de Letrán, a cuya cabeza puso al abad Petronax. De este modo surgió de nuevo el gran monasterio de Montecasino, cuna de la Orden benedictina. Gregorio II reconstruyó asimismo otros monasterios junto a San Pablo y a Santa María la Mayor, y, a la muerte de su madre, transformó su propia casa en convento en honor de Santa Águeda.

Esta actividad constructora y renovadora ayudó poderosamente al Papa para aumentar el prestigio de la Iglesia. Pero al mismo tiempo procuró fomentar la vida eclesiástica y la disciplina interior de la Iglesia, para lo cual celebró el 5 de abril del año 721 un sínodo, al que asistieron numerosos obispos y el clero de Roma, a los que se juntaron otros veintiún prelados. Este prestigio romano fue aumentando a medida que los emperadores bizantinos se iban haciendo más impopulares en Italia. En efecto, empeñado León III Isáurico (717-741) desde el principio de su gobierno en reformar la administración del imperio, inició una serie de impuestos y exacciones sobre todas las provincias y en particular sobre Italia, que sus exarcas exigían con la mayor brutalidad. A esto se añadió poco después la violenta campaña contra las imágenes, que quiso extender asimismo a Italia e imponer por la fuerza al Romano Pontífice. El resultado fue un aumento creciente de la antipatía del pueblo italiano hacia el emperador bizantino y, por el contrario, un crecimiento cada día mayor del prestigio del Romano Pontífice.

Todo esto aumentó extraordinariamente cuando, en diversas ocasiones, ante las incursiones de los lombardos, no obstante las reiteradas instancias del Papa, los exarcas bizantinos no acudían en su ayuda y en defensa del pueblo, y entonces el mismo Papa, con los recursos que le proporcionaba su patrimonio, se defendía a sí y al pueblo frente a las violentas acometidas lombardas. De este modo, Gregorio II mejoró notablemente la posición de los romanos Pontífices, con lo cual se sintió con fuerzas para otras grandes empresas que iba acometiendo.

Efectivamente, el celo por la gloria de Dios y el ansia de extender su reino por todo el mundo, dieron principio a una serie de obras que constituyen una de las principales glorias del pontificado de Gregorio II. La primera es la de la evangelización del centro de Europa, sobre todo de Alemania, y en particular la protección de San Bonifacio, apóstol del gran imperio de los francos. Como San Gregorio Magno tiene el gran mérito de haber enviado a Inglaterra a San Agustín con sus treinta y nueve compañeros, y con ellos la gloria de haber iniciado la gran empresa de la conversión de los anglosajones, de una manera semejante a San Gregorio II le corresponde el extraordinario mérito de haber enviado a San Bonifacio a Alemania, y dado con ello comienzo a la gran obra de completar su evangelización y organización de sus iglesias.

Ya el año 716, segundo de su pontificado, Gregorio II había enviado tres legados a Baviera, con el objeto de erigir allí una provincia eclesiástica y fomentar el movimiento iniciado de conversiones al cristianismo. Al mismo tiempo, sostenía en la parte noroeste de Alemania la obra apostólica de San Wilibrordo. Pero el año 718 compareció en Roma un monje sajón, llamado Winfrido, a quien Gregorio II impuso el nombre de Bonifacio, por el que es conocido en la historia. A él, pues, le confió la gran empresa de completar la evangelización de Alemania. Cuatro años más tarde, después de iniciar su obra en Frisia y Hesse con la conversión de millares de paganos, se presentó de nuevo Bonifacio en Roma. Gregorio II lo consagra obispo y lo colma de facultades espirituales, de reliquias y cartas de recomendación para fomentar la evangelización germana, y durante los años siguientes continúa apoyando con todo su poder la gran obra realizada por Bonifacio en la gran Germania. En realidad, pues, esta obra se debe en buena parte al celo apostólico del papa San Gregorio II.

Roma misma se iba convirtiendo cada vez más en centro a donde aflúan los peregrinos de toda la cristiandad, a lo cual contribuía eficazmente el prestigio que iba adquiriendo San Gregorio II. Los católicos anglosajones, cuya conversión y organización había quedado terminada hacia el año 680 por la obra de Teodoro de Tarso, arzobispo de Cantorbery, experi-

mentaban una prosperidad extraordinaria. Sus grandes monasterios, exuberantes de vocaciones y ansiosos de expansión, enviaban ejércitos de misioneros a Europa, como San Wilibrordo y Winfrido o Bonifacio. No contentos con esto, enviaban a Roma embajadas especiales, con el objeto de testimoniar su adhesión al Romano Pontífice. Gregorio II recibió las del abad Ceolfrido, quien le presentó como obsequio el famoso códice *Amiatinus*, y del rey Ina con su esposa Ethelburga, quienes fundaron en Roma la *Schola Anglorum*. Asimismo recibió las visitas y homenajes del duque de Baviera y otros príncipes de la cristiandad.

Otro problema muy diverso dio ocasión a Gregorio II a manifestar claramente su ardiente celo por la gloria de Dios y la defensa de los principios cristianos, sin detenerse ante la más horrible persecución y la misma muerte. Nos referimos a la tristemente célebre cuestión iconoclasta, es decir, la horrible persecución de las imágenes y de sus defensores, desencadenada en Oriente desde el año 726 por el emperador León III Isáurico.

Las causas que motivaron esta violenta persecución de las imágenes son muy diversas. Por una parte, la posición del Antiguo Testamento, poco simpaticante con el culto de las imágenes; la aversión de algunas sectas contra este culto; el influjo especial del Islam, que ya en un edicto de 723 no permitía ninguna clase de imágenes en las iglesias cristianas de los territorios sometidos a los mahometanos. Por otra, algunos excesos y abusos ocurridos en la veneración de las imágenes, particularmente fomentadas en la Iglesia griega y promovidas por el monacato oriental; todas estas causas habían ocasionado, hacía ya tiempo, en el seno de la Iglesia griega la formación de un poderoso partido enemigo del culto de las imágenes, cuyo principal sostén era el obispo de Nacoleo de Frigia, Constantino. Este partido consiguió finalmente mover al emperador León III a publicar en 726 el primer decreto iconoclasta. Indudablemente, León III, que trataba de afianzarse definitivamente en el trono, perseguía fines políticos. Por una parte, esperaba con esta conducta, en el exterior, atraerse la simpatía de sus vecinos, los musulmanes, y en el interior, implantar una política de absoluto

dominio en lo civil y en lo religioso que deshiciera el predominio del monacato y de la jerarquía eclesiástica.

Pero no se contentó León III con envolver a todo el Oriente en aquella violenta persecución. Mientras ésta se desarrollaba, cada vez con más rigor, en todo el Oriente y aparecían los héroes de la ortodoxia, San Germano de Constantinopla y San Juan Damasceno, el emperador se dirigía al Occidente y exigía en los territorios italianos sometidos a su dominio la admisión y aplicación del edicto iconoclasta. A esta intimación de León III respondió el papa Gregorio II con la entereza de un mártir, sin amedrentarse por el peligro a que con ello se exponía. Ante todo, según refieren algunas crónicas, celebró en Roma un sínodo, en el que se rebatieron todas las razones que oponían los orientales al culto de las imágenes y se probó con toda suficiencia su licitud. Luego, el Papa se dirigió personalmente, por medio de una carta, al emperador bizantino, en la que protestaba contra estas intromisiones en el terreno dogmático. Por otro lado, dirigió el Papa un llamamiento a la cristiandad occidental, para que estuviera alerta frente a los enemigos de Dios, que trataban de levantar cabeza.

Los acontecimientos que siguieron prueban una vez más, por un lado, la santidad, celo y entereza de Gregorio II en defensa de los intereses divinos, y por otra, la ceguera de León III, con lo que fue aumentando cada vez más su impopularidad en Italia, que fue la ocasión de la pérdida de estos territorios para el imperio bizantino. En efecto, ciego de furor por la oposición que encontraba en Italia, amenazó a sus habitantes con las más horribles represalias. Entonces, pues, levantáronse en manifiesta rebelión contra los bizantinos, y aprovechándose del desorden reinante, el rey lombardo Luitprando, en un golpe de mano, se apoderó de Ravena. La situación para el Papa era verdaderamente comprometida. Si se ponía de parte de los revoltosos o de Luitprando, comprometía su porvenir, pues los bizantinos, como los más fuertes, podían luego volver con más fuerzas y aplastarlos a todos. Por esto, no obstante los atropellos de que había sido víctima de parte de los bizantinos, pidió auxilio a Venecia en favor de Ravena, y gracias a su intercesión, los bizantinos volvieron a recuperarla.

Pero la conducta de los bizantinos acabó de exasperar al pueblo, que amaba sinceramente a los Papas. En lugar de agradecer a Gregorio II su generosidad para con ellos, el nuevo exarca de Ravena se dirigió a Roma el año 728 con el objeto de apoderarse por la fuerza de la ciudad si no se publicaba en Roma y en toda la Italia bizantina el decreto iconoclasta. El Papa, con heroísmo de mártir, contestó excomulgando al exarca Paulo. Éste intentó entonces aplicar por la fuerza el edicto, pero murió en la refriega contra los insurrectos. El nuevo exarca Eutimio fue excomulgado igualmente, pero esto no obstante, con el intento de apoderarse de la persona del Papa, intentó unirse con su enemigo Luitprando, pero el Papa se le adelantó, pues, con el único intento de salvar al pueblo romano, acudió personalmente al rey lombardo y se puso a sí y al pueblo en sus manos. Conmovido éste entonces por la actitud humilde y caritativa del Romano Pontífice, se arrojó a sus pies, y entrando luego en Roma junto con el Papa, depositó ante San Pedro su espada y sus insignias reales, y para que todo terminara felizmente, pidió perdón para sí y para el exarca Eutimio, que Gregorio II concedió generosamente.

Todo parecía terminar favorablemente, pero entonces se inició una revuelta más peligrosa en Toscana, que puso en verdadero peligro al exarca bizantino. Dando de nuevo las más elocuentes pruebas de magnanimidad, Gregorio II se constituyó en defensor de los bizantinos, induciendo a los romanos a prestarle auxilio, con lo que se logró dominar a los rebeldes. Pero ni aun con tan repetidos actos de magnanimidad consiguió Gregorio II desarmar a León Isáurico, quien continuó en su ciega campaña contra las imágenes y contra el Papa, todo lo cual, en último término, fue preparando la ruina de los bizantinos en Italia.

El *Liber pontificalis* le atribuye obras importantes de restauración de la basílica de San Pablo extramuros, de Santa Cruz de Jerusalén y de San Pedro de Letrán. Asimismo, testifica que dejó «una suma de doscientos sesenta sueldos de oro para distribuir entre el clero y los monasterios, las diaconías y los mansionarios; otro legado de mil sueldos, para la iluminación del sepulcro de San Pedro», todo esto, además de las innumerables

limosnas y obras de caridad, que constantemente practicaba. Finalmente, consumido por sus trabajos, murió el 11 de febrero del año 731. Durante su vida, y sobre todo durante todo su pontificado, dio las más claras pruebas de virtud cristiana, elevación de espíritu, inflamado amor de Dios y de la Iglesia, fortaleza y constancia frente a las mayores dificultades, magnanimidad y mansedumbre frente a sus enemigos.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 11 de febrero, contiene un buen comentario histórico.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, o.c., II p.396s.

MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, III 1 p.521s.

HUBERT, H., «Étude sur la formation des états de l'Église»: *Rev. Hist.* 69 (1899) 1s; 241s.

Art. en *Dict. Théol. Cath.*

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PASCUAL I

Papa († 824)

Pascual, hijo de Bonoso, era romano. Estudió en la escuela de Letrán y recibió las órdenes sagradas. Luego fue nombrado abad de San Esteban el Mayor, junto al Vaticano. El *Liber pontificalis* dice que se acreditó por su santidad, castidad, piedad y sabiduría religiosa.

El mismo día de la muerte del papa Esteban IV, 24 de febrero del año 817, fue elegido para sucederle, en conformidad con la plena libertad de elección del papa que Ludovico Pío había garantizado a los romanos. Al día siguiente se consagró obispo y comenzó su pontificado.

Luego de comunicarle su elección a Ludovico, Pascual lo invitaba a venir a Roma y confirmar los pactos entre el reino franco y la sede romana. Ludovico no fue personalmente a Roma, pero, como había confiado los asuntos de Italia a su hijo Lotario, hizo que éste sí fuera a la Ciudad Eterna donde fue recibido con todos los honores por Pascual, el cual, puesto que Ludovi-

co lo había asociado al trono, coronó a Lotario emperador el día de pascua del año 823.

Posteriormente tuvo lugar el oscuro asunto de la muerte violenta en Letrán de dos funcionarios papales, a quienes se achacaba su lealtad a Lotario. Ludovico mandó hacer una investigación, y a su vez Pascual envió a Ludovico unos legados. De todos modos y como no faltaba quien decía que Pascual era cómplice de las muertes, hubo una asamblea de obispos en la que Pascual juró no haber tenido parte en ellas, aunque afirmó que los dos muertos distaban mucho de ser inocentes. Ludovico, recibida noticia del juramento de Pascual, mandó echar tierra al asunto.

Pascual se ocupó de la evangelización de Dinamarca y de Suecia, y asimismo escribió a León V sobre el tema del culto a las sagradas imágenes. Cuando murió, el 11 de febrero del 824, un grupo de romanos se opuso a su entierro en San Pedro. Él había construido las basílicas de Santa Cecilia en el Trastévere, Santa María en Dominica y Santa Práxedes en el Esquilino, y fue aquí donde su cadáver tuvo sepultura.

SAN PEDRO MALDONADO

Presbitero y martir († 1937)

Nace en Sacramento, Chihuahua, el 8 de junio de 1892 en el seno de una familia pobre. Recibió educación de los PP. Paúles y a los 17 años ingresó en el seminario de Chihuahua. Por falta de salud hubo de dejar el seminario un tiempo, que aprovechó para estudiar música, y luego volvió. Se ordenó sacerdote el 25 de enero de 1918.

Pasó por cinco parroquias antes de que se le asignara la del pueblo de Santa Isabel. Era un sacerdote consciente y celoso, que llevaba adelante la atención pastoral de los fieles con mucha responsabilidad. En el tiempo de la persecución religiosa se mantuvo discretamente en el pueblo y pudo así seguir su ministerio con todos los que se le acercaban. Pero no fue hasta 1934 cuando se tomaron medidas contra él. Estuvo detenido y fue maltratado, pero no se le fusiló, sino que se le conminó a abandonar México e irse a El Paso, Texas. Aquí edificó a los sacer-

dotes americanos por su humildad y espíritu de sacrificio. No pasó mucho tiempo sin que volviera ocultamente para atender a sus feligreses, poniendo su sede en un poblado cercano, llamado La Boquilla del Río. Aquí administraba los sacramentos, celebraba la eucaristía, daba catecismo, predicaba en las cuaremas, etc., con bastante libertad de movimientos, pero siempre con cautela.

Su martirio empezó el 10 de febrero de 1937, Miércoles de Ceniza. Acababa de imponer la ceniza a los fieles cuando llegaron soldados que lo detuvieron, luego de que se refugiara en un cuarto de una huerta cercana donde fue descubierto. Pidió le llevaran el sombrero y junto con él le dieron la cajita con las sagradas formas. Descalzo y acompañado de mucha gente, con la que rezó el rosario por el camino, anduvo hasta Santa Isabel. Aquí fue llevado a la Presidencia municipal, donde el presidente le recibió con un golpe. Poco después el cacique de los políticos de la región le dio un pistoletazo en la cabeza que le quebró el cráneo y le hizo saltar el ojo izquierdo. Lo golpearon con las culatas de los fusiles y lo arrastraron, dejándolo luego en el suelo desangrándose. Un grupo de mujeres logró llegar a Chihuahua y pedir justicia al Gobernador, que envió una comisión a Santa Isabel para conocer lo sucedido. Cuando los comisionados llegaron encontraron al sacerdote desangrándose y semiinconsciente. Los policías levantaron acta y metiéndolo en un coche lo llevaron a Chihuahua y lo entregaron en el Hospital Civil. Al conocer el obispo, Mons. Guízar Valencia, lo sucedido, envió a un sacerdote al Hospital, que le administró los sacramentos y fue a dar aviso a la familia del moribundo. Volvió con otro sacerdote y estuvo con él hasta que en la mañana del día 11 de febrero expiró. Cuando fueron a arreglarlo vieron que la cajita de las sagradas formas estaba vacía. Había podido consumirlas el tiempo que estuvo tirado en el suelo.

Lo llevaron a la casa del Obispo, lo velaron en una sala y a hombros de sacerdotes, tras el oficio exequial, fue llevado al cementerio, acompañado de millares de fieles que se sumaron al entierro del mártir, venidos de la ciudad y de las poblaciones cercanas.

El papa Juan Pablo II lo canonizó el 21 de mayo de 2000.

BEATO TOBÍAS BORRÁS ROMÁN

Religioso y mártir († 1937)

Francisco Borrás Román nace en San Jorge (Castellón de la Plana) el 14 de abril de 1861. Fue educado cristianamente y a los 23 años contrajo matrimonio. Las buenas cualidades de su esposa y su buen deseo de llevar una vida conyugal armoniosa contribuyeron a que el tiempo de su matrimonio fuera un tiempo feliz. Pero en 1886 ambos contrajeron el cólera en la gran epidemia que padeció España y su esposa murió.

Pensó entonces Francisco que podía dedicar su vida a Dios sirviéndole en los pobres y los enfermos y solicitó el ingreso en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Aceptado al noviciado tomó el nombre de Hermano Tobías y concluido el noviciado pronunció los cuatro votos de la Orden.

Fue destinado sucesivamente a las comunidades de Ciempozuelos, Zaragoza, Carabanchel Alto y Granada, y en todas ellas dejó la estela de un hermano bondadoso, humilde y responsable, celoso en el cumplimiento de su servicio a los enfermos. Finalmente se le destinó al manicomio de Ciempozuelos.

Aquí estaba cuando comenzó la guerra civil y los hermanos fueron arrestados el 7 de agosto de 1936. Seguidamente fue llevado a la cárcel situada en el Colegio de San Antón de Madrid, donde compartió las privaciones y molestias de los demás hermanos. Era claro que se trataba ya de un hombre muy mayor y con numerosos achaques, y parece que fue por esto por lo que el día 2 de noviembre de 1936 fue dejado en libertad.

Como era valenciano, se dirigió a Valencia pensando que tal vez la casa de Malvarrosa estuviera intacta pero al llegar comprobó que todos los hermanos habían sido asesinados. Él no negó su condición de religioso, lo que le llevó a su detención y nuevo encierro, siendo finalmente fusilado el 11 de febrero de 1937 en Vinaroz. Ésta es la verdadera fecha de su martirio y no la del 24 de noviembre de 1936 que se había dado anteriormente. Fue beatificado el 25 de octubre de 1992.

12 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Cartago, los santos Saturnino, presbítero, Dativo y toda la congregación cristiana reunida para la celebración de la misa dominical en Abitina, África, los cuales todos, apresados, dieron un claro testimonio de Cristo y fueron martirizados el año 304. Sus nombres son: el citado presbítero Saturnino y sus cuatro hijos: Félix, lector, Hilarión, niño, Félix y Emérito, lector; Rogaciano, Maximiano o Máximo, Rogaciano, Jenaro, Victoriano, Ceciliano, Prima, Rogaciano, Rogato, Segunda, Saturnina, Clauto, Margarita, Honorata, Victorino, Fausto, Matrona, Victoria, virgen cartaginesa, Segunda, Jenara, Saturnino el joven, lector, María, Dativo o Senador, otro Félix, Ampelio, lector, Quinto, Telica o Tacelita, Rogato, Casiano, Vicente, Restituta, Eva, Givalio, Pomponia, Jenara, Martín, Félix el joven, Mayor, Regiola, Pelusio, Daciano, Cecilia, Berectina y Matrona.

2. En Barcelona (España), Santa Eulalia († ca.304), virgen y mártir **.

3. La conmemoración de San Melecio († 381), obispo de Antioquía, el cual, estando presidiendo el Concilio I de Constantinopla, pasó al Señor *.

4. En Cornelimünster, Aquisgrán (Alemania), San Benito de Aniano († 821), propagador de la regla de San Benito y de la liturgia romana **.

5. En Constantinopla, San Antonio Cauleas († 901), obispo *.

6. En Jullys-les-Nonnains (Borgoña), Beata Humbelina († 1136), viuda, abadesa, hermana de San Bernardo *.

7. En Schera (Alsacia), San Lúdano († 1202), peregrino.

8. En Londres, los beatos Tomás Hemerford, Santiago Fenn, Juan Nutter, Juan Munden y Jorge Haydock († 1584), presbíteros, martirizados por la fe católica bajo la reina Isabel I *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA EULALIA DE BARCELONA

Virgen y mártir († ca.304)

Eulalia nació en las inmediaciones de la ciudad de Barcelona, probablemente hacia los últimos años del siglo III. Descendía, a lo que parece, de noble familia; sus padres, con quienes vivía en una quinta de su propiedad, más que amarla la mimaban cariñosísimamente, impelidos por la humildad, la sabiduría y la prudencia que resplandecían en ella de una manera impropia de su tierna edad. Por encima de todo brillaba en aquella

virtuosa niña un acendrado amor a Dios Nuestro Señor; su piedad la llevaba a encerrarse cotidianamente en una pequeña celda de su casa con un grupo de amiguitas que había reunido junto a sí para pasar buena parte del día en el servicio del Señor, rezando oraciones que alternaban con el canto de himnos. Habiendo llegado a la pubertad, hacia los doce o trece años, llegó a los oídos de los barceloneses la noticia de que la persecución contra los cristianos volvía a arder de nuevo en todo el Imperio, de manera que quienquiera que se obstinara en negarse a sacrificar a los ídolos era atormentado con los más diversos y espantosos suplicios.

Los emperadores romanos Diocleciano y Maximiano, que habían oído contar la rápida y maravillosa propagación de la fe cristiana en las lejanas tierras de España, donde hasta entonces había sido tan rara aquella fe, mandaron al más cruel y feroz de sus jueces, llamado Daciano, para que acabara de una vez con aquella «superstición».

Al entrar en Barcelona hizo, con todo su séquito, públicos y solemnes sacrificios a los dioses, y dio orden de buscar cautelosamente a todos los cristianos para obligarles a hacer otro tanto. Con inusitada rapidez divulgóse entre los cristianos de Barcelona y su comarca la noticia de que la ciudad era perturbada por un juez impío e inicuo como hasta entonces no se había conocido otro. Oyéndolo contar, Eulalia se regocijaba en su espíritu y se la oía repetir alegremente:

«Gracias os doy, mi Señor Jesucristo, gloria sea dada a vuestro nombre porque veo muy cerca lo que tanto anhele, y estoy segura de que con vuestra ayuda podre ver cumplida mi voluntad»

Sus familiares estaban vivamente preocupados por la causa de aquel deseo tan vehemente que Eulalia les ocultaba, ella que precisamente no les escondía ningún secreto, sino que siempre les explicaba con la prudencia y circunspección debidas cuanto Dios Nuestro Señor le revelaba. Pero Santa Eulalia seguía sin contar a nadie lo que iba meditando en su corazón, ni a sus padres, que tan tiernamente la amaban, ni a alguna de sus amigas o de sus servidoras que la querían más que a su propia vida; hasta que un día, a la hora de mayor silencio, mientras los suyos dormían, emprendió sigilosamente el camino de Barcelona, al

rayar el alba. Llevada de las ansias que la enardecían y la hacían infatigable, hizo todo el trayecto a pie, a pesar de que la distancia que la separaba de la ciudad fuese tal como para no poder andarla una niña tan delicada como ella.

Llegado que hubo a las puertas de la ciudad, y así que entró, oyó la voz del pregonero que leía el edicto, y se fue intrépida al foro. Allí vio a Daciano sentado en su tribunal y, penetrando valerosamente por entre la multitud, mezclada con los guardianes, se dirigió hacia él, y con voz sonora le dijo:

«Juez inicuo, ¿de esta manera tan soberbia te atreves a sentarte para juzgar a los cristianos? ¿Es que no temes al Dios altísimo y verdadero que está por encima de todos tus emperadores y de ti mismo, el cual ha ordenado que todos los hombres que Él con su poder creó a su imagen y semejanza le adoren y sirvan a Él solamente? Ya sé que tú, por obra del demonio, tienes en tus manos el poder de la vida y de la muerte; pero esto poco importa».

Daciano, pasmado de aquella intrepidez, mirándola fijamente, le respondió, desconcertado:

«Y ¿quién eres tú, que de una manera tan temeraria te has atrevido, no sólo a presentarte espontáneamente ante el tribunal, sino que, además, engreída con una arrogancia inaudita, osas echar en cara del juez estas cosas contrarias a las disposiciones imperiales?».

Mas ella, con mayor firmeza de ánimo y levantando la voz, dijo:

«Yo soy Eulalia, sierva de mi Señor Jesucristo, que es el Rey de los reyes y el Señor de los que dominan: por esto, porque tengo puesta en Él toda mi confianza, no dudé siquiera un momento en ir voluntariamente y sin demora a reprochar tu necia conducta, al posponer al verdadero Dios, a quien todo pertenece, cielos y tierra, mar e infiernos y cuanto hay en ellos, al diablo, y lo que es peor, que quieres obligar a hacer lo mismo a aquellos hombres que adoran al Dios verdadero y esperan conseguir así la vida eterna. Tú les obligas inicuaemente, bajo la amenaza de muchos tormentos, a sacrificar a unos dioses que jamás existieron, que son el mismo demonio, con el cual todos vosotros que le adoráis vais a arder otro día en el fuego eterno».

Oyendo Daciano tales requerimientos, mandó que la detuvieran y que inmediatamente la azotaran sin piedad. Mientras, sin compasión, se ejecutaba el suplicio, decíale Daciano, en son de burla:

«Oh miserable doncella. ¿Dónde está tu Dios? ¿Por qué no te libra de esta tortura? ¿Cómo te has dejado llevar por esta imprudencia que te hizo ejecutar un acto tan atrevido? Di que lo hiciste por ignorancia, que desconocías mi poder, y te perdonaré enseguida, pues hasta a mí me duele que una persona nobilísima como tú, ya que vienes, según me han dicho, de rancio abolengo, sea tan atrocemente atormentada»

A cuyas palabras repuso Santa Eulalia:

«Esto no será jamás, y no me aconsejes que mienta confesando que desconocía tu poderío; ¿quién ignora que toda potestad humana es pasajera y temporal como el mismo hombre que la tiene, que hoy existe y mañana no? En cambio, el poder de mi Señor Jesucristo no tiene ni tendrá fin, porque es el mismo que es eterno. Por esto, no quiero ni puedo decir mentiras, porque temo a mi Señor, que castiga a los mentrosos y sacrílegos con fuego, como a todos los que obran la iniquidad. Por otra parte, cuanto más me castigas, me siento más ennoblecida; nada me duelen las heridas que me abres, porque me protege mi Señor Jesucristo, que, cuando sea Él quien juzgue, mandará castigarte por lo que habrás hecho con penas que serán eternas»

Enfurecido y rabioso, Daciano mandó traer el potro. La extienden en él, y mientras unos esbirros la torturaban con garridos, otros le arrancaban las uñas. Pero Santa Eulalia, con cara sonriente, iba alabando a Dios Nuestro Señor, diciendo:

«Oh Señor mío Jesucristo, escuchad a esta vuestra inútil sierva, perdonad mis faltas y confortadme para que sufra los tormentos que me infligen por vuestra causa, y así quede confuso y avergonzado el demonio con sus ministros».

Díjole Daciano:

«¿Dónde está este a quien llamas e invocas? Escúchame a mí, oh infeliz y necia muchacha. Sacrifica a los dioses, si quieres vivir, pues se acerca ya la hora de tu muerte y no veo todavía quién venga a librarte».

Mas he aquí que Santa Eulalia, gozosa, le respondió:

«Nunca vas a tener prosperidad, sacrílego y endemoniado perjurador, mientras me propongas que reniegue de la fe de mi Señor. Aquel a quien invoco está aquí junto a mí, y a ti no es dado el verle porque no lo mereces por culpa de tu negra conciencia y la insensatez de tu alma. Él me alienta y conforta, de manera que ya puedes aplicarme cuantas torturas quieras, que las tengo por nada».

Desesperado ya y rugiendo como un león ante aquel caso de insólita rebeldía, Daciano mandó a los soldados que, extendida todavía sobre el potro, aplicaran hachones encendidos a sus virginales pechos para que pereciera envuelta en llamas. Al oír aquella decisión judicial, Santa Eulalia, contenta y alegre, repetía las palabras del salmo:

«He aquí que Dios me ayuda y el Señor es el consuelo de mi alma. Dad, Señor, a mis enemigos lo que merecen, y confundidles; voluntariamente me sacrificaré por Vos y confesaré vuestro nombre, pues sois bueno, porque me habéis librado de toda tribulación y os habéis fijado en mis enemigos».

Y habiendo dicho esto, las llamas empezaron a volverse contra los mismos soldados. Viendo lo cual Santa Eulalia, levantando la vista al cielo, oraba con voz más clara todavía, diciendo:

«Oh Señor mío Jesucristo, escuchad mis ruegos, compadeceos misericordiosamente de mí y mandad ya recibirme entre vuestros escogidos en el descanso de la vida eterna, para que, viendo vuestros creyentes la bondad que habéis obrado en mí, comprueben y alaben vuestro gran poder».

Luego que hubo terminado su oración se extinguieron aquellos hachones encendidos que, empapados como estaban en aceite, debían haber ardido por mucho tiempo, no sin antes abrasar a los verdugos que los sostenían, los cuales, amedrentados, cayeron de hinojos, mientras Santa Eulalia entregaba al Señor su espíritu, que voló al cielo saliendo de su boca en forma de blanca paloma. El pueblo que asistía a aquel espectáculo, al ver tantas maravillas, quedó fuertemente impresionado y admirado, en especial los cristianos, que se regocijaban por haber merecido tener en los cielos como patrona y abogada una conciudadana suya.

Pero Daciano, al ver que después de aquella enconada controversia y que, a pesar de tantos suplicios, nada había aprovechado, descendió del tribunal, mientras, enfurecido, daba la orden de que fuera colgada en una cruz y vigilada cautelosamente por unos guardianes: «Que sea suspendida en una cruz hasta que las aves de rapiña no dejen siquiera los huesos». Y he aquí que al punto de ejecutarse la orden cayó del cielo una copiosa nevada que cubrió y protegió su virginidad. Los guardas, atterro-

rizados, la abandonaron para seguir vigilándola a lo menos desde lejos, según se les había ordenado.

Tan pronto se divulgó lo acaecido por los poblados circunvecinos de la ciudad, muchos quisieron ir a Barcelona para ver las maravillas obradas por Dios. Sus mismos padres y amigas corrieron enseguida con gran alegría, pero lamentando al propio tiempo no haber conocido antes lo sucedido.

Después de tres días que Santa Eulalia pendía de la cruz, unos hombres temerosos de Dios la descolgaron con gran sigilo, sin que se dieran cuenta los soldados o guardianes; y habiéndosela llevado, la embalsamaron con fragantes aromas y amortajaron con purísimos lienzos. Entre ellos había uno que dicen se llamaba Félix, que con ella había también sufrido confesando a Cristo, el cual con gran alegría dijo al cuerpo de la Santa: «Oh señora mía, ambos confesamos juntos, pero vos merecisteis la palma del martirio antes que yo». Y he aquí que la Santa le contestó con una sonrisa. Los demás, mientras la llevaban a enterrar, alegrábase entonando cánticos e himnos al Señor: «Los justos os invocarán, oh Señor, y Vos los habéis escuchado, mientras les libabais de cualquier tribulación». Al oírse aquellos cantos, fue asociándose a la comitiva una gran multitud, hasta que con gran regocijo le dieron sepultura.

ÁNGEL FABREGA GRAU

Bibliografía

FABREGAS GRAU, A., *Santa Eulalia de Barcelona: revisión de un problema histórico* (Roma 1958).

— *Pasionario hispánico*, I (Madrid 1953) 108s, II (Barcelona 1955) 233s.

FLORÉZ, E., *España sagrada*, XXIX p.287s; 371s.

GARCIA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España*, I (Madrid 1929) 283s.

PONSICH Y CAMPS, R. DE, *Vida, martirios y grandezas de Santa Eulalia, hija, patrona y tutelar de Barcelona* (Madrid 1770).

SAN BENITO DE ANIANO

Religioso († 821)

A Benito de Aniano se le ha llamado «Benito Segundo» y «el misionero de la observancia benedictina». Se ha escrito que «nadie ha influido más ampliamente en los destinos del monacato

occidental después del gran patriarca, San Benito de Montecasinó». Tuvo «un papel decisivo» en la «renovación de la vida monástica».

Se llamaba Witiza. Perteneía a una familia aristocrática visigoda de Septimania o «Gotia», región meridional del reino franco en la frontera con España. Nació a mediados del siglo VIII. Su padre, que era el conde visigodo de Maguelonne y estaba ligado por *fidelitas* con el soberano franco, lo confió todavía de niño a la reina Berta para que fuese educado en la corte del rey Pipino y después de Carlomagno. Witiza entró así en el círculo político-militar carolingio, y sirvió a los soberanos francos cubriendo el importante cargo de «copero», es decir, de funcionario encargado de los servicios annonarios para el mantenimiento del rey y de la corte.

En el ánimo del joven aristocrático fue empero madurando lentamente un proceso de conversión que le acercó a la vida monástica. Según su biógrafo Ardón Esmaragdo, el acontecimiento decisivo se produjo en el 774, cuando Witiza, que se encontraba en el séquito de Carlomagno ocupado en Italia en la campaña militar contra los longobardos, corrió el peligro de morir ahogado con su hermano al atravesar un río embravecido. Atribuida a Dios la salvación, Witiza se hizo monje con el nombre de Benito en el Monasterio de Saint-Seine en las cercanías de Dijon.

Hecha su profesión con el nombre de Benito, se dio con ahínco al estudio de las distintas reglas monásticas, sintiéndose más atraído por la de Benito de Nursia. Se entregó generosamente a la práctica de un riguroso ascetismo. Maltrató duramente su cuerpo, no tomando por alimento más que un poco de vino y agua, concediéndose un poco de descanso sobre un desnudo lecho a ras de tierra y pasando buena parte de la noche en oración. Para acrecentar esta mortificación permanecía con los pies desnudos sobre el suelo en lo más crudo del invierno, acentuando el rigor penitencial con la práctica de los más humildes trabajos. Algunos de sus hermanos que menospreciaban tales austeridades porque les reprochaba su propia tibieza, le tildaron de demente y extravagante. Pero él conservaba una serenidad inalterable, muy feliz de ser considerado como el divino

Maestro. Dios le concedió el don de lágrimas y el de hablar de las cosas santas de una forma conmovedora y persuasiva.

Otra era la forma de pensar sobre Benito del abad: en su aparente demencia, él descubría una sublime sabiduría. Le confió la administración de la abadía. En este su cargo se mostró austero consigo mismo, celoso cumplidor de las prescripciones de la santa Regla, concediendo lo que le solicitaban y rehusando aquello que le dictaba su deber. No hacía acepción de personas en la distribución de lo necesario, excusándose humildemente cuando no podía satisfacer plenamente sus deseos. Desempeñó este cargo durante seis años, hasta la muerte del abad. Todos aquellos que antes le habían despreciado, ahora convencidos de sus cualidades pensaron en él para la dignidad abacial. Benito quedó sumamente sorprendido cuando se le propuso; su humildad le persuadió de que debía eludir esta carga y este honor.

Insatisfecho, además, con la disciplina monástica de Saint-Seine, no se sentía a gusto entre unos hermanos que concebían la vida monástica de un modo tan diferente de como él mismo creía que debía ser. Finalmente, hacia 779-780, decidió abandonar el cenobio para retirarse a sus tierras de origen, en Aniano (Languedoc), sobre el homónimo y pequeño río, donde construyó una celda junto a la iglesia de San Saturnino.

Al aumentar el número de los discípulos, erigió un segundo monasterio, consagrado a Santa María, de vida sumamente austera. Con el tiempo Benito trató de moderarse, aunque no mucho. Afluyeron nuevos postulantes. Con el abad, vivían de limosna, se alimentaban de pan y agua. Como la comunidad iba aumentando, Benito tuvo que replantearse el sistema económico, pues las limosnas eran limitadas.

Entonces tuvo lugar su famosa «conversión», cuya causa ignoramos. Ardón Esmaragdo hace hincapié en ella con inusitada energía. De repente Benito cambia de mentalidad. Hasta entonces se había inspirado en las austeridades de los Padres del yermo, creía que el código casinense era propio de cobardes y apocados. Ahora todo es querer amoldarse a la *aurea mediocritas* de la Regla de San Benito. Procura conocerla bien. Para ello recorre los monasterios, interroga a los peritos en la materia, reúne

otras «reglas de los santos». Pero es la Regla benedictina la que, según Ardón Esmaragdo, de verdad le interesa. Pregunta a los que han estado en Montecasino cómo viven los descendientes espirituales del gran San Benito de Nursia.

Para hacernos palpar la «conversión» del abad de Aniano contrasta el biógrafo la simplicidad primera con la nueva magnificencia. Antes vivían los monjes en edificios modestos, pobres; ahora su abad emprende la construcción de un monasterio suntuoso. Antes tenía una idea austerísima del culto divino, eco de la simplicidad del monacato copto; ahora organiza la liturgia con opulencia. Antes los vasos sagrados eran de madera, luego de cristal; ahora, finalmente, son de plata y «de buen tamaño». Los ornamentos litúrgicos de tela basta han sido sustituidos por ornamentos de seda. Antes el oratorio parecía una cabaña; ahora la nueva basílica resplandece con sus mármoles preciosos. ¿A qué se convirtió el abad de Aniano? ¿A la Regla de San Benito, interpretada literalmente, como pretende hacernos creer Ardón Esmaragdo, o al espíritu teocrático de la corte carolingia que había penetrado en los monasterios y se reflejaba muy especialmente en las magníficas celebraciones litúrgicas? La respuesta es obvia. Benito de Aniano procurará en adelante juntar la observancia de la Regla con el esplendor, riqueza y poderío de los grandes monasterios carolingios.

Benito era un intelectual, un erudito. Quiso que sus monjes se formaran bien. Les proporcionó maestros en la «ciencia de las Escrituras, algunos de los cuales llegaron a ser obispos». Fundó una gran biblioteca. Llegaron a juntarse más de trescientos monjes.

Benito de Aniano pudo realizar todo esto gracias al apoyo de Carlomagno y, sobre todo, a la generosidad de Ludovico Pío. La fama de santidad de Benito, en efecto, había llegado a «los oídos reales e imperiales»: los reales de Ludovico Pío, rey de Aquitania, y los imperiales de Carlomagno. Obtuvo de éste, sobre todo, los privilegios de inmunidad y de libre elección del abad. Ludovico Pío tuteló la labor de proselitismo que estaba realizando incansablemente y le encargó la reforma de todos los monasterios de Aquitania y más tarde la de todos los del Imperio.

Llamado por el nuevo emperador, Ludovico Pío, Benito dejó el monasterio de Aniano para iniciar una nueva singladura monástica en Maurusmunster y, en cuanto estuvo habitable, en el magnífico monasterio que para él Ludovico Pío mandó edificar a orillas del Inden —del cual tomó el nombre—, a seis kilómetros de Aquisgrán, llamado más tarde Cornelimunster. El piadoso emperador esperaba que este monasterio ejemplar fuera un semillero de abades y proporcionase un cuerpo de inspectores que aseguraran el buen funcionamiento de los cenobios. Benito de Aniano compartía esta esperanza.

Durante unos dos años el emperador y el abad fueron madurando sus planes. El objetivo era claro: terminar la obra monástica de Carlomagno haciendo obligatoria la observancia de la Regla de San Benito y lograr, de este modo, la unidad del mundo monástico. No impusieron el cambio por un decreto-ley, a la fuerza. El emperador convocó un sínodo de abades y monjes para que deliberaran.

Benito gozaba de gran autoridad. El emperador le había puesto al frente de todos los cenobios de su reino. Por orden de Ludovico Pío, los «padres de los cenobios» y numerosos religiosos se reunieron en Aquisgrán el 817 en asamblea durante muchos días. Ante asamblea tan extraordinaria e ilustre desplegó el abad Benito de Aniano la vasta sabiduría monástica que había acumulado a fuerza de experiencia, estudio y reflexión. Explicó «toda la Regla», dilucidó los pasajes oscuros, aclaró las dudas, arrumbó antiguos errores y confirmó las costumbres convenientes. Hizo con todo ello un *Capitulare institutum* y lo presentó a la aprobación del emperador para que lo mandara observar en todos los monasterios. Ludovico Pío lo sancionó. Hizo más: puso «inspectores» en cada monasterio para que vigilaran el cumplimiento del *Capitulare institutum* o *Capitulare monasticum*, e instruyeran sobre todo ello a los ignorantes. Así, pues, se consiguió que se observara en todas partes la misma Regla y todos los monasterios se redujeran a tal unidad que parecía que todos los monjes se habían formado en un mismo lugar y bajo un solo maestro. A todos se propuso «una misma medida en la bebida, en la comida, en las viglias, en el canto».

Benito de Aniano murió en Cornelimünster el 12 de febrero de 821 con la muerte de los santos monjes. Durante su última enfermedad no cesó de orar con lágrimas y escuchar lecturas de «las vidas y las muertes de los Santos Padres», y cumplió hasta el último día con la obligación de recitar el oficio divino, como refiere Ardón Esmargado. Conocemos los detalles de los últimos días de su vida a través de una carta de los monjes de Cornelimünster dirigida a Ardón: Cuatro días antes de su muerte, el santo abad conversaba con el emperador en el palacio de Aix-la-Chapelle. Le sobrevino una fuerte fiebre que le obligó a tornar a su celda monástica. Al día siguiente los cortesanos le visitaron. Estaba rodeado de tantos obispos, abades y monjes que con dificultad podíamos aproximarnos a él para atenderle. El abad Hélisacar permaneció junto a él hasta el último momento. Al tercer día se agravó la enfermedad. Dos días antes de morir, el emperador envió al monasterio a su camarlengo Taneulfe, para convencer a los monjes de hacer llegar al abad al palacio para que muriera en brazos de sus infantes. Hasta ese momento logró el emperador retener en palacio a Benito, ya que, no obstante la gravedad de su enfermedad, todavía podía exhortar y dar buenos consejos. La víspera de su muerte, al amanecer, fue trasladado al monasterio y permaneció solo a lo largo de tres horas por propia voluntad; después de este paréntesis, Hélisacar y nuestro prior fueron a interesarse por él, respondiéndoles que jamás había vivido momentos tan dichosos. «Me parecía —dijo— estar ante Dios en medio de los coros angélicos». Después reunió a todos los monjes en torno a su lecho, dándoles consejos saludables y terminando diciendo: «Hace ya cuarenta años que llegué a Aniano; ni un solo día de mi estancia ha transcurrido sin verter lágrimas ante Dios, antes de tomar el pan que constituía mi único alimento». Ese mismo día redactó un último consejo dirigido al emperador y dictó diversas normas relativas a la observancia de los monasterios.

Ardón nos ha descrito de forma emotiva los últimos momentos de su vida:

«Cuanto más fuertes eran las acometidas de su enfermedad, tanto más intensamente perseveraba en la oración y la lectura. Nadie le vio ocioso, absolutamente nadie le halló perezoso para el oficio divino, nadie le encontró ocupado en conversaciones vanas y

frívolas. Ora se dedicaba personalmente a la lectura, ora escuchaba atentamente al que leía. ¿Quién le vio solo sino llorando? ¿Quién, entrando de repente donde él se hallaba, vio sus mejillas secas, o no lo encontró postrado en tierra, o de pie con las manos levantadas al cielo, o reteniendo las lágrimas con los puños para no humedecer la página del sagrado volumen con sus superabundantes llantos? [...] Mandaba que se le leyeran las vidas y las muertes de los Santos Padres; con tales lecturas recuperaba el ánimo y se hacía más fuerte. ¡Oh Buen Jesús, con qué suspiros y lágrimas se abrasaba el alma deseando morir y estar con Cristo, sin por ello rehusar el trabajo, si todavía le necesitaban los hermanos! Agravándose la enfermedad [...] se despidió de los hermanos, pasó toda la noche orando y salmodiando, y cumplió con el oficio del día. Al día siguiente, al rezar el oficio [...] llegó a la frase: “Justo eres, Señor”. Cantando este versículo, dijo: “Me muero”. Y a continuación: “Haz con tu siervo según tu misericordia, Señor”. Y así, entre las palabras de la oración, exhaló su espíritu, adornado de virtudes».

De su muerte se resintió la reforma, todavía demasiado tierna para perder a su padre espiritual. Su obra, sin embargo, se dejó sentir. Muy concretamente en el dominio de la liturgia con el canto de los quince salmos graduales antes de las vigili­as del oficio monástico: esta costumbre la hallamos en la *Regularis concordia* inglesa y en varias *Consuetudines* de tipo cluniacense. Juan de Salerno, biógrafo de San Odón, abad de Cluny, afirma que Benito de Aniano —el abad Euticio, forma latina de Witiza, dice él— instituyó «las costumbres que todavía están vigentes en nuestros monasterios».

En el pensamiento del santo se pone de relieve la tendencia hacia una centralización; la necesidad de una interpretación de la Regla; el esplendor de la liturgia, contrario a la simplicidad que dimana del código benedictino.

Pasado un siglo, Cluny heredará este mismo espíritu y a través de la abadía de Borgoña todo el occidente monástico se sentirá tributario de Benito de Aniano; hasta tal punto que después del gran patriarca de Nursia, ninguno influyó más en los destinos del monacato occidental.

Estaba dotado Benito de una vastísima cultura teológica y patristica. Escribió el *Liber ex regulis diversorum Patrum collectio*, que fue editado por vez primera en 1661 por L. Holstein en Roma con el título más conocido de *Codex regularum*; y la *Concordia regularum*, auténtico comentario a la Regla benedictina basado en textos de

otras reglas. La vida de Benito nos informa de cómo compuso numerosas homilías; algunos creen que se han perdido, otros, en cambio, las consideran insertas en el *Codex regularum*.

Se le han atribuido también dos colecciones de sentencias o fragmentos, con frecuencia muy difusas; tratados de las obras de diversos Padres y quizás incluso un tratado *De virtutibus*, que todavía hoy permanecen inéditas. Muchas instrucciones sobre la vida monástica, si no han salido de su mano, al menos deben a él la inspiración. A él se debe el arriba mencionado *Capitulare monasticum* del 817; seguramente también el *Institutio canonicorum* y el *Institutio sanctimonialium* del 816; los *Excerptus diversorum modus paenitentiarum*; el *Ordo regularis apud eos qui in arce regulari pollent*; quizás los *Capitula notitiarum*; la obra *Testimoniorum nubecula*, contra el adopcionismo; la *Disputatio adversus Felicianam impietatem*. De la abundante correspondencia, fruto de su actividad y de sus numerosas relaciones, a las que se refiere su biógrafo, sólo han llegado hasta nosotros tres cartas.

No sólo se ocupó de la restauración de la vida monástica, sino que influyó considerablemente en la ortodoxia de la fe católica. Tuvo a su lado en esta empresa a Alcuino, a quien dedicó su *Libellus adversus Felicis Haeresim*, orientado a refutar la herejía adopcionista. Fue al frente de una comitiva enviada por Carlomagno a la Marca Hispánica para predicar la verdadera doctrina, examinar la situación, y a persuadir a Félix de Urgel, promotor de la herejía, a que asistiera al sínodo de Urgel en 799. Terminado éste se le encomendó otra misión que dio óptimos resultados. Contra la herejía escribió otros tres tratados.

No obstante esta su aureola, a Benito de Aniano no le cupo la misma suerte con el culto que al santo abad de Casino. En vano nos esforzaríamos por identificar iglesias, santuarios o ermitas que lleven su advocación; catedrales o basílicas que le dediquen algunas de sus capillas; sillerías corales renacentistas o barrocas con relieves en los respaldos representando al abad anianense; retablos con imágenes suyas. Aunque su nombre pasara pronto al martirologio y misal romanos, al suplemento al martirologio galicano de Du Saussay, al martirologio benedictino de H. Ménard, y a los propios de Montpellier, de Strasbourg y de Poitiers, su culto quedará limitado al estricto marco

de los monasterios benedictinos occidentales, sin que ninguno de ellos, por otra parte, ostente su titularidad. Por ello, la iconografía de San Benito de Aniano que ha llegado hasta nosotros es muy pobre. Se limita a algunas miniaturas en varios códices medievales y diversos grabados y diseños que van al frente del día de su fiesta en libros litúrgicos propios de algunas congregaciones benedictinas como las de San Mauro, San Vitón y San Idulfo, Santa Justina de Padua o San Benito de Valladolid. En estos casos la iconografía apenas varía de la de Benito de Nursia. Lleva la misma amplia cogulla, el cerquillo monástico o tonsura en su cabeza, la barba y portando en cada una de sus manos el báculo abacial y el libro —unas veces abierto, otras cerrado— de la Santa Regla.

TOMÁS MORAL, OSB

Bibliografía

- COLOMBAS, G. M., *La tradición benedictina*, III (Zamora 1987) 98-136.
 LENTINI, A., *Dizionario degli istituti di perfezione*, I (Roma 1971) 1081-1086
 LINAJE CONDE, A., *San Benito y los benedictinos*, II (Braga 1994) 341-344, 350-359, 520-529.
 MANNOCI, I., en *Bibliotheca sanctorum*, t II cols.1094-1096.
 PEREZ DE URBEL, J., *Semblanzas benedictinas*, I (Madrid 1930) 529-536.
 SCHMITZ, «Histoire de l'ordre de Saint Benoît, 2^e» *Maredsous* (1947) 265-340.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MELECIO DE ANTIOQUÍA

Obispo († 381)

Nacido en Mtilene en el seno de una familia de origen armenio, se sabe que fue elegido obispo de Sebaste en Armenia, pero que al poco tiempo hubo de dejar su sede por diversos disgustos y se dedicó a la vida eremítica. De aquí lo sacaron los antioqueños que, católicos y arrianos, estuvieron acordes en elegirlo obispo. Melecio venía siendo un hombre pacífico, poco dado a las disputas teológicas, y esta especie de equidistancia entre las posiciones radicales parece ser que favoreció su elección. Todos no estuvieron de acuerdo, pero Melecio pudo ocupar la sede. Pero cuando el emperador Constancio II fue a

Antioquía, le pidió que explicara el pasaje del libro de los Proverbios en el que la Sabiduría divina dice que ella es la primera de las criaturas divinas, texto favorito de los arrianos. Melecio lo comentó en el sentido de que se refería a la encarnación, lo que llenó de desilusión a los arrianos y de disgusto al emperador que lo desterró y puso en su lugar otro obispo. La comunidad se dividió entonces.

Juliano el Apóstata lo sacó del exilio y lo devolvió a Antioquía pero Valente volvió a desterrarlo, no regresando hasta el tiempo de Graciano, para hallar entonces que la comunidad católica tenía un obispo, Paulino, reconocido por Roma. La confusión de los ánimos fue enorme. Los más puros ortodoxos estaban con Melecio, que, muerto San Basilio, quedó como el campeón de la ortodoxia en Oriente. Convocado el concilio ecuménico segundo, cuya sede se fijó en Constantinopla, a Melecio se le dio la presidencia del mismo, pero falleció durante su celebración el 12 de febrero del año 381. San Gregorio Niseno y San Juan Crisóstomo le dedicaron grandes elogios.

SAN ANTONIO CAULEAS

Obispo († 901)

Los padres de Antonio eran partidarios de las sagradas imágenes, y al llegar al poder los iconoclastas, temerosos de padecer las consecuencias de su fe, se marcharon de Constantinopla a un pueblo de las cercanías, donde nació su hijo Antonio. Muerta su madre cuando el chico tenía 12 años, el jovencito se decidió por la vida monástica y fue admitido, siguiéndole luego su padre. En el monasterio se acreditó como un buen monje, recibió las sagradas órdenes y fue elegido abad. Llevaba años rigiendo su monasterio con prudencia y celo cuando a la muerte del patriarca Esteban el año 893 fue elegido para sucederle.

La elección no puede menos que enmarcarse en la difícil situación de división y confusión por la que había pasado la Iglesia de Constantinopla a propósito de sus patriarcas. En efecto, destituido el patriarca San Ignacio en 867, fue sustituido por Focio, que tuvo un pontificado turbulento, y fue por segunda y última vez expulsado del trono patriarcal en 886 y sustituido

por el patriarca Esteban, hermano del emperador León VI. Los partidarios de Ignacio nunca aceptaron a Esteban como legítimo patriarca porque había recibido el diaconado de manos de Focio, pero ahora, muertos Ignacio, Focio y Esteban, de Antonio no se podía alegar ordenación alguna ilegítima, y por ello se sintió el nuevo patriarca capacitado para buscar la paz y recomponer la unidad. Ésta fue su aspiración y su tarea, y en ello se esforzó, procurando atraerse a los partidarios de ambos bandos. La Santa Sede, que había enviado legados cuando Esteban subió al patriarcado, volvió a ofrecer sus buenos servicios en tiempos de nuestro santo, y todo indica que la Sede romana, ocupada por el papa Juan IX, un hombre también conciliador, estuvo de acuerdo en la paz que se hizo el año 899 y por la cual se reconocía como legítimos patriarcas a Ignacio, a Focio y a Esteban.

Sin duda el patriarca Antonio era personalmente un hombre santo, siendo evidente su espíritu de piedad, austeridad y celo por la Iglesia. Restauró un monasterio que tomó su nombre y en él mandó enterrarse. Su muerte sucedió el 12 de febrero de 901.

BEATA HUMBELINA DE FONTAINES

Abadesa († 1136)

Hermana de San Bernardo, nació hacia el año 1092 y se cría en el castillo de Fontaines en un ambiente de sólida piedad como era el de aquella familia, llamada «la que alcanzó a Cristo».

Llegada a la juventud sobresalía por su belleza y distinción, y contrajo matrimonio con Guido de Marcy, de la nobleza de Lorena. Llevaba una vida ordinaria, según se estilaba en su tiempo y en su clase social.

Su crisis espiritual tuvo lugar cuando, yendo un día a Clara-val a visitar a su hermano Bernardo, éste se negó a recibirla a causa del boato de sus vestidos y tren de vida. Ella pidió que la recibiera como a una pecadora.

Impactada por las palabras de su hermano, surgió en ella el deseo de una vida diferente, y logró de su esposo el permiso para ingresar como monja en las benedictinas de Jully-les-Non-

nains, donde profesó como religiosa. Años más tarde fue nombrada abadesa. Aunque apreciaba mucho a su hermano y la obra que llevaba adelante en el Císter, fundando ella incluso el convento de monjas cistercienses de Tart, nunca se hizo cisterciense sino que siguió siendo de hábito negro hasta el fin de sus días. Murió acompañada de Bernardo, Andrés y Nivardo, tres hermanos suyos que, como ella, son venerados en los altares. Su muerte fue el 12 de febrero de 1136.

BEATOS JUAN NUTTER Y COMPAÑEROS

Presbíteros y mártires († 1584)

En la plaza londinense de Tyburn tuvo lugar el 12 de febrero de 1584 el martirio de cinco sacerdotes católicos, acusados los cinco de traición y por ello sentenciados a ser ahorcados y descuartizados. Los cinco llegaron a Tyburn serenos y pacientes, sintiéndose indignos de la gloria del martirio y agradecidos a Dios que coronaba sus trabajos apostólicos con esta insigne corona. Los cinco habían trabajado con celo y constancia en la tarea de mantener en la fe a los católicos ingleses y atraer de nuevo a ella a los que por debilidad la habían dejado.

Uno tras otro subieron al patíbulo, sus cuerpos fueron suspendidos un tiempo del lazo y luego fueron descuartizados en horrible y pública carnicería. Habían sido juzgados en Westminster el 7 de febrero y los cinco se habían negado a reconocer que la reina fuera la última instancia religiosa, por no ser ésa la voluntad de Cristo. Habían padecido prisión en Marshalsea y dos de ellos en la famosa Torre de Londres.

Juan Nutter, hermano del también mártir Roberto Nutter, era natural de Reedley Hallows y tenía al tiempo de su muerte treinta y cuatro años. Convertido al catolicismo en su juventud, decidió hacerse sacerdote y se había ordenado en Reims hacía entonces dos años. Llegó a Inglaterra enfermo y estaba reponiéndose cuando fue descubierto y arrestado a comienzos de 1583. Su apostolado lo hizo en la cárcel, donde se ganó el afecto de los presos y atrajo a varios de ellos a la fe católica.

Juan Munden, nacido en Coltely (Dorset) en 1543, había sido maestro de escuela y luego había optado por el sacerdocio.

Se ordenó en Roma en 1582 y ese mismo año volvió a Inglaterra. Trabajó apostólicamente desde agosto a febrero, en que una denuncia produjo su prisión. Detenido en la Torre de Londres, sufrió malos tratos y diversos interrogatorios.

Santiago Fenn era natural de Montacute (Somerset), donde nació en 1535. Estudiaba teología cuando ascendió al trono Isabel, siendo expulsado de Oxford cuando no quiso reconocer la supremacía religiosa de la reina. Contrajo matrimonio y se ganaba la vida dando clases particulares. Muerta su esposa, se decidió por el sacerdocio y se ordenó sacerdote en Reims el año 1579. Entre mayo de 1580 y agosto de 1582 ejerció el ministerio en Inglaterra. Enviado a la cárcel de Marshalsea, no era conocida su condición sacerdotal y pudo por ello ejercer su ministerio con los presos. Pero, descubierto su sacerdocio, fue sometido a estrecha vigilancia. Cuando lo llevaban a ejecutar le salió al encuentro su pequeña hija Francisca llorando amargamente. Él la consoló y la bendijo y continuó sereno su camino.

Tomás Hemerford era del condado de Dorset y tenía 30 años al tiempo de su muerte. Era de familia católica, estudió derecho en Oxford y luego se decidió por el sacerdocio, que recibió en Roma en 1583. Al poco de llegar a Inglaterra fue detenido, pasando muchas penalidades en la cárcel.

Jorge Haydock era del condado de Lancaster y tenía 27 años al tiempo de su muerte. Era sobrino del cardenal William Allen, fundador del colegio inglés de Douai. Hizo sus estudios sacerdotales en Douai, Reims y Roma, y pudo poco tiempo ejercer su ministerio, pues fue descubierto y arrestado. Por ser el más joven y por asustar a los demás, lo ahorcaron a él primero y como lo tuvieron un rato colgando estaba muerto cuando lo bajaron para descuartizarlo, mientras que los otros cuatro fueron bajados vivos.

Los cuatro primeros fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929, y el último el 22 de noviembre de 1987.

13 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Atenas, San Martiniano († 398), anteriormente ermitaño en Cesarea de Palestina.
2. En Karden, San Cástor de Aquitania (s. IV), presbítero y ermitaño.
3. En Todi (Umbría), San Benigno (s. IV), presbítero y mártir.
4. En Lyon (Francia), San Esteban († 515), obispo.
5. En Rieti (Sabina), San Esteban (s. VI), abad.
6. En Osnabruck (Westfalia), San Gosberto († 874), obispo, misionero de los suabos.
7. En Carcassonne (Francia), San Guimera († 931), obispo.
8. En Lodève, San Fulcrano († 1006), obispo.
9. En Meaux (Francia), San Gilberto († 1009), obispo.
10. En Acre (Palestina), Beato Jordán de Sajonia († 1237), presbítero, sucesor de Santo Domingo al frente de la Orden de Predicadores **.
11. En Espoleto (Umbría), Beata Cristina († 1458), viuda y terciaria agustina *.
12. En Padua, Beata Eustoquio Lucrecia Bellini († 1469), virgen, monja benedictina *.
13. En Tog-Kiao-Tchang (China), San Pablo Lieou Han Tso († 1818), presbítero y mártir *.
14. En Thi Nghe (Tonkín), San Pablo Le Van Loc († 1859), presbítero y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO JORDÁN DE SAJONIA, OP

Presbítero († 1237)

París, 1219. La ciudad iba a confirmar, una vez más, el hermoso papel que ha jugado y continúa jugando en la historia de la Iglesia. Porque en París iban a coincidir dos hombres. Uno de ellos venía de España, se llamaba Domingo de Guzmán, y con su palabra de fuego conmovía a las muchedumbres. Le traía a París el deseo de ayudar a la naciente comunidad dominicana, que tantas dificultades venía experimentando para desenvolverse. El otro es un joven alemán, descendiente de los condes de Eberstein, que llevaba ya unos nueve años estudiando en la

Universidad. Había recibido el subdiaconado y era ya bachiller en teología. Pero estaba dudando cuáles serían los planes de Dios Nuestro Señor sobre él. No acababa de encontrar su camino. La muchedumbre de estudiantes que acude a oír a Santo Domingo de Guzmán le arrastra también. Hay después una entrevista a solas. Santo Domingo le anima, le decide a recibir el diaconado y a proseguir su vida de estudio y oración. Sin embargo, Jordán, que así sí llamaba aquel joven, no entra todavía en la Orden dominicana.

Pero no es cuestión más que de unos meses. La vida y el ejemplo de Santo Domingo le han impresionado profundamente. Cuando al poco tiempo viene a París el Beato Reginaldo, otra de las grandes figuras de la Orden naciente, Jordán hace voto de entrar en ella. Pero antes de cumplirlo conquista a dos amigos suyos, fray Enrique de Colonia y fray León. El miércoles de ceniza del año 1220 entran los tres en el convento parisiense de Santiago, célebre en la historia de la Iglesia universal.

Y allí se inicia la carrera fulgurante del Beato Jordán. Recibido el hábito, el capítulo general que aquel mismo año se celebra en Bolonia le encarga de comentar el Evangelio de San Lucas a los frailes de París. Al año siguiente es elegido provincial de Lombardía, la provincia más importante y difícil de administrar entre las recientemente establecidas. Y, al año siguiente, el 22 de mayo de 1222 es elegido unánimemente, por el capítulo general, maestro general de la Orden, como sucesor de Santo Domingo de Guzmán, cargo que desempeñó hasta su muerte el 13 de febrero de 1237. Pocos casos habrá en que un novicio recién ingresado se transforme, en tres años, en superior general de la Orden y sucesor de su propio fundador.

¿Cuál habría de ser su papel? «Si a Santo Domingo —ha escrito el padre Mortier— pertenece el título incommunicable de fundador de la Orden, a Jordán pertenece el más modesto, pero no menos glorioso, de propagador». Y es así, en efecto. Por medio de una actividad asombrosa, que aun hoy, en tiempos de fáciles comunicaciones, nos pasmaría, el Beato Jordán consigue dar un formidable impulso a la Orden de Predicadores. Baste indicar que durante su vida se fundaron 249 conventos dominicanos, de hombres y de mujeres, y se establecieron cuatro nue-

vas provincias. Es más, los mismos conventos que ya existían recibían, al contacto con él, nueva vida. Así nos lo dice, con emocionadas palabras, Gerardo de Frachet, en su libro *Vidas de los hermanos*:

«Los conventos donde él moraba parecían, por los muchos que entraban y por los que de allí salían destinados a otras provincias, colmenas de abejas. Por eso, al llegar a los conventos, mandaba hacer muchas túnicas, teniendo confianza en Dios de que recibiría más frailes».

Y no se piense que se trataba de vocaciones vulgares, de un reclutamiento en medios fáciles, entre gentes humildes, piadosas y sin cultura. Nada de eso. El gran empeño y la gran preocupación del Beato Jordán fueron precisamente las universidades. Tan pronto predicaba la Cuaresma en París como en Bolonia. Y puede decirse que no hubo centro intelectual de aquel entonces al que no llegara con su palabra y su ejemplo. Pasó a Inglaterra, para visitar la Universidad de Oxford, y predicó también a los estudiantes en las universidades de Alemania. De la magnitud de sus conquistas da idea el hecho de que fuera él quien conquistó a Alberto de Falkenberg o Pedro de Tarantasia, más tarde papa Inocencio V; a Humberto de Romans; a Hugo de S. Caro; a Juan de San Gil, etc., etc. Es cierto que otras veces parecía ser excesivamente poco exigente en su manera de reclutar. Sin embargo, los hechos vinieron a darle la razón, y aquellos jóvenes a quienes él invitaba a la vida religiosa fueron la savia providencial enviada por Dios para robustecer y dilatar el árbol dominicano.

Ni cabe tampoco pensar que todo se redujo a esta labor de reclutador. Es cierto que Santo Domingo había dejado expuesto con toda nitidez cuál era el ideal de la nueva Orden. Quedaban, sin embargo, no pocos aspectos del gobierno de la misma por detallar y completar. A esta tarea se dedicó también el maestro general, dejando impresa una profunda huella en la legislación dominicana.

Tan formidable labor la pudo realizar gracias a unas cualidades que excedían en mucho de lo común: austeridad de vida, angelical integridad de costumbres, olvido heroico de sí mismo, palabra penetrante, afable acogida, maneras dulces.

Resulta encantador ver, por ejemplo, la riqueza de aspectos y la hondura sobrenatural de su amistad con fray Enrique de Colonia. «La convivencia les estrechó en una suave y entrañable unión de corazones». Cuando murio, nadie lloró tanto como fray Jordan, pero «lágrimas por el que nació para Cristo, no por el que murió en la carne», como el mismo fray Jordán nos diría. «Él partió feliz —comenta—, mas a mí, miserable, me dejó en este mundo». E idéntica sensibilidad, idéntica adaptación a una amistad auténticamente sobrenatural, limpia y pura, muestra el Beato Jordán en relación con la Beata Diana de Andaló, que en tantos aspectos recuerda la que existió entre San Francisco y Santa Clara.

Comprensivo, lleno de caridad, ardía siempre en deseos de amoldarse a todos. Él mismo nos confiesa:

«Siempre he procurado estudiar el modo de conformarme con la voluntad de los demas, para no situarme en oposicion con la mia, esto es, amoldandome ya a un soldado, ya a un religioso, bien a un clérigo o al que esta tentado»

Las *Vidas de los hermanos* nos han conservado una graciosa anécdota que bien merece la pena transcribirse:

«Acacio que llevando consigo el maestro muchos novicios que habia admitido a la Orden, en cierto lugar donde no habia convento, mientras rezaba las completas con ellos y con sus socios en una posada, uno de ellos solto la risa y al verlo los demas comenzaron a reir a mandíbula batiente Alguno de los socios del maestro comenzo a hacerles señas de que reprimiesen la risa, al paso que ellos reian mas y mas Dejando entonces el rezo de las completas, y dicho el *Benedicite*, comenzo el maestro a reprender a aquel socio Y, volviendose a los novicios, les hablo así “Reid, carisimos, reid fuertemente y no dejéis de hacerlo por este fraile, yo os doy licencia para ello, pues verdaderamente tenéis motivo suficiente para alegraros y reiros, porque habeis salido de la carcel del diablo y roto las fuertes cadenas con las que durante muchos años os tuvo atados Reid, pues, carisimos, reid”»

Se corre, sin embargo, el peligro, al ponderar la caridad y la comprensión de los santos, de olvidar que ellos supieron siempre unirlos a la firmeza. Así, durante las luchas entre el Pontificado y el Imperio, los dominicos supieron resistir a Federico II, y el mismo Jordán, tan inclinado siempre a la condescendencia, no temió acudir a Federico en persona para reprocharle su con-

ducta y conjurarle a poner término a aquel escándalo que estaba dando a la cristiandad. Otras veces la firmeza en no condescender sabía teñirse de un delicado humor. Así, al procurador de un convento que le pedía con insistencia ser relevado del cargo, le contestó: «Hijo mío, este cargo lleva consigo cuatro cosas: la negligencia, la impaciencia, el trabajo y el mérito; yo te descargo de las dos primeras... pero te dejo las otras dos».

Su característica más singular fue, sin embargo, la fuerza de persuasión que le hacía irresistible tanto en el púlpito cuanto en la conversación privada.

«El Señor le había otorgado tal prerrogativa y gracia singular, no sólo para predicar, sino también para conversar, que en cualquier parte y con cualquiera que estuviese le fluían siempre palabras encendidas y alumbraba la conversación con oportunos y eficaces ejemplos, de tal modo, que a cada uno hablaba, aconsejaba y persuadía según la condición de su carácter. Por lo cual, todos estaban sedientos de oír sus palabras».

Baste, como muestra, recordar una hermosa y significativa anécdota que nos han conservado las tantas veces citadas *Vidas de los hermanos*:

«Cierta día de fiesta, al terminar de predicar, admitió a la Orden a un estudiante, y como estuviesen presentes otros muchos, les dirigió la palabra diciendo: "Si alguno de vosotros fuese a una gran fiesta y a un opulento banquete, ¿acaso todos sus compañeros serían tan descuidados que ninguno quisiera ir en su compañía? Pues he aquí que, sin embargo, veis a éste, que ha sido invitado por Dios a un gran festín, y ¿le vais a dejar ir solo?". Y fue tal la eficacia de su palabra, que al momento cierto estudiante dijo: "Maestro, convencido por vuestra palabra, me asocio a éste, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo"».

Dios le otorgó, antes de morir, dos inmensas alegrías: la de proceder al traslado del cuerpo de Santo Domingo y la de ver el día de su solemne canonización. En efecto, por orden de Gregorio IX, los restos de Santo Domingo fueron solemnemente trasladados el 12 de marzo de 1233. Y poco tiempo después, el 3 de julio de 1234, después de una información canónica en Bolonia y Tolosa de Francia, el mismo Gregorio IX presentaba a toda la Iglesia universal, como modelo de santidad, a aquel Domingo de Guzmán con quien Jordán de Sajonia había hablado por vez primera, cuando tenía treinta años, en París, y cuyo

sucesor había sido. La noticia le cogió en Estrasburgo, llegándole con una carta de San Raimundo de Peñafort, entonces en funciones de penitenciario del Papa.

Podía decirse que su misión en este mundo estaba cumplida. Así pareció apreciarlo la Providencia. En 1236, dos años después, Jordán se embarca para visitar los conventos de la Orden establecidos en Tierra Santa y venerar los Santos Lugares. Todos los hermanos tenían pena al verle partir porque su salud estaba quebrantada. Sin embargo, el viaje se realizó con toda felicidad. No así el de retorno. La nave, asaltada por una furiosa tempestad, fue lanzada a las costas de Siria frente a Tolemaida. La mayor parte de los pasajeros perecieron ahogados. Entre ellos estaba Jordán, con dos de sus compañeros. Era el 13 de febrero de 1237. Sus religiosos lograron rescatar el cadáver y enterrarlo en la iglesia de los dominicos de Tolemaida.

Pronto los milagros vinieron a confirmar la fama de santidad de que siempre había estado rodeado, aun en vida. Sin embargo, el reconocimiento canónico de esta santidad tardó mucho. Durante cinco siglos se le venía dando tradicionalmente el título de Beato, e inscribiéndole así en no pocos martirologios. Pero sólo en 1826 el papa León XII aprobó el culto inmemorial que se le venía dando en su Orden.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

- ARON, M., *Un animateur de la jeunesse au XIII siècle: vie, voyages du Bx Jourdain de Saxe*.. (París 1930).
- BERTHIER, *Opera ad res O. P. spectantia* (Obras de J. de Saj.) (1891).
- DANZAS, A., *Études sur les temps primitifs de l'Ordre de Saint-Dominique*, I (Poitiers 1873)
- GOMEZ, C., «Un apóstol universitario, el Bto. Jordán de Sajonia» *Ideales* 34 (1953-1954) 63s
- MORTIER, OP, *Histoires des maîtres généraux de l'Ordre des Frères Prêcheurs*, I (París 1903) 137s
- MOTHON, *Vie du bienheureux Jourdain de Saxe* (París 1885).
- REICHERT, *Monumenta Ordinis fratrum praedicatorum historica*, I (Lovaina 1896)
- Vitae fratrum Chronica*, de CALVAGNO DELLA FLAMMA; *Acta Capitulum*
- WALZ, A., OP (ed), *Beati Iordani de Saxonia epistulae* (Roma 1951).

SAN PABLO LOC
Presbítero y mártir († 1859)

Pablo Loc es uno de los 117 santos mártires del Vietnam, canonizados por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988, encabezados por San Andrés Dung Lag. A petición de la Conferencia episcopal vietnamita, fueron introducidos en el calendario general. Su memoria se celebra el 24 de noviembre.

Nunca había celebrado la Iglesia una canonización tan numerosa y significativa, donde están presentes 8 obispos, 50 presbíteros y 59 laicos, de tres nacionalidades: Vietnam, Francia, España. Once eran dominicos, diez de la Sociedad de Misiones extranjeras de París, treinta y siete del clero diocesano, un seminarista, muchos padres de familia, una madre, dieciséis catequistas, seis militares, cuatro médicos, un sastre, varios campesinos, pescadores, jefes de comunidades cristianas.

Pío VI y Gregorio XVI alabaron sus virtudes. Los 117 mártires fueron beatificados en cuatro etapas y grupos: 64, en 1900, por León XIII; 8, por San Pío X, en 1906 y 20 en 1909, por el mismo pontífice; 25, por Pío XI, en 1925. La Sagrada Congregación para el culto de los santos, el 18 de abril de 1986, reunió a todos en una sola causa de canonización.

El cristianismo había sido sembrado en las tierras de Tonkín, Annam y Cochinchina, que hoy forman el Vietnam, a mediados del siglo XVI, por misioneros europeos.

Durante el siglo XIX, cuando ya había arraigado en no pocas comunidades, se desataron reiteradas persecuciones sangrientas.

La expansión misionera de la Iglesia experimentó una espléndida floración en el siglo XIX, en el que se fundaron nuevos institutos evangelizadores. Pero el paso de misiones extranjeras a Iglesias locales se hizo difícil por los vínculos políticos y diplomáticos que oscurecían en ocasiones la labor de los misioneros.

La presentación del cristianismo en choque con las culturas autóctonas, la protección de los misioneros por parte de las autoridades de su país de origen, muchas veces el mismo colonizador, daban en ocasiones la falsa imagen de confundir el

Evangelio con la cultura de Occidente, estimada orgullosamente como superior y casi única.

Unas palabras luminosas y certeras de H. de Lubac ponen el dedo en la llaga:

«La edad de la expansión de Europa fue también con demasiada frecuencia [...] un siglo de bárbara ceguera [...] Hasta ese punto nos ha hecho injustos para con los otros pueblos el orgullo de nuestras máquinas y nuestras armas, hasta ese punto nos ha impedido captar las bellezas creadas por el hombre bajo otros cielos la miopía de una educación que pretendía darnos la única cultura humana» (*Catholicisme* [París 1938] 225).

No siempre se siguió la acertada y luminosa orientación que ya en 1659 venía de Roma instruyendo a los misioneros: «No busquéis nunca que esos pueblos cambien sus ritos, sus usos y tradiciones, a no ser que se opongan abiertamente a la religión y las buenas costumbres».

Minh-Manh, su nieto Thieu-Tri y más que todos su biznieto Tu-Duc, forman una serie de nerones que no parece se habían propuesto otro ideal de gobierno que el de exterminar el cristianismo del imperio.

La corta vida de Pablo Loc (?-1859) coincide plenamente con la llamada por antonomasia y con toda justicia «la era de los mártires», que abarca desde 1830 a 1864, con ligeros paréntesis menos violentos. Alcanzó su punto culminante con Tu-Duc, cargado de tal crueldad que, a petición de los mismos misioneros, tuvieron que intervenir Francia y España para evitar que siguiera corriendo sangre cristiana.

Obligado por las armas, se vio en la precisión de promulgar un decreto de libertad religiosa en 1862, si bien no fue cumplido más que a medias hasta que en 1885 los franceses ocuparon el país.

En siete años, más de cuarenta mil cristianos dieron la vida en la confesión de su fe al ser sometidos a los más refinados y atroces tormentos. Como resultado de la masacre, las misiones quedaron en la más completa desorganización: sin iglesias, escuelas, seminarios. Pero la fe no pudo ser extirpada por edictos, premios, castigos ni suplicios. A los cristianos del Vietnam les tocó vivir muy adversas circunstancias: errantes durante muchos años, viviendo en pequeñas embarcaciones,

siendo sorprendidos y capturados como presa codiciada por los mandarines.

La formación recia y el ejemplo heroico de los misioneros dio fortaleza y temple a los cristianos vietnamitas. Una carta del 20 de julio de 1840, escrita por el dominico Francisco Hermosilla, martirizado años después, en 1861, refleja bien el ambiente y destrozos de la persecución:

«Las iglesias que en 1832 pasaban de mil y que en 1838 existían aún en gran parte, han sido todas destruidas. Los ornamentos sagrados se han perdido casi todos. Lo mismo sucedió con los libros. Los dos colegios, uno de Gramática —seminario menor— y otro de Teología —seminario mayor—, ya no existen».

«No existen tampoco las casas de residencia de los misioneros que ahora no tienen donde acogerse. Los estudiantes y criados van errantes por los campos con los catequistas. Si van a sus familias, los mandarines los prenden y hacen renegar; si resisten, los atormentan».

Los decretos persecutorios obligaban a entregar los libros de religión y objetos de culto para ser destruidos públicamente. A los cristianos se les obligaba a hacer constar por escrito que renegaban y abandonaban la fe. En caso contrario serían mutilados, rapadas las cabezas y grabados en sus rostros los caracteres «religión falsa». Muchos cristianos fueron hechos prisioneros y marcados con esa señal ignominiosa y desposeídos de los escasos bienes con que contaban.

Las dos etapas más prolongadas de persecución sistemática fueron las de los reyes Minh-Manh y Tu-Duc. Los primeros años de este último (1841-1847) fueron de relativa calma, en comparación con los anteriores. Pero a partir de 1851 se recrudeció de nuevo y se prolongó hasta 1883 con ferocísimos decretos. Uno de ellos ordenaba que a los sacerdotes nativos se les aserrase por medio.

Y la persecución arreció al organizarse la expedición franco-española de 1858, con la que ambas naciones pretendían proteger a sus misioneros europeos que estaban en Tonkín. El resultado fue contraproducente, pues la persecución se volvió más dura, rápida e inflexible. El rey temía que los sacerdotes nativos se pusieran de parte de los invasores. Una vez más la confusión equívoca de lo político y lo religioso contribuía a

presentar el cristianismo como algo extraño y contrario a lo indígena.

En esta persecución de Tu-Duc fue martirizado y decapitado Pablo Loc.

La carta de Mons. Lefèbvre, Vicario apostólico en Cochinchina Occidental, publicada en los *Anales de la Propagación de la Fe* 31 (1859) 329-335, en su edición italiana, nos da noticias directas de esta persecución y de este martirio.

Pablo Loc, nacido en An-Nhom, estudió primero en el seminario de Cai-Nhum y después en el de Penang durante seis años. Volvió a su patria y ejerció el oficio o ministerio de catequista, con tanto celo y entrega que, en un solo año de permanencia, logró ganar para la fe a más de doscientas personas.

Después consiguió plaza para enseñar en el colegio de Tu-Duc, e inmediatamente fue llevado a Thi-Nghe donde adquirió tanto prestigio como profesor y educador que el Obispo le ordenó de presbítero en 1857 y le confió la dirección del colegio.

Eran los momentos álgidos de la persecución. La llegada de la flota francesa a Tourane con la intención de proteger a los misioneros, azuzó las iras de los mandarines. Pensando que los cristianos indígenas harían causa común con sus correligionarios extranjeros invasores, decidieron exterminarlos a todos antes de que ellos llegaran.

El colegio de Thi-Nghe se quedó vacío y los misioneros se refugiaron en otros lugares. Pero Pablo no tardó en retornar para poder tener noticias de sus jóvenes alumnos. Allí lo localizaron y lo prendieron.

En los distintos interrogatorios supo responder con tanto aplomo y sabiduría que los mandarines, en un primer momento, pensaron en absolverlo y hasta llegaron a ofrecerle, si apostataba, el puesto de secretario primero en la prefectura. Pero todo intento fue inútil ante su firmeza en profesar la fe.

Mientras tanto los franceses avanzaban y ya estaban bombardeando Saigón. Los mandarines, sin esperar más, le condenaron a muerte y le decapitaron inmediatamente fuera de la ciudad el día 13 de febrero de 1859.

Fue beatificado por San Pío X el 2 de mayo de 1909.

El papa Juan Pablo II inició las *letras decretales* con el siguiente texto de San Agustín:

«Como sementera de sangre, está la tierra llena de mártires; y de aquella sementera surgió la cosecha de la Iglesia. Más testificaron a Cristo muertos que vivos. Hoy siguen testificando, hoy también predicán: calló su lengua, siguen resonando sus hechos» (*Sermo* 286: PL 38,1298).

«Este pensamiento de San Agustín —sigue diciendo el Papa— nos hace volver los ojos en la historia de la salvación cuatro siglos atrás, al Vietnam, la nación asiática que se asoma al oriente y al mediodía, comprendiendo Tonkín, Annam y Cochinchina».

«Tierra féracísima por el agua y el sol y ubérrima por el gran número de los mártires que dieron el testimonio de su vida en fidelidad a la palabra de Dios» (*AAS* 83 [1991] 377-379).

Entre los presbíteros de la larga lista se encuentra a Pablo Le Van Loc.

El Papa subraya la ejemplaridad significativa de esta canonización tan variada en estados de vida, profesiones y ministerios, para quienes la cruz de Cristo, que prefirieron adorar y no pisotear, fue vida y salvación.

Y en la homilía de la canonización pone de relieve la palpitante actualidad de su testimonio y los frutos ubérrimos de su martirio.

«Los mártires vietnamitas, sembrando entre lágrimas, en realidad iniciaron un diálogo profundo y liberador con la población y la cultura de su nación proclamando ante todo la verdad y la universalidad de la fe en Dios y proponiendo, además, una jerarquía de valores y de deberes particularmente adecuada a la cultura religiosa de todo el mundo oriental...».

«Ante las imposiciones coactivas de las autoridades acerca de la práctica de la fe, ellos afirmaron su libertad para creer, sosteniendo con humilde valentía que la religión cristiana era la única cosa que no podían abandonar, pues no podían desobedecer al supremo soberano: el Señor».

«Además afirmaron con vigor su voluntad de lealtad a las autoridades del país, sin contravenir a todo aquello que fuera justo y recto; y enseñaron a respetar y venerar a los antepasados, según las costumbres de su tierra, a la luz del misterio de la resurrección».

«La Iglesia vietnamita, con sus mártires y mediante su testimonio, ha podido proclamar su voluntad y su compromiso de no rechazar la tradición cultural y las instituciones legales del país; al contrario, ha declarado y demostrado que quiere encarnarse en

ella, contribuyendo con fidelidad a la verdadera edificación de la patria» (*Ecclesia* [1988] 1027-1029).

La predicación evangélica, a pesar de las persecuciones, o tal vez porque «la sangre de los mártires es semilla de cristianos», se desarrolló vigorosamente antes de terminar el siglo; en 1898 contaba con 336 sacerdotes nativos, pese a que una tercera parte del clero había pagado con la vida su fidelidad a la Iglesia durante la persecución de 1857-1862. En 1972 se instituyó la jerarquía católica. En la actualidad son 25 las diócesis y seis millones de católicos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AAS 1 (1909) 452-458.

Beatificación: *AAS* 83 (1991) 377-381.

LEFEBVRE, D. G., «Lettera di Mons. Vicario Apostolico della Cocincina Occidentale»: *Annali della Propagazione della Fede* 31 (1859) 329-335.

SALOTTI, C., *I nuovi martiri annamiti e cinesi* (Roma 1909) 36-44.

TESTORE, C., «Loc, Paolo», en *Bibliotheca sanctorum*, t.VIII cols.82-83.

ZURDO, F., «Vietnam bajo el signo de la persecución», en *Cuatro siglos de evangelización (1587-1987)* (Madrid 1987) 203-217.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA CRISTINA DE ESPOLETO

Viuda († 1458)

Era natural de Porlezza, donde nació hacia 1436. Muy joven contrajo matrimonio con un escultor y fijó su residencia en Laglio, pero su marido murió muy pronto, y entonces volvió a contraer matrimonio con un campesino. Faltando a sus deberes matrimoniales, tuvo una relación adulterina de la que nació un hijo que vivió poco tiempo. Y poco tiempo después se produjo el asesinato de su segundo marido.

Este suceso la llevó a reflexionar y se arrepintió de su vida poco arreglada, dedicándose entonces a la penitencia y haciéndose terciaria agustina. En calidad de tal fue admitida por las monjas agustinas de Verona para hacer vida de comunidad, pero el proyecto no cuajó y dejó el convento.

Vivió seguidamente en varios sitios, llevando una vida ejemplar de penitencia, piedad y obras de caridad, reconociendo todos cuánto había cambiado. Luego de hacer una peregrinación a Roma y Asís, se detuvo en Espoleto donde enfermó y murió el 13 de febrero de 1458, rodeada de fama de santidad. Surgieron leyendas en torno a su nombre pero hoy parecen claros los datos verdaderos de su biografía. El papa Gregorio XVI confirmó el culto que se le tributaba el día 19 de septiembre de 1834.

BEATA EUSTOQUIO BELLINI

Virgen († 1469)

Lucrecia Bellini era hija de una monja del monasterio de San Prosdócimo de Padua, que faltó a sus votos, y tuvo esta hija con Bartolomé Bellini el año 1444. Se crió en el convento y desde niña fue sujeto de extrañas manifestaciones que se tomaron por posesión diabólica. Los autores están de acuerdo en la historicidad de los fenómenos, interpretados como posesión, porque están bien atestiguados.

La observancia regular del convento era más bien escasa y sucedió que en 1460, a la muerte de la abadesa, el obispo Jacopo Zeno quiso imponer una observancia mejor, pero ello trajo consigo la dispersión de la comunidad así como de las chicas que en él se educaban, exceptuando a Lucrecia que no se marchó. El obispo reemplazó a las religiosas que se habían marchado con una comunidad de benedictinas procedentes del monasterio de Santa María de la Misericordia. Y entonces Lucrecia se decidió a pedir el velo en la nueva comunidad. Parece que hubo alguna oposición dado su nacimiento bastardo, pero el obispo le dio la licencia para profesar y el 15 de enero de 1461 tomó el hábito de manos de la abadesa Justina da Lazzara.

Empezó para la novicia una época difícil. Volvieron los fenómenos extraños: fuera de sí y como dominada por una fuerza extraña, aterrorizaba a las hermanas, que llegaron primero a atarla a una columna durante días y días, y luego, culpándola de la extraña enfermedad de la abadesa, la encerraron y la tuvieron durante meses a pan y agua. Y se la amenazó con abrirle un proceso por brujería. Invitada a abandonar el noviciado y vol-

ver al mundo, respondía la joven que su voluntad decidida era ser religiosa y que quería expiar el pecado que se cometió al engendrarla con una vida santa en el mismo sitio de su comisión. Rezaba continuamente y, fuera de las extrañas manifestaciones, aparecía serena, humilde y confiada en Dios. Por ello la sacaron de su encierro, pero los fenómenos entonces volvieron a darse, soportándolos ella con increíble paciencia, tanta que las monjas se convencieron de su virtud y buena voluntad y, pese a todo, la admitieron a la profesión que efectuó el 25 de marzo de 1465. Su vida en los años que le quedaron fue la de una persona enferma que, centrada en la meditación de los dolores de Cristo, se asociaba a ellos con entrega total. Ella se confiaba a la misericordia divina, que continuamente imploraba, y así le llegó la muerte el 13 de febrero de 1469.

El papa Clemente XIII, que anteriormente había sido obispo de Padua, concedió misa y oficio de la Beata a su convento, luego a la ciudad y diócesis de Padua y por fin, en 1767, a toda la República de Venecia.

SAN PABLO LIEOU HAN TSO

Presbitero y martir († 1818)

Nació en Lo-Tche-Hien hacia el año 1780 en el seno de una familia cristiana que cuidó con mucho interés su educación religiosa.

Primero se ocupó en la guarda del ganado, pero de pastor de animales pasó a pensar en ser pastor de almas y optó por el sacerdocio. Este pensamiento le vino de que el misionero de su distrito, viéndolo tan inteligente y piadoso, le propuso se planteara el tema de su vocación sacerdotal. Pablo ingresó seguidamente en el seminario y cuando tenía unos 30 años se ordenó sacerdote.

Se le encomendaron sucesivamente los distritos de Sin-Tou y Te-Yang, ambos en la orilla del río Yang-Tse y se mostró como un sacerdote amable, modesto y sencillo. Llegada la persecución, redobló su celo apostólico.

Estaba celebrando la santa misa el día 15 de agosto de 1817 cuando llegaron para prenderlo. Pidió licencia para acabar la

santa misa, y al término de la misma se entregó, siendo arrestado junto con su criado. Conducido a la cárcel, fue azotado con tiras de cuero y luego se le dijo que si pagaba una determinada cantidad obtendría la libertad; pero no se pudo reunir la cantidad pedida.

Fue enviado entonces al mandarín, el cual lo interrogó, y él confesó ser cristiano y sacerdote y estar dispuesto a dejarse matar antes que apostatar. El mandarín lo condenó a muerte y pidió a la corte imperial la confirmación de la sentencia, estando mientras tanto en la cárcel. Llegó la confirmación y Pablo fue estrangulado en Tog-Kiao-Tchang el 13 de febrero de 1818.

Juan Pablo II lo canonizó el 1 de octubre de 2000 con los otros mártires de China.

14 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los santos Cirilo († 869), monje, y Metodio († 884), obispo, grandes evangelizadores de los eslavos, patronos de Europa **.

2. En Roma, en la Via Flaminia, junto al Puente Milvio, San Valentín, mártir (fecha incierta) **.

3. En Espoleto (Umbría), San Vital, mártir (fecha incierta).

4. En Roma, en el cementerio de Pretextato, en la Via Apia, San Zenón, mártir (fecha incierta).

5. En Alejandría de Egipto, la conmemoración de los santos Basiano, Tonión, Proto y Lucio, que fueron arrojados al mar, y Cirión, presbítero, Agatón, exorcista, y Moisés, que fueron echados al fuego, y Dionisio y Anonio, que fueron muertos a espada (fecha incierta).

6. En Ravena, San Eleucadio (s. III), obispo.

7. En Bitinia, San Auxencio, presbítero y archimandrita (s. V) *.

8. La conmemoración de San Nostriano († 450), obispo de Nápoles.

9. En Sorrento (Campania), San Antonio († 830), que se hizo ermitaño cuando los sarracenos destruyeron su monasterio *.

10. En Córdoba (España), San Juan Bautista de la Concepción García († 1618), presbítero, reformador de la Orden de la Santísima Trinidad **.

11. En Valencia (España), Beato Vicente Vilar David († 1937), seglar, mártir en la persecución religiosa durante la guerra española **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VALENTÍN

Presbítero y mártir († ca.270)

La historia carda —dolorosamente a veces— la leyenda. ¿Por qué, cuando uno escribe sobre vidas de santos, aflora y fluye siempre, insistente y donoso, por sobre el dato histórico —veraz y escueto— el colorido jubiloso de la leyenda, donde la verdad es una maciza y ancha ternura amasada con piadosas exageraciones que la tradición mantiene severamente? ¿Por qué el pueblo cristiano incorpora su miedo o su júbilo cósmicos al santoral?

No sólo continuamos en la Iglesia la pasión de Cristo, sino que continuamos también su redención y esa restauración total, plena, del cosmos que, en nosotros y por medio de nosotros, realiza el sacerdocio de Cristo.

Sería interesante hacer, en la historia de la espiritualidad, una cala que mostrase esas interpolaciones que el pueblo —no sabemos cómo— ha hecho en el santoral, en función de necesidades y problemas religiosos o humanos determinados por el riesgo en que su propio «compromiso» cristiano le sitúa ante esas actitudes negativas que de vez en cuando surgen en núcleos aislados de la cristiandad.

Es posible, por ello, que el patronazgo de San Valentín sobre el amor humano obedezca al empeño de cristianizar viejas costumbres de matiz pagano, cuya reiteración conmemorativa coincidiera con el aniversario de su martirio, ocurrido hacia el año 270, en la Vía Flaminia de Roma, cuando la primavera gusta de anticiparse jubilosamente —un poco franciscanamente aún— y el ciclo de la expectación de la fecundidad se inicia en la naturaleza. Vuelve a los árboles la savia por entonces, inician su regreso las aves y a Roma vuelven —*ut viderent Petrum*—, en romería, los romeros. Entraban por la puerta Flaminia, que se llamó puerta de San Valentín, porque allí, en recuerdo de su

martirio, el papa Julio I —siglo IV— construyó en su honor una basílica...

Fue allí, en el umbral de Roma —cuando a Roma se llega desde la Umbría—, donde San Valentín —sacerdote y mártir— sería degollado por orden del emperador Claudio II. Por haber socorrido a los cristianos encarcelados, Valentín hubo de soportar, ante el tribunal del emperador, un largo, severo y minucioso interrogatorio. ¡Con qué amorosa firmeza declaró, profesó y defendió la verdad San Valentín! Por ello, el prefecto Calpurnius le condena. Su lugarteniente Asterius recibe y acepta la misión de custodiarle. Pero él —Asterius— tiene adoptada una niña en casa, cuyos menudos ojos nada ven hace tiempo ya. ¿Qué movió a Asterius a la súplica? ¿Acaso aquella sensación de frialdad triste que se remansa en el rostro ciego, en la belleza inútil de las adolescentes esculturas grecolatinas? ¿Por qué condicionó Asterius su súplica a la promesa de creer en Cristo si Valentín encendía los ojos de la niña? Porque Valentín aceptó sacerdotalmente, y en nombre del Señor obró el prodigio, y con él se hizo la luz no sólo en Asterius, sino en su casa toda, y toda la familia recibe el agua bautismal, para recibir, con ella, el martirio...

Los peregrinos que de Roma vuelven, por la Via Flaminia, regresarán con reliquias de San Valentín —sacerdote y mártir— y el recuerdo de aquellos ojos muertos a los que dio videncia. Se referirá la historia fervorosamente y la fe, con el júbilo de creer y poseer la verdad, coloreará la anécdota hasta hacerse precisos varios San Valentín para completarla, y para mantenerla varias serán las ciudades de la cristiandad que reclamen después —y aún hoy— su oriundez.

Un escritor —de confesionalidad protestante— francés cuenta en un libro de viajes publicado en 1698 cómo la vigilia de San Valentín, en Inglaterra, siguiendo una —según él— antiquísima costumbre, celebran una fiesta en la que cada *Valentín* elige su *Valentina* precisamente al llegar la conmemoración del santo romano —sacerdote y mártir—, que es cuando la naturaleza va a iniciar un nuevo ciclo de pujanza y desarrollo. Y lo curioso es que no faltan severos sermonarios protestantes en los que se denunciaba ya esta efeméride como festividad de cuño «papista» y pagano al mismo tiempo.

San Francisco de Sales, en cambio —que ve también un indudable poso de paganía en la vieja tradición de los *valentinos*—, aconseja a los jóvenes que imiten las virtudes del Santo. Nosotros pensamos que muchas de las costumbres y celebraciones paganas que Roma extendió por su vasto imperio coincidieron, en las épocas de las persecuciones, con testimonios y martirios que, cual el de San Valentín, supusieron después, en la Edad Media, una motivación providencial para enjugar de sentido cristiano viejas tradiciones paganas. De aquí, tal vez, el que San Valentín fuera incorporado por la misma Iglesia discente, de un modo popular, colectivo y espontáneo, al patronazgo del amor humano, porque donde está el amor, y con él su proyección y su gesto, que es la caridad, allí está Dios. *Ubi caritas et amor Deus ibi est*, canta la Iglesia el Jueves Santo. Y amar —Santo Tomás de Aquino así lo afirma— es querer el bien para aquel a quien se ama.

Nuestra vocación cristiana es —*hic et nunc*— el amor. Precisamente porque hay muchas moradas en la casa, en el hogar del Padre, son muchos los llamados... Es, por ello, necesario conocer nuestra vocación específica, personal e intransferible, y darnos, entregarnos —esto es amor— a ella sin reservas, por amor de Dios Nuestro Señor... Porque el cristiano —*viator*, peregrino siempre— regresa constantemente, un día y otro, hacia Dios. Y es Cristo —*verbum Dei*, palabra, verdad, pujanza y vida— el camino. San Pablo insiste en que «cada uno ande según Dios le dio y según le pidió», y si a unos pide Dios que regresen hasta Él negándose a sí mismos, gallardamente, todo el apoyo que las criaturas de Dios prestan para posibilitar este plebiscitario, eclesial regreso hacia Él, a otros —los más— llama Dios pidiéndoles que utilicen distintos vasos donde consagrar su vida y ofrecerla para la gloria de su nombre y la piadosa, amorosa edificación de los hermanos.

Todo amor verdadero es fecundo. Todo amor verdadero es un don de Dios. Únicamente se impone la renuncia al amor propio —el odio propio, que así le llamó Santa Teresa—, porque el don del amor exige dar, entregarse, totalizar ese sacerdocio menor para el que el amor nos prepara, desde nuestra propia e íntima vigilia de San Valentín hasta el borde mismo del

sacramento en que Dios —¡aquella oración sacerdotal de Cristo... *ut sint unum!*— hace, de dos, una sola carne, para que alcancen —conforme a la impresionante expresión paulina— «la medida de la edad en Cristo»...

Señor San Valentín: tú que diste videncia a aquellos ojos ciegos, niños, en casa del lugarteniente Asterius, cura esta torpe, maciza ceguedad en nuestros ojos, por que logremos ver y otear la impresionante hondura, la jubilosa perspectiva de ese misterio estremecedor del amor humano, para que, como tú, sepamos dar testimonio de la verdad, en la presencia del Dios que nos une... *Congregavit nos in unum Christi amor.*

ALFONSO ALBALÁ

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 14 de febrero. Cf. *Anal. Boll.* 11 (1892) 471s.
 DELEHAYE, H., *Les origines du culte des martyrs*, o.c., 270s; 315s.
 GRISAR, H., *Rom beim Ausgang der Antiquen Welt* (Geschichte Roms und der Päpste, I; Friburgo 1901) 655s.
 MARUCCHI, O., *Il cimitero e la basilica di S. Valentino* (Roma 1890).
 TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, IV (Venecia 1732) 679s.

SANTOS CIRILO Y METODIO

Monje († 869) y Obispo († 884)

Las vidas paralelas de estos dos santos hermanos del siglo IX adquieren relieve de trascendente actualidad en el siglo XXI. Son ellos, no sólo apóstoles de los países eslavos, sino también portaestandartes de la fidelidad a Roma en los tiempos borrascosos que preludiaron el cisma oriental. Focio, que había de ser patriarca de Constantinopla y primer promotor de la ruptura bizantina con Roma, fue profesor y jefe eclesiástico de ambos. Supieron ellos a tiempo desligarse del cismático patriarca, para seguir en unión con Roma, centro de la catolicidad. Su táctica marca un hito perenne en los actuales problemas de la unión de los cristianos.

Los hermanos Cirilo y Metodio nacieron en Salónica, hermosa y antigua ciudad de la Macedonia griega, a principios del siglo IX. La ciudad se distinguía por su carácter cosmopolita, y

los tesalonicenses aprendían con gusto los más extraños idiomas, gloriándose de poder entender hasta a los bárbaros del Norte y mantener activo comercio con las regiones más recónditas de la Panonia, de la Misia y de la Dacia. El valle del río Vardar, en cuya desembocadura se encuentra la ciudad, forma como un corredor de entrada a la península Balcánica y a la región danubiana. Salónica era por eso plaza fuerte tan celosamente atendida por los emperadores bizantinos, ya que, perdida ella, podía darse por terminada la dominación griega en los Balcanes. Eslavos y búlgaros intentaron varias veces apoderarse de Salónica, pero en su fracaso llegaron a establecerse pacíficamente en los suburbios de la ciudad. Entre estas gentes sencillas aprendieron los dos hermanos el difícil e inculto idioma eslavo.

Su padre se llamaba León y ocupaba el alto cargo de lugarteniente general de la zona militar; hombre versado no sólo en asuntos militares, sino filosóficos y religiosos, en su biblioteca abundaban las obras de los Santos Padres, particularmente las de San Gregorio Nacianceno. Tanto él como su esposa eran de noble abolengo y muy piadosos. Tuvieron siete hijos, de los que Metodio era el primero y Cirilo el último. Aquél nació en 815, éste en 826. Lo mismo el nombre de Metodio que el de Cirilo son monásticos; Cirilo se llamaba Constantino, debiendo el nombre de Metodio de empezar igualmente por M, según la costumbre monacal de permutar el nombre propio por otro que empezase por la misma letra.

Muy joven aún, Metodio fue nombrado gobernador de la provincia de la Macedonia interior, en las fronteras de la actual Albania, donde ya se establecían los eslavos. Allí conoció el espíritu y las necesidades de este pueblo.

Cirilo inició sus estudios en Salónica. En ese tiempo leía y releía las obras de San Gregorio Nacianceno, aprendiendo de memoria sus maravillosas composiciones poéticas y aspirando a la sabiduría divina que brillaba en los escritos del maestro Muerto prematuramente León, cuando Cirilo tenía sólo catorce años, fue éste acogido bajo la protección de Teoctistos, canciller imperial y primer ministro de la emperatriz Teodora, quien le llamó a Constantinopla para completar allí su formación.

Constantinopla estaba en el siglo IX en el apogeo de su esplendor: era, efectivamente, la capital del mundo civilizado y centro importantísimo de cultura cristiana. El patriarcado gozaba de muchísimos privilegios, lo que, unido a la intromisión de los poderes civiles en el terreno eclesiástico, ofrecía campo propicio a las intrigas y a la venalidad de los altos dignatarios de la Iglesia. Los monjes eran los que preferentemente salvaguardaban la ortodoxia y defendían a la Iglesia de las injerencias civiles. El pueblo era profundamente piadoso, datando de entonces el incremento del culto a las sagradas imágenes, con la derrota de la herejía iconoclasta el 19 de febrero de 842. Gobernaba el patriarcado el santo monje Ignacio.

Teoctistos cedió a Cirilo un cuarto en su propio palacio y le inscribió en la Universidad Imperial, que funcionaba en la misma corte, no lejos de Santa Sofía. Sus maestros fueron León, el sabio más ilustre de la ciudad, por sobrenombre el Filósofo o el Matemático, y Focio. Éste, a despecho de haber alumbrado el cisma oriental, poseía, con todo, una ciencia prodigiosa y grandes méritos en el campo filosófico, histórico y aun teológico. Focio era entonces seglar. Cirilo hizo notables progresos en el conocimiento de la antigüedad clásica y en las obras de los Santos Padres. No pudo, en cambio, mantener relaciones cordiales con el arrogante Focio, que odiaba al canciller, a la emperatriz, al santo patriarca Ignacio y a los monjes en general. A Cirilo le asqueaba la vida oficial y decidió retirarse a un monasterio. Ante las súplicas de Teoctistos y la influencia de la emperatriz demoró Cirilo su retiro. El año 847 recibió la ordenación sacerdotal y fue nombrado bibliotecario patriarcal, archivero curial y secretario del Consejo Eclesiástico. Ante las injusticias de que a diario era testigo en el desempeño de su cargo, Cirilo desapareció misteriosamente. Obligado a regresar a Constantinopla, en el momento en que su maestro Focio era elevado a la dignidad de patriarca, aceptó sustituirle en la cátedra de filosofía; tanto se distinguió en ella que a los veinticinco años era ya universalmente conocido con el sobrenombre de «filósofo».

Durante los reinados de Teodora y Miguel venían del Norte y del Oriente legaciones de pueblos extranjeros a Constantinopla, buscando en Bizancio protección y luz. Los emperadores

enviaban embajadores mitad religiosos mitad políticos, para poner trabas a las empresas mahometanas y germanas.

Cirilo fue escogido el año 851 para acompañar, en calidad de intérprete y consejero, una delegación imperial a la corte del califa de Bagdad.

Coincidiendo con su retorno a Constantinopla se acentúan sus ansias de soledad y sus preocupaciones por la vida monástica. Debió estar en correspondencia con su hermano Metodio, quien, tras los desengaños experimentados en su gobierno, abandonó la carrera administrativa y abrazó la vida monástica, entrando el año 853 en un monasterio del monte Olimpo. Este monte Olimpo no tiene relación alguna con el Olimpo griego, morada de los dioses mitológicos; estaba situado en el Asia Menor, no lejos del mar de Mármara, cerca de la actual ciudad de Brus; era conocido como el Olimpo asiático o bitinio, centro monacal de contemplación y de estudio. Cirilo siguió a su hermano Metodio en las soledades del monasterio.

Fue ésta una época de paz para ambos hermanos, en la que harían grandes acopios de santidad y de ciencia sagrada. Constantinopla, en cambio, era un volcán de pasiones. Bardas, hermano de Teodora, hombre ambicioso e inmoral y tutor de Miguel, legítimo heredero del trono, acabó por encarcelar y asesinar a Teoctistos, expulsar del trono a Teodora, desterrar al patriarca Ignacio y entronizar al arribista Focio. Éste no olvidó a los dos hermanos y para captárselos a su bando les ofreció dignidades, que ellos rehusaron valientemente. Focio buscaba desde entonces un pretexto para alejarlos diplomáticamente del Imperio; en esto coincidía con los deseos de ambos hermanos, que no podían reconocer la autoridad de Focio. Pronto se presentó una ocasión oportuna para ello.

El kan de los kázaros envió, hacia el año 861, una embajada a Constantinopla, solicitando misioneros que confutasen los errores islámicos y judíos. Cirilo y Metodio parecieron los sujetos más aptos para esta empresa; Cirilo como director, Metodio como consejero. A través del Quersoneso, al sur de la península de Crimea, se dirigen el año 861 al país de los kázaros en la costa del mar Negro, entre el Don y el Cáucaso, donde fueron recibidos con todos los honores. Dios bendijo en

forma extraordinaria esta misión, en la que los hermanos demostraron dotes excepcionales, además de la santidad de sus vidas, para adaptarse a mentalidades extrañas, para aprender lenguas extranjeras y, sobre todo, para no mezclar en su apostolado la religión con el nacionalismo o la política. Su labor fue sencillamente cristianizar, a base del respeto a los usos y costumbres de los pueblos. Cirilo escribió entonces una obrita para confutar los errores judaizantes de que estaban contagiados los kázaros. Metodio la tradujo al eslavo, pero de ella no quedan sino pocos fragmentos. Más de 200 dignatarios abrazaron el cristianismo y la amistad entre Bizancio y el kan quedó firmemente cimentada.

Un suceso llenó de alegría el corazón de los hermanos a su paso por Kerson: el hallazgo del cuerpo de San Clemente Romano en unas ruinas de la isleta que está frente a la ciudad, en la tarde del 23 de enero. Los sagrados despojos fueron llevados primeramente a la catedral, donde quedó una parte de ellos; la otra la conservó Cirilo, llevándola consigo a Constantinopla y más tarde a Roma.

De vuelta a Constantinopla, el emperador y el patriarca los recibieron con el honor que correspondía al éxito de su misión. Los dos hermanos volvieron a retirarse al monasterio del monte Olimpo, pero su retiro debió de durar poco tiempo.

Entran ahora en escena los pueblos eslavos. Ratislao, príncipe de Moravia, enviará una embajada a Bizancio solicitando también misioneros. Hacia el siglo IX se habían extendido ya los eslavos desde las llanuras de la Rusia meridional, por el norte, hasta el mar Blanco; por el sur, hacia el Adriático y el Egeo; por el occidente habían penetrado hondamente en Alemania y por el este llegaban al Volga. Se habían formado incluso varios Estados eslavos, tanto al norte como al centro y sur de Europa. Entre ellos se distinguía por su creciente poderío la nación morava.

Moravia había sido ya precedentemente cristianizada, al menos en parte, por misioneros alemanes, pero con escaso éxito, debido, sin duda, a la falta general de adaptación al medio ambiente. Es natural que a un pacto entre príncipes se unieran el motivo religioso y el político; el rey moravo soñaba con poner

trabas a la expansión germánica, el emperador bizantino acariaba la idea de extender su influencia entre los pueblos de Centroeuropa. Cirilo y Metodio, ajenos a las miras políticas de ambos reyes, pensaron solamente en cristianizar. Estudiaron mejor las costumbres del país, se hicieron rápidamente cargo del sistema conducente a la evangelización de los eslavos y sacaron la conclusión de que se imponía una liturgia oriental en lengua del país, en consonancia con la doctrina de la adaptación.

La empresa debió ser ardua por muchos conceptos. Primero, por lo que parecía una innovación en metodología misional; segundo, por la oposición de los alemanes.

No debía ser, efectivamente, fácil introducir una liturgia en lengua nativa, dado que no existía alfabeto eslavo. Cirilo, que ya en un principio se había esforzado por transcribir algunas palabras eslavas con la ayuda del alfabeto griego, renueva ahora ahincadamente sus esfuerzos, logrando definitivamente adaptar los caracteres cursivos griegos a la lengua eslava, supliendo con media docena de signos originales los sonidos eslavos inexistentes en la fonética griega. Surge así el alfabeto llamado «glagolita» (de *glagol* = palabra), con el que tradujeron progresivamente los libros indispensables para el culto y el conocimiento de la Sagrada Escritura. Este milagro lingüístico produjo enorme impresión en la corte bizantina.

El alfabeto «glagolita» no debe confundirse con el «cirílico», basado en la aplicación a la fonética eslava de los signos unciales griegos. Aunque este último lleva el nombre de «cirílico» por San Cirilo, con todo, su autor parece que fue Clemente, uno de sus discípulos. Cirilo es únicamente autor del «glagolita». Digamos de paso que las traducciones de la Sagrada Escritura a la lengua eslava llevan el sello de los mejores códices antiguos conservados por los monjes del monte Olimpo, siendo, aunque tardías, de gran importancia para la crítica textual y para la restauración del texto bíblico original.

El éxito de los dos hermanos entre los moravos fue enorme, pero chocaron con la resistencia tenaz de los misioneros germanos, que veían en ellos dos vagabundos filósofos, perturbadores de la paz religiosa en los terrenos feudos de Germania. Pero el príncipe los protegía con su apoyo, el pueblo los quería,

admirando en ellos unos griegos finos, cultos y enérgicos, que hablaban la lengua de su país y les presentaban la palabra de Dios adaptada a su mentalidad. La mies fue tan copiosa que faltaban sacerdotes para tanto fruto de conversiones. Ninguno de los dos era obispo, y Metodio ni siquiera sacerdote.

Con la intención de interesar algún prelado en la empresa de convertir a los eslavos se ponen en camino, acompañados de algunos de sus discípulos; atraviesan la parte inferior de la Panonia, donde entran en relaciones con el príncipe Kocel, que la gobernaba como vasallo del Imperio germánico. Estuvieron allí unos seis meses; Kocel aprendió la escritura eslava y puso bajo el magisterio de Cirilo 50 jóvenes de su séquito, para que les enseñase los libros eslavos y los rudimentos de la fe; él mismo acompañó a los peregrinos hasta las fronteras de su reino y más tarde se había de interesar ante Roma en que Metodio fuese nombrado obispo de Panonia. Al llegar a Venecia encontraron, por el contrario, fría acogida por parte del patriarca y del clero, prevenido ya por los rumores adversos que sobre ellos corrían; estos rumores, en forma concreta de acusación de apostasía y de herejía, habían llegado hasta Roma, promovidos por el clero germano. De no mediar el elemento político, que encendía las pasiones nacionalistas y ofuscaba la inteligencia de la verdad católica, no se explicaría esta hostilidad contra los apóstoles hermanos. Ellos practicaban sencillamente la adaptación, cual lo había hecho Jesucristo, los apóstoles, toda la Iglesia primitiva al evangelizar el mundo; pero, aun dado caso que en el siglo IX o en los pueblos eslavos no conviniera ya continuar el mismo sistema, una cosa meramente metodológica no es para provocar acusaciones tan graves.

Los dos hermanos continúan viaje a Roma. El recibimiento fue apoteósico y, por ende, inesperado. Había corrido la voz de que eran portadores de las reliquias de San Clemente; el papa Adriano II, numerosos cardenales y obispos, una muchedumbre inmensa de ciudadanos les salieron al encuentro y llevaron procesionalmente el santo cuerpo del Papa romano. El Papa tuvo ocasión de conversar largamente con Cirilo, y prendado de su profunda piedad, de su intachable ortodoxia, de su celo apostólico, bendijo largamente a los hermanos y aprobó sus

proyectos misioneros. Metodio y otros tres eslavos recibieron la ordenación sacerdotal y celebraron su misa en rito eslavo, los días 5 y 6 de enero, respectivamente, del año 868. Los libros eslavos, bendecidos por el Papa, recibieron como su consagración al ser colocados oficialmente sobre el altar de Santa María *ad praesepe* (Santa María Mayor). Ante una reunión de cardenales, obispos y teólogos, presidida por el Papa, Cirilo expuso sus proyectos apostólicos; fue aplaudido unánimemente, excepción hecha de los que simpatizaban con el emperador de Alemania, que veían en la nueva liturgia eslava una barrera al poder expansionista de los príncipes germanos.

Se quiso nombrar obispo a Cirilo; pero, enfermo desde la misión a los kázaros, se agravó rápidamente y tras despedirse de su hermano Metodio y de todos los presentes, se durmió en la paz del Señor el 14 de febrero de 869. Antes de morir, y después de recibir los últimos sacramentos, hizo la profesión monacal y cambió el nombre de Constantino por el de Cirilo. Los funerales fueron presididos por el mismo Papa, quien mandó que su cuerpo recibiera sepultura en la basílica de San Clemente, junto a las reliquias que él mismo había traído.

Metodio, que, a pesar de ser mayor que su hermano, había sido siempre su fiel ayudante, toma ahora el timón de la desolada misión morava. Si no tenía la preparación teológica y científica de su hermano Cirilo, poseía, en cambio, en alto grado el don de mando y de gobierno. Regresa al Oriente en calidad de «misionero apostólico de los eslavos» y de «legado pontificio», y portando cartas para los príncipes Ratislao, Kocel y Sviatopolk. Llamado nuevamente a Roma, volvió a la Ciudad Eterna acompañado de nobles varones y de veinte candidatos al sacerdocio. Metodio fue consagrado obispo a fines de 869 y nombrado primer arzobispo de Sirmio (Srem), diócesis que se extendía a Moravia, Panonia, Servia y por el norte hasta la Sarmacia (desde la frontera griega hasta más allá de los Cárpatos). Esta archidiócesis debía separar el Oriente bizantino y el Occidente romano-germánico, germen de seculares luchas.

Cuando, en 870, Metodio torna a la misión para tomar posesión de su archidiócesis, encontró las cosas cambiadas. Sviatopolk, tío de Ratislao, había hecho causa común con los prínci-

pes y obispos alemanes; Ratislao, protector fiel de Metodio, fue hecho prisionero y desapareció, sin vestigio, de la escena. Metodio fue encerrado en una torre, donde le hicieron sufrir ultrajes y humillaciones durante dos años y medio, queriéndole obligar a renunciar sus cargos y dignidades. El año 872 tuvo noticias del secuestro el papa Juan VIII, quien mandó bajo excomuni6n que fuese puesto en libertad; el obispo de Ancona, «degado pontificio *ad hoc*», le liber6 de la c6rcel y Metodio prosigui6 incansable su obra evangelizadora. Por todas partes era recibido como «enviado del cielo». Sus discipulos se extendieron por el norte entre los ucranianos y polacos, y por el sur entre los panonios, croatas y servios.

Los alemanes arreciaban en sus acusaciones de herejía contra Metodio, y el Papa le impone el sacrificio de abandonar la liturgia eslava. Importaba menos a Metodio el triunfo momentáneo de sus enemigos que el fracaso de una misi6n tan fecunda; por eso emprendi6 un nuevo viaje a Roma en 879, para responder de las acusaciones de herejía y de innovaci6n en la liturgia. Juan VIII aprob6 enteramente su ortodoxia y su liturgia. Metodio pudo volver justificado a su misi6n. Hacia el 882 lo encontramos en Constantinopla y poco tiempo despu6s muere entre sus fieles el 6 de abril de 884. Se le hicieron grandiosos funerales con oficios en latín, griego y eslavo: «Reunido el pueblo en masa con cirios y lágrimas, acompañ6 a su buen pastor. Allí estaban todos, hombres, mujeres, niños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, viudas y hu6rfanos, extranjeros e indígenas, enfermos y sanos, porque Metodio se había hecho todo para todos, para salvarlos a todos».

Su cuerpo fue llevado posteriormente a Roma y colocado en San Clemente, junto al de su hermano Cirilo. Un cuadro sintetiza su santidad: el alma de Cirilo es presentada al supremo juez por sus dos santos protectores, Miguel y Gabriel, príncipes de las milicias celestiales; San Andrés y San Clemente asisten al trono divino y el hermano Metodio levanta suplicante el cáliz eucarístico en sufragio del difunto. Ambos juntos suelen ser pintados por los icon6grafos bizantinos leyendo y bautizando en Moravia, con un hombre arrodillado a sus pies, que les ofrece pan y sal, según el rito de los eslavos, en signo de amistad.

Los sepulcros de Cirilo y Metodio en Roma son lazo de unión, profesión de ecumenicidad, garantía de esperanza en una no muy lejana recuperación del Oriente cristiano a la obediencia del Papa.

Cirilo y Metodio esperan en Roma la hermosa hora del encuentro y del abrazo. Son como el Oriente hincado en el corazón de Roma. Son como los testigos de una caridad unitiva que traspasa pueblos y coliga siglos.

Además de las fiestas en el día de su muerte (14 de febrero y 6 de abril), se les honra con una fiesta común, lo mismo en la Iglesia oriental que en la latina. León XIII puso sus nombres en el Misal romano el 25 de octubre de 1880, fijando su fiesta para el 5 de julio, que luego, en diciembre de 1887, fue trasladada al 7 del mismo mes; en el rito oriental se celebra el 11 de mayo, tanto por los católicos como por los disidentes. Ahora se celebra el 14 de febrero. Son patronos de Europa.

SANTIAGO MORILLO, SI

Bibliografía

- GRIVET, FR., *Die heiligen Slavenapostel Cyrillus und Methodius* (Olomuc-Mainz 1926).
 LEAL, J., «SS. Cirilo y Metodio», en *Año cristiano* (Madrid 21961) 628s.
 «Les sources de l'histoire des SS. Cyrille et Méthode»: *Échos d'Orient* 34, p.272-306.
 NAGAEVSKY, I., «Kirilo-Metodivske Jristianstvo v Rusi-Ukraini»: *Analecta Ordinis S. Basilii Magni Sectio I* (1954).
 «Vita Constantini et Methodii». *Acta Acad. Velehrad* 7.

SAN JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCIÓN

Presbítero († 1618)

En Almodóvar del Campo, provincia de Ciudad Real, vio la luz Juan Bautista Rico. Esta noble villa del entonces Campo de Calatrava dio en el siglo XVI varios varones insignes, entre quienes destacan el Beato Juan de Ávila y el Beato Juan Bautista Rico, conocido con el nombre y apellido religioso de Juan Bautista de la Concepción. Nacido el jueves 10 de julio de 1561 y bautizado el 17 del mismo mes y año, viene a reanudar la serie de esforzados reformadores que conoció España en aquel siglo. El ambiente religioso y severo de la familia a que pertenece,

Marcos García e Isabel López Rico, distinguidos en el pueblo por su posición de acomodados labradores y por su acendrada piedad, le marca desde los primeros años y le orienta por los caminos de Dios. Los ejemplos de los santos que oyó leer y ponderar en la casa de sus padres, fueron objeto de su imitación desde los primeros años. Con ingenua sencillez y, si queremos, con puerilidad comienza desde estos años a jugar al santo. Los relatos que su hermano mayor nos ha dejado de estos años nos parecerían exageraciones si no se viesen confirmados con las señales que dejaron en Juan para toda la vida. Cilicio, disciplinas, ayunos, lecho duro, fue probando a escondidas de sus padres, y también a sabiendas, aunque procurando refrenarle. La salud se le estragó, viniéndosele a secar un lado y durándole este mal casi dos años. Más valiosas que las austeridades fueron las devociones fundamentales que de aquel hogar sacó, cuales son el espíritu de caridad con los pobres y la devoción a la Virgen María y el amor al sacramento de la eucaristía. A imitación de una santa cuya vida leyó, hizo a los nueve años voto de virginidad.

Contaría Juan trece o quince años cuando pasó la Santa Madre Teresa por Almodóvar y se hospedó en la casa de Marcos García. Dice el hermano mayor de Juan que, al llegar éste del estudio, le dijo la Santa: «Juan, estudia, que me has de seguir». Y en la despedida, presente toda la familia, volvió sobre el mismo tema, diciendo a la madre: «Usted, patrona, tiene aquí un hijo que ha de ser un muy gran santo, patrón de muchas almas y reformador de una cosa grandísima que se verá». Esto acaeció en el 1574 o en el 1576.

Dotado el niño Juan de espíritu despejado, muy pronto fue iniciado en la gramática, que más tarde perfeccionó en dos cursos con los PP. Carmelitas Descalzos de Almodóvar. Después comenzó la teología en Baeza y la prosiguió en Toledo, donde conoció a los PP. Trinitarios Calzados. En 28 de junio de 1580 toma el hábito en el convento trinitario de Toledo y hace el noviciado bajo la dirección del P. Alonso de Rieros. Extraña mucho que, habiéndose amamantado en el austero espíritu carmelitano y profesando una entrañable devoción a la Santa Madre Teresa, cuyas obras vemos por sus escritos que conoce a

perfección, fuera a parar a una Orden de regla mitigada y sin grandes austeridades. Aquí se abre un paréntesis a su espíritu penitente, que vivirá doce años con la vida más suave y llevadera de los PP. Calzados, enlazando al fin con la austeridad, al instaurar la reforma de la Orden Trinitaria y la vuelta a la regla primitiva. La pasión de Cristo fue el tema predilecto de oración durante el noviciado. Profesa el 29 de junio de 1581. El Beato Simón de Rojas, que entonces comenzaba a ser profesor de Artes y más tarde fue conocido en la corte de Felipe III, estaba probablemente en aquel año en Toledo y con él repasó la filosofía. Cursa cuatro cursos de teología en Alcalá de Henares. Acabados sus estudios, el espíritu de este hombre no es detenido por su maltrecho cuerpo. La predicación durante las Cuaresmas y por el año era su quehacer principal. Un compañero suyo decía al padre superior: «Mande al padre Juan que no predique de esa manera, que nos acaban y quitan la vida las confesiones generales que vienen». En efecto, por las pláticas que dejó escritas vemos una elocuencia abundante, llena de imaginación, conceptuosa y llena del amor a Cristo.

El espíritu de Juan Bautista no estaba sosegado en el marco de vida morigerada que en Sevilla llevaba. Ve con buenos ojos un conato de recolección de los PP. Calzados que con modos imprevistos comenzó a ejecutarse. El padre Dueñas, que lo iniciaba, quiso tener consigo al padre Juan, pero no estaba decidido. «Mi poca salud, dice él, que aún me tenía casi de ordinario con calentura continua». Luego la consideración de sus pecados. Y, por fin, le atizaba el respeto humano de qué dirían por sepultarse en una aldea.

Con estas luchas íntimas sale de Sevilla. Ya había pasado de Écija, cuando «viene una nube sobre mí que sin saber dónde se juntó y formó, con tales truenos, relámpagos, piedras y aire, que cada relámpago que sobre mí caía era un rayo que me decía: enmiéndate, que si no acabarás. Pasó la tempestad y yo quede Recoleta con voto y con obligación, con deseo y con voluntad».

Entonces se abrazó Juan Bautista a la voluntad de Dios de tal modo que ya jamás se desviará de ella. Consigue ir de ministro a Valdepeñas. Después decide ir a Roma para salvar la reco-

lección. Superados muchos obstáculos, llega a la Ciudad Eterna el 21 de marzo de 1598.

Aquí fueron sus trabajos indecibles. Los PP. Calzados movilizan toda su influencia en la corte de España. El Procurador lleva la lucha contra el reformador sin escrúpulo en los medios. Éste se ve inmovilizado casi dos años en el convento de los PP. Carmelitas Descalzos. En esta época sufre unas purificaciones pasivas que le acercan a Dios. Se abraza denodadamente a la cruz de Cristo. «Me enamoré de la vida de trabajos, la que acepté, la quise, la abracé, la amé y la reverencié en nombre de Jesucristo».

Consiguió el breve de erección de la reforma el 20 de agosto de 1599.

Vuelve a España y toma posesión del convento de Valdepeñas en 1600. Entonces estuvo a punto de perecer en manos de sus contrarios. Pronto comenzó a recibir nuevos religiosos que llevaban una vida de mucho rigor en la comida y en el vestido, vacaban a la contemplación y a las obras de caridad propias de los trinitarios. Desde 1601 al 1605 se preocupa de consolidar la reforma, fundando ocho conventos, entre ellos Alcalá, Madrid y Salamanca. Las dificultades que hubo de vencer en algunos de ellos fueron muy serias, añadiéndose los impedimentos que le puso el visitador a fin de prolongar un mandato que cesaba con la fundación de la octava casa. Esta contradicción brotará otra vez y será causa de padecimiento al reformador hasta la hora de su muerte.

Elegido provincial, continúa fundando hasta siete casas, algunas importantes, cuales son Salamanca, Baeza, Córdoba, Sevilla y Pamplona. Visita los conventos, alienta a los religiosos, predica, escribe y no conoce descanso. Su actividad literaria, que llena ocho nutridos tomos y es un rico arsenal místico, ascético y autobiográfico, corre durante estos años colmados de preocupaciones por la descalcez. Es un espíritu en carne flaca, pero lleno de amor a Cristo. Cesa de ser provincial en el 1609, no sin antes haber padecido la visita del padre Andrés de Velasco, que, sin embargo, declaró no haber hallado pecado venial en la religión.

Sin amargor, sin resentimiento por los padecimientos personales, sólo se queja del daño que padece la religión. Con mu-

chos trabajos realiza la fundación de Toledo (1611). Generosamente se ofrece a llevar a cabo la de Sanlúcar de Barrameda, a pesar de la dolorosa operación de vejiga que acaba de sufrir. Desangrado y sin fuerzas llega a Sanlúcar y comienza los trámites para fundar. Le ordena el padre provincial que suspenda sus gestiones. Obedece sin réplica y no se para a considerar el modo violento con que se transmite esta orden. Se retira a Córdoba acabado de la infección que había minado su organismo, y, tendido en cama, recibe el anuncio de la muerte con las palabras del salmista: «Heme alegrado en lo que se me ha dicho, iremos a la casa del Señor». Exhaló su espíritu para entregarlo al Señor, mientras cantaban los religiosos a su alrededor el símbolo de la fe. Era el jueves 14 de febrero de 1618. La senda de rigor y entrega a Cristo por él iniciada fue seguida en la descalcez trinitaria primitiva por figuras tan grandes como son el Venerable Tomás de la Virgen y San Miguel de los Santos. Él injertó nueva vida en el tronco multisecular de la Orden Trinitaria, rejuveneciéndola con una vuelta a la austeridad primitiva y al celo por la salvación de las almas que él mismo concretizó en la redención de los cautivos cristianos, en la misión entre infieles y en la predicación de la palabra de Dios entre los cristianos. Gracias a su iniciativa pudo superar la Orden los sucesivos vendavales que casi la extinguieron, teniendo su brote en la rama Descalza. Canonizado por Pablo VI el 25 de mayo de 1975.

JESÚS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, OSST

Bibliografía

DIEGO DE LA MADRE DE DIOS, FR., *Primera parte de la Cronica de los Descalzos de la Santísima Trinidad Redencion de Cautivos* (Buenos Aires 2^a1944).

JOSE DE JESUS Y MARIA, FR., *Vida del apostólico varon y venerable Padre Fray Juan Bta. de la Concepción* (Madrid 1676).

Obras, 8 (Roma 1831). Él mismo cuenta el origen y desarrollo de la reforma.

BEATO VICENTE VILAR DAVID

Seglar y mártir († 1937)

Vicente Vilar David tuvo como marco histórico de su vida la última década del siglo XIX y las cuatro primeras décadas del

siglo XX, años caracterizados por fuertes contrastes e inestabilidad política, así como acusadas transformaciones socio-económicas que desembocaron en la proclamación de la república (1931-1936) y la guerra civil (1936-1939). En este clima y circunstancias ambientales concretas se desarrolló la vida de Vicente Vilar David, que como seglar católico supo dar una respuesta válida a las necesidades sociales y eclesiales de su tiempo.

Nació en Manises (Valencia) el 28 de junio de 1889. Sus padres se llamaban Justo Vilar Arenes y Carmen David Gimeno. Fue el último de ocho hermanos. Recibió al día siguiente de su nacimiento el bautismo en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de manos del sacerdote Nicolás David Campos, primo hermano de su madre. Vivió y fue creciendo en el ambiente de un hogar cristiano, saturado de virtudes cristianas y amor al prójimo. El 1 de abril de 1898 el cardenal Ciriaco Sancha y Hervás, arzobispo de Valencia, le administró el sacramento de la Confirmación. Y el 24 de abril de 1900 el cura párroco, José Catalá Sanchís, le dio la primera comunión.

Cursó la enseñanza primaria en su pueblo natal. De su maestro Buenaventura Guillem, recibió ya los cimientos, en los que se edificaron los valores cristianos y humanos, que constituyeron su rica personalidad. Realizó los estudios de segunda enseñanza en el colegio de los padres escolapios de Valencia y los de ingeniero industrial en la escuela superior de Barcelona.

En Barcelona, en la parroquia de la Concepción, a cuya demarcación parroquial pertenecía la casa donde residía, se presentó con la disposición de colaborar en las actividades pastorales en las que pudiese ser útil. Allí se inscribió en la Adoración Nocturna y en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Para realizar sus actividades apostólicas se hacía acompañar de sus amigos, a los que procuraba orientar en su vida cristiana. Durante sus seis años de universitario fue testigo de las inquietudes que los catalanes católicos sentían sobre la cuestión social. Todo ello lo vivió de cerca, lo asimiló y con todo el bagaje recibido se dispuso a aplicar las directrices de la doctrina social de la Iglesia en el mundo laboral donde iba a desarrollar su trabajo profesional.

Contrajo matrimonio con Isabel Rodés Reig, el 30 de septiembre de 1922, en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora de Cocentaina, y desde entonces ambos se dedicaron con gran entrega al apostolado en la parroquia de Manises.

Al fallecer su padre y terminados los estudios de ingeniería industrial, tomó la dirección de la empresa de cerámica, llamada «Hijos de Justo Vilari»: aquí ejerció con su acción seglar ejemplar el campo principal de apostolado, especialmente en el aspecto social, sembrando siempre armonía de ánimos, buscando la paz en las desavenencias y logrando que se llegara a un acuerdo. Desde un principio se dedicó a atender y mejorar las condiciones de los trabajadores, y así, era frecuente que aparte del jornal que percibían, si se encontraban en alguna necesidad, se les diese un suplemento.

Instauró dentro de la fábrica el seguro de enfermedad y de vejez. Puso especial empeño en el primero, que sin duda era más urgente. Para el seguro de vejez abrió una cuenta en el banco y de su peculio particular entregaba cinco pesetas, una peseta los trabajadores y la empresa les daba una cantidad igual. Destacó en el respeto, la educación, la caridad en el trato con los operarios. Fue correspondido con el cariño de todos los suyos, que vieron en él al amigo entrañable, que remediaba constantemente sus necesidades, y compartía sus legítimas aspiraciones de superación social personificando la imagen entonces perfecta del patrono católico.

Al regresar de Barcelona a Manises traía consigo ideas de renovación en el campo de la cerámica y la ilusión de buscar los medios para hacerlo realidad. Pensó que para que en Manises se consiguiese algo en este sentido, había que comenzar por la base. Para ello había que impartir una adecuada formación profesional, artística y técnica, a través de una escuela que fuese impartiendo la múltiple y variada enseñanza que la cerámica comporta. Comenzó por interesar, en primer lugar, al alcalde de la población y consiguió la colaboración de un grupo de profesores para que impartiesen la docencia. La fundación de la escuela de cerámica, poco después, mostraba una visión de futuro, ya que con ello se conseguía la actualización industrial de la cerámica para competir en el ámbito internacional.

En la construcción del aeropuerto de Valencia, en el término municipal de Manises, personalmente, con gran acierto, eligió el emplazamiento de los solares. Por ello recibió la felicitación de la junta municipal y especialmente del alcalde del ayuntamiento de Valencia.

El celo de Vicente Vilar no se limitó sólo al ámbito del trabajo, sino que alcanzó también al campo de la vida parroquial. A las afueras de la población de Manises había familias que vivían en cuevas. Las condiciones en que vivían aquellas gentes eran muy precarias. Religiosamente estaban bastante abandonadas. Hacía falta una mayor atención espiritual. Vicente Vilar, consciente de ello, quiso impartir catequesis a los niños y jóvenes que vivían en este barrio, por ser el más necesitado de la población. Y colaboró personalmente para que el apostolado se fuera incrementando y produjera su fruto espiritual entre aquellas gentes.

Era miembro de la cofradía del Santísimo Sacramento y de la Adoración Nocturna, procurando que las horas que tuviese que hacer el turno de vela fuese el que menos concurrencia tuviese. Siempre llevaba algunos niños y jóvenes, para ir de este modo formándoles en la piedad. Era tal la dedicación a esta obra, que según testimonio de un sacerdote que siendo seminarista asistía a la vigilia de la Adoración Nocturna, impresionaba la unción con que leía y rezaba. Otro testimonio afirma que edificaba verle mientras por las mañanas oía la santa misa y hacía su oración en la parroquia.

Colaboró generosamente en las necesidades del Seminario Conciliar de Valencia y de los seminaristas. Ayudó igualmente a las casas de formación de la provincia franciscana de Valencia, en cuya orden su esposa tenía dos hermanos de su madre. Cooperó con el jesuita padre Carlos Ferrís en la construcción del Sanatorio para leprosos de Fontilles. Y ayudó con donativos a monseñor Atanasio Vicente Soler y Royo, hijo de Manises, obispo titular de Citarizo y Vicario Apostólico de la Guajira (Colombia), en la promoción religiosa, humana y cultural de los indios de su misión.

Al implantarse el régimen de persecución a la Iglesia, con la república, en 1931, Vicente Vilar ayudó a los sacerdotes a salvar

la situación apostólica, por ejemplo, en el campo de la enseñanza religiosa y parroquial, así como otras organizaciones pastorales. Para llevarlo a cabo hizo posible la fundación del Patronato de Acción Social. Al presentarse algunas dificultades para que se aprobase de parte del Gobierno Civil el reglamento por el que se tenían que regir las escuelas parroquiales, insistió ante las autoridades, que al constatar su interés, lo aprobaron el 16 de julio de 1931. La labor que realizó el Patronato y sus escuelas, fue muy eficaz en el progreso religioso y cultural de la población.

Vicente Vilar animaba a todos a ir adelante. Era hombre de pocas palabras, pero muy eficaz, y de una sencillez que se adueñaba de cuantos le trataban.

En agosto de 1936, en plena efervescencia de la persecución religiosa, fue destituido como secretario y profesor de la escuela de cerámica, por su condición de católico. En aquellas fechas críticas, fue la ayuda de todos y sembrador de alegría y paciencia cristianas. Sus mismos trabajadores en aquellos momentos difíciles le protegieron, demostrando así su aprobación a la conducta social y cristiana que con ellos siempre había mantenido.

Su condición de católico y apóstol era difícilmente perdonable en aquellos días de persecución. En la noche del 14 de febrero de 1937 ante un tribunal reafirmó su condición de católico, afirmando que era el título más grande que tenía. Fue asesinado inmediatamente, mientras perdonaba a todos, especialmente a los mismos que le martirizaban.

El sentir general desde el primer momento es que fue asesinado únicamente por su condición de católico y celoso apóstol, especialmente en el campo social. Nunca tuvo afiliación política alguna.

El proceso de beatificación y canonización, fue iniciado en la curia diocesana de Valencia en 1963, y una vez concluido, fue trasladado a Roma en 1968. El 6 de julio de 1993 el papa Juan Pablo II aprobaba el Decreto de la Sagrada Congregación para las causas de los santos sobre la declaración de su martirio. Fue beatificado, junto a otros mártires valencianos, españoles y franceses, el 1 de octubre de 1995.

En pocos años ha cambiado profundamente el clima religioso que se respiraba entre nosotros. Los intensos cambios so-

ciales y culturales de estas últimas décadas, están produciendo un debilitamiento de la fe en no pocos cristianos, y un deterioro de la vida moral personal, familiar y social. Nuestra sociedad necesita testigos de una fe viva, que hayan vivido con fuerza el Evangelio. Sin ese testimonio el Dios de Jesucristo permanece inaccesible para muchos.

El papa Juan Pablo II en la audiencia del 2 de octubre de 1995, con ocasión de la beatificación de Vicente Vilar David, acaecida el día anterior, reconoce su testimonio con estas palabras:

«Pedimos a Dios que la muerte de este hombre bueno y coherente con su fe, martirizado a causa de sus convicciones religiosas, suscite en la Iglesia, que se aproxima al jubileo del año dos mil, nuevos y valientes testigos del Evangelio en la familia, en el campo profesional y en la vida pública» (*L'Osservatore Romano*, ed. en español [6-10-1995] 4).

En su mensaje de santificación en y desde las realidades terrenas, el Beato Vicente Vilar David manifiesta con gran claridad la índole de la vocación cristiana. Es una espiritualidad en la que se conjuga la visión de todo desde la óptica de la fe y el vivo sentido del valor de las realidades terrenas. Indica que la vocación cristiana se vive a través de la respuesta a la santidad en la entrega diaria, y en el ejercicio de las virtudes en medio de las actividades corrientes de los hombres.

Monseñor Agustín García-Gasco, arzobispo de Valencia, en la homilía de la misa de acción de gracias por la beatificación de Vicente Vilar David en la Iglesia Catedral de Valencia el 20 de octubre de 1995 dijo, citando el concilio Vaticano II:

«El mismo Señor llama a sus discípulos —ciudadanos de la ciudad temporal y de la Ciudad Eterna— a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí una ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno. Pero no es menos grave el error de quienes, por el contrario, piensan que pueden entregarse totalmente a los asuntos temporales, como si éstos fueran ajenos del todo a la vida religiosa, pensando que ésta se reduce meramente a ciertos actos de culto y al cumplimiento de

determinadas obligaciones morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época (GS 43)» (*Boletín Oficial del Arzobispado* [octubre 1995]).

El Beato Vicente Vilar David supo llevar como una misma realidad, por una parte, la vida diaria, con sus ocupaciones, sus relaciones familiares y sociales y, por otra, su vida espiritual. Tanto la vida interior, como el apostolado y el trabajo bien hecho, constituyeron en él diversos aspectos de la misma santidad. El cristiano de nuestros días tiene con su testimonio un claro ejemplo que imitar. Su fiesta litúrgica se celebra el 15 de febrero.

ARTURO LLIN CHÁFER

Bibliografía

- CARCFI ORTI, V., *Mártires españoles del siglo XX* (BAC, 1996) 605-608.
 GARCIA-GASCO Y VICENTE, A., «Beato Vicente Vilar David», en *No tengáis miedo, testigos ante el tercer milenio* (Toledo 1996) 137-141.
 LLIN CHÁFER, A., *Beato Vicente Vilar David, testigo de Jesucristo en el mundo* (Valencia 1996).
 — *Un santo seglar de nuestro tiempo* (Valencia 1995).
 — «Vicente Vilar David», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 2195-2197.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN AUXENCIO

Presbítero y archimandrita († s. v)

En su ermita del Monte Escopa, junto a Calcedonia, falleció el 14 de febrero de 473 el venerable ermitaño y gran director espiritual San Auxencio.

Él era hijo de un persa, de nombre Addas, y en su juventud perteneció a la guardia imperial de Teodosio II. Era un joven de hondas preocupaciones religiosas y habiendo madurado la idea, decidió dejar la guardia imperial y hacerse ermitaño, y para ello se estableció en el desierto de Oxia, a unas nueve millas de Constantinopla. Se entregó a una vida de absoluta austeridad y dedicación a la contemplación de las cosas divinas, lo que hizo

que unos años más tarde empezara a acudir gente a consultarle sus problemas espirituales, gente que él recibía con bondad y caridad. Su fama creció poco a poco, pero al mismo tiempo comenzó a sospecharse que pertenecía al sector monofisita, lo que no hubiera resultado extraño teniendo en cuenta sus relaciones con la corte de Teodosio II. Muerto este emperador, la ortodoxia pudo salir por sus fueros y convocarse el Concilio de Calcedonia en 451, al que fue llamado el ermitaño Auxencio para que se sincerara doctrinalmente. El Concilio condenó en los más firmes términos a Eutiques y su doctrina monofisita, pero aceptó como ortodoxa la fe que expuso Auxencio, que salió de esta forma indemne de la prueba.

Edificó una nueva ermita en Monte Escopa, junto a Calcedonia, y allí se le reunieron muchos discípulos que querían aprender de él el camino de la vida espiritual y la práctica del eremitismo. Él los instruyó con paciencia, sabiduría y gran celo por su santificación. Y a los discípulos varones se unieron también mujeres que querían seguir su mismo camino y que agrupó en una comunidad con un hábito distintivo. Todos estos discípulos y discípulas admiraban la santidad de vida de Auxencio y se esforzaban por amar la soledad y la contemplación de la misma forma que él lo hacía. Al morir, Auxencio fue enterrado en la iglesia de las discípulas.

SAN ANTONIO DE SORRENTO

Abad († 830)

Había sido monje en un monasterio no identificado pero hubo de abandonarlo y se estableció en Castellamare, junto a Sorrento, donde muy pronto fue estimado por la gente y por el propio obispo diocesano, el de Sorrento. El prelado no cesaba de tratar con el santo monje y se le antojó dejar la vida pastoral para hacerse ermitaño, rogando a Antonio velara él por su rebaño. Se dice que estando ambos en un monte se les apareció el arcángel San Miguel y por ello se le puso a aquel lugar Monte Angelo.

Roma llamó la atención al obispo por haber abandonado su diócesis y lo mandó prender mientras se sustanciaba el juicio, y

aunque los fieles de Sorrento le pedían a Antonio que no los abandonara, ingresó en el monasterio de San Agripino. Aquí vivió santamente y fue elegido abad del mismo. A su muerte, el 14 de febrero del año 830, fue enterrado en la muralla de Sorrento. La ciudad lo tiene por su patrón.

15 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Onésimo, discípulo de San Pablo **.
2. En Brescia, los santos Faustino y Jovita, mártires (fecha incierta).
3. En Antioquía de Siria, los santos Isico, presbítero, Josipo, diácono, Román, Zósimo, Baral, y Agape, virgen y mártires (s. IV).
4. En Auvergne, Santa Georgia, virgen (s. V o VI).
5. En Vaison (Francia), San Quinidio († 578), obispo.
6. En Interocrea, provincia de Valeria, San Severo, presbítero (s. VI).
7. En Capua (Campania), San Decoroso († luego del 680), obispo.
8. En Palazzuolo (Toscana), San Walfrido Gherardesca († 765), abad *.
9. En Vaxjo (Suecia), San Sigfrido († 1045), obispo, apóstol de Suecia, que bautizó al rey Olav *.
10. En Borgo San Sepolcro (Umbria), Beato Ángel Scarpetti († 1306), presbítero, de los ermitaños de San Agustín *.
11. En Paray-le-Monial (Borgoña), San Claudio de la Colombière († 1682), presbítero, de la Compañía de Jesús, director espiritual de Santa Margarita María de Alacoque **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ONÉSIMO

Discípulo de San Pablo

1. San Ignacio de Antioquía († 107), durante el viaje que le condujo a Roma para consumir allí su martirio, escribió varias cartas a las iglesias del Asia Menor; en la carta a Éfeso, alude a la visita que le hizo Onésimo, su obispo y varón de inenarrable caridad, y, por el testimonio de Onésimo, al fervor con el que

viven su fidelidad cristiana (PG 5,645.649). Muchos, ciertamente, han querido identificar a este Onésimo con el esclavo que originó la carta de San Pablo a Filemón; de hecho, en el *Martirologio romano* (edición 1956) se lee:

«En Roma la memoria del bienaventurado Onésimo; por su causa San Pablo apóstol escribió a Filemón. También le ordenó obispo de los efesios, sucesor de San Timoteo, encomendándole la tarea de predicar. El mismo Onésimo, conducido a Roma como prisionero y apedreado a causa de su fidelidad a Cristo, allí mismo fue primeramente sepultado; después su cuerpo fue trasladado al lugar para el que fue ordenado obispo».

Nota: Esta identificación es rechazada por la crítica histórica. No es verosímil que Pablo sobreviviera a Timoteo. El nombre de Onésimo era frecuente entonces; de ahí la confusión por simplificadora. El tomo II dedicado al mes de febrero de las *Actas Sanctorum*, obra de Juan Bolando impresa en París en 1864, contiene un exhaustivo estudio (p.856-860) que analiza y critica dicha identificación, cuyo único fundamento histórico son las afirmaciones de San Ignacio de Antioquía. El mero enunciado de los capítulos dará idea de la envergadura del estudio. «Capítulo primero: Conversión de San Onésimo, nombre de apóstol. Carta de San Pablo a Filemón a favor suyo. Capítulo segundo: Episcopado apostólico de San Onésimo. ¿Sucedió a San Timoteo en la sede de Éfeso? ¿Predicó en España? Capítulo tercero: Episcopado efesino de San Onésimo. Su martirio en Roma. Confusas actas de dos santos Onésimo». En esta reseña biográfica de San Onésimo nos limitamos a lo que sugiere la carta de San Pablo a Filemón.

2. Los pocos datos que sobre Onésimo se hallan en la carta a Filemón son suficientes para acercarnos a él y trazar una semblanza ejemplar para nuestros días.

Onésimo pertenece a la familia de Filemón, hombre rico de Colosas que, como paterfamilias, cuida de unidades más pequeñas como son las de los hijos y familiares no independizados, las de los criados, y otras, sencillamente, las de los esclavos. Residen en Colosas, pequeña población del Asia Menor, situada unos 180 km al este de Éfeso. La familia, que había aceptado la fe cristiana, constituye una iglesia doméstica presidida por

Arquipo (Flm 2; Col 4,17). Los Hechos de los Apóstoles mencionan conversiones en bloque de familias enteras (Hch 10,24.44-48; 16,34; 18,8).

Onésimo es un esclavo; sus padres eran esclavos. La situación de los esclavos es humana en líneas generales. De sobra es conocido que el cristianismo no abolió la esclavitud; surgió espontáneamente a su tiempo en virtud del dinamismo del Evangelio. Entre los creyentes no existe distinción real entre libres y esclavos, ya que todos son uno en Cristo Jesús (Gál 3,28); la única distinción se halla en las buenas obras (Ef 6,8). San Pablo indica también que no debe importar la situación: puede ser un bien renunciar a la libertad (1 Cor 7,21-23); son todos libres por el bautismo (1 Cor 12,13); se mueve en una perspectiva trascendente. En la carta a los romanos (Rom 16,11) Pablo manda saludos a los cristianos de la casa de Narciso, que, según Tácito, era liberto y ministro del emperador Claudio (Stefano M.^a Peci: «Amados odiados, en todo caso conocidos»: *30 Días* 17 [1999] n.5, p.25-27). Resulta curiosa la historia del papa San Calixto I. Era esclavo del cristiano Carpóforo, familiar del emperador Cómodo; por sus dotes financieras, se convirtió en hombre de confianza de su amo, que le nombra administrador de sus bienes. Ingresaba grandes sumas en un banco, pero éste se declara en quiebra y él se ve obligado a huir; fue en vano. Carpóforo le somete a castigo hasta que los cristianos interceden por él puesto que no había sido culpable del fracaso económico. Fue protegido de los papas San Víctor (189-199) y San Ceferino (199-217), sucediendo a éste al frente de la iglesia de Roma; esta protección papal suscitó la envidia del clérigo Hipólito, discípulo de San Ireneo, que le rechazó como obispo de Roma; reconciliado después, la Iglesia le venera como mártir junto a San Ponciano. Como papa, San Calixto es considerado como uno de los más importantes de la Iglesia («Calixto I [San] Papa [217-222]», en *Enciclopedia de la religión católica* [1951] 285-286).

Onésimo es esclavo, y tiene la inmensa suerte de ser esclavo de un amo cristiano. Pero no se encuentra a gusto; quiere vivir su vida. Quizás la misma benigna humanidad del amo fue determinante en la obnubilación de su mente; olvidó su condición de esclavo. Le fascinó la posibilidad de vivir su vida en libertad.

Es la misma experiencia de adolescentes y jóvenes que abandonan sus familias para sentir que son ellos mismos. La idea le rondó tanto que al final le dominó. ¿Tardó mucho en tomar la decisión? ¿Era abierto, comunicativo? ¿Inseguro, cerrado sobre sí mismo? ¿Un misterio para los demás? Terminó abandonando su casa, sustrayendo quizá algo para empezar a vivir (Flm 18-19).

Sale de casa; estrena libertad, pero... la vida no es como la había imaginado; se encuentra como el hijo pródigo (Lc 15,11-32). ¿Qué hacer? ¿Volver a su amo? Si hubiera sido capaz de conocer la experiencia de un afecto cristiano como el hijo pródigo evocó el afecto de su padre...

No sabemos cómo llegó hasta Pablo; el hecho es que acudió a él. Pablo lo acoge con solicitud. Esa solicitud subyace en la carta que escribe cuando juzga llegado el momento.

3. Pablo vive ahora una experiencia singular; se halla encarcelado.

Nota: La carta no ofrece datos que permitan identificar el lugar de su prisión. El libro de los Hechos alude a una noche que pasó en la cárcel de Filipos (Hch 16,22-39), y a los encarcelamientos de Cesarea y Roma (c.21-28). Las grandes cartas paulinas aluden a otras prisiones, todas ellas anteriores a la de Cesarea; de modo genérico las evoca en 2 Cor 11,23. En Rom 16,7 manda saludos para Andrónico y Junias, compañeros suyos de prisión; en 1 Cor 15,32 recuerda el duro combate sostenido en Éfeso contra las fieras; ya no tiene relevancia precisar si sólo quiere designar así la crueldad de sus enemigos. En 2 Cor 1,8 indica que vivió una situación angustiosa, que incluso perdió la esperanza de seguir viviendo. Durante el tercer viaje apostólico, Éfeso se convirtió en centro de operaciones durante tres años (Hch 19,8.10; 20,31); el mismo libro testimonia las dificultades allí padecidas, por lo que parece evidente la existencia de una prisión efesina. En esta carta a Filemón, junto con los saludos de Epafras, a la sazón compañero de prisión (Flm 23), Pablo remite los saludos de Marcos, Aristarco, Dimas y Lucas (Flm 24); estos mismos saludos se incluyen en la carta a los colosenses, en la que se indica que Aristarco es compañero suyo de

prisión (Col 4,10.14). Por los Hechos, sabemos que en Cesarea embarcaron con Pablo, rumbo a Roma, Aristarco y Lucas (Hch 27,2). Pablo, ¿escribe desde la cárcel de Cesarea?

Pablo, prisionero, tiene la suerte de hallarse libre de muchas solicitudes. Puede reflexionar; lo necesitaba. Ya se buscó unos días de sosiego cuando la voz del cielo le derribó camino de Damasco. Alcanzado por Cristo (Flp 3,12), reconsideró el misterio y destino de Israel a la luz de la nueva experiencia y de las Escrituras; ya entonces se entregó totalmente a Cristo (1 Tim 1,12-14). Pronto, como ninguno, inició años intensos de intensa actividad apostólica. Disfruta ahora de un reposo que le va a permitir profundizar en lo más profundo del misterio de Cristo. Empieza a intuir el papel central de Cristo, que no tardará en plasmar en las cartas a los colosenses y a los efesios, contemporáneas ambas al momento de su vida en el que Onésimo llega hasta él.

Pablo le acoge; sabe de dónde viene; conoce a su amo. Quiere ayudarle a ver claro en el misterio de su vida para que encuentre el sosiego que le falta. Le escucha.

El afecto de Pablo y la necesidad de sentirse escuchado, comprendido, desata su lengua. Evoca su infancia, las inseguridades de su adolescencia, sus relaciones, sus amistades, sus afectos. Piensa también en la persona que, ante el misterio de la vida que asomaba, le hacía sentirse como persona única e irrepetible. Recuerda sus ocupaciones, sus ilusiones, sus conflictos, sus frustraciones; cómo surgió la idea de huir... Mientras Onésimo memora su pasado, Pablo va conociendo circunstancias, situaciones humanas, normales en el contexto temporal de la familia, que hicieron inevitable esa huida. Pablo deja hablar; no es necesario suponer que muchas cosas las sabe ya por otras fuentes...

Ahora es Pablo el que habla; tiene presente el misterio de su propia vida; fue perseguidor de Jesucristo. Se siente agradecido a Dios que le eligió para revelarle a su Hijo y darle el encargo de anunciar el mensaje de salvación a los que no son judíos (Gál 1,15-16); quiere compartir con Onésimo, como antes lo hiciera con Filemón, el gozo que procede del conocimiento de Cristo.

Le habla del Dios del cielo (Hch 13,15-16); de la condición sagrada de la persona humana; *estirpe de Dios* afirmó uno de los

poetas griegos (Hch 17,28-29); alude a la división interior que experimenta todo ser humano (Rom 7,15-25). En el misterio de Cristo, muerto y resucitado, se halla el sentido de las incidencias propias de la existencia temporal.

Onésimo abre los ojos ante lenguaje tan desconocido; no comprende, pero se siente fascinado por Pablo. Sabe de su prestigio aunque se encuentre en la cárcel; algo de eso recordaba haber percibido en la casa de su amo... Pero entonces eran otras sus preocupaciones... Ahora descubre un gran tesoro. Pide el bautismo. Pablo se cerciora de sus intenciones.

Su vida va cambiando; todo lo contempla con nueva luz. Onésimo quiere volver a casa; quiere reconciliarse con su amo; sabe que no alcanzará paz mientras no haya satisfecho por el agravio que causó a su amo... No le importan los castigos; sabe que los merece. ¿Qué importan los castigos si otorgan la paz que anhela?

Pablo calma sus ansias. Desde el misterio de Cristo posee un singular conocimiento de Filemón y conoce que no está ansioso por recuperar al fugitivo.

4. De Asia Menor ha llegado Tíquico, compañero suyo durante el tercer viaje apostólico (Hch 20,4); le trae noticias (Ef 1,15-16; Col 1,9). Solicito por los suyos, se servirá de él para escribirles. Será portador de cartas a los colosenses (Col 4,7-9) y a los efesios (Ef 6,21-22); éstas manifiestan la inmensidad de su gozo por intuir, gracias a la cárcel, «cuán grande y ancho, cuán alto y profundo es el amor de Cristo que desborda toda ciencia humana, y colma de la plenitud misma de Dios» (Ef 3,18-19). Ha comprendido mejor el misterio, el plan secreto, Cristo, escondido desde antiguo, revelado ahora por Dios a los creyentes (Col 1,26-27; 2,2); ha comprendido que todas las naciones comparten una misma herencia, participan de la misma promesa de Cristo (Ef 3,4-11), que Cristo lleva la historia a su punto culminante (Ef 1,10), que él es el primogénito de todo lo creado, y que en él todo tiene consistencia (Col 1,17-18). En estas cartas encontramos, además, junto con el gozo que le inunda por la cercana experiencia del misterio, consejos de vida cristiana coherentes con las luces recibidas; en ellos adquieren un singular relieve, por las confidencias de Onésimo, los que tienen pre-

sentes las relaciones entre amos y esclavos; recomienda a los esclavos acatar con lealtad las órdenes de sus amos, sean o no creyentes, como las del mismo Cristo; los esclavos deben ser tratados con consideración: todos tienen un amo en el cielo (Col 3,22 = 4,1; Ef 6,5-9).

Tíquico no volverá solo. Pablo prepara cartas. La carta a los efesios es impersonal; sólo menciona a Tíquico, su portador (Ef 6,21); parece una circular para las comunidades de Éfeso y su entorno: Laodicea, Hierápolis, Colosas (Col 4,13). La carta a los «creyentes de Colosas, hermanos fieles en Cristo» (Col 1,2), ya es otra cosa. Allí reside Filemón; para él tiene algo muy especial; se trata de una carta singular. La carta a los colosenses, la encabeza con Timoteo; ¿su secretario, quizás? Menciona a Epafras, preso con él (Flm 23), que fue quien evangelizó Colosas (Col 1,6-7). Les manda, como a Filemón (Flm 24), saludos de Marcos, Aristarco, Lucas y Demas (Col 4,10.14). Encarga que indiquen a Arquipo que desempeñe con esmero el ministerio que se le ha encomendado (Col 4,17); ¿será quizás el responsable de la iglesia que se reúne en casa de Filemón? (Flm 2). Escritas las cartas anteriores, prepara ahora la carta a Filemón.

5. Desde el misterio de Cristo, que tan bien se le ha iluminado en la prisión, sabe que Filemón es radicalmente fiel; indica que conoce la ejemplaridad de su vida, la fe y el amor que profesa a Jesús y a todos los creyentes (v.4-5). Con este elogio le prepara el ánimo para que acoja benigno el ruego que va a hacerle: «¡Ojalá que tu fe, compartida con nosotros, se vuelva eficaz, y llegues así a descubrir todo el bien que podemos hacer por Cristo!» (v.6), acogiendo comprensivo a Onésimo. A renglón seguido le confiesa que su afecto cristiano le ha proporcionado alegría y consuelo, cual bálsamo para el corazón de los creyentes (v.7).

Cree haber preparado los ánimos de Filemón; inicia ahora su intercesión. Renuncia a su autoridad de apóstol para acercarse al corazón del hermano (v.8-9). Onésimo es un hijo querido, engendrado entre cadenas (v.10); entre cadenas lo ha recuperado para su amo ganándolo para Cristo. Como conocedor de Onésimo, añade, jugando con el significado de su nombre, «en

otro tiempo te fue inútil; hoy, en cambio, se ha vuelto onésimo, útil, tanto para ti como para mí» (v.11). Gracias a Onésimo, Pablo ha conocido particularidades concretas en la vida de los esclavos; Filemón ganará mucho con la experiencia humana de Onésimo transformada por la fe en Cristo. «Te lo mando como si te enviase mi propio corazón» (v.12). No le dice lo que tiene que hacer; se conforma con darle a conocer sus deseos.

Pablo le ha manifestado su ruego; lo quiere completar; quiere que descubra el bien que puede hacer por Cristo. Le anuncia que Onésimo le iba a ser muy útil para la causa del Evangelio; le ilusionaba retenerle; haría las veces de su amo, y en él manifestaría cuánto aprecia a su amo, pero reconoce que no puede arrebatárselo (v.13-14). Manifiesta a continuación el sentido providencial de todo lo ocurrido: perdió a un esclavo para encontrar un hermano muy querido, como persona y como creyente (v.15-16). Refuerza su deseo aludiendo a su amistad (v.17). Él, Pablo, si fuere necesario, le resarcirá todas las pérdidas que acaso le hubiere ocasionado Onésimo con su huida; lo avala con su firma (v.18-19); con todo, también le recuerda que él le es deudor suyo (v.19); ¿acaso Filemón llegó a la fe gracias a Pablo? ¿Bautizado por Pablo? Una vez más le ruega que como creyente le haga el favor que le pide confortando su corazón en Cristo (v.20). «Te escribo en la confianza de que me escucharás. Incluso estoy seguro de que harás más de lo que te pido» (v.21).

Con los saludos de aquellos colaboradores que tan cercanos tiene ahora (v.23-24), tiene la confianza de decirle: «De paso, prepárame hospedaje, pues espero que vuestras oraciones consigan de Dios la gracia de que vuelva a visitaros» (v.22).

Nota: Estas palabras, que abrigan la esperanza de una pronta liberación, inducen a pensar que escribe desde Cesarea, en la costa mediterránea de Palestina; consecuentemente, allí tuvo que redactar las cartas a los efesios y a los colosenses. En Pentecostés del 58, un tumulto provocado por sus adversarios judíos hizo necesario su arresto (Hch 21,28.33). Trasladado a Cesarea (Hch 23,23), el gobernador Félix, que desde el año 52 en que inició su mandato acumulaba informaciones de primera mano acerca de la nueva doctrina

(Hch 24,22), no hizo mucho caso de las acusaciones; lo mantuvo en la cárcel, pero ordenando que le permitiesen cierta libertad y la asistencia de los suyos (Hch 24,23). Incluso, con frecuencia él, y su mujer la judía Drusila, conversaban con él acerca de la fe cristiana (Hch 24,24). La verdadera razón es que Félix esperaba recibir dinero para concederle la libertad; Pablo estuvo así dos años hasta que Félix terminó su mandato (Hch 24,26-27).

6. Pablo vuelve a leer la carta; lo ha hecho otras veces; quiere matizar, quiere llegar al corazón de Filemón; ahora puede decir *ya está*, no sobra ni falta nada. Y, mientras preparaba las cartas y el momento de remitirlas, sigue conversando con Onésimo; lo ve integrado al grupo de los hermanos. Sabe que quiere volver, que arde en deseos de volver a su amo para que su adhesión a Cristo sea verdadera; sin embargo, le ve también experimentar algo así como miedo a lo desconocido. Pablo le escucha; le comprende. Vivió también esa experiencia; sabe muy bien que no hay angustia capaz de arrebatarle el amor de Cristo (Rom 8,35), por eso, todo es basura con tal de ganar a Cristo (Flp 3,8). La inseguridad que vive Onésimo, lo sabe muy bien, le va a conducir a la infame sabiduría de la Cruz, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, pero poder y sabiduría de Dios para los que Dios ha llamado (1 Cor 1,22-24). En la inseguridad que impide abrazarse por completo a la Cruz de Cristo radica el origen de todas las infidelidades. Pablo le escucha, le comprende, pero nunca devaluará las exigencias de la Cruz; confía en que su ejemplo le sostenga en el necesario salto al vacío que le permitirá despertar en los brazos del Todopoderoso.

7. Llegó el día. Tíquico y Onésimo parten hacia los suyos. El abrazo de Pablo le deja un regusto que le conforta. No vale la pena detenerse en averiguar cuáles pudieron ser sus sentimientos mientras se acercaban a Colosas. Durante el viaje, conoce nuevas comunidades de hermanos; celebra con ellos la Cena del Señor. Le impresiona la liturgia sagrada; todos comparten una misma fe; viven compenetrados en un mismo sentir y pensar (Hch 4,32). Cristo «siendo de condición divina, se despojó de su rango; tomó la condición de siervo; obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz [...] Dios lo exaltó y le dio el nom-

bre sobre todo nombre, para que todos proclamen que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2,6-11).

Filemón sabe que regresa el fugitivo; sabe que estuvo con Pablo; lo acogerá como hermano, y como hermano le ayudará a cumplir la pena que determinen las leyes velando por el bien común...

La cercanía de su casa le inunda de sentimientos que le desbordan. Piensa en sus padres; en sus compañeros; pronto estará con ellos. Piensa en su amo; piensa en tantas cosas... Quiere que pase todo.

Entra en casa. Le acompaña Tíquico; se siente objeto de muchas miradas. De nuevo piensa en Pablo. Se halla ante su amo; se acerca temeroso: se siente hijo pródigo... Esperaba otra cosa; no importa; ya está con los suyos. Él también forma la iglesia que se reúne en la casa de Filemón.

Llega el primer día de la semana; se une a todos para comer la Cena del Señor, proclamando su muerte hasta que venga (1 Cor 11,20-26). Este día es especial; con ellos se halla Tíquico; dará a conocer la carta de Pablo antes de llevarla a Laodicea (Col 4,15-16). Preside Arquipo; le cede la palabra, y Tíquico lee:

«... Ya no hay fronteras de raza, religión, cultura o posición social, sino que Cristo es todo en todos. Sois elegidos de Dios; él os ha consagrado y os ha dado su amor. Sed, pues, profundamente compasivos, benignos, humildes, pacientes y comprensivos. Soportaos mutuamente, y, así como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros, si alguno tiene quejas contra otro. Y por encima de todo, practicad el amor, que es la cumbre de la perfección [...] En fin, cuanto hagáis o digáis, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,11-17).

Su corazón vibra; se siente uno más entre los suyos. Tíquico sigue leyendo: «De mi situación os informará Tíquico, el hermano querido y fiel compañero mío en el servicio cristiano. Os lo envió expresamente para que tengáis noticia de mis cosas y para que os anime». Tíquico hace una pausa intencionada, levanta los ojos y mira. «Con él va Onésimo, vuestro paisano, no menos fiel y querido». Un latigazo corta su respiración; se siente objeto de muchas miradas; intuye el afecto de una muy singular que le conmociona... «Ellos os informarán de todo cuanto sucede por aquí» (Col 4,7-9).

Tíquico ha terminado; Arquipo toma la palabra. Él, Onésimo, oye, hay algo que le embarga, que le domina. Le invitan a presentar la ofrenda eucarística. Le emociona el silencio religioso con el que todos acogen las palabras de bendición que recuerdan lo que hizo el Señor en la Última Cena. En su nueva vida, siempre le ha impresionado ese momento; hoy mucho más. Un solo corazón y una sola alma dirige al Padre la oración que Cristo enseñó. Anhela participar con los suyos del pan y del cáliz, pero antes, Arquipo les invita a darse el beso de la paz. Queda bloqueado; junto a él se ha colocado Filemón. Como autómata, se deja hacer; se siente un esclavo. Es incapaz de percibir más. ¡Qué importa lo que fue su vida! ¡Qué importan las penas que deba padecer a causa de su culpa! ¡Todo es nada comparado con lo que está viviendo!

8. Ciertamente, la carta a Filemón, las circunstancias de la misma, no dan más de sí para acercarnos a Onésimo. Habiendo encontrado a Cristo, se dejó arrastrar por él. La piedad cristiana querrá conocer muchas más cosas; querrá conocer cómo fue su vida posterior. Todo eso carece de importancia; más importante es contemplar cómo la gracia lo fue transformando; el dinamismo que él vivió lo hace ejemplar para muchos jóvenes que en los umbrales de la vida buscan y no encuentran.

La Iglesia le venera como santo; también a Filemón. Él, como Pablo, pudo exclamar al final de su carrera: «La gracia no se ha malogrado en mí [...] Sé de quién me he fiado [...] he luchado con valor, he corrido hasta llegar a la meta, he conservado la fe» (1 Cor 15,10; 2 Tim 1,12, 4,7). Las maravillas que la gracia obra en las personas, las maravillas que la gracia obra por medio de las personas que «nada anteponen al amor de Cristo» (*Regla benedictina*, 4,21) hacen posible exclamar también con el apóstol: «¡Qué profundidad de riqueza, de sabiduría y de ciencia la de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! Porque ¿quién conoce el pensamiento del Señor? ¿Quién fue jamás su consejero? [...] Él es el origen, camino y meta de todas las cosas. ¡A él sea gloria por siempre! Amén» (Rom 11,33-36).

SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIÈRE

Presbítero († 1682)

Lyón ha cumplido recientemente dos mil años. Con este motivo se ha recapitulado su historia religiosa, y se ha recordado el papel, tan decisivo en muchos aspectos, que le ha correspondido en la vida católica de Francia y aun de Europa entera.

Mediaba el siglo XVII cuando al colegio de la Santísima Trinidad que en Lyón tenían los padres jesuitas acudió un joven perteneciente a una familia muy cristiana radicada en Viena del Delfinado. Ya antes había sido alumno del colegio de jesuitas del Buen Socorro, en la misma Viena. Y había recibido cristianísima educación en su familia, a la que los anales de la Visitación llaman «familia de santos». Su misma madre, en el lecho de muerte, le había profetizado: «Hijo mío, tú tienes que ser un santo religioso».

Y, en efecto, en contacto con los jesuitas del colegio, Claudio de la Colombière sintió nacer en su alma la vocación religiosa. No sin repugnancia. Él mismo nos dirá más tarde, en sus apuntes de ejercicios, que sentía una grandísima aversión a la vida que iba a abrazar. Porque, añade, «los planes de Dios nunca se realizan sino a costa de grandes sacrificios». Pero no importaba el precio cuando se trataba de conseguir la realización de su ideal de santidad. Su fino instinto le había dicho que en la Compañía de Jesús podría llegar a santo. Y por eso se decidió a solicitar la admisión.

«He ingresado —escribía después— en la Compañía por el aprecio que siempre tuve a sus sabias reglas y por haber visto que los superiores sabían exigir de tal modo su observancia, que me persuadí sería cosa muy fácil en la Compañía santificarse uno mismo y ayudar con la palabra y el ejemplo a la santificación de los demás».

De esta manera fue como el 25 de octubre de 1658, a los dieciocho años de edad, Claudio entraba en el noviciado de Avignon. Eran días muy revueltos para la ciudad de los Papas. Como consecuencia de las disensiones entre el Beato Inocencio XI y Luis XIV, la ciudad se iba a ver invadida por las tropas francesas, ocupación que añadiría nuevas zozobras a las que ya producían la tensión existente entre los nobles y los plebeyos, y la actividad proselitista de los calvinistas. Pero todas estas cosas

antes le sirvieron a Claudio de estímulo para realizar con mayor perfección sus dos años de noviciado y sus estudios de filosofía, además de ejercitarse en el magisterio con los niños, alumnos externos, en el colegio de la misma ciudad.

Avignon, pacificada ya, celebró con gran solemnidad la canonización de San Francisco de Sales. El sermón que con esta ocasión pronunció el joven y fervoroso Claudio de la Colombière, le hizo destacarse de tal manera que fue destinado a estudiar teología en París, la gran ciudad formadora de santos. Allí le esperaba un cargo importante: el de regente de estudios de los dos hijos de Colbert, el célebre ministro del Tesoro de Luis XIV. Y le esperaba también una gran pena: había recogido en un cuaderno, junto a otras curiosidades literarias, un epigrama contra el ministro. Sin mala intención, puramente por el ingenio con que estaban redactados los versos. Pero le sorprendieron el cuaderno. El ministro se quejó amargamente al padre Provincial y exigió la destitución inmediata del preceptor y su alejamiento de París. Así fue destinado de nuevo a Lyón. Y en su antiguo colegio de la Santísima Trinidad trabajó, desde 1670 a 1674, como excelente maestro y, sobre todo, como acertado director de la congregación mariana.

Faltaba dar la última mano a su formación jesuítica. Por eso sus superiores le enviaron a hacer la tercera probación. Fue una época decisiva en su vida. En los ejercicios espirituales de mes, bajo el influjo de la gracia, en pleno fervor, hizo voto de guardar con exactitud todas las reglas y constituciones de la Compañía, después de haberlo cumplido algún tiempo por vía de ensayo. Sabemos cuáles fueron los motivos que le movieron a tan heroica resolución:

«Imponerme la ineludible necesidad de cumplir, en cuanto sea posible, todos los deberes de mi estado y ser fiel al Señor aun en las cosas más mínimas, romper de un golpe y para siempre las cadenas del amor propio, quitándole toda esperanza de ser alguna vez tenido en consideración, adquirir en poco tiempo los méritos de una vida larga, reparar las irregularidades pasadas, dar a Dios una prueba de gratitud por las infinitas gracias recibidas, y hacer de mi parte cuanto pueda para ser de Dios sin reserva alguna»

Tal espíritu debió demostrar el joven tercerón y tales dotes debieron de brillar en él que, sin terminar su tercera probación,

fue admitido a los votos solemnes, que hizo el 2 de febrero de 1675, y destinado como superior de la residencia y del colegio que funcionaban en Paray-le-Monial.

Allí, de la manera más impensada, iba a encontrar el joven jesuita su misión en la tierra.

Tiene hoy Paray-le-Monial muy poco más de seis mil habitantes. Algunos menos tenía cuando llegaba allí el Beato Claudio. Se trataba, por consiguiente, de una residencia relativamente tranquila, enmarcada en un ambiente provinciano, en el que no parecía fácil que se presentaran grandes complicaciones.

Y, sin embargo, las complicaciones le estaban esperando ya. En el monasterio de la Visitación había una religiosa que aseguraba haber tenido visiones y revelaciones, a través de las cuales se trataba de introducir una nueva devoción dirigida al Sagrado Corazón de Jesús. La religiosa estaba siendo juzgada de manera muy diversa, y no eran pocos quienes estimaban que todo aquello no pasaba de ser una ilusión, producida por su enfermiza sensibilidad. Dentro de los muros del monasterio existía una fuerte corriente de oposición, basada en las mismas constituciones de la orden de la Visitación. Y las personas de fuera que habían sido consultadas, parecían inclinarse casi unánimemente hacia esta misma solución negativa.

La religiosa, Margarita María de Alacoque, se encontraba, por consiguiente, en extrema aflicción. Pero había oído un día al Señor decirle: «Vive tranquila. Yo te enviaré a mi siervo fiel».

Y el siervo fiel llegó. El nuevo superior de los jesuitas se acercó al monasterio y dirigió una plática a la comunidad. Margarita María oyó una voz que le decía con toda claridad: «Es ése el que te he enviado». Y los acontecimientos lo confirmaron ampliamente.

«Bien pronto — escribe la Santa — me di cuenta de la verdad de tales palabras, puesto que en la primera confesión que hice con él durante las témporas, sin que nunca antes nos hubiésemos visto ni tratado, me habló como quien conocía perfectamente lo que me pasaba. Volví a los pocos días y, aunque entendía ser voluntad de Dios que le hablara, experimenté una muy extraña repugnancia cuando me llegó el turno de acercarme al confesionario. Le manifesté sencillamente lo que me sucedía, y me contestó que él estaba contento de poderme proporcionar oportunidad para ofrecer un sacrificio al Señor. Libre entonces de toda pena le abrí mi alma to-

talmente, tanto lo bueno como lo malo Fue grande mi consuelo cuando me aseguro que no tenia nada que temer por el espiritu que me guiaba, mientras no me desviara de la santa obediencia, y que estaba obligada a seguir sus impulsos hasta el sacrificio y la inmolacion»

La reacción que esta manera tan decisiva de comportarse del joven jesuita, recién salido de la tercera probación y apenas llegado a la residencia de Paray-le-Monial, tenía que producir, llegó en efecto No faltaron críticas ni juicios poco favorables. «El padre —nos dice la Santa— tuvo que sufrir mucho por causa mía. Decíase que yo pretendía engañarle con mis ilusiones. Pero él no se preocupaba de habladurías, y no dejó de ayudarme en el corto tiempo que estuvo en la ciudad, y siempre ha continuado ayudándome».

No todo fueron penas. Hubo también alegrías. Así, hubo un día en que el padre fue a celebrar misa a la Visitación, circunstancia que aprovechó el Señor para conceder al director y a la dirigida extraordinarios favores. En el momento en que Santa Margarita se acercaba a recibir la sagrada comunión vio el Sagrado Corazón de Jesús ardiendo en llamas, y dos corazones que se acercaban a Él, mientras oía: «De esta suerte mi amor une para siempre estos tres corazones». Fue aquel mismo día, pocos instantes después, cuando el Sagrado Corazón dio el encargo al padre Claudio de trabajar por dar a conocer sus riquezas y los beneficios de la devoción al mismo Corazón. Encargo que él recibió humildísimamente.

Los acontecimientos se sucedían con rapidez. El día de la octava de Corpus de aquel año, 1675, el Señor hacía la gran revelación de su amor y de la extraordinaria misión que quería confiar a la Compañía de Jesús Después de haber pedido una fiesta especial, en el día siguiente a la octava de Corpus, dedicada a su Corazón, prometió derramar con abundancia su amor sobre cuantos le dieran y procuraren que otros le tributasen honor. Y cuando la Santa, sintiéndose incapaz de cumplir tal encargo, puso alguna dificultad, el Sagrado Corazón le remitió de nuevo al padre la Colombière. El viernes después de la octava de Corpus, 21 de junio, fiel a esta invitación, Claudio de la Colombière se consagraba por entero al Corazón de Jesús.

No imaginemos, sin embargo, que todas las tareas del padre Claudio se reducían en Paray a la dirección de Santa Margarita. Había reorganizado, dándole nuevo empuje, la congregación mariana del colegio del que era rector, con gran fruto para toda la ciudad. Y, lo que era más importante, había fundado otra congregación mariana para nobles y profesionales, consiguiendo de esta manera agrupar a los caballeros católicos de la ciudad, permitiéndoles actuar conjuntamente y oponerse al influjo de los protestantes, que hasta entonces habían venido prevaleciendo.

Y cuando todo marchaba viento en popa, he aquí que la divina Providencia le obliga, por medio de la obediencia, a dejar el confesionario de la Visitación, el cuidado del colegio y de las congregaciones, y a marchar muy lejos: a Londres. Por recomendación del padre Lachase, confesor de Luis XIV, iba a desempeñar el cargo de capellán de María Beatriz de Este.

Sabido es que esta piadosa señora, hija del duque de Módena, había prescindido de sus deseos de ir a un convento, por consejo del papa Clemente X, que le aconsejó más bien que aceptara ser esposa del duque de York, entonces católico, y futuro rey de Inglaterra con el nombre de Jacobo II. Se había concedido a la duquesa el libre ejercicio y práctica de la religión católica, con derecho a tener una capilla en su palacio, y el correspondiente capellán. Pero el padre Saint-Germain, que venía ejerciendo este oficio, fue acusado de proselitismo religioso y expulsado de Inglaterra. El padre de la Colombière iba a ser su sucesor.

Y, en efecto, después de haber pasado por París, salió a fines de septiembre para Londres, a donde llegó el 13 de octubre. Su vida en el palacio fue ejemplar en todo: en su oración y en su mortificación; en su aislamiento del torbellino de la corte, pues vivió, según él mismo decía, «como si estuviese en un desierto». Jamás subió a la terraza para contemplar el espléndido panorama que desde el palacio se divisaba, ni tuvo interés por visitar ninguno de los monumentos de la gran ciudad. Su único interés era propagar la devoción a la Sagrada Eucaristía y al Corazón de Jesús:

«Lleno de compasión por estos ciegos que no quieren rendirse a creer tan grande e inefable misterio, daría gustoso mi sangre para convencerlos de esta verdad que creo y profeso. En este país en que se hace gala de negar la presencia real en el augusto sacramen-

to, experimento inmenso consuelo al repetir con frecuencia actos de fe en la realidad de vuestro cuerpo adorable bajo las especies del pan divino».

Trabajó con celo. Predicando en público, en la capilla del palacio con sermones exquisitamente preparados. Y con la dirección espiritual y la administración del sacramento de la penitencia. Muchas almas de la aristocracia de Londres, movidas por su ejemplo, se orientaron hacia una vida de mayor perfección. Envió a algunas a conventos de Francia y otras las reunió en Londres, cerca de la iglesia de San Pedro, en una especie de vida religiosa, sin apariencias exteriores, pero con una intensa vida interior.

Era demasiado para lo que el ambiente consentía. La persecución tenía que llegar. Y llegó por un conducto rastrero y vil. Un sacerdote francés, Verio de Fiquet, refugiado en Inglaterra por ciertos delitos que había cometido, recurrió al santo para que le socorriera. Así lo hizo durante algún tiempo, pero, cuando el desdichado sacerdote mostró de nuevo la bajeza de sus inclinaciones, se vio obligado a despedirle. Juró venganza el apóstata, y para lograrla acusó a su bienhechor ante los jueces de haber tomado parte en la célebre conspiración amañada por Tito Oates. Bajo el peso de tal acusación el 24 de noviembre de 1678 era detenido y conducido a la cárcel.

Dos días después comparecía ante los jueces. Nada se le pudo probar en relación con la falsa conjuración. Pero le condenaron por proselitismo religioso, por haber convertido a súbditos ingleses, haber recibido abjuraciones y fundado un convento en Londres. Sabida es la crueldad con que los ingleses trataban a los católicos. Algo le tocó conocer de la misma al santo sacerdote: devuelto a la cárcel, fue encerrado en un calabozo tan lóbrego, tan mal acondicionado y con tan deficiente alimentación, que al poco tiempo el prisionero comenzó a echar sangre, y se temió por su vida. Una intervención de Luis XIV se la salvó y pudo regresar a Francia en 1679, después de haber pasado diez días en el palacio restableciéndose lo imprescindible para poder efectuar el viaje.

El jesuita que llegaba, en enero de 1679, a París era otro enteramente que el que poco más de dos años antes había partido hacia Londres. Completamente extenuado, deshecho por la fie-

bre, fue devuelto primero, durante diez días, a Paray-le-Monial y después, durante unos meses, a su pueblo natal, Saint Symphorien d'Ozon. Al llegar el otoño volvió destinado al colegio de la Santísima Trinidad de Lyon en el que había pasado su adolescencia, y donde había recibido la gracia insigne de la vocación religiosa. Iba como director espiritual de los filósofos jesuitas. Allí pudo desplegar, por consiguiente, con toda libertad su fervor y su entusiasmo por la devoción al Corazón de Jesús. Entre los jóvenes religiosos que le escuchaban se encontraba uno, el padre José de Gallifet, nombre célebre en los anales de esa devoción, pues tanto hizo con sus escritos por propagarla y defenderla contra mil ataques e incomprensiones.

Días de inmenso consuelo espiritual, pero de tremendo desgaste corporal. El santo sacerdote veía que de un momento a otro iba a quedar reducido a absoluta inercia, pues la enfermedad avanzaba implacable. Dios dio a entender a Santa Margarita María que no entraba en sus planes que el padre la Colombière recobrara su salud.

«Según las miras humanas —escribe la Santa— parece que su salud es de mayor gloria de Dios; mas los sufrimientos le dan una gloria mucho mayor... puesto que el Señor tiene gusto en dar un realce inestimable a sus padecimientos, uniéndolos a los que Él sufrió, para difundirlos después como rocío celestial sobre las semillas que Él esparció en tantos lugares, y hacerlas crecer y desarrollarse en su santo amor».

Así era, en efecto. El invierno de 1681 fue durísimo para el enfermo, a pesar de que ya desde agosto los superiores habían dispuesto que se trasladara desde Lyon a Paray, donde el clima le había de resultar más benigno. Así pareció al principio, durante el otoño, pero el invierno le fue, como decimos, muy duro: «Le he visto dos veces —escribe Santa Margarita— y apenas puede hablar. Tal vez Dios lo permita así a fin de que tenga más tiempo para hablar a su gusto con el Corazón Divino».

Parecía necesario tomar una decisión. Su hermano, el canónigo Floris de la Colombière, arcediano de la catedral de Viena, en el Delfinado, logró permiso de sus superiores para tenerle como huésped en su casa. El 23 de enero de 1682 estaba todo dispuesto para el viaje. Cuando he aquí que llega una señorita con un encargo de parte de Santa Margarita. La Santa rogaba al padre que,

si no era contrario a la obediencia, se quedara en Paray «porque el Señor me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de su vida».

El superior de la casa fue de la misma opinión, y negó su permiso para el viaje. Sólo quedaban unos días de vida al santo enfermo. El sacrificio total de la vida no iba a tardar en llegar. En efecto, sus condiciones de salud fueron agravándose de día en día. Y el 15 de febrero de aquel mismo año 1682 Claudio de la Colombière entregaba su alma a Dios. Contaba sólo cuarenta y un años y trece días de edad.

Quedaba sobre la tierra, confortada por su santa muerte, Santa Margarita María. Unas horas después de los funerales decía llena de confianza a una señorita amiga: «Deje ya de afligirse; invóquelo con toda confianza porque él puede socorrernos».

Fue beatificado por el papa Pío XI en 1929 y canonizado por Juan Pablo II el 31 de mayo de 1992.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

- Biografías del P. Claudio de la Colombière de P. CHARRIER y E. SEGUIN.
 Art. en *Dict. Spir.*, II col. 939s.
 MONIER VINARD, H., *Bx. Claude. Notes spirituelles et pages choisies* (Paris 1929).
 PHILIP, M., *A Jesuit at the English Court. The life of the Venerable Claude de la Colombière* (Londres 1922).
 POURRAT, P., *La spiritualité chrétienne* (Paris 1947).
 YEO, M., *These Three Hearts* (1940).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN WALFRIDO

Abad († 765)

Pertenecía a la familia Gherardesca, una de las principales de Pisa, ciudad en que nació a finales del s. VII. Llegado a la juventud casó con la joven Tesia, igualmente de buena familia, y tuvo con ella cinco hijos varones y una hija. Componían ambos un matrimonio piadoso, bien avenido y de excelentes costumbres, que se esforzaba por vivir en todas las cosas en concordancia con la voluntad de Dios.

Madurando en el deseo de ser cristianos perfectos, llegaron ambos a la conclusión de que su mejor camino, una vez criados

sus hijos, sería el pasar de la vida matrimonial a la vida monacal. Y ambos decidieron hacerse monjes.

Para llevar a cabo su propósito fundaron sendos monasterios, uno para hombres y otro, a una cierta distancia del primero, para mujeres, ambos en las cercanías de Palazzuolo, en un paraje llamado Monte Verde. En el masculino ingresaron Walfrido y su hijo, y en el femenino Tesia y su hija.

En este doble monasterio ambos llevaron vida religiosa ejemplar, distinguiéndose Walfrido no solamente por sus virtudes personales sino también por la buena dirección que supo imprimir a su monasterio, del que había sido elegido abad. Su vida la escribió el monje Andrés, hijo de Gundualdo, uno de los amigos con los que Walfrido dio comienzo a la fundación.

SAN SIGFRIDO

Obispo († 1045)

Sigfrido era un presbítero de York y se dice que también monje, a quien el rey Etelberto envió, con la cualidad de obispo misionero, al rey Olav Tryggvason de Noruega. De ahí pasó a la evangelización de Suecia y se dice que el año 1008 bautizó al rey Olav Kotkonung.

Junto con otros misioneros levantó una iglesia en Vädjö, de la que hizo su sede, y desde allí prosiguió la evangelización de otros sitios y el establecimiento de numerosas comunidades cristianas. Pasó también a Dinamarca donde prosiguió su labor, acompañándole en vida la fama de milagros.

Murió en Vädjö el 15 de febrero del año 1045, al parecer. Se ha venido diciendo que lo canonizó en 1158 el papa inglés Adriano IV, que también había estado de misionero en los países nórdicos.

BEATO ÁNGEL DE BORGO SAN SEPOLCRO

Presbítero († 1306)

Nace en Borgo San Sepolcro en la primera mitad del s. XIII, en el seno de la familia Scarpetti. Ingresa en los Ermitaños de San Agustín el año 1254.

Fue enviado a Inglaterra para tratar de difundir allí su Orden, lo que logró con la fundación de varios conventos. Vuelto a Italia, trabajó apostólicamente entre la gente más pobre de varias ciudades, logrando establecer nuevos conventos de su Orden. Fue un religioso humilde y pacífico, a quien el pueblo a su muerte lo tuvo enseguida por santo. Murió en el mismo pueblo en que había nacido, el 15 de febrero del año 1306. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Benedicto XV el 27 de julio de 1921.

16 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Campania, Santa Juliana, virgen y mártir (fecha incierta).
2. En Cesarea de Palestina, los santos Elías, Jeremías, Isaías, Samuel y Daniel y otros más: Pánfilo, Valente, Pablo, Porfirio, Seleuco, Teódulo y Julián († 309), mártires *.
3. En Martirópolis (Persia), San Marutas († ca.420), obispo *.
4. En Borgo San Pietro (Italia), Beata Felipa Mareri († 1236), virgen, monja clarisa *.
5. En Perugia (Umbría), Beato Nicolás de Paglia († 1256), presbítero, religioso dominico *.
6. En Turín, Beato José Allamano († 1926), presbítero, fundador de los Misioneros y Misioneras de la Consolata **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO JOSÉ ALLAMANO

Presbítero († 1926)

En una diócesis cuna de santos, y en una familia y ambiente que de cerca habían contemplado y contemplaban destellos de santidad, nació el 21 de enero de 1851 José Allamano, hijo de José y de Mariana, hermana de San José Cafasso (1811-1860). Vino al mundo en el mismo pueblo donde viera la primera luz San Juan Bosco en 1815, Castelnuovo d'Asti (que hoy lleva el

nombre de Castelnuovo Don Bosco). Fue el cuarto de cinco hijos en una familia de campesinos. A los tres años quedó huérfano de padre, que murió repentinamente cuando la madre esperaba el quinto hijo. Ésta fue la primera educadora de su hijo en la fe y en la piedad cristianas. Su maestra en los estudios primarios, en Castelnuovo, fue Benedetta Savio, que contribuyó en gran medida a la educación cristiana del niño. Le influyó grandemente también el ejemplo y el celo pastoral de su tío, San José Cafasso, el gran apóstol de Turín, «perla del clero italiano».

Cursó estudios secundarios con un hermano suyo, a partir de 1862, en Valdocco, en el colegio de San Francisco de Sales, fundado por Don Bosco. Este santo educador y fundador de los salesianos fue su confesor y maestro en el camino del espíritu, y lo invitó, después de los estudios de secundaria, a ingresar en el Instituto que estaba formando. Pero José optó por el ministerio en la diócesis, y así, en 1866, entró en el seminario metropolitano de Turín.

Aquí cimentó, con la dedicación al estudio y a la vida espiritual, su personalidad sacerdotal. En sus años de Seminario, ya sintió cómo apuntaba su vocación misionera. Hasta pensó en hacerse misionero. Esta primera llamada se hizo más potente al escuchar a un misionero en Etiopía, Guillermo Massaia, quien pasó por el Seminario de Turín y descubrió a los futuros sacerdotes la perspectiva de la misión *ad gentes*. Fue éste el inicio serio de la llamada a la misión del futuro fundador. Por otra parte, el ejemplo de San José Cafasso, gran maestro de los sacerdotes y seminaristas de Turín, consolidó y potenció la vocación de su sobrino. Tanto se esforzó el joven Allamano en su dedicación al estudio y a la piedad que su salud se resquebrajó. Esta endeblez ya lo acompañaría toda la vida, poniéndole en más de una ocasión al borde de la muerte. Eran, por otra parte, aquéllos unos años difíciles para la sociedad y para la Iglesia pues se estaba forjando, desde Turín, la unidad de Italia en torno a los reyes del Piamonte, de la casa de Saboya.

El 20 de septiembre de 1873 José Allamano recibió la ordenación sacerdotal. El arzobispo le confió el primer cargo nombrándole prefecto de los estudiantes de teología del Seminario. Completó sus estudios teológicos en 1874 con el doctorado. Se

impuso luego una pausa en su actividad, a causa de su delicada salud; tiempo en que el joven sacerdote ayudó en el trabajo pastoral a varias parroquias. En 1876 fue nombrado director espiritual del Seminario, cargo que simultaneó con el de profesor de Teología en la Facultad que el arzobispo había erigido algunos años antes.

El 2 de octubre de 1880, a los 29 años, el arzobispo le confió el cuidado y dirección del Santuario más célebre de la ciudad y más querido de los torineses: la Consolata. Junto al venerable icono de la Madre, Consoladora de los afligidos, José Allamano desarrollará una vasta labor de rejuvenecimiento de la Iglesia de Turín, restaurando la casa material de Nuestra Señora, con la aportación de su patrimonio privado y las ofrendas de la nobleza y burguesía torineses que consideraban a este canónigo de la metropolitana su consejero y oráculo. Desde el santuario de la Consolata, renovó con su ímpetu apostólico la vida cristiana de los fieles y su devoción mariana, mientras abría la diócesis a nuevos horizontes más allá de sus fronteras.

Junto al santuario de la Consolata se levantaba el convictorio sacerdotal, años atrás dirigido por su tío San José Cafasso, para la formación más intensa de los jóvenes sacerdotes. Entonces estaba cerrado a causa de los enfrentamientos y perturbaciones que había sufrido por cuestiones de raíz jansenista. El celoso custodio del santuario lo volvió a abrir, con permiso del arzobispo. Así continuó la obra de su tío, a quien se parecía hasta en lo físico y cuyo espíritu de fortaleza y dulzura compartía en el servicio de la Iglesia contribuyendo poderosamente a elevar el nivel pastoral y espiritual de sus hermanos sacerdotes.

El ideal de la santidad sacerdotal brilló y ardió siempre en la mente y el corazón del bienaventurado modelo y maestro de sacerdotes. Así lo predicó Juan Pablo II en la homilía de su beatificación: «No ahorró esfuerzos para que innumerables grupos de sacerdotes fueran plenamente conscientes del don de su vocación y de la altura de su misión. Él mismo dio ejemplo uniendo su compromiso de santidad con la atención a las necesidades espirituales y sociales de su tiempo». Había arraigado en él la profunda convicción de que «el sacerdote es ante todo el hombre de la caridad», «destinado a hacer el mayor bien posible», a

santificar a los demás «con el ejemplo y la palabra», con la santidad y la ciencia. La caridad pastoral —afirmaba— exige que el presbítero «arda en celo por la salvación de los hermanos, sin poner reservas o tardanzas en la donación de sí mismo».

«Atento a las necesidades de su tiempo —dice también el papa en el Breve de beatificación— emprendió diversos proyectos pastorales para ayudar a la acción social de la Iglesia, a la edición de prensa católica y a la creación de asociaciones obreras; estimuló sobre todo a los fieles cristianos para que cooperaran en la obra de la Redención junto con la Virgen Madre de Dios».

Fundó una revista para la promoción del culto mariano.

Desde 1885 ardía en su espíritu la idea de formar un seminario misionero para formación de sacerdotes y laicos para las misiones extranjeras. «No habiendo podido yo mismo ser misionero, a causa de mi delicada salud, me he propuesto ayudar a todos aquellos que tengan esta vocación». En 1891 empieza gestiones para realizar su gran proyecto misionero. Lo llevará adelante con el apoyo de su compañero de seminario, entonces arzobispo de Turín, el cardenal Agustín Richelmy, y después de superar una enfermedad que lo lleva a las puertas de la muerte. Proyectaba una institución regional de sacerdotes dedicados únicamente a las misiones, que atenderían unidos en un determinado lugar, dependiendo de los propios superiores. Preveía que los sacerdotes seculares, con vocación misionera, después de una prueba y preparación suficientes en Turín se comprometieran a ir a Misiones por cinco años, tras emitir los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Era un proyecto realmente innovador por el que tuvo que luchar, dada la incompreensión, por parte de la jerarquía piemontesa, en los primeros momentos. Allamano va convenciendo a los obispos de que una Iglesia sin misiones está muerta, que las diócesis no se empobrecen sino que se enriquecen enviando jóvenes sacerdotes y misioneros a predicar el Evangelio más allá de sus fronteras. Creía que la comunidad diocesana debía abrir sus oídos al mandato del Señor: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la humanidad» (Mc 16,15).

Un año después de su milagrosa curación, el 29 de enero de 1901, obtuvo finalmente la aprobación del cardenal arzobispo para su obra de fundación misionera. Escribió entonces

en la revista de su santuario estas palabras: «El culto de la Consolata no será solamente contemplativo, sino activo», expresión que encerraba y dejaba entrever la dimensión apostólica, misionera, *ad gentes*, que la advocación mariana adquiriría a partir de la fundación de los misioneros de la Consolata. La que era «consoladora de los afligidos» sería la madre de una nueva comunidad misionera, como lo había sido de la comunidad apostólica en el primer Pentecostés. A María dedica y confía el rector de la Consolata su obra: no le gusta que le llamen fundador; replica:

«La fundadora es la “Madonna”, yo soy el “fundidor”, la fundadora es la Consolata. Yo sólo hago fundir las ofrendas de los bienhechores».

El fundador Allamano, elegido y siempre confirmado superior general de su Instituto, se ocupará hasta su muerte de la formación espiritual e integral de sus misioneros.

Al año siguiente de la aprobación, el 8 de mayo, partieron los primeros cuatro misioneros de la Consolata hacia Kenia: dos sacerdotes y dos cooperadores laicos, todos muy jóvenes, de alrededor de 20 años de edad.

En 1905 la congregación romana *De Propaganda Fide* confió las misiones de aquel país africano a los misioneros de la Consolata. En 1909 quedaba erigido el vicariato apostólico de Kenia y el Instituto de la Consolata recibía el «decretum laudis».

Comprendió muy bien el bienaventurado fundador que la presencia de la mujer era necesaria en la obra misionera, para estimular la promoción integral de la mujer, para la fundación de nuevas Iglesias. Primeramente se sirvió de las religiosas vicentinas de San José Cottolengo. En abril de 1903 partieron ocho misioneras vicentinas para Kenia. Pero el mismo San Pío X le animó a fundar sus propias misioneras durante una audiencia que le concedió en 1909. El 29 de enero del año siguiente el Beato Allamano fundó las Misioneras de la Consolata. En noviembre de 1912 las primeras quince misioneras de esta Congregación llegaron a Kenia.

La labor de los misioneros de la Consolata llegaba a otros países. En 1916 el P. Barlassina entró en Etiopía, en 1919 los cuatro primeros misioneros de la Consolata llegaban a Tanza-

nia; en 1924, misioneros y misioneras del Beato José Allamano entran en Somalia; en 1925, otros ocho misioneros empiezan a evangelizar en la gran isla de Mozambique.

Tal expansión misionera se lleva a cabo siguiendo el «método Consolata» —como gustaba de llamarlo Pío X—, que es el que trata —son palabras del Beato Allamano— de «hacer de los indígenas hombres laboriosos para poderlos hacer cristianos; hay que mostrarles los beneficios de la civilización para atraerlos al amor de la fe. Amarán aquella religión que, además de las promesas de la vida eterna, los haga más felices sobre esta tierra». Por eso Juan Pablo II, al dirigirse a los misioneros de la Consolata en el centenario de su fundación, les decía que tenían el carisma peculiar de unir a la evangelización un esfuerzo concreto de promoción humana, privilegiando la atención a los más pobres y marginados.

José Allamano, en efecto, dejó como diez mandamientos a sus misioneros:

«Elevaos sobre las ideas estrechas que predominan en el ambiente; amad una religión que ofrece la promesa de la otra vida y os hace felices en esta tierra; escoged la mansedumbre como vía de transformación; apuntad hacia la transformación del ambiente, no sólo de los hombres; sed fuertes, viriles, enérgicos en el apostolado; sed como conchas y no canales respecto a los dones espirituales, canales y no conchas respecto a los dones materiales; haced bien el bien y sin ruido; buscad sólo a Dios y su voluntad; poned la santidad en primer lugar; nunca digáis: no me toca a mí».

No quería que sus misioneros se portasen como colonizadores; quería que asumiesen la óptica, la lengua, de los pueblos a los que eran enviados; que atendieran a las necesidades de estas gentes; que buscasen el contacto personal; que elevaran el ambiente y que luego evangelizaran explícitamente: único objetivo y fin específico de la obra misionera.

El «espíritu» que reclamaba a sus hijos era de fe, de caridad, de sacrificio, de humildad, de familia, de obediencia y unidad de objetivos e intereses.

«Os quiero santos, luego misioneros», repetía también. Por eso inculcaba a los suyos el espíritu de oración, para que reconocieran que el éxito de sus fatigas dependía únicamente de Dios.

Lo que predicaba a sus misioneros, lo había asumido él y lo practicaba como norma de vida.

«Los fundamentos de su vida espiritual —dice Juan Pablo II en el Breve de la beatificación—, la que él vivió y enseñó, eran éstos: la búsqueda constante de la voluntad de Dios y únicamente de su gloria, el culto a Dios presente, el amor a la palabra de Dios y a la liturgia, la adoración de la Eucaristía y la piedad mariana, el deseo ardiente de la salvación de las almas».

En 1923, ya en el ocaso de su vida consumida como sacerdote diocesano al servicio de su Iglesia particular, con proyección auténticamente católica y universal hacia la misión *ad gentes*, recibió de la mano de Dios y de su Madre, Consoladora de sus hijos en cualquier circunstancia de la vida, tres dones que alegraron su corazón sacerdotal y misionero: la congregación *De Propaganda Fide* aprobó las constituciones del Instituto de la Consolata, el 20 de septiembre celebró el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal con el gozo de recibir una carta autógrafa de Pío XI, asistió a la beatificación de su tío José Cafasso, tan unido a él no sólo por vínculos de carne y sangre, sino por el seguimiento de su labor pastoral sobre todo en pro de sus hermanos sacerdotes. El sobrino había promovido con celo la causa de canonización de su venerado tío.

Su débil salud volvió a resentirse en 1925. El 16 de febrero del año siguiente, el siervo bueno y fiel entró en el gozo de su Señor (Mt 25,21.23). La ciudad de Turín se conmovió ante el anuncio de la muerte del celoso padre y pastor. Una multitud de fieles veneró ya sus restos mortales, que aguardan la resurrección en la casa madre de la Consolata. Pero el Beato José Allamano no moría solo: era el grano sembrado en tierra, en su misma tierra de Turín, que daría fruto (Jn 12,24) para la Iglesia de Cristo en su avance entre las gentes, para que a todos llegara el mensaje salvador. Él había sido fiel a la voz de su Maestro que lo escogió y le confió la misión de ir y dar fruto, un fruto que duraría siempre (Jn 15,16).

Al ir afianzándose su fama de santo, el arzobispo de Turín abrió en 1944 el proceso ordinario en orden al reconocimiento eclesial de la santidad del siervo de Dios, proceso que terminó en 1961. El papa Juan Pablo II lo declaró «venerable» en 1989 al reconocer sus virtudes teológicas y cardinales en grado heroico.

El decreto de aprobación del milagro fue firmado el 10 de julio de 1990 y el 7 de octubre del mismo año Juan Pablo II celebró su solemne beatificación en la plaza de San Pedro del Vaticano, ante una multitud de conciudadanos del nuevo beato, de misioneros y misioneras de la Consolata y de fieles de tierras lejanas, llamados al Evangelio por la solicitud misionera del fundador de la Consolata.

Efectivamente. La obra del Beato Allamano, desde hace ya más de cien años, no ha dejado de dar fruto en la extensión y edificación de la Iglesia de Cristo. Nacida en un ambiente regional, el Instituto de la Consolata se ha ido afianzando como Congregación que ha arraigado en diversos países y ha evangelizado a muchos pueblos a lo largo y ancho de la geografía mundial. A partir de Kenia, las misiones de la Consolata se han extendido por Uganda, Tanzania, Etiopía, Mozambique, Sudáfrica, Congo y Costa de Marfil. En América Latina, Brasil, Colombia, Ecuador, Argentina y Venezuela se han beneficiado de su celo evangelizador. Corea, en Asia, también cuenta con misioneros de la Consolata. En Canadá y en los Estados Unidos de América, los misioneros del Beato Allamano despiertan sensibilidad misionera en aquellas Iglesias particulares. En Europa, los misioneros de la Consolata están presentes en Italia, en España (desde 1955), Gran Bretaña, Portugal y Suiza. La inculturación del mensaje cristiano y su «africanización» son empeño de los misioneros de la Consolata desde sus inicios. En América Latina atienden a los grupos étnicos más marginados: los indígenas, los afroamericanos y los suburbios de las grandes ciudades. En Europa y América del Norte su campo de acción son la animación misionera y vocacional y el trabajo con inmigrantes. En todas partes, quieren ser fieles a su «método Consolata»: sin dignidad humana no hay fe; la evangelización debe liberar, dignificar y salvar al hombre. Fue la gran intuición del Beato José Allamano, la nota de su carisma evangelizador, el gran mérito y ejemplo del sacerdote diocesano de Turín con ansias de misionero *para todas las gentes*, fiel al mandato que el Señor Resucitado *para sus apóstoles* (Mc 16,15). Por su ministerio y celo, la consolación y el gozo de la dignidad humana y de la fe, que simboliza y encarna Nuestra Señora, la «Consolata»,

han llegado a una multitud de hijos de Dios dispersos por el mundo.

PERE LLABRÉS

Bibliografía

- AAS 83 (1991) 645-647.
 AGASSO, D., *Giuseppe Allamano Fare bene il bene* (Borgo San Dalmazzo 1990), ed. castellana: *Hacer bien el bien: José Allamano* (Madrid 1991).
 BARSOTTI, D., *Primauté de la sainteté: profil spirituel de Joseph Allamano, fondateur des Missionnaires de la Consolata* (Montréal 1980).
 BERTOLOTTI, A. M., «José Allamano», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1220-1222.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma ²1992) cols.39-40
 BONA, C., *La missione nel cuore* (Roma 1990).
 CASTRO, L. A., *Padre y maestro de misioneros* (Turín 1986).
 COTTI, M. M., *Giuseppe Allamano: la grande aventure* (Montréal 1990)
 — *Joseph Allamano: the great adventure* (Toronto 1991).
 PALACIO, A., *Beato José Allamano*, en *Nuevo Año cristiano. Febrero* (Madrid 2001) 246-254.
 PARE, J., *Naître la mission: la vie de Joseph Allamano, fondateur des Missionnaires de la Consolata* (Montréal 1991).
 PASQUALETTI, G., *Missionario per il mondo nella chiesa locale* (Turín 1976).
 SALES, L., *Il Canonico Giuseppe Allamano fondatore dei Missionari e delle Missionarie della Consolata* (Turín 1936).
 — *Compendio della vita del servo di Dio Giuseppe Allamano* (Turín 1945).
 TUBALDO, I., *Giuseppe Allamano. Il suo tempo, la sua vita, la sua opera*, 4 vols. (Turín 1982).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ELÍAS Y COMPAÑEROS

Mártires († 309)

El 16 de febrero del año 309 fueron torturados horriblemente y decapitados luego en Cesarea de Palestina cinco cristianos egipcios que volvían de visitar en las minas de Cilicia a los cristianos condenados a trabajo forzado en ellas.

Arrestados y llevados ante el gobernador Firmiliano, confesaron abiertamente su condición de cristianos y dijeron ser su patria Jerusalén, es decir, la Jerusalén celestial, verdadera patria de los creyentes en Cristo. No hubo modo de que apostataran; permanecieron firmes en la fe y alcanzaron la corona del martirio.

Cuenta su martirio Eusebio de Cesarea que estuvo presente.

SAN MARUTAS

Obispo († ca.420)

Marutas era obispo de Maiferkhat (Siria) en la frontera con el reino de Persia, donde hubo en el s. IV terribles persecuciones contra el cristianismo por mano del rey Sapor. Cuando subió al trono persa el año 399 el rey Yezdigerdo, Marutas comprobó que era un hombre de talante pacífico y tolerante y acudió a Constantinopla para pedir al emperador que procurara utilizar su influencia con el nuevo rey a fin de conseguir libertad para el cristianismo. Pero el emperador Arcadio, metido en los problemas con la destitución de San Juan Crisóstomo, apenas hizo caso del obispo sirio. Pero San Juan Crisóstomo, que en el exilio supo la estancia de Marutas en Constantinopla, pidió a su confidente y amiga, la santa diaconisa Olimpiades, que visitara al obispo y se informara de la situación religiosa persa.

Marutas se decidió a ir personalmente a la corte persa y abordar al rey, sirviéndole sus conocimientos de medicina que puso a disposición de la salud del rey, que mejoró. Naturalmente los sacerdotes de Zoroastro intentaron y lograron impedir que el rey fuera a convertirse al cristianismo, pero Marutas logró licencia para reunir el concilio de Seleucia, restaurar las destruidas iglesias del reino y hacerse con las reliquias de muchos mártires, en cuyo honor compuso himnos, y se las llevó a su propia ciudad episcopal que fue llamada Martirópolis.

La persecución volvería a la muerte de aquel rey, pero Marutas había muerto piadosamente antes que el monarca, fallecido en 420, calculándose que precedió al rey en cuatro o cinco años. Su memoria se celebra el 16 de febrero.

BEATA FELIPA MARERI

Virgen († 1236)

Era natural de Cicoli, junto a Rieti, donde nace a finales del s. XII hija del señor de Mareri.

Era muy joven cuando San Francisco de Asís se hospedó en su castillo y lo oyó predicar, quedando decidida a consagrar su virginidad a Jesucristo y renunciar a las cosas del mundo.

Era una joven instruida y se dice que sabía hablar perfectamente en latín.

Su padre le ofrece un ventajoso matrimonio, pero ella responde que se quiere consagrar a Cristo, a lo que su padre y su hermano se niegan. Ella se corta el cabello, se pone un hábito burdo y huye de su casa a una montaña para llevar vida de ermitaña junto con unas amigas que tenían sus mismos ideales. Esto conmueve a su hermano, que la busca, le ofrece un viejo convento de su propiedad, se lo acondiciona y puede establecerse allí el grupo de amigas como una comunidad religiosa. Recordando a San Francisco, elige la regla de las clarisas.

Felipa vive en la más evangélica pobreza y sigue con perfección todas las normas de la vida religiosa hasta su santa muerte ocurrida el 16 de febrero de 1236. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío VII el 30 de abril de 1806.

BEATO NICOLÁS DE PAGLIA

Presbítero († 1256)

Nació en Giovinazzo a finales del s. XII. Estando estudiando en la universidad de Bolonia oyó predicar a Santo Domingo de Guzmán y fue tanta la impresión que le causaron sus palabras que decidió dejarlo todo e ingresar en la Orden de Predicadores, en la que fue aceptado por el santo. Dedicó sus bienes a la fundación de conventos de la Orden.

Domingo apreció en Nicolás una inocencia y un candor admirables y decidió tenerlo como compañero en sus predicaciones. De esta forma se hizo un verdadero discípulo del santo, de cuyo espíritu se empapó.

Nombrado provincial en 1230, sobresalió por el éxito en reclutar nuevas vocaciones a la Orden, siendo muy fiel al espíritu primitivo de celo apostólico y vida sencilla. En 1255 otra vez fue nombrado provincial pero murió el 14 de febrero del año 1256 en Perusa. Su culto inmemorial fue confirmado el 24 de agosto de 1771.

17 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los siete santos fundadores de la Orden de los Siervos de María, a saber: Bonfilio, Bartolomé, Juan, Benito, Gerardino, Ricóvero y Alejo, el cual fue el que pasó al Padre tal día como hoy del año 1310 **.

2. En Amasea del Ponto, San Teodoro († 306), mártir.

3. En Tréveris, San Bonoso († 373), obispo, ardiente defensor de la fe contra los arrianos.

4. En Armenia, San Mesrop († 440), monje y escritor insigne, que tradujo al armenio las Sagradas Escrituras *.

5. La conmemoración de San Flaviano († 449), obispo de Constantinopla, defensor de la ortodoxia, por lo que padeció destierro y murió **.

6. En Cluain Ednech (Irlanda), San Fintano († 603), abad *.

7. En Lindisfarne (Inglaterra), San Finano († 656), obispo.

8. En Auchy-les-Moines, San Silvino (ca.720), obispo regionario.

9. En Cava (Campania), San Constable († 1124), abad.

10. En Ratzeburgo (Alemania), San Evermodo († 1178), obispo, religioso premonstratense, discípulo de San Norberto.

11. En Padua, Beato Lucas Belludi († 1286), presbítero, religioso franciscano, compañero de San Antonio de Padua *.

12. En P'yong-yang (Corea), San Pedro Yu Chongyul († 1866), padre de familia y mártir *.

13. En Rosica (Polonia), Beato Antonio Leszczewicz († 1943), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

LOS SIETE SANTOS FUNDADORES SERVITAS

(s. XIII-XIV)

Se ha hablado alguna vez de «constelaciones de santos». En efecto, en el cielo de la Iglesia, como en el cielo astronómico, los astros no se suelen presentar aislados, sino formando parte de «constelaciones»: grupos de santos que se influyen entre sí, se prestan mutuamente sus luces, se ayudan y se estimulan. Sin embargo, aunque esto sea verdad, no es menos cierto que cada uno de esos santos es luego, salvo el caso de los mártires, objeto de un culto individual, al que han precedido una beatificación y una canonización también individuales. Hay, sin embargo, una

excepción: el caso singularísimo de los siete fundadores servitas cuya fiesta celebra la Iglesia el 17 de febrero. Este grupo de siete almas, llegó a fundirse en el único ideal de «servir» a su Señora, y servirla de manera tan perfecta que las notas personales apenas tuvieran un valor relativo. Después de su muerte, su memoria y su culto fueron y siguen siendo algo esencialmente colectivo, y así sus nombres son prácticamente desconocidos, porque siempre se habla de ellos bajo la apelación de «los siete fundadores servitas».

Por eso, cuando las más antiguas crónicas tratan de la vida de fray Alejo de Florencia, el último en morir, y el que por estas circunstancias pudo ofrecer a los biógrafos alguna mayor ocasión de ser considerado individualmente, esos mismos biógrafos se apresuran a asegurarnos que la santidad de él mostraba la de sus seis compañeros. Oigámosles:

«Hubo siete hombres de tanta perfeccion, que Nuestra Señora estimo cosa digna dar origen a su Orden por medio de ellos. No encuentre que ninguno sobreviviera de ellos, cuando ingrese en la Orden, a excepción de uno que se llamaba fray Alejo [] La vida de dicho fray Alejo, como yo mismo pude comprobar con mis ojos, era tal, que no solo conmovía con su ejemplo, sino que también demostraba la perfeccion de sus compañeros y su santidad»

Es éste el único caso en que se da culto colectivo a varios santos confesores, y la misma liturgia, en el oficio divino y en la misa de este día, se ve forzada a modificar sus esquemas habituales para poder adaptarlos a una fiesta tan singular. Caso hermosísimo, que alienta a cuantos lo contemplamos a ir por el camino de la imitación. Llegar a la santidad, es muy hermoso, pero todavía sería más hermoso aún que lográsemos esa santidad dentro de un grupo, ayudándonos unos a otros, estimulándonos con nuestro buen ejemplo, siguiendo las huellas de este hermoso caso de santidad colectiva.

Nos encontramos en el siglo XIII. Y he aquí que entonces va a producirse un fenómeno que ya antes se había producido muchas veces en la Iglesia, que hemos visto repetirse ante nuestros propios ojos en los días que vivimos, y que, sin duda, ha de continuar produciéndose también hasta el fin de los siglos. La fundación de una Orden o Congregación religiosa sin que, quienes

intervienen en ella, tuvieran al principio la más remota idea de emprenderla.

No sabemos si fueron estos siete jóvenes nobles de Florencia quienes, por sus relaciones comerciales, trajeron a la ciudad toscana la idea de aquella nueva cofradía. Acaso estuviera ya fundada y llevase unos años funcionando. Poco importa para nuestro intento. Lo cierto es que en Florencia, al comienzo del siglo XIII, encontramos una hermandad, llamada oficialmente sociedad de Santa María, pero más conocida por su nombre vulgar de los *laudesi*, o alabadores de la Santísima Virgen, a la que pertenecían siete mercaderes de las mejores familias de Toscana. Las crónicas nos han conservado su nombre: Bonfilio Monaldi, Bonayunto Magnetti, Manetto de l'Antella, Amideo Amidei, Ugoccio Ugoccioni, Sostenio de Sostegni y Alejo Falconieri. Tengamos, sin embargo, en cuenta que algunos de ellos cambiaron su nombre al hacer la profesión religiosa. Los siete formaban parte de lo que hoy llamaríamos la junta directiva, es decir, el elemento más vivo y entusiasta de la cofradía. No sabemos la fecha de su nacimiento, pero ciertamente eran todavía jóvenes cuando, en 1233, comenzaron los acontecimientos que vamos a narrar.

Fue el día 15 de agosto, ese día que, además de estar consagrado a la Asunción de la Santísima Virgen, ha sido también señalado para tantos y tantos acontecimientos importantes de la historia eclesiástica. Los siete gentileshombres florentinos sintieron aquel día una común inspiración. Oigamos, una vez más, al cronista clásico:

«Temiendo su propia imperfección, pensaron rectamente ponerse a sí mismos y a sus propios corazones, con toda devoción, a los pies de la Reina del cielo, la gloriosísima Virgen María, a fin de que, como mediadora y abogada, les reconciliara y les recomendase a su Hijo, y supliendo con su plenísima caridad sus propias imperfecciones, impetrase misericordiosamente para ellos la fecundidad de los méritos. Por eso, para honor de Dios, poniéndose al servicio de la Virgen Madre, quisieron, desde entonces, ser llamados siervos de María».

Pidieron para eso la bendición de su obispo, que se la otorgó contento; se despidieron de sus familias, y el 8 de septiembre del mismo año 1233 se recogieron en una casita, Villa Camarzia, en un suburbio de Florencia, no lejos del convento de los

franciscanos, y en las inmediaciones de la antigua iglesia de Santa Cruz. Sin embargo, la casita, que ni siquiera era propiedad de ellos, sino de otro miembro de la cofradía, resultó pronto excesivamente céntrica para sus deseos de oscuridad, olvido y renunciamiento. Pasaron a otra casa que la cofradía tenía en el Caffaggio, en la que transcurrió bien poco tiempo, y pronto se planteó la cuestión de encontrar una sede que en cierto modo pudiera llamarse definitiva.

Pero antes un milagro vino a señalar cuán grata era a Dios la empresa que habían acometido. Alrededor de la fiesta de Epifanía del siguiente año, 1234, iban de dos en dos recorriendo las calles de Florencia y solicitando humildemente la caridad por amor de Dios, cuando se oyó exclamar a los niños, incluso los que aún no hablaban, señalándoles con el dedo: «He ahí los servidores de la Virgen: dadles una limosna». Entre aquellos inocentes niños que sirvieron para proclamar el agrado de Dios sobre la nueva Orden estaba uno que todavía no había cumplido los cinco meses, y que con el tiempo habría de ser una de sus más preciadas joyas: San Felipe Benicio.

El milagro vino a agravar la situación: las gentes empezaron a fijarse más en aquel humilde grupo y se hizo también más urgente la necesidad de alejarse de la ciudad. Por eso recurrieron ellos al obispo de Florencia, que tan acogedor se había mostrado desde el primer momento. Él, con el generoso consentimiento del cabildo catedral, les ofreció una porción de terreno en el monte Senario. Y allí se instalaron el día de la Ascensión del año 1234.

Es aquí, en el monte Senario, donde se inicia propiamente la vida religiosa. Hasta entonces sólo había habido una especie de tentativa. En el monte Senario construyen una iglesia, edifican unos míseros eremitorios de madera, separados unos de otros, e inician observancia con todo rigor. Reciben la visita del cardenal de Chatillon, legado del papa Gregorio IX en la Toscana y la Lombardía, quien les anima a continuar su vida, si bien moderando sus excesivas austeridades.

Pero la mejor y más preciada confirmación la tuvieron el Viernes Santo de 1239: la Santísima Virgen se apareció para encargarles que llevaran un hábito negro, en memoria de la pasión

de su Hijo, y para presentarles la regla de San Agustín. Después de esta aparición, ya no había lugar a dudas. Acudieron al obispo de Florencia para regularizar, por decirlo así, su situación canónica.

Y, en efecto, el obispo impuso a los siete el hábito que les había mostrado la Virgen, recibió sus votos y les dio las sagradas órdenes. Fue precisamente en esta ocasión cuando algunos de ellos cambiaron de nombre. Y fue también en esta ocasión cuando San Alejo Falconieri mostró sus deseos de no ser ordenado sacerdote, lo que consiguió, muriendo como hermano.

La obra estaba ya, en cierto modo, encauzada. Quienes sólo habían pensado en vivir con mayor entusiasmo los ideales de su piadosa confraternidad, encontraban ya ordenados sacerdotes, con unos votos emitidos y con una regla, la de San Agustín, recibida al par de la Santísima Virgen y de la autoridad eclesiástica. Faltaba, sin embargo, dar un último paso para que naciera una nueva Orden religiosa: la admisión de novicios. Hubo sus discusiones, y mientras unos se inclinaban a admitirlos, contando con el favor del obispo, siempre inclinado en este sentido, otros preferían mantener su vida en el cuadro de la primitiva sencillez.

El hecho es que en el huerto en el que trabajaban para huir del demonio de la ociosidad, se había producido, en la noche que precedió al tercer domingo de Cuaresma del año 1239, un significativo milagro. Una viña, mientras todo el resto del terreno estaba endurecido por la helada, se cubrió de frutos sin haber tenido previamente flores, y extendió de manera maravillosa sus brazos fecundos. Ya no cabía duda: todos vieron en el prodigio una señal de la voluntad de Dios y un presagio de los futuros destinos de la naciente familia religiosa.

Y, en efecto, los novicios empezaron a llegar en gran número. El fervor se mantuvo y atrajo las simpatías de toda la región. No faltaron tampoco insignes aprobaciones. San Pedro de Verona visita el monte Senario y alienta a los servitas en su vida religiosa. Poco después, en 1249, el cardenal Capocci, legado del Papa en Toscana, aprueba la Orden y la coloca bajo la jurisdicción de la Santa Sede. Dos años más tarde, el 2 de octubre de 1251, el papa Inocencio IV nombra al cardenal Fiechi primer

protector de los servitas. En 1255 un rescripto del papa Alejandro IV daba la aprobación definitiva a la Orden y la autorización para nombrar un superior general. Nuevas aprobaciones llegaron de los papas Urbano IV y Clemente IV.

¿Será necesario decir algo de cada uno? En realidad las vidas corren casi paralelas y resulta difícil separarlas. El más anciano de ellos, Bonfilio Monaldi, fue el primer superior que gobernó la comunidad durante los dieciséis primeros años de tentativas. En 1251 fue nombrado superior general de la Orden, de manera provisional. Cuando en 1255, Alejandro IV aprueba solemnemente la Orden, convocó un capítulo general y dimitió su cargo. Ya desde entonces sólo se dedicó a la oración y a la penitencia en el retiro. En 1262, volviendo de visitar los conventos de la Orden, acompañando a San Felipe Benicio, devolvió dulcemente su alma a Dios después de maitines, encontrándose en el oratorio.

Le había sucedido, como general de la Orden, primero en el sentido canónico, Juan Magnetti. Pero por poco tiempo. De los siete, fue éste el primero en volar a Dios el 31 de agosto de 1257. Con una muerte hermosísima: celebró la santa misa en presencia de sus hermanos, anunció su próximo fin, dio a conocer algunos detalles de la vida futura de la Orden que le habían sido revelados por Dios. Después, como era viernes, quiso, según era uso entre ellos, comentar la narración de la Pasión. Y al llegar a las palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», expiró.

También al tercero de los tres compañeros le correspondió gobernar toda la Orden. Elegido superior general en 1265, contribuyó extraordinariamente al desenvolvimiento de la Orden por su actividad y el resplandor de su virtud. Dos años después renunció a su oficio y consiguió que fuera elegido para sucederle San Felipe Benicio. A los pocos meses, el 20 de agosto de 1268, moría asistido por su propio sucesor.

Mucho más sencilla es la vida del cuarto, Amideo Amidei. Había nacido en 1204 en el seno de una familia dividida por violentas enemistades. Era de un candor tal, que su misma familia evitó siempre mezclarle para nada en aquellas animosidades. Su vida religiosa fue también sencilla, limpia, retirada,

humilde. Fue elegido prior de Monte Senario y, después, de Caffaggio. Pero no pudo decirse que tales dignidades llegasen a cambiar el humilde curso de su vida. El 18 de abril de 1266 entregaba su alma a Dios. Todo el convento se sintió envuelto por un perfume celestial, mientras una resplandeciente llama volaba desde su celda hasta el cielo.

Pero acaso sea todavía más encantadora la vida de otros dos de los siete compañeros: Ugoccio Ugoccioni y Sostenio de Sostegni. Eran amigos desde su misma juventud. Juntos entraron a formar parte del grupo. Juntos se santificaron en los largos años de preparación de la Orden. Cuando ésta empezó a extenderse, les fue, sin embargo, forzoso separarse. Sostegni fue elegido vicario general de Francia; Ugoccioni, de Alemania. Los dos trabajaron con todas sus fuerzas en la difusión de la Orden en sus respectivas provincias. Ya ancianos, San Felipe Benicio les llamó a Viterbo para la celebración de un capítulo general que habría de reunirse en mayo de 1282. En Monte Senario, al que tantos y tan dulces recuerdos les ligaban, se encontraron los dos ancianos, y allí hablaron largamente de todas las cosas que habían ocurrido en los últimos cincuenta años, y de lo que habían hecho por la propagación de la Orden. Hablando estaban cuando se dejó oír una voz que decía: «Servidores de Dios y de María, no lloréis más la prolongación de vuestro destierro: vuestros trabajos tocan ya a su fin». En efecto, llegados al convento, el agotamiento y la fatiga les obligaron a acostarse. Y al mismo tiempo murieron, el 3 de mayo de 1282. San Felipe Benicio vio aquella noche dos lirios de una blancura deslumbrante que eran cortados en la tierra e inmediatamente presentados a la Virgen en el cielo. Comprendió que los dos ancianos habían dejado este mundo, y así se lo anunció a los religiosos que estaban con él en Viterbo.

Nos queda San Alejo Falconieri. Es el que más vivió, pues alcanzó los ciento diez años de edad. Nacido en Florencia en 1200, murió el 17 de febrero de 1310. Entró el más joven de todos en la Orden, rehusó siempre ser sacerdote y vivió con gran humildad, dedicado, como hermano lego, a recoger limosnas y a trabajar en las más humildes tareas. Fue el instrumento de que Dios se sirvió para la santificación de su sobrina, Santa Juliana

Falconieri, y quien la animó a abrazar la vida religiosa. Su larga vida le hizo presenciar un episodio harto doloroso que se produjo en 1276... y su feliz solución.

En efecto, en ese año 1276 el papa Beato Inocencio V comunicó a la Orden de los servitas que la Iglesia la consideraba como extinguida, a causa del canon 223 del segundo concilio de Lyon. Habían desaparecido ya de la tierra cuatro de los siete fundadores. Otros dos de ellos estaban ausentes de Italia. La tempestad parecía amenazante y hubo momentos en que todo estuvo a punto de perderse. Hay quien dice que de hecho se habría perdido si no hubiera mediado la fortaleza y el ánimo de San Felipe Benicio.

Fue él quien levantó la bandera mariana y alegó que la Orden había sido aprobada repetidas veces por los Romanos Pontífices. Sólo San Alejo llegó a ver la victoria. San Felipe Benicio y los otros dos fundadores supervivientes murieron antes de que el 11 de febrero de 1304 el papa Benedicto XI la confirmara de nuevo. Todavía había de vivir seis años gozando de la admirable expansión que tras esta confirmación tuvo la Orden.

En efecto, como si el triunfo después de tan deshecha tempestad hubiera sido la señal que se esperaba para lanzarse por todo el mundo, la Orden se extendió desde entonces con particular fuerza, y en el siglo XIV contaba con más de cien conventos y con misiones en Creta y en las Indias. La reforma protestante le hizo perder un buen número de conventos en Alemania, pero la Orden prosperó en el mediodía de Francia. El final del siglo XVIII le fue funesto, como a todas las Órdenes religiosas. Pero en el siglo XIX se extendió a Inglaterra, y después a América. Muy recientemente se ha implantado también en España.

Como hemos dicho, desde el primer momento, al poco tiempo de muerto San Alejo, la historia nos habla del culto colectivo a los siete fundadores. Sin embargo, habría de pasar mucho tiempo antes de que este culto obtuviera la plena aprobación canónica. Todos ellos habían muerto en Monte Senario, salvo San Alejo, cuyo cadáver fue prontamente transportado allí. Benedicto XIV atestiguaba que en sus tiempos los cuerpos estaban conservados en la iglesia de Monte Senario, bajo el altar

de la capilla situada bajo el coro. Sin embargo, este Papa creó una seria dificultad para su posible canonización, exigiendo que para cada uno de los siete fueran presentados cuatro milagros, y que, por consiguiente, las siete causas se vieran independientemente. De hecho, los primeros bolandistas no los mencionaban, con la única excepción de San Alejo.

En 1717, Clemente XI aprobaba el culto del Beato Alejo, y en 1725, el de los otros seis. Sólo en tiempo de León XIII, como consecuencia de un clamoroso milagro ocurrido en Viareggio como consecuencia de la invocación colectiva a los siete fundadores, se pudo volver al primitivo procedimiento: estudiar simultáneamente y en una sola causa la santidad de los siete. La causa tuvo éxito feliz, y el 15 de enero de 1888 fueron solemnísimamente canonizados. El 28 de diciembre del mismo año se fijaba su fiesta para el 11 de febrero. Años después, la fiesta fue pasada al 12, para dar lugar a la celebración de la aparición de la Inmaculada en Lourdes. Así sus fieles siervos cedieron, por medio de la Orden por ellos fundada, a la Santísima Virgen el lugar que venían ocupando en el calendario.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

- Annales Ord. S. Mar.*, I, 2.^a ed. Asimismo, *Monum. Ord. Serv. Mar.*, t.XVI (para la historia de la Orden).
 HÉLYOT, P., *Histoire des Ordres monastiques*, III (Paris 1714-1719) 296s.
 MORINI, A. - SOULIER, P. (eds.), *Monumenta Ordinis servorum sanctae Mariae* (Bruselas 1897-1905) I p.60s; III p.53s.
 MORINI, A., *Studi storico-critici sopra i Santi Fondatori dell'Ordine dei Servi di Maria...* (Siena 1888).
 Sobre San Alejo: LEPICIER, A., *Saint Alexis Falconieri, des saints fondateurs de l'Ordre des serviteurs de Marie* (Bruselas 1910).

SAN FLAVIANO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 449)

Se sabe poco de su vida anterior a su pontificado. Teodoro el Lector (s. VI) dice que Flaviano fue sacerdote y que guardaba los vasos sagrados de la iglesia catedral de Santa Sofía en Constantinopla. Parece que fue discípulo de Teodoro de Mopsuestia,

tal vez en el sentido general de seguir la cristología antioquena. En julio del año 446 fue elegido para la sede del patriarcado de Constantinopla, como sucesor de San Proclo. Pronto entró en conflicto con la corte imperial, en la que dominaba el eunuco Crisafio, por haber enviado a Teodosio II sólo un pan bendito y no eulogias de oro, que a Flaviano le parecía era simoníaco. Otro episodio fue que Crisafio quería que Santa Pulqueria, hermana de Teodosio II, fuese diaconisa, con el fin de alejarla de la corte, a lo cual se opuso Flaviano.

Flaviano era recto y modesto, de una gran mansedumbre, pero poco hábil para la oratoria sagrada. No quiso inmiscuirse en la contienda cristológica que continuó después del concilio de Éfeso (431) en el que fue condenado Nestorio. Buscó siempre la paz y el bien de la Iglesia, pero sin dejar su responsabilidad. Intervino en la deposición de Bassiano, obispo de Éfeso (448). Formó un tribunal con el fin de examinar lo referente al nestorianismo de Iba, obispo de Edesa. Intervino mucho en lo referente al monofisismo de Eutiques. Fue el que estaba a la cabeza de los oponentes de Eutiques, más bien por su autoridad y virtud que por sus conocimientos teológicos y actividad doctrinal. Esto explica que toda esa controversia fuese como un duelo entre Dióscoro, patriarca de Alejandría, representante del monofisismo, y el pacífico patriarca de Constantinopla Flaviano, personificación de la doctrina ortodoxa de las dos naturalezas en Cristo. Estando así las cosas, Flaviano celebró un sínodo en Constantinopla, en el que trató de conciliar las dos partes, pero a instancia de otros obispos el sínodo defendió las dos naturalezas en Cristo. Fue invitado Eutiques a dar cuenta de su doctrina, pero en un principio evadió esa invitación. Por fin, se presentó y se negó a admitir las dos naturalezas en Cristo. Por eso, habiéndose puesto de manifiesto la herejía de Eutiques por su propia confesión, el sínodo lanzó anatema contra él y contra todos sus partidarios.

Fue el primer paso dado oficialmente contra el monofisismo. Pero Eutiques y los suyos no se sometieron. Por medio de pasquines que colocó por las calles de la capital, protestó contra el sínodo de Constantinopla. No contento con esto, apeló al papa León I, a quien envió informe detallado de todos los

acontecimientos, mirados desde su punto de vista. Más aún, por medio de Dióscoro y de Crisafio, obtuvo que el emperador enviara también él cartas favorables al Papa.

Al leer el papa León I el memorial de apelación enviado por Eutiques y las recomendaciones de la corte imperial, se dio cuenta inmediatamente de la gravedad de la situación. Pero quiso mayor información por parte de Flaviano y de otros. Cuando llegó esa información se dio cuenta del estado del asunto, compuso la célebre respuesta de la Carta a Flaviano en la que exponía la doctrina de las dos naturalezas en Cristo. Aprobaba, por lo mismo, lo decidido por Flaviano y el sínodo de Constantinopla.

Mas, como era de esperar, ni Eutiques ni Dióscoro aceptaron la solución del Papa, sino que, al contrario, se dedicaron más que antes a propagar sus errores e incluso a provocar que el emperador convocase un sínodo general en Éfeso. Para guardar las formas se invitó al Papa, el cual envió como legados suyos a los obispos Julio y Renato, y al diácono Hilario. Se fijó la fecha de su celebración para el mes de agosto del año 449.

Lo que pasó en este sínodo fue una continua violencia desde el principio hasta el fin. Por decisión del emperador la presidencia la ocupó Dióscoro, acompañado de gran número de monjes que más bien parecían fuerzas de asalto. Su plan era deshacer lo establecido por el sínodo de Constantinopla y, por lo tanto, también lo dispuesto por el Papa en su Carta a Flaviano. Más que sínodo fue una rebelión manifiesta. Se procedió a la deposición de Flaviano, objeto particular de los celos y de los odios de Dióscoro. Al ver que Flaviano apelaba al Papa y los legados pontificios protestaban de la violación de los derechos del Papa, Dióscoro, lleno de ira, llamó a la fuerza de los soldados imperiales, quienes arrastraron al patriarca Flaviano fuera del local y le condujeron como malhechor al destierro. Fueron tales los malos tratos que le infligieron que murió en el camino. Esto se conoce con el nombre del Latrocinio de Éfeso, desautorizado por el Papa. Después de muchos hechos lamentables, por parte de todos se decidió convocar un nuevo concilio que se celebró en Calcedonia el año 451, en el que se leyó la Carta de San León Magno a Flaviano y los obispos allí reunidos pro-

nunciaron la célebre frase: «Ésta es la fe de los Apóstoles. Así lo creemos todos. Pedro ha hablado por la boca de León».

En los Sinaxarios griegos Flaviano es conmemorado el 17 de febrero. Hilario I (461-468) hizo construir al lado del baptisterio lateranense oratorios, decorados con mármoles preciosos y mosaicos, el de la Santa Cruz tenía la figura de San Flaviano con la corona y la palma del martirio.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, februarii, III (Anvers 1658) 72-80.

CAMELOT, P. TH., *Ephèse et Chalcédoine* (Paris 1926).

LLORCA, B., *Historia de la Iglesia Católica. Edad Antigua* (BAC, 1955) 571-562.

Y en general todas las Historias de la Iglesia y de los Concilios.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MESROP

Obispo († 440)

Mesrop fue un gran hombre de Iglesia en el s. V, realizando una gran labor en Armenia, su patria, y en Georgia. Nació h. el año 360 y fue un estrecho colaborador del patriarca armenio Isaac el Grande († 439) y de su obra de inculturación de la liturgia y la enseñanza de su Iglesia.

Un tiempo llevó vida de ermitaño y se dedicó al estudio de las lenguas griega, siríaca y persa, lo que le dio acceso a la literatura de estas lenguas. Ordenado sacerdote, comenzó a realizar un gran trabajo apostólico y echó de menos que la Sagrada Escritura, las obras de los Santos Padres y la propia liturgia no estuvieran en la lengua del pueblo. Pensó entonces en su traducción al armenio pero se halló con que no había un alfabeto. Abordó entonces la composición de un alfabeto propio, hecho a partir del griego, y seguidamente la traducción de la Biblia, siendo suya la del Nuevo Testamento y el libro de los Proverbios. Luego se pasó a la traducción de la liturgia.

Consagrado obispo, extendió su actividad misionera a Georgia, con idéntico afán de acercar Biblia y liturgia al habla del pue-

blo y se dice que mandó buscadores de manuscritos tan lejos como a la propia Roma. Estableció una escuela en Georgia y luego volvió a Armenia.

En Armenia fue animado por el patriarca San Isaac a la fundación de una escuela similar, en lo que se ocupó con éxito, siendo él así el verdadero padre de la literatura armenia.

Murió en Valarshapat en febrero del año 440.

SAN FINTANO

Abad († 603)

A este San Fintano se le conoce por de Clonenagh por ser éste el sitio donde primero llevó vida eremítica y luego, cuando acudieron a él innumerables discípulos, organizó un monasterio.

Este santo irlandés pasa a la historia del monasticismo por haber sido quizás el más exigente de todos en materia de abstinencia de alimentos, reducida la comida a pan y verduras no cultivadas, hierbas en el verdadero sentido de la palabra. Pero esta abstinencia, que a no pocos les resultó imposible de cumplir, no hacía de él un hombre hosco o rudo. Por el contrario, era la amabilidad y dulzura personificada, y era capaz de comprender a quienes no podían seguir su sistema de vida, bien que otros muchos sí podían, tanto que se dice que no había modo de contar el número de sus monjes. También se dice que los monasterios vecinos protestaron del descrédito que a ellos les venía de la excesiva austeridad del de Fintano.

Se le atribuyeron muchos milagros. Murió en su monasterio el 17 de febrero del año 603.

BEATO LUCAS BELLUDI

Presbítero († 1286)

Era natural de Padua, donde nace hacia el año 1200 en el seno de la poderosa familia Belludi. Cuando tenía veinte años oye predicar a San Francisco de Asís y se siente atraído por su ejemplo de tal modo que ingresa en la Orden de Menores. Hace

el noviciado, y una vez profeso, San Francisco lo destina al sacerdocio, que recibe.

Cuando San Antonio de Padua recibe la tarea de ser predicador popular por los pueblos del norte de Italia y sur de Francia, fray Lucas le es asignado como compañero y colaborador, y ésta es la tarea que Lucas ejerce hasta la temprana muerte del Santo Doctor.

Lucas se opone valientemente a la tiranía de Ezzelino, cuyo representante Ansidisio tuvo que escuchar las invectivas de Lucas contra la crueldad de su gobierno y contra sus atropellos a la Iglesia. La venganza no se hizo esperar: Lucas fue desterrado y a su propia familia le llegó también la cólera del tirano, ya que le fueron confiscados sus bienes. Las cosas no pudieron arreglarse hasta después de la muerte de Ezzelino.

Lucas prosiguió su trabajo en Padua, y producida la canonización de San Antonio, trabajó en la construcción de una basílica en su honor. Elegido provincial de la Orden, levanta un magnífico convento junto a la basílica y logra al mismo tiempo la creación de otros conventos de su Orden.

Lucas perseveró en su tarea evangelizadora que se completaba con el ejemplo de vida santa que dio siempre, sobresaliendo por su caridad y humildad. Vino a morir con ochenta y cinco años el 17 de febrero de 1286 y fue enterrado en la misma sepultura en que inicialmente estuvo el cuerpo de San Antonio. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Pío XI el 17 de mayo de 1927.

SAN PEDRO YU CHONGYUL

Mártir († 1866)

Pedro era un cristiano coreano, que no porque se hubiese desatado la persecución contra el cristianismo abandonó sus convicciones religiosas. Era un hombre casado y padre de familia, y decidió colaborar en mantener la fe de los fieles, y para ello por la noche celebraba reuniones en casa del catequista de P'yong-yang, pueblo del que era él, y allí leía a los reunidos el evangelio y los animaba a perseverar.

Una delación hizo que la policía supiera de estas reuniones y fuera Pedro sorprendido cuando leía el evangelio a los fieles. Aprehendido, se le intimó la apostasía pero Pedro se mantuvo firme y entonces fue azotado tan bárbaramente que de resultas de los azotes expiró. Era el 17 de febrero de 1866.

Pedro fue canonizado en Seúl junto con otros muchos mártires coreanos por el papa Juan Pablo II el 6 de julio de 1984.

BEATO ANTONIO LESZCZEWICZ

Presbítero y mártir († 1943)

Nació el 30 de septiembre de 1890 en Abramowszczyzna, parroquia de Wojstom, diócesis de Vilna, hijo de Juan y Carolina.

Estudió el bachillerato en San Petersburgo y pasó luego al seminario diocesano donde concluyó los estudios sacerdotales y se ordenó presbítero el 13 de abril de 1914. Seguidamente fue destinado al ministerio parroquial y estuvo en Irkucz, Czyta y Harbin, todas estas parroquias en Manchuria, distinguiéndose por su celo apostólico tanto en su calidad de párroco como en la de profesor de religión. En 1937 marchó a Polonia, donde decidió su vocación religiosa e hizo el ingreso en la Congregación de Padres Marianos, emitiendo la profesión religiosa el 13 de junio de 1939.

En agosto de ese mismo año los superiores le encomiendan se ponga al frente de un centro pastoral en Druja, Bielorrusia. Tras la ocupación rusa, vino la ocupación alemana, que de momento no significó persecución contra la Iglesia. Se organizó un equipo misionero, al frente del cual se puso al P. Antonio y que desarrolló una vasta labor para sostener la fe de la población católica. Se supo que los nazis iban a tomar represalias contra los agentes de esta misión y se les advirtió a los sacerdotes componentes que abandonaran la región, pero el P. Antonio y su compañero el P. Kaszyra decidieron quedarse y correr el riesgo. Y esto trajo consigo el que fuera asesinado el 17 de febrero de 1943.

Ha sido beatificado como mártir por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

18 de febrero**A) MARTIROLOGIO**

1. En Beit Lapat (Persia), San Sadoc, obispo, con ciento veintiocho compañeros, presbíteros, clérigos y vírgenes consagradas, los cuales por negarse a adorar al Sol fueron atormentados y muertos († 342) *.

2. En Toledo (España), San Eladio († 633), obispo y anteriormente abad **.

3. En Constantinopla, San Tarasio († 806), obispo, que abrió el Concilio Niceno II para la aprobación del culto a las sagradas imágenes *.

4. En el monasterio de St. Riquier o Centula, San Angilberto († 814), abad, que se hizo monje al tiempo que su esposa ingresaba en un monasterio y renunció a sus cargos palatinos.

5. En Coimbra (Portugal), San Teotonio († 1166), fundador de los canónigos regulares de la Santa Cruz *.

6. En Roma, Beato Juan de Fiésole, llamado el Beato Angélico († 1455), presbítero, de la Orden de Predicadores, sublime pintor y patrono de los artistas **.

7. En Londres, Beato Guillermo Harrington († 1594), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

8. En Londres (Inglaterra), Beato Juan Pibush († 1601), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Ou-Thang-Fu (China), San Francisco Regis Clet († 1820), presbítero, de la Congregación de la Mision, mártir **.

10. En Kay-Tcheu (China), San Juan Pedro Neel († 1862), presbítero, de la Sociedad de Misiones de París, que junto con los santos Martín Ou-Sue-Chang, catequista, Juan Tchang, neófito, y Juan Tchen, padeció martirio por la fe *.

11. En Bérgamo (Lombardía), Beata Gertrudis (Catalina) Comensoli († 1903), virgen, fundadora de la Congregación de Adoradoras del Santísimo Sacramento **.

12. En Rosica (Polonia), Beato Jorge Kaszyra († 1943), presbítero, religioso de la Congregación de Clérigos Marianos, mártir *.

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS*SAN ELADIO*

Obispo y abad († 633)

El nombre de San Eladio nos traslada al siglo de oro de la Iglesia visigótica, fruto éste del gran movimiento religioso que siguió a la conversión de Recaredo en 589. Aunque introducido

en edad muy temprana, el cristianismo peninsular hubo de superar no sólo la era de las persecuciones, sino los años tumultuosos de las invasiones bárbaras, alanos y suevos sobre todo, que devastaron la sociedad hispana tanto en el terreno civil como en el religioso y eclesiástico cuando éstos apenas estaban tomando cuerpo después de la paz de Constantino. Más tarde la monarquía visigoda echó los cimientos de un Estado que lentamente estabilizó el orden político y social pero que, como en otros reinos godos que sucedieron al poder de la Roma imperial, era de confesión arriana. Existía, por tanto, una escisión entre la monarquía y la mayor parte de la población española, que quedó subsanada cuando en el III Concilio de Toledo el monarca visigodo abrazó la fe católica.

Desde ese momento la preocupación máxima de la Iglesia se centró en afianzar la unidad y solidez de la fe ya común y en perfeccionar la vida interior de la comunidad cristiana. Ello se tradujo en un florecimiento de la vida y de las instituciones de la Iglesia española, impulsada también por otros concilios provinciales que siguieron inmediatamente al de Toledo: Sevilla, en 590; Zaragoza, en 592; Toledo en 597; Huesca, en 598; Barcelona, en 599. A ellos seguirían, a lo largo del siglo VII, muchos otros, tanto generales como regionales. Es sabido que, sobre todo los concilios de Toledo, tuvieron una influencia decisiva sobre la vida de la nación española a la que aportaron la fe y la cultura religiosa cristianas, que fue el aglutinante fundamental de la misma. Una acción dirigida por un notable plantel de obispos que dejarían una huella muy profunda, tanto en la vida eclesial como en la nacional: Leandro e Isidoro de Sevilla, Braulio y Tajón de Zaragoza, Eladio, Eugenio, Ildelfonso y Julián de Toledo, Martín de Dumio, Juan de Biclara, Fructuoso de Braga, etc. Son los grandes preladados de la España visigoda, muchos de ellos inscritos en el santoral de la Iglesia universal.

Pero esta contribución de la Iglesia se expresó también en otros dos ámbitos. Uno de carácter cultural, como fue la transmisión de la herencia del mundo clásico: su pensamiento, su arte y sobre todo el derecho romano, del que muchos eclesiásticos fueron maestros y supieron dirigir su aplicación a las situa-

ciones cambiantes de la nueva sociedad hispana, tanto en sus propias instituciones como en las del Estado. Otra de esas esferas fue la cooperación prestada por la Iglesia al fortalecimiento de la unidad nacional, establecida sobre dos referentes esenciales: el de la monarquía visigoda y el de la fe católica común. Ambos factores conformaron la sociedad hispano-visigoda durante dos siglos, aunando estrechamente el Estado, la Iglesia y el pueblo en una empresa conjunta cuya fuerza, todavía persistente, fue más adelante el punto de partida para la reacción frente a la invasión musulmana.

Como en el resto de la Iglesia, también la de España conoció, en esta época visigótica, una institución de gran arraigo y de muy intensa influencia, tanto espiritual como social y cultural. Ya hay indicios de vida monástica en el siglo IV, pero habría que esperar dos siglos más para que pudiera desarrollarse vigorosamente a lo largo de toda la península. Lo cual ocurrió bajo sus dos formas: eremítica y cenobítica, la primera de las cuales encontraría una expansión muy notable durante largo tiempo. Pero fueron sobre todo los monasterios los que constituyeron centros de vida religiosa a los que afluyeron hombres y mujeres atraídos por un ideal de consagración a Dios y de servicio a los hombres. De no pocos de estos monasterios tenemos la referencia pero no el nombre: los autores y documentos de la época aluden a los monjes y a los eremitorios y cenobios existentes en una u otra región, pero sin que esas noticias aporten, en muchos casos, datos concretos.

Sí conocemos, afortunadamente, uno de los más importantes del reino, el de San Cosme y San Damián de Agali, junto a la ciudad de Toledo y en las orillas del Tajo. Su cercanía a la capital política y religiosa y la seriedad de las observancias que en él se practicaban atrajo a buen número de personas, procedentes con frecuencia de la nobleza. Seguramente, a lo largo del siglo VII fue el monasterio más conocido de la península y el que prestó mayores servicios a la sede de Toledo. De él salieron, para regirla, media docena de obispos en un siglo, de los que algunos más insignes ya han sido mencionados arriba. San Ildefonso, que fue uno de ellos, escribe de su cenobio: «lustre y de todos conocida es esa casa que con cariño de madre me ha hecho monje. Todos

saben que en ella brillan los dones de Dios y la hermosura de la santidad clara y perenne» (*Varones ilustres*, VII).

Puede decirse que sobre los monjes recayó lo más importante de la tarea de dirección, expansión y animación de la Iglesia. Es algo de lo que refleja la crónica Biclarense cuando atribuye a San Leandro y a Eutropio, abad del monasterio servitano, la organización de todos los asuntos relacionados con el III Concilio de Toledo, cuyos resultados culminaron en el acceso pleno de Recaredo a la fe de la Iglesia con la abjuración de su antigua fe arriana. A ellos perteneció San Eladio, cuyos datos biográficos, muy someros, debemos al mismo San Ildefonso, quien, siguiendo la línea de San Jerónimo y más cercanamente de San Isidoro, escribió la obra *De viris illustribus*, en la que narra brevemente la vida de personajes importantes. Es una de las fuentes más interesantes que poseemos para el conocimiento de la vida eclesiástica española y de sus protagonistas, y en menor medida para los asuntos políticos, sociales y religiosos de la época.

La historia nos presenta a Eladio como un personaje visigodo en quien se unía la pureza de la sangre a dotes humanas y espirituales que tenían el reconocimiento de todos. Nada más sabemos de él antes de que el brillo de esas cualidades mereciera el aplauso de todos. Fue ello lo que atrajo la atención del rey Sisebuto, quien le convocó a la corte, en la que pronto se ganó la estima de todos, adquiriendo una gran relevancia en el mismo estamento de los «muy ilustres» que rodeaban al rey. Estas dotes motivaron que algún tiempo después fuera elevado a la categoría de gobernador de los negocios públicos, aunque se desconoce la naturaleza exacta y la extensión de sus funciones. Eladio desempeñó, pues, una actividad política y civil de la máxima responsabilidad antes de incorporarse a la vida eclesiástica.

En realidad, el atractivo por la vida virtuosa y por el servicio de Dios era una vieja inclinación, alimentada seguramente al calor de la familia y en el proceso de su maduración espiritual. Lo que sabemos con certeza es que no esperó a encontrarse en el monasterio para poner en acción algunas prácticas más propias de un religioso que de un seglar: «todavía en hábito civil, realizó las obras y aspiraciones de un monje», dice el autor de la nota biográfica por la que le conocemos. El hecho es que las ocupa-

ciones de gobierno, el bullicio palatino y las relaciones humanas a las que debía atender, no le impidieron compartir su tiempo con la comunidad del monasterio de Agali y con las sencillas tareas a que sus monjes dedicaban parte del día. Por eso, siempre que podía, abandonaba la ciudad y participaba en los trabajos manuales monásticos, lo que, según las Reglas medievales, constituía una de las ocupaciones de los religiosos durante muchas horas al día. El trabajo había sido considerado por los legisladores monásticos como uno de los ingredientes capitales en la organización de la vida interna de los cenobios, no sólo como ocupación destinada a evitar el ocio indolente, sino como elemento ascético que permitía cumplimentar el mandato divino del trabajo. Un valor que era también humano y social, y que a lo largo de la Edad Media influyó de manera decisiva en la formación de la civilización occidental como aportación de los monjes a la construcción de Europa.

Por otra parte, los monasterios eran, por lo común, entidades autónomas que debían asegurar por sí mismas sus propias necesidades económicas, para lo que debían disponer de recursos e instalaciones para el caso. Parece que la abadía toledana contaba con algunos de esos equipamientos, como la panadería, para cuyo horno el aristócrata Eladio transportaba, cuando se encontraba conviviendo con la comunidad, los materiales combustibles: leña, paja, ramaje. Sin embargo, lo que preferentemente buscaba era la soledad y el trato con los religiosos, siempre preocupado de que los asuntos temporales no le impidiesen el cultivo de la contemplación, hacia la que cada vez se sentía más inclinado.

La atracción por ella se mostró, al fin, más fuerte, y un día resolvió abandonar los quehaceres y halagos del mundo. Dios le llamaba a su servicio con la entrega total de su vida en el silencio y la austeridad del convento, una opción que sin duda no le impedía servir la causa del rey y de la sociedad por otros caminos, he hecho más eficaces. Resolvió, pues, renunciar completamente a las actividades de la alta administración y a las preocupaciones y honores que la acompañaban y, tras haber comunicado su decisión al monarca, pidió a los monjes su admisión y la confraternidad con ellos.

No hay datos sobre las circunstancias y la fecha de este ingreso en el monasterio, ni sobre el tiempo que transcurrió hasta que la capacidad de gobierno que había mostrado en el siglo le fue solicitada para que rigiera ahora aquella comunidad. Convertido en abad, puso todas esas dotes de espíritu y de dirección en la guía de aquel grupo de monjes, tanto en lo espiritual como en lo temporal. El resultado fue un notable incremento en su patrimonio de virtud, no menos que en el de los bienes materiales, ya que, como era práctica habitual, Eladio traspasó al monasterio al menos una buena parte de los suyos.

Tampoco sabemos cuánto tiempo pudo disfrutar de la paz de aquel lugar y de la compañía de aquellos hermanos. Lo cierto es que esta doble experiencia en el gobierno de los hombres propició que San Eladio fuera elegido por el rey Sisebuto para la mitra de Toledo. Sucedió en ella a Aurasio en el año 615 y, a pesar de su avanzada edad y de sus achaques, rigió el obispado de la ciudad real durante dieciocho años, la mayor parte bajo el reinado de Suintila (621-631). La prudencia del administrador y la austeridad del monje marcaron su actuación en unos años en que la Iglesia de España debía consolidar su régimen institucional y afianzar la intensidad de la vida religiosa cuando todavía estaba dando sus primeros pasos tras la etapa abierta por la entrada del reino godo en la comunidad católica.

Discreción y firmeza eran cualidades indispensables en estos años iniciales, tanto de la Iglesia como de la nación, cuando ambas acababan de asentar las bases de su unidad. En esta difícil empresa una responsabilidad muy particular recaía sobre los titulares de la metrópoli toledana, tanto por su proximidad al centro de decisiones políticas, como por la primacía que de hecho ejercían en la gestión de los asuntos eclesiásticos.

Pero junto a estas cualidades de visión, energía y tacto, era necesaria también, en su caso, la santidad, como condición no sólo de la ejemplaridad, sino como fuerza que hace recto y eficaz el ejercicio de la autoridad. San Ildefonso subraya, breve pero fuertemente, esta combinación de buen juicio y de perfección en la virtud que Eladio aportó a la administración de la Iglesia de Toledo. Una de sus características, asegura el mismo,

fue el ejercicio de la caridad, pues consideraba a los desvalidos como sus propias entrañas y miembros de su cuerpo. Sabemos que ello era una práctica común entre los obispos y clérigos visigodos, como se nos ha transmitido, entre otros, de San Julián y San Fructuoso. Lo cual permitía a la Iglesia estar en contacto inmediato con las necesidades de las gentes más humildes, en línea con la caridad evangélica, que hace inseparable el amor a Dios y al prójimo, la entrega de los dones espirituales y la preocupación por las carencias humanas.

Al contrario que otros obispos de su tiempo, como Isidoro, Braulio, Ildefonso, Julián, San Eladio no dejó ningún escrito. Fue un hombre de hechos más que de palabras, por lo que prefirió que hablara su vida: «se negó a escribir, pero su existencia de cada día constituye una página de su doctrina», dice bella y exactamente San Ildefonso. Lo que significa que sus contemporáneos, sobre todo los más cercanos a él, supieron detectar la excelencia superior de sus cualidades espirituales y leyeron en ellas el testimonio elocuente de las ideas que dirigieron sus actos ejemplares. Su biógrafo no le conoció por mucho tiempo, pero recogió de quienes más le habían frecuentado las pruebas de esta reputación, de la que él mismo pudo tener la evidencia directa a través del corto contacto personal con él. Ildefonso, en efecto, recibió de él, un año antes de su muerte, el grado de levita, cuando ya era él también monje en Agali. La convivencia con quienes habían conocido al abad y al obispo Eladio, su predecesor en la sede toledana, a la que accedió procedente del mismo monasterio, le suministró una segura información acerca de su personaje, aunque nos hubiera gustado mayor abundancia de información.

Poco más sabemos de su vida, ni tampoco de su actitud en la pugna sostenida por los magnates y el clero para desposeer a Suintila, lo cual finalmente se hizo sin derramamiento de sangre. Se conserva una carta de San Isidoro dirigida a Eladio en coincidencia con un sínodo presidido por él. En ella se refiere al delito contra la castidad cometido por el obispo de Córdoba, instándole a que, juntamente con los obispos reunidos en asamblea, le impusieran una penitencia. Más tardíamente, San Eulogio nos informa en su *Apología de los mártires* que él fue quien lle-

vó a cabo la consagración, en 618, de la basílica de Santa Leocadia, edificada por orden del rey Sisebuto. Convertida en una de las iglesias más antiguas y representativas de la capital visigoda, ella fue la que acogió la mayor parte de las asambleas de los concilios generales de Toledo, y también de los restos de los obispos toledanos del siglo VII, probablemente también los de San Eladio.

El santo arzobispo de Toledo murió, con toda probabilidad, el 18 de febrero del 633, durante el reinado de Sisenando (631-636). No asistió, por tanto, al IV Concilio de Toledo que comenzó ese mismo año, el 5 de diciembre, reunido en la basílica de Santa Leocadia. Con él se abrió la serie de los concilios generales de Toledo. Pero es lógico conjeturar que sí intervino en las tareas previas de organización y que, de hecho, debió de-clarlas bastante avanzadas. Tanto la temática como las propuestas que habrían de formularse tendrían en él el apoyo o la iniciativa de quien era, en la fase preliminar de la reunión conciliar, la primera autoridad de la Iglesia y a la que habría de corresponder la presidencia en las sesiones, seguramente compartida con el rey, que es quien lo había convocado. Cabe, pues, pensar en una participación intensa en los trabajos preparatorios y una aportación personal importante en la selección y enfoque de los asuntos que iban a abordarse.

Las actas del Concilio nos ilustran sobre lo que fueron las cuestiones y preocupaciones que ocuparon de hecho a los conciliares. Las más importantes estuvieron relacionadas con la consolidación de la fe católica, tanto a nivel colectivo como personal, después de que en el 589 hubiera tenido lugar el acontecimiento de la plena comunión del rey Recaredo con la doctrina católica. La Iglesia comprendió la necesidad de asentar este hecho, que afectó muy hondamente al conjunto de la sociedad hispana, tanto en la esfera religiosa como en la civil, lo que requería un esfuerzo de afianzamiento y arraigo en el interior de las conciencias y en las instituciones del país.

A este efecto, el canon primero rubricó la confesión completa de la fe apostólica. Con la finalidad, además, de robustecer esta fe colectiva, se institucionalizó la convocatoria del Concilio general, que sería anual cuando los asuntos estuvieran relacio-

nados con la promoción de la fe y del culto, y que podían ser provinciales cuando se tratara de cuestiones disciplinares. En su mayor parte los trabajos de este IV Concilio de Toledo versaron sobre la reforma y disciplina interior de la Iglesia, como soporte fundamental para enriquecer la práctica de la vida religiosa.

En estrecha relación con ello, estuvo presente en las deliberaciones la disputa sobre la conversión de los judíos, pues una vez convertidos los arrianos, eran ellos los únicos que permanecían fuera de la unidad religiosa. Frente a la presumible resistencia que esta medida podría encontrar entre los hebreos, el rey Sisenando, que participaba, con otros estamentos civiles, en las deliberaciones, planteó la utilización de la coacción, proponiendo la imposición del destierro a los que se negaran. Ello provocó la reacción crítica de San Isidoro, aunque también él postulaba esa conversión, y él mismo indujo a otros obispos, como San Braulio (*Ep. XXI*), a optar por el método de la predicación y el ejemplo. La razón del interés por esa conversión se fundaba no sólo en razones eclesiales, sino en la necesidad experimentada de impedir que los judíos pudieran romper la unidad religiosa recién lograda. Y puesto que ésta era el aglutinante esencial de la unidad política, Estado e Iglesia coincidieron en un esfuerzo común por lograr esa conversión que eliminara una eventual amenaza para la integridad de la nación.

San Eladio había desaparecido, pero no sin dejar preparado el camino hacia su misma silla episcopal de Toledo a una serie de discípulos que se formaron bajo su experta dirección, más o menos inmediata, en el monasterio de Agali, el mismo que le había acogido a él: los obispos Justo, Eugenio e Ildefonso.

ANSELMO ÁLVAREZ NAVARRETE, OSB

Bibliografía

Acta sanctorum, o.c., III, 81ss.

ALDEA, Q. - MARIN, T. - VIVES, J., *Diccionario de historia eclesíastica de España*, II (Madrid 1972) 781.

FLOREZ, E., *España sagrada*, V, 240-244

ILDEFONSO, SAN, *De viris illustribus*, VII: PL 96,201-202.

ISIDORO, SAN, *Epistola V Isidori Helladio...*: PL 83,902.

MABILLON, *Acta sanctorum OSB*, feb. 111, 81-84.

PÉREZ DE URBEL, J., *Los monjes españoles en la Edad Media*, II (Madrid 1934) 298-302

YFPES, A. DE, *Crónica general de la Orden de San Benito*, II (Madrid 1959-1960) 49-50.

BEATO ANGÉLICO O JUAN DE FIÉSOLE

Presbítero († 1455)

El fraile dominico Juan de Fiésole gastó su vida como pintor, y sólo representó temas cristianos. Giorgio Vasari (1511-1574) lo define como realmente muy santo y sencillo en sus costumbres, lo que le permitía pintar a los santos como verdaderos santos. Equivale a decir que en sus cuadros se trasluce la luminosidad de su vida interior. Pero a Vasari se le adelantó en muchos años el provincial de la Orden de Predicadores Dominicano de Corella al calificar al artista como un pintor angelical; de ahí la denominación de Angélico, que muy pronto le aplicaron los dominicos: junto al Doctor Angélico con libro y pluma, Santo Tomás de Aquino, situaron imaginariamente al Pintor Angélico, Juan de Fiésole, con su paleta y su pincel. Su santidad quedó de algún modo proclamada a raíz de su muerte, en el epitafio grabado en su sepulcro: *Non mihi sit laudi quod eram sicut alter Apelles, sed quod lucra tuis omnia, Christe, dabam.* «No se me alabe por haber sido como otro Apeles, sino, oh Cristo, porque todo lo he dado por tu amor».

La denominación de *Beato Angélico* pronto se vio popularizada. Apurando conceptos, Hegel es rotundo al resaltar en fríos términos de filósofo la grandeza interior del fraile pintor: «Fray Angélico creó una obra que nunca ha sido superada en la profunda sinceridad de su concepción». Cabe decir, en consecuencia, que así como en los escritos de San Agustín o de Santa Teresa de Jesús se evidencia su verdad íntima, así en las pinturas de Fray Angélico fulgura la pureza lírica de su alma.

Y a la vista está el singular proceso de su beatificación: mientras que para otros santos han sido argumento importante sus propios escritos, para Fray Angélico, del que ni siquiera nos ha quedado una sola carta, lo son todos y cada uno de sus cuadros. De su biografía se ocupó ampliamente el citado Vasari, que le dedica sabrosas páginas, atendiendo muchas veces a la diversa ubicación de los cuadros, y sazónándolas con anécdotas recogidas de algunos dominicos, ninguno de los cuales, por cierto, había tratado en vida al fraile pintor. La búsqueda de referencias escritas en actas conventuales, testamentos y libros de cuentas ha sido últimamente muy fecunda para fijar con exacti-

tud fechas y lugares. La principal consecuencia es que Fray Angélico no fue un pintor retardatario florecido en un retiro monacal: hubo un pintor Guido di Pietro que se convirtió en el pintor Fray Juan de Fiésole.

Guido o Guidolino, el nombre que le fue impuesto en el bautismo, nació en Mugello, cerca de Vicchio, no lejos de Florencia, el año 1400 cuando terminaba el siglo del Gótico y comenzaba el del Renacimiento. De su familia sabemos que su padre se llamaba Pietro, hijo de un tal Gino, y que tuvo un hermano que ingresó también en la Orden de Predicadores (Fray Benedetto) y una hermana (Monna Checca) casada en Florencia. Muy probablemente toda la familia se trasladó a esta ciudad, y aquí comenzó su formación artística en alguno de los florecientes talleres de pintura. Su primera obra artística, *Madonna con bambino*, hoy conservada en el Institute of Fine Arts de Detroit, tal vez la realiza ya en 1417 y ciertamente no después de 1420. Hay datos sobre otras pinturas que se le encargan en el mismo año de 1417.

Su primer contacto con los dominicos de que hay constancia se produce el año 1419: Fray Borghese, del convento florentino de Santa María Novella, le encarga y paga una pequeña obra efímera que adquiere muy bello significado: la decoración del cirio pascual. La actividad artística del joven pintor se ejercita en este convento, y en él madura su vocación religiosa, que quizás alumbró definitivamente al encenderse el cirio pascual por él decorado. Es precisamente en este año de 1419 cuando los frailes de Santa María Novella donaron a Bernabé degli Agli el pequeño convento de Santo Domingo de Fiésole, clausurado diez años antes, para que, restaurado y engrandecido, pudiera reabrirse pronto como un centro de la reforma dominicana. No pudo este convento comenzar mejor su nueva andadura un año después: tuvo como primer prior nada menos que al sabio y santo Antonino Pierozzi, que andaba entonces por los 31 años. Es el famoso San Antonino de Florencia. Entre los primeros novicios que en el mismo año recibieron el hábito figuró el joven de veinte años Guido di Pietro, que pasó a llamarse fray Juan de Mugello.

Su noviciado y su primera formación —filosofía y teología— transcurren bajo el mandato de Pierozzi, a quien conti-

nuó vinculado durante toda su vida. La reforma dominicana supuso algunas novedades llamativas dentro de la Orden. A Fray Angélico le afectó muy positivamente la de no considerar la pintura como oficio servil, incompatible con la misión del fraile dominico. En los conventos no reformados el pintor sólo habría podido dedicarse a su oficio en la condición de hermano converso, sin recibir el orden sacerdotal. Con la reforma, en cambio, tan fraile predicador podía ser el que supurara teología por el pincel como el que lo hiciese mediante la pluma. Seguramente la sabiduría de San Antonino tuvo a punto esta visión para aplicarla desde el comienzo al genial pintor.

Otro dato hay digno de tenerse en cuenta: las casas de los órdenes mendicantes —tales las de dominicos y franciscanos—, emplazadas en centros urbanos, no eran centros aislados de vida monacal como las abadías benedictinas o cistercienses; así, los frailes dominicos se desplazaban desde sus conventos a localidades cercanas o distantes para cumplir con su misión de *contemplata aliis tradere*, transmitir a otros lo contemplado. La obediencia, además, imponía cambios de residencia al compás de las necesidades de la Orden. Y bien atestiguados están los movimientos y contactos con constructores y artistas del fraile pintor desde Fiésole, que fue su convento durante 18 años, hasta finales de 1438 o comienzos del 39: en adelante será ya Fray Juan de Fiésole.

¿Cuándo fue ordenado de sacerdote? Aunque falta el documento preciso, se da por muy probable el año 1427. Poco después es elegido vicario (1432), elección que se repite en 1435. Con su arte propició día a día el ambiente contemplativo de la casa poniendo un toque divino en las distintas estancias. El último domingo de octubre de 1435, se celebró la consagración de la iglesia embellecida con la gran tabla del altar mayor y las de otros dos altares laterales. En el retablo central de 212 × 237 es patente el poderío espiritual y la jerarquización devocional definitivamente alcanzada por Fray Angélico a sus 35 años: la Virgen entronizada, en quien Cristo niño tiene su mejor sede, rodeada de ángeles, dos de los cuales le ofrecen canastillas de rosas, bella alusión, sin duda, a la devoción mariana del rosario, y los tres santos de la Orden que tantas veces volvería a pintar

con los mismos atributos: Santo Domingo, el fundador, con la azucena de pureza, Santo Tomás de Aquino con el libro y la pluma, y San Pedro de Verona, con la palma del martirio... ¡Un claro programa de contemplación, estudio devoto y ascetismo que llega profundamente a las almas mediante la luz y el color! De la etapa fiesolana de Fray Angélico quedan otras obras maravillosas realizadas para este convento, algunas repartidas actualmente por distintos museos (entre ellas la *Anunciación* del Museo del Prado), y otras que atestiguan sus desplazamientos atendiendo a peticiones de su propia Orden, de los monjes camaldulenses de Florencia, de los frailes servitas de Brescia, de los franciscanos de Montecalvo de Valdarno... Las pinturas en tabla pudo perfectamente realizarlas en Fiésole, con la ayuda cierta de algunos colaboradores, en adecuado taller que, evidentemente, fue para los discípulos escuela de piedad. Consta que en 1438 estuvo en Cortona para hacer entrega del tríptico en el que figura la Virgen con cuatro santos y escenas de Santo Domingo en la predela. De esta estancia es testimonio pictórico el fresco de la luneta sobre la puerta que da acceso a la iglesia.

En enero de 1436, el papa Eugenio IV, a petición de Cosme y Lorenzo de Medici, promulga una bula por la cual daba a los dominicos de Fiésole el convento de San Marcos de Florencia, que antes había pertenecido a los silvestrinos. Varios dominicos de Fiésole se trasladaron aquí ese mismo año. Fray Angélico llegó a comienzos de 1439, con la gran suerte de tener de nuevo como prior a San Antonino (1439-1444). La remodelación arquitectónica se había confiado a Michelozzo, y él debía realizar la decoración pictórica. Sin duda los frescos de San Marcos son lo más importante que legó a la posteridad. Tras recorrer el convento queda en el alma profunda impresión de severidad y una inefable sensación de luz. Y se nos revela la santidad del autor sobre todo cuando entramos en cada una de las celdas destinadas a novicios, hermanos legos y frailes predicadores. Dichoso el religioso que tuvo la suerte de ocupar, por ejemplo, la celda 27, teniendo permanentemente ante los ojos el fresco de *Cristo atado a la columna*; ni la Virgen ni Santo Domingo asistieron a este misterio de dolor, pero Fray Angélico los introduce en el cuadro para que el fraile ocupante contemple con María e

imite a su padre Santo Domingo. Se cree que no existe un plan general que inspire el conjunto de las pinturas de las celdas, a diferencia de lo que ocurre en el ciclo de los frescos de siglos posteriores; y se da por cierto que el pintor respondió fraternalmente con su arte a las preferencias devocionales de cada fraile, casi siempre marcando la presencia de la Virgen y de Santo Domingo...

Fue, sin duda, su sistema de contemplación: ver a Cristo a través de los ojos de María para seguir el modelo del santo fundador. A la comunidad conventual de San Marcos le hablaban continuamente las visiones ultraterrenas con que pobló los austeros muros de las estancias comunes: el gran crucifijo del claustro ante el que permanece arrodillado Santo Domingo; sobre la puerta de la hospedería, dos dominicos que reciben al mismo Cristo en hábito de peregrino; sobre la de la sacristía, San Pedro de Verona que invita al silencio; en la sala capitular, una gran crucifixión con multitud de figuras bíblicas de enorme fuerza narrativa y santos de distintas épocas y lugares, todos de tamaño natural: quiere dar sentido a las reuniones conventuales y a su proyección hacia el exterior. Al rematar la escalera que conduce al primer piso, la escena de la Anunciación invita a la devoción mariana: «Cuando pases por delante de la Virgen Inmaculada, recuerda que debes saludarla con un Ave».

El *retablo de la Iglesia de San Marcos* es la creación más importante de Fray Angélico en este género. A la consagración de este templo (el 6 de enero de 1443) asistió el papa Eugenio IV con todo el colegio cardenalicio y numerosos obispos presentes en la ciudad con motivo del Concilio de Florencia. Los años que Eugenio IV permaneció aquí corresponden a la presencia de Fray Angélico (1438/9-1445). Ya de regreso a Roma, el Papa lo reclama: su primer trabajo debía consistir en pintar al fresco la capilla de San Pedro en la basílica homónima. La persona de Fray Angélico impresionó tanto al Papa que muy pronto lo quiso nombrar arzobispo de Florencia. No quiso aceptar, y por indicación suya fue designado San Antonino. El dato está registrado en el proceso de beatificación de este santo.

Para el mismo papa Fray Angélico decoró la Capilla del Sacramento de los palacios vaticanos. Fue destruida en 1540 en

aras de las nuevas construcciones de Pablo III, y bien podemos suponer que la poesía eucarística de Santo Tomás de Aquino movió su prodigioso pincel. El 11 de enero de 1447 se encuentra de nuevo con San Antonino que acude a Roma para su primera visita *ad limina*. Poco después, el 23 de febrero, fallecía Eugenio IV asistido por el santo. La elección del nuevo papa Nicolás V tuvo lugar el 23 de marzo. De lo pintado por Fray Angélico en Roma sólo se han conservado las pinturas con que decoró la capilla pontificia de los santos Esteban y Lorenzo, ayudado principalmente por Benozzo Gazzoli; y con razón es considerada como uno de los monumentos más insignes del arte italiano. El fasto de la corte pontificia no dejó de impactar al fraile pintor: hay un toque de ostentosa magnificencia, bien distinto de la severidad que en San Marcos inspiraba la reforma dominicana. Si aquí pintó complaciendo a sus frailes, en Roma debió satisfacer los gustos renacentistas de Nicolás V.

El de Fiésolo seguía siendo su convento amado y a él regresa a finales de 1449, seguramente urgido por la enfermedad de su hermano Fray Benedetto, prior del convento, que muere al año siguiente. Fray Angélico le sucede en el priorato, sin interrumpir su predicación mediante el pincel. Desde la catedral de Prato lo reclaman para que pinte la capilla mayor y hasta recurren a la mediación de San Antonino. Fray Angélico se traslada a esta ciudad, pero regresa sin aceptar la propuesta, incompatible tal vez por su absorbente tarea de prior y algunos síntomas de falta de salud. Pero su destino final era Roma, a donde acude de nuevo terminado su priorato, llamado por los dominicos de la Minerva. En 1439, hallándose en San Marcos, había pintado un crucifijo que perdura con un dominico arrodillado y junto a él el capelo cardenalicio: parece una buena indicación de que el comitente fue el munífico cardenal español Tomás de Torquemada. Se cree que la llamada a Roma se debió a este cardenal, deseoso de enriquecer con sus pinturas el claustro de la Minerva...

No pudo realizar el ambicioso plan. Falleció el 18 de febrero de 1455 y fue sepultado dentro de la iglesia conventual, en la capilla de Santo Tomás de Aquino. ¡Bello destino! El pintor Angélico reposa desde entonces en la capilla del Doctor Angélico.

El título de Beato sólo empezó a tenerlo oficialmente en la Iglesia a partir del 3 de octubre de 1982, con la beatificación decretada por Juan Pablo II. Dos años después, el 18 de febrero de 1984, lo proclamó *Patrono universal de todos los artistas*, diciendo junto a su sepulcro la primera misa que se celebró en su honor. Entonces pronunció la bellísima homilía en la que se incluyen estas palabras: «El Beato Juan de Fiésole fue un religioso ejemplar y un gran artista, un sacerdote-artista que supo traducir en colores la elocuencia de la palabra de Dios».

JOSÉ M.^a DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- ARGAN, G. C., *Fra Angelico* (Ginebra 1955).
 BARTZ, G., *Guido di Piero, llamado Fra Angelico* (Colonia 2000).
 CENTI, T. M. - ODDASSO, A. C., «Giovanni da Fiesole», en *Bibliotheca sanctorum* (Roma 21996) 797-805.
 VASARI, G., *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Comabue a nuestros tiempos* (Madrid 1998) 267-271.
 VENCHI, I., «Giovanni da Fiesole», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 21992) cols.568-569.

SAN FRANCISCO REGIS CLET

Presbítero († 1820)

¿Sucedió hace un siglo? ¿Ocurrió quizá ayer por la tarde? ¿Ha salido en los periódicos de esta mañana la noticia de que un sacerdote francés ha sido asesinado en China? ¿O quizá mañana? ¿O siempre? Es una vieja historia. Desde el anciano Ignacio, el de Antioquía, comido por los leones, hasta el sacerdote que quizás ahora está muriendo en una cárcel de cualquier parte, la cadena de sacerdotes pasando de mano en mano la antorcha de la fe, manchada en sangre, no muere nunca, hasta el fin. Francisco Regis Clet fue un eslabón. Nadie ha dicho que tú o yo no podamos ser otro.

Francisco Regis Clet fue un paúl francés. Francisco Regis Clet fue durante catorce años profesor de teología de un seminario. Durante un año fue director de novicios. Durante veintisiete años fue misionero en China. Desde hace ciento veintiocho años es un habitante del cielo. No fue obispo. No fue predicador de Notre Dame. No murió joven, ni fue un santo

arrollador en los que el brazo de Dios obra a modo de relámpago. Apenas hizo nada que no pueda hacer un profesor de seminario. Pero tuvo el coraje de subir paso a paso hasta la cumbre.

Siempre quiso ser mártir, pero no murió mártir hasta los 72 años. Murió sin prisa, año a año, en Europa y en China, pensando siempre: «Para mí, vivir es Cristo, y morir, una recompensa». Una recompensa cuando Dios quiso, y mientras tanto evitó la muerte que dejaría a muchos cristianos sin sacerdote, huyó de las persecuciones chinas, se refugió con sus cristianos en las montañas, se escondió en los pozos y en las cuevas, huyó de casa en casa.

Una mañana, disfrazado de comerciante, con una vasija de aceite en la mano, Regis Clet salía de la última casa que le había servido de refugio. Aquella noche alguien le llamó mientras dormía:

—¡Francisco, Francisco, que vienen los soldados, levántate!

Francisco siguió dormido. Entonces ese alguien le tiró del brazo.

—De manera que están los perseguidores a la puerta y tú duermes tan tranquilo.

Se levantó de la cama. No vio a nadie. (¿Será el ángel?) Celebró la misa, se disfrazó y abrió la puerta para escapar. Allí estaban los soldados. El cristiano renegado que venía con ellos dijo:

—Ése es.

Francisco se adelantó.

—Amigo, ¿a qué has venido?

Sabía muy bien que ningún lugar de prendimiento, aunque sea Ho-nan, allá en China, está muy lejos de Getsemaní. Ni tampoco está muy lejos del Calvario aquella cruz de Hou-pe donde murió dos años después.

El 17 de febrero de 1820 los soldados de la prisión de Hou-pe entraron en la celda donde estaba el padre Clet con el sacerdote nativo Chen. Dijeron a Clet:

—Síguenos.

—¿Me volveréis de nuevo aquí?, preguntó Clet.

Los soldados callaron. Entonces el padre Chen les miró.

—Decid la verdad. Los europeos no temen la muerte.

—La verdad es que no ha de volver.

El padre Clet pidió unos momentos para hablar con su compañero, del que recibió por última vez la absolución sacramental. Quisieron darle unos vestidos nuevos para ir al suplicio por estar ya viejos los que llevaba. «No voy al suplicio como un mártir, contestó, voy como un penitente». Antes de salir se volvió hacia los cristianos que lloraban tras él, diciendo: «No abandonéis jamás la fe». Y salió.

Apenas había amanecido. En Pekín, a muchas leguas de allí, tampoco había amanecido ni amanecería en todo el día, ni al día siguiente. Durante tres días estuvo la ciudad envuelta en tinieblas cerradísimas que muchos atribuyeron a castigo por el asesinato de Clet. En Hou-pe apenas había amanecido. Un grupo de soldados conducía hacia las afueras de la ciudad a un viejecito de setenta y dos años, mal vestido, con su barba blanca demasiado larga, encorvado y gastado, pero sonriente. Llegaron al campo de los ajusticiados. Había allí una cruz, no muy alta. Sólo lo preciso para que un hombre pudiese morir en ella estrangulado. Clet, después de haber estado un momento arrodillado junto a ella, levantóse diciendo: «Podéis atarme ya». Y le amarraron. Con las cuerdas, bajando desde el cuello, le sujetaron las manos a la espalda, y le ataron los pies, uno sobre otro.

Ya no quedaba más que morir. Pero, en China, morir estrangulado es morir tres veces. El verdugo aprieta tres veces el cuello para hacer regustar el tremendo sabor de la muerte. Los cristianos pagaron a los verdugos para evitar que el suplicio fuese tan cruel con este pobre anciano. Pero fue inútil. El verdugo apretó hasta el límite de la muerte y soltó. Un momento más de vida para volver a morir. Un instante más para volver a ver los setenta y dos años de vida que se van.

Dicen que al morir la vida aparece junta y más clara. Toda la vida como es, como un suspiro, que dice el salmo. Francisco Regis Clet había reunido ahora, como en un puñadico, todo lo que quedaba de su vida, todos los recuerdos. En su prisión, cuando volvía al calabozo despedazado, hecho polvo después de las torturas de los interrogatorios, Francisco Regis Clet no dormía. Rezaba y recordaba durante toda la noche, arrodillado en un banquillo. Una noche el carcelero le vio así, solo y despierto y aún sangrando. «¿Qué prodigio, preguntó a la mañana

siguiente, qué prodigio quería obtener este anciano que ha pasado de ese modo en vela toda la noche?». El prodigio de morir por Cristo, de ofrecerle todo lo que había sido su vida. Otro carcelero puso una cadena sobre el banquillo para que no se arrodillase. Pero él hizo como si no se diese cuenta y se volvió a arrodillar allí, rezando y recordando.

Ahora, desde el umbral de la muerte, lo tiene todo fresco en la memoria, todo junto para ofrecérselo a Dios. Desde la soga de estrangulado puede ver allá lejos, más allá de estas montañas de China, mucho más allá de lagos y bosques, la dulce Francia, y aquella ciudad de Grenoble, al pie de los Alpes, donde nació el 19 de agosto de 1748. Puede recordar a su padre, comerciante de tejidos, a su madre, Claudina Bourquy. Recordar su despedida para ingresar en el seminario de la Congregación de la Misión de Lyon. Su ordenación sacerdotal en 1773, sus años de profesor de teología en Annecy, donde era llamado «biblioteca ambulante». Su marcha a París para la Asamblea General de la Congregación, y su nombramiento de director de novicios. Y aquella noche del 12 al 13 de julio, cuando las turbas que hicieron la Revolución Francesa asaltaron la casa de San Lázaro a las dos de la madrugada. Él, con los demás sacerdotes, se había refugiado en las casas cercanas. Cuando volvieron al día siguiente sólo encontraron lo que queda después de una tormenta, un montón de muebles y altares destrozados en medio de unas paredes desnudas. Y muy cerca de allí un cuerpo en su ataúd. El cuerpo de Vicente de Paúl. Cuando las turbas, gritando, derribándolo todo, se encontraron de repente ante el cuerpo de San Vicente de Paúl, callaron. Allí estaba el padre de los pobres, el hombre del pueblo, el único corazón de Francia que podía detener todas las revoluciones del hambre y del odio. Y dejando las hachas y descubriendo las cabezas, cargaron el ataúd y en un silencio de muerte lo transportaron a la próxima iglesia.

Francisco se acuerda de Vicente de Paúl. Siempre ha vivido bajo su luz. Hace ya veintinueve años, poco después del asalto a San Lázaro, besó por última vez sus reliquias.

¡Tantas cosas sucedieron hace veintinueve años! ¡Qué lejos quedó Francia desde entonces! ¡Qué lejos su casa, su familia, su hermana María Teresa! María Teresa, la hermana mayor,

había sido como una madre para los hermanos pequeños de la familia Clet. Francisco era el décimo de los quince hermanos. Son emocionantes las cartas de despedida entre los dos hermanos, antes de embarcarse Francisco para China. María le escribió llorando que no les abandonase para siempre. Francisco contestó:

«Aprovecho la noche que precede a mi salida para contestar a tu tiernísima carta. Ya esperaba yo que tu constante y dulce cariño hacia mí no te había de permitir obedecer a la invitación que te hacía de que no intentarás quebrantar mi proyecto... Las cosas han avanzado demasiado y no me arrepiento en modo alguno de mi conducta. No por falta de amor hacia ti, sino porque creo que en esto sigo los designios de la Providencia hacia mí».

Todo el cariño más puro y más fuerte que puede contener el pecho de un hombre se levantó entonces en el corazón de Francisco. Hace falta haber sufrido este género de pena para comprenderlo. María Teresa era para él el amor de su madre muerta, el amor de la familia, el hogar, toda su infancia personalizada en una persona. Era la parte que en su vida había cabido al amor humano. Pero la voluntad de Dios estaba más allá del mar. A pesar de todo, allí se iría, pues. No se vieron al despedirse, no se habrían de volver a ver en la vida. Pero no importa. Unos momentos antes de embarcarse le escribió de nuevo: «[...] Ruega al Señor que me haga cumplir exactamente su obra. Comunica otra vez mis afectos a mis queridos hermanos, así como también a mi cuñado y sobrinillos. Encomiéndame a las oraciones de mi tía, de la carmelita, y persuádetes de que por muy apartado que de ti me halle, jamás te olvidaré». Y cruzó el mar, dejándolo todo detrás, dejando su tierra que amaba como un francés ama a Francia, dejando cuarenta y tres años, media vida, detrás. Ahora estaba en China, ahora iba a morir. Pero, «por muy apartado que de ti me halle, jamás te olvidaré».

Después de un noviciado de costumbres y usos chinos, marchó a la misión del Kiang-si. Pero el lenguaje chino no se aprende en un día. Francisco necesitó toda su paciencia y tesón para aprenderlo. Enseguida marchó al Hou-Kouang, subdividida en las provincias de Hou-pe y Ho-nan, donde había diez mil cristianos diseminados, refugiados en las montañas por causa de la persecución de 1784, y por miedo a los Peisien-kiao, ban-

das de sublevados contra el emperador. Y para tantos cristianos, a veces cinco sacerdotes, a veces tres, a veces sólo el padre Clet, caminando de monte en monte, disfrazado. «Para ponernos al abrigo de una sorpresa, escribe, hemos formado, en unión de nuestros cristianos, campos fortificados en las cumbres de los montes». Y ni aun esto bastaba, porque los revolucionarios venían a cualquier hora quemándolo todo. Así, escribió Clet:

«Han visitado mi casa y se han llevado cuanto han querido; pero no la han incendiado. La casa tiene dos cuartos e invadieron el primero mientras yo me estaba tranquilamente en el segundo. No tenían más que abrir la puerta y me hubieran prendido. Pero no abrieron, sino que se entretuvieron en beberse el vino que encontraron, y después se marcharon».

En medio del peligro salía hacia grupos de cristianos que hacía veinte o treinta años no habían visto un sacerdote. Y en los días de descanso confesaba durante nueve o diez horas seguidas, y al final todavía conservaba su buen humor para decir: «Aquí hay algunos cristianos tibios, pero gracias a Dios no existen filósofos ni mujeres teólogas».

A todos los rincones llegaba la fama de su abnegación, sabiduría y santidad, y era considerado como el oráculo de los misioneros de China, según testimoniaba muchos años más tarde otro mártir de China, el Beato Gabriel Perboyre. Si un día libraba del demonio a una mujer con sólo tocarla con la estola, otro día conseguía una lluvia torrencial después de haberse puesto a rezar a petición de los cristianos, y de haberla anunciado. Un día, navegando por el río, le dijo el barquero: «Si no se levanta un viento favorable que nos aleje de la orilla, le reconocerán y prenderán». No había el viento suficiente para hacer temblar la hoja de una flor de loto. Pero, de improviso, mientras rezaba, se levantó un viento que alejó la barca de la costa... Volvía otro día a casa y unos paganos le esperaban en un recodo del camino para abalanzarse sobre él y despojarle de cuanto llevaba. Pero no pudieron moverse de espanto al verle venir rodeado de luz y avanzando sin pisar el suelo.

Bueno, ya estamos en el fin. Cuánto ha tardado en llegar. ¡Hacerse viejo en los escondrijos, vivir sabiendo que el mandarín ha ofrecido tres mil tails y la condecoración nacional por la cabeza de uno! ¡Y todavía en estas circunstancias tener valor y

humor para escribir desde su escondite: «No deseo de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo, pues de los que me enviaron hace dos años sólo uno está medianillo. Los otros se adelantan una o dos horas al día; de pronto fueron asaltados de una calentura intermitente que los condujo a la muerte!». ¡Santo Dios! «No deseo de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo». A los setenta años, perseguido, a punto de ser capturado y estrangulado, tener serenidad y coraje para decir que no desea de las cosas de aquí abajo más que un buen reloj de bolsillo. Nunca entenderemos la maravilla de sublimidad y sencillez de que está hecho un santo.

Quizá ahora, ahora que está atado y a punto de ser estrangulado, entre sus pobres ropas, lleva su buen reloj de bolsillo. Desde ahora ya no importará que el reloj se atrase o se adelante, ¿verdad? Ya todo es lo mismo. Todo está cumplido. Los veinte meses de prisión también. Y todos sus tormentos.

Pero, a pesar de todo, aún se puede sonreír, aún está sonriendo, esperando a que el verdugo apriete definitivamente. Siempre ha sonreído, pase lo que pase. Hasta entre los tormentos y los interrogatorios, de rodillas ante el tribunal. Mientras el tribunal estaba distraído, dijo un día el padre Lamiot, que acababa de llegar encadenado, al padre Clet:

—¡Ánimo! Me encomiendo a vuestras oraciones. ¿Cómo estáis?

Entonces Clet sonrió:

—Ya no sé hablar francés, ni latín, ni chino.

Y, al verles sonreír, les separaron.

C'est tout. Sencillo y emocionante. De tanta sencillez que podría hacer llorar. Pero el verdugo no llora; el verdugo aprieta. La pobre garganta ya no resistirá más. Es la garganta de un profesor de seminario y la garganta de un apóstol y la garganta de un habitante de las catacumbas. Eso, la garganta de un cristiano. Ahora ya no sabe hablar ni el francés del seminario, ni el chino de las misiones, ni el latín de las catacumbas. Ahora ya no puede hablar. Sólo sonrío.

... Más allá de las montañas está Francia. Más allá de las nubes está Dios...

El mandarín dio la señal. El verdugo le apretó por tercera vez la garganta, sin miedo, hasta el fin. Francisco Regis Clet sonrió. Eso es, sonrió. Y murió.

Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

LUIS GALLÁSTEGUI, CM

Bibliografía

Le disciple de Jésus, obra anónima, excelente monografía (1853).

GUITTON, G., *Saint Jean François Régis* (París 1941).

LAUNAY, A., *Histoire des Missions de Chine... Les 52 serviteurs de Dieu*, II (Vannes 1907-1908) 287s; *Salle des martyrs du Séminaire des Missions*.

LECLERCQ, H., *Les martyrs*, o.c., X.

WALTER, H., *Leben, Wirken und Leiden der 77 sel. Märtyrer von Annam und China* (Friburgo 1903).

WOLFERSTAN, B., *The Catholic Church in China from 1860 to 1907* (Londres 1909).

BEATA GERTRUDIS (CATALINA) COMENSOLI

Virgen († 1903)

La Beata Gertrudis Comensoli nació en Bienno (Brescia, Italia) el 18 de enero de 1847. En su bautismo recibió el nombre de Catalina. Era la quinta de los diez hijos que tuvieron sus cristianos padres: Carlos Comensoli y Ana Milesi. El nivel social de su familia era muy modesto. Su padre trabajaba como herrero y cerrajero.

Muy niña aún, respondiendo a la gracia divina y a la buena educación recibida en su casa, empezó Catalina a manifestar un fuerte amor a Dios y una especial veneración a la Eucaristía y a la Virgen María. Se pasaba a menudo horas enteras en silencio ante el sagrario («pensando», como solía decir). Ella misma cuenta que, siendo aún muy pequeña, se le incrustó en el alma el deseo de «fundar un instituto religioso dedicado a la adoración perpetua». Así se lo manifestaba con espontánea simplicidad a sus amigas desde la cumbre del monte de la Magdalena, que domina la ciudad de Bienno: «¡Qué hermoso sería construir aquí un convento y pasar en él la vida entera adorando la Eucaristía».

Su primera comunión fue uno de los días más felices de su vida. Se había preparado con todo esmero para aquel primer

abrazo de amor con su Jesús querido. Fue para ella la culminación de un anhelo ardiente, guardado celosamente en su pecho: «¡Ya no podía más en mi deseo de acercarme al Santísimo Sacramento!». Cogió también la costumbre de confesarse todos los sábados, pues «no deseaba permanecer con su corazón lleno de pecados». A sus siete años, hizo el propósito de permanecer siempre virgen y de no tener otro esposo fuera de Jesucristo. Le prometió *solemnemente*: «Señor, os juro un millón de veces que seré siempre vuestra, y si por casualidad fuese infiel, llevadme en seguida». Años más tarde, comentará: «No sabía yo entonces muy bien lo que era la virginidad, pero sí que sabía perfectamente apartarme de la compañía de los niños y niñas malas». Antes que en los juegos infantiles, sus ilusiones estaban puestas en el servicio del Señor y del prójimo; en la oración y en la penitencia.

Con el pasar de los años, se hizo apóstol de la Eucaristía. Instituyó entre sus mejores compañeras la «Guardia de Honor». Con la ayuda de su confesor, se esforzó en progresar en el camino de la perfección cristiana. Para conseguirlo mejor, hizo el propósito de huir de todo pecado venial voluntario, además de practicar con diligencia las virtudes fundamentales: la obediencia, la humildad, la negación de sí misma y la perfecta conformidad con la voluntad divina.

Pensando que en la vida religiosa era donde mejor y más plenamente podía realizar sus grandes ideales de santidad, ingresó a los 15 años (1862) en el Instituto de las Hijas de la Caridad, fundado por Santa Bartolomea Capitanio en Lóvere (Brescia). Pero al cabo de unos meses, todavía postulante, tuvo que volver a su casa por falta de salud.

Después de esta breve experiencia de vida religiosa, se inscribió en la Compañía de Santa Ángela de Mérici de Bienno, fundada por Isabel Girelli de Brescia, cumpliendo fielmente su reglamento de vida y desarrollando un fecundo apostolado entre la juventud de la parroquia.

Entre tanto, su fervor, en el que hasta entonces había vivido, empezó poco a poco a disminuir e, influenciada por algunas amigas, probó algo del vano atractivo del mundo. Pero al fin su amor a Dios triunfó, y de nuevo, y ya para siempre, se adueñó plenamente de su corazón.

En 1869, las condiciones económicas de su familia cambiaron bruscamente, obligándola a trasladarse a Chiari en donde se puso a servir en casa del párroco, el P. Juan Bautista Rota, que unos años después fue elevado a la sede episcopal de Lodi. Después se estableció en San Gervasio de Adda (Cremona) como señorita de compañía de la condesa Fé-Vitali, permaneciendo en esta casa durante diez años.

En la fiesta del Corpus Christi de 1878, con el permiso de su confesor, hizo voto de perpetua virginidad. Sin descuidar sus deberes domésticos, se dedicó a la educación de los niños de San Gervasio y llevó una vida de mortificación, oración, intensa vida interior y práctica de las obras de misericordia. En esta misma localidad, en 1879, se encontró por primera vez con don Francisco Spinelli, al que confió su antiguo proyecto de fundar una congregación religiosa de clausura dedicada a la adoración perpetua a Jesús Sacramentado. El P. Spinelli consideró este encuentro como providencial, pues también él, desde 1875, tenía la misma idea de fundación. En efecto, en ese año, orando en la basílica de Santa María la Mayor, en Roma, había «soñado» una multitud de vírgenes adorando al Santísimo Sacramento.

Catalina expuso también estas intenciones al obispo de Bergamo, que estaba residiendo como huésped en la casa de los condes. Hizo un viaje a Roma con sus patronos y pudo ver al papa León XIII, a quien comunicó su proyecto fundacional. El gran Papa la escuchó paternalmente y le sugirió que uniera a la adoración eucarística la educación de las jóvenes obreras. Eran, en efecto, los difíciles años del desarrollo industrial. Muchas jóvenes inexpertas se encontraban inmersas de golpe en un mundo desconocido para ellas, expuestas al influjo nocivo de ideologías materialistas. Catalina acogió esta insinuación del Papa como una expresa consigna del Espíritu Santo. Aunque ella se veía incapaz por sí misma de tal empresa, sabía que no estaba sola: Jesús-Eucaristía la atraía fuertemente y la Virgen la sostenía también. Así solía invocar a la Señora: «¡Tú serás mi fuerza, tu nombre será mi escudo...!».

A la muerte de sus padres (1879), Catalina trató de hacer realidad sus ideales fundacionales. Se liberó, no sin dificultades, de la familia Fé-Vitali, que la consideraba como a una hija, y se

trasladó a Bérghamo. En esta ciudad, bajo la dirección espiritual de don Francisco Spinelli (a quien el obispo de Bérghamo, Mons. Cayetano Camilo Guindani, había nombrado superior del nuevo Instituto), el 15 de diciembre de 1882, junto con su hermana Bartolomea y la joven María Pandini, empezó, en una pobre casa de la calle Cavette, la Obra de las Adoratrices del Santísimo Sacramento. En ese día se tuvo la primera hora de adoración ante un cuadro del Sagrado Corazón, pues no poseían aún una capilla propia, la cual se inaugurará al año siguiente.

Dos años después, al término de unos días de ejercicios espirituales y con la bendición del obispo, el 14 de diciembre de 1884, cinco Adoratrices vestían el hábito religioso, tomando Catalina el nombre de Gertrudis del Santísimo Sacramento y convirtiéndose, desde ese mismo día, en superiora de la comunidad. Otras nueve religiosas habían hecho antes su profesión religiosa. Se ocupaban también, conforme al deseo del papa León XIII, en la educación de la juventud pobre y obrera. Más adelante la adoración al Santísimo será continua.

La madre Gertrudis imprimió en sus hijas un espíritu fuerte y exigente en la práctica de las virtudes, especialmente en la abnegación y en la humildad, tal y como ella misma las practicaba, según lo vemos reflejado en estas notas íntimas suyas: «No levantaré nunca la voz, no me justificaré nunca, ni cuando tenga razón ni cuando se trate de una equivocación. Sufriré todo en silencio, sin mirar qué es lo que me hacen». También les pedía una gran pobreza interior de espíritu: «Desconfianza de sí, humildad grande, generosidad en el sufrir y gran caridad en el trato con los demás». Su lema era: «Jesús, amarte y hacer que te amen!».

El instituto, gobernado por ella con gran prudencia, creció rápidamente en vocaciones y en nuevas fundaciones: en 1884 fundaron en Borgo de Santa Catalina, en la misma ciudad de Bérghamo; en 1885, en Rivolta de Adda, en la diócesis de Cremona, con la ayuda económica de don Constancio, hermano del P. Spinelli; en Lenno, junto al lago de Como, fundaron en 1886; en 1887, en Alzano Maggiore, en Verdello y en Lodi.

Pero en 1890 la congregación sufrió una crisis gravísima, forzándola a variar completamente de dirección. Una descomu-

nal quiebra económica, fruto de un descuido financiero, causó la expropiación de los bienes materiales del instituto, poniendo en serio peligro la existencia misma de la reciente congregación. El P. Spinelli se vio envuelto inesperadamente, y sin culpa suya, en esta repentina bancarrota. A él le tocó afrontar todas las consecuencias del escándalo financiero, puesto que las casas de la congregación estaban registradas a su nombre. Las razones de esta quiebra no están todavía suficientemente aclaradas, ya que documentos importantes se hicieron desaparecer. A pesar de todo, la inocencia de don Francisco Spinelli y de la madre Gertrudis está fuera de toda sospecha.

El proceso judicial que siguió al embargo, y que duró más de tres años, declaró culpable a don Francisco Spinelli. Éste, en obediencia al obispo Guindani, dejó la diócesis de Bérgamo y se refugió en la única casa que pudo librarse del embargo (Rivolta de Adda), pues estaba puesta a nombre del hermano del P. Spinelli. Allí, con las religiosas que le permanecieron fieles, superados los primeros momentos dramáticos y apoyado por el obispo de Cremona, Mons. Jeremías Bonomelli, dio una nueva estructura a su instituto independizándolo definitivamente del de Bérgamo.

Así pues, desde 1892, hubo dos ramas, completamente independientes: la de Bérgamo bajo la dirección de la madre Gertrudis, que empezó a llamarse Hermanas del Santísimo Sacramento de Bérgamo, y la de Rivolta de Adda, que conservó la denominación inicial de Adoratrices del Santísimo Sacramento.

Este duro golpe, fue, sin duda, una dolorosa prueba para todos y, además, causa de grandes daños morales. Tanto la ciudad de Bérgamo como las autoridades religiosas de la diócesis, empezaron a mirar con desconfianza y recelo a la nueva congregación. La madre Gertrudis sufría en silencio, desahogándose así con el Señor en aquellos dolorosos momentos:

«Jesus mio, dentro de algunos minutos [] vendran a precintarlo todo [] Los hombres quieren nuestras cosas Tu *sella mi corazon* [] Tenme siempre junto contigo, mi amado Jesus»

Su verdadero refugio, como lo fue siempre a lo largo de toda su vida, era el sagrario:

«Tendré mi corazón siempre dirigido al altar donde habita el amado Jesús. Cansada y oprimida, afligida, desolada, allá estará mi lugar de descanso, mirada sólo por mi Jesús [...] Mi vida debe quedar sepultada en Dios, en su divino costado».

En estas terribles circunstancias, la madre Gertrudis se distinguió por su gran espíritu de humildad, de paciencia y de caridad hacia todos, perdonando de corazón a los verdaderos culpables del descalabro económico.

Hoy, al cabo de tantos años de distancia de los acontecimientos, es posible juzgar los hechos con mayor objetividad. La santidad en las intenciones de los dos fundadores, como hemos señalado, está fuera de toda duda, así como su buena fe.

La quiebra económica fue, efectivamente, la circunstancia que produjo la separación definitiva entre don Francisco Spinelli y la madre Gertrudis. Sin embargo, el verdadero motivo de tal escisión era mucho más profundo y se remontaba al año 1885 (la apertura de la fábrica de hilados en Borgo Santa Catalina): la madre Gertrudis quería dar precedencia absoluta a la adoración eucarística, a la que se agregarían, como complemento secundario, las obras asistenciales; don Francisco Spinelli también quería lo mismo, pero dando mayor relieve a las actividades caritativas.

La última carta de don Francisco Spinelli a la madre Gertrudis, escrita desde Rivolta de Adda, lleva por fecha el 3 de marzo de 1889. En esos momentos las religiosas eran 110. De éstas, 73 siguieron con la madre Gertrudis y 33 se pusieron bajo la dirección de don Francisco Spinelli en Rivolta de Adda. Sólo 4 religiosas abandonaron el instituto.

El obispo Guindani, que había pensado disolver la congregación, aconsejó a la madre Gertrudis que se alejara con sus hijas por algún tiempo de la ciudad de Bérgamo. Se establecieron en Lodi, acogidas paternalmente por el obispo Rota (1888-1913), al que ya conocía Catalina desde 1867. Este prelado adquirió para ellas una casa en Lavagna Comazzo y concedió a las religiosas, con el visto bueno del obispo de Bérgamo, la tan deseada aprobación diocesana (8 de septiembre de 1891). Al año siguiente pudieron volver a su antigua casa, rescatada por fin de su hipoteca. La madre Gertrudis hizo su profesión solemne y fue nombrada superiora general. Desde este momento

ella será la única fundadora, encargándose, hasta su muerte, de la dirección del instituto, que experimentó una sorprendente expansión, y de la formación de las hermanas, en las que imprimió su auténtica fisonomía espiritual, centrada en la reparación y adoración al Santísimo Sacramento.

Lo que enseñaba a las demás, ella misma lo ponía en práctica con todas sus fuerzas y con un gran espíritu de alegría. Sólo apetecía una cosa: progresar sin interrupción en la imitación de Cristo, siguiéndolo con fidelidad heroica, sin condiciones ni restricciones, y extender el Reino de Dios en la tierra.

Con el fin de agradar a Dios, se negaba continuamente a sí misma, llevando su cruz con fortaleza y optimismo. Castigaba su cuerpo con la penitencia; observaba escrupulosamente sus votos religiosos y era constante tanto en su oración privada como en la comunitaria. Consideraba la presencia real de Jesús en el sagrario como su «paraíso en la tierra», fomentando constantemente en sus hermanas y en el pueblo fiel la adoración al Santísimo Sacramento.

Su unión constante con Cristo alimentó en la madre Gertrudis un amor puro e incansable al prójimo. Fue una verdadera madre, tanto para sus hijas como para las niñas huérfanas a las que atendían. Su preocupación era la salvación de las almas y la conversión de los pecadores; consolaba a los enfermos y afligidos; era generosa con los pobres, pronta al perdón de los que la ofendían.

Se caracterizaba, además, por su fidelidad a la Iglesia, de la que se consideraba verdadera hija, acogiendo con agrado sus normas y doctrina. Tenía gran veneración al Papa, a los obispos y a los sacerdotes, a los que ayudaba desde su específico carisma religioso.

Así vivió todos estos años, hasta que una imprevista y breve enfermedad la condujo a la eternidad. La madre Gertrudis, como siempre había hecho, abrazó con gran paz esta última voluntad de Dios. Antes de dejar este mundo, les dijo a sus hermanas: «Os exhorto a observar la Regla, el silencio, la mortificación, la pobreza y la obediencia». Confortada con la bendición de León XIII y del patriarca de Venecia, el cardenal Sarto, con los que se había entrevistado a menudo y que la estimaban mu-

cho y, después de dirigir una última mirada a su sagrario tan querido, que ella podía ver desde su lecho de enferma a través de una pequeña ventana, entregó su alma a Dios el 18 de febrero de 1903, a los 56 años de edad. Su cuerpo, enterrado en el cementerio municipal de Bérghamo, fue trasladado en 1926 a la casa madre y depositado en la capilla contigua a la iglesia.

La vida de la Beata Gertrudis Comensoli, como podemos apreciar por estas breves líneas biográficas, es, en sí misma, un testimonio elocuente de que la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia y de las almas. Ése es el mensaje fundamental que ella nos ha legado. Del misterio eucarístico, meditado y adorado con solicitud constante, aprendió la Beata Gertrudis a seguir las huellas del divino Maestro, sirviéndolo, desde su niñez hasta su muerte, con fidelidad y amor. Su difícil itinerario espiritual y las duras vicisitudes de la fundación de su instituto, dan prueba de todo ello. Por eso, su ejemplo sigue dando copiosos frutos y la herencia espiritual que las Hermanas del Santísimo Sacramento de Bérghamo han recibido de su madre y fundadora sigue vitalizando a los hijos de la Iglesia. Están presentes en Europa, África y América. Sus numerosas capillas abiertas al público, en las que siguen adorando perpetuamente a Jesús Sacramentado, son verdaderos centros de irradiación eucarística. En ellas, muchos grupos de cristianos hacen turnos de oración ante el Santísimo. De este modo, el lema de la Beata Gertrudis Comensoli («¡Jesús, amarte y hacer que te amen!») sigue configurando la vida de la Congregación. Su razón de ser sigue siendo adorar y reparar al Señor realmente presente en la Eucaristía y, al mismo tiempo, invitar a todos como Marta de Betania: «El Maestro está ahí y te llama...» (Jn 11,28).

El proceso diocesano informativo de la Beata Gertrudis Comensoli comenzó el 18 de febrero de 1928, exactamente 25 años después de su muerte. Pío XII introdujo su causa el 4 de junio de 1941 y Juan XXIII, bergamasco él también, aprobó el decreto de heroicidad de sus virtudes el 26 de abril de 1961. Fue beatificada por Juan Pablo II en Roma, el domingo 1 de octubre de 1989.

Bibliografía*AAS* 82 (1990) 317ssCOMENSOLI, C., *Un anima eucaristica, M Gertrude* (Bergamo 1936)LOCATELLI, G., *Giuro un milione de volte* (Turin 1965)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SADOC Y COMPAÑEROS

Mártires († 342)

En la persecución terrible que contra el cristianismo llevó adelante el rey Sapor II de Persia en mitad del s. IV cayeron numerosas víctimas que se negaron a apostatar del Dios vivo para adorar al sol.

Luego de que en la primavera del año 341 murieran el obispo Simeón y sus compañeros, fue elegido para suceder al prelado martirizado el diácono Sadoc, que quedó consagrado obispo de Seleucia-Ctesifonte. Como tal diácono, había representado a su obispo en el concilio de Nicea, donde se adhirió, en nombre de su Iglesia, a la fe católica contra el arrianismo.

Sadoc tuvo un sueño del que dedujo que su martirio iba a suceder pronto, y se preparó a él espiritualmente, dispuesto a confesar a Dios hasta la muerte. Cuando el rey Sapor llegó a Seleucia mandó arrestar enseguida al obispo cristiano y con él a ciento veintiocho cristianos entre presbíteros, diáconos, clérigos y vírgenes consagradas.

Sapor II quería a todo trance la apostasía de los detenidos que, de entrada, fueron metidos en tenebrosas cárceles y allí durante meses fueron atormentados con tormentos terribles, ofreciéndoles continuamente el cese de los tormentos y la vida si adoraban al sol. Sadoc no dejó de contestar que el sol era una simple criatura, no un dios, y que solamente el Dios vivo merecía adoración. Los demás mártires no dejaron de manifestar idéntica fe y determinación.

Cargados de cadenas, los mártires fueron sacados a las afueras de la ciudad y ejecutados. A Sadoc se le llevó a otra población y allí fue degollado.

SAN TARASIO

Obispo († 806)

Cuando la emperatriz Irene, que regentaba el Imperio bizantino por la menor edad de su hijo Constantino VI, quiso restaurar de modo oficial el culto a las imágenes sagradas, pensó que una de las cosas imprescindibles era tener un patriarca de Constantinopla que le fuera fiel y fuera adicto a sus ideas al respecto. Hizo dimitir al patriarca Pablo y en su lugar eligió a un seglar, su propio secretario Tarasio.

No puede olvidarse que el año 754 el emperador Constantino V había reunido un concilio de más de trescientos obispos en el que la iconoclastia se había elevado a categoría de dogma, y aunque ninguno de los patriarcas había dado su asentimiento al concilio pero la corte sí lo tenía en calidad de verdadero concilio y su resolución era ley del Imperio. Por ello lo primero necesario era contraponerle un nuevo concilio que declarara la licitud de los sagrados iconos.

Irene hizo abrir nuevamente los monasterios clausurados por su apoyo al culto a las sagradas imágenes y tomó las medidas precisas para que la nueva situación se consolidase. Tarasio fue consagrado obispo el 25 de diciembre del año 784 y seguidamente dirigió una carta al papa Adriano I dándole los motivos de su aceptación del episcopado desde la condición seglar y proponiéndole la celebración de un concilio ecuménico que restableciese la ortodoxia frente a la iconoclastia. Por su parte la emperatriz Irene también escribió al papa en el mismo sentido. Adriano estuvo de acuerdo en la celebración del concilio y envió para ello dos representantes.

Vencidas algunas dificultades, el concilio tuvo lugar en Nicea, y se le conoce como II de Nicea, el año 787. Estuvieron presentes los representantes del papa, pero llevando la dirección de los debates el propio Tarasio. Él propuso se distinguiera entre adoración, culto reservado a Dios, y veneración o respeto religioso, que era lo que proponía para los sagrados iconos, y en este sentido se pronunció el concilio. Aprovechando la reunión, se trataron temas de disciplina eclesiástica, poniendo Tarasio de manifiesto el alto concepto que tenía de la dignidad sacerdotal y de la santidad requerida a los sacerdotes.

Tarasio procuró ser un patriarca responsable, y por ello se negó a aceptar el divorcio del emperador Constantino VI y a bendecir su nuevo matrimonio. Castigó al pope que casó al emperador por segunda vez pero no excomulgó al monarca. Los monjes rompieron entonces la comunión con Tarasio y cuando la propia Irene destronó a su hijo, Tarasio se vio obligado a tomar las duras medidas que se reclamaban de él. Más tarde, destronada Irene por Nicéforo, Tarasio no cayó con ella pues el nuevo emperador lo dejó en paz.

Tarasio fue personalmente un hombre humilde y sencillo, que no se aprovechó de su cargo para envanecerse o enriquecerse, pues vivió con pobreza y modestia, no queriendo criados ni pajes. Sus circunstancias fueron muy difíciles y su buena voluntad evidente. Era muy devoto de la Santísima Virgen María. Murió el 18 de febrero del año 806.

SAN TEOTONIO

Presbitero († 1166)

Fue natural de la ciudad de Tuy donde nació hacia el año 1086, y muy pronto pasó a Coimbra donde su tío era el obispo. El muchacho manifestó inclinación al estado eclesiástico y se preparó para las órdenes sagradas.

Una vez sacerdote, fue enviado a Viseo como arcipreste, y aquí su santidad de vida y su ardiente predicación le atrajeron el interés de multitud de fieles que acudían a oírle.

Por dos veces peregrinó a Tierra Santa, llenándose su alma de religiosos sentimientos y de ansias de perfección cristiana en dichas peregrinaciones.

Esto le llevó a pensar en profesar la vida religiosa, y por ello decidió ingresar en el nuevo monasterio de canónigos regulares de San Agustín que se había abierto en Coimbra. Admitido y habiendo profesado, fue un religioso modelo, que unos años más tarde era elegido prior del monasterio, cargo que ejercería por más de veinte años.

Teotónio tuvo el aprecio universal de todo Portugal, convertido en reino independiente por entonces bajo el cetro del

rey Alfonso Enríquez, el cual a su vez encomendaba a Teotonio todas sus acciones políticas o militares.

Teotonio murió en su convento de Santa Cruz el 18 de febrero de 1166.

BEATO GUILLERMO HARRINGTON

Presbítero y mártir († 1594)

Era hijo de una noble familia de York y nació en 1566. Ya en su juventud se convierte al catolicismo y decide hacerse sacerdote, para lo que marcha a Douai y luego a Reims, ordenándose en 1592.

Al poco de su ordenación vuelve a Inglaterra, pero pudo realizar su apostolado por poco tiempo, pues descubierto y detenido, fue encarcelado en Newgate. A los dos años de estar preso, escribió al Lord del Sello Privado afirmando su lealtad a la Reina pero declarándose católico. Ello aceleró su proceso. Condenado a muerte como traidor, fue ahorcado y descuartizado en la plaza londinense de Tyburn el 17 de febrero de 1594. Fue beatificado por el papa Pío XI el 15 de diciembre de 1929.

BEATO JUAN PIBUSH

Presbítero y mártir († 1601)

En julio de 1593 fue arrestado en la región de Gloucester el sacerdote católico Juan Pibush, que, natural de Thirsk y nacido en 1557, había estudiado en Reims y se había ordenado en 1589, y desde entonces trabajaba apostólicamente en aquella región. Llevado a la cárcel londinense de Gatehouse, logró escaparse pero fue detenido y devuelto a la prisión. Juzgado y condenado a muerte el 1 de julio de 1595, fue trasladado a la cárcel de Queen's Bench, donde recibió durante años malos tratos de los carceleros y los compañeros de prisión hasta que su bondad y paciencia les granjeó su estima y hasta le permitieron que dijera misa en una celda.

Cuando iba a ser trasladado a una nueva cárcel, el juez descubre que es un condenado a muerte olvidado y decide que sea inmediatamente ejecutado. Lo fue en Southwark el 18 de febrero de 1601. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

SAN JUAN PEDRO NEEL Y COMPAÑEROS

Mártires († 1862)

Juan Pedro Neel era sacerdote de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. Había nacido en Ste.-Catherine-sur-Riverie el 16 de octubre de 1832. Desde el seminario mayor de Lagnetière pasó al de misiones en 1855, donde se ordenó sacerdote en 1858. Seguidamente y tras un viaje de siete meses llegó a Hong Kong donde estudió la lengua china, entrando en Kay-Tcheu el 2 de diciembre de 1859. Al año siguiente ya estaba al frente de veinte comunidades, y trabajaba al principio de 1862 en la fundación de una nueva en Kia-Cha-Long, cuando el 18 de febrero fue arrestado por orden del general Tien, gran enemigo del cristianismo. Aquel mismo día era ejecutado junto con varios cristianos.

Martín Ou era un laico catequista, nacido en 1815 y casado en 1835, pero su mujer lo abandonó para dedicarse al vicio. Él intentó recuperarla pero fue inútil y se dedicó al servicio de la misión como catequista.

Juan Tchang Tianchen había nacido en familia pagana el año 1805, y ya mayor llegó a la fe cristiana desde el budismo, desplegando a continuación un gran apostolado entre sus familiares y amigos. Había sido bautizado el día 16 de febrero cuando a los dos días recibió el martirio.

Juan Tchen Xianheng tenía 30 años y en un viaje había conocido el cristianismo, que aceptó de corazón. Sirvió primero a la misión de Gan-Chouen y luego a la de Kia-Cha-Long.

Los tres fueron decapitados fuera de la población.

Canonizados el 1 de octubre del año 2000.

BEATO JORGE KASZYRA

Presbítero y mártir († 1943)

Nació el 4 de abril de 1904 en Aleksandrowo, región de Vilna, siendo sus padres Tadeo y María, agricultores pobres. Sus padres eran ortodoxos y en esta confesión bautizaron al hijo en la parroquia de Czeressy, pero a los 18 años él y su madre ingresaron en la Iglesia Católica.

Con veinte años comenzó los estudios de bachiller en el colegio de los PP. Marianos, y estando allí sintió la vocación religiosa, la maduró e ingresó en el noviciado de esa congregación en Druja. El día 2 de agosto de 1926 hizo los primeros votos religiosos y pasó a estudiar filosofía en el colegio de su congregación en Roma. Terminados estos estudios, pasó a Wilno a hacer los estudios teológicos y el 20 de junio de 1935 era ordenado sacerdote.

Su primer destino fue el de prefecto de estudios en Wilno y en Druja, siendo luego destinado al convento de Rasna como superior, cerca de Brest.

En septiembre de 1939 la región fue invadida por las tropas soviéticas, debiendo él marcharse a Skorcec y luego a Lituania. Al sobrevenir la ocupación alemana, en julio de 1942 se marchó a Druja y los superiores le encargaron fuera parte del grupo misionero que lideraba el P. Antonio Leszczewicz. En el ejercicio de este ministerio hallaría el martirio, pues, capturado, fue fusilado el 18 de febrero de 1943.

Todos conocían la piedad profunda y sincera de este sacerdote, su observancia de las reglas de su congregación, su laboriosidad, su intensa vida interior y su profundo equilibrio espiritual. Hombre amable y sonriente, pronto siempre a ayudar y a prestar su colaboración, su martirio coronó una vida intensamente religiosa. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 13 de marzo de 1999.

19 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Nápoles, la deposición de San Quodvultdeus († 439), obispo de Cartago, que, puesto con su clero en una nave sin velas ni remos, llegó, no obstante, a Nápoles, donde descansó en paz.

2. La conmemoración de los santos monjes y otros fieles que en Palestina fueron martirizados por los sarracenos el año 507.

3. En Milán, San Mansueto († 680), obispo, que luchó contra la herejía de los monotelitas.

- 4 En Benevento (Campania), San Barbado († 682), obispo, apóstol de los longobardos
- 5 En el monasterio de Vabres, en Rodez (Francia), San Jorge († 877), monje
- 6 En La Chambre (Bruselas), Beato Bonifacio († 1260), un tiempo obispo de Lausana *
- 7 En Neto (Sicilia), Beato Conrado Confalonieri de Plasencia († 1351), terciario franciscano y ermitaño
- 8 En Córdoba (España), Beato Alvaro de Zamora († 1430), presbítero, religioso dominico, predicador insigne de la pasión del Señor **
- 9 En Mantua (Lombardia), Beata Isabel Picenardi († 1468), virgen, mantelata servita *
- 10 En Kay-Tcheu (China), Santa Lucia Yi Zhenmei († 1862), virgen y mártir *
- 11 En el campo de concentración de Dachau (Baviera, Alemania), Beato Jose Zaplata († 1945), religioso de la Congregación del Sacratísimo Corazón de Jesús y mártir *

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS

BEATO ÁLVARO DE CÓRDOBA

Presbítero y religioso († 1430)

Beato Álvaro de Córdoba —como le llama vulgarmente el pueblo andaluz— o Fr. *Alvarus Zamorensis* —como escriben los bularios y registros pontificios de súplicas— no debe ser confundido con Álvaro Paulo, alias Álvaro Cordobés, nacido de noble familia a principios del siglo IX en la Córdoba de los Omeyas, amigo entrañable de San Eulogio y Juan Hispalense, defensor de la fe católica y escritor de muchos quilates. El Beato Álvaro de Córdoba, dominico, vivió en tiempos quizá más difíciles que los de su homónimo: los tiempos de la *Claustra* del Cisma de Occidente.

La semblanza de este hombre excepcional hay que trazarla a través de su obra, porque en ella cristalizó lo más puro de su alma grande y, en cierto modo, también buena parte de lo que su tiempo encierra de afán de trascender y superar una situación cristiana y religiosa que motivó una de las más graves crisis del catolicismo. Esa obra se llama Escalaceli. ¿Un nombre poético? ¿Un símbolo? Eso y mucho más. Encarnación de un sueño de reforma auténtica, Escalaceli, a siete kilómetros de Córdoba, en las estribaciones de Sierra Morena, no muy lejos de las

ermitas, es la obra del Beato Álvaro. Una obra que hay que valorar en sus tres características: primero, como cuna de la reforma de la vida dominicana a raíz de aquel funesto bache de la *Claustra*, provocado por la tristemente famosa *peste negra* y acentuado por el Cisma de Occidente; segundo, porque en Escalace-li se levantó, según parece, el primer *Vía crucis* de Europa, y tercero, porque ese rincón de la Sierra Morena ha sido la fuente inexhausta donde Andalucía bebió su entrañable devoción a la pasión de Cristo.

El Beato Álvaro de Córdoba es una figura señera, vibrante de inquietud y de dinamismo paulino. Maestro por la universidad de Salamanca, pasó sus mejores años en la paz de los claustros y de las aulas, pero, al nacer el siglo XV, abandonó la cátedra agujoneado por la urgencia del apostolado y recorrió las ciudades y los asendereados caminos de España, de Provenza, de Saboya, de Italia... atareado en la siembra de la palabra divina; buena falta hacía entonces esta labor, pues el campo de la fe era barbecho en el que germinaba la cizaña del desconcierto, de la corrupción de costumbres, de la holganza infecunda, mientras los pastores y los sembradores disputaban por la solución de un drama terrible: en la Iglesia llegó a haber tres tiaras al mismo tiempo, todas tres con ínfulas de legitimidad. El Beato Álvaro de Córdoba predica, pero también observa; reza, pero sin cerrar los ojos a la cristiandad lancinada; paladín de la unidad, anhela la solución del largo conflicto; hay mar revuelto incluso en las Órdenes religiosas; la peste negra, que devastó a media Europa, dejó los conventos casi vacíos, y después se fueron poblando de hombres sin tensión espiritual. La crisis se agravó con el cisma, cuyo resultado más calamitoso fue la escisión de la unidad católica. Mientras unos reinos reconocían como legítimo Papa al que residía en Avignon, otros se mostraban adictos al que estaba en Roma; para empeorar las cosas, algunos cardenales se reunieron en Pisa y eligieron un tercer Papa. La algidez del problema se puso así al rojo vivo. De todas partes apremiaban a los tres Papas a renunciar a sus supuestos o legítimos derechos en bien de la Iglesia; un concilio acabaría con ese estado de confusión eligiendo un Papa único, previa la renuncia de los otros tres.

Por otra parte, los religiosos se esforzaban también en reducir a los cauces tradicionales sus propios institutos. Gracias a Dios, en medio de la desolación, abundaban los hombres de buena voluntad y de gran sabiduría. Sólo la Orden de Predicadores ofrece en esa época un magnífico santoral, casi todos ellos trabajadores incansables de la restauración de la Iglesia bajo un solo Pastor, dechados del espíritu genuino que debía animar la vida monástica de su Instituto, luchadores por la paz y la unidad en el recinto de los conventos: San Vicente Ferrer († 1419), San Antonino de Florencia († 1459), Beato Juan Dominici († 1419), Beato Álvaro de Córdoba († 1430), Beato Andrés Abelloni († 1450), etc. La relajación sesteaba a la sombra de la división. Si en la Iglesia había tres tiaras, la Orden de Santo Domingo tenía tres jerarcas, uno para cada sector de obediencia a un Pontífice. La reforma se fue llevando a cabo poco a poco, con un temple admirable de prudencia, pese a los altibajos inevitables; por eso no se resquebrajó la unidad de la Orden como iba a acontecer en otros institutos religiosos. El Beato Raimundo de Capua, confesor y biógrafo de Santa Catalina de Siena, es la figura más representativa de esa reforma. La idea clave que preside su empeño es sustraer a los observantes de la jurisdicción del provincial; un vicario general se encargará de regir los conventos reformados; a la muerte de Raimundo de Capua —5 octubre 1399— le sucede en el generalato de la Orden Tomás de Fermo, que emprendió un camino distinto. El sucesor del espíritu del capuano es fray Juan Dominici, fundador del convento de Fiésole, que dio el hábito a Antonino Pierozzi, más tarde San Antonino de Florencia. El convento de Fiésole, en un paisaje vencido por la ternura, vio cómo dos años después de su fundación, en 1407, llamaban a la puerta los jóvenes Benedetto y Guidolino, hermanos y artistas. Son de Vicchio, cerca de Mugello, donde vio la luz el Giotto. Guidolino tomó, con el hábito, el nombre de Fra Giovanni de Fiésole, pero la posteridad se lo cambiará por otro aún más bello: Fra Angélico.

Después de la coronación de Alejandro V en Pisa, 7 de junio de 1409, la situación de la Iglesia y, en consecuencia, la situación de la Orden de Predicadores se hizo más dramática; los dominicos quedaron divididos, como la cristiandad entera, en

tres secciones: parte —los adictos a Benedicto XIII— bajo el régimen de Juan de Puinoix; parte —los entusiastas del concilio de Pisa y de su papa Alejandro V— a las órdenes de Tomás de Fermo; parte, en fin —fieles a Gregorio XII—, congregándose en torno a Juan Dominici. El drama se agravó enormemente. Los conventuales de Fiésole, por citar un ejemplo, reciben el imperativo de Fermo para que se adhieran a Alejandro V y nieguen la obediencia a Gregorio XII. La disyuntiva era agobiante. Pero aquel puñado de auténticos religiosos optó por la huida, porque la voz de la conciencia era más fuerte que la autoridad de Fermo. Y una noche, a la luz de la luna, cruzaron la verde campiña toscana rumbo a Foligno, orando y llorando. Entre los fugitivos van artistas y santos. Algunos nos son ya conocidos. San Antonino, Fra Angélico...

En 1414 Dati sucede a Fermo; el drama se orientó, bajo su mandato, hacia la solución anhelada. Asistió al concilio de Constanza, en el que fue elegido único Papa Martín V el 11 de noviembre de 1417, y reinstauró el método de reforma esbozado por Capua, cuyo representante era Juan Dominici, cardenal y luego legado de Martín V.

El Beato Álvaro de Córdoba ha vivido intensamente esos días del plural cisma, le ha dolido el alma como a buen religioso, ha mirado con simpatía los esfuerzos de los reformistas italianos durante los días que estuvo predicando en Lombardía, a su ida y a su regreso del viaje a Tierra Santa —del que hablaremos pronto—. Fray Álvaro de Córdoba va a ser el maestro y el peón de la reforma en España. Esta empresa suya puede analizarse desde un doble ángulo de vista: primero, en lo que tiene de común con la reforma de los dominicos italianos; segundo, en lo que presenta de fisonomía propia. En el primer plano, se advierte que conoce bien el patrón de la reforma patrocinada por Raimundo de Capua y llevada adelante por Juan Dominici; en el segundo aspecto, es peculiar el tacto con que la realiza, huyendo de la lucha imprudente. En una ocasión se había acudido en Palermo a plantar un convento reformado frente por frente de otro no reformado. Casi como un reto. Fray Álvaro de Córdoba limó todo posible encono de las relaciones fraternas.

A su regreso a España es elegido confesor de la reina Catalina de Lancáster y de su hijo Juan II Iluminado ya de unidad y esperanza el panorama de la Iglesia, fray Álvaro dice adiós a la corte. Su ideal es la reforma. El rey don Juan —el padre de Isabel la Católica— y su esposa doña María, hija del rey de Aragón don Fernando de Antequera, lo quieren como se quiere a los varones de Dios. Es un hombre virtuoso, maduro, emprendedor. No hay que cortarle la marcha. Expone sus planes y los apoyan con una crecida limosna. Fray Álvaro va a Córdoba y, en mitad de la Sierra Morena, funda Escalaceli como una lanza erguida de reconquista espiritual. Es la conclusión de todas sus experiencias y la puesta en marcha de un sueño fecundo. Ha trabajado incansablemente en la Corte de Castilla por la unidad de la Iglesia, en la Corte de Aragón otro dominico batalla por la misma causa: fray Vicente Ferrer.

El prestigio de fray Álvaro en la corte es extraordinario. A sus ruegos, el rey don Juan escribe a Martín V solicitando la fundación en sus reinos de media docena de conventos observantes. El 5 de febrero de 1418 Martín V expide dos breves: en uno decreta la división de la provincia de Castilla en tres —las otras dos serán la de Galicia y la de Aragón— para que puedan ser reformadas con más facilidad; en el otro accede complacido a la súplica de que se funden seis conventos reformados, autorización necesaria, pues Bonifacio VIII había prohibido a las Órdenes mendicantes hacer nuevas fundaciones sin licencia de la Santa Sede; por otra parte, el capítulo general que la Orden celebra en Metz, 1421, exige que en cada provincia haya al menos un convento de observancia. Fray Álvaro, a quien acompaña fray Rodrigo de Valencia, compra la Torre Berlanga, en la sierra cordobesa, el 13 de junio de 1423 y allí funda el primer convento reformado de su Orden en España, el breve de Martín V no ha sido letra muerta; pero, además, el paraje elegido, con sus olivares y sus torrenteras, tiene un encanto cautivador para fray Álvaro: recuerda la topografía de Jerusalén, tan pegada al alma del dominico desde los días de su peregrinación a los Santos Lugares. La vieja torre moruna fue rebautizada con un nombre bello: Santo Domingo de Escalaceli. Religiosos de espíritu austero, reclutados en diversos conventos, forman la nue-

va comunidad. Son ocho en total, amén del fundador: fray Juan de Valenzuela, fray Rodrigo de Valencia, fray Pedro Morales, fray Juan de Mesta, fray Juan de Aguilar, fray Bernabé de la Parra, fray Miguel de Paredes y fray Juan de San Pedro. Un mes más tarde el convento otorga públicos poderes a Pedro Sánchez de Sevilla y a Alfonso García para que reciban limosnas para la construcción de un convento amplio y digno. Los gastos consumieron el donativo del rey, las limosnas de los cordobeses; los obreros se negaron a seguir trabajando. Fray Álvaro pasa la noche en oración y disciplinas. Dios oye su oración. Según refieren los testigos del proceso de su culto inmemorial, vinieron los ángeles y descargaron de sus carros aéreos el material que era menester. Por la mañana los obreros reanudaron, gozosos y asombrados, la obra, mientras el alba sonreía por los picos de Sierra Morena. Así se construyó, sobre roca viva, sobre penitentes oraciones, Santo Domingo de Escalaceli, primer convento reformado de la Orden en España.

Pero fray Álvaro, medidor de dificultades, solucionador a lo divino de problemas humanos, hombre prevenido —que siempre vale por dos, y aun por cien—, buscó apoyo en la corte y, por medio de ésta, en Roma. Había que ahuyentar el peligro de que el primer convento reformado naufragase por oposición o por otras causas. Necesitaba, en una palabra, cierta autonomía o independencia con relación a los no reformados. Con este fin, la reina María escribió a Martín V pidiéndole la institución de un vicario general de todos los conventos que abracen la reforma. Martín V expide el suplicado breve el día 4 de enero de 1427. Fray Álvaro, «profesor de teología, quien con licencia de la Santa Sede ha construido recientemente» un convento en Escalaceli, donde reina la más estricta observancia, es nombrado de por vida —*quoad vixerit*— prior mayor de todos los conventos reformados.

El historiador de la Orden, P. Mortier, ve en esto la primera congregación dominicana de observancia, casi en todo independiente del general de la Orden, con superiores elegidos por los mismos reformados. El módulo italiano de reforma ha sido superado en perfección y en eficacia, y se suman algunos elementos jurídicos que parecen estar inspirados en la Congre-

gación de San Benito de Valladolid, bien conocida por fray Álvaro.

La vitalidad lograda en Escalaceli no sólo fue jurídica, sino también expansiva. En 1426 los frailes de Escalaceli fundan el convento de Portaceli, en Sevilla; y, casi por las mismas fechas, una hospedería en Córdoba con el fin de dar servicio auxiliar para los religiosos que bajaban del monte a las tareas apostólicas. La ciudad, conmovida por el ejemplo de los predicadores, hizo donación del solar «al honrado y sabio varón fray Álvaro, maestro en santa teología», según dice la escritura notarial. La hospedería era una cabeza de puente y, andando el tiempo, el P. Posadas la hará famosa (véase la semblanza de éste en el 20 de septiembre).

La reforma había empezado. Conducida a término superaba ya las posibilidades de quien fue alma y motor de ella. Pero la semilla estaba echada. «No fueron estériles los esfuerzos del Santo cordobés —dice el P. Beltrán de Heredia—. Gracias a ello se despertó una tendencia reformadora que, luchando con enormes dificultades, logró abrirse paso hasta conquistar totalmente el campo».

Junto a este aspecto de la obra del Beato Álvaro pongamos otro que tiene un valor singular en la historia de la piedad cristiana: en Escalaceli se construyó el primer *Vía crucis* de Europa.

La Edad Media, con las cruzadas, con la predicación de San Bernardo y de los mendicantes, centró la devoción del pueblo hacia los misterios de la vida y pasión de Cristo. Fray Álvaro, hombre de su siglo, era devotísimo de la pasión del Señor. Un cuadro que se halla en San Esteban de Salamanca nos lo presenta en pie, amorosamente abrazado a la cruz. Impulsado por ese fervor pasionario peregrinó a Tierra Santa. Al empezar la reforma comprendió que era necesario orientarla por un cauce de austeridad y ascetismo. Si eligió la sierra de Córdoba para fundar, fue porque la topografía presentaba una gran semejanza con la de Jerusalén; él haría que se pareciese aún más. En lo alto de la ladera del lado este del convento, pasado el valle por el que se precipitan las aguas serranas, levantó una capilla que bautizó con el nombre de «Cueva de Getsemaní»; al valle lo llamó «Torrente Cedrón»; pero hay más: desde el convento —Jerusalén

cordobesa— hasta un montecico situado al sur y que dista, como han podido apreciar los técnicos, tanto como el lugar de la crucifixión de la Ciudad Santa, edificó una serie de estaciones que terminaban en el «Calvario», donde puso tres cruces. Otras capillitas construyó en torno a Escalaceli, conmemorativas de lugares santos; pero interesa, sobre todo, destacar el *Vía crucis*. No han faltado quienes han querido derribarlo con la pica de un criticismo anodino, porque, dicen, no se encuentran en él elementos *formales* ni coincidencia con la estructura definitiva; fútil argucia, aún blandida por el P. Zedelgen, pues es clara verdad que el Beato Álvaro construyó el *Vía crucis* con un obvio fin de meditación y acompañamiento del itinerario doloroso del Señor. La vida religiosa, ejercitándose en ese camino ascético, adquiriría así una tónica robusta y catártica. Fray Álvaro y sus religiosos meditaban los sufrimientos del Redentor por esa *Vía dolorosa* recordadora. Los biógrafos y el proceso del culto inmemorial del Beato relatan escenas impresionantes de esta plástica devoción pasionaria del fundador de Escalaceli. Fray Álvaro pasaba las noches en oración, amparado por el silencio de los olivos y el éxtasis de las estrellas, en la capilla de Getsemaní; a veces, cuando muy de madrugada acudía a rezar los maitines con la comunidad, los ángeles le ayudaban a subir la áspera pendiente o vadear la torrentera. Un testigo del proceso cuenta haber oído a su abuelo, amigo del Santo, que éste se disciplinaba junto a aquellas cruces levantadas a la vera del camino como pregón de eternidad y redención bajo las nubes altas, fugitivas, del cielo cordobés. En una ocasión, narra otro testigo, retornaba fray Álvaro de su tarea apostólica en la ciudad y, antes de llegar al convento, halló un mendigo moribundo; lo envolvió en su capa, lo echó a su hombro y cuando intentó descubrirlo en la portería, el mendigo ya no era un mendigo: era un Cristo en la cruz, el mismo, según una secular tradición, que se venera hoy en la iglesia del convento.

Sería pueril querer buscar en el *Vía crucis* del Beato Álvaro un *Vía crucis* exacto al hoy usual e indulgenciado. Pero la idea, la sustancia es la misma. El sentido realista del hombre meridional, sensibilizador de los temas espirituales, explica el porqué del gran éxito de esta reconstrucción pasionaria que hacía en

cierta manera asequible para todos la «peregrinatio spiritualis» a Jerusalén en aquella época enardecida de sueños de cruzadas, cuando la peregrinación real era punto menos que imposible.

El haber en Escalaceli otras capillas que no se refieren a la *Vía calvari*, no es una razón suficiente —como han querido algunos— para decir que no era un *Vía crucis* lo que San Álvaro hizo en Escalaceli, como si lo más excluyese lo menos, el todo a la parte...

Los demás *Vía crucis* conocidos en Europa son todos posteriores al de Escalaceli, como el del Monte Varallo, el de Romans-sur-Isère, el de Fribourg, el de Lovaina, el de Adam Krafft en Nuremberg, etc. Además, si la primacía cronológica de los *Vía crucis* le corresponde a España, también es suya la primacía de intensidad, es decir, en ninguna parte arraigó tan profundamente como en España esa devoción. En cuanto a la estructura hay que confesar que ha sufrido una notable evolución y que la obra del holandés cristiano Adricomio —fines del siglo XVI— sobre el modo de practicar esa devoción, y los *Ejercicios espirituales*, del P. A. Daza, OFM, que fue el que dio el número de las 14 estaciones (1625), han ejercido un influjo definitivo. La devoción del *Vía crucis*, nacida como flor natural en el ambiente medieval de fervor por la meditación y el rescate de los Santos Lugares, plasmada por el Beato Álvaro en Escalaceli en un atisbo certero y espontáneo, alcanzó su forma última con San Leonardo de Porto Maurizio, el santo que construyó en Italia nada menos que 572 *Vía crucis*, adoptando la forma española de las 14 estaciones. De España le venía también su fervor por este apostolado, como él declara: «Habiendo sabido, por religiosos españoles que me informaron, que en España se erigían los *Vía crucis* con gran provecho para las almas, se me encendió el espíritu de un ardiente deseo de procurar un tan gran bien para Italia».

Después de haber visto las dos dimensiones anteriores de Escalaceli, tan homogéneas y ensambladas, es fácil pasar al tercer eslabón: Escalaceli ha sido la fuente donde Andalucía ha bebido su honda devoción a la Pasión, a la «Semana Santa». No es una conclusión; es un corolario de lo que precede. Por Escalaceli llegamos inmediatamente a las más profundas raíces de ese

fervor del pueblo andaluz por sus Cristos, sus Macarenas y sus «pasos». El Cristo del Beato Álvaro, las cruces de Escalaceli abrieron un abismal surco en el alma religiosa de Andalucía; en él han florecido, como máximo exponente, esas procesiones —consteladas de cera y suspiros—, esos Cristos sangrantes y esas Vírgenes sublimemente consternadas, que labraron gubias tan creyentes como las de Martínez Montañés, Juan de Mesa o Cristóbal de Mora. Escalaceli fue meta de peregrinaciones; el proceso canónico del culto del Beato Álvaro abunda en confesiones de este tipo. Los peregrinos se pasaban noches enteras velando delante del Cristo del Beato Álvaro y durante el día visitaban las capillas que evocaban los santos lugares y recorrían la *Vía crucis*.

Ésta es la obra —y también la biografía— del Beato Álvaro de Córdoba. Allí, en aquel nido de águilas espirituales, murió en 1430. Escalaceli siguió largo tiempo la ruta trazada por el fundador. El Beato Álvaro ha seguido velando por su continuidad. En 1530 los religiosos lo abandonaron, trasladándose al monasterio de los santos mártires Acisclo y Victoria; intentaron llevarse los restos del fundador, pero sus reiteradas intentonas se vieron frustradas por prodigios celestes. Fray Luis de Granada recibe en 1534 el encargo de reconstruir material y espiritualmente el célebre convento. Y, con su celo y juventud, renovó los mejores tiempos de Escalaceli. A fines del siglo XVI se erigió la Cofradía del Beato Álvaro, inscribiéndose en pocos años más de 4.000 hermanos. La flor de la nobleza andaluza abrazó los estatutos; en 1655 medio centenar de caballeros cordobeses escriben al P. Provincial de Andalucía ofreciéndole su ayuda para restaurar el santuario, que, por las inclemencias de los temporales y por los años, se estaba desmoronando. En el siglo XVIII el conde de Cumbre Hermosa, Lorenzo María de la Concepción Ferrari, alto personaje de la corte, tomó el hábito y, electo prior, rehizo el convento y dejó cuantiosos bienes para convertirlo en un centro de misiones, decisión que el hagiógrafo cordobés Sánchez de Feria comentó como «idea propia del cielo». Por esa época, 1741, se logró dar remate al proceso de beatificación de fray Álvaro; Benedicto XIV, el gran maestro clásico de las causas de beatificación y canonización, había estudiado detenida-

mente el caso típico que presentaba el proceso; en su monumental obra sobre la materia se refiere repetidas veces a este proceso. La desamortización y exclaustración del siglo XIX amenazó una vez más de ruina a Escalaceli; pero el Beato Álvaro veló por su convento. Devotos cordobeses restauran la «Hermandad del Santísimo Cristo y del Beato Álvaro de Córdoba» y la reina Isabel II con toda la familia real fueron recibidos en ella; el P. Ferrari había logrado que Fernando VI adoptase a Escalaceli bajo el patronato real. En 1900 volvieron los dominicos. Las Cortes de Cádiz habían querido reformar la Iglesia española inspirándose en la obra del Beato Álvaro, a quien dedican elogios que más parecen sarcasmos que otra cosa. Porque mientras le encendían una vela, Escalaceli se estaba derrumbando. Aún hoy sobre el Monte Calvario tres cruces medio caídas recuerdan, en su anhelo de brazos extendidos, enclavados, abiertos sobre la ciudad lejana, su historia antigua. Pero pese a esta desgracia, que el hombre malo no ha permitido remediar, unos sencillos mojones de cal y canto rematados en cruz de hierro señalan el camino del primer *Vía crucis* de Europa y la gente vuelve a subir en romería y en peregrinación durante todo el año, especialmente en el tiempo penitente y nazareno de la Cuaresma. Un poco más allá, donde arranca la primera estación, está el convento rehecho, con su castillo al lado. Y casi medio centenar de novicios dominicos están curtiendo el cuerpo y el alma bajo el patronato del santo fundador. Para el peregrino, lo mismo que para los novicios, los versos de la puerta son un memorial inolvidable:

Alcázar de la fe, sagrado asilo...
la cristiana piedad goza en tu historia,
que escala te apellida de la gloria.

Todo en Escalaceli, el convento que yergue su hermosura en el mar grisáceo de la sierra como un blanco navío, invita a enfilarse el alma proa a Dios.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

Art. en *Dict. d'Hist. Géogr. Ecl.*, II col.880s.

CASTAÑO, R., *San Alvaro de Córdoba y su convento de Escalaceli* (Vergara 1906).

- GETINO, L. A., *Dominicos españoles confesores de reyes* (Madrid 1917).
GUTIERREZ, M., *Fundaciones monásticas en la Sierra de Córdoba* (Córdoba 1909).
MARIETA, J., *Vida del Bto. Alvaro de Córdoba* (Madrid 1601).
MORTIER, A., *Historre des maîtres généraux...*, III p.210s.
SOTILLO DE MESA, L., *Breve compendio de la vida... del siervo de Dios Fr. Alvaro de Córdoba...* (Córdoba 1620).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO BONIFACIO DE BRUSELAS

Obispo († 1260)

Algunos lo llaman Bonifacio de Lausana por la sede de la que fue obispo. Bruselas fue su patria, donde nació el año 1182.

Con diecisiete años marchó a París para estudiar y lo hizo de forma seria y responsable. Entre 1222 y 1229 fue profesor en la Universidad parisina, pero al comprobar el desorden que se había instalado en el mundo estudiantil y que los estudiantes en realidad se negaban a estudiar, dejó París por Colonia, donde obtuvo una cátedra en la escuela de la catedral. Aquí se volvió a acreditar como en París por su conducta ejemplar, seriedad religiosa y celo por las buenas costumbres, y en 1231 fue nombrado obispo de Lausana.

Al llegar a su diócesis quiso poner en marcha un programa de reformas al que su clero no se mostró inclinado, y que disgustó también al emperador Federico II que no le disimuló su antipatía. Más aún, en 1239 padeció un atentado que por poco le cuesta la vida y que lo dejó maltrecho. Pensando él que no tenía salud para dirigir su diócesis, se dirigió a la Santa Sede y propuso ser exonerado de la misma, a lo que el Papa accedió.

Libre de su atadura con la diócesis, se ofreció como capellán al convento de monjas cistercienses de La Chambre, en cuya iglesia desarrolló un vasto apostolado como predicador y como director de almas. De muchos sitios lo llamaban para consagrar iglesias y altares y predicar la palabra divina. Bonifacio adoptó el hábito cisterciense, pero no hay constancia alguna de que hubiera profesado en la Orden. En 1245 acató la llamada de Inocencio IV para que acudieran a Lyon todos los obispos y estuvo presente en el concilio celebrado en dicha ciudad. Vuelto a La

Chambre perseveró en su vida santa y apostólica hasta su muerte el 19 de febrero del año 1260. El papa Clemente XI permitió en 1702 a la Orden cisterciense celebrar su memoria.

BEATA ISABEL PICENARDI

Virgen († 1468)

Nace en Mantua hacia el año 1430, siendo su padre un caballero al servicio de los Gonzaga, la familia señora de la ciudad. Cuando tenía unos quince años su padre le propuso un matrimonio ventajoso y oyó con sorpresa que ella en su corazón ya se había consagrado a Dios.

Esta consagración no la vivió en el seno de una comunidad religiosa sino en su propia casa, tomando el hábito de las terciarias seglares servitas, llamadas mantelatas. Luego pasó a vivir en casa de su hermana Orsina. Llevó una vida de retiro, oración y penitencia, no saliendo de casa sino para ir cada día a misa a la iglesia de los servitas.

La ciudad la tenía por santa y mucha gente se encomendaba a sus oraciones. Murió el 19 de febrero de 1468 y al amortajarla sus familiares descubrieron que a raíz de la carne tenía un áspero cilicio que la habría hecho vivir en perpetua penitencia.

Venerada por santa desde su muerte, el papa Pío VII confirmó su culto el 10 de noviembre de 1810.

SANTA LUCÍA YI

Virgen y mártir († 1862)

Lucía Yi Zhenmei nace el año 1813 en la provincia china del Su-Tchuen. Llegó al cristianismo siendo una niña y recibió por ello una esmerada educación cristiana. Siendo adolescente se sintió movida a consagrar a Dios su virginidad y a darle a su vida un tono eminentemente religioso.

Los misioneros apreciaron las bellas cualidades de la joven y la admitieron entre los catequistas, labor para la que fue adecuadamente preparada. Realizó su labor a lo largo de su vida en varios sitios y entre ellos en Kouay Yang, a donde llegó pensando en el martirio que anhelaba.

El 25 de diciembre de 1861 llegó por destino superior a Kia-Cha-Long, donde estaba como jefe de la misión San Juan Pedro Neel, joven sacerdote francés de la Sociedad de Misiones Extranjeras. Aquí fue arrestada el 18 de febrero de 1862, y mientras que aquel mismo día eran ejecutados el misionero y otros tres cristianos, a ella la dejaron para el día siguiente, en que fue decapitada.

Fue canonizada el 1 de octubre de 2000 junto con los demás mártires chinos.

BEATO JOSÉ ZAPLATA

Religioso y mártir († 1945)

Era hijo de José y María, pertenecientes a la clase agrícola, y nació el 5 de marzo de 1904 en Jerka (Polonia). Los escasos medios de su familia no le permitieron otra cosa que hacer los estudios elementales. Joven piadoso y puro, en cuanto terminó el servicio militar ingresó en la Congregación de Hermanos del Santísimo Corazón de Jesús, haciendo en Poznam la primera profesión el 8 de septiembre de 1928 y diez años más tarde, el 10 de marzo de 1938, la profesión solemne.

Trabajó en la curia episcopal de Poznam a las órdenes del cardenal primado Augusto Hlond. Pasó luego a Lvov, donde trabajó como sacristán en la iglesia de Santa Isabel, siendo al mismo tiempo superior de su comunidad religiosa.

Ocupada Poznam por los nazis, fue arrestado y detenido en la Cytadela de la ciudad. En agosto de 1940 fue enviado al campo de concentración de Mauthausen, del que pasó a Gusen y el 8 de diciembre de 1940 al de Dachau.

En febrero de 1945 se declaró en el campo una epidemia de tifus, y los enfermos fueron aislados en barracones. José fue consciente de que ofrecerse a cuidarlos era exponerse a la muerte, pero llevado de su caridad se ofreció. Solamente duró diez días, al cabo de los cuales se contagió, muriendo del tifus el 19 de febrero de 1945. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 13 de junio de 1999.

Era un religioso ejemplar, que en sus años de servicio a su congregación, había cumplido las reglas de manera perfecta, dando alto testimonio de espíritu de fe, de oración y de segui-

miento radical de los consejos evangélicos. En los campos de concentración demostró una caridad continua, haciendo cuantos servicios podía a sus compañeros y entregado a consolar y ayudar a todos. Su escasa comida la repartía con otros y no dudó en dar su sangre para salvar a un enfermo de gangrena. Su decisión de servir a los enfermos de tifus no hizo sino coronar una vida presidida por la caridad de Jesucristo.

20 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría, conmemoración de San Serapión, mártir en tiempos del emperador Decio.

2. La conmemoración de cinco gloriosos mártires que padecieron en Tiro de Fenicia muchos tormentos y finalmente fueron muertos a espada en el año 303, bajo el emperador Diocleciano.

3. En Antioquía de Siria, conmemoración de San Tiranión († 311), obispo de Tiro, que con el presbítero Zenobio alcanzó la corona del martirio.

4. En Tournai (Bélgica), San Eleuterio († 532), obispo *.

5. En el monasterio de San Trudón (Bélgica), tránsito de San Euquerio († 738), obispo de Orleáns, que por causa de Carlos Martel murió fuera de su sede, entre los monjes **.

6. En Catania (Sicilia), San León († 787), obispo.

7. En Aljustrel (Portugal), Beata Jacinta Marto († 1920), niña, admirable por su paciencia y devoción a la Virgen María **.

8. En Stutthoff (Polonia), Beata Julia Rodzinska († 1945), virgen, de la Congregación de Hermanas de Santo Domingo, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN EUQUERIO DE ORLEÁNS

Obispo († 738)

A comienzos del siglo VIII la Iglesia franca, lo mismo que el reino franco, yacía por tierra. En este momento se hace sentir la acción de San Bonifacio. Consagrado como obispo misionero en Roma el año 722 por Gregorio II, éste lo recomendó a Carlos Martel (no al rey) y bajo su protección —aunque no en cola-

boración directa con él— obtuvo grandes éxitos contra los usos paganos y, sobre todo, logrando el nombramiento de buenos obispos. Tal es el ámbito en que se inscribe San Euquerio, fallecido varios años antes de que San Bonifacio, ya octogenario, sufriera el martirio. Es celebrado como obispo de Orleáns, diócesis señalada desde mucho antes con un dato muy singular: el primer concilio de la Iglesia franca de que tenemos noticia fue celebrado en Orleáns en 541. En él se asignó directamente a los obispos la responsabilidad fundamental del suministro de auxilios a los pobres.

La biografía de San Euquerio se rellena con datos distribuidos, a primera vista, conforme al esquema común a otros santos de la Alta Edad Media: nacimiento en significativa familia, pronta huida del mundo secular al mundo monacal rico en religiosidad y cultura, período episcopal al frente de una diócesis, retorno a la paz del claustro donde fallece santamente, floreciendo luego el milagro en su sepulcro. Pero se rompe un poco el esquema con San Euquerio: fue forzado a dejar su grey, vivió largamente la inseguridad y la incertidumbre del destierro, obteniendo cobijo, al fin, en el remoto monasterio de San Trudón (Sarchinium), no famoso por su prosperidad.

Es precisamente en el *Martyrologium trudonense* donde se señala claramente su memoria celebrativa el 20 de febrero, lo que repiten otros santorales anteriores al año 1000, concienzudamente estudiados por Baronio al ser incluido San Euquerio en el *Martirologio romano*. Para este santo se cuenta, además, con una *Vida* anónima, pero escrita en muy buen latín y, lo que es más importante, formada con los testimonios de monjes que habían conocido al santo, por lo que puede hablarse de una *Vida* coetánea, altamente fiable.

San Euquerio nació en Orleáns, a finales del siglo VII, de una familia merovingia muy pudiente. De los famosos monasterios del momento el más próximo era el de Jumièges, una de las implantaciones del monaquismo celta, sumamente severo, debidas a San Columbano. Sintiendo la soledad, dice el anónimo biógrafo, Euquerio solicitó la admisión y aquí pasó siete años. El ascetismo lo marcó desde la adolescencia. Desde mediados del siglo VII, los monasterios celtas, y concretamente

el de Jumièges, muy disciplinados, supusieron un movimiento agrícola de primer orden que en tres generaciones convirtió un área de pantanos y matorrales en tierra de primera calidad, determinando en cierto sentido la historia futura de Europa, siendo, además, centros importantes de cultura, aunque con las limitaciones que hoy nos sorprenden: en el siglo VIII una biblioteca que contara con cien libros era un centro de cultura destacado. El *escritorio* de Jumièges, por cierto, no llegó a compararse con el de Autum o el de Corbier.

En larguísimo espacios nocturnos de oración, horas empujando el arado o roturando el bosque, y lectura memorizante de textos sagrados se distribuyen los siete años que San Euquerio pasó en Jumièges: ¿Trascendió su fama? Tío carnal de Euquerio era el obispo de Orleáns Savarico. Al fallecer éste fue muy normal que se pensase para sucederle en el sobrino monje, que debía de andar por los veinticinco años. Euquerio fue consagrado obispo de Orleáns. En la *Vida* coetánea se escenifica muy bien el requerimiento del clero y pueblo de Orleáns, su hondo pesar al renunciar al retiro y los fastos de su ordenación episcopal con concurrencia nunca vista desde todos los lugares del obispado.

¿Acciones concretas? No le tocó encarnar la figura del obispo *defensor civitatis*, que en décadas anteriores exigían las circunstancias. El peligro sarraceno se veía alejado por Carlos Martel, mientras Euquerio se entregaba a la norma del Concilio de Orleáns de auxiliar a los pobres. En la *Vida* no se nos da cuenta detallada de actuaciones pastorales; pero se nos ofrece la mejor semblanza: «Vio en el cargo no un honor, sino un gran peso; empezó inmediatamente a mejorar las iglesias, amar a su clero, corregir al pueblo con su predicación, visitar con frecuencia los monasterios, tratando a los monjes con fraterna caridad. En correspondencia, el amor del clero y del pueblo era tanto que ponían a su disposición sus bienes y sus personas». Y nos lo retrata con cinco pinceladas: «Era de mente apacible, rostro sereno, aspecto amable, hermosa presencia y corazón esforzado».

Su intrepidez —«corazón esforzado»— se demostró frente a los desmanes de Carlos Martel. Ciertamente con los *mayordomos* francos —Pipino de Heristal († 717) y su hijo Carlos Mar-

tel— se obtuvo un notable robustecimiento político, pero con Carlos Martel la Iglesia sufrió terribles saqueos. San Euquerio desaprobó estas actuaciones y lo pagó con el extrañamiento de su diócesis: se vio forzado a seguir a Carlos Martel hasta París, desde donde fue exiliado a Colonia y aquí permaneció algún tiempo, muy bien acogido por la comunidad cristiana. Por los mismos años en que nació San Euquerio había fallecido en Sarquinius San Trudón. Hoy aquella localidad de la diócesis de Maastricht lleva su nombre. Allí había fundado una abadía, donde falleció con gran fama de santidad probablemente el año 693.

Cuando San Euquerio se hallaba desterrado, la fama de sus milagros estaba ya muy extendida y a su sepulcro concurrían peregrinos desde lugares lejanos. ¿Concurrió también como peregrino el exiliado Euquerio? El dato cierto es que ingresó como monje en este monasterio y que allí murió con fama de santidad el año 740 o, según investigaciones recientes, el 738, sin alcanzar los cincuenta años. Fue sepultado junto a San Trudón y, desde entonces, los peregrinos concurrieron a venerar a ambos santos.

Los monjes anotaron singulares milagros de San Euquerio y comenzaron a celebrar su memoria el 20 de febrero, fecha de su fallecimiento. Hay leyendas que más que impostura son exageraciones desorbitadas de un dato fundamentalmente cierto. En el presente caso el dato fundamental estriba en los terribles saqueos a la Iglesia obrados por Carlos Martel y en la valiente denuncia de San Euquerio. La leyenda va mucho más allá: dice que, al fallecer Carlos Martel, San Euquerio lo vio sumergido en las llamas del Infierno. La muerte de Carlos Martel (741) es ciertamente posterior a la de San Euquerio. La leyenda, introducida en el siglo IX, supuso un aviso muy serio para cuantos pretendiesen despojar a la Iglesia.

JOSÉ M.^a DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

Acta sanctorum, III (Bruselas) 208-221.

WASSELYNKA, R., «Eucherio, vescovo di Orléans», en *Bibliotheca sanctorum*, V cols.140-141.

*BEATA JACINTA MARTO
Y BEATO FRANCISCO MARTO*
Niños de Fátima († 1920 y 1919)

Quien se acerque a la Basílica de Nuestra Señora de Fátima en Cova de Iría (Portugal) durante un día cualquiera, el 13 de cada mes —y en el de mayo en especial—, o con ocasión de las peregrinaciones de los últimos papas a este santuario, habrá podido percibir el alcance actual del testimonio de unos niños que aseguraron haber visto allí a la Santísima Virgen y cuyos restos yacen en ese lugar. Y quien, además, haya podido desplazarse hasta la cercana aldea de Aljustrel, e incluso entrar en las sencillas casas de los familiares de Lucía, Francisco y Jacinta, habrá experimentado con fuerza en qué ambiente nacieron y estaban viviendo quienes recibieron gracia tan singular.

En este momento, año 2003, sor Lucía, cuenta 95 de edad y está en el Carmelo de Coimbra (Portugal). Francisco murió el 4 de abril de 1919 con algo más de 10 años y Jacinta el 20 de febrero de 1920 cuando aún no los había cumplido. Ambos han sido beatificados por el papa Juan Pablo II en Fátima el día 13 de mayo de 2000, año del gran Jubileo de la Iglesia universal. Son los beatos más jóvenes de la historia.

¿Puede un niño ejercitar la heroicidad de la virtud tal como es requerida en las Causas de canonización? La temprana muerte de Francisco y de Jacinta fue despertando mucho fervor hacia ellos, acentuado al ser publicadas sus primeras biografías y por el testimonio de algunas personas que afirmaban haber obtenido gracias por su intercesión. Y al Obispado de Leiría comenzaron a llegar solicitudes de incoar la Causa de ambos. Esta posibilidad comenzó a considerarse en 1945, pero la primera sesión de los procesos informativos no tuvo lugar hasta 1952, y la última en 1979, llevándose después a Roma toda la documentación. Pero allí se encontró con un serio y prolongado interrogante: desde 1935 en que fue planteada, estaba sin resolver en la Congregación de las Causas de los Santos la cuestión teológica y jurídica de la posibilidad de canonización de los niños.

La llegada de los procesos de Francisco y Jacinta urgió la respuesta, y dicha Congregación convocó una reunión plenaria sobre el tema, cuidadosamente preparada con numerosos pare-

ceres de especialistas en psicología y pedagogía y en teología dogmática, moral y espiritual. Se celebró en el Vaticano del 24 de marzo al 2 de abril de 1981. El periódico de la Santa Sede *L'Osservatore Romano* de 10 de abril del mismo año, dio una amplia información sobre «La idoneidad de los adolescentes al ejercicio heroico de las virtudes y martirio», introducida por el artículo del Cardenal Pietro Palazzini, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, «Meditada respuesta a los interrogantes». Seguían diversos y documentados estudios, de los que se deduce que, si bien los niños no pueden ejercer la virtud como un adulto, según su edad y condiciones de vida sí que pueden practicar la virtud de modo heroico.

Esta reunión plenaria, de cuyo contenido se informó al Papa, no dio lugar a un documento concreto, pero el resultado se hizo evidente a través de la decisión de continuar las Causas de niños pendientes y aceptar las que en el futuro fueran presentadas.

Francisco y Jacinta eran del todo normales y estaban psíquicamente sanos. Aunque eran buenos, después de la aparición del ángel en 1916 y de la Virgen en 1917, se realizó un cambio decisivo en su vida espiritual: se hizo más intensa su unión con Dios, resultaba evidente su gran devoción a Nuestra Señora y también el amor a los demás, concretado en sus oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores y, en síntesis, afloró y se tradujo en hechos de vida un verdadero deseo de agradar a Dios y de cumplir en todo momento lo que «la Señora» les iba indicando. No cabe duda de que todo esto conllevaba un evidente ejercicio de la virtud, por lo que suponía un claro signo de santidad. Además, la actitud de los Papas no deja ninguna duda sobre la legitimidad de las apariciones de Fátima y su carácter sobrenatural.

Francisco nació el 11 de junio de 1908 y Jacinta, su hermana menor, el 11 de marzo de 1911. Era un momento muy difícil para la sociedad y para la Iglesia en Portugal y, poco después, también para el mundo. A la proclamación de la República el 5 de octubre de 1910, igual que en otros países europeos, estaba siguiendo una oleada persecutoria contra la Iglesia y sus instituciones: expulsión de los órdenes y congregaciones religiosas,

destierro de algunos obispos, expropiación de templos, fiscalización del culto público, fomento del laicismo, ley de separación de la Iglesia y el Estado (20 de abril de 1911) planteada en términos polémicos, etc. Según Alfonso Costa, Ministro de Justicia y Cultos, el objetivo era extinguir el catolicismo en Portugal en dos o tres generaciones. Tanto el papa Pío X como el episcopado portugués reaccionaron contra esta pretensión.

En 1917, año de las apariciones, la persecución religiosa se había mitigado algo, principalmente a causa de haber entrado los portugueses en la Primera Guerra Mundial (1914-1919). La participación en esta contienda, decidida por el gobierno en 1916, era mal vista por el pueblo, por lo que no convenía exacerbalo por motivos religiosos. Pero continuaba el ambiente hostil hacia la Iglesia y no había cesado del todo la persecución.

Cuando nacieron estos niños, Fátima era una reducida parroquia rural de unos 2.300 habitantes, situada en un pequeño altiplano de la Sierra del Aire, y formaba parte del vecindario de Vila Nova de Ourén, perteneciente entonces al Patriarcado de Lisboa, hoy Diócesis de Leiría-Fátima. La feligresía estaba formada por un reducido núcleo central en torno a la iglesia parroquial y por algunos caseríos o aldeas. En uno de estos «lugarejos», como lo califican las actas de bautismo, llamado Aljustrel, vieron la luz los hermanos Francisco y Jacinta. También, un poco antes, en 1907, su prima Lucía.

Los habitantes se dedicaban a tareas agrícolas y pastoriles, y algunos al comercio y a la artesanía local. La mayoría eran pobres y analfabetos, sobre todo las mujeres. Era una zona bastante aislada, donde apenas llegaban periódicos y visitantes, atravesada por una carretera poco frecuentada que conducía a Vila Nova de Ourén, a Batalha y a Leiría. Aunque seguramente allí no se vivía demasiado la situación de hostilidad de los poderes públicos respecto a la Iglesia a que hemos aludido, con motivo de las apariciones de Nuestra Señora también llegó la intolerancia religiosa a un lugar tan pequeño y apartado. Verdadera persecución fue el arresto de los tres niños del 13 al 15 de agosto de 1917, ordenado por el administrador del municipio de Vila Nova de Ourén, Arturo Oliveira Santos. Y también tuvo este carácter el hecho de que, en la noche del 5 al 6 de marzo de

1922, cuando ya habían muerto los dos niños, fuera dinamitada por los perseguidores la pequeña capilla que el pueblo había levantado en el lugar de las apariciones.

Contando con un testimonio tan cualificado como las *Memorias de la hermana Lucía*, escritas entre 1935 y 1941 y repetidamente publicadas, nos basamos principalmente en él para ofrecer algunos rasgos biográficos de sus primos Francisco y Jacinta, con quienes compartió la dicha de ver a «la Señora». Los tres recibieron de ella el mandato de aprender a leer y escribir, pero se llevó a Francisco y Jacinta antes de que acometieran esta tarea. Sólo Lucía ha podido dejarnos relaciones escritas, con ortografía y caligrafía progresivamente mejoradas. Pero tienen el incuestionable valor de ser fuente de primer orden, imprescindible para acercarnos a esa realidad.

Francisco y Jacinta eran los hijos más pequeños, 6.º y 7.º, respectivamente, de Miguel Pedro Marto y Olimpia de Jesús, una familia sencilla y cristiana del pueblecito de Aljustrel. Francisco fue bautizado a los 9 días de nacer, el 20 de junio de 1908. Dos años después vino al mundo Jacinta y a las dos semanas, el 25 de marzo de 1911, recibía el sacramento del bautismo, igual que Francisco, en la iglesia parroquial de Fátima. La madre de estos niños era hermana de Antonio dos Santos, padre de Lucía, nacida en la misma aldea el 22 de marzo de 1907 y bautizada el día 30 del mismo mes.

Lo propio del ambiente era que los pequeños colaboraran desde muy pronto en los trabajos de la casa con el cuidado de los rebaños, posponiendo su instrucción, que era difícil de adquirir por la lejanía de las escuelas. Así, los hermanos Marto juntaron su pequeño rebaño con el de su prima, algo mayor, ocupándose los tres de llevarlo a los campos a pastar. Escribe Lucía en su *Primera memoria*.

«No se por que, tanto Jacinta como su hermano Francisco, sentían por mí una predilección especial y me buscaban siempre para jugar. No les gustaba la compañía de otros niños, y me pedían que fuese con ellos junto a un pozo que tenían mis padres en el huerto. Una vez allí, Jacinta escogía los juegos con los que íbamos a entretenernos. Los juegos preferidos eran, casi siempre, jugar a las chinas o los botones []

»A los dos pequeños les costaba mucho separarse de mí. Por ello pedían continuamente a su madre que les dejase, también a

ellos, guardar su rebaño. Mi tía, tal vez para verse libre de tantas súplicas, a pesar de que todavía eran muy pequeños, les confió el cuidado de sus ovejas. Radiantes de alegría fueron a darme la noticia y a planear cómo juntaríamos todos los días nuestros rebaños. Una vez juntos, decidíamos cuál sería el pasto del día; y para allá íbamos felices y contentos, como si fuéramos a una fiesta [...].

»A Jacinta le agradaba mucho tomar los corderitos blancos, sentarse con ellos en brazos, abrazarlos, besarlos y, por la noche, traérselos a casa a cuestras, para que no se cansasen».

Los dos niños tenían muy diferente temperamento. Según Lucía, «Francisco no parecía hermano de Jacinta, sino en la fisonomía del rostro y en la práctica de la virtud. No era tan caprichoso y vivo como ella. Al contrario, era de un natural pacífico y condescendiente». Reservado y tranquilo, «lo que más le entretenía cuando andábamos por los montes era sentarse en el peñasco más elevado y tocar su flauta o cantar. Si su hermana bajaba conmigo para echar algunas carreras, él se quedaba entretenido allí con su música y sus cantos». Jacinta, aunque más expresiva, juguetona y enfadadiza cuando la contrariaban, «tenía muy buen corazón y el buen Dios le había dotado de un carácter dulce y tierno que la hacía, al mismo tiempo, amable y atractiva» (4.^a Memoria).

Todos habían sido educados en la fe y desde muy pronto habían aprendido, en la familia y en la parroquia, algunas oraciones y ejercicios piadosos que ellos hacían compatibles con sus diversiones:

«Nos habían recomendado que después de la merienda rezáramos el rosario, pero como todo el tiempo nos parecía poco para jugar, encontramos una buena manera de acabar pronto: pasábamos las cuentas diciendo solamente ¡Ave María, Ave María, Ave María! Cuando llegábamos al fin del misterio decíamos muy despacio simplemente: ¡Padre Nuestro!, y así, en un abrir y cerrar de ojos, como se suele decir, teníamos rezado el rosario» (1.^a Memoria).

Precisamente al acabar uno de estos rosarios, experimentaron el primer hecho prodigioso de su vida, la visión de una figura, al principio con rasgos confusos:

«A medida que se aproximaba íbamos divisando sus facciones: un joven de unos 14 o 15 años, más blanco que la nieve, el sol lo hacía transparente, como si fuera de cristal, y de una gran belleza. Al llegar junto a nosotros dijo:

—No temáis, soy el Ángel de la Paz. Rezad conmigo
Y, arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo y nos hizo repetir por tres veces estas palabras:

—Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman

Después, levantándose, dijo:

—Rezad así. Los Corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas» (2.^a Memoria).

Entre primavera y otoño de 1916, en plena Guerra Mundial, cuando Lucía había cumplido 9 años de edad, Francisco 8 y Jacinta 6, tuvieron lugar las tres apariciones del ángel: la primera y la tercera en la Roca del Cabezo, y la segunda en el Pozo do Arneiro, situado junto a la casa de Lucía.

«Sus palabras se grabaron de tal forma en nuestras mentes —continúa— que jamás se nos olvidaron. Y, desde entonces, pasábamos largos ratos así, postrados, repitiéndolas muchas veces, hasta caer cansados» (2.^a Memoria).

En una de las ocasiones en que estaban rezando de este modo, tuvo lugar la tercera aparición del ángel, que les enseñó otra oración y les dio la comunión:

«Se arrodilló junto a nosotros, y nos hizo repetir tres veces:

—Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores.

Después se levanta, toma en sus manos el Cáliz y la Hostia Me da la Sagrada Hostia a mi y la Sangre del Cáliz la divide entre Jacinta y Francisco, diciendo al mismo tiempo:

—Tomad y bebed el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, horriblemente ultrajado por los hombres ingratos. Reparad sus crímenes y consolad a vuestro Dios» (2.^a Memoria)

Estas apariciones prepararon las de la Santísima Virgen, que vendrían poco después. El día 13 de mayo de 1917, mientras cuidaban el rebaño en Cova de Iría, les sorprendió la primera, que Lucía describe así:

«Estando jugando con Jacinta y Francisco encima de la pendiente de Cova de Iría, haciendo una pared alrededor de una mata, vimos, de repente, como un relámpago.

—Es mejor irnos para casa —dije a mis primos—, hay relámpagos; puede haber tormenta.

—Pues, sí.

Y comenzamos a descender la ladera, llevando las ovejas en dirección del camino. Al llegar poco más o menos a la mitad de la ladera, muy cerca de una encina grande que allí había, vimos otro relámpago; y, dados algunos pasos más adelante, vimos sobre un carrasco una Señora, vestida toda de blanco, más brillante que el sol, irradiando una luz más clara e intensa que un vaso de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos detuvimos sorprendidos por la aparición. Estábamos tan cerca que nos quedábamos dentro de la luz que la cercaba, o que ella irradiaba. Tal vez a metro y medio de distancia más o menos.

Entonces Nuestra Señora nos dijo:

—No tengáis miedo. No os voy a hacer daño.

—¿De dónde es Vd.? —le pregunté.

—Soy del Cielo.

—¿Y que es lo que Vd. quiere?

—Vengo a pedirnos que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré aquí una séptima vez.

—Y yo, ¿también voy al Cielo?

—Sí, vas.

—Y ¿Jacinta?

—También.

—Y ¿Francisco?

—También; pero tiene que rezar muchos rosarios.

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco [...].

—¿Queréis ofrecerlos a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

—Sí, queremos.

—Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios, etc...) cuando abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa como un reflejo que de ellas se irradiaba, que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma, haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz, más claramente que nos vemos en el mejor de los espejos.

Entonces por un impulso íntimo, también comunicado, caímos de rodillas y repetíamos íntimamente: “Oh Santísima Trinidad, yo os adoro. Dios mío, Dios mío; yo os amo en el Santísimo Sacramento”.

Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió:

—Rezad el rosario todos los días para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra.

—Enseguida comenzó a elevarse suavemente, subiendo en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensidad de la lejanía. La luz que la rodeaba iba como abriendo camino en la bóveda de los astros, motivo por el cual alguna vez dijimos que habíamos visto abrirse el cielo» (4.^a Memoria).

Aunque habían acordado guardar secreto respecto a este acontecimiento, Jacinta, la pequeña, al llegar a casa no pudo evitar contárselo a su madre, hecho que tuvo algunas consecuencias para los tres, en orden a sufrir serias advertencias.

El 13 de junio y el 13 de julio se repitieron las apariciones en Cova de Iría. Pero el 13 de agosto no pudieron acudir al lugar, como «la Señora» les había indicado, porque se presentó en Aljustrel el administrador del municipio de Vila Nova de Ourén y se llevó a los tres pequeños para evitar que se repitiera el hecho religioso que estaba atrayendo la atención de cada vez mayor número de personas. Tres días permanecieron detenidos, en los que, a pesar de las fuertes amenazas, defendieron con heroica valentía la verdad de lo sucedido.

Puestos en libertad el 15 de agosto, el día 19, domingo, tuvo lugar la cuarta aparición de la Virgen en el lugar llamado Valinhos, y en septiembre y octubre se repitieron de nuevo los encuentros con «la Señora», el día 13, en Cova de Iría. En el último les reveló, como había anunciado, qué deseaba y quién era:

«Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honra; que SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO; que continúen rezando el rosario todos los días. La guerra va a acabar y los soldados volverán con brevedad a sus casas» (4.^a Memoria).

Y tuvo lugar el también anunciado milagro: entre los nubarrones de un día muy lluvioso apareció de repente un sol radiante, girando sobre sí mismo, e iluminando todo el firmamento. Para los más escépticos fue la confirmación de cuanto decían los niños.

Un año después, en octubre de 1918, Francisco y Jacinta, como casi toda la familia, fueron víctimas de la epidemia de bronconeumonía, enfermando seriamente.

Francisco tuvo alternancias de salud, hasta que se agravó de nuevo a fines de marzo de 1919. Ante la crítica situación, el 2 de abril acudió a confesarlo el Rvdo. Moreira, sustituto del párroco de Fátima. El 3 recibió el viático y la primera comunión y el día 4 de abril, viernes, a las 10 de la noche, moría en su casa de Aljustrel. El día 5 se celebraron sus funerales y fue enterrado en el cementerio de Fátima.

Jacinta había mejorado un poco pero, a raíz de la muerte de Francisco, se le presentó una pleuresía purulenta, persistente y con complicaciones, que debía ser tratada en un centro adecuado. Desde el 1.º de julio hasta el 31 de agosto de 1919 permaneció en el «Hospital de Santo Agostinho» de Vila Nova de Ourén. Pero lejos de sanar, se le abrió una gran llaga en el pecho que la hacía sufrir mucho. Pareció conveniente que volviera a su casa, donde pasó algunos meses sin conseguir reponerse. Ante una nueva crisis en su estado de salud, a finales de enero de 1920 la llevó su madre a Lisboa, pero pasando antes, a petición suya, por Cova de Iría para orar en el lugar de las apariciones.

En Lisboa fue acogida en el Orfanato de Nossa Senhora dos Milagres, donde recuerdan sus largas visitas al Santísimo desde una tribuna y que algunos días salía con su madre a confesar y comulgar. El 2 de febrero tuvo que ser internada en el Hospital D. Estefanía, también de Lisboa, donde, además de la pleuritis purulenta, le diagnosticaron una osteítis en dos costillas. Había que intervenir quirúrgicamente, aunque ella aseguraba que sería inútil. La operación, realizada el día 2 de febrero, consistió en extraerle al vivo las dos costillas afectadas, quedando con una gran herida y muchísimo sufrimiento. El día 16 del mismo mes tuvo lugar una nueva aparición de la Virgen, y le cesaron los dolores.

El 20 de febrero, hacia las 6 de la tarde se sintió muy mal y ella misma pidió los sacramentos. Hacia las 8 fue el párroco a confesarla. Jacinta insistió en recibir el Viático pero él, creyendo que no era tan urgente, se lo prometió para el día siguiente. Murió a las 10 y media de la noche con serenidad, sin la compañía de familiares ni conocidos, completamente sola, tal como ella misma había anunciado. El 24 de febrero fue sepultada de

modo provisional en Vila Nova de Ourén, en una tumba caritativamente cedida.

Quince años después, el 12 de septiembre de 1935, se trasladaron sus restos incorruptos a Fátima, sepultándolos en el cementerio parroquial, con los de Francisco. Con este motivo se hicieron varias fotografías, algunas de las cuales fueron enviadas por el Obispo de Leiría-Fátima Mons. José Alves Correia da Silva a la Hermana Lucía, entonces religiosa Dorotea en Pontevedra. Le respondió agradecida:

«No podría decir cuánto las aprecio, en especial la de Jacinta [...]. Era niña sólo en los años; en lo demás sabía practicar la virtud y demostrar a Dios y a la Virgen Santísima su amor por la práctica del sacrificio».

Las afirmaciones de sor Lucía indujeron al Sr. Obispo a solicitarle escribir todo lo que recordara sobre Jacinta y, en efecto, elaboró la Primera Memoria, con dicho contenido, en diciembre de 1935. Pero poco después, la suposición de que Lucía conservaba otros recuerdos no expresados, motivó al Sr. Obispo a pedirle la redacción de una Segunda Memoria, realizada entre el 7 y el 21 de noviembre de 1937.

Mientras tanto, el 13 de octubre de 1930 el Obispo de Leiría había declarado dignas de crédito las apariciones de Fátima, permitiendo el culto a Nuestra Señora en ese lugar. Además, en 1934 el Dr. Ludwig Fischer había publicado la primera biografía de Jacinta y preparaba otra D. José Galamba de Olveira, que salió de la imprenta en 1938: la primera edición en mayo, y la segunda en octubre. Este libro, titulado *Jacinta. Florinhas de Fátima*, motivó la Tercera Memoria de Lucía, ya que el Obispo, en carta de 26 de julio de 1941, le anunció una visita del Dr. Galamba para completar datos con vistas a futuras ediciones. No tuvo lugar entonces este encuentro, pero Lucía, apenas recibido el aviso, a lo largo del mes de agosto redactó la solicitada Memoria, en la que desvelaba las dos primeras partes del secreto de Fátima. Poco después, el 7 de octubre de 1941 acudían a visitarla el Sr. Obispo y el Dr. Galamba. Recogieron el escrito de la *Tercera Memoria*, y los amplios interrogatorios que llevaban trajeron como consecuencia la rápida elaboración de la Cuarta, la más larga de todas, que Lucía concluyó el 8 de diciembre del mismo

año 1941. En ella debía escribir sobre Francisco como lo había hecho sobre Jacinta, narrar con más detalle las apariciones del ángel y de Nuestra Señora, recordar las canciones que entonaban y anotar lo que no considerara exacto del libro *Nossa Senhora de Fátima*, que el P. Da Fonseca acababa de publicar.

Al mismo tiempo, como hemos indicado, crecía la veneración de los fieles hacia los dos niños que habían visto a «la Señora», se multiplicaban las gracias y favores atribuidos a su intercesión y comenzó a pensarse en una posible beatificación. Con esta perspectiva, el 30 de abril de 1951 tuvo lugar la exhumación y reconocimiento de los restos de Jacinta, y el 1 de mayo fueron trasladados a la Basílica de Cova de Iría. Unos meses después, el 17 de febrero de 1952, se exhumaban los de Francisco y el 13 de marzo se colocaban también en la Basílica. Eran las vísperas del comienzo del proceso ordinario informativo sobre la santidad de estos niños, cuya primera sesión tuvo lugar el 30 de abril de 1952. El de Jacinta se prolongó hasta el 2 de junio de 1979, y el de Francisco concluyó el 3 de agosto del mismo año.

Se estaba poniendo de manifiesto la práctica heroica de la virtud por parte de unos niños que, en escasos años de vida, habían llegado a muy alto grado de santidad.

En los dos hermanos destacó su gran amor al Señor manifestado a través de largas horas de oración y de grandes deseos de comulgar. Respondiendo a la invitación de la Virgen, querían sufrir con Cristo, darle alegría y consuelo y ofrecerse a Dios en acto de desagravio por las ofensas que recibía y de súplica por la conversión de los pecadores. Y a ambos les había impresionado mucho la visión del infierno de la aparición del mes de julio, suscitando en ellos grandes deseos de rezar y de hacer sacrificios para evitar que las almas cayeran en él. Pero vivieron de diferente modo estos rasgos de su fisonomía espiritual. En Francisco primaba su afán por dar consuelo y alegría a Jesús, tan ofendido y ultrajado, y lo más característico de Jacinta era haberse ofrecido como víctima por la conversión de los pecadores.

Estos deseos ni en uno ni en otra eran vagos sentimientos. Se traducían en hechos muy concretos, como su gran fidelidad

y aceptación del sufrimiento y su firmeza y verdad. A veces no les fue fácil mantener estas actitudes, que debieron sostener con heroica fortaleza, como durante su arresto en agosto de 1917, cuando supieron soportar las violentas amenazas con que intentaban obligarles a desvelar el secreto que les había confiado «la Señora», o en la larga y penosa enfermedad con que concluyó la vida de ambos, sobre todo la de Jacinta.

Lucía cuenta que, en una ocasión, Francisco no había querido acompañarlas en la merienda, pero sí deseaba rezar con ellas después:

«Subimos a lo alto del peñasco, donde apenas cabíamos los tres puestos de rodillas y le pregunté:

—Pero ¿qué estás haciendo aquí durante tanto tiempo?

—Estoy pensando en Dios que está muy triste debido a tantos pecados. ¡Si yo fuera capaz de darle alegría!» (4.^a Memoria).

Y entre los muchos recuerdos de Jacinta, evoca su amor a «Jesús escondido» en la Eucaristía y, como Francisco, su voluntad de sacrificio:

«Le dije un día: —Jacinta, no comas eso [bellotas y aceitunas], que amarga mucho. —Las como porque son amargas, para convertir a los pecadores» (1.^a Memoria).

Además, lo que fue específico suyo:

«Jacinta se pone en pie y me llama:

—¿No ves muchas carreteras, muchos caminos y campos llenos de gente que lloran de hambre por no tener nada para comer? ¿Y el Santo Padre en una Iglesia, rezando delante del Inmaculado Corazón de María? ¿Y tanta gente rezando con él?» (3.^a Memoria).

Al presentarlos al mundo como modelos de santidad decía en Fátima el papa Juan Pablo II el 13 de mayo del año 2000:

«En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos [...].

»Expreso mi gratitud a la Beata Jacinta, por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.

»“Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños”. La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcillos Francisco y Jacinta. Con este

rito, la Iglesia quiere poner en el candelero dos velas que Dios encendio para iluminar a la humanidad en horas sombrías e inquietas»

M.^a ENCARNACION GONZALEZ RODRIGUEZ

Bibliografía

- DE MARCHI, J. M., *Era una Senhora mais brilhante que o sol* (Fatima 142000)
 LEITE, F., SI, *Francisco de Fatima* (Braga 41966)
 — *Jacinta de Fatima* (Braga 41966)
 LUCIA, HNA, *Memorias* (Fatima 21985)
 — *Llamadas del Mensaje de Fatima* (Madrid 2001)

C) BIOGRAFIAS BREVES

SAN ELEUTERIO

Obispo († 530)

Fue el primer obispo de Tournai, Bélgica, y su muerte se sitúa el 20 de febrero de 532. Su figura está rodeada de leyendas, pero los datos básicos podrían resumirse diciendo que, nacido en Tournai, en el seno de una familia cristiana, tuvo por compañero de escuela al futuro San Medardo. Fue nombrado obispo de Tournai ya antes del bautismo de Clodoveo, alrededor del año 485. El año 501 marchó a Roma donde visitó al papa San Símaco y sometió sus escritos a la aprobación de la Santa Sede, obteniéndola del papa San Hormisdas, que sucedió a Símaco. Fue un excelente y celoso predicador y logró convertir a no pocos francos, siendo algunas veces masivos los bautizos que administró. Se dice que murió de resultado de los malos tratos que le infligieron los arrianos cuando celebraba la eucaristía.

BEATA JULIA RODZINSKA

Virgen y mártir († 1945)

Hija de Miguel y de Mariana Sekula, nace el 16 de marzo de 1899 en Nawojowa y a los diez años tuvo la desgracia de perder a su madre, ocupándose de ella las Hermanas Dominicas, que la instruyeron en la escuela elemental y bachillerato y luego la ins-

cribieron en la Escuela de Magisterio. Pero en 1916 interrumpen sus estudios para ingresar en el convento de las Hermanas de Santo Domingo en Wielowies y cambió su nombre de Estanislava por el de Julia. Hecha la profesión religiosa, continuó hasta concluir los estudios de Magisterio. En 1924 sería admitida a la profesión perpetua.

Desde la conclusión de sus estudios estuvo destinada en diversas casas de su congregación (Mielzyn, Rawa, Ruska y Vilna), dedicada a la educación de niños huérfanos y abandonados. Luego de haber dirigido la Escuela Elemental Estatal de Vilna, en 1934 fue nombrada superiora de la comunidad religiosa y directora del Instituto de Huérfanos, cargo en el que se distinguió por su bondad y amor a los huérfanos, de los que era calificada como verdadera madre.

Llegada la invasión nazi, continuó ejerciendo su cargo y haciendo cuanto podía por los necesitados. El 12 de julio de 1943 fue arrestada y encarcelada en la prisión de Luziszki de Vilna. Y un año más tarde trasladada al campo de concentración de Stutthoff. Extenuada de los padecimientos y extremadamente debilitada, contrajo el tifus y murió el 20 de febrero de 1945. Persona de profunda fe, vivió su trágica suerte con enorme confianza en la providencia divina, dando alto ejemplo de mansedumbre y serenidad. Fue beatificada el 13 de junio de 1999.

21 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Pedro Damián († 1072), cardenal obispo de Ostia, y antes monje de Fonte-Avellana, doctor de la Iglesia, cuya reforma procuró con gran celo. Su tránsito fue tal día como mañana **.

2. La conmemoración de San Eustacio († 338), obispo de Antioquía, que por la defensa de la fe católica murió en el destierro *.

3. En el monasterio de Grandval (Suiza), los santos Germán, abad, y Randoaldo, monje († 667), que fueron martirizados por defender a los pobres *.

4. En Londres, Beato Tomás Pormort († 1592), presbítero y mártir *.

5 En Londres, San Roberto Southwell († 1595), presbítero, de la Compañía de Jesús, martir bajo el reinado de Isabel I **

6 En Angers (Francia), Beato Noel Pinot († 1794), presbítero y martir durante la Revolución Francesa **

7 En Turín, Beata María Enriqueta Ana Catalina Domini-
ci († 1894), superiora general de las Hermanas de Santa Ana y de la Pro-
videncia *

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO DAMIÁN

Obispo y doctor († 1072)

San Pedro Damián fue, indudablemente, uno de los hombres que más intensamente trabajaron en el siglo XI para fomentar el espíritu de consagración absoluta a Dios y de la más austera vida de soledad y penitencia, al lado de San Romualdo, San Juan Gualberto y San Nilo. Mas, forzado por la necesidad de los tiempos y en particular por la obediencia al Romano Pontífice, trabajó también incansablemente por la reforma eclesiástica en multitud de legaciones y otras difíciles empresas, con todo lo cual debe ser considerado, al lado de San Gregorio VII, como uno de los hombres más insignes y beneméritos de la Iglesia en el siglo XI.

Nacido en Ravena en 1007, Pedro era el último de los hijos de una familia pobre y numerosa, y después de muchas privaciones, habiendo quedado huérfano en la más tierna edad, fue educado con dureza por uno de sus hermanos mayores. Tratado como un esclavo, iba con los pies desnudos y vestido de andrajos, y ya en su temprana edad fue ocupado en apacentar los animales. Mas, compadecido de él otro hermano suyo, llamado Damián, hombre piadoso y de buen corazón, lo tomó a su cargo e hizo de padre con él. De este modo, Pedro pudo adquirir una sólida formación sucesivamente en Ravena, Faenza y Parma, y, en agradecimiento a su hermano, se llamó en adelante Pedro Damián. Más aún: con sus extraordinarias cualidades, a los veinticinco años era profesor en Parma y más tarde en Ravena.

Pero ya desde entonces se sintió atraído de un modo irresistible hacia Dios. Empezó a ejercitarse en rigurosos ayunos, vigili-
as y oración; ciñóse un cilicio debajo de sus vestidos, para defenderse contra las tentaciones de la carne, y daba todo lo que podía a los pobres y necesitados, y sintiendo que Dios le exigía más todavía, decidióse a abandonar el mundo y abrazar la vida monástica en el más absoluto apartamiento.

Mientras se entretenía él con estos pensamientos, presentáronsele dos monjes del desierto de *Fonte-Avellana*, donde Landolfo, discípulo de San Romualdo, había fundado un monasterio. Con su mediación, se dirigió Pedro a esta soledad, donde comenzó inmediatamente a ejercitarse en las prácticas de la vida monástica. Los ermitaños de Fonte-Avellana vivían a pares en celdas separadas, ocupábanse sobre todo en la oración y lectura espiritual y llevaban una vida de gran austeridad. Pedro se entregó de lleno a este género de vida, por lo cual fue pronto admitido a la profesión. Sintióse entonces como en su centro y movido de su abrasado amor de Dios, ejercitóse en las mayores austeridades; pero el resultado fue que experimentó fuertes dolores de cabeza y gran debilidad en su salud. Esto le hizo comprender que debía moderar aquellos excesos, y, en efecto, así lo hizo en adelante, procurando aprovechar esta enseñanza en la dirección de los demás. Todo esto le ofreció ocasión oportuna para entregarse al estudio de la Sagrada Escritura, que utilizó siempre en sus instrucciones a los monjes. Al mismo tiempo se preparó de esta manera para la composición de las importantes obras que más tarde escribió.

Con su vida ejemplar y con los conocimientos que fue adquiriendo, se constituyó bien pronto en el verdadero maestro de los ermitaños reunidos en Fonte-Avellana. La fama del monasterio atrajo cada día nuevos discípulos. Pedro Damían fue algún tiempo ecónomo y a la muerte del prior fue elegido él para sucederle en el cargo. Organizóse en las proximidades otro monasterio llamado *Nuestra Señora de Sítiria*, y asimismo se fundaron otros cuatro centros de ermitaños, cuya dirección mantenía Pedro Damían. La forma de vida de los camaldulenses tomó algunas características especiales, que constituyen la obra de San Pedro Damían, cuyo centro principal era Fonte-Avellana. No nos

dejó el Santo ninguna regla completa; mas con lo que podemos ver en sus escritos, aparecen los rasgos más característicos. Se observaba el más absoluto silencio, y aunque no se habla de trabajo manual, sabemos que éste constituía una de las bases de la vida de los ermitaños. Por otra parte, él mismo les dirigía frecuentes instrucciones y les inspiró desde un principio un amor filial a la Santísima Virgen.

En realidad, pues, San Pedro Damiano puede ser incluido en el número de los fundadores de este nuevo género de vida religiosa, mezcla de vida solitaria y de comunidad, que tanto fruto reportó a la Iglesia. Entre sus discípulos sobresalieron algunos por sus altos cargos y por sus virtudes, como Santo Domingo Loricatus y San Juan de Lodi, sucesor suyo como superior, quien escribió su vida y más tarde fue obispo de Gubbio.

Pero su celo por la gloria de Dios y el bien de las almas no se limitó a estos monasterios que estaban bajo su dirección. Todavía durante esta primera etapa de su vida, en que se nos presenta como gran asceta cristiano, como fundador de monasterios y maestro de aquella vida austera de soledad y penitencia, mantuvo contacto con diversos monasterios o religiosos de otras órdenes y aun con eminentes seculares, como aparece en algunas de sus cartas y otros escritos. Pero debemos observar que este contacto con el mundo exterior no tenía otro objeto que la exaltación de la vida de austeridad y penitencia y el corregir los vicios y corrupción, que tantos estragos hacían en todas partes.

De este modo se preparaba San Pedro Damiano para lo que debía ocuparlo durante la segunda parte de su vida, que era el servicio de la Iglesia con importantes cargos y legaciones, es decir, con una vida apostólica de intensa actividad, tan contraria a su inclinación espiritual a la soledad y penitencia. Aunque apartado por completo del mundo, Pedro Damiano conocía perfectamente la triste situación de la Iglesia hacia el año 1044 durante el pontificado del tristemente célebre Benedicto IX (1032-1044). Por otro lado, sabía muy bien el profundo arraigo que tenían en la Iglesia los dos vicios fundamentales de la simonía y el concubinato. Por esto saludó con transportes de alegría el advenimiento de Gregorio VI (1045-1046), quien, lleno de los mejo-

res deseos, fue el primero en echar mano del gran Hildebrando, el futuro Gregorio VII. Luego, en 1046, asistió en San Pedro de Roma a la coronación del emperador Enrique III, quien providencialmente ponía término al estado irregular de la Iglesia, y en 1047 al concilio de Letrán, en que fueron promulgados importantes decretos de reforma.

Pedro Damían se volvió entonces a su retiro de Fonte-Avellana, decidido a seguir la vida de soledad y penitencia.

Pero entonces precisamente era necesario poner al servicio inmediato de la Iglesia y del Papado su elevado espíritu y el gran prestigio de santidad de que gozaba. Por esto, el noble emperador Enrique III, que tanto estimaba sus virtudes, lo decidió a intervenir. Así pues, Pedro Damían, impulsado por Enrique III, compuso y dirigió una célebre carta a Clemente II (1048), en la que lo exhortaba a dar un impulso más eficaz a la reforma eclesiástica. Pero la muerte del Papa impidió se tomara ninguna medida en este punto. Fue León IX (1048-1054) quien inició con mano enérgica la nueva campaña contra la simonía y relajación eclesiástica, para lo cual nombró cardenal-díacono a Hildebrando, quien fue en adelante el alma del movimiento reformador.

Por su parte, Pedro Damían, que sólo ansiaba el mejoramiento de la Iglesia, publicó entonces su célebre obra *Libro gomorriano*, como si dijéramos, *Libro de los incontinentes*, que dedicó al papa León IX. Su realismo vivo y a las veces algo exagerado va encaminado a convencer a los Papas y a todos los dirigentes a poner remedio a tanto mal. León IX reconoció la buena intención de Pedro Damían; pero no creyó prudente proceder con tanto rigor. De hecho, mientras Hildebrando desarrollaba una intensa actividad reformadora durante este pontificado, Pedro Damían no tuvo apenas intervención en ningún asunto público. Lo mismo sucedió durante el pontificado siguiente de Víctor II (1054-1057), si bien se conservan cartas sumamente interesantes, dirigidas por él durante este tiempo a ambos Papas.

Pero desde el pontificado de Esteban IX (1057-1058) cambió por completo la situación. El nuevo Papa decidió crearlo cardenal-obispo de Ostia y sólo utilizando los medios extremos de amenaza de excomunión logró vencer la resistencia de su profunda humildad. Él mismo, personalmente, puso en su dedo

el anillo episcopal Pero la muerte prematura de este Papa frustró los vastos planes de reforma que proyectaba con la ayuda de Pedro Damían. Hubo entonces un conato de cisma y Damían se retiró algún tiempo a Fonte-Avellana; mas, con la elección de Nicolás II (1058-1061), Pedro Damían volvió de nuevo a su campo de batalla y precisamente los años siguientes significan el período de su mayor actividad por medio de las más importantes legaciones.

En efecto, ya el año 1059 recibió del Romano Pontífice su primera legación a Milán, que se hallaba en una situación desesperada, sobre todo por la simonía y la incontinenia de los clérigos. Pedro Damían y Anselmo de Lucca, designados como legados pontificios, celebraron inmediatamente un sínodo y, tras enconadas luchas, se restableció el orden.

El pontificado de Alejandro II (1061-1073) dio de nuevo ocasión a Damían para prestar extraordinarios servicios a la Iglesia y ejercitar su celo apostólico. Al ser nombrado el antipapa, Pedro Damían compuso una de sus más célebres obras, dirigida a la asamblea de Augsburgo de 1062, que contribuyó eficazmente a la solución del cisma. En 1063 desempeñó otra legación, acompañado de Hugón de Cluny, en favor de la abadía de Bourgogne y de otras cluniacenses frente a Drogón, obispo de Maçon. El resultado fue enteramente favorable. Asimismo visitó Limoges y trabajó por la reforma de la abadía de San Marcial; estuvo en Sauvigny, donde fue ocasión de un milagro de San Odilón de Cluny. Por todo ello, los cluniacenses le quedaron sumamente agradecidos. Finalmente intervino con el joven rey alemán Enrique IV, a quien dirigió luego una excelente carta en defensa de los derechos pontificios.

Después de todo esto, renováronsele sus ansias de soledad y de oración, por lo cual suplicó a Alejandro II le permitiera renunciar a todas sus dignidades. Hildebrando, que apreciaba en lo justo la fuerza de su virtud y ejemplo para la realización de las empresas que se le encomendaban, le opuso toda clase de dificultades, diciéndole al fin con su buen humor que, si se empeñaba en ello, le imponía una penitencia de cien años. A esto repuso Damían que aceptaba la penitencia y, en efecto, se retiró a Fonte-Avellana.

Vuelto a su amado retiro, se entregó de nuevo con alma joven a la vida de austeridad y oración, que él tanto amaba. Renovó los ayunos, vigiliás y toda clase de mortificaciones. En el capítulo, después de dirigir alentadoras exhortaciones a todos, se acusaba de sus propias faltas, como pudiera hacerlo el más sencillo novicio, y tomando la disciplina, se flagelaba sin compasión. Tan precioso ejemplo sirvió para renovar el espíritu de todos los monjes.

Todavía tuvo que abandonar su amada soledad en servicio de la Iglesia. En 1066 acudió a Montecasino, donde pasó veinte días, dando los mejores ejemplos a todos sus moradores. El mismo año fue a Florencia, enviado por Alejandro II, para terminar un conflicto con los monjes de Valleumbrosa. Algo más tarde se vio de nuevo forzado a emprender, en nombre del Papa, un viaje a Alemania para tratar con Enrique IV el asunto de su divorcio, y en un concilio hizo triunfar los derechos de la moral cristiana. Finalmente, poco antes de su muerte, a principios de 1072, desempeñó una última legación en la que logró reconciliar a los habitantes de Ravena con el Romano Pontífice.

Precisamente cuando volvía de prestar este último servicio a la Iglesia y se dirigía a Roma a dar cuenta del resultado de su misión, se sintió en Faenza atacado por la fiebre, retiróse al monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles y allí murió el 22 de febrero de 1072 en presencia de gran número de monjes.

Su muerte fue, en verdad, digna de una vida de piedad y servicio de Dios y de su Iglesia. San Pedro Damían fue un precursor de la gran obra reformadora que completó Gregorio VII (el antiguo Hildebrando) desde su elevación al Pontificado en 1073. Sus exhortaciones y sermones están llenos de la más cristiana elocuencia. Sus voluminosos escritos, que le han merecido el título de Doctor de la Iglesia, están llenos de gran erudición y con su vehemencia característica ensalzan la belleza y elevación de la vida monástica o descubren las horribles lacras de la corrupción y relajación de su tiempo.

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 23 de febrero. *Vita*, de JUAN DE LODI, ob. de Gubbio, discípulo suyo.
Esta *Vita* se halla también en MABILLON, *Act. SS. Ord. Bened.*, VI p.2: PL 144, 113s.
- BIRON, R., *St. Pierre Damien* (París 1908).
- BLUM, O. J., *St Peter Damian* (Washington 1947)
- CAPECHLATIO, A., *Storia di S. Pier Damiano e del suo tempo* (Florencia 1862)
- DUMAS, A., en A. FLICHE - V. MARTIN, *Histoire de l'Eglise*. VII: *Saint Pierre Damien* (París 1940) 339s.
- FLICHE, A., *La Réforme Grégorienne*, I p.175s.
- KNOWLES, D., *The Monastic Order in England* (Cambridge 1949) 193s.
- Obras de San Pedro Damiano*: PL 144 y 145

SAN ROBERTO SOUTHWELL

Mártir († 1595)

En el día de hoy conmemora la Iglesia a uno de los más insignes mártires de la Edad Moderna en Inglaterra, el P. Roberto Southwell, de la Compañía de Jesús, que juntamente a otros veinte, en diferentes ocasiones, dieron su sangre por Cristo durante la terrible persecución que siguió al establecimiento del anglicanismo en la Gran Bretaña. A estos últimos se los designa como *compañeros*, no porque hubieran sufrido el martirio *juntamente* con el P. Southwell, sino porque se *asociaron* a él, derramando su sangre por la fe católica en diversos tiempos desde 1594 a 1679. Aparte estos veintiún mártires, conmemora la Iglesia otros más de la Compañía de Jesús, a cuya cabeza se hallan San Edmundo Campion (1 de diciembre) y el escocés San Juan Ogilvie (10 de marzo).

El P. Roberto Southwell tiene una doble significación en la fiesta de hoy. La primera es la propia e individual, por su particular significación y méritos personales en la Iglesia de Inglaterra. Como tal, indudablemente destaca entre los otros mártires ingleses. Pero, además, diríamos que tiene la significación de ejemplo o de símbolo. Se conmemora, pues, de un modo especial su actividad apostólica durante aquella terrible persecución, las horribles torturas que tuvo que sobrellevar y el glorioso martirio que sufrió, indicando al mismo tiempo que algo semejante se pudiera decir de cada uno de los otros mártires mencio-

nados. Se presenta este martirio en particular como una especie de muestra de los que sufrieron todos los demás.

Procedente el P. Roberto Southwell de una noble y rica familia católica, nació en Norfolk en 1561. Preocupados sus padres por su educación católica, lo enviaron a Douai, donde fue discípulo del célebre teólogo jesuita P. Leonardo Lessio. Luego continuó su estudio en París y, contando sólo diecisiete años, pidió su admisión en la Compañía de Jesús, gracia que por el momento no consiguió, dando con ello ocasión al primer escrito que de él poseemos, donde se explaya en ansias amorosas hacia Dios y manifiesta la estima que tiene de la vocación. Sin embargo, el mismo año 1578 fue admitido en la Orden e ingresó en el noviciado de Roma. Cursados allí brillantemente los estudios, fue ordenado sacerdote en 1584, y dos años después partía para su ansiada misión de Inglaterra.

Ya en esta primera etapa de su vida religiosa aparecen sus extraordinarias cualidades de escritor, como puede verse en las cartas y otros textos que de él se han conservado. En ellos se descubre, ante todo, el intenso amor de Dios en que se abrasaba y el tierno amor que profesaba a su vocación.

«¡Cuán grande es —escribe— la perfección que se exige de un jesuita; pues debe estar dispuesto en cualquier momento a partir para cualquier parte del mundo y a cualquiera clase de gente, sean herejes, turcos, paganos o bárbaros!».

En esta actitud, en efecto, se encontraba él, como lo demostró en su entrada en Inglaterra. Pero entonces dio igualmente las más claras pruebas de las ansias de martirio que lo consumían. Conocía perfectamente la situación en que se encontraban los hijos de la Compañía de Jesús que trabajaban en Inglaterra, y los gravísimos peligros a que estaban expuestos en cada momento. Tuvo noticia del martirio de Edmundo Campion, el protomártir jesuita de Inglaterra, y con este motivo compuso una de sus más inspiradas composiciones, en que aparecen juntamente sus condiciones de poeta y cómo se daba perfecta cuenta de que podía sucederle a él lo mismo que a Campion.

En estas disposiciones entró el P. Southwell en Inglaterra, donde durante seis años desarrolló una intensa actividad apos-

tólica. Después de un corto período de trabajo, en el que se veía obligado constantemente a disfrazarse de las más variadas maneras, a cambiar de habitación y a correr siempre en busca de las almas, quedó algún tiempo como capellán de la condesa Ana de Arundel, tan benemérita de la causa católica, y cuyo esposo murió poco después mártir y es venerado como beato. Sin embargo, como se sabía que ya los espías habían dado aviso de la entrada del P. Southwell en Inglaterra, se mantuvo durante dos años enteramente oculto. Ni los criados de la casa tenían noticia de él, para lo cual se veía obligado a comer de las sobras de la mesa. Al amparo de las sombras de la noche, salía para ejercer su apostolado.

Pasados estos dos años, y suponiendo que el peligro era menor, intensificó su trabajo entre los católicos, que tan faltos se hallaban de aliento espiritual en medio de tantos peligros. Para ello se sirvió de la pluma, componiendo en este tiempo algunos escritos y aun poesías, que le han dado fama de buen escritor y exquisito poeta lírico. Todo esto se imprimía en una imprenta clandestina, instalada en la misma casa de la condesa de Arundel y contribuyó eficazmente a levantar los ánimos de los católicos. Escribió asimismo una carta al esposo de la condesa, preso en la Torre de Londres. Son preciosos los pensamientos sobre el martirio como el mejor medio de probar a Dios nuestro amor y nuestra fe.

De particular importancia fueron otros dos escritos publicados por el P. Southwell en este tiempo. El primero es una carta, en la que trataba de instruir debidamente y proporcionar armas para la defensa de su fe a los sacerdotes y a los dirigentes seculares. El segundo era otra carta dirigida a su propio padre, que se había enfriado en la fe católica, donde, con verdadera ternura de hijo, trata de inducirlo a volver al verdadero sendero de Dios. Pero el escrito más interesante es la célebre y conmovedora súplica redactada en 1591. Va dirigida a la reina Isabel, y en ella procura convencerla de que debe cesar aquella persecución, fundada en la falsa creencia de que los católicos eran traidores a su persona. Un buen número de poesías, como las *Lágrimas de Magdalena*, sirvieron maravillosamente para consolar y alentar a los católicos.

Con todo esto, no es de sorprender que, a pesar del cuidado con que se procedía, el nombre del P. Southwell fuera universalmente conocido, incluso entre los anglicanos, que ansiaban hacerlo desaparecer. La traición de la hija de Ana, de la familia Bellamy, a donde había ido a ejercer sus ministerios sacerdotales, lo puso finalmente en manos del verdugo Topcliffe. Era el 5 de junio de 1592. Con satisfacción y jactancia pudo escribir éste a la reina: «Nunca se ha logrado apresar una persona tan importante». Allí, pues, con la anuencia del omnipotente valido de la reina, Lord Cecil, lo sometió a las más horribles torturas que pudo inventar su espíritu sanguinario y su concentrado odio a los católicos y, sobre todo, a los jesuitas. Hasta diez veces, según testificó más tarde la misma víctima, lo sometió a un horrible tormento inventado por él, en el cual se suspendía a la víctima de una pared atándole las muñecas con unas argollas y quedando suspendido con el consiguiente descoyuntamiento de miembros, y en esta forma se le dejaba seis, siete y más horas, hasta que llegaba a desvanecerse.

En medio de tan duras torturas, que se repitieron durante varios meses, mantuvo el P. Roberto Southwell aquella firme constancia que llegó a admirar al mismo Lord Cecil, quien presenció alguna vez tan inaudito tormento. Por esto llegó éste a escribir que ya no sería solamente la Roma antigua la que podía gloriarse con la constancia y heroísmo de sus mártires, sino que también la época moderna e Inglaterra misma poseía aquel jesuita, que, sometido hasta trece veces a aquella tortura, no había titubeado en la fe.

Ante el evidente fracaso de este intento de doblegar la firmeza del P. Southwell, fue éste conducido a la cárcel de Gatehouse, donde pasó dos meses en medio de tanta suciedad y miseria que llegó a ser presa de los más repugnantes parásitos. Poco después fue trasladado a la tristemente célebre Torre de Londres, donde pasó otros tres meses en la más absoluta soledad. Ésta fue aprovechada por él para la composición de algunas de las más preciosas poesías y otras obras que salieron de su pluma. En ellas palpita el más ferviente amor a Dios, por el que está dispuesto a ofrecer su propia vida; presenta de la manera más viva la belleza de la renuncia a todos los placeres del mundo, la eterna paradoja

cristiana de no tener nada y poseerlo todo. Es preciosa la versión que compuso en verso inglés del himno de Santo Tomás *Lauda Sion Salvatorem*. Sus obras poéticas colocan al P. Southwell entre los mejores poetas líricos de su tiempo.

Pero entre tanto llegó el final de aquella sangrienta tragedia. El mismo P. Southwell escribió a Lord Cecil suplicándole que se juzgase su causa o se le pusiera en libertad. La respuesta fue trasladarlo al penal de Newgate entre la hez de los criminales, de donde lo sacaron el 20 de febrero de 1595 para llevarlo ante el tribunal. Y es digno de notarse que era tal el renombre que había alcanzado el P. Southwell que, a pesar de las medidas tomadas para realizarlo todo sin publicidad, y no obstante haber hecho circular la noticia de que se iba a ajusticiar a un vulgar criminal en el Tyburn, de hecho fue tan grande la aglomeración de público, que sólo a duras penas pudieron avanzar los esbirros que conducían al reo.

El tribunal y todo el juicio que se entabló contra el P. Southwell fueron sumamente característicos de esta clase de juicios contra los sacerdotes católicos, en los que aparece con toda evidencia cómo éstos morían efectivamente por su fe católica y por su obediencia al Papa. El presidente Popham ponderó las sublevaciones, conjuraciones, rebeldías y guerras que habían tenido lugar, principalmente por la actitud rebelde de los católicos y, sobre todo, por el influjo de los jesuitas; y luego presentó al jesuita Roberto Southwell como reo de todos esos delitos. Y concretando más todavía, lo acusó de haberse hecho sacerdote católico y jesuita fuera de Inglaterra, de haber regresado como tal a la patria, y de haber contravenido con todo eso las leyes del reino, lo que equivalía a una rebelión contra la reina.

A tan solemnes inculpaciones respondió el padre que admitía que era sacerdote católico y jesuita y que daba gracias a Dios por ello. Asimismo, que había entrado en Inglaterra, aun conociendo las leyes contrarias. Pero que invocaba a Dios por testigo de que no le había movido ningún intento de rebeldía contra la reina, sino únicamente el deseo de obedecer a Dios y hacer bien a las almas.

Estas declaraciones excitaron hasta lo sumo el apasionamiento del tribunal, que se manifestó en una serie de nuevas y

apremiantes preguntas, a las que respondía el reo con la mayor serenidad. Finalmente, vinieron a parar al punto más candente, de que, por el mero hecho de obedecer al Papa antes que a la reina, se manifestaba reo de lesa majestad. Entonces el fiscal Coake tuvo una disertación, en la que trató de probar que la reina Isabel no tenía en la tierra ningún superior, ni en lo humano ni en lo divino, y, por consiguiente, obedeciendo él al Papa se rebelaba contra su legítima soberana, y, para probar su afirmación, aducía el texto «dad al César lo que es del César». Se siguieron violentos altercados, pues no permitían al P. Southwell que tomara la palabra por temor de que se soliviantaran en su favor los espectadores. Al fin, pudo el reo responder con toda solemnidad:

«Ni yo ni ningún católico negamos a la reina lo que se debe a un príncipe temporal. Pero damos al Papa, como representante de Dios, lo que es de Dios. Por esto el texto entero dice: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". ¿En dónde consta que Cristo haya dado su representación en lo espiritual y el poder de las llaves del cielo a otro que no sea Pedro y en él a sus sucesores?».

Con todo esto llegó al punto culminante el apasionamiento de los jueces. Trataron todavía de confundirlo con otro género de acusaciones y falacias, sobre todo por medio de la supuesta inmoralidad de la restricción mental. Respondió él de nuevo con tanto ingenio, que los dejó a todos sin palabra, por lo cual, ciegos por la pasión y por la ira, le impusieron violentamente silencio y dictaron con toda solemnidad la sentencia de muerte, por ser sacerdote católico, por haber predicado la doctrina católica en Inglaterra y por anteponer la autoridad del Papa a la de la reina, con todo lo cual se había declarado en rebelión contra las leyes del Estado y hecho reo de lesa majestad.

Lejos de inmutarse el P. Southwell al escuchar la sentencia de muerte, dio las gracias al carcelero diciéndole que le había dado la mejor noticia del mundo. Al llegar al lugar de la ejecución, contempló por unos momentos la horca en ademán de satisfacción; subió luego al carro que estaba debajo de ella, y dirigiéndose al público dio testimonio solemne de su fe católica, de su condición de sacerdote y jesuita, de su respeto a la reina y

de su disposición a sufrir mil muertes por cualquier punto de la doctrina católica. Luego avanzó rápidamente el carro y el nuevo mártir quedó suspenso, en el aire, y entregó, momentos después, su alma a Dios. Su cadáver, descuartizado, según la costumbre inglesa, fue levantado sobre un palo, donde estuvo expuesto algunos días.

Entretanto, el P. Garnet escribía al reverendo P. Aquaviva, general de los jesuitas:

«Puedo presentarle una preciosa flor de vuestro jardín, un exquisito fruto de vuestra planta, una piedra preciosa de vuestro tesoro [...] un valiente mártir de Cristo. Roberto Southwell, en un tiempo mi querido hermano, es ahora mi patrono y mi modelo».

En realidad, decimos nosotros, Roberto Southwell dio su vida por Cristo y por su fe. Las mismas declaraciones del tribunal que lo condenó pusieron bien en claro que éste era el verdadero motivo de su muerte. Fue, pues, un auténtico mártir. Su canonización, junto con la de otros mártires ingleses, tuvo lugar el 25 de octubre de 1970.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

- CHILD, H H, *Cambridge history of English literature*, IV
 HOOD, C M, *The book of Robert Southwell* (Oxford 1926)
 JANELLE, P, *Robert Southwell, the writer* (Londres 1935) Obra fundamental
 SOUTHWELL, R, *Humble supplication to Her Majesty* (Cambridge 1953) Cf *Anal Boll* 72 (1954) 301s
 THURSTON, H, artículos en *The Month*, febrero marzo 1895, septiembre 1905, etc., *The Cath Encycl*, XIV, 164s

BEATO NOEL PINOT

Presbitero y martir († 1794)

Noel Pinot, uno de los más insignes mártires de la persecución religiosa que sufrió Francia a finales del siglo XVIII, nació el 19 de diciembre de 1747 en Angers, antigua capital del Condado de Anjou. Su venida a este mundo coincidió con la muerte de su hermanito José, que tenía algo más de un año y que era el que le precedía. Fue bautizado al día siguiente en la iglesia de

San Martín, en la que sus padres, René Pinot y Claude La Grois, se habían casado diecinueve años antes. Quiso Dios bendecir a estos sencillos y cristianos esposos con una numerosa descendencia: 16 hijos, de los que tanto el primogénito como el *benjamín*, René y Noël respectivamente, serán sacerdotes.

Su infancia estuvo dolorosamente marcada por la muerte de algunos miembros de su familia: la de su hermana Margarita, con seis años, y especialmente la de su padre, que dejó este mundo a la edad de cincuenta años. En la partida de defunción se nos dice que era «maestro tejedor». Dos meses después que su padre es Juana, la quinta de los hermanos, la que muere con sólo veintitrés años, mientras que el pequeño Noël tiene ocho.

Sus primeros estudios los realizó en la escuela parroquial y en el colegio del Oratorio. A los trece años, siente la llamada de Dios que le quiere sólo para Él. Dócil a su voz, ingresa en el seminario, dirigido, como casi todos los seminarios franceses de entonces, por la compañía de San Sulpicio.

Noël Pinot fue ordenado sacerdote en 1771. Durante diez años ejerció su ministerio sacerdotal como vicario parroquial en Bousse (Sarthe) y en Corzé. A últimos de junio de 1781 se trasladó a Angers por orden de sus superiores, para ocupar el cargo de capellán del Hospital de Enfermos Incurables, que pertenecía a la parroquia de San Martín. Allí tuvo la dicha de volver a ver a su hermano René, que era capellán de la Catedral, y de compartir con él experiencias sacerdotales. Pero a los pocos meses de su llegada, el 28 de octubre, el gozo natural de estar cerca de los suyos, se vio tristemente ensombrecido por el fallecimiento de su querida madre a la edad de 76 años. Y al año siguiente, el 27 de diciembre de 1782, su hermano mayor René partía también a la casa del Padre. Sin duda, Dios iba purificando y fortaleciendo por medio del sufrimiento al joven sacerdote para capacitarlo para su heroica misión.

La buena labor espiritual desarrollada en el Hospital de Incurables durante algo más de siete años, le granjeó ante sus superiores una excelente reputación, que va a ser recompensada con el nombramiento de párroco de una de las más importantes parroquias rurales de la diócesis de Angers: Louroux-Bé-

connais, que por aquel entonces contaba con unas 30.000 almas y que, con sus 7.000 hectáreas de territorio, era también la más extensa de toda la diócesis. El domingo 14 de septiembre de 1788, fiesta de la Exaltación de la santa Cruz, tomaba posesión de la parroquia. Sin embargo, sólo durante dos años pudo desarrollar con paz su fructífero ministerio sacerdotal, pues enseguida se vio envuelto por la tormenta revolucionaria.

Sus contemporáneos nos han transmitido algunos rasgos de la personalidad sacerdotal de su nuevo pastor y de su actividad apostólica: se entregaba con ardor a todas las formas de apostolado que emprendía; tenía el don de palabra en sus predicaciones y sus instrucciones eran sólidas y amenas; era muy solícito en la formación cristiana de los niños; se le encontraba siempre dispuesto a oír las confesiones de sus feligreses, las almas encontraban en él a un director lleno de sabiduría... Sin embargo, los que le trataron destacan especialmente una virtud: su caridad para con los pobres y enfermos. En el transparente y caritativo uso que hizo de las grandes rentas de la parroquia, que pasaban íntegramente a las manos de los pobres y necesitados, y en el modo de vida realmente pobre que llevaba, de una gran austeridad consigo mismo, demostró que lo único que le interesaba era la salvación de las almas a él encomendadas y no el prestigio que comportaba su cargo ni la búsqueda de privilegios y prebendas. En una palabra, él se sentía pastor de almas y sólo eso quería ser, como va a demostrarlo con sus hechos.

Recorramos ahora brevemente los principales acontecimientos políticos y sociales que durante los dos años (1789 y 1790) de su ministerio sacerdotal como párroco, trastocaron la vida apacible de la feligresía de Louroux-Béconnais y la de su ejemplar pastor. El domingo 8 de marzo de 1789 tuvo lugar la reunión del «tercer estado» de la parroquia, «en el vestíbulo de la iglesia a la salida de misa y a toque de campana». Fueron elegidos cuatro representantes que tomaron parte en la elección de los diputados para los Estados Generales, que se realizó el 18 de marzo. La ley de 14 de diciembre de 1789 había ordenado el establecimiento de nuevas juntas municipales para todo el reino. El pueblo se había convertido en cabeza de partido del distrito de Angers, teniéndose la primera asamblea del cantón el 28

de abril en la iglesia parroquial. El alcalde, Jean Boré (que va a tener enseguida un triste protagonismo), fue elegido presidente de la misma.

Por otra parte, el 12 de julio de 1790 se aprobó la *constitución civil del clero* que, en medio de una enorme agitación social, fue promulgada el 24 de agosto. Siguiéron meses de una gran confusión por parte del clero francés, falto de instrucciones precisas y carente del debido discernimiento. Sin embargo, el cura de Louroux-Béconnais, guiado por la sabiduría de su juicio y la ortodoxia de su fe, se opuso resueltamente desde el principio a esta «constitución», que el Papa no tardó en declarar herética y cismática (10 de marzo de 1791). Esta oposición, como vamos a ver a continuación, fue el comienzo de la feroz e injusta persecución de la que va a ser objeto.

El domingo 23 de enero de 1791, al terminar la misa mayor, el alcalde y toda la junta municipal se acercaron a la sacristía para recibir el juramento de fidelidad del párroco, tal y como prescribía la constitución. Éste se negó por dos veces a estampar su firma de juramento. El alcalde, ante su negativa, le advirtió que, conforme a la ley, sería considerado en adelante como párroco dimisionario y no podría ejercer ninguna función eclesiástica en dicha parroquia. Sería, además, perseguido como perturbador del orden público. El sacerdote le respondió con firmeza que ni la ley ni el alcalde le podían retirar los poderes que él había recibido de parte de Dios y de la Iglesia y que, por consiguiente, no sólo seguía siendo cura legítimo de Louroux, sino que, además, en conciencia delante de Dios nunca se sometería a unas leyes injustas.

A partir de este momento los acontecimientos se precipitan. El 6 de febrero, los electores del departamento eligieron en Angers a un obispo constitucional, el prior de Beaufort, localidad limítrofe a Louroux. Viendo, por tanto, que antes o después iban a nombrar a un sacerdote juramentado como sucesor suyo (como efectivamente sucedió), con las consecuencias funestas que esto comportaba, lleno del celo que le caracterizaba, se decidió el 27 de febrero, al término de la misa mayor, a dirigir desde el púlpito a sus feligreses una ardorosa y valiente alocución, en la que defendió con firmeza los derechos de Dios y de

la Iglesia y en la que advirtió a sus feligreses, con lenguaje claro y directo, de los peligros de cisma que les amenazaban.

Las palabras del santo sacerdote, como él mismo preveía, provocaron las iras del alcalde y de los funcionarios del ayuntamiento allí presentes. Dando gritos se atrevieron a interrumpir al párroco diciéndole: «¡Bájate de ahí! ¡Tú nos dices que el púlpito es la cátedra de la verdad y no haces más que decir mentiras!». Se produjo un gran alboroto, pues los demás fieles empezaron también a protestar indignados contra el alcalde y su junta. Al salir éstos de la iglesia, se dirigieron precipitadamente al Ayuntamiento y redactaron un informe detallado de las palabras de «este cura sedicioso y perturbador», con el fin de denunciarlo ante las autoridades del departamento de Maine-et-Loire. Al volver el valiente sacerdote a la sacristía para quitarse los ornamentos, tuvo lugar una entrañable escena que nos da idea del genuino espíritu sacerdotal que le animaba. Les dijo sencillamente a los monaguillos: «Quedaos, hijos míos, en la iglesia y preparaos para confesaros mientras yo voy a almorzar, pues es muy probable que en mucho tiempo no haya un sacerdote católico que os pueda absolver. Se avecinan malos días» Y a uno de ellos le dio al día siguiente la primera comunión.

La denuncia, efectivamente, no tardó en producir su efecto. El padre Noel Pinot fue arrestado durante la noche del 4 de marzo por más de cincuenta hombres bien armados de la Guardia Nacional. La intención de las autoridades era que lo trasladaran a Angers al día siguiente, sábado y día de mercado, a mediodía y con gran aparato, con el fin de que el mayor número de personas pudiese presenciar la detención de un cura refractario. Por consiguiente, el santo sacerdote atravesó la ciudad escoltado por la Guardia Nacional como si se tratara de un peligroso asesino. Inmediatamente fue internado en la prisión real. El día 12, después de recibir una áspera reprimenda, fue condenado a vivir durante 2 años a una distancia de 8 leguas de su parroquia.

Al estallar el levantamiento popular campesino y católico de La Vendée (que tuvo precisamente su origen en Saint-Florent-le-Vieil, un pueblo de la diócesis de Angers) y ocupar la «Armada católica» la parroquia de Louroux, Noel Pinot pudo entrar en su querido pueblo el 22 de junio de 1793. Fue para él una

gran satisfacción proclamar de nuevo la Palabra de Dios en medio de sus feligreses. Pero su alegría duró pocos días, ya que el descalabro que sufrieron el 29 de junio las intrépidas pero mal armadas masas vandeanas en Nantes (al que seguirá el exterminio sistemático de aquellas tierras y gentes que se habían levantado sencillamente para defender su religión y que los historiadores han calificado como el primer genocidio de la historia moderna) hizo que toda la orilla derecha del Loira retemblara aún más fuertemente que antes bajo el yugo de la Convención, cuyo lema aterrador era: «libertad, igualdad, fraternidad o muerte». Este cambio brusco le obligó a proseguir su vida errante, perseguido por los revolucionarios que habían prometido una recompensa a quien lo denunciase. Ahora sí que se trataba de una persecución en toda regla.

Ocho meses le quedan de vida a nuestro mártir, ocho meses de heroico calvario que coinciden con el período revolucionario del Terror: desde junio de 1793 hasta febrero de 1794. Va a vivir una maravillosa y dramática aventura apostólica. Podía perfectamente haberse refugiado con tiempo en un lugar seguro o haberse expatriado como lo hicieron más de 30.000 eclesiásticos en aquellos años, acogiéndose a la ley de 26 de agosto de 1792, que ordenaba la deportación de todos los sacerdotes no juramentados, salvo los enfermos o los que tenían más de 60 años, los cuales sufrían un internamiento administrativo. Sin embargo, él prefirió aplicarse a sí mismo literalmente las inequívocas palabras de Cristo: «El buen pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas...» (Jn 10,11-13). Sigámosle, pues, en su *viacrucis* solitario y glorioso.

Su parroquia, como ya hemos visto, era la más vasta de la diócesis. Se extendía por un radio de unos seis kilómetros del punto central. Una quincena de pueblos y amplios cortijos se asentaban en su territorio. Páramos inmensos y lagunas daban al terreno un aspecto salvaje y estéril. Los caminos eran pocos y difíciles. Árboles muy frondosos e hileras espesas de arbustos salpicaban de manchas oscuras los campos. Estas condiciones del terreno favorecían el refugio de un cura proscrito.

Por otra parte, él confiaba en la discreción y prudencia de su feligresía a la que conocía muy bien. Era gente muy cristiana, afecta a sus sacerdotes y generalmente, como en todo el oeste de Francia, muy poco proclive a la causa revolucionaria. Así que, muy determinado en su plan y abandonado en manos de la providencia divina, el intrépido pastor de almas empezó por disfrazarse con el peculiar vestido pardo de los campesinos de la región.

Sus proyectos eran muy simples. Conocía perfectamente el extenso territorio de su parroquia y sabía qué familias le podían ofrecer un refugio seguro. Sus escondites habituales estarían situados en la periferia y en los lugares más solitarios. De esta forma podría también echar una mano a las parroquias limítrofes, cuyos sacerdotes se habían exiliado casi todos. Atendería a los enfermos, bautizaría a los niños, bendeciría los matrimonios...

Las familias más piadosas y discretas sabían cómo y dónde encontrar al santo sacerdote. Cuando se tenía necesidad de su ministerio, le avisaban y él se dirigía al punto indicado. Sus desplazamientos los hacía por la noche y si las distancias eran grandes, iba a caballo. Durante el día permanecía escondido en casas de campo solitarias o en los graneros y establos. Distribuía ese tiempo entre la oración, el rezo del breviario, la lectura y el descanso necesario. Cuando las primeras sombras de la tarde protegían sus pasos, el despierto y solícito centinela iniciaba su ministerio. La primera parte de la noche la aprovechaba ordinariamente para sus relaciones con las personas y oír sus confesiones. A media noche se preparaba todo para la celebración de la santa misa, que se celebraba en las casas, a veces incluso en los establos. ¡Qué impresionante espectáculo!: un pobre sacerdote, perseguido como si fuese un malhechor, renovando el sacrificio redentor de Cristo en aquellas condiciones. Sin duda que le vendría a la mente la figura de María depositando a Jesús en las frías pajas del pesebre o el recuerdo de los primeros cristianos reunidos en fervorosas vigili­as de oración...

Pero antes o después, tenía que pasar lo que era casi inevitable. Tras muchas penalidades sufridas: frío, soledad, angustia...; tras innumerables peripecias y después de haber escapado de

sus perseguidores por puro milagro en algunas ocasiones, el cerco se hizo tan estrecho que por fin dieron con él. Fue arrestado efectivamente la noche del 9 de febrero de 1794, domingo, en la Melandrerie, una alquería aislada, mientras se disponía a celebrar la santa misa, revestido ya de sus ornamentos. Una patrulla de la Guardia Nacional irrumpió de repente en su refugio e inició un minucioso registro hasta dar con el sacerdote que se había escondido precipitadamente en un armario. Fue llevado en seguida al pueblo y allí mismo el juez de paz le hizo un primer interrogatorio, en el que el acusado reconoció haber permanecido escondido durante los últimos meses dentro del territorio de su parroquia, si bien no estaba dispuesto a dar ningún nombre de los que le habían ocultado.

Al día siguiente, después de obligarle a revestirse de su sotana y de encasquetarle el bonete, como si de una corona de espinas se tratara, fue llevado ante el Comité revolucionario de Angers, que tenía su sede en el obispado. Y de nuevo se repitió la triste pantomima de su primera detención. Se le hizo atravesar la ciudad, guiado por los guardias, en medio de gritos de muerte de algunos y de indignación silenciosa e impotente de los más.

Los miembros del Comité se contentaron con el interrogatorio que les habían remitido y no hicieron ningún otro. Después de inscribir su nombre en el registro oficial, el padre Pinot fue encarcelado en la prisión real y arrojado al calabozo, en el que por todo mobiliario había un catre de paja. Durante los días de su reclusión, le tuvieron a pan y agua. En este estado, consumido por la humedad, la suciedad y los piojos, se le prohibió además hablar ni recibir a nadie. ¡Había llegado su hora...!

El viernes 21 de febrero, el tribunal militar interrogó al confesor de la fe. Las sesiones públicas tuvieron lugar en la antigua capilla de los dominicos. He aquí un extracto del interrogatorio cuyo original se conserva en los archivos del Tribunal de Apelación de Angers:

«[...] Habiéndosele preguntado al acusado aquí presente su nombre, edad, condición y domicilio, ha respondido que se llama Noël Pinot, natural de Angers, parroquia de San Martín, domiciliado en Louroux, sacerdote refractario, anteriormente cura párroco del citado municipio de Louroux, de 47 años de edad.»

Habiéndosele preguntado por qué no se ajustó a la ley relativa a la deportación de los sacerdotes no juramentados, ha respondido que él quería instruir a la parroquia que Jesucristo, que es Dios, le había encargado.

Se le preguntó dónde están los documentos que prueban la misión de la que él dice con descaro que le ha sido encargada por Jesucristo. Ha respondido que la prueba de su misión es la jurisdicción que la Iglesia le había dado de la parroquia de Louroux y que solamente la Iglesia se la podía retirar.

«[...] Habiéndosele preguntado qué hacía durante el tiempo que él ha permanecido en esta localidad, ha respondido que explicaba la doctrina de la religión cristiana, que es la única verdadera y que ahora se quiere destruir.»

Inmediatamente después de este interrogatorio, digno de las actas de los mártires de la Iglesia primitiva, el tribunal militar le condenó a la pena de muerte, que había de ejecutarse en el plazo de 24 horas.

La comedia estaba servida, los farsantes sentados a la mesa, ¡iba a dar comienzo el macabro banquete! Y para que no faltase ningún ingrediente, los guardias, en plan de mofa, le preguntan al *manso cordero* si le gustaría ir a la guillotina revestido de los ornamentos sagrados. Él, sin pensárselo dos veces, respondió con todo entusiasmo que ésa sería su mayor alegría. Sale, pues, de la *prisión-sacristía* dispuesto a ofrecer el sacrificio de sí mismo al Padre sobre el ara del patíbulo. ¡Maravillosa conjunción de sacerdote y víctima...!

Avanza el cortejo de ejecución a toque de tambor por las calles de Angers, como si de una procesión religiosa se tratara, hasta llegar a la plaza donde estaba preparado el cadalso. Su semblante contento y satisfecho pregona la alegría íntima que experimenta de identificarse plenamente, ¡por fin!, con Cristo sumo y eterno sacerdote.

Sube los peldaños del tablado y, humildemente, se presenta ante el verdugo. Éste, sin darse cuenta del significado simbólico de lo que va a hacer, le despoja de la casulla que le estorba para realizar su repugnante trabajo. Y, en medio de un profundo silencio, interrumpido sólo por algunos gritos de *vive la République* por parte de sus jueces, el ronco recrujir de la cuchilla deslizán-

dose por los bastidores de la guillotina y su golpe seco final, es inmolada la víctima inocente. Son las tres y media de la tarde. La semejanza de su muerte con la de su Maestro y Señor no puede ser más evidente.

Su cuerpo, transportado inmediatamente al cementerio, fue sepultado en una fosa común sin que posteriormente pudiese ser identificado. Setenta años después de su muerte y cuando vivían aún personas que lo habían conocido, se instruyó, el 26 de agosto de 1864, una intensa investigación sobre su vida, proceso y martirio. El 24 de febrero de 1905 se inició su proceso de canonización. Fue beatificado por Pío XI, después de hacerse público el decreto con el que se reconocía su martirio, el 31 de octubre de 1926.

A. MAROTO HERRANZ, OSB

Bibliografía

- GRUGET, S, *Memoires et journal de l'abbe Gruget* (Angers 1902)
 TROCHU, F, *Le bienheureux Noel Pinot, cure du Louroux Beconnais au diocese d'Angers, martyr, 1747 1794* (Angers 1955)
 UZUREAU, F, *Noel Pinot cure du Louroux Beconnais, guillotine a Angers le 21 fevrier 1794* (Angers 1912)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUSTACIO

Obispo († 338)

San Eustacio fue uno de los primeros prelatos clarividentes que comprendieron enseguida el grado de mutación sustancial que el arrianismo quería introducir en la fe cristiana. Había nacido en Side de Panfilia y había adquirido en su juventud una magnífica cultura. El año 320 más o menos fue elegido y consagrado obispo de Berea de Tracia y en 324 por su gran crédito como pastor había sido trasladado a la sede de Antioquía.

Él fue uno de los obispos que acudió a la convocatoria del concilio de Nicea el año 325, siendo recibido por la corte imperial y los demás obispos a tono con su categoría de obispo antioqueno, y enseguida se declaró adverso a las tesis de Arrio, y

colaborando en su condena y en la redacción de la fórmula de fe adoptada.

Vuelto a Antioquía siguió siendo un pastor celoso, que, además, cuidaba de que fueran bien elegidos los sujetos propuestos para obispos de las sedes dependientes de la antioquena. Como perseveraba en la fe nicena, comenzó a tener problemas con Eusebio de Cesarea que protegía a los arrianos, los cuales, además, fueron consiguiendo el favor de la corte imperial y pudieron lograr del emperador Constancio en 330 la deposición de Eustacio. Antes de su partida, una gran muchedumbre pudo recibir sus últimas enseñanzas, en las cuales reafirmó su fe ortodoxa. Tras su partida se eligió otro obispo, pero muchísimos miembros de la comunidad antioquena se negaron a reconocerlo como pastor, afirmando que el único legítimo era el desterrado. El destierro fue a Trajanópolis en Tracia. No se sabe el sitio exacto de su muerte, aunque se supone que fue en esa misma ciudad el 21 de febrero de 338. Escribió un tratado contra los arrianos y otras obras que se han perdido, sobreviviendo solamente algunos fragmentos.

SANTOS GERMÁN Y RANDOALDO

Religiosos y mártires († 667)

En la víspera de la fiesta de la Cátedra de San Pedro los soldados del duque Cathic dieron muerte al abad de Grandval y al prior del monasterio, llamados Germán y Randoaldo respectivamente.

Ambos fueron violentamente desnudados; Germán fue luego atravesado por una lanza y Randoaldo decapitado.

El motivo del martirio estuvo en que el abad había reprochado al duque su mala actitud y malos tratos hacia los monjes y los habitantes de la región, singularmente el perjuicio que las medidas tomadas por él causaban a los más pobres. De momento pareció que sus palabras habían tenido buena acogida, pero los soldados, como si fueran una banda de forajidos, se presentaron en los alrededores del monasterio y comenzaron a maltratar a los vecinos. Germán y Randoaldo quisieron aplacarlos con palabras de paz, pero la respuesta fue darles muerte.

El monje Baboleno dejó una relación del martirio y la vida del santo abad. Éste había sido criado como un hijo por el santo obispo Modoaldo de Trier, pero en su juventud se puso bajo la guía de San Arnulfo para que lo orientara en la vida de ascetismo y se hizo monje en Remiremont. Luego marchó a Luxeuil, cuyo abad Waldeberto introdujo la regla benedictina en el monasterio; por último fue enviado como abad al monasterio de Grandval.

Este martirio parece que tuvo lugar el año 667.

BEATO TOMÁS PORMORT

Presbítero y mártir († 1592)

Era natural de Little Limber en el condado de Lincoln. Luego de estudiar en el Trinity College de Oxford pasó a Reims en 1581 para hacerse sacerdote, pero fue enviado a Roma donde completó los estudios y se ordenó sacerdote en la basílica de Letrán.

Estuvo luego al servicio de Owen Lewis, quien, al ser ordenado obispo de Cassano en el reino de Nápoles, lo envió a Inglaterra en 1588. En Londres trabajó con San Roberto Southwell, jesuita, usando apellidos falsos.

Su detención en julio de 1591 se debió a que un sacerdote lapso lo denunció. Logró escaparse pero fue de nuevo localizado en septiembre y llevado por Topcliffe a su casa, donde padeció terribles torturas.

El 8 de febrero de 1592 fue juzgado y acusado de alta traición, por lo que se le condenó a muerte. Fue ejecutado en el cementerio de Saint Paul's el 20 de febrero de 1592.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATA MARÍA ENRIQUETA DOMINICI

Virgen († 1894)

Nació en Borgo Salsazio di Carmagnola, en el Piamonte, el 10 de octubre de 1824 en el seno de una familia muy religiosa

de condición modesta. A los cuatro años queda huérfana de padre y se encarga de su educación su madre junto a un tío suyo, párroco de Borgo San Bernardo.

En su adolescencia nada indicaba en ella la futura santa; era una muchacha normal, más bien extrovertida y algo vanidosa. Sin embargo, a los consejos que se le dieron reaccionó bien, se hizo más responsable en sus estudios y ayudó a su tío como catequista en la parroquia. Progresó en la vida de piedad y daba muy buen ejemplo a los jóvenes del pueblo. Su salud era delicada.

De pronto anuncia que desea ser religiosa y halla una inesperada oposición en su casa, seguramente por parecer que carecía de salud para ser religiosa. Por fin, a los 26 años, logra el ingreso en la comunidad de las Hermanas de Santa Ana y de la Providencia, recientemente fundada. Hizo el noviciado y profesó la vida religiosa con tal entrega que muy pronto se distinguió por sus virtudes en el seno de la comunidad, y solamente tenía veintisiete años, es decir, a poco de profesar, cuando la nombraron maestra de novicias en el noviciado de Castelfidardo. Y tanto se acreditó que en 1858 fue transferida con el mismo cargo a Turín. Le tocó a ella formar a numerosas novicias, a las que dirigió con mano firme hacia la entrega total de los votos religiosos.

En el capítulo general de 1861 se trataba de elegir nueva superiora general, y por extraño que parezca los votos de las reunidas se centraron en aquella religiosa de sólo 37 años y once de vida religiosa para que fuera la nueva superiora general. Y su gobierno fue de tal agrado a la comunidad que sería reelegida a lo largo de toda su vida, es decir, los más de treinta años que faltaban para su muerte.

Fueron años difíciles para la vida de la Iglesia en Italia y para las comunidades religiosas, pero María Enriqueta, que es el nombre que asumió de religiosa cambiando el suyo original de Catalina, supo estar a la altura de lo que se pedía de ella y durante su generalato se abrieron nada menos que treinta casas de su congregación, que no cesó de crecer y de emprender nuevas obras de caridad y religión para servicio de la Iglesia y del pueblo.

Ella insistía en el espíritu de piedad filial hacia Dios, subrayando cómo Jesús se dirigió a Dios llamándole *abba*, y ella lo

imitaba llamando a Dios *papaíto*, y por ello el suyo fue el camino de la infancia espiritual. Por eso mismo insistía en la necesidad de la humildad, que era su virtud predilecta. Murió recomendándola a sus religiosas el 21 de febrero de 1894. La beatificó el papa Pablo VI el 7 de mayo de 1978.

22 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Cátedra del Apóstol San Pedro en Roma **.
2. En Hierápolis (Frigia), San Papiás, obispo, discípulo de Juan el Anciano (s. II) *.
3. En Vienne (Francia), San Pascasio, obispo (s. IV).
4. En Ravena, San Maximiano († 556), obispo.
5. En Faenza, San Pedro Damían, cuya memoria se tuvo ayer.
6. En Longchamp (París), Beata Isabel († 1270), virgen, hermana de San Luis, rey de Francia, y fundadora de un monasterio de clarisas donde vivió humildemente *.
7. En Cortona, Santa Margarita († 1297), penitente y terciaria franciscana **.
8. En Xendai (Japón), Beato Diego Carvalho († 1624), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
9. En Florencia (Toscana), Beata María de Jesus Emilia de Oultrumont († 1878), viuda, fundadora de las Religiosas de María Reparadora **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

CÁTEDRA DE SAN PEDRO

El divino Maestro como correspondencia a la firme confesión de su fiel apóstol Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo», le dirigió aquellas trascendentales palabras:

«Bienaventurado tú, Simón Baryona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo a ti que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos y cuanto atares en la

tierra sera atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra sera desatado en los cielos» (Mt 16,17-19)

Con estas palabras el divino Redentor anunciaba la concepción a Pedro de una serie de privilegios sobre los demás apóstoles. Con ellos le hacía entrega del supremo poder de gobierno y magisterio, de legislador e intérprete de la doctrina evangélica, base esencial de la existencia misma de la obra de Jesús. «Todo reino dividido será desolado», había dicho el mismo divino Maestro. Y como el reino de Cristo debía existir por los siglos de los siglos hasta la consumación del mundo, aquel supremo poder debía naturalmente perpetuarse en los sucesores de Pedro. Todos estos privilegios y su perpetuación en los romanos Pontífices se quisieron simbolizar y conmemorar en la institución de la fiesta de la Cátedra de San Pedro, cuyo origen histórico y litúrgico vamos a explicar para promover la devoción a esta solemnidad.

Uno de los medios más sencillos y eficaces de enseñar e inculcar al pueblo fiel la doctrina evangélica han sido siempre las representaciones plásticas históricas o simbólicas. De ahí la riqueza de figuraciones artísticas de las diferentes escenas referentes a la institución del supremo magisterio de San Pedro.

De San Pedro, como la roca fundamento de la Iglesia, tenemos un hermoso relieve en un sarcófago lateranense. Se ven en él una basílica, un baptisterio y un palacio en el plano superior, y más abajo, las figuras del Salvador y de su fiel apóstol, todo descansando sobre una roca. No hay duda que la basílica quería representar la de Letrán, madre de todas las iglesias, como lo indica el baptisterio contiguo y el palacio que quería recordar el que Constantino regaló a la Iglesia romana. De esa manera se expresaba al mismo tiempo que esta Iglesia era la sucesora del apóstol.

Aún más expresiva es otra representación, y ésta conservada en muchos ejemplares, de la llamada «*Traditio legis*» o consigna, entrega de la ley a Pedro. Se quiso aplicar al apóstol, que había de ser el legislador supremo de la cristiandad, la escena tan conocida del Antiguo Testamento en que Dios entrega las Tablas de la Ley a Moisés, el legislador del pueblo escogido. Se encuentra principalmente en relieves marmóreos de sarcófagos cristianos. En ellos se ve la majestuosa figura de Jesús sobre el monte,

del cual fluyen los cuatro ríos del paraíso, con la diestra en alto, alargando con la izquierda el rollo abierto de la Ley a Pedro, que lo recibe, en señal de respeto, con las manos cubiertas, y llevando al hombro una cruz ricamente decorada. La noble figura de San Pablo está al otro lado en actitud de aplaudir la elección hecha por Jesús del primer apóstol como supremo legislador. En algunos ejemplares aparecen también los demás apóstoles en la misma actitud. La ley que recibía Pedro era la doctrina y toda la doctrina cristiana, esto es, la suma de los artículos de la fe y de los preceptos. Por esto en un ejemplar de Arlés se grabó en el rollo el crismón, símbolo de Jesús y de su doctrina.

Aunque todos los demás apóstoles tenían ciertamente el poder, recibido directamente del divino Maestro, de enseñar la ley evangélica, no se halla ninguna representación de la entrega de la ley a ellos, porque no había de residir en sus personas ni en sus sucesores el poder supremo de legislar, independiente del de Pedro.

Con esta representación se significaba principalmente que Pedro era el depositario, el guardián de la ley cristiana, pero Jesús le hizo, además, el maestro por excelencia que había de transmitirla a todos los confines de la tierra. De ahí la representación simbólica de la Cátedra de Pedro. La voz *cátedra* significaba materialmente el trono o silla episcopal, pero ya los Santos Padres la usan particularmente como símbolo de la autoridad de la enseñanza cristiana, atribuida generalmente a los obispos, pero especialmente a la sede de Pedro, la de Roma. San Cipriano en el siglo III decía: «Se da a Pedro el primado para que se muestre que es una la Iglesia de Cristo y una la cátedra». Y recalcando aún más la unidad, añadía: «Dios es uno, uno el Cristo y una la Iglesia y una la cátedra fundada sobre Pedro por voz del Señor» (CIPRIANO, *Epist.*, 43,5). Y que esta cátedra era y seguía siendo la de Roma, lo atestiguaba el mismo santo Doctor, quien para indicar que por la muerte del papa Fabián vacaba la sede de Roma, lo expresaba así: «Como el lugar de Fabián, esto es, el lugar de Pedro [...] vacase» (ID., *Epist.*, 55,8). Por lo mismo el concilio de Calcedonia (a. 451) declaraba al recibir una carta del papa León Magno: «Pedro nos ha hablado por la voz de León» (MANSI, VI 971).

El apóstol, en los ejemplares más antiguos, aparece sentado sobre una roca, la de la confesión, para recordar la que según la palabra del Señor, debía ser fundamento de la Iglesia. En las manos tiene desplegado el rollo de la doctrina evangélica, en actitud de enseñar mientras dos soldados vienen a arrestarlo, significando así que la enseñanza de la doctrina cristiana fue la causa de las persecuciones. Hay ejemplares de esta preciosa escena no sólo en Roma y en Italia, sino también en varias provincias del Imperio. En un ejemplar de Arlés en el rollo se ve inciso el crismón, como en el antes mencionado relieve de la *Traditio*. Pedro enseña la doctrina de Cristo en su integridad, simbolizada en el anagrama de su nombre. Para expresar aún con más fuerza esta verdad, el artista colocó junto a Pedro la figura del Señor en actitud de hablar al apóstol, absorto en su tarea catequética. De esta manera se quiso plasmar la inspiración divina bajo cuya influencia hablaría el apóstol y sus sucesores.

En otros muchos ejemplares Pedro está sentado sobre una silla o verdadera cátedra. Tampoco conocemos una representación semejante para ninguno de los demás apóstoles.

Por otra parte, el pueblo romano veneraba una verdadera cátedra de madera ya en el siglo IV y mucho antes en la que, según la tradición inmemorable, se habría sentado el Príncipe de los Apóstoles.

Esta veneranda y preciosa pieza se conserva en el Vaticano, sustancialmente en la misma forma original. Se le añadieron al correr de los siglos algunos adornos para enriquecerla, pero sin cambiar su estructura.

Es una gran silla o trono de madera de encina formada por una caja cuadrilátera de unos 89 centímetros de ancho por 78 de alto hasta el asiento, con unos pilares en los ángulos y un respaldo o dosel terminado por un tímpano triangular. Tiene en los pilares unas anillas para poder ser fácilmente trasladado. En el cuadrilátero frontal anterior, debajo del asiento, la enriquecen tres hileras de seis casetones cada una con sendos marfiles incrustados de oro, muy antiguos. Los que asimismo adornan el dosel son aún de mayor antigüedad y seguramente tallados expresamente para esta cátedra.

Durante toda la Edad Media estuvo visible y fue muy venerada. Los peregrinos, con devoción indiscreta, tomaban fragmentos de la madera para guardarlos como reliquias. En un principio habría estado en Santa Prisca, en el Aventino, en el lugar donde, según la tradición, habría residido el apóstol. Nuestro papa San Dámaso, en el siglo IV, la trasladó al baptisterio del Vaticano por él construido. Al levantarse en el siglo XVI la actual imponente basílica Vaticana, se creyó conveniente guardar como una reliquia la veneranda cátedra. Bernini, el último gran arquitecto de las obras, emplazó en el fondo del ábside un grandioso altar barroco que tiene, a manera de imagen principal, una colosal cátedra de bronce, sostenida por ángeles y que es el relicario que custodia la antigua silla del apóstol. En ocasiones extraordinarias puede ser mostrada a la veneración de los fieles, como se hizo en 1867, bajo el pontificado de Pío IX, al celebrarse el XVIII centenario de la muerte de San Pedro.

Si el arte y las tradiciones populares pudieron propagar así la admiración y devoción al magisterio supremo de Pedro, simbolizado en la cátedra, la liturgia debía consolidarlas y extenderlas a todo el orbe cristiano de todas las épocas. Por esto se instituyó muy pronto en Roma y en las provincias del Imperio la fiesta de la *Cátedra de San Pedro*.

El primer testimonio escrito que ha llegado hasta nosotros, es la *Depositio martyrum*: deposición de los mártires, incipiente calendario litúrgico romano del año 336, pocos lustros después de alcanzada la paz constantiniana.

Entre las poquísimas fiestas de santos, unas dos docenas, del año litúrgico, señala este calendario para el día 22 de febrero el *Natale Petri de Cathedra*, natalicio de San Pedro en la cátedra, o sea el día de la institución del pontificado de Pedro. El haber escogido este día para celebrar un acontecimiento del que no se podía saber la fecha exacta, parece se debió a querer suplantar con una fiesta cristiana importante la pagana de honrar a los muertos de la familia con banquetes frecuentemente escandalosos. San Agustín reprende duramente a los cristianos que en dicha fecha se entregaban a tales abusos. Lo mismo hace un concilio de Tours del año 567, al deplorar que haya fieles que, después de haber recibido dicho día el cuerpo del Señor, no se

avergonzaran de manchar su alma con manjares dedicados al demonio. Quizá también, y en primer lugar, se puede creer que dicha fecha guarda relación con la fiesta de la basílica de Santa Prisca en donde, según lo dicho, se guardaba la cátedra, fiesta que coincide con el 22 de febrero. Sea como sea, lo que sí es seguro es que en los primeros siglos, IV y V cuando menos, nuestra fiesta de la cátedra se celebraba en Roma, no como hoy el 18 de enero, sino el 22 del mes siguiente. Así lo atestiguan varios libros litúrgicos.

Con esta fiesta se quiso solemnizar el episcopado de Pedro, su potestad jerárquica y magisterio universal y particularmente el episcopado de Roma, cabeza del Imperio, centro de la unidad, desde el año 42, que perduró durante veinticinco años.

Era costumbre antigua, continuada hasta hoy, la de conmemorar la consagración o entronización de los obispos en su sede. Pero, salvo raras excepciones, la conmemoración sólo se extendía a la propia diócesis. Sólo a la de San Pedro se le dio el nombre majestuoso de *cátedra*, y ésta fue la única que se extendió a todo el mundo cristiano. San Agustín, dirigiéndose a sus diocesanos del África, decía: «Cuando celebramos el natalicio de la cátedra, veneramos el episcopado de Pedro apóstol». En este texto se ve bien que la fiesta de la cátedra, sin otra distinción, era de la cátedra por excelencia, la de jurisdicción universal, la de Pedro, y, queriendo exponer el mismo santo Doctor el origen de esta denominación, advertía: «La hodierna solemnidad recibió de nuestros antepasados el nombre de cátedra, porque, según se dice, el primero de los apóstoles recibiría hoy la cátedra del episcopado». Por esto en los textos de la misa romana actual, como en los antiguos, se recuerdan principalmente los pasajes evangélicos referentes a los privilegios de magisterio y gobierno otorgados por el Señor a su fiel apóstol. «Oh Dios que, al entregar las llaves del reino de los cielos a tu santo apóstol Pedro, le concediste potestad de atar y desatar...», se dice en la colecta. Después, en el tracto, en el ofertorio y en la comunión se reproducen las palabras de Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...» Se sabe que en el siglo IV y hasta el VI se celebraba con solemnidad especial esta fiesta en la capital de la cristiandad y era motivo de atracción de grandes

grupos de peregrinos. A ella acudió el año 450, según se desprende de un sermón del tiempo, el emperador Valentiniano III con sus hijas Placidia y Eudoxia. Asistieron a la vigilia litúrgica de la fiesta y al día siguiente fueron recibidos por el Papa y numerosos obispos de Italia.

Por causas no bien explicadas esta solemnidad desaparece de los libros litúrgicos romanos de los siglos VII-X. Cuando reaparece, se ha trasladado al día 18 de enero. La causa de este traslado parece fue el que la antigua fecha caía frecuentemente en la Cuaresma, tiempo de ayuno, en que se evitaban esta clase de fiestas. El papa Paulo IV, en 1558, fijó definitivamente la fecha del 18 de enero para la de la Cátedra de San Pedro en Roma, asignando a la data anterior del 22 de febrero otra fiesta de la Cátedra de Pedro en Antioquía.

En cambio en las provincias y particularmente en España, a donde había pasado ya en el siglo V, siguió celebrándose siempre, mientras se conservó la liturgia hispano-mozárabe, con toda solemnidad en la antigua datación del 22 de febrero.

Los libros de dicha nuestra liturgia nos ofrecen una riqueza de textos para esta fiesta no superada por ninguna otra de las liturgias occidentales. En el llamado *Oracional visigótico*, manuscrito el más antiguo de un oracional completo, del siglo VII, procedente de Tarragona y conservado hoy en Verona, adonde pasó con los fugitivos de la invasión árabe, se dan nada menos que una docena de oraciones sólo para el rezo del oficio divino, ya que el oracional era precisamente el libro del preste para este rezo. Estas oraciones van acompañadas de antífonas, responsorios, aleluyáticos, sólo iniciados, que después vemos completos y en mayor abundancia y con la correspondiente música en el famoso Antifonario de León, del siglo X, y en otros manuscritos de Toledo, San Millán, etc.

Una prueba de lo muy difundida y lo muy popular que debió ser en España ya en el siglo V esta celebración de la Cátedra de San Pedro nos la manifiesta una inscripción sepulcral, encontrada hace pocos lustros en Tarragona, en la que como datación del día del entierro se anota el de la *Deposición de Pedro Apóstol*, es decir, deposición en la cátedra, como también era llamada dicha fiesta en España y en las Galias.

Concluyamos con la primera oración del mencionado *Oracional visigótico*, para las primeras vísperas:

«Cristo, Hijo de Dios, que para edificar tu Iglesia sobre la roca, diste al beatísimo Pedro, príncipe de todos los apóstoles, las llaves del reino de los cielos, a fin de que la Iglesia en primer lugar edificada surgiera en aquel que merecío antes que los demás no sólo amarte, sino también confesarte, concedenos que en este día, en el cual él recibió la suprema gracia del pontificado, recibamos nosotros la santidad en toda perfección, para que por aquel a quien concediste el poder de atar y desatar en la Iglesia, por él mismo ordenes nos sean perdonados los pecados y entrar en el reino de la vida perpetua»

JOSE VIVES

Bibliografía

- CABROI, F, «La Chaire de Saint Pierre a Rome», art «Fete de », en H LECLERCQ F CABROL (eds), *Dictionnaire d'archeologie chretienne et de liturgie*, III (Paris 1924 1953) col 76s
- KIRSCH, J P, «La festa della Cathedra di S Pietro» *Riv di Archeol Crist* 2 (1925) 62s
- «Die beiden Apostelfeste Petri Stuhlfeier und Pauli Bekehrang» *Jahrb Liturgiew* 5 (1925) 48s
- WILPERT, G, *Cathedra Petri*, en *I sarcofagi cristiani antichi*, I (Roma 1929) 185s

SANTA MARGARITA DE CORTONA

Penitente y terciaria franciscana († 1297)

El pie descalzo de Francisco de Asís dejó una huella perenne de su paso en 1221 por las plazas de la indómita república cortonense: un convento de frailes menores y una siembra del ideal evangélico que germinará ubérrima, medio siglo después.

La penitente de Toscana no se asomó a la vida en Cortona. Fue en un pueblecito umbro, Laviano, situado en el valle del Chiana, cerca del lago Trasimeno. Aquí, en el calor de una familia labradora, rica en piedad, sonrió por primera vez la hija de Tancredo Bartolomé en el año 1247.

Inocencio IV empuñaba enérgico el timón de la barca de Pedro, resistiendo firme los embates de Federico II, el emperador déspota que trata de imponer su «supremacía» sobre la invicta cátedra papal. Monarca, por otra parte, dotado de brillantísimas cualidades políticas, llamado por algunos «el trans-

formador de su siglo» y que de haber perdurado hubiera resultado la más dolorosa sorpresa para el difunto Inocencio III. ¡Quién habría de decirle que aquel joven emperador, entonces obsequioso, protegido y exaltado por él, sería pronto el escándalo de cristianos y el azote de la Iglesia de Dios, contra el cual un sucesor suyo, de su mismo nombre, tendría que reunir todo un concilio ecuménico en Lyon!

La primera infancia de Margarita es clara y risueña. La madre, excelente, acierta a inyectarle una sencilla y sólida devoción. «Señor Jesús —repetía la pequeña esta oración aprendida de su madre—, te ruego por la salvación de todos aquellos por quienes quieres que se ruegue».

Prematuramente se quiebra este discurrir sereno y luminoso; antes de cumplir los siete años, con ojos atemorizados, contempla el ataúd de su madre. En adelante, tendrá que vivir de las reservas depositadas por aquella mujer inolvidable; y aunque, durante cierto tiempo, aquel tesoro parezca enterrado ya para siempre, el recuerdo de los ejemplos maternos no dejará sosegar a Margarita en la abyección, siendo, después, el germen pujante de resurrección a la gracia.

Dos años más tarde, una segunda mujer gobierna despóticamente el débil temperamento de Tancredo. La madrastra, envidiosa, se complace en postergar a la niña. Margarita crece triste, desconfiada, buscando ávida fuera del hogar la felicidad que éste le negaba. A los quince años causa impresión en quienes la contemplan, parece una princesa... Elegante, grácil y flexible, con suaves y soñadoras facciones. Le es precisa, más que nunca, la sombra tutelar materna; pero ella está sola y deseando sacudir el pesado yugo doméstico.

Un día, cuenta ya diecisiete, se le acerca un caballero de Montepulciano, Guillermo de Pécora, marqués del Monte, con señorío sobre Valiano y Palazzi. Margarita escucha sus palabras de amor y la invitación a seguirle para vivir en sus castillos. Una débil resistencia (es la deshonra lo que se le ofrece) que es vencida con espléndidos regalos y la promesa, ¡ay!, falaz, de matrimonio.

El marqués dispone todo para que la huida permanezca secreta. En el sigilo nocturno rema ansiosamente para, juntos,

atravesar el ensanchado cauce del Chiana. Un choque, la barca vuelca. Guillermo a nado consigue salvar a Margarita que, aterrida y empapada, piensa si este primer accidente no será un aviso de lo alto. Pero seguirá esquivando, obstinadamente, la luz durante ocho años.

En Montepulciano la rodea el lujo, los halagos de una servidumbre obsequiosa y la lisonja de otros acaricia sus oídos, sin embargo, no es feliz, añora el hogar paterno en donde, si no venturosa, al menos tenía honor. Fluctúa entre la veleidad de romper con el pecado y la debilidad con su pasión, nada logra aquietar esta inquietud, ni la mirada inocente del hijo habido en esta unión ilegítima. «En Montepulciano —dirá más tarde— perdí la honra, la dignidad, la paz; todo, menos la fe». ¡Quién adivinaría esa violenta batalla cuando la veían atravesar las plazas a caballo, espléndida por su gracia, el cabello flotante, amplios vestidos de seda y escarcela de raso a la cintura!

Para acallar, en alguna manera, los gritos de la conciencia, reparte limosnas a manos llenas. Cuando los pobres quieren expresarle su agradecimiento: «No digáis eso —les opone—. Una pecadora como yo no merece esas señales de respeto». Es su temperamento rectilíneo que, lejos de alardear su caída, la deplora como cobardía. Por eso muchas veces huye a la soledad para llorar. «¡Qué bien se puede orar aquí! ¡Qué bien se pueden cantar las alabanzas del Creador! ¡Qué bien se puede hacer penitencia!».

Cosa extraña. Llegó ella misma a predecir su conversión. «No hagáis caso de estas cosas —decía a las amigas envidiosas de su elegancia—, día vendrá en que peregrinaréis para visitar mi sepulcro».

La conversión profetizada llegó inesperadamente. Residían temporalmente en Palazzi. Una mañana el marqués va a visitar las posesiones acompañado de su inseparable lebel. En el bosque de Petriignano unos hombres armados le cosen a puñaladas y esconden su cuerpo ensangrentado bajo unas ramas. Al segundo día, Margarita advierte la vuelta del perro, que no salta regocijado como otras veces cuando auguraba la inminente llegada de Guillermo. Hoy emite aullidos lastimeros y tira insistente de la falda de su ama como diciendo: «Sígueme». Ella le sigue, apretado el corazón con dolorosos presentimientos. En el

bosque, debajo de un roble, frente al cual se detiene el can, hay amañado un montón de ramas. Margarita las separa y, en estado de putrefacción, con horrorosas heridas, reconoce el cadáver.

Como relámpago, siente la sacudida de la gracia. Primero dolor, avivado por el remordimiento; enseguida, la confianza en la misericordia divina. Enérgica, resuelve virar. Nunca es tarde.

El cambio ha de ser tan radical que decide despojarse de todo. Por un momento sube a Montepulciano, cede a los padres de Guillermo todas sus alhajas y tesoros y, cogiendo de la mano a su hijo de siete años, se encamina a Laviano, pobre como había salido, aunque ahora va enriquecida por la experiencia de la desventura que acarrea el pecado.

Pero el hogar paterno no se abre. Una vez más, Tancredo es el débil que cede. Aquella mala mujer es implacable ante el arrepentimiento de la «hija del escándalo», como la llamaba. Desorientada, llena de angustia, Margarita se sienta bajo la higuera que hay en el huerto familiar. ¿Qué hacer? El momento es estratégico, el tentador no deja inactiva su batería de ataque. «Eres hermosa, tienes veinticinco años. Regresa allí y con la riqueza no faltará quien te ame». El combate es violento, pero la gracia sobreabunda y el recuerdo de su madre es pila de energía y decisión. *Tu padre terreno te ha abandonado, tu Padre celestial te recibirá. Ve a Cortona y ponte bajo la dirección de los frailes menores.*

Sobre la falda del monte San Gil, cresta del Apenino toscano, Cortona luce orgullosa su autonomía. Dos damas nobles, la condesa Moscardi y su nuera, advierten que junto a la puerta de la ciudad se detiene indecisa una forastera triste, acompañada de un niño de corta edad. Con palabras de sincera caridad se ofrecen para ayudarla; la convertida muestra su corazón dolorido a estos otros tan acogedores. Está decidido: ellas la protegerán, se encargarán de la educación del pequeño (luego franciscano), y, ahora, la encaminan al padre Giunta Bevegnati, admirado por su virtud y prudencia.

Este padre será el primer historiador de la Santa, a cuya descripción precisarán ir a documentarse todos los posteriores. Pero más que su biógrafo, será el director experimentado que sabrá guiar su espíritu ardoroso, por la penitencia reparadora y la confianza, hasta el ápice de la unión consumada.

Desde junio de 1276 pertenece a la Tercera Orden Seráfica. Al principio los frailes menores diferían el atender sus peticiones de ingreso, como exigiéndole pruebas durables de su conversión. Un día pone Margarita tal acento en su súplica que los religiosos no demoran más el entregarle las insignias terciarias: túnica gris, cordón y velo.

Si la vida que lleva resulta admirable por su austeridad y penitencia, resplandece con mayor lustre aún por el ejercicio de la caridad, por la serenidad de su espíritu y por la radiante confianza en el perdón divino. Gusta acercarse a los pobres, y cuidar a los enfermos. Pero con quien más derrocha sus tesoros afectivos es con las mujeres que se hallan en el trance sublime de ser madres, la Santa las asiste y las vela, aceptando despues, gustosa, el actuar de madrina en el bautismo. Así se lo requerían todas las familias cortonenses. Recordando aquello, es invocada hoy con especial confianza por las parturientas, sintiéndose éstas seguras bajo la protección de quien, además de haber sido madre, dio lo mejor de su amor y desvelos a las que estaban próximas a serlo.

Como vemos, la santidad de nuestra protagonista es suave y simpática, calcada en la de su seráfico Padre.

Asombra la rehabilitación de la gracia en esta pecadora. De una mujer degradada surge un ser angélico que gusta experimentalmente de las efusiones de los dones místicos más insólitos. El mismo Jesús le dio la clave de este misterio.

«He dispuesto que seas como una red para los pecadores Quiero que el ejemplo de tu conversion predique la esperanza a los pecadores desesperados Quiero que se convenzan los siglos venideros de que siempre estoy dispuesto a abrir los brazos de mi misericordia al hijo prodigo que, sincero, se vuelve a mi » Y continuo «Ama y respeta a todas las criaturas y no desprecies a ninguna »

Un día, en la célebre iglesia de San Francisco, tan frecuentada por ella, ve cómo se abren los labios del Crucificado para preguntarle: *¿Qué quieres, pobre pecadora mía?* La respuesta es inmediata: «Yo no quiero ni busco sino a Ti».

Durante varios días resuena en sus oídos, con cierto dejo de temor, el «pobre pecadora mía». «¿Me habrá perdonado Dios todos mis pecados...?». Y la «nueva Magdalena», la que con la

penitencia rompe continuamente el alabastro —antes manchado— de su cuerpo en perfume de reparación; la que, según ella, «amo tanto a Dios que tan grande fue su misericordia en perdonarme mucho, que ya nada me separará jamás de él»; ésta, oye palabras absolutorias semejantes a las que percibió su modelo: *Yo, Hijo del Padre Eterno y tu salvador, crucificado por ti, te absuelvo de tus pecados que has cometido hasta hoy*. La calma habitual vuelve a renacer; nunca más fallará su humilde seguridad en el perdón. Escucha también las palabras más deseadas, esas que los místicos llaman «locuciones substanciales», porque obran lo que significan. *Hija mía*, y Margarita experimenta que se le infunde el espíritu filial, desbordando su gratitud. «¡Oh bondad infinita de mi Dios! ¡Oh día prometido por Cristo y esperado con impaciencia! ¡Jesús me ha llamado hija suya!», era el 27 de diciembre de 1276. Pocos días después otra «locución», *Esposa mía*, consuma el matrimonio espiritual. Como consecuencia se establece una íntima y sabrosa comunicación de bienes, como de esposo a esposa; su alma goza un sentimiento sobrenatural y permanente de la presencia experimental de Dios y de su unión con él. *Glorifícame y yo te glorificaré; ámame y yo te amaré; interésate por mis cosas y yo me interesaré por las tuyas*. Una mañana, después de comulgar, la gracia la impulsa a un acto de fe espontáneo y profundo, inspirado en el de Simón Pedro. «Tú eres, oh Cristo, el Hijo de Dios vivo». Y tú —replicó el Verbo humanado— *te declaro que eres mi esposa*.

Santa Margarita de Cortona es considerada como una de las precursoras de la devoción al Sagrado Corazón. En la oración le fue descubierta la llaga abierta del costado, refulgente de luz. La contemplativa fija en ella su ansiosa mirada y descubre al corazón, fuente inagotable de vida. Sus grandes amores son la Eucaristía, la cruz y María Santísima.

Dios la asiste también con la virtud de hacer milagros.

Las gracias místicas alientan su actividad, al par que la constituyen contemplativa. En 1286 funda un hospital y unas nuevas terciarias para asistirlo, «las Hermanas pobrecitas», aprobadas por el obispo de Arezzo, que «tenían por regla la Tercera Orden, el velo por reja y el hospital por claustro». Es la primera institución social de este género que nos presenta la Edad Media.

Pocos años después su espíritu vibra por los intereses de la cristiandad. El momento es grave, los musulmanes atenazan a los pueblos cristianos (mutuamente divididos), desplegando una amplia media luna que se extiende desde Argel hasta Constantinopla, incluyendo el corazón de los Santos Lugares, cuya liberación es preocupación constante de los Papas. Por entonces se quiere organizar una segunda cruzada, la humilde penitente aporta a esta gran causa su oración y su limitada influencia, exhortando a los de Cortona a adherirse a esta empresa que aún tardará en ser realidad.

En 1297 está gravemente enferma. Entre nostalgias de cielo y los ardores del reuma, recibe el 3 de enero el anuncio preciso de su próxima partida. «Enjuga tus lágrimas, Margarita. Al despuntar el alba del 22 de febrero volarás a las mansiones de los escogidos, donde la divina misericordia te reserva un puesto de honor». La alegría invade su alma estos días de espera. Toda Cortona acude para recoger su testamento. Éste es claro y optimista, eco de su confianza en el amor: «El camino de la salvación es fácil; basta amar».

Se vuelve al padre Giunta y le reclama con voz apagada:

«Padre, mostradme los tesoros de las paginas sagradas, habladme de Dios, habladme de Jesus La Sagrada Escritura es luz para mi espiritu, fuerza para mi voluntad, licor embriagador para mi alma que olvida entonces los sufrimientos de este pobre cuerpo»

El 22, como le fue anunciado, se desmorona la cárcel terrestre, libre, vuela a las bodas eternas. «Dios mío, te amo», fue su postrer suspiro. Tenía cincuenta años.

Junto a su tumba se multiplican los milagros. En su honor se levanta una basílica, exhortando los obispos vecinos la peregrinación a ella. En 1515, el mismo sucesor de Pedro, León X, se postra ante su sepulcro y permite la celebración de su fiesta en determinadas diócesis. Urbano VIII extiende este privilegio a toda la Orden franciscana. Clemente IX inscribe el nombre de la bienaventurada en el martirologio. Finalmente, Benedicto XIII, el 16 de mayo de 1728, promulga el decreto de su canonización. Momentos antes de emitir su juicio infalible traza un paralelo entre la penitente de Magdala y la de Cortona: ambas

escucharon idénticas palabras de perdón porque habían derramado las mismas lágrimas de amor.

MARÍA DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, MR

Bibliografía

- Act. S.S. Boll.*, 22 de febrero, *Vita*, de JUNETA DE BEVAGNA.
 CORDOBA, G. DE, *Del solar franciscano* (Madrid 1957).
 CORNEJO, J., *Vida de Santa Margarita de Cortona* (Madrid 1728).
 CRIVELLI, E., *Vita di S. Margherita di Cortona* (Prato 1879).
 CUTBERTH, A., *A tuscan penitent. The life and legend of St. Margaret of Cortona* (Londres 1907).
 GARZI, V., *Santa Margarita de Cortona* (1952).

BEATA MARÍA DE JESÚS EMILIA DE OULTREMONT

Viuda († 1878)

Nació el 11 de octubre de 1818 en Wégimont (Lieja), hija del conde Émile y de la condesa Marie de Lierneux de Presle, recibiendo las aguas sacramentales el mismo día. Sus nobles padres la educaron junto con sus dos hermanos en una excelente formación. Su padre fue embajador de Bélgica ante los Estados Pontificios, y viajó mucho.

Accediendo al deseo de sus progenitores contrae matrimonio en 1837 con Víctor van der Linden d'Hooghwoest, con quien procreó cuatro hijos. La felicidad matrimonial duró escasamente diez años, pues el marido falleció en 1847, después de una grave enfermedad. A partir de este momento se entregó confiada a la voluntad divina encargándose de la formación de sus hijos, visitando a los enfermos y ayudando a los pobres. Sucesivamente, en 1850 y 1851, fallecieron su madre y su padre, quedando con el natural desconsuelo. Se siente orientada a consagrarse a Dios, y con ese deseo y queriendo discernir con mayor libertad, se establece en París el año 1854, en donde se hallan estudiando sus dos hijos varones.

El 8 de diciembre de ese año, mientras el Beato Pío IX proclamaba en el Vaticano el dogma de la Inmaculada Concepción, Emilia se vio favorecida con una manifestación decisiva: la Virgen María le hizo comprender un «deseo de su corazón», verse sustituida cerca de su Hijo, muy ofendido y menos aún conocido,

consagrándose a Él, con la delicadeza del amor que se encuentra en el corazón de una madre.

Aconsejada por los padres jesuitas Pettit y Studer, se decide a fundar la Congregación de María Reparadora, que inicia en París y es acogida muy pronto en la diócesis de Estrasburgo. El 1 de mayo de 1857 tuvo lugar la vestición del hábito por parte de Madre María de Jesús y otras 10 compañeras. Los años siguientes se fundaron los conventos de Maduré (India, 1859), Isla Mauricio, Tolosa, Londres, Tournai y Lieja. La Casa Generalicia se estableció en Roma el año 1865.

En mayo de 1860 peregrinó al Santuario de Loyola (Gurpúcoa), como confirmación de una constante presencia en su vida espiritual de San Ignacio de Loyola, a quien reconoce como «*el verdadero Padre de su alma*». Fruto de la dirección espiritual del P. Paolo Gin hac, SI, la M. María de Jesús une a una oración ciertamente mística, una extraordinaria mortificación junto con una actividad desbordante.

En 1862 anota en sus meditaciones:

«Nadie mejor que Maria puede enseñar mejor a amar a nuestro Señor, porque nadie mejor que ella ha comprendido el Corazón de Dios y el corazón del hombre [] y ella nos pide que seamos su compañero de dedicación, de reparación, de adoración y de amor»

Circunstancias personales para demostrarlo no le faltarán. En 1867 su hija Margarita, que había entrado siete años antes en la Congregación, muere tuberculosa. Su hija mayor, Olimpia, que había profesado también años antes, enfermó gravemente. Siempre con quebradiza salud, falleció en 1872, a los 29 años de edad. Tuvo que soportar profundos sufrimientos en su alma, al ser acusada de haberles influido en su vocación. Sin embargo, la razón de su Instituto estaba en su mente bien clara:

«Me sentía impulsada a abrazar la vida religiosa, reuniendo a mi lado almas que, como yo, quisieran consagrarse a una vida de reparación y a imitar a Maria, tomándola como Madre y modelo en su amor a Jesús [] Solo Dios sabe lo que un corazón de madre puede soportar»

Todas estas desgracias la M. María de Jesús las afrontó con un abandono espiritual radical. Una terrible noche que tuvo

que superar con gran fuerza de ánimo y los evidentes éxitos con las nuevas fundaciones establecidas en Francia, Bélgica y España.

El 23 de diciembre de 1873 llegó a Roma de donde habían sido expulsados los jesuitas, encontrando en el P. Semenenko, superior general de los Resurreccionistas, el apoyo espiritual que necesitaba. Nuevas pruebas y dificultades la aguardan, aceptándolas con un notable progreso en la paciencia y el amor a Dios. Surgen problemas en la propia Congregación ante el temor de una excesiva influencia del P. Semenenko que pudiera apartarla del ámbito ignaciano. Pero la vida de Emilia estaba centrada en el Señor, a quien gustaba llamar: «*Maestro. Tú sólo en mi vida*». La instruía, la custodiaba, y en él encontraba la vida. Un Dios de amor y ternura, que suscita en ella un gran deseo de dar a conocer en el mundo la ternura del amor de Dios a todos los hombres. La M. María de Jesús se siente llamada a amar totalmente y ayudar a los demás a conocer y amar mejor a Dios.

Ésta es para ella la llamada profunda que siente en su corazón de madre para llegar a la reparación, la reconciliación que Jesús Redentor nuestro realizó por el amoroso designio del Padre. Su corazón, por tanto, quiere «ser María para Jesús», y para ello, la Virgen Madre ocupará un lugar fundamental en su vida. Para responder al amor de Dios es preciso vivir en el amor y la reparación del Corazón de María. Un camino, por tanto, de presencia sencilla y amorosa, cumpliendo siempre su voluntad.

Para M. María de Jesús la misión de Reparadora de María Santísima es universal, y no conoce fronteras. Por esa razón, debemos hacer presente a Jesús a través del amor, la oración, la adoración, el respeto, ayudando a los necesitados a descubrir que Cristo es el amor de Dios. O sea, debemos construir la civilización del amor. El sufrimiento lo ofrecía a Cristo en comunión con María, su Madre, dejándose forjar por la voluntad de Dios. Ése es el carisma original de su Instituto: la unión personal a Cristo presente en la Eucaristía y darlo a conocer y amar.

La condición primaria para la evangelización es la unión personal con Cristo en la adoración eucarística y en la devoción reparadora al Sagrado Corazón de Jesús, junto con una filial devoción a María, que colabora a la obra de la Redención de Cris-

to, el único Reparador y Redentor de la humanidad. Su particular deseo hacia Dios no le impedía experimentar la lucha que debe realizar para dominar su carácter fuerte y decidido, fruto de un espíritu independiente muy acentuado, que no se sometía si no era a la fuerza.

Otros sufrimientos proceden de dolorosas experiencias de separación que han contribuido, directa o indirectamente, a nuevas congregaciones, algunas de las cuales llegaron a ser muy florecientes, como las Franciscanas Misioneras de María fundadas por la M. María de la Pasión, joven profesora de la Congregación de María Reparadora, y las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, fundadas por Santa Rafaela M.^a de Porras y Ayllón, novicia también de la Congregación de María Reparadora. Así se cumplió incluso en su propio cuerpo la ley de la existencia humana: a través de las pruebas se afirma la propia vocación y se triunfa en la vida.

El milagro para la beatificación

Sor Ana María Berra, religiosa de la Congregación de María Reparadora, de 32 años, fue operada de apendicitis en 1953, advirtiéndose después de la intervención un acusado síndrome adherencial. Al cabo de tres años se procede a la apatomía, pero tras una breve recuperación reapareció una grave tumefacción al lado derecho. Ante la gravedad de la situación y la imposibilidad de intervenir quirúrgicamente, considerando ineficaz la medicina en este gravísimo caso las religiosas comenzaron una novena a la M. Emilia, pidiéndole la curación de la enferma.

El último día de la novena, en el transcurso de la noche del 21 al 22 de febrero de 1967, la enferma notó un imprevisto alivio, incorporándose a la mañana siguiente, y comprobando que la tumefacción había desaparecido. Recuperada la salud y restablecido su organismo, se dedicó por entero a la Congregación, falleciendo en 1993, 36 años más tarde.

El papa Juan Pablo II la beatificó en San Pedro del Vaticano el 12 de octubre de 1997, recordando a sus hijas espirituales que «las religiosas de María Reparadora [...] según su propio caris-

ma, responderán a su misión: despertar la fe de sus contemporáneos y ayudarles en su crecimiento espiritual, participando así activamente en la edificación de la Iglesia». En la actualidad las Hermanas de María Reparadora se hallan en 21 países de África, América y Europa.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 92 (1999) 387ss.

GENSAC, H. DE, SJ, *Présentation historique de la Société de Marie Réparatrice (1818-1953)* (Roma 1992).

Index ac status causarum, o.c., 538.

Martyrologium romanum, o.c., 152.

L'Osservatore Romano (12-10-1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PAPÍAS

Obispo (s. II)

En patristica se ha llamado «los presbíteros», es decir los más ancianos, a los que vivieron entre los años 70 y 150 de la era cristiana y que pudieron ver y tratar a los apóstoles, de cuya doctrina por tanto se convirtieron en testigos. Autores antiguos nos han conservado algunas palabras de estos hombres, recogidas por tradición oral. Los más conocidos son aquellos de quienes nos habla San Ireneo en su obra *Contra las herejías*, y uno de ellos es Papías, cuya memoria se celebra hoy.

San Ireneo tiene a Papías ciertamente en gran estima, lo llama familiar de Policarpo y oyente de Juan, nos dice que llegó a la ancianidad y que escribió varios libros.

Distinguiendo entre el apóstol San Juan y el presbítero Juan, se negó luego que Papías hubiera conocido al santo apóstol, pero de lo que no cabe duda es de que, de todos modos, Papías estuvo en contacto al menos con quienes habían conocido a los apóstoles.

Papías fue obispo de Hierápolis en Frigia y escribió una obra en cinco libros titulada *Explicación de las sentencias del Señor*.

Esta obra, además de contener el comentario a las palabras del Señor, trataba también de la vida y los hechos de Cristo que nos trae el evangelio y también se hacía eco de otras tradiciones extraevangélicas, de las que no se excluye el carácter fabuloso.

El historiador Eusebio le atribuye profesar el milenarismo o teoría de que antes del fin del mundo habría sobre la tierra mil años de reinado de Cristo

La muerte de Papías se sitúa en los años 120-130 y otros la retrasan hasta el 140-160.

BEATA ISABEL DE FRANCLA

Virgen († 1270)

Nació el año 1225 y era hija del rey Luis VIII de Francia y de su esposa Blanca de Castilla, y era, por tanto, hermana del rey San Luis IX.

Isabel se cría en la corte paterna bajo los cuidados de su madre que infundió en ella, como en su hermano Luis, los más fervorosos sentimientos religiosos y el horror al pecado. Ya de pequeña aprendió a amar a los pobres y a emplear mucho tiempo en los actos de piedad y culto divino.

Solicitó su mano el príncipe Conrado, hijo y heredero del emperador Federico II. La propuesta fue acogida con satisfacción por la reina viuda Blanca de Castilla y por su propio hermano Luis, y al papa Inocencio IV, a quien se había dado noticia de la petición, le pareció buena para soldar la paz entre los príncipes cristianos y le escribe a Isabel diciéndole que contaría con su bendición. Pero Isabel contesta al papa que ella ha hecho voto de virginidad y que desea mantener su consagración a Dios. Inocencio IV contesta a la princesa que no puede menos que alabarla por esta deliberación y que la animaba a proseguir en tan santo propósito.

Isabel prosigue entonces en medio de la corte llevando una vida dedicada a la caridad y a la piedad y puede ver cómo su hermano Luis, llevado de un alto idealismo, marcha a las Cruzadas, donde sus armas no consiguen el triunfo esperado sino que incluso es apresado y a gran precio recupera la libertad. Estando su hermano ausente muere su madre Blanca.

A partir de entonces ya no se cree necesaria en la corte y piensa poner en práctica el propósito concebido de fundar un convento de clarisas en el que pasar el resto de sus días. Su hermano le da la oportuna licencia y surge así el convento de Longchamp el año 1257, que ella coloca bajo la advocación de la humildad de Nuestra Señora. Parece claro que, aunque la Orden Franciscana presenta a Isabel como monja de la segunda orden y con ese título se confirmó su culto, en realidad ella nunca profesó ni emitió los votos religiosos. Vivió en un ala del convento, en una especie de casa aparte, no en las celdas de las monjas, y continuó su costumbre de generosidad extrema con los pobres. De esta forma además evitó el que las monjas la pudieran elegir abadesa.

Su vida fue santa: toda ella dedicada a la oración, la penitencia y las buenas obras, pudiendo ser vista en éxtasis con que el Señor la favorecía.

Murió el 22 de febrero del año 1270, y su culto fue confirmado por el papa León X el año 1521 al permitir al monasterio de Longchamp celebrar su fiesta, que posteriormente el papa Inocencio XII, a finales del s. XVIII, extendió a toda la Orden Franciscana.

BEATO DIEGO CARVALHO

Presbítero y mártir († 1624)

Nació en la población portuguesa de Coimbra el año 1578. Con 16 años entró en la Compañía de Jesús y, habiéndose ofrecido para las misiones, fue enviado a Macao el año 1600. Aquí hizo los estudios filosóficos y teológicos y se ordenó sacerdote.

Habiendo aprendido la lengua japonesa, entró en Japón el año 1609 cuando el cristianismo gozaba de paz teniendo a su favor un decreto expreso del emperador que lo permitía. Pudo trabajar apostólicamente hasta 1614 en que el emperador Deifusama dio un decreto persecutorio contra los ya para entonces setecientos mil cristianos del Imperio. En este decreto se contenía la expulsión del país de todos los misioneros, lo que puso a éstos en la necesidad de salir del Japón o pasar a la clandestinidad. Hubo unos misioneros que se marcharon y otros que se

quedaron, y también otros que, marchados primero del Japón, luego volvieron clandestinamente, dispuestos a jugarse la vida pero no dejar abandonadas las cristiandades niponas.

El P. Diego Carvalho fue uno de los que en un primer momento acataron la orden del emperador y se marcharon del país, aprovechando esta circunstancia para empezar el trabajo misionero en otra parte, concretamente en Cochinchina con el P. Francisco Burzoni. Pero luego meditó en la necesidad de atender pastoralmente a tantos cristianos perseguidos y llamados a la apostasía, y en 1616 volvió clandestinamente a Japón.

Fue destinado a las zonas del norte del país, zonas pobres y frías, pero a las que también había que llevar el consuelo de la palabra divina y los sacramentos, y en ello trabajó sin descanso el P. Diego. Hubo de sufrir mucho, evitar ser descubierto y disfrazarse en numerosas ocasiones para salvar la libertad y la vida. Pudo de esta manera trabajar intensamente durante cuatro años. Pasó en 1620 a la isla del Yeso, primera visita de un misionero, y luego fue a Tacavoca donde vivían en campo de concentración las familias cristianas nobles en castigo de su fe. Pasó luego a Minage, de donde era señor un fervoroso cristiano, Juan Goto, a fin de celebrar allí las navidades. Pero cuando supo que se estaban urgiendo las leyes persecutorias y que Goto estaba en peligro por alojarlo, decidió marcharse de su casa. En efecto, llegaron soldados con orden de arrestarlo pero no lo hallaron.

Pero dos apóstatas dieron aviso de que se encontraba visitando la cristiandad de Oroxie y allá fueron, pero el P. Diego, advertido, había huido junto con unos sesenta cristianos a un profundo valle, donde levantaron chozas. Pese a sus precauciones los soldados descubrieron el sitio y el P. Diego con otros cristianos fue apresado. Llevados a Madzuzava, comenzaron los martirios para algunos de los cristianos apresados, y el 17 de febrero llegaban a la capital de aquel reino, Xendai, donde fueron expuestos a las burlas de los paganos mientras los tenían por varias horas en un estanque de agua helada. Algunos de ellos murieron cuando los devolvían a la cárcel. En la cárcel recibieron los mártires varias propuestas para que apostataran pero fue en vano. En la mañana del 23 de febrero de 1624 fueron devueltos al estanque de agua helada. Aquí los volvían a invitar a

la apostasía. El P. Diego y los otros mártires se mantuvieron firmes en la fe, ayudándose mutuamente a perseverar hasta que fueron muriendo a lo largo del día. El último en morir, ya a la caída de la tarde, fue el P. Diego. Fue beatificado el 7 de julio de 1867 con otros muchos mártires del Japón.

23 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. En Esmirna (Asia), San Policarpo († 155), obispo y mártir, discípulo de San Juan **.
2. En Sirmio, San Sireno o Sinerio († 307), hortelano y mártir.
3. En Wedloch (Inglaterra), Santa Milburga († 722), virgen y abadesa.
4. En Maguncia (Alemania), San Willigis († 1011), obispo **.
5. En Estilo (Calabria), San Juan Teristes († 1127), monje de la Orden de San Basilio.
6. En Bilbao (España), Beata Rafaela Ybarra de Vilallonga († 1900), viuda, fundadora de las Religiosas de los Santos Ángeles Custodios **.
7. En Rochefort (Francia), Beato Nicolás Tabouillot († 1795), presbítero y mártir durante la Revolución Francesa.
8. En Roma, Beata Josefina Judit Adelaida Vannini († 1911), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de San Camilo **.
9. En Poznam, Beato Luis Mzyk († 1942), sacerdote profeso de la Congregación del Verbo Divino y mártir *.
10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera, Alemania), Beato Esteban Vicente Frelichowski († 1945), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN POLICARPO DE ESMIRNA

Obispo y mártir († ca.150)

Fue en Esmirna, la bella urbe asiática que, asentada en la ladera del monte Pagus, abraza las aguas del mar Egeo. La ciudad milenaria, resucitada de su ruina por Alejandro Magno, vivió un día más de fiesta clásica en la romanidad. Pero aquel 22 de febrero del año 155 haría que la Iglesia de Cristo, al congregarse

junto al altar, volviese su memoria y su corazón a Esmirna por los siglos venideros. Habían terminado los juegos de cacería en el estadio público; el populacho excitado e irresponsable esperaba con salvaje avidez de sangre la sentencia del procónsul sobre Policarpo, el anciano obispo de la ciudad. Hacía pocos días que en aquel mismo lugar habían exigido a gritos su muerte, al contemplar el martirio valiente de un joven cristiano, llamado Germánico. Y allí se encontraba por fin el venerable obispo ante la autoridad romana.

—Jura por el genio del César. Grita, mueran los ateos.

El procónsul Estacio Cuadrado, siguiendo con ello el rumor popular, designaba con el nombre de ateos al grupo cristiano, que rechazaba el culto a las divinidades paganas. Policarpo, con la gravedad de sus muchos años, levantó su brazo, y señalando los graderíos repletos, donde se agolpaban los esmirnotas seguidores de la diosa Cibeles, mientras los iba repasando con su mirada, exclamó: «Sí, mueran los ateos».

Insatisfecho con esta respuesta ambigua, el procónsul insiste:

—Jura por el genio del César. Maldice de Cristo y te pongo en libertad.

Hay algo más precioso que la libertad misma para un cristiano: Aquel a quien libremente se ofrece la vida entera. Por eso Policarpo responde pausadamente, como reviviendo todo su mundo interior:

—Ochenta y seis años hace que le sirvo y ningún daño he recibido de Él, ¿cómo puedo maldecir de mi rey, el que me ha salvado? Si tienes por punto de honor hacerme jurar por el genio, como tú dices, del César, y finges ignorar quién soy, óyelo con toda claridad: YO SOY CRISTIANO.

¡Maldecir de Cristo... Policarpo! Cuando la persona de Jesús le aparecía confundida con los primeros recuerdos de su niñez. Cuando la lista de sus servicios a Cristo se iniciaba exactamente en la hora en que su conciencia se abría a la responsabilidad. No es palabra vacía e insustancial el ser cristiano. Sin querer viene a la memoria la definición del viejo catecismo: «Cristiano es el hombre que tiene la fe de Jesucristo y está ofrecido a su santo servicio». ¿Comprendemos en este siglo de altas traiciones o de heroicas entregas a ideales humanos lo que significa tomar en

serio la fe y el servicio de Cristo, y esto durante ochenta y seis años? No basta el ímpetu brioso, pero breve, de quienes llegaron a Cristo en la hora undécima. No. El soportar el peso del día y del calor de toda una vida consagrada a Cristo encierra un alto significado de fidelidad extrema. La fe en Cristo iluminó la cuna de Policarpo. Él pudo beber de labios de San Juan, el discípulo amado, el recuerdo caliente y minucioso de todo lo que dijo e hizo el Señor. Más tarde, fue probablemente el mismo apóstol que encomendó a su cuidado episcopal la grey cristiana de Esmirna. Cuando cesó de latir aquel pecho que sintió reposar sobre sí la cabeza del Salvador en la noche trágica y se cerró aquel archivo viviente de recuerdos de Jesús, Policarpo pudo repasar con ansiedad el testamento del apóstol, su Evangelio espiritual, sus cartas profundas, su Apocalipsis misterioso, y asimilar definitivamente su mensaje inflamado: Dios es Amor. Amad. Amaos unos a los otros como Cristo os ha amado.

Servir a Cristo es una sinfonía de amor... también para un obispo. Pero su melodía ha de discurrir por el cauce de un real pentagrama. Porque para él servir es amar, y amar significa enseñar y vigilar y perdonar, animar y corregir, buscar y esperar, consumir su vida pensando en los demás.

Y Policarpo enseñaba sin fatiga, desde su cátedra o desde la carta pastoral, que Cristo murió y resucitó por nuestros pecados y vendrá a juzgarnos de nuestras obras. Y vigilaba sobre la pureza de la fe de sus ovejas: «Todo el que no confesare que Jesucristo ha venido en Carne es un anticristo, y el que no confesare el testimonio de la cruz, procede del diablo, y el que torciere las sentencias del Señor en interés de sus propias concupiscencias, ese tal es primogénito de Satanás».

Pero además de maestro era padre y por eso levantaba a los casados camino de disciplina y temor de Dios y a las viudas a mayor oración y prudencia. Ponía freno y vigor en los jóvenes, exigía blancura intachable en las vírgenes e invitaba largamente a los ancianos a la solicitud sincera por enfermos y pobres, a tener entrañas de misericordia y comprensión para con todos y a no pecar por severidad excesiva, por lucro o favoritismo.

Su programa es elemental y transpira sencillez evangélica: orar siempre, hacer el bien, vivir unidos a Cristo para gloria del

Padre. Porque en el centro de todo, eso sí, está Cristo, «nuestra esperanza y prenda de nuestra salvación», «el que levantó sobre la cruz nuestros pecados», «el que lo soportó todo por nosotros». Un jovencito acurrucado a los pies de Policarpo recoge este mensaje sin perder una palabra o un gesto, grabando fijamente en su memoria la figura respetable de Policarpo, sus modos de andar y hablar, hasta el timbre de su voz gastada. Es Ireneo, el futuro gran obispo de Lyon. Muchos años más tarde recordará estas escenas en una carta al amigo de la infancia con calor y viveza conmovedores e imborrables.

¡Qué grande es después de mil ochocientos años sentirse incorporado al santo obispo en la misma fe y como hermanado con él en la gran familia cristiana! Y no todo son luces en los tiempos pasados ni fueron aquellos cristianos de otra raza. Policarpo nos insinúa en sus escritos las venganzas miserables, las lenguas venenosas que muerden en su nombre de cristiano. Entonces como hoy era indiferente apostar por los verdes o ser partidario de los blanquiazules. Pero no existía neutralidad ante la condición del cristiano. Entonces tenían la culpa de que se perdiesen las batallas o saliesen de madre los ríos; hoy de que no funcionen los trenes o prosperen los ambiciosos. Para esta raza de acusadores no basta nuestra vigilancia y la reforma constante de nuestras vidas: se requiere una virtud especial que se llama paciencia y es una manifestación brillante, aunque no aparatosa, de otra virtud que se llama fortaleza. Además, la visión gozosa de que así participamos de algo esencial del misterio del cristianismo, que es la cruz de Cristo. Ya lo dijo el obispo de Esmirna: «Seamos, pues, imitadores de la pasión de Cristo, y si por causa de su nombre tenemos que sufrir, glorifiquémosle, porque ése fue el ejemplo que Él nos dejó en su propia persona y eso es lo que nosotros hemos creído».

El aire triunfal cristiano, su serenidad de redención, nada tienen que ver con el jolgorio mundano, con la libertad contra toda ley freno, con la prepotencia política o económica. Dios y el mundo no van de acuerdo cuando se trata de poner a los hombres la corona de «bienaventurado». Pero, ¿no dijo San Pablo que «pasa la figura de este mundo»? (1 Cor 7,31). ¿No había dicho en aquel mismo estadio de Esmirna pocos días antes el

joven Germánico que «quería verse lejos de una vida sin justicia y sin ley como la de los paganos»? ¿Y no dijo el Señor que «vino a traer la guerra»? (Mt 10,34).

Servir a Cristo ochenta y seis años representa una larguísima pelea. No la batalla fulminante en que se elimina al adversario. Sino el penoso combate del desgaste diario, en que la valentía de la ofensiva y el tesón de la defensiva se reparten por igual el mérito del heroísmo y de la fortaleza. En el servicio de Cristo hay días generosos que exigen gestos nobles y definitivos. Y días sencillos —nunca anónimos— de ofrenda humilde. Lo que importa es el amor de cada instante: que no nos falte vigor para el martirio, aunque nos falte el martirio mismo.

Policarpo conoció de cerca la garra de la persecución. Quedaba lejos el recuerdo de la muerte luminosa de los apóstoles todos. Más cerca los zarpazos de Plinio en Bitinia con las apostasías tristes y los gloriosos martirios. Luego inolvidable la marcha hacia la muerte de Ignacio, el obispo de Antioquía. Fue el año 117 cuando, atado a un pelotón de salvajes, pasó camino de Roma, con ansias de muerte y de plenitud cristiana. Todavía vibraba su palabra deportivamente cristiana: «Sé atleta». Cristo se merecía esta actitud combativa integral. Y lo reclamaba también la solidaridad y comunión con los otros hermanos cristianos —los mártires— en tiempos en que seguir a Cristo equivalía a ser oficialmente candidato a la muerte cruenta.

«Os exhorto pues a todos —decía Policarpo en su carta— a que obedezcáis a la palabra de la justicia y ejecutéis toda paciencia, aquella, por cierto, que visteis con vuestros propios ojos no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo, sino también en otros de entre vosotros mismos, y hasta en el mismo Pablo y los demás apóstoles. Imitadlos, bien persuadidos de que todos éstos no corrieron en vano, sino en fe y justicia [...] porque no amaron el tiempo presente, sino a Aquel que murió por nosotros».

Tampoco Policarpo corrió en vano ochenta y seis años para jugárselo todo ligeramente al final de la vida. Sus últimos días tuvieron horas de servicio intensivo. Resonó en aquel estadio el odio masivo contra él: ¡Policarpo al fuego! Y vino la congoja de la huida, la angustia de quien se siente perseguido, el lenitivo de la oración viva y reposante, o de la amistad sin ficción de quienes se arriesgaban al ocultarlo en sus villas de campo. Luego el

momento negro de la delación de pobres esclavos atormentados, el instante siempre fatal del descubrimiento y el arresto sin remedio. Más tarde la sorpresa y el sonrojo de los soldados al ver la pobre vejez del tan ansiosamente rebuscado, el covachuelismo de los amigos que empujan a la cobardía y pasan del fingido amor a las injurias humillantes, el acceso penoso al estadio lleno de tumulto y el consuelo cordialmente agradecido de la voz amiga: «Policarpo, ten buen ánimo y pórtate varonilmente». Por último, tras el diálogo conciso, la confesión sincera, pero mortífera: «Yo soy cristiano»

Su nombre es su sentencia. Se hace un silencio espeso en el ambiente y se escucha por tres veces la sentencia del heraldo desde el centro de la arena: «Policarpo ha confesado que es cristiano». La muchedumbre ruge y pide fieras contra el anciano obispo; el procónsul lo niega, pero decreta la muerte por el fuego. Mientras unos puñados de hombres buscan afanosamente por talleres y baños de la ciudad leña seca para la pira, «sobre todo, los judíos, con el fervor que en esto tienen de costumbre», otros vociferan en el estadio, y en su furor ciego pronuncian la bula de canonización de San Policarpo: «Ése es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha inducido a muchos a no sacrificarles ni adorarlos». Eran sus servicios a Cristo. . los de los días ordinarios y sin relieve «Morir cada día un poco es el modo de vivir».

Los detalles no importan. La muerte magnánima es el gesto supremo del hombre y por eso es capaz de ennoblecer cualquier existencia y de hacer respetable una causa equivocada. Pero cuando se trata de Cristo, lo dijo Él: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida» (Jn 15,13). Hay pobretones de espíritu que quieren apagar el halo martirial diciendo que es fácil morir por Cristo y difícil vivir según Cristo. Muchos que así hablan no viven plenamente con Cristo y parecen incapaces de morir por Él. Por eso conviene repetir las palabras del Maestro: Nadie tiene mayor amor... aun cuando al morir tiemblen las piernas y sienta miedo el espíritu, aun cuando sea el primero y postrero, el único acto radicalmente cristiano de una vida humana.

El procónsul no permitió que fuesen las fieras las que acabasen con el cuerpo viejo de Policarpo. Fue la pira abundante,

el golpe de gracia de la puñalada en el pecho, la cremación de sus despojos. Los huesos calcinados del venerable maestro y padre son testimonio fuerte de su amor perfecto de Cristo. No quiso que le clavaran al palo, no por temer o rechazar el sufrimiento, sino porque su amor era tan intensamente decisivo como los clavos. Atado al poste, con las manos atrás, «como carnero egregio escogido de entre tan gran rebaño... levantados los ojos al cielo dijo»:

«Señor, Dios omnipotente, Padre de tu amado siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de Ti! [...] Yo te bendigo porque me tuviste digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus testigos (mártires), en el cáliz de Cristo para resurrección de eterna vida. Yo te alabo por todas las cosas, te bendigo y te glorifico [...] por mediación de Jesucristo, tu siervo amado...»

Es su testamento, su gesto de plenitud en el amor. Levantar los ojos al cielo y con ellos todo el espíritu —lo único que no pueden atar ni clavar los hombres— y optar, escoger en suprema libertad el servicio, la esclavitud voluntaria de Cristo. Ser cristiano es transformarse sustancialmente. Y así transformado y transfigurado por el fuego se aleja del mundo el santo anciano, sumergiéndose en llamas y en Cristo, que es «llama de amor viva». Ni siquiera un ademán de perdón para sus verdugos; su alma se levanta con brío sobre nuestras categorías humanas.

Sin querer nos golpea la mente la fórmula elemental del Catecismo. Ser cristiano es tener fe en Cristo y hacer profesión de servirlo. Con la perspectiva de ser dignos de una hora de martirio, para la mayoría imposible; pero con el vigor necesario para ella. El pórtico del Catecismo nos señala una alta meta final, que se confunde ya con el pórtico mismo de la eternidad. ¿Somos verdaderamente cristianos? ¿Desde hace cuántos años?

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

Bibliografía

Martirio de San Policarpo. Nos es conocido en forma de una carta de los cristianos de Esmirna a la iglesia de Philomelium. Texto ed. USHER, *Ignatii Antiocheni et Polycarpi Smyrnensis martyria* (París 1647). Ed. RUINART, *Acta Mart...* Véase en parte D. RUIZ BUENO (ed.), en BAC Normal 75, p.263s.

Obras: FUNK, *Opera Patrum Apost.*, 2 vols. (Tubinga 1901).

Sobre todo, D. RUIZ BUENO (ed.), *Padres apostólicos* (BAC Normal 65).

LIGHTFOOT, J. B., *The Apostolic Fathers*, 2 vols. (Londres 1883)

DELPHAYE, H., *Les passions des martyrs...* (Bruselas 1921) 11s.

Cf las referencias de SAN IRENEO y, sobre todo, de EUSEBIO, *Hist. Eccles.*, I.4 c.15.

SAN WILLIGIS DE MAGUNCIA

Obispo († 1011)

La fecha y lugar de nacimiento del hombre de Iglesia y de Estado que fue San Willigis de Maguncia resultan prácticamente desconocidos, como bastante oscuras se hacen asimismo las circunstancias de los primeros años de su vida. Las informaciones llegadas hasta nosotros, aquellas que pueden ser merecedoras de alguna credibilidad por su garantía y su rigor, las más completas también, provienen de los datos contenidos en las fuentes narrativas de la época, principalmente la *Crónica* de Thietmar de Merseburg (976-1018), autor contemporáneo, prolijo pero de una gran sinceridad y de un interés capital para la historia de su tiempo, a completar con lo reseñado en los *Anales* de Hildesheim, preciosa fuente que se para en el año 993, pero cuya primera continuación va hasta el 1040. A todo ello cabe añadir el *Chronicon Quedlinburgense*, que retoma las narraciones de los *Anales* de Hildesheim hasta el año 1000.

De todas estas fuentes se desprende que Willigis, cuyo nombre significa el vástago de la voluntad (*der Sproß des Willens*), era originario de Niedersachsen (Baja Sajonia), donde habría nacido el año 940, y que su padre era un agricultor de Schöningen, aun cuando una errada leyenda lo hace hijo de un carretero, quizás simple fabricante. Fue su madre en todo caso quien le preparó para el estado eclesiástico, su verdadera maestra diríase, hasta que Wolkold, preceptor del futuro Otón II, reparó en las virtudes y despejada inteligencia del joven y lo encaminó hacia los estudios sacerdotales haciéndolo su discípulo.

En el año 969 Wolkold ciñe la mitra de Meissen (969-992) y Willigis entonces, a la sazón canónigo de Hildesheim, toma su puesto como preceptor, capellán y consejero del joven príncipe. Pronto sus dotes de consejero lo hacen acreedor a simpatías y reconocimiento general por parte del entorno palaciego, de modo que su actividad en la corte es ya bien conocida cuando

el 1 de diciembre de 971 se le nombra canciller de Alemania. «Willigisus cancellarius advicem Rotberti archicapellani notavi» (cf. MGH DD O. I., Nr. 404, 550, Z. 36). Durante el desempeño de tan alta función tiene como superior a Bruno, hermano de Otón el Grande, y luego a Liutolfo y Liutgero, pero estos últimos tuvieron que ceder el puesto a los capellanes palatinos Bruno y Guillermo.

Sobresalientes fueron los esfuerzos de Otón I el Grande por restaurar la cultura intelectual, plausible cometido en el que le sirvió de ayuda, ésa es la verdad, su hermano Bruno, destacada figura y hombre de los más instruidos de la época, que fomentó y propagó la enseñanza eclesiástica y la civil o laica, llamando para estos nobles oficios a muchos ilustres profesores de Lorena e Italia. Todo esto constituyó para nuestro personaje, San Willigis, una excelente escuela de tirocinio en la carrera política y la mejor posibilidad de evidenciar sus brillantes cualidades pastorales y de gobierno. Se reveló capaz y devoto a la vez, así como indispensable pieza palaciega en asuntos de corte. Bajo su impulso, en la cancellería es restituido el orden y la estipulación de los actos sobreviene con regularidad y de acuerdo a un formulario preciso, cosa que antes no había ocurrido.

Poco después de su coronación en Roma (2-2-961), Otón promulga su controvertido *Privilegium Ottonianum* por el que ordena al papa Juan XII hacerle juramento de obediencia. El Papa, claro es, se rebela y conspira con los enemigos de Otón. Hacia finales del año 963 Otón convoca un concilio en Roma, el cual destituye a Juan XII por conspiración y mala conducta. En su lugar es elegido León VIII, candidato puesto por Otón mismo, quien considera deber suyo preservar y fortalecer las instituciones eclesiásticas. Pretende valerse de la Iglesia como influencia estabilizadora en Europa, pero al mismo tiempo una Iglesia sometida a la autoridad imperial. Otón busca una alianza entre el Imperio Romano de Oriente y el de Occidente, para lo cual entabla negociaciones, sin éxito, dicho sea de paso, con el emperador oriental Nicéforo Focas de la ciudad de Constantinopla. Más tarde, empero, el hijo de Otón se casará con Teófana, hija del emperador oriental Romano II. Su alianza con la

princesa bizantina será determinante para que, en el año 972, el emperador oriental reconozca a Otón. Muere Otón el Grande el 7 de mayo de 973 y es sepultado en Magdeburgo. Deja un imperio pacífico y seguro.

Después de la muerte de Otón I, el canciller de Alemania, es decir, nuestro santo Willigis, permaneció bajo el reino de Otón II el Rojo (973-983), hijo del difunto y de su segunda esposa Adelaida. La mejor prueba de su acierto en asuntos de Estado y de su éxito en cuestiones de palacio fue, sin duda, su designación como sucesor del arzobispo de Maguncia, Ruperto, fallecido el 13 de enero de 975. Es entre los historiadores bien sabido que en este período de la Iglesia imperial los soberanos alemanes eran muy escrupulosos en los nombramientos episcopales, que solían conceder sólo a sus fieles preferidos. La antedicha decisión fue inmediatamente conocida el 25 de enero de 975 y su tempestiva circunstancia fue testimonio inequívoco del favor que Willigis había encontrado en Otón II. Esta orden imperial, por lo demás, le renovaba a Willigis de Maguncia las inmunidades y los privilegios concedidos a su predecesor Ruperto y hacía de su persona el más importante prelado de Alemania, o sea, primado, a todos los efectos, para los títulos de archicanciller y «coronador de rey», así como, precisamente por primado, para la presidencia de todos los sínodos. La bula de confirmación del papa Benedicto VII le llegó en marzo del mismo año.

Pero la diócesis le aguardaba maltrecha de veras y en estado más bien penoso. San Willigis probó pronto a remediar estos males: para empezar, emprendió la construcción de una nueva catedral; luego, hizo reedificar muchas iglesias, entre las cuales San Esteban y San Víctor de Maguncia, más tarde, restauró el Capítulo de Disibodenberg y, en fin, llevó el esplendor a la abadía de Jechaburg en Turingia. Por si fuera poco, desde los primeros años de su episcopado reforzó y consolidó su autoridad episcopal con la incorporación de la diócesis de Praga, de nueva creación (972), cuyo titular Theotmaro no tardaría en complicar las cosas y encender los ánimos distanciándose, allá por el mes de enero del año 976, de la autoridad imperial. Desde finales de abril del año 976, reunió un sínodo en Aschaffenburg para con-

jurar una huelga de estudiantes. Ese mismo año, quizás ya 977 más bien, la dirección de los asuntos de Estado empezó a hacerse difícil en Baviera, a raíz de la ambición de Enrique II el «Pendenciero», en lucha contra Otón, hijo de Conrado el Rojo, familiar de Otón II. Decidió entonces el arzobispo Willigis consolidar la situación del obispo de Passau, Piligrimo, sostén de Otón en esta zona. Participó en un sínodo tenido en Ingelheim el año 980, donde se acordó reunir bajo un solo abad las abadías de Stavelot y de Malmedy. En los años 981-982 consagra a los obispos Retaro de Paderborn y Eticón de Augusta; al siguiente, impone asimismo las manos al gran Adalberto de Praga; y en el 993, a Bernardo de Hildesheim.

San Willigis de Maguncia, decíamos antes, se convierte, a la muerte de Otón II (7-12-983), en uno de los más eminentes personajes del Imperio, sin duda el más activo. Días después de fallecido el príncipe, Willigis consagra al joven hijo Otón III, de tres años, rey germano en Aquisgrán: es el día de Navidad del año 983. Había sido nombrado rey en la Dieta de Verona poco antes de la muerte de su padre, pero, como apenas tenía tres años de edad, su madre y su abuela decidieron actuar en calidad de regentes. De la regencia en Alemania se encargó Teófana, la madre. En Italia ejercía el poder en nombre de su nieto la abuela Adelaida. Recibió una educación brillantísima, de la que se encargaron el conde sajón Hoiko, el sabio Juan de Calabria, obispo de Plasencia, y Bernardo, obispo de Hildesheim. Se encargó de completarla el ilustre Gerberto, futuro papa Silvestre II. Tales progresos hizo el joven monarca, y tanta admiración despertaron sus talentos, que fue llamado *Mirabilia Mundi*.

El Rey alcanza la mayoría de edad el año 994. Dos años más tarde, atendiendo una solicitud del papa Juan XV, sofoca una rebelión en Italia, pero cuando llega a Roma, el Papa ya ha pasado a mejor vida. Otón entonces hace elegir a su primo Bruno de Carintia como Gregorio V. Éste es el primer papa germano. El 21 de mayo de 996 Gregorio V corona a Otón como sacro emperador romano, el cual convierte así a Roma en el centro administrativo del Imperio y allí pasa gran parte de su tiempo. El año 998 fija en su sello la inscripción *Renovatio Imperii Romanorum*, «Restauración del Imperio de los Romanos». Los ideales

romanos, pues, siguen fuertes en Europa Occidental. A lo largo de la Edad Media, el título imperial y el trono germano conservarán su unión indisoluble. A partir de entonces los sacros emperadores romanos serán reyes de los romanos, coronados por el papa. Alemania es el corazón y el centro del poder en el Imperio. La corona octogonal del Sacro Imperio Romano será durante siglos el símbolo mismo del concepto de la unidad europea.

Otón comprende que la Europa unida de su diseño y su dinastía necesitan un digno jefe religioso. Es preciso elevar el papado a una posición de respeto en Europa. Hay que revivir su influencia. Con la muerte del papa Gregorio V en el año 999, Otón propone a su antiguo maestro, el erudito Gerberto de Aurillac. Gerberto se convierte en papa y toma el nombre de Silvestre II. Es el primer papa francés. Tanto Silvestre como Otón sueñan con un imperio donde el emperador y el papa sirvan como jefes conjuntos de una entidad unificada. Gerberto, esforzándose por elevar la reputación del papado en toda Europa, denuncia a algunos de sus antecesores indignos como «monstruos de una iniquidad más que humana» y como «anticristos sentados en el templo de Dios haciendo el papel de Dios». Otón entonces espera forjar una alianza armoniosa entre los futuros emperadores y papas. No será así, ésa es la verdad.

Por otra parte, entre Adelaida y Teófana hubo poco o ningún entendimiento, de manera que algún mes más tarde Teófana logró eliminar a la suegra. Mujer de inteligencia despejada y dotada de sentido político superior, Teófana se retiró ante el arzobispo San Willigis de Maguncia sabiéndose impopular en Alemania y se reservó los asuntos de Italia. La gran empresa de nuestro santo arzobispo en toda esta historia fue mantener la Baviera fiel al Imperio disolviendo las oposiciones. Así las cosas, Enrique el «Pendenciero», azuzado por los reyes de Bohemia y de Francia, así como por numerosos obispos de la región, secuestra al joven Otón III y reivindica la regencia. Pero la maniobra no prospera, pues la alta nobleza bávara no secunda su plan y el episcopado en general termina por darle la espalda y serle hostil.

Proclamado rey en Quedlinburg el 23 de marzo de 984, Enrique el «Pendenciero», ante la resuelta actitud del duque de

Sajonia, no tiene más remedio que renunciar a su disparatado sueño y entregarse/rendirse al pequeño Otón III. Al año siguiente confirma su sometimiento obteniendo el perdón y la parcial restitución del ducado. Tras la muerte de Teófana (991), el gobierno vuelve a Adelaida que vive hasta el final del año 999, ya sin influencia desde que en 994 se había retirado de la corte. San Willigis permaneció como su consejero preferido durante los tres años de gobierno, si bien en este período la lucha contra los eslavos no hizo sino procurarle preocupaciones sin cuento y múltiples quebraderos de cabeza. Las continuas expediciones del joven rey fueron el resultado de semejante política: en el 991 Brandenburgo es una vez más retomada, al año siguiente perdida y en el 993 definitivamente recuperada. También San Willigis incita a Otón III a que renuncie a Italia para concentrar en la parte de acá del Elba todas las fuerzas materiales y morales de que el Imperio disponía, no obstante la relucancia de aquel príncipe, discípulo de San Adalberto, obispo de Praga, atraído por la civilización helénica más que por la severidad germánica.

He aquí un rasgo característico de la política de San Willigis: en junio del año 996, a requerimiento suyo, el emperador dejó Roma donde había sido coronado el 21 de mayo por Gregorio V, primer papa alemán, en cuya consagración había participado nuestro santo aquel mismo año (3-5-996). Pese a la aparente concordia entre el emperador, el papa y los romanos, Willigis temía mucho la influencia de estos últimos sobre un emperador a la postre fantasioso y de espíritu atormentado. También recelaba, y con razón, de la empresa de San Adalberto de Praga, de un tiempo a esa parte influyente compañero de Otón (moriría el 23 de abril de 997 mártir en Prusia). A raíz de la prematura muerte de Otón III (21/23-1-1002) surgieron dificultades sucesorias, que cesaron cuando el arzobispo San Willigis coronó a San Enrique II (1002-1024) y a su mujer Cunegunda en Paderborn el 7 de junio de 1002. El santo arzobispo habría de presidir todavía el sínodo de Francfort en 1007. Sirvió, en resumen, a cuatro monarcas y él mismo se mantuvo en todo ese tiempo como influyente arzobispo de Maguncia. San Willigis de Maguncia, pues, continuó sirviendo fielmente tam-

bién a este tercer soberano cuyas ideas, aun cuando más modestas que las del predecesor, encontraban perfecta coherencia con las suyas: o sea, en primer lugar poner freno a las invasiones eslavas.

Una historia que parece hubieran montado exageradamente los historiadores, nos pone de manifiesto la limitación de su poder. En el año 1000, el obispo de Hildesheim le acusó de haber invadido sus derechos consagrando, a petición de la abadesa, la nueva iglesia de Gandersheim situada en su diócesis, pero ya en los confines de Maguncia. La intervención pontificia quitó la razón a Willigis y decidió enviar un legado para informarle de la decisión de Silvestre II en el sentido de hacer respetar los límites diocesanos: el contencioso duró largo tiempo y Roma no pudo hacer triunfar su causa. Pero en el 1007 el mismo Enrique II, alumno de la escuela de Hildesheim y aficionado de suyo al obispo del lugar, obligó a San Willigis a renunciar a sus pretensiones sobre la abadía de Gandersheim.

Quien había sido sobrenombrado «Padre del Emperador y del Imperio» (*Vater des Kaisers und des Reiches*), señalándose con ello el alto cometido de sus funciones, vio con pena cómo se debilitaba el poder real en Alemania, la oposición de los príncipes bárbaros se agigantaba, y las dificultades en Polonia, Italia y Borgoña crecían. Una sola fuerza siguió dándole esperanza: el apoyo de la Iglesia en reconocer al emperador una potencia territorial, de cuyo ininterrumpido crecimiento los prelados recibían los correspondientes poderes.

Si lo esencial de la actividad de San Willigis es de orden político, ocupando durante tres reinados consecutivos el primer puesto entre la crema dirigente del Imperio y sirviendo a sus soberanos, eso sí, con la más grande devoción y, sobre todo, con un excepcional sentido de la cosa pública, cumple, sin embargo, considerar también y valorar en su justa medida la obra ministerial de su episcopado. Atrás se ha dicho ya cómo procuró restaurar la autoridad en su diócesis y reconstruir numerosas iglesias e implantar un orden canónico hasta entonces poco regular. La catedral de Maguncia, que tan dentro de su corazón llevaba de puro ser él mismo su diligente constructor, fue pasto de las llamas hasta los muros el 29 de agosto de 1009, aniversa-

rio de su consagración: sería reconstruida más tarde, ya bajo el arzobispo Bardone. Pero él, en un meritorio esfuerzo que le honra, hizo también cuanto estuvo de su mano por impulsar el progreso en las artes y en las letras. Procuró realizar plenamente el plausible lema «por el arte, la ciencia y el servicio de Dios». También se preocupó, y mucho por cierto, de la caridad pública, cosa rara en aquella época: creó, por ejemplo, una fundación de por vida para distribuir cotidianamente víveres a treinta pobres.

San Willigis murió en Maguncia el 23 de febrero de 1011 y fue sepultado en la iglesia de San Esteban de dicha ciudad. Sus restos se conservan hoy en un busto relicario. También puede verse en la misma iglesia una planeta suya. Su fiesta recurre el 23 de febrero. Una *Vita Willigisi*, redactada poco después de su muerte y dedicada al abad Ricardo de Fulda (1018-1039), está incluida en el Oficio del santo. En realidad es un breve panegírico que resume lo esencial de aquello que por entonces se conocía. Tenemos, por otra parte, una *Vita recensior*, amplificación literaria de la primera, y de los *Miracula*, redactados no después del siglo XII, que completan las informaciones hagiográficas. Su designación como santo precede a la práctica de la canonización papal. Fue en el siglo XII, cuando todavía no existía esa formal canonización por parte del obispo de Roma, cuando fue elevado en Maguncia al honor de los altares. Desde el punto de vista litúrgico, es preciso añadir el *Officium sancti Willigisi*, debido a Hartmann, preboste de la catedral de Maguncia (1142-1153). Pero las informaciones más completas se encuentran, según digo al principio, en las fuentes narrativas de la época, principalmente la *Crónica* de Thietmar de Merseburg (976-1018); los *Anales* de Hildesheim, a los que procede añadir el *Chronicon Quedlinburgense* que retoma las narraciones de los *Anales* de Hildesheim hasta el año 1000, pero que a partir de esta fecha, describe especialmente los ambientes de la corte imperial. Cumple también tener en cuenta los numerosos diplomas willigenses dando fe de su actividad diplomática.

A raíz de la muerte de San Enrique II (1002-1024), último de los gobernantes sajones de Alemania, a quien San Willigis había coronado, el poder pasa a manos de Conrado II, duque

de Franconia (1024-1039), con quien comienza lo que los historiadores llamarán el gran período del Sacro Imperio Romano. Arzobispo de Maguncia y legado papal en Alemania, San Willigis, en definitiva, pertenece a esa raza privilegiada de influyentes hombres de Estado que, sin dejar nunca de ser y de actuar como celosos pastores de la Iglesia, aciertan a brillar por su talento político y a edificar por sus virtudes.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

- BEUMANN, H., *Die Ottonen* (Stuttgart 1984)
- BÖHMER, H., *Heiliger Willigis* (Lipsia 1895)
- BROUETTE, E., «Vilgiso», en *Bibliotheca sanctorum*, XII cols.1122-1126.
- BRUCK, A., *Heiliger Willigis* (Maguncia 1962).
- BRUNHÖLZ, F., *Die Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, 2 (Munich 1992).
- ELLER, C., *Erzbischof Willigis von Mainz in den ersten Jahren seines Wirkens* (Naumburg 1860)
- Martyrologium romanum*, o c , 153.
- MORAW, P., «Aufstieg und Wirken des Willigis von Mainz»: *Damals* 2 (1990) 161-180
- «Otón», en *Enciclopedia universal ilustrada*, XL p.1030-1035
- SCHUTTE, A., *Handbuch der deutschen Heiligen* (Colonia 1941) 352-353
- TESTORE, C., en *Enc. Cath.*, col.1433-1434.
- VOLSIUS, G., *Officium vetustissimum beati Willigisi* (Maguncia 1675).
- «Willigis, San, Arzobispo de Maguncia», en SCHALBER, V. - SCHINDLER, H M., *Diccionario ilustrado de los Santos. Mas de 4 000 santos y beatos. 1.500 ilustraciones* (Barcelona 2001) 760

BEATA RAFAELA YBARRA

Viuda († 1900)

La Beata Rafaela Ybarra fue una notable mujer de gran corazón y destacada talla espiritual, que abarcó las diversas facetas de la vida familiar y social. Señora rica, culta, hija y esposa de dos grandes empresarios y madre de numerosa familia, atenta siempre a los más necesitados, impregnó el suelo de Vizcaya con su buen hacer y encarnó un nuevo estilo de santidad en el estado laical. Con evidente sentido profético, supo salir al paso de los límites y carencias de la aburguesada y dispar sociedad decimonónica bilbaína por medio de su inconfundible y

destacada capacidad de amar. Se extendió pronto su fama de santidad.

A lo largo de su biografía expresó la calidad de este amor como hija, como esposa, como madre, como fundadora y como persona a la que no pasaban desapercibidas las situaciones de carencia, peligro o injusticia. Pero fueron su intensa vida espiritual y su notable inquietud apostólica las que le proporcionaron esa personalidad tan peculiar que le hizo acometer obras de gran magnitud, como la Congregación de Religiosas de los Ángeles Custodios, destinada a evangelizar y a ayudar a los más necesitados, con el singular carisma de prevenir y acompañar a las niñas y a las jóvenes en sus diversas realidades, en especial a las de más difícil situación personal o familiar.

Su vida intensa, serena y apasionada se desarrolló durante los 57 años comprendidos entre 1843 y 1900. Primera de los cinco hijos de don Gabriel María de Ybarra y Gutiérrez de Caviedes y de doña Rosario Arámbarrri y Mancebo, nació en Bilbao el 16 de enero de 1843. Fue bautizada al día siguiente, recibiendo los nombres de Rafaela, María de la Luz, Estefanía.

El padre, don Gabriel, era uno de los siete hijos de don José Antonio de Ybarra, empresario que explotaba el filón minero de Triano, y de doña Jerónima Gutiérrez de Caviedes, de una señorial familia de Potes (Cantabria). Uno de los tres hijos varones de don José Antonio, José María, se había establecido en Sevilla, creando la Compañía Naviera Ybarra. Sin embargo, los otros dos, Gabriel y Juan María, habían preferido permanecer junto al padre constituyendo una sociedad minera que, con el tiempo, se transformó en Altos Hornos de Vizcaya.

La madre, doña Rosario Arámbarrri, había nacido en la Isla de Santo Tomás, en las Pequeñas Antillas, pertenecientes entonces a Dinamarca. Era la única hija de don Pablo Fausto de Arámbarrri, guipuzcoano de Azcoitia, emigrado a las Indias, y de doña Rafaela Mancebo Trocóniz, cubana. Ésta, después de enviudar dos veces, había establecido su residencia definitiva en Bilbao, junto con sus tres hijas. Allí conoció Rosario, la mayor, a los hermanos Ybarra, casándose con Gabriel en 1842. Fueron padres de Rafaela, Fernando Luis, Rosario, Amelia y Virginia.

Rafaela fue educada con esmero, junto con sus cuatro hermanos, en el seno de esta familia perteneciente a la alta sociedad y profundamente cristiana. Acudió de niña a un colegio de Bilbao y completó luego sus estudios en Francia, como solían hacer las familias acomodadas, donde transcurrió su adolescencia. Pronto comenzaron a dibujarse en ella los rasgos más salientes de una personalidad alegre, expansiva, bondadosa y dotada de genio vivaz y aguda inteligencia.

En 1861, a los 18 años de edad, contrajo matrimonio con don José Vilallonga y Gupuló, nacido en 1822 en una rica familia catalana de Figueras (Girona) asociada a los Ybarra en la explotación minera. Era un ingeniero formado en Francia, Bélgica e Inglaterra, de carácter activo y emprendedor, que, muy bien preparado profesionalmente, había intervenido de modo eficaz en la instalación de algunas Fábricas de Hierro con nuevos sistemas de fundición, y colaboró después en la instalación de los Altos Hornos de Vizcaya.

De este matrimonio nacieron siete hijos, dos de los cuales murieron de niños. Vivieron al comienzo en el Casco Viejo de Bilbao, ambiente en el que ella había nacido. Después, en 1869, se trasladaron a la finca «La Cava», en el término municipal de Deusto, un lugar entonces bastante apartado y solitario, donde transcurrieron los años más gratos de su vida familiar, los más fecundos de su acción apostólica y donde santamente murió.

Durante los primeros años de casada su vida fue de entrega a su esposo, a sus hijos, a sus padres y a toda su numerosa familia, que ya desde entonces recibía el visible influjo de su cariño junto con la paz que sabía transmitir en su entorno. En sus oraciones le pedía al Señor: «Que yo sea cada día mejor esposa, mejor madre, mejor hija. Haz, Señor, que llegue a ser una mansión de paz en medio de la familia».

A causa de la situación insegura creada en Vizcaya por la segunda guerra carlista, en 1873 los Ybarra se trasladaron a Santander, donde permanecieron tres años. Pero allí una desgracia turbó su vida personal y familiar: la enfermedad y muerte de dos de sus hermanas, una de las cuales, Rosario, esposa de don Adolfo de Urquijo, fallecida en 1875 a los 28 años de edad, le encomendó sus cinco hijos aún pequeños. De acuerdo con su

cuñado, asumió decididamente esta gran responsabilidad, integrando a los niños en su propia familia.

De nuevo en «La Cava», cayó gravemente enferma en la primavera de 1878, a los 35 años de edad, y en la obligada convalecencia leyó algunos libros espirituales. La gracia la invadió de tal manera que se sintió fuertemente atraída hacia la vida perfecta, con una fuerte inquietud por la situación social que en aquellos tiempos de la industrialización se vivía en el País Vasco. Su radio de acción dentro de la numerosa familia no podía ya satisfacer su exigencia espiritual y se lanzó a un apostolado más amplio, sin límites ni distancias, dispuesta siempre a acudir a cualquier parte donde le llamara la necesidad, bien para situarse a la cabecera de los enfermos y darles toda clase de atenciones espirituales y corporales o bien para ocuparse de los niños y de los jóvenes, con frecuencia expuestos a diversos géneros de peligros y carencias en aquella sociedad tan plural.

Lanzada de lleno a este género de actividades, y al cuidado de la numerosa familia, tuvo que vivir además la dramática muerte de su madre en plena estación de París. Pero con todo ello, fue la parálisis infantil de su hijo menor el hecho que más puso a prueba su temple de mujer fuerte y su incondicional entrega a la voluntad del Señor.

Todos y cada uno de estos penosos acontecimientos, incluida la propia enfermedad, maduraron decisivamente su espíritu, ayudándola a profundizar en el privilegiado valor de la cruz. Abrazada con el sufrimiento como inequívoco camino de identificación con Jesucristo, logró asumirlo con dulzura y suavidad, proyectando en su entorno estas mismas actitudes. Así lo expresa en algunos de sus escritos:

«No hay amor sin sacrificio, y Tú, Jesús, nos diste primero ejemplo muriendo ignominiosamente en la cruz por nosotros, por mí [...] Pues bien, yo también quiero sufrir por tu amor y morir crucificada. ¡Preparada estoy! Pero no te separes de mí pues necesito tu cercanía y protección».

«¿Qué cruz puede llamarse grande si Tú, Señor, ayudas a llevarla? Por dura y pesada que parezca a nuestra fragilidad, enseñuida se transforma en suave y ligera con tu apoyo».

«Con ayuda de la gracia divina quiero imitar en lo posible a Jesús; sufrir cuantos trabajos, humillaciones y penas sean necesarios.

Renuncio a todo tipo de halagos, a las riquezas, honores y placeres de este mundo, sólo aspiro a cumplir su santa voluntad»

A los 42 años de edad, en plena madurez humana y espiritual, con la complacencia de su marido, formuló votos temporales de pobreza, castidad y obediencia, votos que unos años después, en 1890, ofreció de manera perpetua, añadiendo el de practicar siempre lo que entendiera ser más perfecto. Puede parecer insólito que una señora casada, situada en medio de la alta sociedad y al frente de una numerosa familia, se comprometiera a una vida de perfección por medio de unos votos religiosos. Lo facilitó el hecho de que, en profunda sintonía de sentimientos, encontrara en su esposo el mejor apoyo, confidente, consejero y cooperador, tanto respecto a su vida espiritual como en los trabajos y obras apostólicas que estaba emprendiendo. Don José, por su parte, se sintió plenamente satisfecho y agradecido a su esposa: «A Rafaela se lo debo todo», solía repetir a menudo.

Ella, por su parte, se expresaba de esta manera:

«He renovado mis propositos de entregar todo a Dios Nada quiero reservar para mi Tuyo es cuanto poseo “Tu me lo diste, a Ti, Señor, lo devuelvo”, como decia San Ignacio, afectos de familia, intereses, la salud, la vida, todo te lo doy Haz de ello lo que quieras Yo me abrazare a tu cruz y con ella no me faltara nada Solo espero tu gracia y la de tu Santisima Madre Maria»

Sólo la gracia, ciertamente, que puso en juego las relevantes cualidades humanas con que Dios la había dotado, pudo producir en ella el admirable efecto de fortaleza, dulzura, prudencia, comprensión y ternura que hubo de necesitar para armonizar situaciones que podían parecer tan dispares. Y sólo las filigranas de amor que saben hacer los santos pudieron lograr que aquella gran señora de la alta sociedad ocultara, tras la fina elegancia de su trato, las fuertes exigencias de unas virtudes practicadas en grado verdaderamente heroico.

Estos fragmentos de sus escritos pueden reflejar de algún modo la hondura de su propia experiencia espiritual:

«Tengo presente ante mi a Jesus crucificado, el Rey a quien prometi seguir No hay otro para mi si quiero llegar a la perfecta caridad y humildad Con El quiero ser pobre, humillada y crucificada Con El obediente a la voluntad del Padre y por El quiero amar a mis enemigos y hacerles todo el bien que pueda ¡Empeño

difícil por flojedad e inconstancia! Pero, ¿retrocederé? No, adelante. Empezaré con renovado ánimo la lucha, pues no estoy sola, son muy grandes los apoyos que Él me da. Y si no consigo la perfección deseada, al menos quedaré más cerca de ella que de la mediocridad».

«Si me he ofrecido a seguirte con la cruz, también debo imitar tu caridad y mansedumbre en ella. Te prometo amar a mis hermanos como Tú les amas, haciendo por ellos todo lo que pueda, aunque no me lo agradezcan y se burlen de mí. Si a Ti, tan inocente y justo, te despreciaron y humillaron, ¿qué puedo esperar yo, débil y pecadora?; no quiero quejarme nunca por esto. A Ti, Señor, y a tu Madre, tan humilde siempre, pido que me ayudéis a cumplir estas promesas».

Los frutos inmediatos del amor que la desbordaba por completo fueron sus trabajos apostólicos, que hicieron su vida intensamente fecunda y dieron la verdadera talla de su atractiva personalidad.

Cuando la edad de sus hijos y de sus sobrinos huérfanos no hacía ya necesarios los minuciosos cuidados de la infancia, le quedó a ella más amplio margen de tiempo, que supo aprovechar al máximo para desplegar su caridad con una actividad tan incansable y tan fuerte como el ideal de donde emanaba.

Era el momento de la nueva revolución industrial, que estaba afectando de lleno a la explotación de la minería vizcaína por la creciente necesidad de hierro y de acero para la fabricación de maquinarias, ferrocarriles y armamento. Bilbao se estaba enriqueciendo vertiginosamente por la enorme demanda de su producción minera y por la consiguiente afluencia de inversiones extranjeras; llegaban también muchas personas atraídas por la gran oferta de trabajo; pero junto a ello crecía la especulación, la injusticia laboral, el abuso que conllevaban las muchas horas de trabajo a cambio de ínfimos salarios. Y, a la vez que unos pocos consolidaban ingentes fortunas, la escasez de viviendas e instrucción agravaba la situación de la mayoría, degradándose sus condiciones de vida en todos los aspectos.

Es cuando Rafaela, socialmente situada entre los poseedores de recursos, coherente con su actitud espiritual y con su invariable línea de conducta, acentuó y consolidó su voluntad de oponer amor, entrega, renunciaciones personales y todo género de esfuerzos a las evidentes opresiones, carencias e injusticias a

que era sometida la población pobre, trabajadora o desocupada, especialmente las mujeres y los niños

Fue inmenso el bien que hizo en su derredor remediando toda clase de carencias, volando a dondequiera que la necesitara alguna persona, especialmente si era alguna joven o niña. Sacrificaba todo: su tiempo, su bienestar, su dinero y hasta su propia vida, que tantas veces expuso al penetrar en ambientes sospechosos donde se sabía amenazada.

A su temperamento vivo, jovial y expansivo unía una fortaleza de carácter que, junto con la simpatía de sus palabras, le facilitaba el éxito de los trabajos emprendidos. El rasgo más característico que imprimía un sello especial a toda su persona era precisamente su mirada, detalle que no olvidó ninguno de cuantos la trataron: era un mirar el suyo firme, dulce y transparente que dejaba traslucir la reciedumbre y fortaleza de su espíritu.

En su finca de «La Cava» recibía diariamente a gentes de todas las clases sociales que acudían a ella en busca de ayuda material y espiritual. Todos la veneraban, y atraídos por su sencillez y cercanía la designaban con el calificativo de «la Madre». Verdaderamente que eso era para todos ellos: una madre capaz de comprender sus debilidades y hasta sus enredos en el vicio. Los escuchaba con paciencia, compartía sus sentimientos y les repartía con prudencia y acierto las cuantiosas sumas de dinero que recibía para este fin de su generoso marido, de sus hijos y de familiares y amigos.

Además, la fama de sus bondades desbordó muy pronto los límites de su ambiente y desde lugares lejanos le llegaban cartas y personas atraídas por su renombrada generosidad.

La multitud y la magnitud de las buenas obras de Rafaela se caracterizan por el cúmulo de detalles de virtud que en sí entrañaron y, además, por la clarividencia de desear que trascendieran a su propia persona, por lo que repetía con frecuencia: «Las obras quedan, las personas desaparecen».

Admiraba mucho las instituciones dedicadas a la juventud femenina necesitada de cuidados y de recursos, por lo que colaboró muy estrechamente con las Religiosas del Refugio de Beñoña. Favoreció también con decisión y empeño el estableci-

miento de las Adoratrices en Bilbao (1880), logrando la ayuda de sus familiares para ese fin.

Ella fue la vida y el verdadero motor de las obras sociales de su padre don Gabriel, pues supo potenciar al máximo su destacada sensibilidad humana y cristiana. Uno de los más notables frutos de esta influencia fue la fundación en 1887 de las Escuelas de Nuestra Señora del Rosario de Deusto, a cargo de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, denominada así en memoria de la esposa y madre fallecida, doña Rosario de Arámbarri. Eran unas escuelas gratuitas para niños de condición humilde, en unos tiempos en que la enseñanza y educación estaban reservadas casi exclusivamente para las clases más pudientes.

También con la ayuda de su padre, que era el propietario de las fincas, abrió unos hogares para albergar a las jóvenes que llegaban a Bilbao buscando trabajo y que, por su ignorancia e inexperience, se veían expuestas a diversos peligros. Y cuando esta empresa adquirió mayores vuelos, desbordándola a ella y al grupo de señoras que la secundaban, tramitó y llevó a cabo la fundación de colegios, confiados a diversos Institutos religiosos. Por su parte, continuó protegiendo y ayudando estas obras hasta su muerte.

Atendió también a las muchachas embarazadas que, por esta causa, eran despedidas de las casas donde trabajaban internas y se veían también rechazadas por sus propias familias. Insistió ante las autoridades para que se abriera una Casa de maternidad, que no existía en Bilbao, y ante la repetida negativa se decidió a instalarla ella misma, poniendo al frente a las Hijas de la Caridad. Posteriormente la Diputación se hizo cargo de la obra, pero ella siguió trabajando con las jóvenes para ayudarlas también a la salida de la maternidad. El complemento era la Casa cuna de San Vicente, creada para los pequeños por su hermano don Fernando Ybarra.

En su afán apostólico deseaba abarcarlo y coordinarlo todo. Por eso instituyó la gran obra social denominada «Junta de obras de celo», que aunaba los esfuerzos de otras muchas señoras también impulsadas por tan buenos deseos. Ella era la principal animadora de todo, pero supo huir de personalismos en aquella obra común y ocultarse cuidadosamente ante la fama

que iba suscitando su creciente actividad. Esta «Junta» produjo grandes frutos en un extenso campo de acción: hospitales, cárcel de mujeres, casas de observación, acogida y colaboración con otras instituciones, especialmente las dedicadas a jóvenes y niñas.

Pero su obra cumbre, la que coronaría su caridad y perpetuaría su nombre y su espíritu, es la Congregación de Religiosas de los Ángeles Custodios para jóvenes y niñas con difícil situación familiar o personal.

En 1893 abrió un primer colegio en la calle Hernani de Bilbao, ampliado poco después, a medida que crecía la obra, en la calle Santa María. En vano intentó encontrar una comunidad religiosa que coincidiera con su carisma y, con el aliento del Obispo de Vitoria, a cuya diócesis pertenecía entonces Bilbao, se decidió a emprender ella la fundación, superando toda clase de dificultades y contradicciones.

En mayo de 1898 —apenas dos años antes que ella— falleció don José, su esposo y colaborador, lleno de méritos y de buenas obras. En el ámbito profesional había sido uno de los más grandes industriales de España en el siglo XIX. No es preciso enumerar los exquisitos cuidados y atenciones que le dedicó Rafaela durante la última enfermedad. Bien acostumbrado estaba él a sus delicadezas, como reconocía en una de sus cartas: «Y a ti, querida mía, ¿qué he de decir que no sepas de lo mucho que admiro y estimo en ti de bueno para con todos y de santo para con Dios?».

Rotos ya los lazos que la retenían en el hogar familiar, sintió deseos de incorporarse a su naciente fundación, pero la inesperada muerte de su joven nuera la volvió a atar con otros lazos que consideró ineludibles: los seis nietos huérfanos de madre en una edad en la que necesitaban de su cariño y dedicación. Y aceptó con gozo y sumisión lo que el Señor disponía en aquel momento para ella: «Una sola cosa es grande: hacer la voluntad de Dios». Además, desde el comienzo ésta había sido la constante de su actitud espiritual y de su actividad apostólica:

{ «Destinada por Ti, Dios mío, al frente de una numerosa familia, es en medio de ella donde tengo que santificarme. Quiero ser cada día mejor esposa, mejor madre y mejor hija; dame la paciencia necesaria para cumplir los deberes que esto me impone y, sobre todo, ya

que tengo puesta toda mi persona en Ti, haz que este amor que Tú mismo has puesto en mí hacia estos seres queridos esté libre de todo resabio egoísta, amándolos en Ti, por Ti y para Ti.» }

Entretanto su obra se robustecía y se consolidaba, y prometía aún mayores frutos en un futuro muy próximo, al trasladarse el colegio a un edificio de nueva planta que con gran ilusión estaba edificando. Pero su salud comenzaba a debilitarse progresivamente, consumida por la enfermedad y por la intensidad de su entrega sin límites. No obstante, continuaba trabajando lo que sus fuerzas le permitían, a la espera del momento en que pudiera incorporarse a la Comunidad religiosa por ella fundada.

No eran éstos, sin embargo, los planes del Señor. En diciembre de 1899 se le acentuaron los dolores y la pérdida de fuerzas producidos por el tumor canceroso que padecía en el estómago. Vio acercarse su fin y lo aceptó con la misma paz y serenidad con que había vivido siempre, convirtiendo sus últimos momentos en un acto ininterrumpido de conformidad con la adorable voluntad del Señor. «Sólo quiero lo que Dios quiera», solía repetir.

Consciente de lo que ella significaba para sus primeras religiosas, les ofreció un verdadero testamento espiritual en el que condensaba sus sentimientos más íntimos, pidiéndoles que fuesen siempre verdaderas madres para las niñas y las jóvenes del colegio. Y a éstas les dejaba, a la entrada del edificio, las palabras del salmista: «He mandado a mis Ángeles cerca de ti para que te guarden en todos tus caminos».

Al acercarse sus últimos momentos quiso despedirse de todos, familiares, religiosas, amigos y personal del servicio, para quienes tuvo palabras de verdadero afecto. Bendijo uno por uno a sus hijos y a los «hijos de su corazón», como cariñosamente había llamado siempre a los sobrinos que había criado. Les dejaba, por escrito, buenísimos consejos. Así se expresaba en la carta que dirigió a cada uno para cuando ella hubiese muerto:

«Hijos queridos: Cuando leáis estas líneas que os dirige vuestra madre en la presencia de Dios Nuestro Señor, ya habré entregado mi alma en sus manos.

{ »Como no sé si en los últimos momentos de mi vida podré daros estos últimos consejos, quiero dejaros este recuerdo y expre-

sión de mis sentimientos para que los conservéis todos los días de vuestra vida [...].

»Esto es lo que me mueve a dirigirme a vosotros antes de mi muerte: el suplicaros en nombre de Jesús, que tanto nos ama, y de su Santa Madre, que este pensamiento de la eternidad nunca se separe de vosotros, no para atormentaros, bien sabe Dios que no es ésa mi intención, pero sí para que os conservéis en el santo temor de Dios y en su divina presencia. Mirad todos los bienes de la tierra como pasajeros; no pongáis en ellos vuestro gozo; habéis sido criados para el cielo y allí deben dirigirse siempre vuestras miradas. Con la misericordia de Dios, allí os espera vuestra madre; no lloréis mi muerte, hijos, como los que no tienen fe; voy a unirme a Dios y os espero en el cielo. Estad siempre muy unidos y ayudaros mutuamente en vuestras necesidades. Os encomiendo a todos muy especialmente a vuestro hermano pequeño como el más indefenso, tratadle con mucho cariño, que yo os bendeciré desde la otra vida. Os recuerdo también que tenéis otros hermanos [sus primos], que la unión que tenéis desde niños no se rompa nunca. Si vuestro padre, mi querido esposo, me sobrevive, consoladle y animadle mucho, lo necesitará; sed muy buenos y cariñosos con él y decidle en mi nombre que su aflicción esté mezclada con esa dulce esperanza que nuestra fe cristiana nos da; no entristeceros, que muy pronto estaremos otra vez reunidos. Vivid santamente, haced todo el bien que podáis a vuestros prójimos, devolved bien por mal, que Dios os lo pagará. No temáis malgastar vuestra fortuna ayudando a los necesitados, la encontraréis acrecentada en aquel banco seguro de Dios. Os doy mi bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

Y una vez más, olvidada de sí misma ante la muerte que se acercaba, se ocupó en animar y consolar a sus religiosas, llamadas a consolidar y perpetuar su obra.

Atendida por su director espiritual y contestando a las exhortaciones de su hijo jesuita, renovó los votos que desde hacía tantos años la vinculaban al Señor. Poco después entraba en una suave agonía y el 23 de febrero de 1900 se encontraba definitivamente con quien tanto había amado en la tierra.

La fama de su santidad superó en mucho a la que la había rodeado en vida por la magnitud de sus obras. Cuantos habían tenido la dicha de tratarla estaban persuadidos de que habían conocido a una santa, una mujer que había pasado por el mundo haciendo sólo el bien.

Tras los procesos ordinarios en la Curia episcopal de Vitoria y los apostólicos en Roma, el papa Pablo VI promulgó en 1970

el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. El 30 de septiembre de 1984 fue beatificada en Roma por el papa Juan Pablo II, quien la propuso como modelo de hija cariñosa, esposa fiel, madre cristiana y religiosa cabal. En todos estos estados llegó a la perfección, armonizando en una misma personalidad un desarrollo humano tan completo junto con una admirable santidad. Es la primera mujer bilbaína elevada a los altares.

Y como, según su expreso deseo, las obras habían de prolongar y superar su propia acción apostólica, la Congregación de los Santos Ángeles Custodios se extendió por otras provincias españolas, así como por Italia y América Latina. En todos estos ámbitos las seguidoras de la Beata Rafaela Ybarra están desarrollando una fecunda actividad apostólica por medio de Colegios, Hogares, Residencias, Pisos de acogida y Pastoral parroquial. En todos estos ámbitos se proporciona a las niñas y jóvenes una preparación cultural, profesional y cristiana, a fin de que puedan conseguir un futuro más prometedor y una integración social plena. Actualmente cuarenta Comunidades continúan este apostolado, teniendo siempre como objetivo sus ideales fundacionales. La acogida, la educación, el apoyo y la orientación oportuna son sus herramientas de trabajo apostólico.

«Nació para ser madre» lleva por título una de las biografías de Rafaela, en la que se hace referencia a sus sentimientos de cariño y afecto, a su actitud atenta y maternal que transformó a tantas jóvenes haciéndoles ver sus valores y llenando sus vidas de luz y esperanza. Es ésta una hermosa herencia que sus religiosas han recogido y que constituye la impronta y el signo diferenciador de su talante apostólico.

La Beata Rafaela hoy bendice desde el cielo los más de cien años de historia de sus religiosas; ellas tratan de seguir sus pasos, llevando a la sociedad el tesoro de su generosidad, su humanidad y su amor. Su espíritu y el testimonio de su vida siguen estando presentes en sus obras y en sus tareas, dando realidad a uno de sus más bellos mensajes: «No os canséis de hacer el bien».

Bibliografía

- ABAD, C. M.^a, SI, *Vida de la Sierva de Dios Doña Rafaela Ybarra de Vilallonga, fundadora de la Congregación de Religiosas de los Santos Angeles Custodios*, 2 vols. (Bilbao 1919).
- CHAVARRIA Y ARRONDO, A., *Nació para ser madre La vida y la obra de Rafaela Ybarra de Vilallonga, Fundadora de la Congregación de los Santos Angeles Custodios* (Buenos Aires 1953).
- *Semblanza de un alma grande* (Buenos Aires 1965).
- MFEDINA, B., *Beata Rafaela Ybarra* (Sevilla 1984).
- SCHENK, J. E., *Rafaela Ybarra* (Valencia 1984).
- UGAZ, L. DE, *Rafaela Ybarra de Vilallonga, 1843-1900. Al margen de una vida* (Madrid 1926)
- VILLEGAS, P., *Rafaela Ybarra, alla santita attraverso l'amore* (Roma 1990).

BEATA JOSEFINA JUDIT (ADELAIDA) VANNINI
Virgen († 1911)

Nació en Roma el 7 de julio de 1859. A los siete años de edad quedó huérfana de padre y de madre. Ingresó en el conservatorio Torlonia de Roma. A los 21 años sintió en lo más profundo de su corazón el deseo de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Eligió el Instituto de las Hijas de la Caridad que conoció en el conservatorio. Fue aceptada cuando tenía 24 años e hizo el postulanteado en el hospital civil de Perugia. El noviciado lo hizo en Siena el año 1884. Pero después de cincuenta días en el mismo fue despedida, debido a su débil salud, lo cual le causó grandes sufrimientos. Al año siguiente fue de nuevo admitida, pero pasados cuatro años la despidieron definitivamente. Era el año 1888 y tenía 29 años.

Su director espiritual le aconsejó que hiciera ejercicios espirituales y los practicó el año 1891, en una casa de las religiosas de Nuestra Señora del Cenáculo. Allí encontró al padre Luis Tezza, procurador general de los camilos o Ministros de los Enfermos que había recibido el mandato de fundar un instituto religioso femenino con la misma finalidad de los camilos, esto es, dedicarse a curar enfermos, incluso con enfermedad contagiosa.

La situación hospitalaria en el siglo XIX en toda Europa, a pesar del esfuerzo de varias congregaciones religiosas, estaba pasando una grave crisis: negligencia y falta de personal competente en la dirección y en la asistencia de los enfermos, desor-

den y falta de higiene. Esta situación es la que movió al padre Tezza a la creación de una institución religiosa femenina para que en los hospitales pudieran hacer una acción benemérita en favor de los pobres enfermos y de este modo transformar los mismos hospitales. En 1893, siendo capellán del hospital de San Juan de Roma el padre Tezza, animó a sus hijas espirituales, con el ejemplo, su piedad, su ardor apostólico y, de modo especial, su caridad para con los enfermos, a realizar esa benemérita labor humanitaria. Pero hay que tener muy presente que el padre Tezza era un verdadero contemplativo. Dio a sus hijas como regla la «fórmula de vida» con que San Camilo comienza el texto de las Reglas y Constituciones de la Orden de los Camilos o Ministros de los Enfermos. Deseaba que se distinguiesen por la caridad, entregándose totalmente a sí mismas, con el voto de servirlos incluso con el riesgo de su propia vida, y todo por un intenso amor a Cristo que dijo: «estuve enfermo y me curasteis»...

Judit aceptó la invitación del padre Tezza y con él fundó el Instituto de las Hijas de San Camilo. El 2 de febrero de 1892, en la habitación en que murió San Camilo, convertida en capilla, que se encuentra en la casa generalicia de los camilos en Roma, recibió con otras dos postulantes el escapulario y la cruz roja, propia de los camilos. El 19 de marzo del mismo año recibió el hábito religioso y le impusieron el nombre de Josefina.

Como es propio en casi todas las fundaciones religiosas no faltaron las contradicciones y sufrimientos, que Josefina soportó con gran resignación y toda entregada y abandonada en la providencia divina. Estas contradicciones vinieron principalmente de la suprema autoridad eclesiástica que amenazó repetidas veces con suprimir ese Instituto religioso, pues no comprendían su misión peculiar, o mejor, porque ya había muchos institutos con la misma finalidad. De hecho, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares se opuso a su aprobación. Se sabe que fue el mismo papa León XIII quien más se oponía, pues él se había reservado el examen de los nuevos institutos religiosos que se iniciaran en Roma.

Se le quitó a la hermana Josefina la ayuda del padre Tezza que, en 1898, fue enviado a Francia y en 1900 lo enviaron a

Lima (Perú) como visitador general, y allí permaneció hasta su muerte, acaecida el 26 de septiembre de 1923. Antes había escrito a la madre Josefina: «No tengo necesidad de deciros cuánto sufre en mí la pobre naturaleza por esta dolorosísima separación, pero me consuelo y alegro haciéndome saborear Dios bendito, cada vez más, el gran bien que resultará de ello para vosotras». Así sucedió realmente.

La hermana Josefina quedó sola en el gobierno de su instituto religioso, pero supo llevar todo con gran altura espiritual y pudo superar todas las dificultades, incluso la principal de la aprobación de su instituto religioso. Dios la bendijo con muchas gracias espirituales y de un modo especial con la afluencia de numerosas vocaciones. Por lo cual pudo hacer varias fundaciones en Italia. La primera fue en Cremona en 1893. Eran tantas las vocaciones, y era también tanta la estima que en general se tenía por estas religiosas y por su finalidad, que pronto pasó al extranjero. Se hicieron fundaciones en Bélgica y en Francia en 1906.

En Argentina asumió la asistencia como enfermeras en hospitales civiles, pensionados y casas de convalecencia. Tuvo sumo cuidado en la preparación de sus religiosas, no sólo en el aspecto espiritual, sino también en su capacitación en centros especiales, para que adquirieran una formación técnica-profesional. Por eso quiso que los noviciados estuvieran próximos a hospitales, con el fin de que la formación espiritual fuese integrada y completada con la experiencia práctica junto al lecho del enfermo.

El resto de las fundaciones que presenció la madre Josefina y las vivió intensamente se cierra con la fundación de Viterbo, donde trabajaron las religiosas desde 1907 a 1911; la de Villa Loreto, donde estuvieron desde 1907 a 1917, y la de Salsomaggiore, que tuvo una vida efímera en los años 1909-1910. Otros intentos de fundaciones quedaron sólo en proyecto que no llegaron a cuajar por diversas causas. Pero las religiosas eran muy estimadas, tanto que las pidieron desde Venecia, Pesaro, Ancona, Matelica, Schio, Bérgamo, Ascoli Piceno y otros muchos lugares.

De todas estas fundaciones, Villa Loreto tuvo un significado especial para el naciente instituto religioso. Porque en ella se es-

tableció lo que la madre Josefina Vannini denominaba «el noviciado para el cielo». Allí iban destinadas las religiosas enfermas para encontrar ayuda y cuidados en sus propias hermanas. Estas hermanas enfermas eran consideradas como «columnas que sostienen las demás casas religiosas». Eran las «hijas predilectas de Jesucristo».

En 1909 el cardenal Respighi, Vicario de Roma, elevó el instituto a congregación diocesana. El decreto de alabanza se tuvo más adelante, en 1922, y la aprobación definitiva en 1931, ambas cosas después de la muerte de Josefina, en tiempo de su sucesora como madre general, Alfonsina Ferrari.

La madre Josefina Vannini tuvo una espiritualidad muy rica, sobre todo con la práctica de las virtudes teologales y de un modo especial de la caridad. Tuvo siempre muy arraigada en su corazón aquella enseñanza de Cristo: «estuve enfermo y me visitaste», y esto en todos los aspectos, incluso en la asistencia a los enfermos en sus respectivas casas.

Llena de méritos murió en Roma el 23 de febrero del año 1911. Fue sepultada en el cementerio de Roma en el campo Verano. En 1932 fue trasladada a la capilla de la casa madre en Roma-Torpignattara (via dell'Acqua Bullibante, 4). Más tarde, en 1976 trasladaron sus restos mortales a la iglesia interna de la casa generalicia del instituto, en Grottaferrata.

Si bien no se puede dudar, en ningún momento, de la genuina inspiración camiliana que animó la vida de la madre Josefina Vannini desde el momento en que se puso incondicionalmente en manos del padre Luis Tezza, tampoco ha de echarse en olvido la formación religiosa que ella recibió en el Conservatorio Torlonia. Allí se pusieron los cimientos de la futura espiritualidad evangélica-camiliana. El trato diario con las Hijas de la Caridad llevó a la entonces Judit Vannini a apreciar el servicio caritativo hecho a los pobres (encarnación del mismo Cristo), a los que se sirve por amor de Dios. Aunque también es cierto que no sabemos hasta qué punto los sinsabores vividos en su fracasado intento de pertenecer a las Hijas de la Caridad, pudieron llegar a oscurecer este ideal. Con todo, no deja de ser significativo que ella consultara con los Padres Paúles, entre los cuales se encontraba su director espiritual, y que aceptara el proyecto del

padre Luis Tezza cuando ellos le indicaron que «San Vicente de Paúl estaba de acuerdo con San Camilo y que tanto uno como otro la protegerían».

Es verdad que la madre Josefina Vannini no encontró su camino y el rostro de Cristo doliente en una lectura, interpretación o iluminación personal del Evangelio. Tuvo necesidad de muchas meditaciones y de ponderar una y muchas veces las enseñanzas del padre Tezza y dejarse invadir de la figura y actuación de San Camilo que había creado, según la expresión de la bula papal de su canonización,

«una nueva escuela de caridad [] una compañía de hombres piadosos y de bien que, no por dinero, sino voluntariamente y por amor de Dios, sirvieran a los enfermos con aquella caridad y afecto que suelen tener las madres con sus propios hijos enfermos»

Fue una discípula dócil en manos de sus maestros y, sobre todo, de Dios.

Todo se condensa en dos palabras: amar y servir. Amar a Cristo en el hombre enfermo y doliente; servir sin descanso, hasta la entrega de la propia vida, mediante las obras de misericordia espirituales y corporales a los hombres llagados en el cuerpo y heridos en el alma, como ha dicho muy bien Don Manuel González en su breve biografía de la Beata Josefina Vannini.

Un componente de su personalidad fue su salud delicada. Tuvo una patología congénita que fue definida de diversos modos: salud débil, complexión delicada, dolores frecuentes de cabeza e intestinales, mal de corazón miocarditis. Pero, a pesar de todo esto, fue capaz de mantenerse fiel a las pequeñas cosas, usos y costumbres de la vida comunitaria, viviendo al mismo tiempo el ritmo exigentemente amoroso de su vida interior. Una vida interior tan intensa y un ejercicio de las virtudes cristianas tan en grado heroico, que ha merecido ser beatificada.

El proceso informativo diocesano para la causa de su beatificación y canonización se inició en Roma en 1955 y duró hasta 1956. Se hicieron otros procesos rogatoriales en Buenos Aires (1956) y en Cambrai (1956). Sus escritos fueron aprobados en 1961. El decreto de no culto se dio en 1979. El decreto del milagro el 23 de diciembre de 1993. La solemne beatificación se tuvo en Roma el 16 de octubre de 1994.

Los escritos de la Beata Josefina Vannini se reducen a sus actividades como fundadora y superiora general de su instituto religioso. Constan principalmente de circulares, resúmenes de conferencias y documentos en orden a la revisión de las constituciones de su instituto, sobre todo en 1895 y 1899.

Las Hijas de San Camilo tienen hoy 75 casas repartidas en las siguientes naciones: Italia, Alemania, Polonia, España, Portugal, Argentina, Brasil, Perú, Colombia, Benín, Burkina, Faso, Costa de Marfil e India. Las preside la figura de Cristo misericordioso en una doble imagen: la de la Hija de San Camilo que sirve y la del enfermo que es servido. Por eso, las Hijas de San Camilo tratan a los enfermos con un amor activo que llega hasta las últimas consecuencias. Toda su vida consiste en testimoniar el amor siempre presente de Cristo a los enfermos, mediante el ministerio espiritual y corporal, ejercido aun con el riesgo de su propia vida, como se dice en sus Constituciones. Se ha iniciado el proceso de beatificación y canonización del Padre Luis Tezza.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

Bibliografía

- Positio* para su causa de beatificación y canonización (Roma 1971).
 DIÉGUEZ, M. M., *Josefina M. Vannini. El carisma de una fundadora* (Roma 1990).
 GONZÁLEZ, M., *Josefina Vannini. Inolvidable madre buena* (Madrid 1995).
 GRIECO, G., *Beata Josefina Vannini, El amor de la vida* (Bérgamo 1944).
 PIRIES, A., *Luis Tezza. Amor misericordioso sin límites* (Madrid 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO ESTEBAN VICENTE FRELICHOWSKI

Presbítero y mártir († 1945)

Nace en Chelmiza (Polonia) el 22 de enero de 1913 en el seno de una familia de hondas convicciones religiosas, en la que vio, además, practicar la caridad con la más cariñosa acogida a los pobres.

En 1927, con catorce años, ingresa en el Movimiento Scout y toma de él lo mejor de su espíritu de compañerismo, respon-

sabilidad e idealismo. Y en esos años de su adolescencia madura su vocación sacerdotal.

Hace los estudios en el seminario de Pelplin y se ordena sacerdote el 24 de marzo de 1937. Durante el primer año de su sacerdocio el obispo lo retiene junto a sí para que sea su capellán y secretario particular, y en 1938 lo destina como vicario parroquial a la parroquia de la Santísima Virgen María en Torun.

Aquí recibe el encargo de ser el capellán de los scouts, además de su ministerio general en la parroquia, y muestra sus buenas cualidades, pues obtiene muy pronto la confianza de todos y especialmente de los jóvenes.

Declarada la guerra con Alemania, las tropas alemanas alcanzan Torun el 9 de septiembre de 1939 y ese mismo día arrestan a todos los sacerdotes. Luego del interrogatorio los demás sacerdotes son liberados, pero Esteban Vicente es retenido por constar su influencia sobre la juventud.

Es destinado al campo de concentración de Stuthof, donde comienza a pasar grandes penalidades, que se continuaron en el de Schasenhausem, de donde fue llevado al famoso campo de Dachau.

Esteban Vicente mostró desde el principio una gran fortaleza de alma y una gran paciencia, y se dispuso a aprovechar las nuevas circunstancias para hacer todo el bien que pudiera, ejerciendo su sacerdocio en obras de ayuda y consuelo a los demás en todo cuanto pudo. Todos sus compañeros de prisión, no importando su nacionalidad o su religión, recibieron de él el trato y el apoyo fraterno que le fue posible brindarles, compartiendo trabajos, miserias y hambre.

Su muerte se produjo como coronación de una gran obra de caridad. En el otoño de 1944 llegaron al campo nuevos internos que venían enfermos, muchos de ellos del temible tifus. Para aislarlos se los llevó a todos juntos a un barracón donde empezaron a languidecer hasta que iban muriendo. Esteban Vicente se ofreció para atenderles, a sabiendas del riesgo de contagiarse él también. Pero prefirió brindarles sus servicios mientras pudiera, en lo material y en lo espiritual. Su ofrecimiento fue aceptado y pudo así asistir a los enfermos de tifus durante el inwier-

no de 1944 y primer mes de 1945, pero se contagió él también, como era previsible, y se agotó su vida el 23 de febrero de dicho último año.

Como a mártir de la fe y la caridad el papa Juan Pablo II lo beatificó el 9 de junio de 1999 en la propia localidad de Torun donde había ejercido su ministerio sacerdotal, en el curso de su visita apostólica a Polonia.

BEATO LUIS MZYK

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Chorzów Stary (Silesia) el 22 de abril de 1905 en el seno de una familia piadosa, de la que él era el quinto hijo. Entró en el seminario menor de la Congregación del Verbo Divino en Nysa y, aprobado el examen de madurez, ingresó en la congregación. Tras hacer los primeros votos y estudiar filosofía fue enviado a Roma para hacer la teología y en Roma se ordenó sacerdote el 30 de octubre de 1932, licenciándose en teología al año siguiente. Pasó a Viena como ayudante del maestro de novicios, y luego volvió a Polonia con el cargo de maestro de novicios en Chludowo, casa de la que fue nombrado rector posteriormente.

Llegada la ocupación nazi, su casa religiosa fue convertida en prisión de religiosos y sacerdotes. El 25 de enero de 1940 fue arrestado por la Gestapo y llevado al Fuerte VII de Poznam, donde estuvo preso en duras condiciones y torturado hasta que el 23 de febrero de 1942 lo asesinó uno de los guardias. Lo beatificó Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

Fue un religioso de grandes virtudes, que vivía con extraordinario celo su vocación sacerdotal y religiosa, dando alto ejemplo de fe y de confianza en la divina Providencia. Soportó con heroica paciencia los maltratos de la cárcel y demostró una gran humildad y pureza de intención en todas sus actuaciones, dirigiendo siempre al bien del prójimo.

24 de febrero**A) MARTIROLOGIO**

1 En Nicomedia (Bitinia), San Evecio († 303), que arranco y partio el decreto imperial contra los cristianos y fue por ello martirizado bajo Diocleciano

2 En el mismo sitio, San Pedro Palatino († 303), martir

3 En Treveris (Francia), San Modesto († 480), obispo

4 En Canterbury (Inglaterra), San Etelberto o Edilberto († 616), rey de Kent, primero de los reyes anglos convertido al cristianismo **

5 En Ascoli del Piceno, Beato Constancio Servoli de Fabriano († 1481), presbitero, de la Orden de Predicadores *

6 En Mantua, Beato Marcos de Marconi († 1510), de los Ermitaños de San Jeronimo *

7 En Algemesi (España), Beata Josefa Naval Girbes († 1893), virgen consagrada a Dios en medio del mundo **

8 En Paganı (Italia), Beato Tomas Maria Fusco († 1891), presbitero, fundador de la Congregacion de Hijas de la Caridad de la Preciosisima Sangre **

B) BIOGRAFIAS EXTENSAS*SAN ETELBERTO DE KENT*

Rey († 616)

San Etelberto (o Edilberto) de Kent jugó un papel decisivo en la conversión de los pueblos anglosajones al cristianismo. Es de palpitante actualidad para la nueva evangelización su talante sereno y el sorprendente respeto a la libertad de sus súbditos. Para comprender mejor lo que significó su vida ejemplar ayudarán no poco unos breves trazos históricos como ambientación

Cuando el Imperio romano cedió su lugar a un conjunto de reinos instalados por los invasores germánicos, se logró, a costa de grandes dolores, calamidades y ruinas, la transmutación histórica que hizo posible el nacimiento de los pueblos que forman la Europa de hoy.

En las zonas marginales del Imperio, donde el cristianismo se hallaba menos sólidamente implantado y donde los estragos de las invasiones fueron mayores, se produjo un desvaneci-

miento casi total de la Iglesia. Quedan apenas algunas supervivencias señaladas por la minuciosa investigación arqueológica. Son restos mínimos, casi imperceptibles: unas leves brasas ocultas por la ceniza.

Esas regiones sólo volverán a ser cristianas después de un nuevo esfuerzo de evangelización. Así en Britania, el solar de lo que va a ser Inglaterra, los celtas, más o menos romanizados, pero ya en gran parte cristianizados, retroceden a las regiones occidentales o son progresivamente y definitivamente absorbidos por las oleadas de los invasores anglosajones.

A Britania, la actual Inglaterra, colonizada por los romanos, había llegado muy pronto el cristianismo, pues ya en la primera mitad del siglo IV encontramos allí varios obispos. Las ciudades donde residían los funcionarios del Imperio, muchos de ellos procedentes de Roma, fueron evangelizadas mucho más que la población rural, siempre lenta en los cambios y más arraigada en sus tradiciones paganas.

A principios del siglo V era una Iglesia rica, preocupada por la evangelización de los pueblos vecinos. De ella partieron, como misioneros, Patricio para evangelizar Irlanda y Niano para evangelizar las regiones del norte, Caledonia, la actual Escocia, que había permanecido aislada de la colonización romana y del cristianismo. Allí convirtió a los pictos acaudillados por sus reyezuelos.

Mientras el cristianismo se extendía por la isla, la caída del Imperio romano de Occidente en el 476 debilitó su empuje. La retirada del ejército los dejó abandonados y desprotegidos, dando ocasión a nuevas invasiones devastadoras, de los pueblos germánicos.

Las dos grandes ciudades, de Londres y York, con sedes episcopales desde el 314, sufren la irrupción de los sajones (408) y la pérdida de las instituciones romanas. Las invasiones transformaron profundamente la Gran Bretaña.

Entre los años 457-604, ni se menciona Londres y York. En todo el este del país desapareció prácticamente el cristianismo ante la avalancha de los conquistadores paganos. Por el contrario, la afluencia de bretones hacia las regiones occidentales parece que fue favorable a la implantación del cristianismo.

El baño de romanidad que habían recibido desaparece muy pronto prevaleciendo definitivamente los caracteres celtas.

El cristianismo se mantiene virgen en la península de Cornwall y el país de Gales. Las inscripciones cristianas de los siglos V-VII se extienden geográficamente a lugares que caen fuera de la época romana.

Se trata de un nuevo período en la historia del país y de la Iglesia. Cuando el Imperio romano cedió su lugar a un conjunto de reinos instaurados por los invasores, se obró con grande dolor.

Durante los siglos V y VI, Europa y el Mediterráneo experimentaron un cambio progresivo y profundo. Los pueblos que vivían más allá de las fronteras del Imperio romano, germanos y eslavos, godos y francos, anglos y sajones, turcos y árabes, se mueven en masivas invasiones. De su encuentro con los antiguos pueblos de Occidente y de la fusión de diversas tradiciones y concepciones de vida, surge un mundo nuevo y una nueva oportunidad para el crecimiento de la Iglesia.

En esa coyuntura de nueva evangelización, providencialmente se cruzan las vidas de tres grandes personajes, la de Etelberto, rey de Kent, con la del papa Gregorio Magno, que desde la lejanía de Roma sueña en el envío de misioneros, y la del monje Agustín, después arzobispo de Cantorbery, que realiza la gran empresa.

San Gregorio admiraba la cultura clásica. Y, enamorado de la vida monástica que añoraba, abrió un monasterio benedictino en su propia casa del monte Celio. Comprendió pronto que el futuro pertenecía a los nuevos pueblos establecidos ya en las tierras del antiguo imperio romano. Por eso decide confiar a sus queridos monjes la tarea de anunciar a Cristo y elevar la cultura de estos pueblos.

Había oído hablar de los anglosajones que habitaban la antigua Britania. Tras largos preparativos, cuarenta monjes guiados por el abad Agustín, amigo personal del Papa, abandonaron el Celio y embarcaron en Ostia, rumbo a Inglaterra.

Era una empresa arriesgadísima para aquellos tiempos por las dificultades del viaje y por la falta de experiencia. Algunos monjes, al llegar a Francia, estuvieron a punto de dar marcha

atrás y renunciar a la aventura. Pero una carta de San Gregorio les animó a proseguir la tarea iniciada en nombre de Dios, y por fin, en la primavera del 597 lograron arribar a las costas de Bretaña, en los dominios del rey de Kent, uno de los pequeños reinos anglosajones recientemente establecidos allí.

Etelberto, vástago descendiente del legendario fundador de la casa real de Kent Eugisto, había nacido en torno al año 552, y siendo todavía muy joven sucedió a su padre, Ermenrico, muerto en 560.

Nombrado en 593 *bretwalda* o jefe de la confederación, su influencia se extendía a los reinos que la formaban: Kent, con la capital en Cantorbery; Essex, en torno a Londres; Sussex, Wessex, Est-Anglia, Mercia y, por último, Northumberland.

Aunque pagano, estaba casado hacia el 583, con una cristiana, la princesa Berta o Aldeberga, hija del rey merovingio de París Cariberto, biznieta de Clodoveo, con la condición de no ponerle ningún obstáculo ni a ella ni a su capellán, el obispo Leitardo de Seulis, en el libre ejercicio y práctica de su religión.

Sin duda por la influencia de su esposa, Etelberto acogió favorablemente la embajada de los monjes misioneros enviados por San Gregorio que, en torno a la fiesta de la Pascua, habían desembarcado en la pequeña isla de Thaet, en la desembocadura del Támesis. Por indicación del Papa, les acompañaban algunos sacerdotes franceses para servirles de intérpretes.

Dieron aviso al rey de Kent de su llegada. Venían a anunciar la Buena Nueva de Jesucristo con la promesa de un reino eterno. Etelberto les pidió que le esperaran porque quería salir a su encuentro para cerciorarse por sí mismo, con exactitud, de los motivos de su misión.

Y en el día por él señalado, según dicen las crónicas, con el solemne cortejo de sus caballeros, acudió a la cita y se sentó al aire libre para ahuyentar los malos espíritus y escuchar con atención y benevolencia el mensaje de los misioneros.

Ellos, para comenzar, organizaron ante los ojos del Rey y de sus acompañantes una solemne y expresiva procesión al estilo romano. Iba delante la Cruz al frente del cortejo. Seguían los monjes cantando las letanías y antífonas. Una de ellas pedía al

Señor que mirara con benignidad al territorio que aún no se había abierto al evangelio.

En este expresivo ambiente litúrgico, las palabras de Agustín, que, valiéndose de intérprete, explicó los motivos de tan singular embajada, penetraron en el corazón de Etelberto y el de los caballeros de su regia comitiva. Pidió tiempo para reflexionar, proveyó a la subsistencia de los misioneros, les facilitó una morada en Canterbury y les dio plena libertad para predicar a quienes quisieran voluntariamente escucharles.

En todo ese proceso de cercanía y cooperación, se ve la mano de la esposa, pues les dio la antigua capilla de San Martín, donde ella venía practicando su culto y su fe.

Desarrollado el plan de predicación apostólica se convirtieron en poco tiempo numerosos anglosajones, pasando de sus creencias ancestrales a la fe de Jesucristo, entre ellos el mismo Etelberto, que recibió el bautismo de manos de Agustín el 1 de junio de 597, vigilia de Pentecostés.

En adelante su apoyo a la naciente Iglesia cristiana fue constante y creciente, ejerciendo de verdad el *ministerium regis* que San Gregorio describe cuando dice que «el poder se concede para poner el reino temporal al servicio del reino de los cielos».

Gregorio VII más tarde, en la cuestión de las investiduras, llevaría este principio a sus últimas consecuencias.

Fue el primer rey cristiano de Inglaterra y apoyó por todos los medios la difusión del evangelio en sus reinos convirtiéndose en el protector nato de la naciente Iglesia anglosajona. Sin forzar a nadie para abrazar el cristianismo, ayudó con entusiasmo a los que espontáneamente se fueron adhiriendo a ella. Se calcula que más de diez mil de sus súbditos se bautizaron en aquel año 597.

El piadoso Rey cedió su palacio a Agustín, que fue consagrado obispo en Arlés el 16 de noviembre y trasladó su residencia a Reculver. Ayudó a reedificar una antigua iglesia romana en ruinas. Dedicada al Salvador, se convirtió en la catedral metropolitana de Inglaterra, Christ Church.

A su piedad profunda y sincera se debió también la construcción de la abadía monacal y de la iglesia dedicada a los san-

tos Pedro y Pablo en las cercanías de Canterbury. Después de la muerte del santo obispo, tomó el nombre de Agustín.

En su tiempo se erigió también la nueva sede episcopal de Rochester y construyó una iglesia nueva con el título de San Andrés, donde fue entronizado el obispo Justo, consagrado por el mismo Agustín.

En el año 601 Etelberto acoge con entusiasmo a Mellito con otra leva de misioneros romanos. Traían biblias, ornamentos y libros litúrgicos, pero también eran portadores de una carta del papa San Gregorio dirigida al Rey (*Ep.*, XI,37). Le exhortaba a borrar las huellas paganas supersticiosas, sin destruir los templos sino adaptándolos al culto del Dios único y verdadero, cristianizando sus fiestas.

A Etelberto se debe también la conversión del virrey de Essex en torno a Londres, sobrino suyo, hijo de su hermana Rícula, a quien animó a construir la catedral de San Pablo y seguir las enseñanzas de su obispo Mellito. Logró también la conversión del rey de Est-Anglia, Redwaldo, que, a pesar de recibir el bautismo, retornó de nuevo al culto de sus ídolos.

Por encargo de Agustín publicó Etelberto el primer código inglés de leyes penales escritas «iuxta exempla romanorum», con un elenco (*doms*) de penas especiales por ofensas contra el clero.

Viudo de Berta en 613, contrajo segundas nupcias con una joven doncella cuyo nombre desconocemos. Y tras largos y gloriosos años de reinado que duró 56 años (20 de ellos ya cristiano) falleció el 24 de febrero de 616 y fue enterrado en la capilla de San Martín, en la iglesia abacial de los santos Pedro y Pablo, junto a Berta y Agustín.

De allí fue exhumado para colocarlo bajo el altar mayor. La fiesta se ha venido celebrando el 24 de febrero o el 25 en algunos calendarios. Actualmente, en las diócesis de Westminster, Southwark y Northampton.

Modelo de reyes cristianos, procuró leyes justas en favor de todos, inspiradas en el derecho romano y en la doctrina evangélica. San Beda, el Venerable, califica su reinado de gloriosísimo.

Una lamentable incomprensión recíproca impidió durante mucho tiempo la colaboración efectiva del apostolado celta y del romano. Esta gran base inicial de recristianización apoyada

por Etelberto de Kent hubo de ser más adelante reforzada por otra nueva misión enviada por el papa Vitaliano (667-672).

BERNARDO VELADO GRANA

Bibliografía

DEI RE, N, «Etelberto», en *Bibliotheca sanctorum*, V cols 116 118

DFMONGEOT, E, *Gregoire le Grand et la conversion du roi german* (Paris 1986)

MARROU, H I, «Hacia la conversion de la Europa del Norte», en J ROGIER (dir), *Nueva historia de la Iglesia*, I (Madrid 1964)

BEATA JOSEFA NAVAL GIRBÉS

Virgen († 1893)

La Beata Josefa Naval Girbés fue una sencilla mujer dedicada de por vida al servicio de Dios y de los hermanos en el pueblo levantino donde vivía. La «señora Pepa», como cariñosamente solían llamarla —y la siguen llamando— sus convecinos, fue maestra en el sentido más pleno de la palabra, porque enseñó a muchos distintos saberes y habilidades, y a todos el arte de la virtud y de la santidad.

Una mujer de pueblo, sin más estudios que los elementales, que desde muy joven tuvo que hacerse cargo de varios miembros de su familia y que por este motivo no pudo nunca salir de aquel ambiente ni elegir otro modo de vida, de qué manera desarrollaría su actividad cotidiana, sin más *exceso* que el decidido servicio a los demás con inmenso amor y notorio sacrificio, que alcanzó ya en vida amplia y merecida fama de santidad.

Su vida entera transcurrió en Algemesí (Valencia, España), a lo largo de 73 años del siglo XIX. Esta bonita villa en la ribera del río Júcar no era, como hoy, una populosa ciudad con fértiles cultivos e importantes industrias y almacenes de exportación de frutas que dan trabajo a cuantiosa mano de obra, con lugares de cultura y salud, con centros oficiales de enseñanza, colegios de religiosos y varias parroquias. Era una localidad de unos 7.000 habitantes, la mayoría de ellos dedicados a labores agrícolas, con un hospital, un convento, escasos centros de instrucción, unas pocas industrias elementales y una sola parroquia, la de San Jaime.

A esta antigua parroquia, que contaba con dos siglos de existencia, estuvo siempre vinculada, desde su bautismo hasta su muerte, la vida de la «señora Pepa». En ella participó de la intensa devoción popular a la Virgen de la Salud, venerada en una de las capillas. Y de ella salió un día camino de Valencia, el 14 de abril de 1931, el Rvdo. D. Joaquín Llopis, cura de Algemésí, acompañado de un grupo de feligreses, para pedir al Sr. Arzobispo, Dr. D. Prudencio Melo y Alcalde, dos cosas para ellos muy importantes: autorización para exhumar y trasladar los restos mortales de Doña Josefa Naval Girbés desde su nicho del cementerio a una sepultura en la parroquia, y que nombrara un delegado suyo para tomar autorizadamente declaraciones a las personas que convivieron con ella o la habían tratado de cerca. Ambas les fueron concedidas.

Habían pasado 38 años de su muerte y, aunque el traslado de sus restos no tuvo lugar hasta 1946, sí se nombró enseguida al referido delegado, el sacerdote hijo de Algemésí Rvdo. D. Bernardo Asensi Cubells, autor de la primera biografía de la Beata. Quedaron entonces fijados por escrito los interesantísimos testimonios de un grupo de discípulas de Josefa, que no recogían sino lo que ya era del conocimiento de todos, porque se había ido transmitiendo de mayores a jóvenes, pero que, al ser declarado bajo la obligación de decir la verdad que conlleva un juramento, se constituía en la base de lo que el pueblo entero estaba deseando, sin saber bien cómo había que proceder: iniciar su causa de canonización. Este deseo no pudo hacerse efectivo hasta 1943, porque todo quedó bruscamente interrumpido al estallar la guerra civil en 1936. Pero perduró el recuerdo y la devoción a la «señora Pepa», que continuaba alimentando la fe, la esperanza y el amor no sólo de sus convecinos, sino de muchos otros creyentes de la amplia comarca valenciana, e incluso de fuera de ella.

La vida de esta mujer, que todos consideraban santa, había comenzado en Algemésí el 11 de diciembre de 1820. Era la primogénita de una familia modesta y cristiana, y fue bautizada ese mismo día, recibiendo los nombres de María Josefa, aunque siempre la llamaron sólo por el segundo.

Sus padres, don Vicente Naval Carrasco y doña Josefa Girbés Niclós, tuvieron después otros cinco hijos, dos de los cuales

murieron de niños y una a los 14 años de edad. Quedaron María Joaquina, fallecida con 43 años, y Vicente, que envió pronto y se trasladó a vivir con su hermana Josefa.

Desde niña fue educada en la fe y aprendió la doctrina cristiana en su parroquia de San Jaime. Fue confirmada a los 8 años de edad, el 10 de noviembre de 1828, y al año siguiente recibió la primera comunión. Según comentaba mucho tiempo después a su discípula Genoveva Gutiérrez:

«El día de la Primera Comunión concede Dios gracias especiales. El Espíritu Santo me dio mucha luz para entender las cosas de Dios y yo siempre lo tengo presente».

De carácter bastante enérgico desde muy joven, a la vez que adquirió una cultura elemental y aprendió a bordar, cultivó una intensa vida espiritual, acudiendo todos los días a misa en la parroquia y, lo que no era entonces frecuente, recibiendo cotidianamente la sagrada comunión.

A los 13 años quedó huérfana de madre. Era el 19 de junio de 1833. La Virgen del antiguo convento de los padres dominicos inspiró a Josefa que no la abandonaría, como, en efecto, sucedió. Ante la nueva situación, se trasladó con el padre y los tres hermanos menores a la casa de la abuela y tío maternos, ocupándose con admirable altruismo de toda la familia.

El 4 de diciembre de 1838, en vísperas de la fiesta de la Inmaculada Concepción de María, a punto de cumplir los 18 años de edad, no pudiéndose consagrar a Dios en la vida religiosa, como hubiera sido su deseo, con serena decisión hizo voto de castidad, entregándose para siempre al Señor. Desde este momento vivió, como virgen, un modo seglar de consagración a Dios. Y, con la orientación del párroco don Gaspar Silvestre, comenzó a llevar una vida muy retirada, a la vez que fue intensificando el apostolado con los jóvenes y las obras de caridad con los más necesitados de Algemesí.

La abuela murió en 1847, a los 75 años de edad, cuando Josefa contaba 27, quedando ella al cargo de su padre, del tío Joaquín y de sus hermanos M.^a Joaquina y Vicente.

Como la casa heredada de la abuela, donde vivía desde los 13 años, era bastante espaciosa, en ella estableció poco después—en 1850, a los 30 años de edad— una escuela-taller de borda-

dos para jóvenes. Tenía un patio descubierto y al fondo un jardín con plantas, muchas flores y algunos naranjos. Allí, en este grato ambiente de la calle Berca, 16, además de aprender un trabajo, las discípulas de la «señora Pepa» eran educadas en la piedad y virtudes cristianas.

«En aquella casa —afirma una de ellas— se respiraba una atmósfera de fe, piedad y virtud cristiana y, sobre todo, de alegría y de caridad. Nuestra maestra inspiraba devoción y recogimiento: vivía lo espiritual con mucha piedad y sencillez y nos infundía deseos de ser cada día mejores».

De esta escuela salieron varias vocaciones a la vida consagrada. Se cuenta que el Cardenal Guisasola, Arzobispo de Valencia, en una visita pastoral a Algemesí se preguntaba: «¿Qué pueblo es este que tiene tantas religiosas en todos los conventos de nuestra archidiócesis?».

En la llamada «Escuela dominical» atendía del mismo modo a señoras y a jóvenes que se preparaban para el matrimonio. Según una de ellas,

«la casa de nuestra maestra era casa de oración. Su conversación era de cosas espirituales, alentándonos a seguir perfectamente nuestra vocación. Nos llevaba a Dios por amor. Nos decía: “habéis de llevar vuestra cruz y cumplir el propio deber como Dios manda: las solteras como solteras y las casadas como casadas”».

Unas y otras recuerdan algunas tardes pasadas en el «Huerto de la Torreta», a la salida de Algemesí camino de Alcira, lleno de naranjos y árboles frutales, que les ofreció el padre de una alumna para momentos de descanso y asueto. Allí, en recordados atardeceres, Josefa les abría su corazón con palabras como éstas:

«Hijas mías, imaginémonos que estamos aquí como el Señor rodeado de sus apóstoles. Yo en su nombre os digo: “sed buenas, hacedlo todo por amor; tened mucha caridad unas con otras; vivid con espíritu de abnegación y sacrificio”».

Pero su actividad no se limitó a esta «escuela». Siempre dispuesta a salir al paso de cualquier necesidad, mediante las Conferencias de S. Vicente de Paúl se hizo promotora de obras de caridad a favor de los más desfavorecidos del pueblo, que también recuerdan agradecidos el olor de sus buenas obras. Sin duda reflejando su propio hacer, decía a sus discípulas: «¿Dar li-

mosna? ¡Siempre! Cuando un pobre os pida limosna, si no tenéis más que el desayuno, dádsele».

No hay que olvidar que Josefa vivió en una época especialmente crítica en lo que al mundo del trabajo y la marginación social se refiere. Bien sabido es que el siglo XIX experimentó la fuerza de los orígenes y desarrollo del movimiento obrero, que reivindicaba mejores condiciones laborales y de vida, y que acentuaba su distancia respecto a la Iglesia católica. Ocuparse de los más pobres tanto para atender a sus justas demandas materiales y profesionales como para la formación cristiana de sus conciencias, era una acción apostólica ineludible para quien se sentía llamado a vivir a la luz de las enseñanzas de Jesús y era asimismo situarse en los precedentes de la doctrina social de la Iglesia, que también entonces se estaba formulando. En este sentido, la Beata Josefa supo aportar toda la fuerza de su entrega y abnegación en sólidas acciones a favor de quienes verdaderamente estaban necesitando este género de testimonios.

En sus talleres y escuelas la «señora Josefa» formó a mujeres trabajadoras, a madres de familia, a religiosas. Y, en su amplia acción apostólica y social, hizo sentir directa o indirectamente la influencia de sus enseñanzas y orientaciones a quienes después habían de formar en las filas de la naciente Acción Católica —de jóvenes, hombres y mujeres—, y a quienes habían de dar su vida en martirio, como supremo testimonio de fe, en los duros momentos de persecución religiosa que experimentó España, y desde luego la región levantina, en 1936.

El testimonio y el magisterio de una mujer tan sencilla y carente de recursos como ella, sólo podía tener adecuada consistencia y eficacia animado por un amor inmenso, por una abnegación sin límites, por una decidida voluntad de sacrificio y, en síntesis, por una profunda vida interior.

Laboriosa y prudente, en profunda coherencia con sus enseñanzas, no descuidó ni por un momento los propios deberes y los que tenía respecto a su familia. Para salir al paso de esta necesidad había renunciado a su secreto deseo de hacerse religiosa, pero no a cuidar con esmero su vida espiritual acogiendo-se a la ayuda y orientaciones de los sabios, expertos y santos sacerdotes que rigieron la parroquia de San Jaime: don Gaspar

Silvestre, el agustino P. Juan Bautista Lloret, don José Sanmartín, al que llamaba «el santo», don Joaquín Espert y don Joaquín Cabanes. Josefa dio siempre gran importancia a la dirección espiritual y, con discreción y realismo, por este camino introdujo a sus discípulas. «Sed sencillas al dar cuenta al director —les decía—; obedecedle con fidelidad y perseverancia; y prohibido hablar de confesores...».

En las orientaciones a sus alumnas iba reflejando su propio bagaje espiritual, hecho de fe sólida, de evidente sensatez, de heroica caridad y de experiencia acrisolada. Según algunos testimonios de las discípulas, éstas eran las enseñanzas más persistentes de la maestra:

«El deber es la voluntad de Dios, y el amor es el grado de virtud con que se cumple. Todo lo que hagáis, hacedlo con la recta y pura intención de agradar a Dios. ¡Qué lástima: la mayor parte de las almas salen de este mundo sin haber cumplido el plan de Dios! ¡Quién pudiera remediarlo!».

«Tengamos mucha devoción a la Santísima Trinidad, que mora en nuestra alma en gracia».

«Correspondamos al amor sacrificado de Jesús en su pasión. Habéis de llevar vuestra cruz, cumpliendo el deber como Dios manda. Sufre con amor, aprovechando todas las ocasiones de pequeñas molestias. Amar, amar y sufrir en silencio [...]; el amor se prueba en el sacrificio. Sacrificad vuestros gustos».

«Acudamos a la santísima Virgen para que nos enseñe y ayude a ser fieles a Dios».

«Oración, oración; haced cada día un rato de oración y todo os resultará llevadero y suave. Aprended a hablar con Dios sin palabras y haced de este modo un rato de oración meditativa. Ante el sagrario hemos de estar con grandísima fe y reverencia».

«Amemos a la Iglesia a la que pertenecemos y aprovechémonos de sus medios de santificación. Tengamos respeto y veneración a los ministros de Dios».

«Proceded siempre con pureza de intención y humildad de corazón. Para ser mejor, ama, obedece, sufre, calla [...] Cumple lo que debes hacer con esfuerzo y perseverancia. En vuestras casas sed ángeles de paz. No huyáis de las molestias, adelantaos a tomar el trabajo de Dios y no hagáis pecados. Procurad la perfección con sencillez».

Por su parte, vivió escondida y penitente, aceptando con serena confianza los frecuentes sufrimientos físicos que debía padecer. Simplicidad de vida, pobreza, desasimiento de las cosas

del mundo, fueron sus principales características. Dispuesta a intervenir sólo cuando se trataba de llevar la paz a las familias.

El padre de Josefa murió en junio de 1862 a los 62 años de edad, cuando tenía ella 42. La vida de su tío Joaquín, soltero, se prolongó hasta los 77 años, muriendo en 1870. Entonces Josefa invitó a estar con ella a su discípula y confidente Josefa Esteve Trull, a quien dejó al morir sus bienes en usufructo vitalicio, para que continuara sus obras

De salud muy delicada, la «señora Pepa» sufrió desde joven varias enfermedades, como fuertes dolores de cabeza y complicaciones cardíacas que, unidas a las mortificaciones, se hicieron crónicas. Los dos últimos años de su vida los pasó casi continuamente en cama. «Mi ideal —decía con cierto humor y mucha verdad— no es alargar la vida, sino santificar mi alma». Sus discípulas, que la acompañaron siempre, recuerdan estas palabras de los últimos momentos:

«Hijas mías, permaneced muy unidas como los apóstoles. Así como las brasas que están muy unidas conservan el fuego, y las que están separadas prontamente se apagan, así vosotras, si permanecéis unidas, hablando de cosas de Dios, conservareis el fuego del fervor, pero si os separáis y dejáis de tratar de estas cosas del espíritu, el fuego se apagará [] Yo me voy, pero a ver si perseveráis en el género de vida que habéis emprendido»

Murió con fama de santidad el 24 de febrero de 1893, repitiendo hasta el final a sus discípulas: «Estad unidas, sed fervorosas, sacrificaos por Nuestro Señor»

Su cuerpo fue depositado en un nicho del cementerio local, siendo punto de confluencia de cada vez mayor número de devotos. Allí permaneció incorrupto hasta su traslado a la parroquia el 20 de octubre de 1946

A pesar de la ininterrumpida y creciente veneración con que siempre se conservó su memoria por considerarla una verdadera santa, como hemos indicado, la causa de canonización no se instruyó hasta 57 años después de su muerte. Fue en 1943 cuando el párroco de Algemés, don Juan Belda, y el alcalde de la ciudad, don Eusebio Llorca, dirigieron una instancia al Sr. Arzobispo suplicándole la apertura del proceso ordinario informativo sobre la fama de santidad, virtudes y milagros de la sierva de Dios. El proceso se realizó al fin en Valencia de 1950 a

1952, seguido de un proceso anexo en 1956. El 3 de enero de 1987 se promulgaba el decreto de la heroicidad de las virtudes y, después de aprobar como milagro la inexplicable curación de una enfermedad intestinal crónica a la señora Josefa Girbés Castell, que había tenido lugar en Algemés en 1935, fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 25 de septiembre de 1988.

Escribía sobre ella el Sr. Arzobispo de Valencia, Mons. Miguel Roca Cabamellas, con motivo de su beatificación:

«Josefa ciertamente hizo suyas las palabras de S. Pablo: “Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para salvarlos a todos” (1 Cor 9,22).

»Por eso se alinea, sin ninguna duda, en la fila de los grandes apóstoles sociales que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX, preocupados por insertar en la Iglesia, a través de múltiples métodos, a la naciente clase obrera [...].

»Josefa es un ejemplo a imitar por todos, especialmente por los laicos que viven y trabajan en el mundo [...].

De modo particular, Josefa es un brillante ejemplo para los carteristas, para los que cuidan a los enfermos, para los “voluntarios de la caridad” de nuestro tiempo».

M.^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ASENSI CUBELLS, B , *Una flor parroquial. La sierva de Dios Josefa Naval Girbes, virgen seglar de Algemés (Valencia, España) 1820-1893* (Valencia 2^a 1961).

COMES DOMENECH, J , *Una virgen seglar llamada Josefa* (Valencia 1988).

L'Osservatore Romano (25-9-1988) 9, enteramente dedicado a «Josefa Naval Girbés vergine consagrada a Dio nel mondo»: M. ROCA CABAMELLAS, Arzobispo de Valencia, «Un esempio per gli operatori della comunità parrocchiale. Si dedicò alla formazione delle giovani con pazienza e metodi originali», V. CASTELL MAIQUES, «Le virtù che la sostennero nelle prove. Purezza, preghiera, sacrificio e assiduità nella penitenza», T. ZAMALLOA, Postulatore, «Due guarigioni istantanee hanno aperto la via al riconoscimento della sua santità», E. ALIAGA GIRBÉS, «Ammostrata dalla parola di Dio, docile agli insegnamenti della Chiesa e attenta ai segni dei tempi. Geniale precorritrice del moderno apostolato dei laici».

BEATO TOMÁS MARÍA FUSCO

Presbítero († 1891)

En la diócesis de Nocera-Sarno hay una bella población que se llama Pagani, y en ella nació el 1 de diciembre de 1831 un niño que andando el tiempo subiría a la gloria de los altares por la multitud de sus buenas obras, hechas bajo la gracia miseri-

cordiosa de Dios. Era hijo de Antonio Fusco y de su amada esposa la noble señora Stella Giordano, matrimonio cristiano y bien avenido que se propuso al recibir este hijo educarlo en el santo temor de Dios. Aquel mismo día de su nacimiento el pequeño fue llevado a la parroquia de San Félix y Cuerpo de Cristo para que recibiera el sacramento del bautismo, en el que se le impuso el nombre de Tomás.

El padre de Tomás era farmacéutico y de la farmacia sacaba lo suficiente para atender a su familia, en la que el clima era de piedad y concordia, impactando la mente del chico, apenas se abría a la vida, la caridad con que sus padres trataban a los pobres que llamaban a la puerta y cómo le señalaban que era preciso para ser buen cristiano hacer obras de caridad. A Tomás le habían precedido en el nacimiento seis hermanos y aún le seguiría un octavo, siendo él, por tanto, el séptimo de una familia de ocho hijos. Chico despierto y alegre, un hecho infortunado vino a turbar la normalidad de su infancia: en 1837, cuando Tomás se acercaba a cumplir los seis años, murió su madre. Esta muerte se enmarcó en unas durísimas circunstancias por las que pasó toda aquella región, y fue la epidemia de cólera que pasó segando vidas, tantas de ellas jóvenes, por dondequiera que se extendió. El padre de Tomás quedó lleno de profunda aflicción y no veía el modo de poder atender bien a tantos hijos, a los que debía dejar para acudir a su farmacia. Vino en su ayuda un hermano suyo sacerdote, Don José, que le pidió llevarse consigo al niño Tomás y hacerse cargo él de su educación. Así lo acordó el Sr. Fusco, y de todos modos aquella solución u otra similar hubiera tenido que ser tomada cuatro años más tarde con todos los hermanos, cuando en 1841 era el padre el que también fallecía, quedando Tomás y sus hermanos en completa orfandad.

Pero el clima de la casa de su tío era un buen clima para la educación humana y religiosa que el buen sacerdote se esforzaba en darle a su sobrino y a la que éste se mostraba atento y receptivo. Don Fusco daba al joven, junto a la instrucción primaria, el mejor ejemplo y le mostraba la belleza de la vida sacerdotal encarnada en su persona. Su piedad y celo apostólico iban dejando huella en el muchacho. Tomás pensaba en su futuro y veía que era Dios quien le atraía y que no tendría mayor felici-

dad que la de dedicarse a su servicio. Le atraía el ministerio sacerdotal pero también la vida religiosa. Y por ello se decidió a pedir la entrada en la Compañía de Jesús. El ideal apostólico de Ignacio de Loyola, su dedicación completa a la salvación de las almas, le parecía que podría llenar su vida por entero. Pero su petición de ingreso en la Compañía de Jesús no fue aceptada. Vino pronto una contestación negativa. Y el jovencito se sintió muy decepcionado. Su tío lo animó. Le hizo ver que si la vida jesuita se le acababa de cerrar, la vida sacerdotal no por ello tenía que aparecerle como un ideal de menor entidad, y que en definitiva lo importante era servir a Dios como sacerdote. Tomás lo pensó y se decidió por el clero diocesano, y fue presentada su solicitud al seminario diocesano de Nocera. Estudiado su caso y examinadas sus cualidades, en el otoño de 1847 el joven marchaba a Nocera y era admitido entre los alumnos del seminario. Tenía 16 años de edad. Y aquel año pasaba por la pena de perder a su tío sacerdote, un segundo padre para él.

En este seminario de Nocera coincidía con su hermano mayor Rafael, que para entonces estaba a dos años de acabar la carrera sacerdotal. Tomás fue un buen seminarista. Se preparó moral e intelectualmente para el sacerdocio con seriedad y entusiasmo. En 1849 tuvo la inmensa alegría de ver a su hermano Rafael subir al altar, animándose más aún a sí mismo al ver a su hermano ya ungido ministro del Señor. En el curso de su estancia en el seminario recibió el sacramento de la confirmación (1 de abril de 1851) y fue madurando poco a poco su vocación sacerdotal, que se tornó en él absolutamente clara y firme. Un gran dolor le aguardaba en mitad de sus años de seminarista: en 1852 su hermano sacerdote Rafael moría en plena juventud, debiendo Tomás hacer a Dios una vez más el sacrificio de un ser inmensamente querido. Su consuelo estuvo en su inmensa devoción a Cristo crucificado y a la Virgen Dolorosa, en quienes Tomás puso el corazón y los ojos para no apartarlos nunca a lo largo de su vida.

Por fin llegó para él el día soñado de la ordenación sacerdotal. Lo ungió sacerdote de Cristo el obispo de Nocera monseñor Agnello G. d'Auria. Tomás se propuso ser un buen sacerdote, un celoso sacerdote, un santo sacerdote.

Su primera preocupación como sacerdote fueron los jóvenes y los niños. Para éstos abrió en su propia casa una escuela elemental que él mismo atendía por las mañanas, y en la parroquia de San Félix y Cuerpo de Cristo dio nueva vida a la Capilla vespertina destinada a promover la formación cristiana de los jóvenes, a la que pronto se sumaron adultos que querían aprovecharse de las sustanciosas lecciones de vida cristiana que Don Fusco daba en ellas. Recordando a San Alfonso María de Liguori, tan venerado en Paganí, la Capilla se convirtió en sitio de conversiones y de plegarias.

Pero Paganí era un marco estrecho para las ansias apostólicas que bullían en el corazón del joven sacerdote. Era su íntimo deseo llevar la palabra de Cristo a cuantas más almas le fuese posible y halló el cauce de colmar estas ansias en la Congregación de Misioneros de Nocera, en la que fue admitido en 1857. Esta congregación, puesta bajo el patrocinio de San Vicente de Paúl, intentaba la evangelización de los sencillos, y se ocupaba de dar misiones y predicaciones populares por todas las regiones de la Italia meridional. Fueron tres los años que estuvo dedicado por entero y en exclusiva a esta tarea misionera itinerante, y volcó en ella todas sus mejores fuerzas, llamando a la conversión a muchas almas, alentando a las ya fervorosas y dirigiéndose con especial amor a los pecadores, a los enfermos, a los niños. Obtuvo el título de «misionero apostólico».

En 1860 se abrirá un período distinto de su vida. Nunca dejará de dar misiones, esto debe quedar reseñado. Su espíritu misionero le hacía estar disponible para la predicación misionera, pero la obediencia le iba a encomendar varios cargos fijos en los que también hubo de trabajar, y no poco, apostólicamente. El primero será el de capellán del Santuario de la Virgen del Carmen, llamada «delle Galline», en Paganí. El segundo será de 1874 a 1887: párroco de la iglesia matriz de San Félix, de Paganí, donde él mismo había sido bautizado.

En el Santuario incrementó las asociaciones masculinas y femeninas, erigió el altar del Crucificado y la Pia Unión de la Preciosísima Sangre de Jesús, que era su especial devoción. En 1862 abrió en su casa una Escuela de Teología Moral para sacerdotes, a fin de preparar más y mejor al clero al oficio del

confesonario, que tanto estimaba. Y ese mismo año instituyó una Compañía del Apostolado Católico, en la que se inscribían los sacerdotes que querían colaborar en las misiones populares. Pío IX dará en 1874 su aprobación apostólica a esta Compañía.

Su exquisita caridad con los más pobres le llevará a la fundación de una congregación religiosa. En efecto, un día se encontró con una niña huérfana, a la que no tenía donde llevarla. Pensó en la necesidad de dar respuesta a esta desgraciada situación con la fundación de un orfanatorio. Ello requería una comunidad religiosa que lo dirigiera. Había que fundarla. Tomás se entregó aún más a la oración pidiendo a Dios luz y fuerza para esta empresa fundacional. Lanzó la idea. Acudieron tres jóvenes dispuestas a encabezar el nuevo instituto. Tomás acudió a su obispo, monseñor Rafael Ammirante. Este prelado celoso, que conocía las buenas cualidades de Tomás, era igualmente consciente de que había numerosas huérfanas y huérfanos por toda la diócesis necesitados del amparo de la caridad cristiana. Dio a Tomás licencia para la fundación. El día 6 de enero de 1873 en el Santuario de la Virgen del Carmen el propio Obispo presidía la ceremonia de la vestición del hábito a las tres primeras hermanas, que tomaban el nombre de Hijas de la Caridad de la Preciosísima Sangre, y seguidamente el Obispo bendijo la casa destinada al primer orfanatorio en que a partir de aquel día se albergarían las siete primeras huérfanas acogidas. La noticia de la fundación se hizo llegar hasta el bondadoso pontífice Pío IX que envió paternalmente su bendición a la nueva obra. Tomás aprovecharía sus recorridos misionales para ir dejando por todo el sur de Italia nuevos orfanatorios en los años siguientes. Dios bendecía la obra: se abrían nuevas casas, acudían nuevas vocaciones. Tomás vigilaba el espíritu de la congregación naciente, que tuvo en él un padre y un pedagogo. Otras congregaciones religiosas también se aprovechaban de la sabiduría espiritual de Don Fusco. Era pedido como confesor extraordinario de las monjas de clausura de Paganì y de Nocera.

Cuando se fundó la congregación dedicada a la Preciosísima Sangre, el propio Obispo, con palabras proféticas, le dijo: «¿Has elegido el título de la Preciosísima Sangre? Pues prepárate a beber el cáliz de la amargura». Y así fue. Sus éxitos apos-

tólicos y su santidad suscitaban envidias, y era víctima de comidillas y comentarios malévolos que le producían dolor y humillación, pero en 1880 un hermano sacerdote se atrevió a levantarle una infamante calumnia, que circuló por toda la diócesis y que ponía en entredicho su buen nombre. Tomás no respondió. Prefirió un dignísimo silencio en el que se asemeja al silencio de Cristo ante sus acusadores. En mitad de la crisis repetía que no debemos tener otra gloria que trabajar y sufrir por Dios, y que Dios es nuestro consuelo en la tierra y nuestro premio en el cielo. Y decía que la paciencia es la salvaguarda de todas las virtudes.

Esta actitud de paciencia, silencio y humildad le granjeó un crédito aún mayor en el clero y entre los fieles de la diócesis. Numerosos sacerdotes y seglares lo tenían por santo. La Congregación seglar del Santuario de la Virgen del Carmen que lo tenía por padre espiritual no podía menos que enfervorizarse con su ejemplo de caridad y con su palabra siempre ardiente, dirigida siempre al bien espiritual de los fieles.

Enfermó. Su hígado acusó los esfuerzos y sufrimientos, y vio venir la muerte. La recibió con entrega plena a la voluntad divina. Recitaba el «Nunc dimittis» cuando el 24 de febrero de 1891, amado de todos, entregaba su alma al Señor. Al día siguiente el «Comune» de Pagani emitía un manifiesto en el que lo calificaba de sacerdote ejemplar de fe invicta, de caridad ardiente, que ha trabajado infatigablemente en nombre de la sangre redentora por la salvación de las almas; ha vivido amando a los pobres y ha muerto perdonando a los enemigos.

Su obra ha perseverado y se ha extendido a varias partes del mundo. En 1955 se inició su proceso de beatificación. El 24 de abril de 2001 se declararon heroicas sus virtudes, y habiendo sido aprobado un milagro obrado por su intercesión, el papa Juan Pablo II procedió a beatificarlo el 7 de octubre de 2001.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 21992) cols.519-520.

MANGINO, B., *Il servo di Dio can. Tommaso Maria Fusco* (Roma 1954)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO CONSTANCIO DE FABRIANO

Presbítero († 1481)

Constancio Bernocchi nace a comienzos del s. XV en Fabriano, población de la Marca de Ancona, en el seno de una familia de condición modesta. A los quince años ingresa en la Orden de Predicadores y tiene como maestros de su vida religiosa al Beato Lorenzo de Ripafratta y a San Antonino de Florencia. Luego es enviado al estudio general de Bolonia, siendo su prior el Beato Conradino de Brescia. Pasó luego a San Marcos de Florencia y enseñó posteriormente teología en varias casas de su Orden, acreditándose como un buen profesor.

Fue prior de Fabriano, de Perugia y de Áscoli Piceno, y fue enviado como reformador al de Camerino por encargo del capítulo general de la Orden del año 1468. Todos estos encargos los realizó sin detrimento de su gran actividad como predicador, procurando la reforma de las costumbres y la paz social. Era general la estima en que fue tenido y su fama de santidad en vida. Murió en Áscoli Piceno el 24 de febrero del año 1481. El papa Pío VII confirmó su culto el 22 de septiembre de 1811.

BEATO MARCOS DE MARCONI

Presbítero († 1510)

Nace el año 1480 en el seno de una familia pobre en la localidad de Milliarino, junto a Mantua.

Sintió la vocación religiosa e ingresó en la comunidad de frailes jerónimos del convento de San Mateo, de Mantua, el año 1496. Esta congregación había sido fundada por el Beato Pedro de Pisa.

Aquí Marcos se entregó por entero a la vivencia de la vida religiosa y se ordenó sacerdote. Procuró vivir con intensidad el carisma de su congregación: estudio de la palabra divina, oración continua y recogimiento, mortificación y olvido de sí mismo. Los fieles comenzaron a estimarlo por su bondad y caridad.

Murió con apenas 30 años el 24 de febrero de 1510, y en su tumba comenzaron a florecer los favores y gracias que los fieles decían obtener por su intercesión. San Pío X, siendo obispo de Mantua, tuvo interés en el proceso de confirmación de culto de este bienaventurado y pudo concederla cuando ya era Papa el 2 de marzo de 1906.

25 de febrero

A) MARTIROLOGIO

- 1 En Perge de Panfilia, San Néstor († 250), obispo de Magydos y mártir.
- 2 En Nacianzo, San Cesáreo († 369), médico, hermano de San Gregorio Nacianceno *
3. En el monasterio de Maubeuge, Santa Aldetrudis († 526), virgen y abadesa
4. En el monasterio de Heidenheim (Alemania), Santa Walburga († 779), virgen y abadesa *
5. En Agrigento (Sicilia), San Gerlando († 1100), obispo.
6. En el priorato de Orsan (Francia), Beato Roberto de Abrissel († 1116), presbítero, fundador del monasterio de Fontevrault *.
7. En Luca (Toscana), Beato Avertano († 1386), religioso converso de la Orden del Carmen.
8. En Puebla de los Ángeles (México), Beato Sebastián de Aparicio († 1600), religioso franciscano **.
9. En Lauria (Campania), Beato Domingo Lentini († 1828), presbítero *
10. En Medina (Isla de Malta), Beata María Adeodata (María Teresa) Pisani († 1855), virgen, monja benedictina *.
11. En Su-Lik-Hien (China), San Lorenzo Pe-Man o Bai-Xiao-man († 1856), obrero, que padeció el martirio al poco tiempo de recibir el bautismo *.
- 12 En Tequila (Guadalajara, México), Santo Toribio Romo († 1928), presbítero y mártir.
13. En Li-Thau-Tseul (China), los santos Luis Versiglia, obispo, y Calixto Caravario, presbítero († 1930), religiosos salesianos y mártires **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO SEBASTIÁN DE APARICIO

Religioso († 1600)

El año de 1533 llegaba a las playas mejicanas, confundido entre los numerosos viajeros, un joven, de nombre Sebastián, que había nacido el 20 de enero de 1502 en el pueblo de Gudiña, de la provincia de Orense (España). Su niñez transcurrió junto a sus padres, Juan de Aparicio y Teresa del Prado, ambos cristianos de vieja cepa, caritativos y de nobles costumbres; su mocedad y parte de su juventud pasó en medio del campo, entregado a las labores agrícolas para ganar el sustento diario y reunir la dote suficiente para sus dos hermanas. Salamanca, Zafra de Extremadura y Sanlúcar de Barrameda vieron a Sebastián trabajar afanosamente y pudieron admirar sus grandes virtudes —pese a sus años mozos—, entre las que sobresalían su simplicidad, rectitud de corazón y su amor por la castidad.

De la antigua Veracruz, donde desembarcó Sebastián, se dirigió a la ciudad de La Puebla, recién fundada por el franciscano fray Toribio de Benavente, conocido más bien con el sobrenombre de Motolinía. Las grandes extensiones de terreno baldío y la seguridad que daba la Audiencia Real a todos los españoles que quisieran residir en la dicha ciudad, atrajeron a Sebastián y lo indujeron a dedicarse a la labranza. Dotado, empero, de un ingenio natural poco común y de una mirada de vastos horizontes, Sebastián concibió la idea de adaptar el camino de México a Veracruz para que por él pasasen las carretas que muy pronto construyó con un amigo suyo español. Esas carretas fueron las primeras que, tiradas por toros o novillos amansados por el mismo Sebastián, hollaron el suelo de México. Con esa obra resolvía dos problemas fundamentales: primero, el difícil transporte de mercancías, y segundo, aliviar a los indios de la fatiga que padecían al tener que transportar todo sobre sus requemadas espaldas.

Pasados algunos años, Sebastián se dirigió nuevamente a la Real Audiencia de México con el fin de pedir permiso para abrir un nuevo camino que traería prosperidad y progreso para todos. Se propuso nada menos que abrir un camino que fuese de

la capital mejicana hasta Zacatecas, que empezaba a manar plata de sus entrañas. Hoy en día admira aún la obra titánica de Sebastián por sus vastas y grandiosas proporciones: tuvo que allanar hondonadas, rodear montes, construir puentes de madera, llevar provisiones para sus trabajadores y, sobre todo, lograr la amistad con las tribus chichimecas, tristemente célebres por su ferocidad y canibalismo. Ante esta obra de gigantes y de santos, Sebastián no se arredró. Su mente y su corazón aspiraban a mayores cosas y en pocos años vio terminada la obra que lo inmortalizaría para siempre. Sus cuadrillas de carretas recorrieron aquellas larguísimas distancias sin ser molestadas por los chichimecas, quienes al ver la mansedumbre y caridad con que los trataba Sebastián le amaron, le protegieron y nunca le hicieron daño alguno. Esas mismas cuadrillas se convirtieron también en seguro refugio para los pasajeros y gracias también a los esfuerzos de Sebastián los pequeños poblados aumentaron considerablemente, como la ciudad de Querétaro.

Durante unos dieciocho años Sebastián había entregado lo mejor de sus fuerzas para abrir caminos y fomentar el comercio en México; pero ya en 1552 decidió dejar su oficio, que pingües ganancias le había acarreado, y compró unas tierras por las afueras de la capital mejicana, entre Atzacapotzalco y Tlalnepantla. Sus nuevos proyectos fueron provechosos para todos, ya que sus campos eran una escuela práctica donde aprendían los indios la labranza; su hogar se convirtió en asilo seguro donde no sólo encontraban los pobres y menesterosos refugio, sino el pan diario y consejos para volver a amar la vida y el trabajo, y donde podían aprender las virtudes cristianas que Sebastián no dejaba nunca de ejercitar. Entre estas virtudes sobresalía su amor ardiente al Santísimo Sacramento y a la Virgen María, cuyo rosario no omitió en todos los días de su vida.

Las riquezas que honrada y justamente había adquirido Sebastián atrajeron las miradas codiciosas de varios vecinos suyos para persuadirle a contraer matrimonio. Las proposiciones no podían ser sino ventajosas; y con todo, Sebastián las rechazó constantemente, hasta que un día él mismo resolvió casarse con una joven pobre, pero de muy nobles virtudes. Era el año de 1562. Sebastián se comportó con su esposa en público como

marido que era de ella, mas en privado la persuadió a guardar la virginidad. A la hora del descanso, ella dormía en el lecho y él tendía una estera en el suelo, donde se acostaba. Un año había apenas transcurrido y Sebastián se encontró viudo. Dos años después, movido de su caridad en favorecer a otra pobre joven, de nombre María Esteban, contrajo con ella matrimonio, sin cambiar por ello su antiguo modo de dormir en el suelo y de mortificarse en todo lo que podía. A pesar del tenor de vida que Sebastián llevaba, no le faltaron dificultades y pruebas que soportó cristianamente. Una enfermedad que lo puso a un pie del sepulcro y la muerte inesperada de su segunda mujer fueron los vendavales que sacudieron hasta sus raíces aquel fuerte árbol, que, desprendiéndose más y más de los bienes terrenales, empezó a meditar consigo mismo de qué modo serviría más perfectamente al Señor y alcanzaría con menores peligros su salvación eterna.

Pasó todavía algún tiempo trabajando en sus campos, hasta que, guiado por los consejos de su confesor, resolvió dejarlo todo. Vendió sus bienes, entregó el precio a las religiosas de Santa Clara de México, tomó el hábito de donado franciscano y pasó a servir a las mismas religiosas en calidad de mozo. Contaba ya en aquella sazón setenta y un años de edad. La gracia divina siguió moviendo suavemente aquel corazón que desde pequeño le pertenecía y lo envió al convento de San Francisco de México, donde tomó el hábito y, a pesar de las inmensas dificultades que encontró en su resolución, profesó el 13 de junio de 1575.

Durante aquel año de recogimiento, oración y mortificación, Fr. Sebastián meditó sobre las virtudes de San Francisco: su obediencia, su pobreza, su amor a la Pasión del Señor, su amor hacia todas las cosas por ser criaturas de Dios, y con mejores alas remontó su alma a una entrega cada vez más perfecta en las manos de la Madre de Dios, cuyo rosario traía siempre consigo y devotamente recitaba varias veces al día. Apenas habían pasado unos dos meses de su profesión, la obediencia le mandó al convento de Tecali, donde había necesidad de un hermano que cuidase de la cocina, portería y huerta pequeña. Los religiosos admiraron la virtud del humilde hermano lego, que

atendía todos los menesteres del convento con alegría y prontitud; mas poco tiempo estuvo en aquel lugar, pues recibió nuevas órdenes de trasladarse al convento de Las Llagas de N. S. P. S. Francisco de Puebla de los Ángeles. Partió al punto con la misma alegría y contento que había manifestado y, llegado que hubo, le encargaron de un oficio por lo demás penoso y duro, tenuta cuenta de su avanzada edad: el de limosnero. Con su acostumbrada alegre obediencia tomó sobre sí el nuevo cargo. Tenía que recorrer la extensa campiña de Puebla en busca de alimentos y demás provisiones, que serían el sustento de más de cien religiosos que moraban en ese convento.

Pidió de limosna algunos toros y construyó carretas, que fueron sus inseparables compañeros hasta los últimos días de su vida. Los labradores de los pueblos circunvecinos tuvieron oportunidad de admirar su paciencia, mortificación, caridad y desprendimiento de todas las cosas. Tiraba su viejo manto sobre el suelo y dormía debajo de las carretas sin importarle que lloviera, hiciera frío o cayera nieve. Además de esto añadía dolorosas penitencias para tener sujeto y a raya al «hermano asno», que pronto y sujeto le obedecía en el servicio del Señor. En la ciudad de Puebla repartía sigilosa y caritativamente limosnas a familias vergonzantes y jamás el convento notó la falta de lo necesario. La simplicidad de Fr. Sebastián pasó a ser proverbial. Ésta no era más que el fruto precioso de su amor a Dios y de su obediencia inmediata a las órdenes de sus superiores. Tal simplicidad de corazón le abrió un camino nuevo en la vía de la santidad. Todo lo veía a través de su «fe de acero», como solía repetir, y su preocupación era «no perder a Dios de vista». Por amor a Dios llevó a cabo hasta los mínimos actos de su vida religiosa y Dios le premió con favores inauditos. En cierta ocasión el padre guardián le ordenó ir a traer madera del monte de La Malinche, distante unos 25 kilómetros de la ciudad de Puebla. Al tener ya cargada la carreta se le rompió el eje de una rueda. Fray Sebastián no dudó en emprender el camino en esas condiciones desastrosas. Apenas había llegado al convento y se disponía a componer la carreta, el padre guardián le ordenó que fuera a Tepeaca, distante unos 36 kilómetros, a traer unas limosnas. El fraile obedeció al punto. Tomó su carreta, que de

hecho no tenía más que una sola rueda, y así fue y regresó sin lamentar cosa alguna. Por cumplir la obediencia Dios obró el prodigio de que la carreta cargada de leña y el mismo Fr. Sebastián volaran sobre la barranca de Quautzazaloyan (hoy en día, Barranca de los Pilares), obstruida en aquellos momentos por otras carretas descompuestas.

Tuvo un gran dominio sobre los toros y animales indómitos. Cierta día, el superior le ordenó acarrear piedra del río —que pasa cerca del convento— sobre un mulo que nadie había podido domar, pero ni siquiera acercarse a él. Fray Sebastián fue al bruto animal y le dijo que era menester trabajar. El antes salvaje y rudo mulo a las palabras del fraile dócilmente se sujetó. Otra vez venía de Atlixco a Puebla y pernoctó en un lugar donde había enjambres de hormigas. Sucedió que durante la noche se llevaron el trigo que traía. Al día siguiente, al notar Fr. Sebastián la merma del trigo, ordenó a las hormigas que lo devolviesen, cosa que ellas cumplieron al punto.

Los labradores le buscaban para que conjurara las tempestades o acabara con las plagas que azotaban sus sementeras, lo que siempre hacía llevado de su gran caridad. Su cuerda se hizo famosa en muchísimas partes. Al contacto de ella sanaban enfermos y las mujeres en difíciles partos daban a luz felizmente. Uno de los más antiguos biógrafos del Beato Sebastián, la llama el «sanalotodo» o medicamento universal. No podemos menos de citar el milagro que Dios obró por medio de su siervo. Aconteció que un niño de catorce meses de edad, hijo de unos bienhechores del convento, radicados en Huejotzingo, se metió debajo de una carreta tirada por bravos toros. Asustados éstos, arrancaron y la pesada rueda pasó sobre el niño, enterrándolo en la tierra. Poco después llegó Fr. Sebastián y los padres del niño se lo presentaron muerto, rogándole hiciese algo por ellos. El fraile rogó a Dios y el niño resucitó por sus súplicas.

Después de veinticuatro años que sirvió al convento como limosnero, Fr. Sebastián oyó la voz de Dios que lo invitaba a descansar en su reino. Llegó el 20 de febrero de 1600 atacado por fuertes dolores de la hernia que por muchos años le martirizó. Cinco días después, tirado en el suelo sobre una cobija, es-

peró a la «hermana muerte corporal» con toda la alegría de su espíritu. A las ocho de la noche del día 25 entregó su espíritu en las manos del Señor.

Apenas muerto, los prodigios se multiplicaron y es fama constante que hoy en día aún no cesan. Su cuerpo quedó incorrupto y despidiendo un aroma exquisito, que todavía en nuestros tiempos se percibe.

La fama de sus virtudes y milagros llegó a Roma y el papa Pío VI lo declaró Beato el 17 de mayo de 1789, concediendo al mismo tiempo oficio y misa a la Orden franciscana.

Los años han volado, pero la fama del taumaturgo poblano sigue aumentando y su culto propagándose por toda la República mejicana y fuera de ella. Los conductores de toda clase de vehículos consideran al Beato Sebastián como a celestial patrón. Esperamos que no esté lejano el día en que la inmortal Roma inscriba en el catálogo de los santos al «fraile carretero», que trabajó como pocos en México, y dio pruebas de acrisoladas virtudes y lustre a la Orden de San Francisco de Asís.

JUAN ESCOBAR, OFM

Bibliografía

- LETONA, B DE, FR, *Relacion autentica de la vida, virtudes y maravillas del V. Fr Sebastian de Aparicio*, ed. de FR FIDEL CHAUVET, OFM (México 1947)
- LEYVA, D. DE, *Vida y milagros del venerable siervo de Dios Fr. Sebastian de Aparicio* (México 1685)
- TORQUEMADA, J DE, FR, *Vida y milagros del santo confesor de Cristo Fr. Sebastian de Aparicio* (México 1602).

SANTOS LUIS VERSIGLIA Y CALIXTO CARAVARIO

Religiosos († 1930)

Mártires en China. Miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco. Luis Versiglia, obispo; Calixto Caravario, sacerdote. Asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul. Beatificados el 15 de mayo de 1983, fueron canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, junto con 118 compañeros mártires.

El Evangelio de Jesucristo se anunció en China en el siglo V. Al inicio del VII, se erigió allí la primera iglesia. No es de extrañar que, especialmente en la época moderna, es decir, desde el siglo XVI, cuando las comunicaciones entre Oriente y Occidente comenzaron a ser más frecuentes, haya existido por parte de la Iglesia católica el deseo de llevar a este pueblo la luz del Evangelio, a fin de que ésta fertilizase aún más el tesoro de tradiciones culturales y religiosas tan ricas y profundas.

A partir de las últimas décadas del siglo XVI, varios misioneros católicos fueron enviados a China: se había elegido con gran esmero a personas que, además de tener espíritu de fe y de amor cristiano, estuviesen dotadas de competencia cultural y cualidades humanas en diversos campos de la ciencia, en especial la astronomía y las matemáticas. La calidad de la vida religiosa de estos misioneros indujo a no pocas personas chinas de alto nivel a sentir la necesidad de conocer mejor el espíritu evangélico que animaba a los evangelizadores. A finales del siglo XVI y primeros del XVII, fueron numerosos los que, una vez adquirida la debida preparación, pidieron el bautismo y llegaron a ser cristianos fervientes, manteniendo siempre con justo orgullo su identidad de chinos y su cultura. En aquel período el cristianismo se vio como una realidad que no se oponía a los más altos valores de las tradiciones del pueblo chino, ni se ponía por encima de ellos, sino que los enriquecía con una nueva luz y una nueva dimensión.

Pero desgraciadamente, desde la primera década del siglo XVII hasta el siglo XX, de manera abierta o solapada, violenta o velada, la persecución se extendió en sucesivas oleadas matando a misioneros y a fieles laicos y destruyendo no pocas iglesias. En 1648 dieron muerte a Francisco Fernández de Capillas, sacerdote de la Orden de los Frailes Predicadores. Este dominico ha sido considerado como el protomártir de China. Hacia mitad del siglo XVIII otros misioneros españoles, también dominicos, fueron asesinados como resultado de una nueva ola de persecución. Posteriormente, en el siglo XIX, una nueva fase de hostigamiento se desencadenó en relación con la religión cristiana. Las leyes chinas impedían que los chinos siguiesen los estudios para recibir las órdenes sagradas y a los sacerdotes el que

propagasen la religión cristiana. En 1813 un decreto eximía de cualquier castigo a los que apostataran voluntariamente del catolicismo, pero amenazaba a los demás.

En 1842 China firmó el primer tratado internacional de los tiempos modernos, al que siguieron muy pronto otros con Estados Unidos y Francia, que sustituyó a Portugal como potencia protectora de las misiones. Fueron promulgados dos decretos: uno en 1844, por el cual se permitía a los chinos seguir la religión católica; otro en 1846, mediante el cual se suprimían las antiguas penas contra los católicos. La Iglesia pudo entonces vivir abiertamente y ejercer su acción misionera, desarrollándola también en el ámbito de la educación superior, universitaria y de la investigación científica.

Gradualmente se establecieron lazos cada vez más profundos entre la Iglesia y China con sus ricas tradiciones culturales. Esta colaboración con las autoridades chinas favoreció de un modo creciente la mutua estima y participación de aquellos valores que deben regir siempre toda sociedad civil. Transcurrió así un siglo de expansión de las misiones cristianas, con la excepción del período en que se abatió sobre ellas la desgracia de la insurrección de la *Asociación de la justicia y de la economía* —conocida comúnmente como los *boxers*—, que ocurrió a principios del siglo XX y causó el derramamiento de sangre de muchos cristianos.

Además de los asesinados por los boxers, años después, iban a unirse algunos miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco: el obispo Luis Versiglia y el sacerdote Calixto Caravario, asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul.

Luis Versiglia nació en Oliva Gessi (Italia, en la provincia de Pavía) el 3 de junio de 1873, hijo de Juan Constantino y de María Giorgi. Durante los años 1884 a 1888 hizo sus estudios medios en el Oratorio Salesiano de Turín. En 1893 se laureó en filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Y fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1895.

Los albores de su vida salesiana hicieron concebir las más ilusionadas esperanzas, tanto que, apenas ordenado sacerdote, fue enviado a dirigir la casa de Gezano recibiendo, al mismo tiempo, la responsabilidad de maestro de novicios.

En 1906 partió como jefe de la primera expedición de misioneros salesianos a China. En Macao asumió la dirección de un orfanato, que llevó diligentemente al mayor grado de desarrollo, construyendo cerca unas escuelas profesionales, siendo la admiración de toda la ciudadanía. En 1910, a causa de la revolución portuguesa, tuvo que refugiarse, junto con sus hermanos de religión, en Hong Kong. Fue entonces cuando el obispo de Macao ofreció a los Salesianos la Misión de Heung Shan. Luis Versiglia emprende en aquel momento la verdadera vida del misionero. Un reflejo de las dificultades de aquella empresa se descubre en la *vida* que él mismo escribe a su hermano en religión Luis Olive, compañero de misión en Heung Shan, y también en sus habituales informes en el *Boletín Salesiano*.

En 1914 regresó a la dirección del orfanato de Macao. En 1918 se le encomendó a la Congregación Salesiana una extensa región de Kwang Tung, que poco después pasará a ser Vicariato Apostólico de Shiuchow. Luis Versiglia fue designado primer vicario apostólico. Nombrado obispo titular de Caristo, recibió la consagración episcopal el 9 de enero de 1921, de manos del obispo de Cantón Mons. De Guébriant.

La nueva misión de Shiuchow fue obra de Luis Versiglia, ayudado por sus compañeros salesianos. Su fervor apostólico suscitó por todas partes fecundas iniciativas. Bajo su impulso se multiplicaron las casas de misión: institutos, asilos, orfelinatos, florecieron aun en las zonas más abandonadas. Entre las instituciones más importantes fundadas por nuestro santo cabe destacar el orfelinato de Hosi, dos escuelas de maestros dotadas con todo lo necesario para la enseñanza y el seminario de nativos.

San Luis Versiglia tuvo las cualidades que se le requieren al buen pastor: una caridad extraordinaria, espíritu de abnegación y un particular impulso evangélico. Cuatro veces fue hecho prisionero por los piratas y siempre, con su calma, tranquilidad y serena audacia, los venció y se escapó. Era bueno e indulgente con los demás y austero consigo mismo. Cuando murió se encontraron en un maletín cerrado, que siempre tenía consigo, cinco cilicios y una disciplina de hierro, manchada de sangre,

formada con espesos nudos de los que estaban sujetos alambres de espino.

Calixto Caravario nació en Courgné Canavese (Italia, en la provincia de Turín) el 18 de junio de 1903, hijo de una familia de modestos operarios que se trasladaron a Turín en 1908. El niño frecuentó primero la escuela elemental y después el colegio salesiano de San Juan Bautista.

Los días festivos era constante su asistencia al Oratorio de San José, atendido por los padres Salesianos. En ese ambiente, la tierna piedad sembrada por su buena madre, de la que había dado pruebas significativas en su adolescencia, prosperó en vocación sacerdotal. Hizo los estudios medios en el Oratorio Salesiano de Valdocco y el noviciado en Fogliozzo Canavese. La primera profesión religiosa la hizo el 19 de septiembre de 1919. Prosiguió los estudios superiores en Turín, donde consiguió, en 1923, la licencia de enseñanzas clásicas. Comenzó sus prácticas como asistente, en el Oratorio de Valdocco, en el que había sido alumno.

Habiendo confiado a sus superiores su vivo deseo de consagrar su vida a las misiones, en octubre de 1924 partió para China. Shanghai y la isla de Timor fueron su primer campo de trabajo y de preparación para el sacerdocio, que anhelaba fuese un sacerdocio santo: son impresionantes los testimonios expresados al respecto en la correspondencia dirigida a su madre. Fue ordenado sacerdote el 18 de mayo de 1929 por Mons. Luis Versiglia, que sería compañero de martirio. El santo obispo envió al neosacerdote al territorio de misión de Linchow, el más lejano del Vicariato de Shuichow. En aquella comunidad cristiana incipiente Calixto Caravario demostró dotes de celo y de virtud sacerdotal y apostólica poco comunes en un joven.

Apenas habían pasado seis meses de su llegada a Linchow, recibió con alegría un aviso de que Mons. Luis Versiglia venía en visita pastoral, para confirmar en la fe a aquella joven comunidad cristiana. Al momento, Calixto Caravario optó por acudir a Shuichow para recibir a su obispo y acompañarlo después a Linchow.

Se unieron a ellos dos mujeres, una maestra y una catequista de la misión. El 25 de febrero de 1930 la barca de los misioneros

ros, que estaba remontando el río de regreso a Linchow, fue asaltada por los piratas bolcheviques, quienes golpearon bárbaramente a los dos misioneros que se oponían al rapto de la maestra y de la catequista, los remolcaron a la orilla y los mataron por odio a la fe; a continuación, en medio de escarnios e insultos a la religión, quemaron todos los objetos piadosos encontrados en la barca.

El proceso diocesano informativo sobre el martirio de estos dos santos se inició en el vicariato de Shiuchow en 1934. El procedimiento apostólico dio comienzo el 21 de septiembre de 1953. Fueron beatificados el 15 de mayo de 1983. Juan Pablo II los canonizó, junto con 118 mártires chinos, el día 1 de octubre de 2000.

Con esta canonización la Iglesia ha querido poner de relieve la fidelidad heroica de los dignos hijos de China —y de los misioneros que allí acudieron—, a quienes no acobardaron las amenazas de una persecución feroz.

RAMÓN FITA REVERT

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 78 (1986) 137.

BOSIO, G., en *Bibliotheca sanctorum*, XII cols.1058-1060.

— *Martiri in Cina, Mons. Luigi Versiglia e don Callisto Caravario nei loro scritti e nelle testimonianze di coetanei* (Leumann, Turín 1977).

LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000).

Martyrologium romanum, o.c., 156.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (29-09-2000) 474-475; (6-10-2000) 482-483.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CESÁREO DE NACLANZO

Médico († 369)

Era hermano de San Gregorio Nacianceno, y su vida es conocida por la oración fúnebre que le dedicó su hermano y en donde narra detalles de su vida.

En Alejandría estudió oratoria, filosofía y medicina, a cuya profesión se dedicó, tras haber ampliado estudios de lo mismo

en Constantinopla, donde adquirió gran reputación como médico. Quiso dejar la ciudad pero Juliano el Apóstata le hizo quedarse y prestarle sus servicios como médico. Por un lado Juliano intentó que Cesáreo, que no estaba bautizado sino que era simplemente catecúmeno, volviera al paganismo, pero por otro lado no hizo de esto cuestión esencial y por ello no lo hizo objeto de persecución sino que le permitió ser religiosamente lo que él preferiera. Muerto Juliano, su sucesor Joviano lo confirmó en el puesto de primer médico de la corte que le había otorgado Juliano. El sucesor de Joviano, Valente, lo nombró su tesorero privado al tiempo que tesorero también de la provincia de Bitinia.

Estando en Nicea, el año 368 quedó horrorizado del tremendo temblor de tierra que hubo y recapacitó que estaba aún sin bautizar, por lo que pidió el bautismo y lo recibió con gran piedad. Recibido el bautismo, ya no quiso ocuparse más de sus cargos seculares sino que se dedicó a la oración y la misericordia, y cuando sintió cercana la muerte, dispuso que todos sus bienes fueran a parar a los pobres. Su padre, que era el obispo de Nacianzo, vivía cuando Cesáreo murió el 25 de febrero del año 369, y en su entierro predicó, como queda dicho, su hermano San Gregorio. Éste le dedicó grandes elogios que han servido para que se le tenga por santo y entre en el *Martirologio romano*.

SANTA WALBURGA

Virgen y abadesa († 779)

Una nube de santos acompañó a San Bonifacio en su tarea de evangelización de la Germania, y uno de ellos fue esta santa que era sobrina de San Bonifacio y hermana de los santos Wilibaldo y Winibaldo.

Ella era natural de Wessex y entró como religiosa en el monasterio de Winborne donde tuvo como abadesa y maestra a Santa Tata. Y fue ella la que decidió que fuera Walburga una de las monjas que, a petición de San Bonifacio, se enviaban a Germania para el establecimiento allí de monasterios. Del 750 al 752 estuvo en el monasterio de Tauberbischofheim, y de ahí pasó al monasterio doble que su hermano San Winibaldo había establecido en Heidenheim. Su hermano la nombró abadesa del

monasterio femenino. Pero cuando murió Winibaldo en 761, su otro hermano, Wilibaldo, que para entonces acababa de ser nombrado por San Bonifacio obispo de Eichstätt en Baviera, la nombró superiora de ambos monasterios, el masculino y el femenino, quedando así los monjes bajo la autoridad de esta abadesa. Es tradición que rigió de manera magnífica el doble monasterio y a su muerte su memoria quedó como la de una santa, que muy pronto tuvo culto popular. Cuando Walburga murió el 25 de febrero del año 779 fue enterrada en su convento, pero al año siguiente sus reliquias fueron trasladadas a Eichstätt junto a las de su hermano, y comenzó la tradición de que un aceite que mana de su tumba es instrumento de muchos milagros.

BEATO ROBERTO DE ABRISSEL

Abad († 1116)

Roberto nace en Abrisel, de donde tomó nombre, hacia el año 1050 en el seno de una familia modesta. Sus deseos de ser sacerdote le llevaron a París, donde estudió y se hizo persona de gran erudición.

Vuelve a su diócesis de Rennes, donde el obispo lo ordena sacerdote y le encomienda el cargo de arcipreste, que significaba estrecha colaboración con el prelado. Roberto traía ideas muy claras acerca de la reforma que la Iglesia necesitaba: todas en la línea de San Gregorio VII, el papa reformador de aquel tiempo. Estas exigencias de reforma, contradiciendo la incontinencia de los clérigos y la injerencia de los seglares en las cosas espirituales, le procuraron muchos enemigos, pero como Roberto tenía el apoyo del obispo, mientras éste vivió, perseveró en el cargo. Muerto el obispo en 1093, Roberto fue echado de la diócesis y se marchó a Angers, donde comenzó a dar clase, pero luego optó por la vida de eremita.

En efecto, se estableció en la foresta de Craón y allí empezó a llevar una vida de absoluta penitencia y de total entrega a la contemplación. Pero muy pronto comienzan a llegar hasta él grupos de personas que le piden dirección espiritual y a quienes él comienza a dirigir pláticas y sermones que le hacen famoso y atraen a multitudes a oírlo. Como muchos de estos seguidores

desean vivir la vida religiosa, Roberto funda para ellos la abadía de La Roé bajo la Regla de San Agustín.

Estaba reciente esta fundación cuando el papa Beato Urbano II, de paso por Angers en 1096, lo llamó y le pidió que dejase la vida de ermitaño o canónigo regular y se dedicase a la predicación. Obtuvo Roberto la conformidad del obispo de Angers y comenzó a predicar por toda esta diócesis con gran celo y enorme éxito, dando lugar su palabra a la fundación de varias casas religiosas.

Él por su parte funda una con trazas de originalidad, que fue la de Fontevrault, que dio nombre a la orden formada a partir de esta fundación. En ella había un doble monasterio, el de las mujeres y el de los hombres, éstos más bien como capellanes y guardianes de las monjas, a cuya abadesa correspondía la autoridad sobre el monasterio entero. Filiales de este monasterio, puesto bajo la Regla de San Benito, se fundaron en años posteriores.

Roberto vivió los años finales de su vida en este monasterio, aceptando él también la autoridad de la abadesa y dando grandes ejemplos de vida cristiana. Murió piadosamente el 24 de febrero de 1116.

BEATO DOMINGO LENTINI

Presbítero († 1828)

Nació en Lauria, junto a Potenza en Italia, el 20 de noviembre de 1770. Sus padres eran de modesta condición económica pero ricos en fe y religiosidad, y se ocuparon de que éste, el último de sus cinco hijos, recibiera también la mejor educación que pudieran darle. Domingo resultó ser un niño bueno y obediente en quien sus padres se miraban.

A los 14 años manifestó que tenía vocación sacerdotal y comenzó a hacer los estudios oportunos para este propósito, ordenándose de diácono el año 1793. Al año siguiente, el 8 de junio, recibía la ordenación sacerdotal en la catedral de Marisco Nuovo.

Su propio pueblo natal, Lauria, sería el escenario de sus virtudes y trabajos sacerdotales, pero su celo lo llevaría también como predicador por toda la diócesis.

Ante todo celebraba la santa misa cada mañana con el fervor de un ángel, fervor que se contagiaba a quienes asistían a ella y se daban cuenta de que la misa era el secreto de la vida y la espiritualidad de Domingo. Luego pasaba largas horas en el confesonario, instrumento de su apostolado de dirección de innumerables almas que recurrían a él. Tenía el don de saber aconsejar con prudencia y acierto y de llamar a verdadera penitencia a cuantos se confesaban con él. Y estaba siempre dispuesto a predicar.

Domingo era un predicador sin ampulósidades oratorias, entonces tan en boga, sino de forma simple y directa, buscando que la palabra divina llegara a las almas con profundidad. Sabía mover los corazones de sus oyentes y atraerlos a mejor vida cristiana, utilizando un lenguaje cercano siempre al evangelio y nutrido de las grandes verdades eternas del cristianismo. Predicaciones cuaresmales, ejercicios espirituales, misiones populares, homilías... estaban siempre impregnados de evangelio, de doctrina de los santos Padres y de referencias constantes a la enseñanza oficial de la Iglesia. Lo llamaban de todas partes y a todas partes acudía.

Su espiritualidad era afectiva, centrada en la pasión del Señor y en los dolores de María al pie de la cruz.

Su ejemplo personal era admirable: vivía en una gran pobreza y sencillez, con su casa abierta a todos, y acudían allí a conversar con él y a oírle numerosos jóvenes a quienes formó en la ciencia del evangelio. Era, además, muy atento al bien de los pobres, a quienes socorría largamente y para quienes buscaba socorro continuo. Era, además, muy penitente y muy humilde, dirigiéndose a todos con gran blandura.

Murió el 25 de febrero de 1828. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 12 de octubre de 1997.

BEATA MARÍA ADEODATA PISANI

Abadesa († 1855)

Nace en Nápoles el 29 de diciembre de 1806, y recibe en el bautismo el nombre de María Teresa. Era de familia noble. Por la desgracia de que sus padres se separaron, se encargó de su

educación su abuela paterna y, muerta ésta cuando la niña tenía diez años, fue confiada a un internado de religiosas donde recibió una buena formación humana y cristiana.

En 1821 su padre es desterrado a la isla de Malta. María Teresa se traslada allí pero para vivir con su madre en la población de Rabat. Intentaba su madre casarla y que con ese fin hiciera vida social, pero María Teresa, que ya llevaba una intensa vida interior, no quería salir de casa sino para acudir a la iglesia. Impactada por la predicación de un religioso y tras vencer la resistencia de sus padres, ingresó en el monasterio benedictino de San Pedro en Medina, tomando el nombre de sor María Adeodata. Hizo la profesión solemne el 8 de marzo de 1830.

Se distinguió muy pronto por su humildad, dulzura de carácter y espíritu de servicialidad. No buscaba sino servir, y de momento ocupó puestos humildes en el monasterio. Pero, vistas sus cualidades, fue elegida primero maestra de novicias y posteriormente abadesa. Hizo una espléndida labor como superiora, animando a toda la comunidad en el camino de la observancia religiosa y siendo la primera en el trabajo monacal y en la oración, cumpliendo con exactitud admirable el ideal benedictino. Murió de un infarto el 25 de febrero de 1855. El papa Juan Pablo II la beatificó en La Valetta el 9 de mayo de 2001.

SAN LORENZO PE-MAN

Mártir († 1856)

Lorenzo Pe-Man (Bai-Xiaoman) era un modesto obrero que había nacido en la provincia de Chouy-Tchen, y había ido al Kuang-si cuando tenía veinte años en busca de trabajo. Aquí se encontró con San Augusto Chapdelaine y se decidió por la fe cristiana, recibiendo el bautismo de manos del santo misionero.

Desde aquel momento fue un excelente cristiano y no quiso separarse del sacerdote. Lo acompañó a Su-Lik-Hien donde el misionero esperaba hallar asilo, y con él fue arrestado y llevado al tribunal. En él declaró firmemente su fe y se negó a apostatar, como se le exigía para salvar la vida. No valiendo las amenazas, fue sometido a tortura pero no se vino atrás. Y en vista de su tenacidad en confesar a Cristo fue decapitado el 25 de febre-

ro de 1856. Lo canonizó el papa Juan Pablo II el 1 de octubre del año 2000 con los otros mártires de China.

SANTO TORIBIO ROMO GONZÁLEZ

Presbítero y mártir († 1928)

El padre Toribio Romo fue asesinado el día 25 de febrero de 1928 cuando los federales irrumpieron en su casa con las armas preparadas para dispararlas. Era de madrugada y él y su hermana dormían en la casa. Cuando el P. Romo los vio entrar se identificó y pidió que no dispararan pero no tuvo tiempo de más. Dispararon contra él que se dirigió a la puerta, y en ese momento entraba su hermana en cuyos brazos cayó. Ella le dijo que tuviera valor y lo encomendó al Señor. Seguidamente murió.

Había nacido el 16 de abril de 1900 en Santa Ana de Guadalupe, Jalisco, en el seno de una familia pobre, donde halló un clima de fervorosa piedad. Entró en el seminario de San Juan de los Lagos, de donde pasó luego al de Guadalajara, y en ambos fue un seminarista ejemplar, distinguido por su celo apostólico.

Ordenado sacerdote el 23 de diciembre de 1922, fue coadjutor en varias parroquias hasta que le encargaron como párroco de la de Tequila. Arreciaba la persecución y ya esa parroquia había sido rechazada por peligrosa, pero Toribio se decidió a realizar en ella clandestinamente los actos sacerdotales, en un descampado a donde acudían los fieles. El día 12 de diciembre de 1927, mientras celebraba una ceremonia de primera comunión de niños, se ofreció públicamente a Dios por la paz de la Iglesia en México.

Vivía con su hermano Román, sacerdote, y su hermana ya citada. El día 23 de febrero de 1928 se confesó con su hermano y le pidió que se fuera a Guadalajara y le dio una carta que no debería abrir hasta que no se lo dijera él mismo. El día 24 estuvo poniendo orden en todos los asuntos de la parroquia. Cuando su hermano se enteró de su muerte abrió la carta y en ella le decía que cuidara de sus ancianos padres y que dijera algunas misas que él debía, o sea, que se figuraba que iba a recibir el martirio que en efecto recibió.

Los federales tomaron su cadáver y sobre una camilla fue llevado a Tequila y arrojado delante de la presidencia municipal, pero una familia lo recogió, lo veló y al día siguiente lo llevaron a enterrar. Sobre su tumba colocaron una cruz con las palabras del evangelio: «El buen pastor da la vida por sus ovejas».

Fue canonizado por el papa Juan Pablo II el 21 de mayo del año 2000 junto con los otros mártires mexicanos.

26 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 La conmemoración de San Alejandro († 326), obispo de Alejandria, que excomulgó a Arrio y luego lo condenó con los demás padres en el *Concilio de Nicea* **

2 En Bolonia (Emilia), San Faustino (s. IV), obispo

3 En Gaza (Palestina), San Porfirio († 421), obispo, anteriormente anacoreta, que atrajo a la fe a numerosos paganos *

4 En Nevers (Francia), San Agricola († 594), obispo

5 En Arcis-sur-Aube (Champagne), San Víctor (s. VII), ermitaño

6 En Florencia (Toscana), San Andrés (s. IX), obispo

7 En Londres, Beato Roberto Drury († 1607), presbítero y mártir bajo el rey Jacobo I *

8 En Olesa de Montserrat (España), Santa Paula de San José de Calasanz Montal Fornes († 1889), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ALEJANDRO

Patriarca de Alejandria († 326)

San Alejandro, patriarca de Alejandría, tiene una especial significación en la historia de la Iglesia a principios del siglo IV, por haber sido el primero en descubrir y condenar la herejía de Arrio y haber iniciado la campaña contra esta herejía, que tanto preocupó a la Iglesia durante aquel siglo. A él cabe también la gloria de haber formado y asociado en el gobierno de la Iglesia

alejandrina a San Atanasio, preparándose de este modo un digno sucesor, que debía ser el portavoz de la ortodoxia católica en las luchas contra el arrianismo.

Nacido Alejandro hacia el año 250, ya durante el gobierno de Pedro de Alejandría se distinguió de un modo especial en aquella Iglesia. Los pocos datos que poseemos sobre sus primeras actividades nos han sido transmitidos por los historiadores Sócrates, Sozomeno y Teodoreto de Ciro, a los que debemos añadir la interesante información de San Atanasio. Así, pues, en general, podemos afirmar que las fuentes son relativamente seguras.

El primer rasgo de su vida, en el que convienen todos los historiadores, nos lo presenta como un hombre de carácter dulce y afable, lleno siempre de un entrañable amor y caridad para con sus hermanos y en particular para con los pobres. Esta caridad, unida con un espíritu de conciliación, tan conforme con los rasgos característicos de la primitiva Iglesia, proyecta una luz muy especial sobre la figura de San Alejandro de Alejandría, que conviene tener muy presente en medio de las persistentes luchas que tuvo que mantener más tarde contra la herejía; pues, viéndolo envuelto en las más duras batallas contra el arrianismo, pudiera creerse que era de carácter belicoso, intransigente y acometedor. En realidad, San Alejandro era, por inclinación natural, todo lo contrario; pero poseía juntamente una profunda estima y un claro conocimiento de la verdadera ortodoxia, unidos con un abrasado celo por la gloria de Dios y la defensa de la Iglesia, lo cual lo obligaba a sobreponerse constantemente a su carácter afable, bondadoso y caritativo, y a emprender las más duras batallas contra la herejía.

De este espíritu de caridad y conciliación, que constituyen la base fundamental de su carácter, dio bien pronto claras pruebas en su primer encuentro con Arrio. Éste comenzó a manifestar su espíritu inquieto y rebelde afiliándose al partido de los melecianos, constituido por los partidarios del obispo Melecio de Lycópolis, que mantenía un verdadero cisma frente al legítimo obispo Pedro de Alejandría. Por este motivo Arrio había sido arrojado por su obispo de la diócesis de Alejandría. Alejandro, pues, se interpuso con todo el peso de su autoridad y prestigio,

y obtuvo, no sólo su readmisión en la diócesis, sino su ordenación sacerdotal por Aquillas, sucesor de Pedro en la sede de Alejandría.

Muerto, pues, prematuramente Aquillas el año 313, sucedióle el mismo Alejandro, y por cierto son curiosas algunas circunstancias que sobre esta elección nos transmiten sus biógrafos. Filostorgo asegura que Arrio, al frente entonces de la iglesia de Baucalis, apoyó decididamente esta elección, lo cual se hace muy verosímil si tenemos presente la conducta observada con él por Alejandro. Mas, por otra parte, Teodoreto atestigua que Arrio había presentado su propia candidatura a Alejandría frente a Alejandro, y que, precisamente por haber sido éste preferido, concibió desde entonces contra él una verdadera aversión y una marcada enemistad.

Sea de eso lo que se quiera, Arrio mantuvo durante los primeros años las más cordiales relaciones con su obispo, el nuevo patriarca de Alejandría, San Alejandro. Éste desarrolló entre tanto una intensa labor apostólica y caritativa en consonancia con sus inclinaciones naturales y con su carácter afable y bondadoso. Uno de los rasgos que hacen resaltar los historiadores en esta etapa de su vida, es su predilección por los cristianos que se retiraban del mundo y se entregaban al servicio de Dios en la soledad. Precisamente en este tiempo comenzaban a poblarse los desiertos de Egipto de aquellos anacoretas que, siguiendo los ejemplos de San Pablo, primer ermitaño, de San Antonio y otros maestros de la vida solitaria, daban el más sublime ejemplo de la perfecta entrega y consagración a Dios. Estimando, pues, en su justo valor la virtud de algunos entre ellos, púsoles al frente de algunas iglesias, y atestiguan sus biógrafos que fue feliz en la elección de estos prelados.

Por otra parte se refiere que hizo levantar la iglesia dedicada a San Teonás, que fue la más grandiosa de las construidas hasta entonces en Alejandría. Al mismo tiempo consiguió mantener la paz y tranquilidad de las iglesias del Egipto, a pesar de la oposición que ofrecieron algunos en la cuestión sobre el día de la celebración de la Pascua y, sobre todo, de las dificultades promovidas por los melecianos, que persistían en el cisma, negando la obediencia al obispo legítimo. Pero lo más digno de notar-

se es su intervención en la cuestión ocasionada por Atanasio en sus primeros años. En efecto, niño todavía, había procedido Atanasio a bautizar a algunos de sus camaradas, dando origen a la discusión sobre la validez de este bautismo. San Alejandro resolvió favorablemente la controversia, constituyéndose desde entonces en protector y promoviendo la esmerada formación de aquel niño, que debía ser su sucesor y el paladín de la causa católica.

Pero la verdadera significación de San Alejandro de Alejandría fue su acertada intervención en todo el asunto de Arrio y del arrianismo, y su decidida defensa de la ortodoxia católica. En efecto, ya antes del año 318, comenzó a manifestar Arrio una marcada oposición al patriarca Alejandro de Alejandría. Ésta se vio de un modo especial en la doctrina, pues mientras Alejandro insistía claramente en la divinidad del Hijo y su igualdad perfecta con el Padre, Arrio comenzó a esparcir la doctrina de que no existe más que un solo Dios, que es el Padre, eterno, perfectísimo e inmutable, y, por consiguiente, el Hijo o el Verbo no es eterno, sino que tiene principio, ni es de la misma naturaleza del Padre, sino pura criatura. La tendencia general era rebajar la significación del Verbo, al que se concebía como inferior y subordinado al Padre. Es lo que se designaba como *subordinacionismo*, verdadero racionalismo, que trataba de evitar el misterio de la Trinidad y de la distinción de personas divinas. Mas, por otra parte, como los racionalistas modernos, para evitar el escándalo de los simples fieles, ponderaban las excelencias del Verbo, si bien éstas no lo elevaban más allá del nivel de pura criatura.

En un principio, Arrio esparció estas ideas con la mayor reserva y solamente entre los círculos más íntimos. Mas como encontrara buena acogida en muchos elementos procedentes del paganismo, acostumbrados a la idea del *Dios supremo* y los dioses subordinados, e incluso en algunos círculos cristianos, a quienes les parecía la mejor manera de impugnar el mayor enemigo de entonces, que era el *sabelianismo*, procedió ya con menos cuidado y fue conquistando muchos adeptos entre los clérigos y laicos de Alejandría y otras diócesis de Egipto. Bien pronto, pues, se dio cuenta el patriarca Alejandro de la nueva herejía e inmediatamente se hizo cargo de sus gravísimas consecuencias en la

doctrina cristiana, pues si se negaba la divinidad del Hijo, se destruía el valor infinito de la Redención. Por esto reconoció inmediatamente como su deber sagrado el parar los pasos a tan destructora doctrina. Para ello tuvo, ante todo, conversaciones privadas con Arrio; dirigióle paternas amonestaciones, tan conformes con su propio carácter conciliador y caritativo; en una palabra, probó toda clase de medios para convencer a las buenas a Arrio de la falsedad de su concepción.

Mas todo fue inútil. Arrio no sólo no se convencía de su error, sino que continuaba con más descaro su propaganda, haciendo cada día más adeptos, sobre todo entre los clérigos. Entonces, pues, juzgó San Alejandro necesario proceder con rigor contra el obstinado hereje, sin guardar ya el secreto de la persona. Así, reunió un sínodo en Alejandría el año 320, en el que tomaron parte un centenar de obispos, e invitó a Arrio a presentarse y dar cuenta de sus nuevas ideas. Presentóse él, en efecto, ante el sínodo, y propuso claramente su concepción, por lo cual fue condenado por unanimidad por toda la asamblea.

Tal fue el primer acto solemne realizado por San Alejandro contra Arrio y su doctrina. En unión con los cien obispos de Egipto y de Libia lanzó el anatema contra el arrianismo. Pero Arrio, lejos de someterse, salió de Egipto y se dirigió a Palestina y luego a Nicomedia, donde trató de denigrar a Alejandro de Alejandría y presentarse a sí mismo como inocente perseguido. Al mismo tiempo propagó con el mayor disimulo sus ideas e hizo notables conquistas, particularmente la de Eusebio de Nicomedia.

Entre tanto, continuaba San Alejandro la iniciada campaña contra el arrianismo. Aunque de natural suave, caritativo, paternal y amigo de conciliación, viendo la pertinacia del hereje y el gran peligro de su ideología, sintió arder en su interior el fuego del celo por la defensa de la verdad y de la responsabilidad que sobre él recaía, y continuó luchando con toda decisión y sin arredrarse por ninguna clase de dificultades. Escribió, pues, entonces algunas cartas, de las que se nos han conservado dos, de las que se deduce el verdadero carácter de este gran obispo, por un lado lleno de dulzura y suavidad, mas, por otro, firme y decidido en defensa de la verdadera fe cristiana.

Por su parte, Arrio y sus adeptos continuaron insistiendo cada vez más en su propaganda. Eusebio de Nicomedia y Eusebio de Cesarea trabajaban en su favor en la corte de Constantino. Se trataba de restablecer a Arrio en Alejandría y hacer retirar el anatema lanzado contra él. Pero San Alejandro, consciente de su responsabilidad, ponía como condición indispensable la retractación pública de su doctrina, y entonces fue cuando compuso una excelente síntesis de la herejía arriana, donde aparece ésta con todas sus fatales consecuencias.

Por su parte, el emperador Constantino, influido sin duda por los dos Eusebios, inició su intervención directa en la controversia. Ante todo, envió sendas cartas a Arrio y a Alejandro, donde, en la suposición de que se trataba de cuestiones de palabras y deseando a todo trance la unión religiosa, los exhortaba a renunciar cada uno a sus puntos de vista en bien de la paz. El gran obispo Osio de Córdoba, confesor de la fe y consejero religioso de Constantino, fue el encargado de entregar la carta a San Alejandro y juntamente de procurar la paz entre los diversos partidos. Entre tanto, Arrio había vuelto a Egipto, donde difundía ocultamente sus ideas y por medio de cantos populares y, sobre todo, con el célebre poema *Thalia* trataba de extenderlas entre el pueblo cristiano.

Llegado, pues, Osio a Egipto, tan pronto como se puso en contacto con el patriarca Alejandro y conoció la realidad de las cosas, se convenció rápidamente de la inutilidad de todos sus esfuerzos. Así se confirmó plenamente en un concilio celebrado por él en Alejandría. Sólo con un concilio universal o ecuménico se podía poner término a tan violenta situación. Vuelto, pues, a Nicomedia, donde se hallaba el emperador Constantino, aconsejóle decididamente esta solución. Lo mismo le propuso el patriarca Alejandro de Alejandría. Tal fue la verdadera génesis del primer concilio ecuménico, reunido en Nicea el año 325.

No obstante su avanzada edad y los efectos que había producido en su cuerpo tan continua y enconada lucha, San Alejandro acudió al concilio de Nicea acompañado de su secretario, el diácono San Atanasio. Desde un principio fue hecho objeto de los mayores elogios de parte de Constantino y de la mayor parte

de los obispos, ya que él era quien había descubierto el virus de aquella herejía y aparecía ante todos como el héroe de la causa por Dios. Como tal tuvo la mayor satisfacción al ver condenada solemnemente la herejía arriana en aquel concilio, que representaba a toda la Iglesia y estaba presidido por los legados del Papa.

Vuelto San Alejandro a su sede de Alejandría, sacando fuerzas de flaqueza, trabajó lo indecible durante el año siguiente en remediar los daños causados por la herejía. Su misión en este mundo podía darse por cumplida. Como pastor, colocado por Dios en una de las sedes más importantes de la Iglesia, había derrochado en ella los tesoros de su caridad y de la más delicada solicitud pastoral, y habiendo descubierto la más solapada y perniciosa herejía, la había condenado en su diócesis y había conseguido fuera condenada solemnemente por toda la Iglesia en Nicea. Es cierto que la lucha entre la ortodoxia y el arrianismo no terminó con la decisión de este concilio, sino que continuó cada vez más intensa durante gran parte del siglo IV. Pero San Alejandro había desempeñado bien su papel y dejaba tras sí a su sucesor en la misma sede de Alejandría, San Atanasio, quien recogía plenamente su herencia de adalid de la causa católica.

Según todos los indicios, murió San Alejandro el año 326, probablemente el 26 de febrero, si bien otros indican el 17 de abril. En Oriente su nombre fue pronto incluido en el martirologio. En el Occidente no lo fue hasta el siglo IX.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll, 26 de febrero, comentario de *Henschenius*.

Art. en *Dict. Theol. Cath.*, I col.764s

Art. en *Dict. Hist. Géogr. Eccl.*, II col.182s

En general, todas las *Historias de la Iglesia*, principio del *Arrianismo*.

Fuentes antiguas: SOCRATES, SOZOMENO y TEODORETO en sus respectivas *Historias de la Iglesia*.

HEFFIE, C. J - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles*, I (París 1907-1952) 357s, nota

TILLEMONT, L S DF, *Memoires pour servir a l'histoire ecclesiastique des six premiers siecles...*,

VI (Venecia) 213s

*SANTA PAULA MONTAL Y FORNÉS DE SAN
JOSÉ DE CALASANZ*

Virgen († 1889)

Un hogar de trabajadores —el padre, Ramón, era cordelero y la madre, Vicenta, era hábil artesana de puntas y encajes— acogió con amor y educó cristianamente a Paula Montal y Fornés, nacida en Arenys de Mar, de la diócesis de Girona, el 11 de octubre de 1799, cuando fenecía el siglo de las luces y estaba a punto de amanecer el XIX, centuria tan sobrecargada de revoluciones y discordias en lo político, lo social y lo religioso, como abierto a nuevos horizontes con sus restauraciones eclesiales y la amplia y profunda transformación de la sociedad. Paula era el primer fruto del matrimonio del viudo Ramón Montal y de su segunda esposa Vicenta, al que seguirían cuatro hijos más, mientras del matrimonio anterior de Ramón con Teresa Clausell quedaban otros cuatro hijos. En la tarde del día de su nacimiento, la primera hija de Vicenta y Ramón fue hecha hija de Dios en la pila bautismal de Santa María de la Asunción de Arenys, parroquia en la que crecería en edad, sabiduría y gracia, e iniciaría su camino apostólico. El 4 de junio de 1803 recibe, por la confirmación, el don del Espíritu Santo de manos del obispo de Girona.

La familia piadosa del padre y de la madre y de los cuatro hermanos acunó el despertar a la fe y a la vida en Cristo de la niña Paula. En el hogar no faltaron ni las desgracias ni el luto. El padre, Ramón, murió a los 53 años, en septiembre de 1809. El hermanito pequeño de Paula murió meses después.

También fue decisiva la influencia de la parroquia en la vida cristiana de la muchacha y de la joven. Participó en la catequesis, celebró su primera comunión en 1811, se inscribió como cofrade de Nuestra Señora del Rosario y más adelante dio su nombre a la Congregación de Nuestra Señora de los Dolores, la cual exigía de sus miembros una dedicación más intensa a la vida espiritual, con la participación en la misa por la comunión, con la lectura espiritual, el rezo de la corona, la asistencia a procesiones, y también la atención a los pobres y necesitados. Fue la mejor auxiliar de su párroco en las tareas del catecismo parroquial. Ya mayorcita, organizaba excursio-

nes con las niñas, en las que no faltaban los actos de piedad en las ermitas de Arenys.

Los capuchinos, que habían abierto convento en la villa marinera en 1618, acompañaron la formación religiosa de la joven Paula. Ésta encontró en el guardián fray Roque de Sant Julià el director espiritual que necesitaba para orientar su incipiente vocación a la perfección cristiana

En una de las *costures*, escuelas elementales de niñas, dedicadas sobre todo a enseñar las labores del hogar, dio los primeros pasos en su formación artística e intelectual. Fue la primera en la familia que aprendió a leer, escribir y hacer cuentas. Muy unida a la madre viuda, de ella aprenderá el trabajo realizado con esmero, con maestría artesana, de *puntare* o encajera, realizando en el hogar finas obras de blondas y puntas, ayudando así al mantenimiento de su madre y de sus hermanos pequeños. De discípula, la joven Paula se convirtió en maestra, abriendo su taller y su enseñanza a niñas y jóvenes de Arenys. La acompañaban en su labor dos muchachas de la localidad marinera, Inés Busquets y Felicia Clavell. Ya apuntaba entonces en Paula la vocación a dedicarse a la enseñanza de las niñas pobres, pues había detectado la gran injusticia de la marginación de las niñas, con respecto a los muchachos, en el acceso a la enseñanza.

La providencia les brindó la oportunidad de trasladar su incipiente labor de enseñanza a Figueres, la capital del Empordà. Un fabricante de curtidos y un abogado, sensibles a la falta de escolarización de niñas en dicha población, ofrecieron apoyo a las tres compañeras para que abrieran escuela en Figueres. En un pobre palomar, primero, luego en espacios más capaces, sin apenas contar con respaldo económico, Paula e Inés iniciaron la aventura, fiadas ya del patrocinio de un pionero de la educación popular, el fundador de la Escuela Pía, San José de Calasanz. Más tarde se les unió Felicia Clavell. Perturbaciones políticas interrumpieron dos años (1830-1832) la experiencia naciente, pero la obra popular de instrucción de niñas continuó en la Navidad de 1832: se consolida la enseñanza como colegio. Las maestras Paula y Felicia se habían aprestado a ampliar sus conocimientos: caligrafía, matemáticas. La pequeña comunidad inicial va creciendo con nuevas incorporaciones: el Instituto reli-

gioso que va naciendo, inspirado claramente desde 1837 en la obra de San José de Calasanz, es el primero en España que tiene como misión específica y exclusiva la enseñanza y educación cristiana integral de las niñas.

En 1841 Paula funda colegio en su villa natal: Arenys de Mar. Aquí las maestras empiezan a llamarse Hijas de María y, dirigidas por los escolapios de Mataró, visten el hábito de las Escuelas Pías: el ceñidor sobre el hábito negro escolapio. Las compañeras de Paula, en efecto, realizan con las niñas la obra educadora que los escolapios llevan a cabo con los muchachos.

El 24 de septiembre de 1846 la fundadora abre colegio en Sabadell con el firme propósito de que todas las niñas de la ciudad, que va abriéndose a la vida industrial, puedan acceder a la enseñanza, sin discriminación alguna, y en todas las ramas de la instrucción: labores, caligrafía, gramática, aritmética, geografía, historia. Un plan de estudios completo, según las nuevas exigencias del tiempo. El propósito de la madre Paula es muy claro y ambicioso, en medio del progreso y de las convulsiones de su tiempo: quiere salvar a las familias enseñando a las niñas el santo temor de Dios. Promoción de la mujer, educación integral, apostolado desde el colegio. «Piedad y letras», el lema calasancio, va cuajando en el Instituto que surge para la instrucción de las niñas. El ayuntamiento de Sabadell apoya a las Hijas de María con generosidad.

El mismo año 1846 se restaura y reorganiza en España, tras los malos tiempos de la exclaustación, la Institución docente de las Escuelas Pías. El comisario apostólico para tal restauración, nombrado por Pío IX, es el P. Jacinto Feliu, residente en Sabadell, y en esta ciudad toma posesión de su cargo. Enseguida también se encarga de la dirección espiritual de la hermana Paula Montal. El P. Feliu fue el artífice de la incorporación plena a la familia escolapia de la fundadora de las Hijas de María y de sus primeras compañeras; al dejar Sabadell para desempeñar su nuevo cargo, deja al P. Agustín Casanovas como encargado de las hermanas maestras. El P. Agustín prepara a Paula Montal y a las primeras hermanas, Inés Busquets, Felicia Clavell y Francisca de Domingo, y a otras hermanas para que el 2 de febrero

de 1847 emitan sus votos de castidad, pobreza, obediencia y dedicación a la educación de las niñas, este cuarto voto según la fórmula escolapia. La fundadora de la congregación que nació añadió a su nombre de pila y a sus apellidos «de San José de Calasanz», para que no quedara duda de su adhesión al carisma del fundador de las Escuelas Pías. Sobre el pecho las nuevas escolapias lucían el anagrama de *Maria, Madre de Dios*, la «theotokos», tan querida e invocada del santo fundador.

El siguiente 14 de marzo se celebró el primer capítulo para nombrar superiora del Instituto. Ocho votos: los de las cuatro profesas de Sabadell más cuatro que habían llegado por correo de las otras casas. Resultó elegida superiora general, por unanimidad, la madre Felicia Clavell de Santa Teresa. Francisca Domingo y Carmen Galiana, todavía no profesas, son elegidas consejeras. «La primera, a quien ocurrió, o Dios inspiró, tan santo pensamiento», según expresión del P. Felú y esperada por él como primera superiora general, queda al margen de la dirección.

Nunca la madre Paula llevó jurídicamente el timón del Instituto que ella en verdad había fundado. Acató en la humildad, la obediencia y el silencio la voluntad de Dios, manifestada por el voto de sus discípulas y compañeras. La marginación del primer capítulo general fue para ella el inicio de su itinerario de amor, obediencia, pobreza y sobre todo humildad, virtudes vertebradoras de la santidad auténtica de la fundadora. El 20 de marzo fue nombrada superiora de la comunidad de Sabadell y maestra de novicias.

A finales de 1847, se conoció el nombramiento del nuevo obispo de Girona, Florencio Lorente. Desde un principio valoró la obra de las Hijas de María y fue el primer prelado que dio la aprobación canónica al Instituto. Entre 1851 y 1852 los obispos de Girona, Vic, Barcelona y Tarragona fueron dando la aprobación a las Hijas de María, establecidas en sus diócesis.

Aunque al margen de la dirección central de la Congregación, Paula, entre 1849 y 1859, impulsó la expansión de su obra. En junio de 1849 abrió casa y colegio en Igualada, capital de la Anoia, de la diócesis de Vic, la cuarta fundación. El 31 de diciembre de 1850 Paula inaugura la quinta fundación en El Ven-

drell, en el Baix Penedés. En 1852, abre la casa de El Masnou, en el Maresme.

Pero en octubre del mismo año, Paula regresa a Sabadell para hacerse cargo de la dirección del noviciado. En él trabajó incansablemente para transmitir a las novicias el carisma que ella había recibido del Espíritu para la educación de la mujer, según el modelo que José de Calasanz había estrenado para los niños y adolescentes. Su impronta en la naciente Congregación fue viva y fecunda en las primeras generaciones de escolapias: 130 religiosas recibieron de la primera maestra de novicias una formación íntegra en una espiritualidad recia, orientada a la tarea de instrucción y formación de las futuras esposas y madres. Quería asentar la fuerza del Instituto en el espíritu de oración, que ella había aprendido de su gran maestra, Teresa de Jesús.

En febrero de 1853 se imprimieron las Constituciones de las Escolapias, aprobadas por los prelados de las tres diócesis en que estaban establecidas. La aceptación de las Constituciones escolapias fue la culminación de todo un proceso, iniciado en 1847, cuando el P. Feliu mandó a la Madre Paula un compendio de las Constituciones, redactadas para las Escuelas Pías, por San José de Calasanz. En 1855 empezaron las gestiones para la aprobación pontificia de la Escuela Pía femenina y de sus Constituciones, que en Roma llevaba a cabo el P. General de los Escolapios. En 1860 el papa Pío IX aprobó la Congregación, la primera de España en el siglo XIX que obtuvo el reconocimiento pontificio. En 1865 la reina Isabel II le otorgó la aprobación civil como Institución docente. Las Constituciones fueron aprobadas el 1870 interinamente por el mismo pontífice; en 1887 recibieron la aprobación definitiva de León XIII.

La primera fundación que no realizó personalmente la madre Paula fue la de Girona, en mayo de 1853. El colegio de Blanes se abrió al año siguiente. En 1857 se inauguraron los colegios de Barcelona y de Sóller (Mallorca).

El 15 de diciembre de 1859 la madre Paula llegó a Olesa de Montserrat para establecer comunidad y colegio de Escolapias. En Olesa se acrisoló la santidad de la fundadora, en todos los aspectos, dedicada plenamente a la educación de sus alumnas y

a la formación y dirección de la pequeña comunidad, pobre y austera. Sólo un breve paréntesis, en 1860, la alejará de su querida Olesa para poner orden en el colegio de Barcelona.

En 1871 la Congregación se reúne para capítulo general. Resulta elegida la madre Francisca de Domingo. Vuelve a quedar fuera del Consejo general la fundadora. La madre Paula es nombrada en 1874 cuarta consejera general, por fallecimiento de la madre Felicia Clavell, y luego superiora provincial de Catalunya. Pero estos dos nombramientos son puramente formales, sin poder decisorio alguno. Cabe hacer notar que la Congregación iba ensanchando su presencia, tanto que la segunda general erigió en 1872 la Provincia de Castilla, bajo la advocación de Santa Teresa de Jesús. En 1863 se había abierto el colegio de Santa Isabel en Madrid y en 1871 el de Carabanchel, y el de Lucena, en la provincia de Córdoba.

En estos años, hasta llega a obscurecerse y casi a negarse el rango fundador de la madre Paula, en papeles y declaraciones oficiales. Cuando más, se la llama «uniciadora». Ella, lejos de toda ambición de gobierno y protagonismo, vive su vocación profundamente y es regla viva del Instituto que fundara desde su quehacer de educadora de niñas y adolescentes, y de madre de una comunidad escolapia en Olesa. Durante los tiempos duros de la revolución «gloriosa» de 1868 y de la primera República (1873-1875), madre Paula se mantiene firme en su puesto de educadora, siempre al lado de sus alumnas.

En medio de los sinsabores del Instituto —cambio de la toca por la general Domingo que tanto revuelo armó, desviación del carisma escolapio por influencia del integrista Dr. Félix Sardá y Salvany—, madre Paula se mantiene en la discreción y en la firmeza de su vocación primera. Resplandece, sobre todo, por su ejemplaridad religiosa, por la santidad que transparentan sus actitudes y manifestaciones. Su vida interior va labrándose en una perfección admirable. Los últimos treinta años de su existencia los va desgranando en el quehacer cotidiano. Se desvive sobre todo por las alumnas más pobres, las hijas de los obreros que tienen que ausentarse de la villa para ir a ganar el sustento familiar a varios kilómetros de distancia. Practica generosamente la caridad y la enseña a sus alumnas, en los días tan

convulsos que descargaban su rigor en las clases populares y obreras. Enseña a sus niñas a orar, las inicia en el camino de la virtud. Como a lo largo de toda su vida, profesora y enseña a profesar una honda y tierna devoción a la Madre de Dios, patrona de la Orden calasanziana. En la ancianidad, mantiene y profundiza su carisma fundacional y lo vive si cabe más intensamente: «Salvar a la familia educando a las niñas en el santo temor de Dios». Unió a su impulso apostólico para promover cristiana y socialmente a la mujer y salvaguardar los valores de la familia, el cultivo de todas las virtudes. En la piedad, fue extraordinaria su devoción a la santísima Eucaristía, que reconocía como fuente primera de santificación de las almas y sacrificio de expiación agradable a Dios. En su postrera edad, consiguió un grado altísimo de oración contemplativa.

«Al final de su vida —predicó Juan Pablo II cuando la canonizó— dará muestra de la autenticidad, el temple y la ternura de su espíritu, un espíritu modelado por Dios, durante los treinta años de vida escondida en Olesa de Montserrat».

A su dulce y bien amado retiro, le llegan noticias de la expansión de la obra que ella comenzara en Figueres, allá por el 1829. En 1883 deja de ser superiora de la comunidad de Olesa. Cuenta ya 84 años.

Con los pies en el suelo, como modelo de educadores, pero con la cabeza y el corazón en el cielo, termina de pasar por este mundo haciendo el bien, a los ochenta y nueve años, la tarde del 26 de febrero de 1889. Desde su pobre celda se había despedido de las alumnas mayores. Murió con esta invocación en los labios: «Mare, mare meva» (Madre, madre mía), que cierto subió hasta Montserrat y de allí a la presencia gloriosa de la Madre de Dios y madre nuestra.

A su muerte, el Instituto fundado por madre Paula contaba con 308 religiosas, 35 novicias y 3 postulantes; en sus 19 colegios se educaban 3.464 alumnas.

En 1929 se celebró el primer centenario de la fundación de madre Paula. Su figura fue reconocida plenamente en el Instituto y se enaltecieron sus virtudes. Se pensó en iniciar el proceso de beatificación, pero, por las dificultades de aquellos años, no se llevó a término; fue abierto finalmente en la curia diocesana de

Barcelona en 1957. El 28 de noviembre de 1988 el papa Juan Pablo II reconoció la heroicidad de sus virtudes; en 1992 aprobó el milagro obrado por intercesión de la Venerable y la beatificó el 18 de abril de 1993. El 25 de noviembre de 2001 el papa celebró su canonización en la basílica de San Pedro del Vaticano.

A fines de 2001, 810 Escolapias, reunidas en 112 comunidades, educaban en sus colegios a 32.000 alumnos y alumnas, en 18 Estados: Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, España, Estados Unidos, Filipinas, Guinea Bissau, Guinea Ecuatorial, Italia, Japón, México, Polonia, Puerto Rico, República Dominicana y Senegal.

Propuesta, desde su canonización, como modelo para la Iglesia universal en el seguimiento auténtico de su Esposo y Señor, la veneramos como testigo, por su palabra y acción, del amor salvador del Padre a la familia y a la sociedad entera, pues gastó todas sus energías en la promoción integral de la mujer y la educación cristiana de la infancia y de la juventud (*Oración litúrgica de la misa*). Los valores y los derechos de la mujer cristiana, con su proyección y protagonismo como esposa y como madre, la importancia de la familia —iglesia doméstica— en la Iglesia y en la sociedad de nuestros días, tan discutida y zaran-deada por nuevos modelos y aspiraciones nuevas, encuentran en Santa Paula Montal una luz de regeneración y de esperanza. Sus virtudes de acatamiento en todo de la voluntad de Dios, de obediencia para el bien de la comunidad religiosa y humana, de humildad alejada de todo protagonismo, autentifican la verdad perenne del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

PERE LLABRÉS

Bibliografía

- AA.VV. (Instituto de Hijas de María. Religiosas de las Escuelas Pías), *Madre Paula Montal, educadora de la mujer* (Madrid 2001).
- ALMIÑANA, C., *Madre Paula y las Bienaventuranzas* (Roma 1998). *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 21992) col.931.
- Breve de beatificación: *AAS* 86 (1994) 15-17.
- CUEVA, D., *Diez escritos de M. Paula Montal* (Sabadell 1969).
- *Madre Paula, apóstol de la familia y de la escuela* (Madrid 1989).
- *Paula Montal, madre y maestra de la juventud* (BAC, 1988).

- FERNANDEZ, F., *El lema de Paula Montal en los albores del tercer milenio* (Roma 1997).
 JAVIERRE, A. M., *Bicentenario de la Beata Paula Montal (1799-1999)* (Roma 2000).
 LABARTA, M. L., *Lugares de Paula Montal* (Zaragoza 1989).
 — *Memoria histórica de la beatificación* (Roma 1996).
 MORAZA, P. DE, *Origen y Espíritu* (Valencia 1918).
 MORIONES, P., *Al servicio de la Iglesia* (Barcelona 1962).
 RABAZA, C., *Alma humilde* (Barcelona 1933).
 RODRÍGUEZ DE URETA, A., *Flores ascéticas* (Barcelona 1895).
 VÁZQUEZ, M. I., «Beata Paula Montal», en *Nuevo año cristiano. Febrero* (Madrid 2001) 368-376.
 VIDAL, D., *Reseña histórica* (Barcelona 1916).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PORFIRIO DE GAZA

Obispo († 421)

Porfirio nació en Tesalónica a mediados del siglo IV en el seno de una familia rica. A los veinticinco años decidió abandonar el mundo y entregarse a la vida solitaria e hizo vida de anacoreta, primero en el desierto de Egipto y luego en una cueva en las cercanías del río Jordán.

Arruinada su salud, se trasladó a Jerusalén, donde se dedicó a la oración en los santos lugares, yendo de un lado a otro con ayuda de muletas. Entonces encontró a Marcos, que sería su compañero y su biógrafo. Le encomendó ir a su tierra a vender una propiedad que había heredado y cuyo importe él quería dar a los pobres. Así lo hizo Marcos y a su vuelta halló a Porfirio completamente curado y habiendo experimentado una visión en la que Cristo le había invitado a tomar su cruz. Repartido el dinero a los pobres, Porfirio y su compañero vivieron de su trabajo manual.

Porfirio se acreditó en Jerusalén como varón santo, como hombre de Dios, y por ello el año 393 el obispo de Jerusalén lo ordenó de sacerdote y lo puso de guardián de la reliquia de la Santa Cruz.

El año 396, cuando contaba unos cuarenta años, fue elegido obispo de Gaza sin él saberlo, y fue a Cesarea engañado sobre el verdadero fin de su viaje. Consagrado obispo no sin gran repugnancia por su parte, hubo de irse a Gaza, donde le esperaba un pueblo pagano y supersticioso que achacaba la gran sequía

que se padecía a un castigo de los dioses. Pero cuando tras unas rogativas organizadas por Porfirio llovió, la lluvia se atribuyó a Cristo y muchos paganos se acercaron al cristianismo

La reacción pagana no se hizo esperar y se intentó excluir a los cristianos del comercio y de los cargos públicos. Porfirio entonces apeló al emperador y le solicitó licencia para acabar con los templos paganos aún existentes. La medida era fuerte pero la intervención de San Juan Crisóstomo y de su propia esposa movieron al emperador a conceder lo solicitado y para ello envió tropas imperiales que llevaron a cabo la destrucción de los templos en medio de un gran escándalo. Los paganos se vengaron saqueando la casa de Porfirio, que salvó la vida de milagro.

Porfirio construyó un hermoso templo que llamó Eudoxiano en honor de la emperatriz, y se dedicó el resto de su vida a atraer a los paganos al cristianismo, consiguiéndolo de muchos de ellos. Finalmente murió en paz el 26 de febrero del 421.

BEATO ROBERTO DRURY

Presbitero y mártir († 1607)

Había nacido en el Buckinghamshire y se sabe que llegó a Reims a estudiar para el sacerdocio en abril de 1588. Dos años más tarde fue enviado al colegio inglés de Valladolid, y aquí recibió la ordenación sacerdotal.

En 1605 se embarcó en Sevilla para Inglaterra, donde cuando llegó se estaba en el gran tema de la llamada conjuración de la pólvora. Pudo trabajar durante dos años y fue arrestado en Londres en febrero de 1607. Llevado a la prisión de New Gate se le ofreció la libertad si prestaba juramento al acta de supremacía, pero se negó. Fue entonces condenado a muerte.

Con él iba a ser ahorcado también William Davies pero en el último momento fue perdonado. El día antes de su muerte pudo confesarse con un sacerdote y entregar una relación de su prisión y condena. Fue ahorcado y descuartizado el 26 de febrero del año 1607. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987 con un amplio grupo de mártires ingleses.

27 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de los santos Julián y Euno, mártres en Alejandría de Egipto (s. III).
2. La conmemoración de San Besa, soldado y mártir en la misma ciudad (s. III).
3. En Reims, Santa Honorina, virgen y mártir (fecha incierta).
4. En Lyon, San Baldomero († 660), subdiácono *.
5. En Constantinopla, los santos Basilio y Procopio Decapolita († 741), monjes, defensores de las sagradas imágenes.
6. En Loudun, San Hipólito († 770), abad y obispo.
7. En el monasterio narecense en Armenia, San Gregorio († 1149), monje, doctor de la Iglesia armenia.
8. En Mesina (Sicilia), San Lucas († 1149), abad del monasterio del Santísimo Salvador, de la Orden de San Basilio.
9. En Londres, Santa Ana Line († 1601), viuda **, y los beatos Marcos Barkworth, presbítero *, de la Orden de San Benito, y Rogerio Filcock, presbítero *, de la Compañía de Jesús, mártres bajo Isabel I.
10. En Londres, Beato Guillermo Richardson († 1603), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
11. En Sencelles (España), Beata Francisca Ana Cirer Carbonell († 1855), virgen, fundadora de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl **.
12. En Isola de los Abruzos, San Gabriel de la Dolorosa (Francisco Possenti) († 1862), clérigo acólito, religioso pasionista **.
13. En Marsella (Provenza), Beata María de Jesús Deluil Martiny († 1884), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas del Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA

Clérigo († 1862)

Asís, la ciudad embalsamada por el recuerdo de San Francisco y Santa Clara, fue su cuna. Cuando nació pertenecía aún a los Estados Pontificios, en cuya administración de justicia trabajaba, como juez asesor, su padre.

Vino al mundo el 1 de marzo de 1838. Pocos años después, cuando el pequeño Francisco tenía sólo cuatro años, murió su madre. Él quedó huérfano, junto con sus doce hermanos, al

cuidado de su padre, ejemplar y cristianísimo. Y a su padre debió una firme educación familiar, gracias a la cual pudo llegar a superar el obstáculo de un carácter propenso a la cólera, y que no dejaba de dar frecuentes muestras de terca obstinación.

Francisco Possenti, que así se llamaba antes de entrar en religión, hizo sus estudios primero con los hermanos de las Escuelas Cristianas, y después con los jesuitas de Spoleto, a donde se había trasladado su padre. Ya de escolar se iniciaron en él las luchas en torno a la vocación religiosa, que tanto habían de alargarse.

A los dieciséis años, la pubertad logra enfriar algo sus fervores infantiles. Una enfermedad le sirve de advertencia, y él, vuelto hacia el Señor, le promete entrar en religión si se cura. Pero, recobrada la salud, no tarda en olvidar aquella promesa. Nuevo aviso, nueva enfermedad, más peligrosa aún que la anterior. Perdida casi toda la esperanza, se encomienda al entonces Beato San Andrés Bobola y renueva su promesa de entrar religioso. En efecto, al aplicarle la imagen de San Andrés, queda dormido y horas después se despierta completamente curado. Pero... el mundo tiraba de él con fuerza. Se encontraba en plena juventud, tenía éxito entre las muchachas de Spoleto y, por otra parte, la vida religiosa se hacía muy dura para su carácter independiente.

Nuevo aviso del cielo: el cólera se lleva a una de sus hermanas, que él quería tiernamente. Parecía ya imposible desoír la voz de Dios. Y, en efecto, Francisco habla un día seriamente con su padre y le manifiesta que quiere entrar en religión. Cosa curiosa, su padre, tan cristiano, se niega. Le parece imposible que un muchacho tan frívolo pueda perseverar, y quiere probar antes aquella vocación que más le parece fruto de una impresión fuerte, la causada por la muerte de su hermana, que de una serena reflexión. Y hay un momento en que parece que todo le daba la razón. A pesar de haber manifestado tan seriamente su deseo de marchar del mundo, Francisco vuelve a su vida anterior, y, aun frecuentando los sacramentos, se muestra aficionado al teatro y se deja envolver por las vanidades del mundo.

El golpe definitivo iba a llegar de la manera más inesperada. El día de la octava de la Asunción de 1856 Francisco está vien-

do pasar, como simple espectador, una procesión en la que se lleva una imagen de la Santísima Virgen de gran veneración en Spoleto: regalo de Federico Barbarroja a la villa, se decía que había sido pintada por San Lucas. De pronto el joven levanta su mirada al cuadro de la Virgen, y se siente sobrecogido al ver fijos en él los ojos de la imagen. Le parece escuchar una voz que dice: «Francisco, el mundo no es para ti. Tienes que entrar en religión».

Se siente anonadado. Ya no hay que deliberar más. Lo que importa es poner cuanto antes por obra la decisión tomada. Pero su padre continúa oponiéndose. Y más cuando ve que el joven ha pedido su ingreso nada menos que en la austera congregación de los pasionistas. Buen cristiano, deja su padre el asunto en manos de dos eclesiásticos respetables. Los dos, al principio, se inclinan a pensar que Francisco no resistirá la vida pasionista. Los dos, después de haber escuchado al joven, se concertan con él para eliminar las últimas dificultades. Y así el 21 de septiembre de 1856 Francisco Possenti cambiaba de hábito y de nombre. Pasaba a ser un novicio pasionista y a llamarse Gabriel de la Dolorosa. Había dejado su casa paterna y se encontraba en el retiro de Morrovalle.

Su vida religiosa iba a ser breve, pero intensísima. La adaptación le costó terriblemente. Acostumbrado al género de comidas propio de una casa acomodada, los toscos alimentos del pobre convento pasionista le causaban una repugnancia invencible. A pesar de las protestas de su naturaleza insistía en comer, hasta que los superiores, compadecidos, le permitieron temporalmente algún alivio. Lo mismo ocurría con todos los demás aspectos de la observancia. Sin querer aceptar la más mínima singularidad, seguía siempre al pie de la letra un horario y unos ejercicios que costaban mucho a su delicada complexión.

En febrero de 1858 comienza sus estudios, que le llevan primero al convento de Preveterino, después al de Camerino y finalmente al de Isola. En todos estos conventos dejó el recuerdo de su ejemplar aplicación. Dicen que tenía siempre ante los ojos aquellas palabras que había escrito un glorioso santo de su misma congregación, San Vicente María Strambi: «Cuando tenéis que entregaros al estudio, imaginaos que estáis rodeados por

una multitud innumerable de pobres pecadores privados de todo socorro y que os piden con vivas instancias el beneficio de la instrucción, el camino que conduce a la salvación» Ésta era la única preocupación de Gabriel: prepararse para el sacerdocio, al que, *sin embargo, por sabios designios de Dios no habría de llegar.*

De una parte estarían los trastornos políticos del reino de Nápoles. Y de otra parte lo impediría también su propia salud. Cuando ya empezaba a aproximarse la fecha de su ordenación sacerdotal, cuando ya, el 25 de mayo de 1861, había recibido las órdenes menores, la salud de Gabriel empezó a empeorar rápidamente. La tuberculosis se apoderó de él. Fue necesario recluírse en la enfermería y dedicarse de lleno a aceptar, con toda alegría y sumisión a la voluntad de Dios, aquel inmenso sufrimiento. De vómito de sangre en vomito de sangre, de ahogo en ahogo, vivirá así un año enteramente entregado a Dios, ofreciéndose a Él como holocausto y víctima.

Había sido ejemplar mientras estuvo sano. Sus compañeros quedaban maravillados al contemplar la ejemplaridad de la observancia. A la meditación de la pasión, típica de la congregación en la que había ingresado, añadió siempre un amor entusiasta, ingenioso, encendido a la Santísima Virgen. Se podría sacar un tratado completo de devoción a ella espigando detalles de la vida de San Gabriel. Desde lo intelectual, con el estudio continuo de lo que se refiere a la Santísima Virgen y la lectura repetida de *Las glorias de María*, de San Alfonso, hasta lo más menudo y cariñoso: todo un cúmulo de expresiones filiales que a cada paso surgen de sus labios y de su pluma. El amor a la Santísima Virgen fue ciertamente la palanca que le permitió subir rápidamente por el camino de la perfección.

Ejemplar también en la práctica de las virtudes religiosas. Amante de la pobreza hasta en los más mínimos detalles. Obedientísimo siempre, con anécdotas que casi nos hacen pensar en el mismo escrúpulo. Y hasta su amor a la castidad, con el voto que hizo de no mirar nunca a la cara a mujer alguna.

Y fue también muy ejemplar mientras estuvo enfermo. La presencia de Dios, que con tanta frecuencia solía él recordar, según es uso entre los pasionistas, en sus recreos, se hizo ya para

él completamente actual durante todo el día. Solo en la enfermería, podía darse de lleno a tan santo ejercicio. Sus mismos padecimientos le daban ocasión de ejercitar su caridad para con sus hermanos a quienes, ni en lo más agudo de sus sufrimientos, quería nunca molestar. Así se constituyó en la admiración y el ejemplo de todos los estudiantes del convento.

Hacia el fin de diciembre de 1861 un nuevo vómito de sangre puso en peligro su vida. Aún pudo asistir a una misa el día de Navidad. Su estado quedó estacionado hasta el domingo 16 de febrero. Nueva crisis, nuevos y más horribles dolores, nuevo vómito de sangre. Al fin se vio claro que aquello no tenía remedio humano. Cuando se lo dijeron, tuvo primero un ligero movimiento de sorpresa, e inmediatamente después una gran alegría. Recibió el viático, y pidió perdón públicamente a todos sus hermanos. Pero aún no era la hora. Sólo el 26 de febrero se le dio la extremaunción. En la noche siguiente, tras de rechazar reiterados asaltos del enemigo, Gabriel pidió por última vez la absolución. Y habiéndola recibido, cruzadas las manos sobre el pecho, iluminado su rostro juvenil por una luz celestial, rindió su último suspiro suave y dulcemente. Había comenzado el 27 de febrero de 1862.

Se le hubiera creído dormido cuando, echado en tierra sobre una tabla, según el uso de los pasionistas, le pudieron contemplar los religiosos antes de proceder a la inhumación en la capilla del convento. Pero, pese a la sencillez de su vida, transcurrida sin contacto con el mundo, entre las paredes de las casas de estudio pasionistas, pronto corrió por todas partes la voz de su admirable santidad. En 1892 se hizo la exhumación de sus restos. Iban llegando de todas partes noticias de milagros obtenidos por su intervención. En 1908 San Pío X procedía a su beatificación, teniendo el consuelo de asistir, anciana ya, una señora que en su juventud le había tratado bastante, hasta el punto de haber entrado en los planes de la familia Possenti el proyecto de una boda entre ambos. Años después, el 13 de mayo de 1926, Benedicto XV le canonizaba.

Muerto a los veinticuatro años de edad, minorista aún, después de seis años de profesión religiosa, todo el mundo mira a San Gabriel de la Dolorosa como modelo y protector de la ju-

ventud de los seminarios, noviciados y casas religiosas de estudio. Y como modelo también de admirable y sentida devoción a la Santísima Virgen María.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Bibliografía

- AAS* 2 (1909) 292s, 10 (1918) 252s.
 BERNARD, *Vie du bienheureux Gabriele dell'Addolorata* (Arrás 1911).
 — *Vie abrégée et lettres du bienheureux..*
 DOLOROSA, A. DE, *Vida de San Gabriel de la Virgen Dolorosa* (1920).
Lettere di San Gabriele dell'Addolorata (1920).
 HOLLOBOUGH, C., *St. Gabriel, Passionist* (Nueva York 1923).

SANTA ANA LINE

Viuda y mártir († 1601)

Inglaterra ya había consumado su ruptura con la catolicidad. Cuando nace Anne Heigham en Dunmox, en el condado de Essex, parece que el año 1566, ya Enrique VIII había muerto luego de dejar el reino que encontró católico convertido por la fuerza a una nueva religión, una nueva manera de entender el cristianismo, que los católicos hemos denominado el cisma de Inglaterra. A su gusto y capricho había dejado o quitado dogmas, costumbres y ritos sagrados, y había delineado una religión nacional, de la que él era la cabeza, y de ningún modo el obispo de Roma, del que decía que nada tenía de autoridad sobre las iglesias del reino inglés.

Enrique había tenido muchas mujeres, hasta seis, pero muy pocos hijos, solamente tres, que serían reyes sucesivos de Inglaterra, y cuyos reinados marcarían la pasmosa fluctuación religiosa de la Inglaterra del s. XVI: con Eduardo VI entraría el calvinismo a enroscarse en la recién nacida Iglesia nacional, pese al odio que el difunto Enrique le había tenido a la reforma protestante; con María I, la hija primogénita, se rehizo una fugaz integración de Inglaterra al catolicismo; pero con Isabel se terminó de perfilar el protestantismo inglés y se consagró lo que hoy llamamos anglicanismo, episcopalianismo en el exterior del Reino Unido.

El calvinismo, que toma este nombre de Juan Calvino, se había establecido y consolidado en Ginebra, y desde allí se había extendido a parte de Francia, a Holanda, a Escocia y a otras partes de Europa y había tenido influencia decisiva, como ya decimos, en la protestantización de Inglaterra, donde consiguió fervorosos e intransigentes partidarios.

La familia Heigham lo era. Formada por el matrimonio de Guillermo Heigham y de Ana Allen y sus hijos, en ella se practicaba con convicción la religión reformada. Y ésa fue la que Ana recibió de sus padres cuando abrió sus ojos a la vida. El ritmo de vida de su casa era conforme a la espiritualidad calvinista. Era una familia bien situada socialmente, con medios de fortuna, en la que se apreciaba el trabajo y el dinero. Austera y morigerada, sus costumbres puritanas le daban a la familia un alto grado de respetabilidad social, que sintonizaba perfectamente con el giro protestante que bajo Isabel tomaba decisivamente Inglaterra.

La familia tenía dos hijos, Guillermo y Ana, a los que sus padres criaban con esmero y les daban la formación humana y literaria que era acorde con su posición social. Ambos muchachos eran inclinados a la piedad y su padre veía con buenos ojos la afición que ambos tenían a la Biblia y a las cosas religiosas. Eran dos jóvenes preocupados por la religión y la moral.

La corona inglesa no había logrado erradicar el catolicismo del país. Lo había regado abundantemente ya con la sangre de los mártires pero no había logrado destruirlo. Y ello por varias razones. Primero, porque mucha gente no apostató sino que se calló, y aunque disimulada al exterior, conservaban la vieja religión en sus corazones. No tenían quizás oportunidad de recibir los sacramentos y de practicarla en comunidad, pero hacían oídos sordos a la predicación protestante, que denigraba la misa, abolía el culto a la Virgen María y presentaba al papa como un enemigo público de la nación inglesa. Esta gente silenciosa seguía siendo católica. En segundo lugar, muy pronto la conciencia católica, que había logrado nuevos sacerdotes bajo el reinado de María, seguía aprovechando el ministerio clandestino de éstos para seguir recibiendo los sacramentos y alimentando su fe. Es verdad que no los había en todas partes, pero donde los

había constituyeron un alimento para la fe de los católicos. En tercer lugar, porque la conversión de muchos al protestantismo fue insincera. No les habían convencido los razonamientos protestantes pero pensaron que no había otro remedio que hacerse protestante para poder llevar una vida normal en el país, y así sin convicción engrosaron las filas de las comunidades parroquiales reformadas. Es claro que estaban proclives a volver al catolicismo si alguien lograba infundirles el valor necesario para ello. Y por fin, la Iglesia Católica no se resignó a perder a Inglaterra para siempre, y conociendo la existencia de tantos católicos silenciosos y tantos convertidos insinceros, decidió enviar misioneros que sostuvieran la fe de los unos y atrajeran de nuevo a los otros, y para ello se fundaron varios seminarios, como los de Douai, Roma, Valladolid. , donde estos misioneros se prepararan.

La corona reaccionó airada ante la noticia del envío de estos misioneros y preparó los textos legales necesarios para que tanto ellos como quienes les acogieran o ayudaran fueran declarados traidores y tratados como tales, llevándolos al patíbulo. Para que de ellos no pudiera decirse que eran mártires, alegaron que se les condenaba por causas políticas, pero los mismos que querían hacerlos pasar por traidores sabían bien que el motivo era religioso, y la mejor prueba es cómo se les ofrecía la vida y la libertad si se pasaban al anglicanismo.

Éste será el marco histórico y legal en el que Ana Heigham desarrolle su vida y alcance el martirio. Porque hacia 1584, cuando la joven contaba unos dieciocho años, ella y su hermano Guillermo abrazaron el catolicismo. El contacto con sacerdotes católicos los llevó a los dos a ponderar las razones de una y otra religión y a decidirse finalmente por el catolicismo. A Ana y a su hermano todo les sonreía en el seno de su familia. Queridos y bien tratados por sus padres, a la una le esperaba un conveniente matrimonio, del que sin duda su padre se encargaría, y al que podría aportar los bienes que su padre le señalara, y al joven le esperaba la herencia paterna, con la que podría diseñar una vida acomodada. Ninguno de los dos ignoraba que, dada la ardiente fe calvinista de su padre, hacerse católicos sería mirado por él como algo horrible y que su padre podría tomar

represalias muy fuertes. El ánimo de los jóvenes no dejó de soportar las posibles consecuencias, aunque quizás confiaron en el amor paterno y pensaron que las cosas serían más suaves a causa de lo mucho que sus padres los querían.

No sabemos si los padres de Ana y Guillermo llegaron a olerse que el interés religioso de sus hijos los estaba llevando al paso al catolicismo. Pero cuando vinieron a enterarse era cosa hecha que ambos jóvenes habían sido recibidos ya en la Iglesia Católica. La ira del padre no tuvo freno. No solamente no se mostró dispuesto a comprender sino que les dijo a ambos con toda claridad que sólo los miraría y trataría como hijos si, dejando a un lado lo hecho, volvían al protestantismo sin dilación alguna; de lo contrario —añadió— ambos serían expulsados de la casa y dejarían de ser considerados como hijos. Días terribles pasaron los dos muchachos, no educados ni preparados para ganarse la vida por su cuenta fuera del hogar paterno, mientras el padre insistía en que su determinación era firme y que primero los quería muertos que católicos. Fue sin duda en la oración en donde ambos hermanos hallaron fuerza para poder abordar la tempestad que se les venía encima. Robustecidos con ella, contestaron al padre que su decisión era firme y que seguirían siendo católicos aun al precio de su vida. A la calle, fue la contestación paterna. Y a la calle se fueron los dos. Seguidamente el padre legalizó la medida por la que desheredaba a ambos. Hay que decir, sin embargo, que el padre no los denunció ante las autoridades. Al salir de la casa y desheredarlos, se olvidó de ellos. El martirio de Ana no fue a causa de ninguna denuncia paterna.

Ana y Guillermo fueron acogidos por los católicos, que naturalmente hubieron de pensar en el futuro de ambos muchachos. Guillermo, en efecto, pudo buscarse la vida por sí mismo. A Ana se le buscó una solución que ella aceptó de buena gana. Un joven convertido al catolicismo, Roger Line, le fue presentado a Ana, y resultó que él tenía una historia semejante. También lo habían expulsado de su casa por hacerse católico. Ahora estaba dispuesto a ganarse la vida con su trabajo. Los dos jóvenes sintonizaron y en 1585 ambos se unieron mediante el sacramento del matrimonio. La vida de los católicos ingleses era muy

difícil Estaban expuestos en cualquier momento a ser detenidos, y todo cuidado era poco cuando se atrevían a asistir a alguna misa, celebrada siempre con la mayor clandestinidad. La policía, por usar palabra moderna, estaba muy en guardia para la detención de los misioneros y de sus colaboradores. Ana y Roger se llevaban bien, vivían unidos por la fe y el amor, y el matrimonio se sostenía por el trabajo de Roger. Pero la adversidad se abatiría muy pronto sobre la pareja. Llevaban un año de casados cuando Roger fue detenido. Motivo: lo habían sorprendido oyendo la santa misa. Llevado a la cárcel, Ana procuró hacer por él lo que le era posible, y vivió con ansiedad la causa que se formó en su contra y que fue sustanciada con una condena a muerte. La suerte del joven parecía ser el martirio. Pero se lograron influencias a su favor y se revisó la sentencia, dejándola en la de destierro. Roger hubo de marchar a Flandes, y Ana no le acompañó, seguramente porque ello hubiera despertado ulteriores sospechas sobre ella o porque pareció que desde Inglaterra podía hacer algo para que el destierro le fuera levantado. En Flandes no dejó de acudir a las autoridades y contar su caso, solicitando ayuda al rey Felipe II. El monarca español beneficiaba a los exiliados ingleses y decidió que se le diera una pequeña pensión, que Roger enseguida compartió con su mujer, mandándole una parte a Londres, donde Ana había quedado. Ella se sostuvo con esta aportación, compartiendo ambos esposos la pobreza. Y así pasaron ocho difíciles años hasta que Roger, enfermo y pobre, murió en Flandes, acabándose para Ana hasta aquella pequeña pensión que recibía de él. Por su parte Ana había perdido la salud en estos duros años de separación de su marido, y era, pese a su juventud, una mujer enferma cuando se vio viuda y sin recurso alguno, otra vez igual que cuando hubo de salir de casa de sus padres.

La caridad de una señora católica vino en su ayuda. Mrs. Wiseman, que mas tarde terminaría su vida con el martirio, la acogió en su casa. Ana se fue con ella a Braddox, en su condado natal de Essex. Pero en 1595 el jesuita P. Gerald abrió en Londres una casa donde pudieran hospedarse los sacerdotes misioneros, con residencia en Londres o de paso por la capital, y necesitándose una mujer que fuera el ama de llaves de la misma,

pensó en Ana y la mandó llamar, proponiéndole esta forma de servicio a la causa de la fe. Ana no dejó de ver que aquello era peligroso, y que si era descubierta, podría ser condenada a muerte, pero no dudó en responderle al P. Gerald, cuando se le hacía ver este peligro, que ella nada deseaba más que morir por Cristo. Con decisión y energía tomó el camino de Londres y se hizo cargo de la casa.

Fueron cinco los años que Ana cuidó de aquella necesaria institución, y como dicen los testimonios, fue una madre para los sacerdotes. Padecía ella de frecuentes jaquecas, seguramente la enfermedad llamada migrañas, pero no por ello dejaba de acudir a todo cuanto se necesitaba en la casa. Se ha dicho que ponía en su servicio el afecto de una madre y la diligencia de una criada.

Los cinco años no pudo pasarlos materialmente en la misma casa, porque en el año 1597 el P. Gerald fue detenido y encerrado en la cárcel mientras se le sustanciaba la causa. Ana no dejó de visitarle, haciéndose así visible su conexión con él, y por ello no faltó quien se fijara en ella y se diese una primera sospecha sobre su persona. Aunque parezca imposible, el P. Gerald logró evadirse de la Torre de Londres en 1597.

El cambio de casa se hizo en cuanto el P. Gerald fue cogido preso. En la nueva casa Ana siguió acogiendo y sirviendo a numerosos sacerdotes, y destaca la prudencia con que sabía tratar a quienes, desconociendo la naturaleza verdadera de lo que allí se hacía, preguntaban a Ana. Tenía una gran sagacidad y buena mano para dar contestaciones apropiadas que desviarán la atención. De carácter amable y pacífico, era exactamente la mujer ideal para aquella delicada responsabilidad. Ella estaba, además, al frente de las finanzas de la institución y sabía con mucha mesura programar los gastos. Pese a saberse en peligro, no vivía alterada ni nerviosa, y contagiaba así su serenidad a los que hospedaba.

Pero el martirio era una palma que Dios tenía desde la eternidad predestinado otorgarle. El alma de Ana, piadosa, bondadosa, madurada en el dolor y la enfermedad, estaba preparada para él. Aunque la casa donde vivía estaba muy apartada del centro de Londres, no dejaron los vecinos de suponer que po-

dría tratarse de una casa de católicos, y decidieron exponer sus sospechas a las autoridades.

Y es que el día 2 de febrero de 1601 se tenía en la casa, a hora muy temprana, la santa misa. Muchos católicos querían asistir a ella, lo que no era exactamente prudente, pero Ana había consentido que un buen grupo asistiera. Y este número levantó las sospechas. Como se hacía siempre, entrados los asistentes a la misa, se cerró la puerta y se echaron las barras y cierres acostumbrados. Estaba todo preparado para celebrar la misa cuando llegó la policía y llamó a la puerta. La presencia en la calle de hombres armados les dio a los reunidos la certeza de que había habido una delación. El Beato Francisco Page, por entonces sacerdote secular y que dentro de la cárcel sería admitido en la Compañía de Jesús, era el que se disponía a celebrar la misa. Se quitó con celeridad los ornamentos y los ocultó. Abierta la puerta, los sicarios subieron aceleradamente la escalera y hallaron una habitación llena de gente con un altar preparado para la celebración de la misa. Se formó una gran confusión y entonces Ana, con enorme habilidad, empujó al P. Page a un escondite que había preparado. Preguntaron repetidamente por la presencia de un sacerdote, pero todos contestaron que allí no había ninguno, pues en efecto no estaba allí sino en el escondite. La evidencia del altar justificó que Ana Line fuera en aquel momento detenida y llevada a la prisión de Newgate.

Ana no se hizo ilusiones acerca de lo que le esperaba, pero se puso en las manos de Dios y aceptó lo que le viniera ofreciéndolo por su amor. La cárcel no hizo sino empeorar su débil salud. Se preparó en los días siguientes un jurado popular y se la citó a juicio el día 26 de febrero, presidiendo Lord Popham, Jefe de Justicia. Contra ella no había otro indicio que haber sido hallado un altar católico en su casa. A esto se añadió que un tal Marriott testificó haber visto en la casa de Ana a un hombre con un hábito blanco, parece que quería decir vestido de alba como para la misa. El juez, abandonada toda imparcialidad, le dijo al jurado que las pruebas eran suficientes, y el jurado naturalmente dio un veredicto de culpabilidad. Se le aplicaba a Ana el llamado estatuto 27 de la reina Isabel que condenaba como

traidores a quienes favorecieran a los sacerdotes católicos. Ana quedó aquel día condenada a muerte.

Ana estaba tan maltrecha de salud que debió comparecer ante el tribunal siendo llevada en una silla. Cuando le leyeron la sentencia, ella manifestó alegría y dio gracias a Dios por el martirio. Devuelta a la prisión de Newgate, escribió una carta al P. Page en la que disponía de sus escasas pertenencias. Una cruz de oro que tenía y su lecho se los dejaba al P. Gerald.

Llegó el 26 de febrero del año de gracia de 1601. Era el día señalado por la Providencia para que Ana fuera transplantada desde la Iglesia de la tierra a la Iglesia del cielo. Apenas amaneció un guardián se hizo presente en su celda y le comunicó que aquel día se cumpliría en ella la sentencia de muerte. Ana no se sobrecogió de miedo, más aún, no mostró el menor temor, sino que se dispuso a padecer la muerte por su fe con la entereza de un atleta, como lo era ella de su religión. Y a la hora de ser sacada y subida en el carro que debía llevarla al suplicio, vio que la acompañaban otros dos mártires. De ellos recibiría aliento y ella misma lo brindaría a ambos confesores de la fe con su fortaleza manifiesta.

Uno de los mártires era un religioso benedictino, llamado Marcos o también Lamberto Barkworth. Había nacido en el Lincolnshire y había recibido una exquisita educación en Oxford. Convertido al catolicismo, optó por el sacerdocio y para ello marchó al colegio de Roma, de donde pasó al de Valladolid. Una vez aquí sintió la vocación religiosa y pidió y obtuvo ser admitido en la abadía benedictina de Irache, Navarra, donde hizo la profesión monacal. Enviado a Inglaterra a difundir la fe católica, estaba destinado a ser el primer monje benedictino que, tras la supresión de los monasterios, diera la vida por Cristo en la plaza de Tyburn.

El otro era el P. Roger Filcok, sacerdote jesuita, originario de la región de Kent, y con el que Ana había tenido una estrecha amistad espiritual como hija suya de confesión. En efecto, en el tiempo en que había regido la casa residencia de Londres ella había confiado su conciencia a este padre jesuita, a quien estimaba muchísimo y en cuyos consejos y orientaciones espirituales ella confiaba del todo. Ahora lo veía unido a sí misma en la confesión pública de la fe y en la muerte martírial por Cristo.

La carreta, con su carga de mártires, dejó las puertas de la prisión de Newgate y enfiló las calles londinenses. Los viandantes miraban y comprendían. Otros tres católicos —decían— que son llevados a la horca. Los mártires iban en fervorosa oración. No es posible dudar que Ana recibió la absolución sacramental al tiempo que ambos sacerdotes se la daban entre sí. Luego ambos sacerdotes cantaron la antífona *Haec dies*, es decir: «Éste es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo». Confortados con el sacramento y la oración llegaron a la plaza de Tyburn, glorioso escenario de la muerte de tantos santos desde los tiempos del rey Enrique VIII, y allí se encontró Ana con la desagradable sorpresa de que la esperaban varios ministros protestantes a fin de exhortarla a abandonar su fe católica. Con toda decisión Ana se dirigió a ellos y les dijo: «Fuera de aquí. Yo no tengo nada que ver con vosotros».

Había una multitud reunida para presenciar la ejecución. Y ésta no pudo menos que admirar y comentar que el P. Marcos se las había ingeniado para que le hicieran la tonsura monacal y había logrado un hábito benedictino para morir con él sobre el patíbulo. Se dirigió a la multitud y recordó que era el hábito de los monjes que habían hecho católica a Inglaterra.

Le llegó a Ana la hora de subir al patíbulo y lo hizo con mucha paz. Y cuando ya encima de él iban a ponerle el lazo para ahorcarla, dijo que quería hablar y la dejaron hacerlo. Se dirigió casi a gritos a la multitud y dijo: «He sido condenada a muerte por haber dado hospitalidad a un sacerdote católico. Estoy muy lejos de arrepentirme. Ojalá hubiera podido hospedar a mil en vez de a uno solo»

Calló la mártir y el verdugo le echó el lazo al cuello. Ella comenzó a orar y el verdugo tiró de la cuerda que la levantó y la tuvo un tiempo pendiente hasta que la débil mujer perdió el conocimiento. Entonces fue bajada y el verdugo la abrió el pecho, le sacó el corazón y descuartizó sus restos, cumpliéndose así la horrible carnicería que era habitual con los mártires católicos, siendo expuesta su cabeza como la de una traidora a la reina.

Ana Line fue considerada desde el principio como una verdadera mártir, e incluida en la larga lista de los gloriosos confe-

sores de la fe a quienes el papa Pío XI colocó en el catálogo de los bienaventurados el 15 de diciembre de 1929. Y cuando se hizo una selección de mártires en orden a su canonización, su nombre fue elegido y quedó incluido en la lista de cuarenta a quienes el papa Pablo VI proclamó santos el 25 de octubre de 1970.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 22 (1930) 15ss; 64 (1972) 257ss.

CAMM, B., *The English Martyrs* (Cambridge 1929).

TESTORE, C., *Il primato spirituale di Pietro difeso dal sangue dei martiri inglesi* (Isola del Liri 1929).

TIGAR, C., *Forty Martyrs of England and Wales* (Londres 1970).

BEATA FRANCISCA ANA CIRER CARBONELL

Virgen († 1855)

Nació el 1 de junio de 1781 en Sencelles (Mallorca), hija de Juan Cirer y Juana María Carbonell, padres de otros cinco niños, una familia acomodada y profundamente piadosa. En su infancia solía rodearse de niñas a quienes preguntaba y enseñaba la doctrina cristiana, pues destacaba entre todas por su apostolado y «la más sólida piedad». Una virtud precoz que manifestaba su tierna religiosidad, demostrada en sus frecuentes visitas al Sagrario, donde permanecía arrodillada. Un sacrificio al que añadía sus particulares renunciaciones a escondidas de sus padres, y mortificaciones, ofreciendo su merienda a algún niño pobre.

Recibió la confirmación en 1788, creciendo con docilidad en su deseo de amar a Dios. La Primera Comunión tuvo lugar tres años más tarde, donde, según un relato oral, Francisca Ana pronunció estas frases: «Desde pequeña, siempre he sido de Jesús, pero ahora Jesús es mío y yo soy de Jesús».

Su decidida inclinación a la oración y a llevar una vida de piedad, motivó que sus padres intentaran disuadirla; sin embargo, cada día eran más notorias su profunda piedad, y el recato y modestia en el vestir. Debido a la muerte prematura de sus her-

manos su padre se opuso a que tomara estado religioso, aceptando de nuevo la voluntad divina que la tenía destinada para «mostrar a todos [...] los tesoros de su bondad». Su alma se forma en la recia experiencia de sufrimiento y soledad.

Al no poder profesar en un convento se consagró a la vida espiritual en su propio domicilio, manteniéndose unida a Dios, que la protege constantemente. Su madre fallece en 1807, quedando su alma llena de serena entereza, uniéndose con todas sus fuerzas al consuelo de la fe. Una fe que aun en medio del dolor y la tristeza llena su corazón de paz y alegría, como lo reconocían las buenas gentes que la saludaban como *Xirota*, alegre. ¿Cómo podía estar alegre con el corazón tan probado por el dolor? Es cuestión de gracia, de la gran virtud de la caridad: alegría para todos, el dolor para ella.

Al cuidado de su anciano padre, ambos trabajan a diario para mantener el patrimonio familiar, transcurriendo al tiempo entre la humildad, el servicio, la oración, la mortificación, adentrándose día a día en el camino de la perfección espiritual. En 1821 fallece su padre, Francisca Ana queda sola, y tiene 40 años. Decide acoger a varias señoras de buena fama, para vivir en comunidad, para crecer en devoción y virtudes cristianas, llevando una vida de religiosas. El patrimonio que había heredado de sus padres y administraba con experimentada rectitud, le permitía distribuir limosnas a pobres y necesitados, encargando, además, sufragios por las almas del Purgatorio. Junto con esta práctica de caridad, el trabajo manual, ocupándose en coser, fabricar cintas y flecos, entre otras cosas.

En 1826 dicta testamento, dejando todos sus bienes para que en la casa familiar se instale una congregación religiosa, con una regla de vida, bajo la dirección espiritual del párroco de la localidad. Más que fundar convento, se trataba de un «beaterio», una reunión de jóvenes que a falta de dote para contraer matrimonio, podían vivir en perfección cristiana, sin profesar en una congregación. Su decidido amor al prójimo la indujo a poner todo, incluso su propia persona, en servicio a los hermanos. Sobre todo los niños, a quienes impartía el catecismo para formar buenos cristianos, y, además, las niñas, a las que enseñaba a coser y bordar.

Se compadecía con gran deseo de los pecadores, a quienes pedía que se convirtieran y cambiaran su vida. Visitaba asiduamente a los enfermos, «exhortándoles a conformarse con la voluntad de Dios», deseando ardientemente su salvación, y ofreciéndose en todo como víctima: «venga todo sobre mí, perdona a este pecador». Muy próxima a los hermanos y «muy afable y cariñosa con todos, sencilla y natural», nunca ninguna tribulación le pudo arrancar la alegría de su rostro. A medida que iba creciendo su fama de mujer virtuosa, abnegada y comprensiva, se convertía en confidente y guía espiritual de quienes andaban buscando la paz del alma, y acudían a ella con gran confianza. Hablaba al corazón de cada uno, descubriéndole el amor de Dios, llenándolo con la amable unción de sus palabras, y animándole a tener confianza en la divina bondad, con gran calor persuasivo que nacía de su amante corazón, quedando todos pacíficos y consolados. En su íntima y callada unión con Dios gozaba de la paz en su alma, así fructificaba su amor al prójimo en fecunda cosecha de frutos espirituales.

Su amor se purificaba en la vida mortificada que practicaba de manera habitual con el ayuno, los cilicios y disciplinas, infligiéndose sufrimientos voluntarios. Humilde con todos, aficionada a la oración, «parecía que siempre estaba orando», y en algunas ocasiones este rezo se transformaba en éxtasis y arrobamientos.

Aunque no era eso lo que deseaba, en 1851 autorizó que se estableciera en su casa una comunidad de hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, contaba con 70 años, y pretendía la venerable anciana fundar «una comunidad de religiosas que se llamaría de la Virgen de los Dolores». Y lo consiguió. El 7 de diciembre del mismo año 1851 tuvo lugar la fundación del convento, profesando la Madre Francisca Ana de los Dolores de María y otras dos mujeres. Las obligaciones que imponían las Constituciones eran claras y precisas: «instruir a las niñas en el santo temor de Dios y en las labores propias de su sexo, dedicarse al cuidado de los enfermos, y a la enseñanza de la doctrina cristiana». Madre superiora, pues, cuanto más avanza en virtud tanto más se oye hablar de intervenciones diabólicas, que la atormentan, pero vive tan unida enteramente a Dios que venció

siempre. Y Dios la regala con éxtasis, como el que tuvo lugar el 29 de junio de 1853, que fue conocido por toda Mallorca, y por lo que «todos la tenían por santa».

En 1854, en consideración a sus dolencias y achaques, podía oír misa en el pequeño oratorio del convento. Recuperada la salud, el 27 de febrero de 1855 se acercó al templo parroquial, y después de comulgar, se encontró mal, siendo llevada al convento, donde recibió la unción de los enfermos y murió santamente a las diez de la mañana, quedando el pueblo «lleno de consternación y llanto» Su entierro tuvo lugar a los tres días de su muerte, debido al gran gentío que se congregó, acompañándola hasta el cementerio. En 1881 sus restos mortales fueron reinhumados en el templo parroquial, y cuatro años más tarde, en el convento, donde fueron reconocidos en 1904. El proceso ordinario para la beatificación quedó concluido en 1926. El año 1956 comenzaron las sesiones preliminares del proceso de milagros. Y, finalmente, en 1985, Juan Pablo II la declaró Venerable.

La lectura del decreto de beatificación tuvo lugar el 28 de noviembre de 1988, siendo solemnemente beatificada por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989 en la plaza de San Pedro del Vaticano.

El carisma de la Beata Francisca Ana se muestra en su vida enteramente dedicada a su parroquia, consagrándose en su propia casa al apostolado catequético, convirtiéndola en una iglesia doméstica viva y abierta a todos los necesitados del amor de Dios. En medio de sus paisanos la Beata Francisca Ana encontró el camino de la santificación, participando en la vida parroquial activa y responsablemente, trabajando incansablemente en la catequesis, en la atención a las necesidades del templo y la visita a los enfermos. Esta vida parroquial comprometida y diligente se alimentaba de Jesús Eucaristía y del amor generoso al prójimo. Experta catequista, su corazón amaba a Dios y por ese motivo lo daba a conocer a todos, de palabra y de obra. Con paciencia, con perseverancia, con infinita caridad. Su casa y su corazón estaban abiertos a todos, generosa para con los necesitados, austera para sí misma.

Su vida, probada fuertemente por el sufrimiento y las renunciaciones, la condujo al deseo de compartir la pasión de Cristo.

Un camino de cruz y sufrimientos, identificándose con María, dolorosa al pie de la Cruz de su Hijo. Y todo ello fue posible por «saber tener el corazón libre para consagrarlo y dedicarlo solamente a Él».

El milagro para la beatificación: le ocurrió a María Vallés Cirer, mujer de constitución robusta, a quien en junio de 1941 se le despertó un tumor en la glándula mamaria derecha y, a pesar de la terapia, su estado se agravó, de tal modo que se temió por su vida. Sus familiares comenzaron el 11 de febrero de 1942 una novena aclamándose a la M. Francisca Ana, y el séptimo día la enferma sanó instantáneamente, desapareciendo el tumor y el dolor del brazo. Esta mujer falleció en 1979, y contaba 71 años de edad. Fue aprobado este milagro por la consulta médica el 15 de abril de 1988.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 82 (1990) 1379.

«Carta pastoral del Sr. Bisbe de Mallorca» (septiembre-octubre 1989).

COLOMBAS LLULL, B., MB, *Francisca Ana Cirer. Una vida evangélica* (1971).

Index ac status causarum, o.c., 512.

Martyrologium romanum, o.c., 158.

L'Osservatore Romano (1-10-1989).

RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati* (Roma 1999) 484-489.

BEATA MARÍA DE JESÚS DELUIL MARTINY

Virgen († 1884)

Nació el 28 de mayo de 1841 en Marsella (Francia), hija del abogado Pablo Deluil-Martiny, destacado miembro del foro marsellés, y Anaïde María Francisca de Solliers, procedente de una noble familia de Provenza, un hogar cristiano donde su padre es admirado por su rectitud y honradez, generoso con los pobres y administrador del Hospicio de Caridad de la ciudad. Una persona, por tanto, de indudable rectitud y espíritu cristiano.

Su ejemplar madre le inculcó una piadosa devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según venerable tradición familiar, influyéndola poderosamente debido a su incontrolable carácter,

dotado, además, de una inteligencia despierta y sorprendente improvisación. Este carácter curioso, alegre y vivo hacía a veces muy difícil entretenerla en su niñez de forma convencional. Intentando lo mejor para ella ingresó en la enseñanza de las religiosas de la Visitación de Marsella, en donde tuvieron algún que otro problema con ella, debido a su impetuoso carácter, como queda indicado. Durante esta enseñanza fue confirmada por San Eugenio Mazenod, arzobispo de la diócesis marsellesa, a quien las monjas comentaron las características personales de la joven, respondiéndoles éste: «No se preocupen mis hermanas, son cosa de la infancia, ya verán que un día será Santa María de Marsella».

Los estudios superiores los realizó en el Sagrado Corazón de la Ferrandière de Lyon, al término de los cuales intentó resolver la vocación de su vida. En 1856, antes de regresar a Marsella, se acercó a la parroquia de Ars para pedirle consejo a San Juan María Vianney, el santo cura de Ars, quien la previno de las dificultades que el estado religioso conlleva, aconsejándole que lo meditara con más detenimiento. Regresó con sus padres a Marsella, y a pesar de sus prudentes consejos para que tome estado matrimonial, se compromete día a día más con los suyos a quienes amaba con todo afecto, abriendo su corazón al sufrimiento con decidido afán. Sus cuatro hermanos fallecieron sucesivamente: Clementina (1859), a quien amaba especialmente, Margarita (1867), Amelia (1872) y Julio (1872). Su corazón se dedicó a obras de caridad, y de manera distinguida a divulgar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, una devoción que se propagaba en 1864 aún más con motivo de la beatificación el 19 de agosto de la venerable madre Margarita M.^a de Alacoque, humilde visitandina del convento de Paray-le-Monial, donde en 1675 había recibido la admirable revelación del corazón de Cristo.

En este tiempo fueron muy frecuentes sus visitas al monasterio de la Visitación de Marsella, y en una de ellas se informa de la Guardia de honor al Sagrado Corazón de Jesús, fundada en 1863, que escoge una hora del día para glorificar, amar y consolar a Cristo, convirtiéndose en la primera celadora de esta piadosa asociación, empeñándose en propagar la de-

voción al Corazón de Jesús, el apostolado del amor al amor de Dios.

Su esforzado afán consigue que numerosos prelados de la Iglesia de Francia aprueben esta piadosa obra, inscribiéndose ellos mismos, para que «la sangre del Corazón de Jesús conforte y sostenga tu alma». Le mueve una gran pasión: Jesús ha derramado su sangre por la salvación del mundo, por eso, vive al pie de la cruz de Cristo, como su Madre, ante el Sagrario donde sigue vivo ofreciéndose en amor por todos.

En 1865 estuvo en el monasterio de la Visitación de Bourg, donde coincidió con el Beato Daniel Comboni, un gran misionero italiano apasionado por la evangelización de África, quien reconoce que «tiene una misión que cumplir, de la cual debe considerarse indigna, pero que ya ha comenzado a cumplir difundiendo la Guardia de honor». Con singular acierto escoge en 1866 al padre Juan Calage, SJ, como director espiritual. Día a día su compromiso personal se va esclareciendo, y al fin comprendió su vocación: «Hacer de su vida una continua inmolación en unión a la inmolación de Jesús Eucaristía».

Jesús desea una obra: la adoración a la Santísima Trinidad a través de su corazón eucarístico. Las almas que pertenezcan a esta obra se unirán a Él, sacerdote y víctima, en una única oblación, con el fin de obtener para la Iglesia, el ministerio sacerdotal y las almas los frutos de la redención. Su modelo será la Virgen María, asociada íntimamente al sacrificio de Jesús en el Calvario:

«El centro de todo, el único, es el Corazón de Jesús, con su amor desbordante, infinito [...] María, Madre de Jesús y de la Iglesia [...] es el modelo y el camino a seguir».

Un acontecimiento va a marcar decisivamente la vida familiar. En 1869 la generosidad y franqueza del abogado Pablo Deluil-Martiny ha sido traicionada por aquel que se vio favorecido en su necesidad, aun a riesgo de los bienes patrimoniales. Este riesgo ocurrió, y la familia Deluil-Martiny perdió gran parte de su hacienda. María sufre y se asocia a la Pasión de Jesús, víctima de obediencia y amor con Él. Al año siguiente Mons. Van den Berghe, obispo de Bourg, pasa algunos días en Marsella y se entrevista con María. Quiere el prelado organizar en Bélgica la

fundación que va a nacer; sin embargo, los acontecimientos provocados por la guerra franco-prusiana lo van a impedir.

El 8 de diciembre de 1867, durante la misa que celebra el padre Calage, se consagra a Dios con voto perpetuo de virginidad, y el obispo de Berchem (Amberes) le pide que establezca su obra en Bélgica. Allí sería presentada al cardenal Dechamps, arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, quien después de entrevistarse con ella confió a sus colaboradores: «Hoy he visto la Teresa de nuestro siglo». Regresó el mismo año 1872 a Marsella con sus padres, dedicándose a redactar la Regla y Constituciones del nuevo instituto. Finalmente, el 8 de diciembre de 1872 monseñor Dechamps aprueba y erige en Amberes el monasterio de las Hijas del Corazón de Jesús.

En mayo de 1873 acompañando a su madre estuvo en la Basílica de Paray-le-Monial con motivo del 2.º Centenario de las Apariciones del Sagrado Corazón de Jesús, e inicia, con bravo empeño, una suscripción popular pidiendo el regreso de los Jesuitas como administradores de tan celebrado templo. El 15 de junio de 1873 partió hacia Bélgica, y el 20 de junio recibió el velo de manos del obispo Van den Berghe, junto con otras compañeras. Como Regla tomó la de San Ignacio de Loyola, adaptándola a las exigencias de la vida contemplativa, que fue aceptada en 1876 por el Cardenal arzobispo de Malinas. Este mismo año perdió a sus padres, en breve distancia uno de otro, nueva prueba de amor que supo ofrecer a su divino Esposo. Dos años más tarde (1878) fue consagrada en Berchem la nueva Basílica-Santuario nacional del Sagrado Corazón de Jesús, templo votivo de la Iglesia de Bélgica, que se comenzó a construir tres años antes. La custodia de esta magnífica iglesia le fue encomendada a la M. María de Jesús, emitiendo los votos perpetuos en agosto de 1878.

La suprema prueba de amor suya fue ofrecer su propia vida como víctima por las intenciones del Papa. Este deseo fue comunicado al Beato Pío IX por carta y, a su fallecimiento, a León XIII, sucesor suyo. El Señor aceptó su ofrenda y el 27 de febrero de 1884, miércoles de ceniza, encontrándose en Marsella, moría asesinada a manos del jardinero del convento, Luis Chave, por odio a la religión según el ideario anarquista. Mu-

riendo se la oyó exclamar: «Le perdono, le perdono... Por la obra... ¡Por la obra!». Sus restos mortales fueron depositados en el panteón familiar, pero en 1906 se trasladaron a la Basílica del Sagrado Corazón de Berchem. El año 1896 León XIII aprobó la Congregación de las Hijas del Corazón de Jesús, iniciándose en 1921 la causa de beatificación. El año 1987 el papa Juan Pablo II la declaró Venerable.

El milagro de la beatificación se aprobó el 6 de junio de 1989, y le ocurrió a Juana Callearrt, de 24 años de edad, en Namur (Bélgica), quien, después de haber invocado la intercesión de la M. María de Jesús, obtuvo el 8 de noviembre de 1926 la curación, casi instantáneamente, de una gravísima úlcera en el duodeno. El 22 de octubre de 1989 Juan Pablo II la proclamó Beata en la plaza de San Pedro del Vaticano. En diciembre de ese mismo año el cuerpo incorrupto de la Beata María de Jesús fue colocado en una urna acristalada, bajo el altar del Sagrado Corazón de la Basílica votiva de Berchem.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

AAS 83 (1991) 876ss.

Index ac status causarum, o.c., 513.

Martyrologium romanum, o.c., 159.

L'Osservatore Romano (22-10-1989).

RESC H, A., *Miracoli dei Beati* (Roma 1999) 302-308.

RISSO, P., *La mia vita nel tuo cuore...* (1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN BALDOMERO

Subdiácono († 660)

Nacido en una aldea de las cercanías de Lyon, se ganaba la vida en esta ciudad como cerrajero, al tiempo que era persona piadosísima, que empezaba todos los días su jornada en la iglesia teniendo durante la plegaria una actitud edificante, y así por muchos años.

El abad Vivencio, del monasterio de San Sulpicio, viendo su gran piedad le ofreció una celda de su monasterio para que en ella pudiera dedicarse con total libertad a la oración. Baldomero aceptó la invitación y se trasladó al monasterio.

El obispo Gaudry comprobó, además, que era buen conocedor de las sagradas Escrituras y le quería ordenar de sacerdote. De no muy buena gana recibió el orden del subdiaconado, pero ya de ahí no pasó pues se consideraba absolutamente indigno del ministerio sacerdotal.

Perseveró en su género de vida ascética y piadosa hasta su muerte el 27 de febrero del año, al parecer, 660.

BEATOS MARCOS BARKWORTH Y ROGERIO FILCOCK
Presbiteros y martires († 1601)

Estos dos gloriosos sacerdotes acompañaron en el patíbulo a Santa Ana Line, cuyo martirio está relatado entre las biografías extensas de hoy.

Marcos era religioso benedictino. Había nacido en Searby (Lincolnshire) en 1572 en el seno de una familia anglicana. Luego de estudiar en Oxford, marchó a Douai donde abrazó la fe católica y se decidió por el sacerdocio. Enviado al colegio inglés de Valladolid, aquí se ordenó sacerdote el año 1599 y conoció a los benedictinos. Enviado a la misión inglesa, pasó por el monasterio de Irache, en Navarra, donde recibió licencia para profesar en la Orden si se hallaba en peligro de muerte. Usó en Inglaterra el apellido Lambert, lo que no le sirvió para impedir su pronto arresto y encarcelamiento. Varios de los miembros del jurado que lo sentenció a muerte eran antiguos compañeros suyos. Logró hacerse con un hábito benedictino para usarlo en su ejecución y pudo lograr se le hiciera la tonsura monacal. En el patíbulo pudo decir a la multitud que él era monje de aquella Orden que el papa San Gregorio Magno envió para evangelizar Inglaterra.

Rogerio Filcock era natural de Sandwich (Kent) y entró en el colegio de Douai en 1588, de donde partió a Valladolid. Se ordenó sacerdote en 1590. Pidió la admisión en la Compañía de Jesús y se le difirió hasta que hubiera trabajado en la misión in-

glesa. Llegó a Inglaterra en 1597 y trabajó con gran celo apostólico, lo que le valió que en 1599 el provincial jesuita lo admitiera en la Compañía. Iba a pasar al Continente a hacer el noviciado cuando fue arrestado y encarcelado en Newgate. Pese a la falta de pruebas, fue condenado a muerte como traidor.

Ambos fueron ahorcados y descuartizados seguidamente de Santa Ana Line el 27 de febrero de 1601. Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929.

BEATO GUILLERMO RICHARDSON

Presbítero y mártir († 1603)

Guillermo nació en el condado de York, en el pueblo de Wales, hijo de una humilde familia, alrededor del año 1572. Católico convencido, cuando era un joven de veinte años no dudaba en arriesgarse en prestar los servicios que le eran posibles a los sacerdotes presos en Wisbech.

Decidido a ser sacerdote, marchó a Douai e ingresó en el seminario, pero le enviaron a Valladolid en julio de 1592 y en octubre del mismo año pasó a Sevilla, en cuyo colegio inglés hizo todos los estudios eclesiásticos y en la misma ciudad se ordenó de sacerdote.

En 1600 fue autorizado a volver a Inglaterra, donde usó el apellido de Henderson como medio de disimular su presencia. Pudo trabajar apostólicamente en su país hasta el 12 de febrero de 1603 en que fue detenido por una delación. Se le encerró en la cárcel de Newgate y no se permitió que nadie le visitase durante los días que duró su detención. Compareció ante el juez sir John Popham. Éste trató ante todo de establecer que Guillermo era un sacerdote católico y que había sido ordenado fuera de Inglaterra, lo cual ya constituía de por sí un delito de traición. Guillermo no negó ni su fe ni su sacerdocio e incluso esta declaración la firmó.

El juez llevó este escrito al jurado y, aunque no había otras pruebas, fue considerada suficiente como para declararlo culpable. Guillermo negó ser jesuita y no dudó en decirle al juez que era una persona sanguinaria, deseosa de la sangre de los católicos, ante lo cual el juez dejó el tribunal.

Guillermo fue llevado al ordinario suplicio de la horca y posterior descuartizamiento. Guillermo dio en todo momento pruebas de serenidad, paciencia y presencia de ánimo, mientras que Popham no pudo disimular su ira y odio contra los sacerdotes católicos. Era la segunda quincena del mes de febrero de 1603, día 28 según el calendario romano, aunque se le recuerda hoy.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929.

28 de febrero

A) MARTIROLOGIO

1 En Alejandria, los santos presbiteros, diaconos y fieles que, durante la peste habida en el imperio de Valeriano el año 262, no dudaron en sufrir la muerte al contagiarse de asistir a los apestados, y a quienes la comunidad venero como martires *

2 En St Roman de la Roche, San Roman († 463), presbitero y abad

3 La conmemoracion de las santas Marana y Cira, virgenes y reclusas en Berea de Siria

4 En Paris, Beato Daniel Brottier († 1936), presbitero, de la Congregacion del Espiritu Santo *

5 En Oswiecim (Polonia), Beato Timoteo Trojanowski († 1942), religioso franciscano conventual y martir *

Día 29, en los años bisiestos

Los años no bisiestos estos santos se conmemoran el dia 28

1 En Roma, en Via Tiburtina, San Hilario († 468), Papa **

2 En Worcester, San Oswaldo († 992), obispo de Worcester y arzo bispo al mismo tiempo de York **

3 En Aquila de los Abruzos, Beata Antonia de Florencia († 1472), viuda, fundadora del monasterio de Corpus Christi, de monjas clarisas

4 En Sy-Lin Hien, San Augusto Chapdelaine († 1856), de la Sociedad de Misiones Extranjeras de Paris, presbitero y martir **

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HILARIO

Papa († 468)

Su nombre latino es ordinariamente Hilarus, a veces Hilarius. Natural de Cerdeña. Siendo diácono de Roma fue enviado en 449 por el papa San León I al concilio [Latrocinio] de Éfeso en calidad de legado pontificio. Aquí se negó a firmar la deposición de San Flaviano, patriarca de Constantinopla. Temiendo las iras de sus adversarios, Hilario partió ocultamente, llevando consigo la apelación que Flaviano dirigía a San León, texto hallado en 1882 por Amelli en la Biblioteca Capitular de Novara. Ya en Italia, el enviado pontificio escribió a la emperatriz Pulqueria, informándola de lo ocurrido. Todavía diácono, despliega otra actividad muy distinta, de carácter litúrgico: encarga a un tal Victorio de Aquitania la composición de un Ciclo Pascual, donde se intenta fijar la verdadera fecha de la Pascua, punto sobre el que aún no estaban de acuerdo griegos y latinos. El mismo Hilario estudió previamente la cuestión; pero, para informarse de los escritos de aquéllos, se valió de traducciones latinas, pues, según parece, conocía bien poco el griego. Por lo demás, el cómputo de Victorio fue ley en la Galia hasta el siglo VIII.

Hilario sucedió a San León en la Sede de San Pedro a fines de 461. Durante sus siete años de pontificado no ocurrieron acontecimientos de gran importancia para la Iglesia universal. El mérito del Santo consiste principalmente en la firme defensa de los derechos de la Iglesia en materia de disciplina y jurisdicción. Ya al año escaso de su consagración, como Pastor supremo, tuvo que dirigirse a Leoncio, arzobispo de Arlés, pidiendo informes sobre la usurpación del episcopado narbonense, llevada a cabo por Hermes: el Papa se extraña de que, siendo el asunto de la incumbencia de Leoncio, éste no le haya escrito antes sobre el conflicto. Poco después, presente «numeroso concurso de obispos», reúne en Roma un concilio donde, por bien de la paz, se consiente dejar a Hermes en la sede narbonense, pero, para prevenir futuros abusos, se le priva del derecho de ordenar obispos, derecho que pasa a Constancio, prelado de Uzès. La resolución conciliar fue enviada el 3 de diciembre, año

462, a los obispos de la Galia meridional en una carta donde también se prescribe que, convocados por Leoncio, se reúnan cada año, a ser posible, todos los titulares de las provincias eclesiásticas a quienes se dirige el documento, o sea de Viena, Lyon, dos de Narbona y la Alpina: en tales asambleas se han de examinar costumbres y ordenaciones de obispos y eclesiásticos, si ocurren causas más importantes que no puedan «terminar», consulten a Roma.

Asimismo tuvo que atender Hilario al asunto del arzobispo de Viena, Mamerto, que había consagrado ilegalmente a Marcello como obispo de Die. El Papa, manteniendo los principios legales y renunciando a imponer penas (supuesta la sumisión del acusado), remite la cuestión a Leoncio, a quien pertenecía en este caso el derecho de consagrar.

Abusos semejantes, cometidos en España, fueron considerados en un concilio de 48 obispos que congregó el Papa en Santa María la Mayor (noviembre del 465). En la carta referente a este sínodo, enviada a los prelados de la provincia de Tarragona, que previamente habían consultado a Hilario, manda el Pontífice, entre otras cosas: 1.º Sin consentimiento del metropolitano tarraconense, Ascanio, no sea consagrado ningún obispo. 2.º Ningún prelado, dejando su propia iglesia, pase a otra. 3.º En cuanto a Ireneo, sea separado de la iglesia de Barcelona y retorne a la suya. 4.º A los obispos ya ordenados, los confirma el Papa, con tal que no tengan las irregularidades señaladas en el concilio.

Otro mérito de San Hilario fue el haber impedido la propaganda herética en Roma al macedoniano Filoteo, y esto a pesar del apoyo que encontró el hereje en el nuevo emperador de Occidente, Antemio.

Tal rectitud de Hilario en lo tocante a la disciplina y a la fe, brota de lo que podríamos llamar norma de su vida y su gobierno: «En pro de la universal concordia de los sacerdotes del Señor, procuraré que nadie se atreva a buscar su propio interés, sino que todos se esfuercen en promover la causa de Cristo» (epist. *Dilectioni meae*, a Leoncio, ed. Thiel, 1,139).

En cuanto a lo referente a la piedad personal y fomento del culto, señalemos que Hilario edificó, entre otros, dos oratorios

en la basílica constantiniana de Letrán: el de San Juan Bautista y el de San Juan Evangelista. Otro, dedicado a la Santa Cruz, con ocho capillas, se alzaba al noroeste de aquél. El Papa profesaba especial devoción al santo Evangelista, pues a él atribuía el haberse salvado de los peligros que corrió en el Latrocinio de Éfeso: en señal de gratitud hizo grabar a la entrada del oratorio la siguiente inscripción: «A su libertador, el Beato Juan Evangelista, Hilario obispo, siervo de Dios». A este mismo Papa atribuye el *Liber pontificalis* la construcción de un servicio de altar completo, destinado a las misas estacionales: un cáliz de oro para el Papa; 25 cálices de plata para los sacerdotes titulares que celebraban con él; 25 grandes vasos para recibir las oblações de vino presentadas por los fieles y 50 cálices ministeriales para distribuir la comunión. El servicio se depositaba en la iglesia de Letrán o en Santa María la Mayor, y el día de estación se transportaban los vasos sagrados a la iglesia donde iba a celebrarse la asamblea litúrgica. También levantó Hilario un monasterio dedicado a San Lorenzo, y cerca de él una casa de campo, probablemente residencia o «villa» papal, con dos bibliotecas.

Murió el Santo el 9 de febrero de 468. Fue enterrado en San Lorenzo *extra muros*. Largo tiempo se celebró su aniversario el 10 de septiembre, conforme a ciertos manuscritos jeronimianos; pero ya desde la edición de 1922 del *Martirologio romano*, se trasladó su memoria al 28 de febrero.

AUGUSTO SEGOVIA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., septiembre, vol.3.

DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, I p.242s.

HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles*, II (París 1907-1952).

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...*, XVI (Venecia) 35s.

BARDY, G., en A. FLICHE - V. MARTIN, *Histoire de l'Église*, IV p.219s; 337s.

AMANN, E., artículo en *Dict. Théol. Cath.*, VI col.2385s.

GRISAR, H., *Rom beim Ausgang der Antiquen Welt* (Geschichte Roms und der Päpste, 1; Friburgo 1901) 323s.

SAN OSWALDO DE WORCESTER

Obispo († 992)

La Iglesia celebra el día de la muerte de los santos porque es su natalicio para el cielo. El 2 de febrero del año 992, cercano ya el final del primer milenio cristiano, fallecía en olor de santidad el Obispo de Worcester, Oswaldo, después de haber lavado los pies a doce pobres y haberles sentado a su mesa.

Worcester, en la orilla izquierda del río Severn, es actualmente una ciudad del Reino Unido, capital del condado de Hereford y Worcester, con casi cien mil habitantes.

Tiene una bella catedral gótica de los siglos XI-XIV. Es un centro industrial muy antiguo, con manufacturas y fábricas de maquinaria y utensilios agrícolas, cueros, porcelanas, etc.

Hijo de padres daneses, Oswaldo era pariente de San Oda, Arzobispo de Canterbury, apellidado «el Bueno», consejero de reyes y mecenas de estudiosos, en la mitad del siglo X. También estaba emparentado con Oskytel, Arzobispo de York.

Se hizo monje benedictino en la famosa abadía francesa de Fleury, junto al río Loira, probablemente por influjo de San Oda.

En el año 959, ya sacerdote, regresa a Inglaterra. Y en 961, por recomendación de San Dunstano, con quien compartía los ideales monásticos, fue nombrado Obispo de Worcester.

Allí, con tenacidad delicada y cortés —contrastando con los bruscos procedimientos de San Etelvoldo en Winchester— logró transformar su cabildo en una auténtica comunidad monacal, el año 964.

Fundó también un monasterio en Westbury-on-Trym, muy cerca de Bristol, y el aún más notable de Ramsey (Huntingtonshire), de donde más tarde nacieron Pershore y Evesham (Worcestershire).

Para su preferido monasterio de Ramsey recabó la ayuda del de Fleury donde se había formado. Y le prestaron como maestro, por algunos años, a San Abbon, que ya gozaba de justa fama entre los monjes.

Abbon, nacido en Orleáns entre 945-950, murió el 13 de noviembre de 1004. Después de una exquisita y vasta formación adquirida en la abadía benedictina de Fleury, e incansable-

mente ampliada en París y Reims —por lo que su erudición se extendía por las áreas de la astronomía, la música, la retórica y la geometría—, llegó a ser uno de los más fecundos escritores de su tiempo. Son famosos sus *Syllogismi didactici*. Con sus escritos de cálculo y de astronomía pudo refutar a los que veían inminente el fin del mundo con los estertores del milenio.

Nada extraño que San Oswaldo le llamara a dirigir la escuela abacial de Ramsey el año 982, pues la fama de Abbon se extendía por doquier.

En la floreciente abadía de Fleury se enseñaban todas las ciencias, hasta la misma taquigrafía. En Inglaterra, Abbon permaneció dos años, gozó de gran prestigio y pudo anudar profundas relaciones de amistad con eminentes personalidades religiosas y civiles.

A su regreso, fue nombrado abad de Fleury en 988. Y, por medio de él, llegó a los monasterios fundados por San Oswaldo la ilusión, el aire primaveral de reforma y renovación que venía de Cluny.

La inteligente labor de San Oswaldo fructificó abundantemente más tarde en los escritos de Byrthferth, sobre todo en el *Manuale*, que fue el más importante y el mejor tratado científico escrito en Inglaterra después de San Beda.

Sin dejar su sede episcopal de Worcester, se le añadió el arzobispado de York, pobre en tierras y bienes. Era de esperar, pues Oswaldo se había convertido en la figura más relevante del renacer monástico que surgió en el siglo X y que iba a dar a Inglaterra muchos obispos esclarecidos, artistas creadores y centros de estudio florecientes, ya antes de la Conquista. Y una pléyade de misioneros para los Países Escandinavos.

En cambio, los hechos demostraron que fue un fracaso su acariciado intento de restaurar la vida monástica en Ripon. A la muerte de San Edoardo, mártir, se produjo una fuerte reacción antimonástica. El rey de Marcia, Elfhære, dispersó las comunidades de Oswaldo, aunque la reacción hostil fue pasajera y no llegó a afectar al monasterio de Ramsey.

Como obispo y pastor, Oswaldo tuvo un objetivo claro y directo: mejorar la deseada formación y educación del clero y la fiel observancia del celibato eclesiástico. Su característica genti-

leza, su natural elegancia, su cortesía y buen humor, le granjearon el amor entrañable de su pueblo.

Después de una vida y muerte ejemplares, su venerado cuerpo fue honoríficamente trasladado a un sepulcro nuevo por San Wulfstano, uno de sus insignes sucesores en el episcopado desde 1062-1095, émulo de sus abstinencias y de su amor a la vida monástica, imitador devotísimo de los santos ingleses, San Beda, San Dunstano y de nuestro San Oswaldo.

El culto a sus reliquias se produjo enseguida. Y en Worcester se celebraba, además de la fiesta de su memorable tránsito el 28 de febrero, la de la traslación el día 15 de abril y la de su ordenación episcopal el 1 de junio.

Un anónimo biógrafo contemporáneo escribió su *Vita*, a la que con toda justicia Eadmero tilda de prolija y pesada. No obstante, los estudiosos modernos la consideran de gran importancia por la información que suministra de aquellos lejanos tiempos.

A la vista está la importancia que en la vida de la Iglesia cobran los monasterios y la vida consagrada. En la época de San Oswaldo se fundaron unos sesenta que dieron sus frutos más tarde. Baste recordar que, durante casi cincuenta años de este siglo, los obispos de las tierras anglosajonas salieron de los monasterios.

Los tres grandes reformadores que renovaron la vida monástica con aportaciones continentales, fueron monjes y después obispos: Dunstan de Londres y después de Cantorbery, Etelvolvo de Winchester, y Oswaldo, el danés, de Worcester y York.

Esta renovación de la vida benedictina impulsada por Cluny y otros famosos cenobios fue uno de los factores principales decisivos para la renovación de la vida cristiana de las comunidades, tantas veces interrumpida, casi hasta la extinción, por las sucesivas invasiones devastadoras.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

- FARMER, H, «Oswaldo», en *Bibliotheca sanctorum*, IX cols.1296-1297.
 «Vita», en J. RAINE (ed.), *Historians of the Church of York* (Londres 1879) 399-475.
 EADMERO, «Vita», en *ibid.*, 1-59.

SAN AUGUSTO CHAPDELAINÉ

Presbítero y mártir († 1856)

Nació el 6 de enero de 1814 en la hacienda de La Métairie de La Rochelle Normande (Francia), hijo de Nicolás Chapdelaine y Magdalena Dodeman, padres de una prolífica prole, dedicándose hasta la edad de veinte años a tareas agrícolas. Decidido a ordenarse sacerdote ingresó en el Seminario de Coutances, donde al término de sus estudios recibió el presbiterado el 10 de junio de 1843. Su primer cargo pastoral fue el de vicario de la parroquia de Boucey, donde permanece durante siete años entregado a la predicación y administración sacramental de sus feligreses. Deseoso de ir a evangelizar a tierras de misión, es admitido en la Sociedad de Misiones Extranjeras de París en 1851, y el 29 de abril del año siguiente parte para las misiones de dos grandes provincias del sur de China: Kouang-Tong (Gran Este) y Kouang-Si (Gran Oeste) y la isla de Hainán.

El padre Augusto Chapdelaine embarca en el puerto de Amberes con otros seis sacerdotes el 5 de mayo de 1852, llegando a Hong-Kong en el mes de diciembre, acogándose en la nueva procura de las Misiones Extranjeras instalada en aquel lugar, concedido a Inglaterra después de 1842. Durante diez meses el P. Chapdelaine reside en esta casa, a la espera de su nuevo destino misionero.

En compañía del P. Payan parte el 12 de octubre de 1853. Asaltados por un grupo de corsarios que les despojan de cuanto llevaban a bordo, deben regresar a Cantón. En noviembre, a bordo de un barco armado con cuatro cañones, consiguen atemorizar a los piratas que les franquean el paso. Después de un largo periplo por los montes de Humán a pie, en palanquín o en sampán por la orilla del río, llegan a Kouy-Yang, capital de la provincia de Koy-Tcheou «Tierra preciosa» en febrero de 1854. Él mismo escribirá recordando este penoso viaje:

«Muy fatigados de nuestro viaje después de tres largos meses pasados en barcas descubiertas a todos los vientos, siempre sentado o tendido, sin poder ni salir ni levantarme, ni respirar el aire, ni ver el cielo, sin poder leer ni trabajar. ¡Qué largas y frías son las noches!».

En Kouy-Yang su primera atención fue estudiar la lengua que desconoce. Es acogido en casa de una familia piadosa con la que puede intercambiar sólo unas pocas frases. Tres meses más tarde recibirá el cargo de superior de la Misión y comenzará con otros dos compañeros a predicar apostólicamente. En julio reciben la visita de un cristiano recientemente convertido, Jerónimo Lou Tingmei, que le narra la evangelización de Macao, su país de origen, y en una región vecina a Kouang-Si. Este celoso neófito es un «Miao» de Macao, un hombre culto convertido gracias a la llegada a Macao de cristianos procedentes de Zening. Gente de su etnia emigró de dicha región vecina donde instruyeron en la fe cristiana a un grupo de unos 300.

A mediados de agosto el P. Chapdelaine parte a visitar a los cristianos que habitan en los montes de Kouang-Si, más allá del valle de Hongshuijiang, «el río de las aguas rojas», donde permanece hasta el mes de noviembre. En diciembre un grupo de diez neófitos vienen a buscarlo enviados por Lou Tingmei, recibiendo una acogida afectuosa. Emprendió las visitas a estos nuevos cristianos, en particular visitando Yaoshán en el cantón de Sy-Lin. Esta primera estancia del P. Chapdelaine en Kouang-Si sólo dura algunos meses. A su lado estaba el traidor.

El 8 de diciembre de 1854 celebra la primera misa en Kouang-Si, escogiendo el nombre chino de Ma, lo que le acarreará bien pronto el enojo de algunos, debido a que entre los musulmanes es la primera sílaba del nombre de Mahoma. Un pariente de un neófito, llamado Bai San, le denuncia al prefecto de Sy-Lin como cómplice de los rebeldes musulmanes. El prefecto Tao es un hombre íntegro y descubre pronto la falsedad de la acusación, pidiendo al misionero que le hable del Evangelio que ha tenido ocasión de apreciar, aconsejándole que se quede en la población por razones de seguridad y se retire de inmediato de Kouy-Tcheou, según refiere el mismo misionero a sus superiores:

«El enemigo del bien se encuentra instalado en su imperio, no ha tardado mucho en suscitar obstáculos. Diez días solo después de nuestra llegada un familiar de un neófito nos ha denunciado ante el gran mandarín del lugar»

La curiosidad del mandarín por conocer la religión cristiana le hizo preguntar al misionero: «¿Cómo podéis creer en el paraíso y en el infierno sin verlos?», pidiendo, además, que le enseñara los libros religiosos que llevaba «que retuvo unos diez días».

Estuvieron presos unos 18 días, durante los cuales los labradores acudían en masa para verlo y oír predicar el catecismo. Recuperada la libertad el 19 de marzo de 1855, fiesta de San José, bautizó a 809 personas junto con un antiguo y fervoroso budista, Bai Man, que fue bautizado como Lorenzo Pe-Man, retirándose en abril a Kouy-Tcheou y regresando a Kouang-Si en diciembre del mismo año.

La segunda estancia del P. Chapdelaine en Kouang-Si no durará más que dos meses y diez días, desde el 17 de diciembre de 1855 hasta el 28 de febrero de 1856. Durante este tiempo el prefecto Tao ha sido sustituido por un nuevo mandarín, Tchang Míng-Tong, muy hostil para con los cristianos. En Sy-Lin se entera de la nueva situación, al regresar de visitar a los cristianos de Banbo y Yaoshán. Su antiguo denunciante Bai San le persigue y renueva su denuncia, acusando en esta ocasión al extranjero de difundir una religión perversa que autoriza todos los crímenes. La acusación es presentada el 19 de febrero de 1856, encontrándose el tribunal de vacaciones. Sin embargo, el mandarín recluta a varios sicarios y los envía el 24 de febrero a Yaoshán. Los cristianos ruegan al P. Chapdelaine que regrese rápidamente a Kouy-Tcheou, respondiéndoles: «Si yo os dejo, sufriréis por mi causa, para evitar males mayores yo estaré entre vosotros», accediendo, sin embargo, a refugiarse junto con el letrado Luo Gongye, una respetada personalidad local. Al no encontrarle en el poblado, los sicarios asaltan las viviendas y arrestan a la catequista Inés Tsao-Kouy. Al día siguiente, lunes, el misionero, Bai Man y otros cuatro cristianos son conducidos a juicio acompañados por el letrado Luo Gongye. Invitan a Bai Man a renunciar a su religión, se niega, y recibe 300 golpes. El P. Chapdelaine es sometido a crueles torturas y multitud de golpes, atribuyendo el mandarín su paciente humillación a un sortilegio. Lorenzo Bai es decapitado y el P. Chapdelaine encerrado en una pequeña jaula de hierro, donde expira en la noche del 27

al 28 de febrero. Una vez muerto también fue decapitado, arrojando sus cuerpos a los perros.

El prefecto apostólico de Kouang-Si denunció la muerte del P. Chapdelaine como una violación del artículo 23 del Tratado de 1844. Estas muertes fueron utilizadas políticamente para justificar la segunda guerra del opio que concluyó en 1858, con una cláusula que aseguraba la protección de los cristianos. El martirio del P. Chapdelaine y de sus compañeros, ocurrido en plena expansión colonial francesa, señala un nuevo desarrollo en las relaciones occidentales y China. El comportamiento cruel de algunos mandarines tenía como fundamento la resentida venganza de quienes no aceptaban la grandeza moral de unos hombres que predicaban el amor de Dios.

Fue beatificado por León XIII el 27 de mayo de 1900 y proclamado santo por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, quien recordó a «los misioneros que dejaron su tierra y trataron de introducirse en la realidad china, asumiendo con amor sus características, con el deseo de anunciar a Cristo y servir a ese pueblo».

A pesar de los decretos de 1844 y 1846 que permitían a los chinos convertirse a la fe cristiana, suprimiendo, además, las antiguas penas contra los católicos, la persecución contra los cristianos se mantuvo latente. La lenta transformación de la sociedad china produjo en distintas épocas situaciones especialmente dramáticas, como la muerte del P. Chapdelaine.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

- Acta Leonis XIII XX* (1900) 74-82.
 BEASSE, J., *Auguste Chapdelaine normand et chinois* (Avranches 2000).
 CHARBONNIER, J., «Les 120 martyrs de Chine canonisés le 1^{er} octobre 2000»: *Missions Étrangères* (2000) 72-87.
 CONFERENCIA EPISCOPAL DE TAIWAN, *Vies des Saints Martyrs de Chine* (2000).
Index ac status causarum, o.c., 478.
Martyrologium romanum, o.c., 357-358.
 TOUSSAINT, J., *Un martyr normand. Le bienheureux Auguste Chapdelaine* (Coutances 1955).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

LOS MÁRTIRES DE LA PESTE DE ALEJANDRÍA

(† 262)

A lo largo de los siglos los seguidores de Cristo no solamente han muerto por la fe sino también a causa de su entrega al servicio del prójimo, es decir, por la caridad de Dios con la que el cristiano ama a su prójimo como Cristo nos amó a nosotros. Esto que puede verse en santos de las épocas cercanas a nosotros, también podemos verlo en santos de la antigüedad cristiana, a quienes la Iglesia tuvo por verdaderos mártires de la caridad.

Quizás el caso más clásico y notable es el de los llamados «mártires de la peste», sucedido en la gran ciudad de Alejandría. Era en tiempo del emperador Valeriano, cuyo odio a la Iglesia hizo que tantos cristianos recibieran la corona del martirio. Y en el año 262 una epidemia de peste asoló la ciudad de Alejandría, siendo miles las personas afectadas de la enfermedad y que murieron a causa de ella.

San Dionisio, obispo de Alejandría, en una carta cuyo texto nos conserva Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica* (7,22,7-10), nos cuenta lo ocurrido:

«Muchos de nuestros hermanos por su mucha caridad, no teniendo en cuenta su propia salud y pensando en los demás, se dedican a visitar sin escrúpulos y con audacia a los enfermos y los asisten asiduamente, y por ello murieron, entregándose de buen grado al cuidado de la enfermedad ajena y atrayendo a sí de algún modo la enfermedad de los otros y padeciendo y sufriendo en sí el dolor ajeno. Y ocurrió que muchos que a otros habían logrado curar y restituir a la salud, ellos mismos murieron...».

Añade el santo obispo alejandrino detalles de las obras de misericordia de estos intrépidos cristianos: no solamente prestaban todo tipo de cuidados a los enfermos sino que se lo hacían también a los muertos, lavándolos, cerrándoles los ojos y la boca, y vistiéndolos... Y cuando estos campeones de la caridad sucumbían, otros cristianos se relevaban en el empeño prestando los mismos servicios que los ya difuntos habían prestado.

Cuenta igualmente San Dionisio que en este servicio de caridad no hubo distinción en la comunidad cristiana: lo prestaron los presbíteros, los diáconos y los seglares. Fue verdaderamente ejemplar este testimonio unánime de una comunidad entera cumpliendo el mandato del Señor de dar la vida por los hermanos.

Por ello —añade San Dionisio— su gesto es muy alabado y es convicción general que esta muerte a causa de la piedad y la firmeza religiosa no es menor que el propio martirio.

La Iglesia romana los conmemora hoy en su *Martirologio*.

BEATA ANTONIA DE FLORENCIA

Viuda († 1472)

Nace en Florencia el año 1401 en una familia de la clase media. La religión la aprende en su hogar, donde se respira un clima de piedad que deja fuerte impacto en Antonia.

Llegada a la juventud se le propone el matrimonio y la joven acepta, y quiere dentro del matrimonio cumplir sus deberes como esposa, pero muy pronto queda viuda sin haber aún tenido hijos. Sus padres le insisten en que contraiga un nuevo matrimonio, pero ella ha resuelto que, habiéndose Dios llevado a su querido esposo, ya no tendrá otro esposo sino a Jesucristo.

Se funda por entonces en Florencia un monasterio de terciarias franciscanas regulares y Antonia decide consagrarse al Señor en él, ingresando en el mismo el año 1429. No ha hecho más que emitir los votos cuando le piden que se traslade a Foligno nada menos que como abadesa de aquel monasterio de su Orden, y en él ejerce con prudencia y celo su oficio, tanto que tres años más tarde le piden que sea la abadesa del monasterio de Aquila.

Pero en el corazón de Antonia empieza a madurar una idea que deseaba ella saber si venía de Dios: quería vivir bajo la estrecha regla de Santa Clara, es decir, en la segunda Orden franciscana. Lo consulta con San Juan de Capistrano que visita su monasterio y el santo aprueba su propósito y se ofrece a ayudarla en la consecución del mismo. San Juan de Capistrano recurre al papa Nicolás V, el cual aprueba que pase Antonia al

nuevo monasterio de Corpus Christi, fundado en Aquila, y que en él se observe en toda su estrechez la regla de Santa Clara. Doce religiosas, escogidas por ella, pasan del monasterio terciario al nuevo, y Antonia queda como abadesa de la nueva institución.

Siete años dirigirá Antonia la marcha de este monasterio, al que por su perfecta observancia se le llamó dentro de la Orden un nuevo San Damián. Era su ideal vivir la pobreza franciscana en toda su pureza, dedicarse con entera libertad interior a la alabanza divina y crecer cada día en la unión perfecta con el Señor por medio de todas las virtudes cristianas.

Una enfermedad dolorosísima postra a Antonia durante los últimos quince años de su vida, dando entonces el ejemplo de su fortaleza y su paciencia a todas las religiosas. Pasa al Padre el 28 de febrero del año 1472. Su culto secular fue confirmado por el papa Pío IX el 17 de septiembre de 1847.

BEATO DANIEL BROTTIER

Presbítero († 1936)

Daniel Alejo Brottier nació en La Ferté-Saint-Cyr el 7 de septiembre de 1876 de padres de condición económica modesta, que lo educaron cristianamente. Sintiendo la llamada de Dios, con 14 años entró en el seminario diocesano de Blois donde continuó los estudios necesarios hasta su ordenación sacerdotal el 22 de septiembre de 1899. El obispo lo envió como profesor al colegio diocesano de Pontlevoy, donde cumplió sus deberes docentes los cursos 1899 y siguientes hasta que pensó que su verdadera vocación era otra. Había surgido en su corazón el deseo de entregarse a la gran causa de las misiones y, convencido de que era Dios quien le llamaba, el 24 de septiembre de 1902 entró en el noviciado de la Congregación del Espíritu Santo, que era la que había elegido. Hecho el noviciado, pronunció los votos religiosos al año siguiente y sin solución de continuidad fue destinado a las misiones del Senegal.

Dio lo mejor de sí en la tarea misional pero su salud se resintió de manera notable, especialmente debido a la fuerte jaqueca que sentía continuamente. Los superiores en 1906 le or-

denaron volver a Francia. Aquí se sometió a tratamiento médico que lo mejoró, de modo que a comienzos de 1907 volvía a Senegal, donde en cuanto llegó le volvieron las migrañas. En vista de ello lo enviaron definitivamente a Francia. Y aquí pensó que podría hacer algo por las misiones senegalesas, y entonces fundó la obra «Recuerdo Africano» que se dedicó a recoger fondos para poder construir la catedral de Dakar, lo que se logró.

Cuando estalló la guerra europea de 1914 Daniel se preguntó qué podría hacer en medio de la tragedia y entendió que su manera más segura de estar cerca de gente necesitada de consuelo y ayuda era hacerse capellán castrense. Como tal recorrió todos los campos de batalla del corazón de Europa, con una abnegación y un valor admirables, que lo harían acreedor, pasada la contienda, a la Legión de Honor y la Cruz de la Guerra. Heridos y moribundos, muchachos asustados, desanimados y perdidos en medio del peligro y la matanza, hallaron en Daniel al amigo, al hermano, al compañero que prestaba auxilio y confortación.

Terminada la guerra empezaría para él un nuevo trabajo importante: se le encargaría la Casa de Huérfanos de Auteuil, que él amplió y llevó adelante por medio de la recogida de limosnas hasta alcanzar una acogida de cerca de mil quinientos chicos. Lanzó también la Unión Nacional de Excombatientes para su apoyo mutuo y llegó a contar con dos millones de afiliados.

Todos los que trataban con él admiraban su fe en la Providencia, su caridad inagotable, su entrega generosa a todos los trabajos y su enorme vida interior, virtudes que hicieron fructuosa una vida que parecía sin futuro especial cuando regresó enfermo de África. Era especialmente devoto de Santa Teresita del Niño Jesús. Murió el 28 de febrero de 1936 en París. Lo beatificó el papa Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1984.

BEATO TIMOTEO TROJANOWSKI

Religioso y marur († 1942)

En el bautismo recibió el nombre de Estanislao Antonio, que cambió por el de Timoteo al hacer la profesión religiosa.

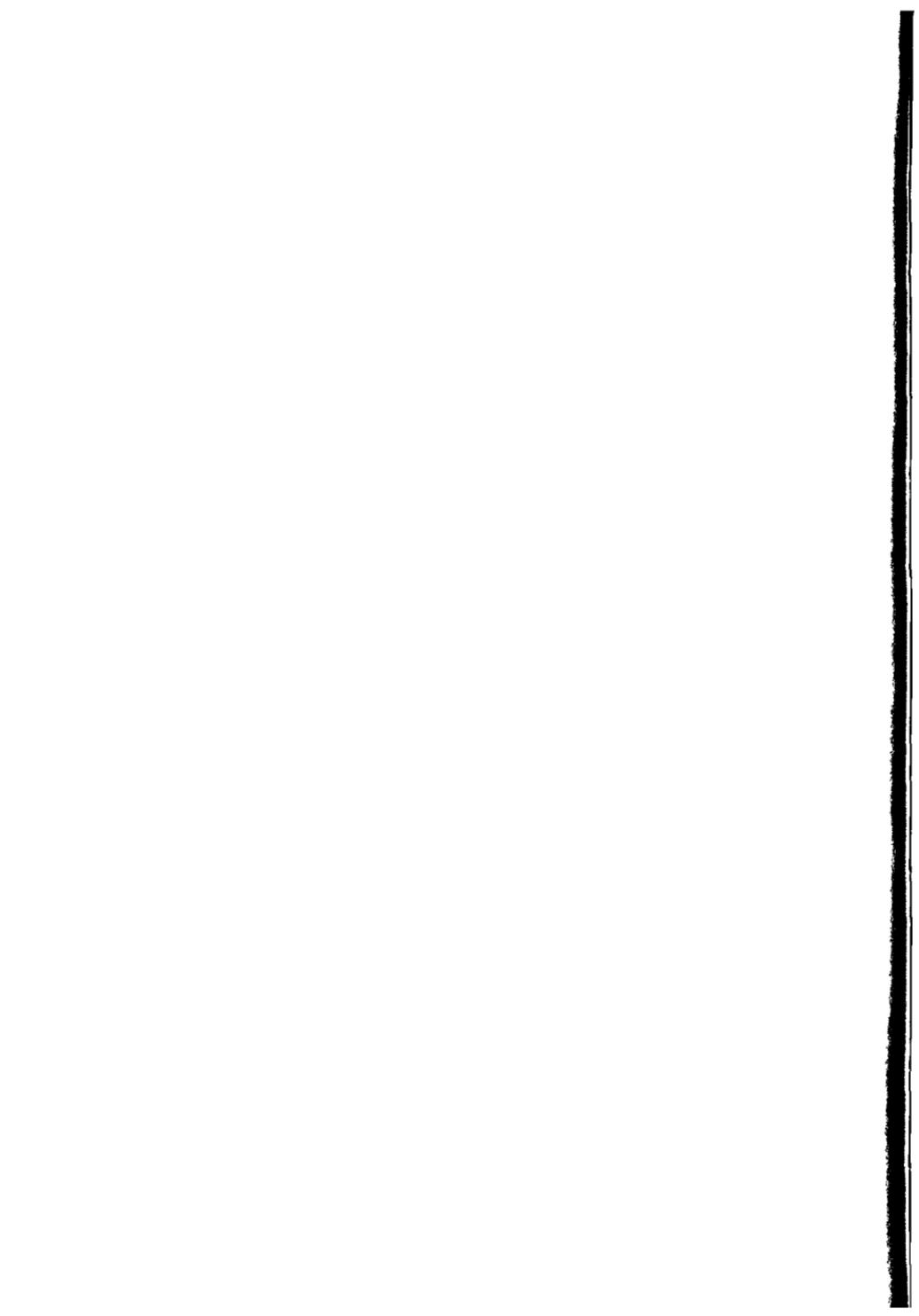
Nació en Sadlowo (Polonia) el 29 de julio de 1908, hijo de Ignacio y Francisca.

Como era una familia pobre la suya, tuvo que trabajar desde pequeño y por ello, además, no pudo ir a la escuela más que los tres primeros cursos de la enseñanza elemental.

Sintiendo la vocación religiosa y cuando tenía 22 años entró en el convento de franciscanos conventuales de Niepokalanow. Dos años más tarde emitía la profesión simple y el 11 de febrero de 1935 la solemne.

Se le destinó a la redacción de la revista *El Caballero de la Inmaculada* y también era el enfermero de la comunidad. Declarada la guerra, tuvo la opción de irse pero prefirió permanecer con los religiosos, siete de los cuales, y él entre ellos, fueron arrestados el 14 de octubre de 1941 y llevados a Varsovia, donde fueron encarcelados. A comienzos de enero del año siguiente fue llevado al campo de concentración de Oswiecim, donde contrajo una pulmonía que le llevó a la muerte el 28 de febrero de 1942.

Religioso observante, humilde y entregado a su vocación, hombre de oración y de intensa vida interior, soportó con paciencia y fe las duras condiciones de la cárcel y del campo de concentración, que minaron su salud. Era devotísimo de la Inmaculada. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 13 de junio de 1999.



APÉNDICE

13 de febrero

SANTA ENGRACIA

Virgen y mártir († s. XI)

La Iglesia diocesana de Mérida-Badajoz celebra el 13 de febrero la memoria de Santa Engracia, virgen y mártir, memoria que no viene recogida por el *Martirologio romano*.

Según la tradición que da fundamento a esta memoria, la santa era natural de Badajoz y vivió en mitad del s. XI en el reinado de Fernando I de Castilla y León. Era una joven que, movida de sus sentimientos religiosos, había hecho a Dios voto de su virginidad, pero a la que sus padres habían prometido en matrimonio. Para permanecer fiel a su voto, cuando supo que sus padres querían casarla, abandonó el hogar paterno y se fue a Castilla. Pero el novio la siguió y pudo encontrarla en los montes de Carvajales junto a León y, despechado, le cortó la cabeza, que llevó consigo pero luego tiró a una laguna, de donde fue tomada más tarde y llevada a Badajoz, mientras su cuerpo era piadosamente enterrado por los agustinos de un cercano monasterio. Un acuerdo capitular de Badajoz del año 1580 introdujo la memoria litúrgica de la virgen mártir.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CROISSET, J., *Año Cristiano, adicionado con las vidas de los santos y festividades que celebra la Iglesia de España, y que escribieron los PP. Pedro Centeno y Juan de Rojas O.S.A*, IV (Barcelona 1853) 44-45

19 de febrero

SAN BEATO DE LIÉBANA

(† ca.800)

Casi todo el mundo identifica a Beato de Liébana como autor de un libro que gozó de extraordinaria difusión en la Edad Media y cuyos códices conservados, por lo general bellamente iluminados, gozan hoy de gran popularidad. Pero, ¿quién es verdaderamente Beato de Liébana? Desgraciadamente, es muy poco lo que sabemos de este personaje, y los escasos datos sobre su vida que conocemos vienen envueltos en los escritos que provocara la controversia adopcionista. Una supuesta *Vita*, en la que se confunde a Beato con Oveco o Bieco de Valcavado, es obra tardía, compuesta en el siglo XVII por Tamayo de Salazar y de nulo valor histórico. Como es normal en personajes de tan remota antigüedad, ignoramos el lugar y la fecha, siquiera aproximada, de su nacimiento. En varios escritos es tildado de lebaniego o de asturiano, pero esto puede significar tanto que había nacido allí como que simplemente habitaba en aquel país. No hay forma de inclinarse por alguna de las dos posibilidades con mayor o menor certeza. No hay que olvidar que, por los años en que debió nacer, España estaba ya casi en su totalidad en manos de los árabes y sólo unos pocos cristianos resistían en las montañas de Asturias. Alfonso I, hacia el año 741, asoló la meseta superior, llevándose a su reino a cuantos cristianos pudo encontrar, con la idea de crear una especie de barrera desértica entre el Islam y los cristianos; algunos historiadores opinan que entre éstos podría encontrarse nuestro Beato. En cualquier caso, lo que sí es indudable es su condición de presbítero; sólo Alcuino, sin conocerle directamente, le da el apelativo de abad. Tampoco es del todo seguro que fuera monje, y menos aún en el monasterio de San Martín, llamado más tarde Santo Toribio de Liébana, aunque algunos indicios apuntan en esta dirección. De hecho, el mismo Beato da a entender su condición monástica cuando en el prólogo a su famoso comentario al Apocalipsis dice haberlo compuesto *ob aedificationem studii fratrum*, para instrucción de los hermanos. Además, Alcuino, en su carta al mis-

mo Beato, llama a San Martín «vuestro patrón y protector», el mismo que el del monje Vicente, a quien él recibió en Tours como enviado de Beato. Queda, por otro lado, la tradición del propio monasterio de Santo Toribio, donde siempre se le tuvo por monje de la casa.

Dando lo cierto como cierto y lo probable como probable, podemos decir que Beato, presbítero asturiano y quizás más concretamente lebaniego, acaso monje de San Martín de Turieno (hoy Santo Toribio de Liébana), escribió el año 776 una primera redacción de los *Commentaria in Apocalypsin*. En realidad, éste es el primer dato cierto con que contamos de su vida, que resulta del análisis de la fecha que dan algunos manuscritos. Para entonces Beato tendría ya la edad suficiente como para poseer la formación cultural elevada que se transparenta en su escrito. Sabemos también que en el año 784 rehizo de nuevo su comentario.

Pero será este mismo año cuando sepamos algo más de nuestro personaje. Un sínodo reunido en Sevilla condenó como hereje a un tal Migecio, que profesaba doctrinas erróneas sobre la Trinidad y llegó a creerse una nueva encarnación de Cristo. El debelador de la herejía fue Elipando, arzobispo de Toledo. Con tal motivo, difunde por toda España un nuevo *Credo* que no deja de sorprender a muchos, pues por combatir doctrinas erróneas cae él mismo en la herejía. Elipando ataca frontalmente la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la Trinidad; utilizando una formulación cuando menos confusa, afirma que Cristo, en cuanto hombre, debe ser tenido como hijo adoptivo de Dios, lo que supone caer en el subordinacionismo y negar la unicidad de persona en Cristo. La herejía como tal no era nueva en la Iglesia; ya había sido defendida en el siglo V por Nestorio y la escuela antioquena, pero en la España del siglo VIII adquiere inusitado rebrote. Además, es nada menos que el arzobispo de Toledo su más acérrimo defensor. Resulta aventurado enfrentarse con tan alta jerarquía eclesiástica, pero Beato, acompañado de su amigo Eterio, obispo de Osma, no duda en hacerlo. No sabemos cómo, pero el año siguiente el arzobispo de Toledo tiene noticias de que un presbítero lebaniego y un obispo que, por imperativos de la invasión musulmana y de las campañas de

Alfonso I, no puede residir en su diócesis, le llevan la contraria. La mansedumbre evangélica no es una cualidad que adorne a Elipando; lleno de ira, escribe una carta al obispo Ascario de Astorga y al abad Fidel. Éste la recibe en el mes de octubre del año 785 y la hace pública antes de ponerla en conocimiento de aquellos contra los que arremete directamente. El 26 de noviembre, Beato y Eterio se hallan en Pravia en la profesión monástica de la reina Adosinda, obligada a tomar el velo por favorecer la candidatura al trono de su sobrino Alfonso en contra del rey Mauregato, y pueden, por fin, leer la carta que ya empieza a ser famosa, y en la que se ven tildados de ignorantes y cismáticos.

Eterio y Beato no se quedan cruzados de brazos; ambos deciden responder a la diatriba del toledano con una obra que quizás ya tenían pergeñada. Surge así el *Apologeticum* en forma de carta dirigida «a nuestro eminentísimo amado de Dios, Elipando, arzobispo de la sede toledana». El presbítero y el obispo guardan las formas ante el arzobispo de Toledo, a cuya autoridad espiritual se saben sujetos. Pero, con toda la educación del mundo, no dudan en tacharlo de hereje y mentroso, soberbio, vanidoso e insensato. Pero quizás, lo que más pudo encolerizar al arzobispo de Toledo fue ver unido su nombre a los de otros herejes famosos, como Arrio, Sabelio o Joviniano, y ser todos ellos, en cuanto herejes, llamados testículos del Anticristo. Ignoramos qué participación tuvo Beato en los acontecimientos posteriores, que llevaron la disputa doctrinal más allá de los Pirineos y terminaron con la condena de las tesis adopcionistas en el sínodo provincial de Narbona del año 788 y en otras asambleas eclesíásticas. Con el *Apologeticum*, definido por Menéndez Pelayo como «libro bárbaro, singular y atractivo, donde las frases son de hierro, como forjadas en los montes que dieron asilo y trono a Pelayo», Beato desaparece de la escena. Sabemos que en el año 786 debió retocar por tercera vez su comentario al Apocalipsis, añadiendo la dedicatoria a Eterio y completándolo con el comentario de San Jerónimo al profeta Daniel y las genealogías isidorianas, formando así un todo que será el más recogido por los manuscritos que nos quedan. Otra obra suya, el himno *O Dei Verbum*, en honor del apóstol Santia-

go, fue escrita en los años del reinado de Mauregato (783-788), a quien va dedicada. En ella canta su firme convicción de la presencia del apóstol en España, lo invoca como celestial patrono y prepara el camino para la no lejana invención de su sepulcro en Compostela. Si Beato apoyó la causa de Mauregato frente a la del futuro Alfonso II (como lo da a entender la dedicatoria del himno y su presencia en la profesión religiosa de Adosinda), nada tiene de extraño que, al advenimiento al trono del nieto de Alfonso I, se retirara discretamente de la corte. Elipando, empero, seguirá arremetiendo contra él; en su carta a los obispos de las Galias, del año 794, llama a Beato nefando presbítero y pseudoprofeta, que «constantemente se acuesta con prostitutas». Conociendo el tono que Elipando usa contra sus enemigos, contra Alcuino, Eterio o el mismo Beato, no parece que haya que dar mucho crédito a esta acusación. Alcuino, por el contrario, proclama la fama de la caridad del lebaniego. Más creíble es la acusación que le hace el arzobispo toledano de ser un milenarista, esto es, uno de aquellos que esperaban con inminencia el fin del mundo. Según Elipando, Beato esperó el fin de los tiempos en la vigilia de Pascua de no sabemos qué año, profetizando a un tal Ordoño el evento; con un grupo de fieles aterrorizados ayunaron toda la noche hasta que, llegada la tarde del domingo y visto que nada sucedía, el citado Ordoño, como sintiera hambre, dijo al pueblo: «Comamos y bebamos; pues, si hemos de morir, que al menos estemos hartos». Es posible que la lengua viperina de Elipando haya inventado esta historia para desacreditar aún más a su oponente, pero no hay que olvidar que Beato profesaba un milenarismo siquiera mitigado. En su comentario al Apocalipsis llega a decir que el fin del mundo tendrá lugar el año 800, aunque a Dios toca alargar o acortar el plazo. Sin embargo, sensatamente añade que «cuando sale cada uno del mundo, es entonces para él el fin del mundo». A él debió llegarle hacia el año 800. Si la tradición del monasterio de Santo Toribio es exacta, pudo morir un 19 de febrero, día en que se celebra su fiesta, ya que en la Liébana ha recibido culto inmemorial. Sin embargo, nunca ha sido oficialmente canonizado ni autorizado su culto, que no ha salido de los estrechos márgenes de las montañas cántabras.

Muy alejados del tiempo de Beato y de sus preocupaciones teológicas, los libros que él escribió se nos presentan hoy difíciles de digerir y portadores de un mensaje que no nos parece el adecuado para nuestras inquietudes. Pero hay algo en su figura que, hoy como ayer, resulta atrayente: su amor por la palabra de Dios, que le lleva a una lectura asidua de la Escritura y de los comentarios de los Santos Padres que tenía a su alcance, y su profundo amor a la verdad. Beato, hombre de su tiempo, escribió y actuó de forma comprensible para sus coetáneos, centrándolo todo en la figura de Jesucristo. Con los medios que pone hoy Dios a nuestro alcance, no es otra nuestra misión como verdaderos discípulos de Cristo.

MIGUEL C. VIVANCOS, OSB

Bibliografía

- Actas del Simposio para el estudio de los códices de «Comentarios al Apocalipsis» de Beato de Liébana*, 3 vols. (Madrid 1978-1980).
- GONZALEZ ECHEGARAY, J, «Beato de Liébana», en *Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana* (Barcelona 1995) 9-55
- GONZALEZ ECHEGARAY, J - CAMPO, A DEI - FREEMAN, L G, *Obras completas de Beato de Liébana* (BAC Maior 47, 1995).
- VIVANCOS, M C., «El Apocalipsis de Juan y Beato», en *Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana* (Barcelona 1995) 57-77

23 de febrero

SANTA MARTA DE ASTORGA

Virgen y mártir († s. III)

La Iglesia diocesana de Astorga celebra el 23 de febrero la memoria litúrgica de Santa Marta, virgen y mártir, memoria que no recoge el nuevo *Martirologio romano*. Sí la recogía el anterior, y la había introducido en él el Card. Baronio, el cual en nota justificativa de su introducción apela al tabulario de la Iglesia asturicense. Los antiguos martirologios no recogen esta memoria que, como indica A. Quintana Prieto, no aparece con anterioridad al s. IX, en el cual ya existía dentro de los muros de la ciudad

un monasterio que estaba dedicado a la Santa, como lo estaba asimismo el monasterio de Tera, uno de los más insignes de la diócesis, y los privilegios reales concedidos al monasterio hablan de los milagros que se atribuían a la intercesión de la Santa.

Según la tradición, era una joven virgen cristiana consagrada al Señor y que en la persecución de Decio (250-251) fue llevada ante el procónsul Paterno, el cual la mandó atormentar para que adorase los ídolos, pero la joven perseveró en su fe. Variando el método, pasó de los tormentos a las lisonjas y le propuso casarla con su propio hijo si apostataba del cristianismo, siendo ello también en vano, pues la mártir alegó estar ya consagrada a Jesucristo. Entonces fue decapitada.

Santa Marta es patrona de la ciudad de Astorga, donde se la celebra con rango de solemnidad el día 23 de febrero.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

El Santo de cada día, I (Zaragoza 1946) 552.

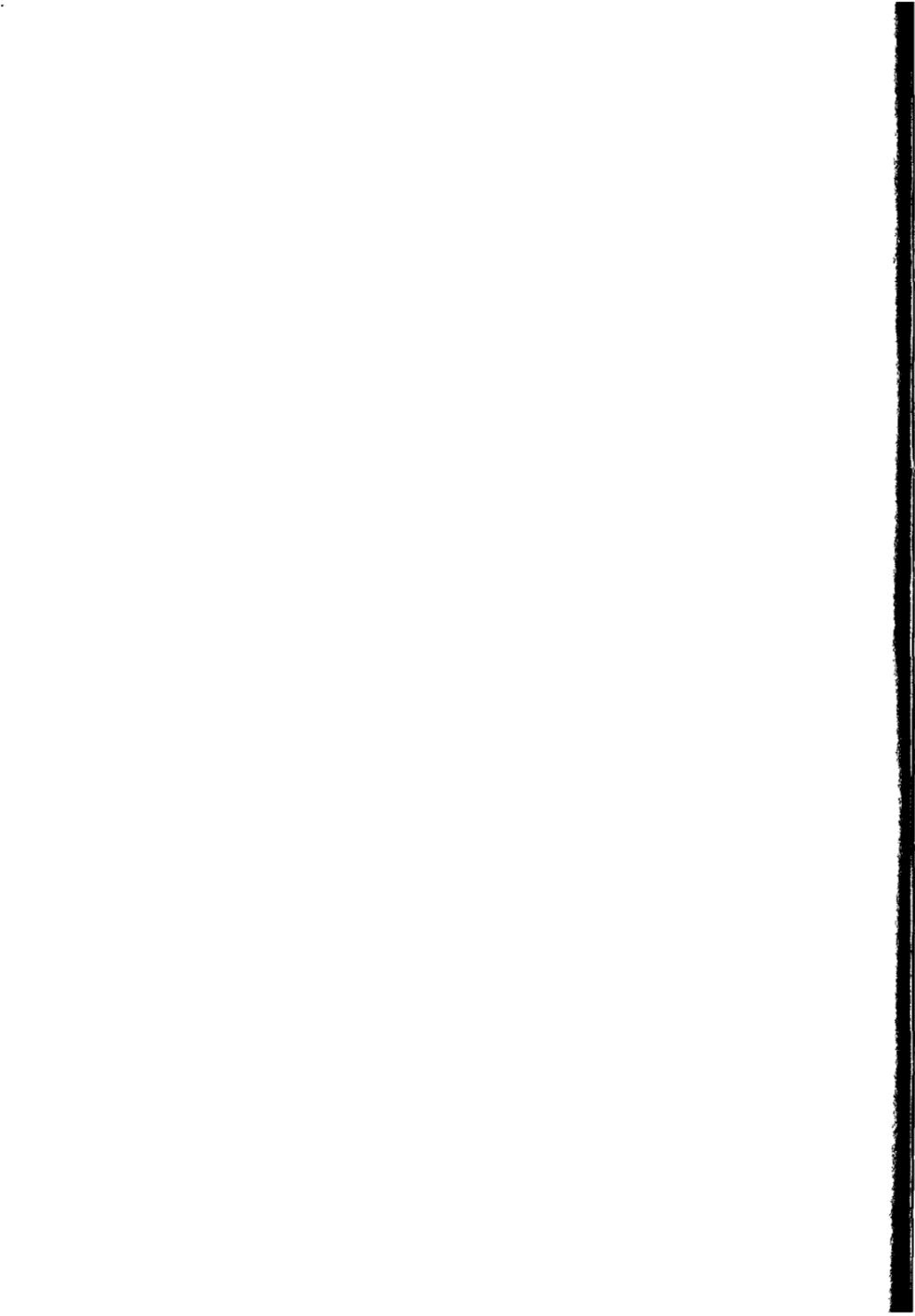
Martyrologum romanum, o.c., 106.

QUINTANA PRIETO, A., en *Bibliotheca sanctorum*, VIII cols.1203-1204.

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

- Día 1 En Granada, San Cecilio, obispo y mártir.
Día 3 En Orense, San Francisco Blanco y compañeros, mártires.
Día 7 En Teruel, Beatos Anselmo Polanco, obispo, y Felipe Ripoll, presbítero, mártires.
Día 9 En Burgos, San Sisebuto, abad.
Día 12 En Barcelona, Santa Eulalia, virgen y mártir.
En Huelva, dedicación de la Iglesia Catedral.
Día 13 En Mérida-Badajoz, Santa Engracia, virgen y mártir.
Día 15 En Ciudad Real y Córdoba, San Juan Bautista de la Concepción, presbítero.
En Valencia, Beato Vicente Vilar David, mártir.
Día 16 En Astorga, Beato Juan de Santo Domingo, mártir.
Día 18 En Toledo, San Eladio, obispo.
Día 19 En Córdoba, Beato Álvaro de Córdoba, presbítero.
Día 23 En Astorga, Santa Marta, virgen y mártir.
En Bilbao y San Sebastián, Beata Rafaela Ybarra, viuda.
Día 25 En Orense, Beato Sebastián de Aparicio, religioso.
Día 26 En Barcelona, Santa Paula Montal, virgen.
Día 27 En Mallorca y Menorca, Beata Francisca Ana Cirer, virgen.



ÍNDICE ONOMÁSTICO

1 Santos y beatos

- Adalberto Nierychlewski, Bto. († 1942), día 7, 188-189.
- Adelaida de Villich, Sta. († 1015), día 5, 114-121.
- Águeda, Sta. († 251), día 5, 102-105
- Alejandría, Mártires de la peste de († 262), día 28, 609-610
- Alejandro, San († 326), día 26, 556-562.
- Alfonso María Fusco, Bto. († 1910), día 6, 146-151.
- Álvaro de Córdoba, Bto. († 1430), día 19, 404-415.
- Amando, San († 679), día 6, 152-153.
- Ana Lane, Sta. († 1601), día 27, 578-587
- Ana María Vaillot, Bta. († 1794), día 1, 25.
- Andrés Carlos Ferrari, Bto. († 1921), día 2, 39-44.
- Andrés Contu, Bto. († 1302), día 1, 22-23.
- Ángel de Borgo San Sepolcro, Bto. († 1306), día 15, 341-342.
- Ángel de Furci, Bto. († 1327), día 6, 153-154.
- Angélico o Juan de Fiésolo, Bto. († 1455), día 18, 377-383.
- Anselmo Polanco, Bto. († 1939), día 7, 171-179.
- Antonia de Florencia, Bta. († 1472), día 28, 610-611.
- Antonio Cauleas, San († 901), día 12, 279-280.
- Antonio de Sorrento, San († 830), día 14, 321-322.
- Antonio de Stroncone, Bto. († 1461), día 7, 183-184.
- Antonio Leszczewicz, Bto. († 1943), día 17, 367.
- Apolonia, Sta. († 250), día 9, 228-229.
- Augusto Chapdelaine, San († 1856), día 28, 605-608
- Ausberto de Ruán, San († 695), día 9, 229.
- Auxencio, San († s. v), día 14, 320-321.
- Avito de Vienne, San († 518), día 5, 122.
- Baldomero, San († 660), día 27, 595-596.
- Beato de Liébana, San († ca.800), día 19, 616-620.
- Benito de Aniano, San († 821), día 12, 270-278.
- Blas, San († ca.316), día 3, 63-67.
- Bonifacio de Bruselas, Bto. († 1260), día 19, 415-416
- Brígida de Kildare, Sta. († ca 521), día 1, 4-10.
- Calixto Caravario, San († 1930), día 25, 544-549.
- Catalina de Ricci, Sta. († 1590), día 2, 33-35.
- Cátedra de San Pedro, día 22, 461-468.
- Cesáreo de Nacianzo, San († 369), día 25, 549-550.
- Cirilo, San († 869), día 14, 301-310.
- Clara de Rímimi, Bta. († 1326), día 10, 242-243.

- Claudina Thévenet, Sta. (1837), día 3, 71-77.
- Claudio de la Colombière, San († 1682), día 15, 333-340.
- Coínta, Sta. († 259), día 8, 216-217
- Constancio de Fabriano, Bto († 1481), día 24, 537.
- Cornelio O'Devany, Bto († 1612), día 1, 23-24.
- Cristina de Espoleto, Bta. († 1458), día 13, 294-295
- Daniel Brottier, Bto. († 1936), día 28, 611-612.
- Diego Carvalho, Bto. († 1624), día 22, 481-483.
- Domingo Lentini, Bto. († 1828), día 25, 552-553.
- Dorotea, Sta. († 304), día 6, 130-136.
- Eladio de Toledo, San († 633), día 18, 368-376.
- Eleuterio, San († 530), día 20, 434.
- Elías, San († 309), día 16, 350.
- Engracia, Sta. († s. XI), día 13, 615
- Enrique Morse, San († 1645), día 1, 24.
- Escolástica, Sta. († ca.547), día 10, 231-237.
- Esteban Bellesini, Bto. († 1840), día 2, 61-62.
- Esteban de Muret, San († 1124), día 8, 191-196.
- Esteban Vicente Frelchowski, Bto. († 1945), día 23, 515-517.
- Etelberto de Kent, San († 616), día 24, 518-524.
- Eulalia de Barcelona, Sta. († ca.304), día 12, 265-270.
- Euquerio de Orleáns, San († 738), día 20, 418-421.
- Eustacio, San († 338), día 21, 457-458.
- Eustoquio Bellini, Bta. († 1469), día 13, 295-296.
- Felipa Mareri, Bta. († 1236), día 16, 351-352.
- Felipe Ripoll, Bto († 1939), día 7, 171-179
- Fintano, San († 603), día 17, 365
- Flaviano de Constantinopla, San († 449), día 17, 361-364.
- Francisca Ana Cirer Carbonell, Bta. († 1855), día 27, 587-591.
- Francisca Mézière, Bta. († 1794), día 5, 122-123.
- Francisco Marto, Bto. († 1919), día 20, 422-434.
- Francisco Regis Clet, San († 1820), día 18, 383-390
- Francisco Spinelli, Bto. († 1913), día 6, 144-146.
- Fundadores Servitas, Siete Santos († s. XIII-XIV), día 17, 353-361
- Gabriel de la Dolorosa, San († 1862), día 27, 573-578.
- Germán, San († 667), día 21, 458-459.
- Gertrudis (Catalina) Comensoli, Bta († 1903), día 18, 390-398.
- Gil María de San José, San († 1812), día 7, 155-161.
- Gilberto de Sempringham, San († 1189), día 4, 86-89.
- Gregorio II, San († 731), día 11, 254-261.
- Guarino, San († 1159), día 6, 153.
- Guillermo de Malavalle, San († 1157), día 10, 241.
- Guillermo Harrington, Bto. († 1594), día 18, 401.
- Guillermo Richardson, Bto († 1603), día 27, 597-598.
- Guillermo Saultemouche, Bto († 1593), día 7, 184-186.
- Hilario, San († 468), día 28, 599-601.
- Hugo de Fosses, Bto. († 1163), día 10, 241-242.

- Humbelina de Fontaines, Bta. († 1136), día 12, 280-281.
- Isabel Canori Mora, Bta. († 1825), día 5, 105-114.
- Isabel de Francia, Bta. († 1270), día 22, 480-481.
- Isabel Picenardi, Bta. († 1468), día 19, 416.
- Jacinta Marto, Bta. († 1920), día 20, 422-434.
- Jerónimo Emiliano, San († 1537), día 8, 197-200.
- Jesús Méndez, San († 1928), día 5, 123-124.
- Jordán de Sajonia, Bto. († 1237), día 13, 283-288.
- Jorge Kaszyra, Bto. († 1943), día 18, 402-403.
- José Allamano, Bto. († 1926), día 16, 342-350.
- José de Leonisa, San († 1612), día 4, 100-101.
- José Zaplata, Bto. († 1945), día 19, 417-418.
- Josefa Naval Girbés, Bta. († 1893), día 24, 524-531.
- Josefina Bakhita, Sta. († 1947), día 8, 200-212.
- Josefina Gabriela Bonino, Bta. († 1906), día 8, 213-216.
- Josefina Judit (Adelaida) Vannini, Bta. († 1911), día 23, 510-515.
- Juan Bautista de la Concepción, San († 1618), día 14, 310-314.
- Juan de Brito, San († 1693), día 4, 95-97.
- Juan de Triora, San († 1816), día 7, 187-188.
- Juan Nelson, Bto. († 1578), día 3, 84-85.
- Juan Nutter, Bto. († 1584), día 12, 281-282.
- Juan Pedro Neel, San († 1862), día 18, 402.
- Juan Pibush, Bto. († 1601), día 18, 401.
- Juan Speed, Bto. († 1594), día 4, 99.
- Juan Teófanos Vénard, San († 1861), día 2, 45-53.
- Juana de Francia, Sta. († 1505), día 4, 89-94.
- Juana de Lestonnac, Sta. († 1640), día 2, 35-39.
- Juana Francisca de la Visitación, Bta. († 1888), día 1, 17-20.
- Julia Rodzinska, Bta. († 1945), día 20, 434-435.
- Lorenzo de Canterbury, San († 619), día 2, 60.
- Lorenzo Pe-Man, San († 1856), día 25, 554-555.
- Lourdes, Nuestra Señora de, día 11, 244-254.
- Lucas Belludi, Bto. († 1286), día 17, 365-366.
- Lucía Yi, Sta. († 1862), día 19, 416-417.
- Luis Mzyk, Bto. († 1942), día 23, 517.
- Luis Stepinac, Bto. († 1960), día 10, 237-241.
- Luis Versiglia, San († 1930), día 25, 544-549.
- Marcos Barkworth, Bto. († 1601), día 27, 596-597.
- Marcos de Marconi, Bto. († 1510), día 24, 537-538.
- Margarita de Cortona, Sta. († 1297), día 22, 468-475.
- María Adeodata Pisani, Bta. († 1855), día 25, 553-554.
- María Ana Rivier, Bta. († 1838), día 3, 77-81.
- María Catalina Kasper, Bta. († 1898), día 2, 53-59.
- María de Jesús Deluil Martiny, Bta. († 1884), día 27, 591-595.

- María de Jesús Emilita de Oultremont, Bta. († 1878), día 22, 475-479.
 María de la Providencia (Eugenia Smet), Bta. († 1871), día 7, 179-182.
 María Elena Stollenwerk, Bta († 1900), día 3, 82-83.
 María Enriqueta Dominici, Bta († 1894), día 21, 459-461.
 Marón del Líbano, San († ca.410), día 9, 218-226.
 Marta de Astorga, Sta. († s. III), día 23, 620-621
 Marutas, San († ca.420), día 16, 351
 Mateo Correa, San († 1927), día 6, 136-144.
 Melecio de Antioquía, San († 381), día 12, 278-279.
 Mesrop, San († 440), día 17, 364-365.
 Metodio, San († 884), día 14, 301-310.
 Miguel Febres Cordero, San († 1910), día 9, 226-228

 Nagasaki, Mártires de, día 6, 125-130.
 Nicolás de Longobardi, Bto. († 1709), día 2, 60-61
 Nicolás de Paglia, Bto. († 1256), día 16, 352.
 Nicolás Estudita, San († 868), día 4, 98-99.
 Noel Pinot, Bto. († 1794), día 21, 448-457

 Onésimo, San, día 15, 322-332
 Óscar, San († 865), día 3, 67-71.
 Oswaldo de Worcester, San († 992), día 28, 602-604.

 Pablo Lieou Han Tso, San († 1818), día 13, 296-297.
 Pablo Loc, San († 1859), día 13, 289-294.
 Papías, San († s. II), día 22, 479-480
 Pascual I, San († 824), día 11, 261-262.
 Patricio O'Loghram, Bto. († 1612), día 1, 23-24.
 Paula Montal y Fornés de San José de Calasanz, Sta († 1889), día 26, 563-571.
 Pedro Damián, San († 1072), día 21, 436-442.
 Pedro Ígneo, Bto. († 1089), día 8, 217-218.
 Pedro Maldonado, San († 1937), día 11, 262-263
 Pedro Verhun, Bto. († 1957), día 7, 189-190.
 Pedro Yu Chongyul, San († 1866), día 17, 366-367
 Pío IX, Bto. († 1878), día 7, 161-171.
 Policarpo de Esmirna, San († ca 150), día 23, 483-490.
 Porfirio de Gaza, San († 421), día 26, 571-572.
 Presentación del Señor, día 2, 26-33
 Purificación de Nuestra Señora, día 2, 26-33.

 Rabano Mauro, San († 856), día 4, 98.
 Rafaela Ybarra de Vilallonga, Bta. († 1900), día 23, 498-510.
 Raimundo, San († 1163), día 1, 11-17
 Randoaldo, San († 667), día 21, 458-459
 Reginaldo de Orleáns, Bto. († 1220), día 1, 21.
 Ricardo, San († 720), día 7, 182-183.
 Ricerto de Muzzia, Bto. († 1236), día 7, 183.
 Rinaldo, San († 1222), día 9, 230

- Roberto de Abrissel, Bto. († 1116), día 25, 551-552.
- Roberto Drury, Bto. († 1607), día 26, 572.
- Roberto Southwell, San († 1595), día 21, 442-448.
- Rogelio Filcock, Bto. († 1601), día 27, 596-597.
- Sadoc, San († 342), día 18, 398.
- Santiago Salès, Bto. († 1593), día 7, 184-186.
- Sebastián de Aparicio, Bto. († 1600), día 25, 539-544.
- Sigfrido, San († 1045), día 15, 341.
- Sigisberto, San († 656), día 1, 20-21.
- Tarasio, San († 806), día 18, 399-400.
- Teotonio, San († 1166), día 18, 400-401.
- Timoteo Trojanowski, Bto. († 1942), día 28, 612-613.
- Tobías Borrás Román, Bto. († 1937), día 11, 264.
- Tomás María Fusco, Bto. († 1891), día 24, 531-536.
- Tomás Portmort, Bto. († 1592), día 21, 459.
- Tomás Sherwood, Bto. († 1578), día 7, 184.
- Toribio Romo González, Sto. († 1928), día 25, 555-556.
- Valentín, San († ca.270), día 14, 298-301.
- Vedasto, San († 540), día 6, 151-152.
- Vicente Vilar David, Bto. († 1937), día 14, 314-320.
- Viridiana de Attavanti, Sta. († 1242), día 1, 22.
- Walburga, Sta. († 779), día 25, 550-551.
- Walfrido, San († 765), día 15, 340-341.
- Werburga, Sta. († 700), día 3, 83-84.
- Willigis de Maguncia, San († 1011), día 23, 490-498.

2. Colaboradores

- Albalá, A. 298-301.
- Álvarez Navarrete, A. 114-121 368-376.
- Aradillas Agudo, A. 26-33.
- Arteaga, C. de 231-237.
- Camba, F. 130-136.
- Díaz Fernández, J. M.^a 17-20 82-83 144-146 179-182 377-383 418-421.
- Echeverría, L. de 244-254 283-288 333-340 353-361 573-578.
- Escobar, J. 539-544.
- Fàbrega Grau, A. 265-270.
- Fagoaga, B. 63-67.
- Ferri Chulio, A. de S. 71-77 213-216 475-479 587-595 605-608.
- Fita Revert, R. 226-228 237-240 544-549.
- Gallástegui, L. 383-390.
- García Lahiguera, José M.^a 11-17.
- García Morente, A. 89-94.
- Garrido Bonaño, M. 33-35 361-364 510-515.
- Gil Imirizaldu, P. M. 218-226.
- González Molina, A. 125-130.
- González Rodríguez, M.^a E. 200-212 422-434 498-509 524-531.
- González Villanueva, J. I. 155-161.
- Huerga, A. 404-415.
- Jesús de la Virgen del Carmen, 310-314.

- Langa, P. 45-53 105-113 490-498.
 Llabrés, P. 39-44 53-59 77-81 171-179 342-350 563-571.
 Llin Cháfer, A. 314-320.
 Llorca, B. 254-261 436-442 442-448 556-562.
 María de San Pedro Alcántara, 468-475.
 Maroto Herranz, A. 136-144 390-398 448-457.
 Martín Hernández, F. 102-105 197-200.
 Martíns, M. 95-97.
 Montull Belío, J. 322-332.
 Moral, T. 270-278.
 Morillo, S. 301-310.
 Mundó, A. 67-71.
 Pérez Suárez, L. M. 4-10.
 Repetto Betes, J. L. 20-25 60-62 83-85 98-101 122-124 146-154 182-190 216-218 228-230 241-243 261-264 278-282 294-297 320-322 340-342 350-352 364-367 398-403 415-418 434-435 457-461 479-483 515-517 531-538 549-556 571-572 578-587 595-598 609-613 615 620-621.
 Segovia, A. 599-601.
 Sendín Blázquez, J. 86-89 191-196.
 Tellechea Idígoras, J. I. 483-490.
 Velado Graña, B. 161-171 289-294 518-524 602-604.
 Viguri, M.^a A. 35-39.
 Vivancos, M. C. 616-620.
 Vives, J. 461-468.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRIS-
TIANO. FEBRERO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES
CRISTIANOS, EL DÍA 23 DE ENERO DEL AÑO 2003,
FESTIVIDAD DE SAN ILDEFONSO, OBISPO,
EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD
ANÓNIMA DE FOTOCOMPO-
SICIÓN, TALISIO, 9.
MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI